



FUNDACION BBV

¿Convergencia o Divergencia?

Comparación de tendencias
sociales recientes en las
sociedades industriales



(Eds.)
Simon Langlois
Salustiano de Campo

Fundación BBV

La Fundación BBV, consecuente con su objetivo de crear espacios de reflexión sobre algunas cuestiones fundamentales de la sociedad contemporánea, se ha responsabilizado desde 1989 de la contribución española al Proyecto de Cartografía Comparada del Cambio Social, que persigue la comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales avanzadas.

El modo particular de trabajar del Grupo CCCS exige la realización previa de un perfil nacional por cada uno de los respectivos equipos participantes. El libro *Tendencias sociales en España 1960-1990* (FBBV, Documenta, Madrid 1994) cumplía este propósito y ha obtenido desde su aparición, en tres volúmenes, una excelente acogida, no sólo por parte de los profesionales de la Sociología sino también por la de otros de disciplinas más o menos próximas, de estudiantes universitarios y del público culto en general, hasta el punto de haber sido ya objeto de una reimpresión.

En el volumen que el lector tiene ahora en sus manos se recogen los resultados de varios años de trabajo en colaboración de una veintena de autores —alemanes, norteamericanos, canadienses, franceses y españoles— así como comentarios y sugerencias que proceden de discusiones entre especialistas, que a veces se formalizaron al modo de la Mesa Redonda sobre Convergencias en las Estructuras Sociales de los Países Avanzados, que la Fundación BBV patrocinó y celebró en diciembre de 1992 en Madrid.

La versión inglesa de esta obra ha visto ya la luz en una edición de Campus-Verlag y McGill-Quens University, en tanto que la francesa está a punto de aparecer en Presses Universitaires de France. Cada una tiene un editor común y otro nacional, diferente para cada lengua e incluye en todos los casos las variantes y los añadidos que el grupo respectivo ha considerado oportunos.

FUNDACION BBV

Documenta

Portada:

Adstracción vorticista, de Edward Wadsworth.



FUNDACION BBV

¿Convergencia o Divergencia?

***Comparación de tendencias
sociales recientes en las
sociedades industriales***

(Eds.)

Simon Langlois
Salustiano del Campo

Fundación BBV

El contenido de esta publicación es responsabilidad de sus autores. Sin embargo, la Fundación BBV ha cuidado al máximo este documento sin que ello implique necesariamente una toma de posición al respecto.

¿Convergencia o Divergencia?

Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales

© Fundación BBV Documenta

Edita Fundación BBV

Plaza de San Nicolás, 4

48005 Bilbao

Depósito legal: M-9971-1995

I.S.B.N.: 84-88562-35-7

Ilustración de Portada:

© Edward Wadsworth. VEGAP. Madrid 1995

Imprime Sociedad Anónima de Fotocomposición
Talisio, 9 - 28027 Madrid

¿Convergencia o Divergencia?

**Comparación de tendencias sociales
recientes en las sociedades industriales**

INDICE

<i>Presentación</i>	7
<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Prefacio</i>	11
1. Introducción. ¿Convergencia o Divergencia?, <i>Theodore Caplow y Henri Mendras</i>	17
2. ¿Existe un patrón único de evolución social?, <i>Yannick Lemel y John Modell</i>	43
3. Tres niveles de baja fecundidad, <i>Gary Caldwell, Karin Stiehr, John Modell, y Salustiano Del Campo</i>	67
4. Evolución del empleo y del mercado laboral: Hacia dos modelos de crecimiento, <i>Heinz-Herbert Noll y Simon Langlois</i>	119
5. Evolución de los vínculos familiares: Padres e hijos adultos, <i>Howard M. Bahr, Jean-Hughes Déchaux y Karin Stiehr</i>	153
6. Tendencias de la religión y la secularización, <i>Bruce A. Chadwick, Madeleine Gauthier, Louis Hourmant y Barbara Wörndl</i>	221
7. La reducción de la autoridad personal, <i>Theodore Caplow</i>	273
8. Los conflictos y su regulación, <i>Karl-Otto Hondrich y Theodore Caplow</i>	287
9. Tendencias hacia la institucionalización de los movimientos ecológicos, <i>Guy Fréchet y Barbara Wörndl</i> ..	317
10. Análisis estructural comparado del cambio social en Francia y en Quebec, <i>Michel Forsé y Simon Langlois</i>	345
11. Léxico, <i>Renata Hornung-Drauss</i>	387
<i>Relación de Autores</i>	417
<i>Índice Onomástico</i>	421

PRESENTACION

La Fundación BBV, consecuente con su objetivo fundacional de crear espacios de reflexión y trabajo sobre los problemas que más preocupan a la sociedad de nuestros días, aborda en esta ocasión el estudio comparativo de la realidad social contemporánea de las sociedades avanzadas.

Esta obra constituye una aportación más, aunque la primera de carácter comparativo, dentro del proyecto de Cartografía Social Comparada, que ha producido ya una importante serie de estudios internacionales.

Una de las cuestiones que precisa aclaración en el estudio de las estructuras sociales contemporáneas es la de si su evolución se encamina, o no, hacia la convergencia, y en qué grado cristaliza ésta en los diferentes países industriales avanzados. La contestación implica conocer también cuáles son aquellos rasgos que, al margen de las coincidencias básicas, van a persistir en cada sociedad.

La Fundación BBV se ha responsabilizado desde 1989 de las contribuciones españolas a este proyecto, bajo la dirección del profesor Salustiano del Campo, y presenta con satisfacción este primer volumen comparativo, que se asienta sobre los perfiles nacionales que con una plantilla igual se han publicado ya para Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania y España. Ello supone, en ciertos aspectos, una posición ventajosa frente a otros proyectos orientados, asimismo, al estudio y evaluación de las estructuras y el cambio de las sociedades avanzadas.

El valor de los trabajos aquí recogidos (que ven la luz simultáneamente en español, inglés y francés) viene dado por la importancia de la relación de autores e investigadores de diversos países, que han participado en esta publicación. Sin duda, los lectores de nuestro país, y específicamente los profesionales y estudiantes de la Sociología, encontrarán útil esta aportación, que les proporcionará interpretaciones nuevas de múltiples datos de la realidad social, así como respuestas fiables a determinadas preguntas que diariamente se hacen sobre las actitudes y los comportamientos de distintos grupos sociales.

Fundación BBV

AGRADECIMIENTOS

La Fundación BBV y el Grupo Internacional de Cartografía Comparada del Cambio Social agradecen de forma especial los apoyos prestados por aquellas instituciones sin cuya colaboración habría sido imposible organizar las reuniones necesarias para elaborar el presente análisis comparativo: la Werner Reimers Stiftung (Alemania), el Berliner Bank (Berlín), el Deutsche Forschungsgemeinschaft (Bonn), el Senatsverwaltung für Wissenschaft und Forschung (Berlín) y el Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung (Berlín), el Centre national de la recherche scientifique y el Observatoire français de conjoncture économique (Francia), el Institut québécois de recherche sur la culture (Quebec), el Council for European Studies, el Conerhouse Fund, y el David M. Kennedy Center for International Studies, Brigham Young University (Estados Unidos).

PREFACIO

Simon Langlois
Salustiano del Campo

La modernización de las sociedades occidentales ha comenzado en momentos diferentes y ha progresado a velocidad variable. La generalización del consumo de masas y de la producción en serie se remonta a los años veinte en el caso de Estados Unidos, mientras que hasta el final de la Segunda Guerra Mundial Canadá y Québec no se convirtieron en sociedades del mismo tipo. En Europa Occidental no se puede hablar de sociedad de consumo de masas hasta los años sesenta en Francia o Alemania y, más tarde todavía, en España y Grecia. La modernización de la sociedad, medida por la extensión del consumo de masas, no se puso en marcha en los países del Este hasta que cayeron los regímenes comunistas a finales de la década de los ochenta.

La modernización sucesiva de un gran número de países y de sociedades, que han alcanzado ya niveles de desarrollo relativamente comparables, suscita una cuestión de gran envergadura, la de hasta qué punto existe una convergencia entre estas sociedades. ¿Estamos acaso asistiendo a la emergencia de un modelo de desarrollo que tendrá como consecuencia la reducción progresiva de las diferencias nacionales? A este interrogante es al que quiere dar respuesta el Grupo internacional de Cartografía comparada del cambio social (en inglés, International Research Group on the Comparative Charting of Social Change, CCSC).

El Grupo CCSC

El Grupo CCSC fue creado oficialmente en mayo de 1987 y está compuesto por historiadores, sociólogos, economistas, demógrafos y politólogos, agrupados en equipos nacionales. Cada equipo es autónomo y se responsabiliza de encontrar financiación para sus propias investigaciones. El secretariado del Grupo ha residido desde el primer momento en Quebec y sus gastos los sufraga el Instituto Quebequés de investigaciones sobre la cultura, que en 1994 se transformó en INRS-Cultura y Sociedad y es un Centro de Investigación dependiente del Instituto Nacional de Investigación Científica. Simon Langlois es el coordinador del grupo y el responsable del Secretariado.

La organización del trabajo en el seno del Grupo es bastante original y, sin duda, la clave de su éxito y de su productividad. Sus miembros se reúnen dos veces al año, alternándose como anfitriones los países participantes, con objeto de discutir el estado de los avances en el análisis de tendencias efectuados en un determinado país, o para examinar los trabajos de análisis comparado. El grupo carece de cualquier estructura formal de autoridad y funciona por consenso y por la adhesión voluntaria a un mismo proyecto de investigación. El trabajo se distribuye en función de los intereses de cada miembro y los plazos se establecen de común acuerdo durante las reuniones.

El Grupo comprendía al principio equipos de investigación procedentes de Estados Unidos, de Francia, de la República Federal de Alemania y de Quebec. En 1989 se incorporaron los equipos de España y Grecia y en 1991 se formó y fue aceptado un equipo ruso. En 1993 ingresó otro procedente de Italia y están todavía en formación algunos más.

Programa de investigación

El programa de investigación del Grupo es bifronte. En primer lugar hay que preparar una descripción coherente del cambio social en cada una de las sociedades. Esta descripción se articula en torno a la noción de tendencia, que es en realidad el diagnóstico de un segmento de la sociedad. Cada equipo nacional acepta sujetarse a un mismo plan de análisis. En otras palabras, se trata de preparar, para cada sociedad, una obra que contenga informaciones comparables. Y hay que insistir aquí en el carácter único e innovador de esta empresa, porque se trata de presentar, de forma sistemática y que se preste a la comparación, el conjunto de los cambios sociales, culturales, políticos, demográficos y económicos en curso.

Hasta ahora se han editado cinco grandes obras:

Recent Social Trends in the United States 1960-1990;
Recent Social Trends in Québec 1960-1990;
Recent Social Trends in West Germany 1960-1990;
Recent Social Trends in France 1960-1990;
Tendencias sociales en España 1960-1990.

Estos libros han sido publicados por Campus Verlag (Frankfurt) y por McGill-Queen's University Press (Montreal) en la colección *Comparative Charting of Social Change*, y por la Fundación BBV en su serie *Documenta*. Conviene advertir que las obras sobre Quebec y Francia se han publicado también en francés y que la versión inglesa del libro sobre España está en prensa con el título *Recent Social Trends in Spain, 1960s-1990s*. El título genérico de todas estas publicaciones pretende invocar la unidad del conjunto y subrayar lo que tienen en común.

El segundo despliegue del programa de investigación se dirige a la comparación internacional. El objetivo de la empresa es muy ambicioso, porque se propone comparar sociedades globales a fin de identificar semejanzas y diferencias, convergencias y divergencias. Al dar cuenta de la evolución de un fenómeno o de su relación con otros, los sociólogos se arriesgan a incurrir en errores ópticos si no comparan lo que observan en sus países con situaciones similares en otros. La perspectiva temporal es un primer control de la validez de algunas explicaciones, que requiere casi insoslayablemente ser completada con una perspectiva espacial. Si no fuera así, ¿cómo podría decidirse entre lo particular y lo general?, ¿cómo saber lo que en una tendencia o en una relación entre tendencias corresponde a la singularidad de un contexto nacional o a algo más general? Por poner un ejemplo: la caída de la práctica religiosa ha sido considerada frecuentemente como un efecto de proceso de modernización, pero esta reducción que se ha producido en Francia, España y Québec en los últimos treinta años no se observa en Estados Unidos, donde se aprecia un cierto renacer. Para interpretar este fenómeno y descubrir elementos para explicarlo, no es posible quedarse en la vaga idea de modernización, sino que el análisis ha de ser más preciso a fin de llegar a conocer lo que es atribuible a las particularidades nacionales y lo que no lo es.

Ahora bien, si al realizar el análisis macrosociológico de una sociedad compleja se encuentran problemas, éstos se decuplican cuando se trata de compararla con otras. Para no empeorarlos es necesario comparar lo que es comparable. Por esta razón hemos decidido estudiar solamente sociedades avanzadas, cuyos niveles de desarrollo no son idénticos, pero tampoco demasiado distintos y cuyas numerosas relaciones actuales y pasadas legiti-

man la idea de que el conjunto ofrece una cierta coherencia. Esta mínima precaución no impide que surjan otras dificultades. Sin ánimo de ser exhaustivos señalaremos como ejemplos las diferencias entre los sistemas estadísticos, que pueden poner en peligro las comparaciones o las diferencias institucionales que arrojan como resultado que, incluso cuando una misma tendencia se observa en dos sociedades, pueden no significar lo mismo. Estas dificultades son perfectamente conocidas por los que realizan comparaciones internacionales y aunque no pueden ser suprimidas del todo, sí pueden ser reducidas. En esta cuestión se ha avanzado mucho gracias a la acumulación de obras comparativas especializadas y la mejora es grande si se la compara con la situación de hace veinte o treinta años.

Convergencias y divergencias

El presente volumen es el primer ensayo de comparación sistemática de las cuatro primeras sociedades, si bien a ellas se les ha sumado España en cuanto al estudio de la fecundidad. En tres capítulos concretos se ofrece una visión de conjunto sobre las tendencias del cambio social. El primero, redactado por Theodore Caplow y Henri Mendras es verdaderamente un examen sistemático de las convergencias y de las divergencias que están produciéndose en las sociedades analizadas, efectuado sobre la base de las ocho contribuciones escritas por los miembros del Grupo, que escrutinizan diversas facetas de nuestras sociedades desarrolladas. El segundo capítulo, redactado por Yannick Lemel y John Modell, es un estudio sistemático de las tendencias detalladas en las primeras cuatro obras del grupo y abre el camino a varios análisis comparados cuya realización será posible a partir de los trabajos de tendencias. Finalmente, el último capítulo, escrito por Michel Forsé y Simon Langlois, se plantea otro análisis sistemático de las tendencias desde el ángulo de sus interrelaciones. A ellos se añade un léxico sobre el vocabulario de la estructura social en inglés, francés, alemán y español, que esperamos que resuelva a los lectores no pocos problemas de interpretación.

Y hay algo más que decir sobre la edición española de esta obra, buena parte de la cual fue discutida en una Mesa Redonda sobre «Convergencias en las estructuras sociales de los países avanzados», patrocinada —como toda la participación española en el proyecto— por la Fundación BBV y celebrada en Madrid los días 14 y 15 de diciembre de 1992. En ella intervinieron los Profesores Theodore Caplow, Henri Mendras, Howard M. Bahr, Wolfgang Glatzer, Karl Otto Hondrich, Michel Forsé, Simon Langlois y Salustiano del Campo y los doctores Yannick Lemel y Heintz-Herbert Noll, que expusieron versiones anteriores de los trabajos incluidos en el presente volumen. Junto a ellos, las profesoras Inés Alberdi y María de los Angeles Durán y los profesos-

res Manuel Navarro López y Enrique Laraña presentaron ponencias basadas en sus colaboraciones en la obra ya mencionada sobre las tendencias sociales en España.

De esta manera, el libro, tal y como hoy se publica, se beneficia no solamente de las detenidas discusiones de que ha sido objeto desde que empezó a redactarse, sino también de la presentación anticipada que se hizo de su contenido en Madrid. Su traducción, que ha coordinado y revisado María José Velasco, ha corrido a cargo de Alfonso Oroz e Isabel Romero. Salustiano del Campo ha realizado una última revisión, en especial del léxico, cuyas entradas trabajo. Los servicios editoriales de la Fundación BBV han aplicado al texto los severos criterios de cuidado y rigor que tienen por norma.

**I. INTRODUCCION
¿CONVERGENCIA O
DIVERGENCIA?**

Theodore Caplow

Henri Mendras

La publicación de este volumen abre la segunda fase de una empresa intelectual que comenzó en mayo de 1987, cuando una docena de estudiosos de las ciencias sociales procedentes de Francia, Estados Unidos, Alemania Occidental y Quebec se reunieron en París para organizar un grupo de investigación que se encargaría del proyecto internacional denominado Cartografía Comparada del Cambio Social. Todos habíamos estado ya inmersos en el estudio del cambio social en nuestros respectivos países, y al contrastar los resultados de nuestros respectivos trabajos obtuvimos la impresión de que nos encontrábamos ante las piezas de un nuevo modelo teórico a la espera de ser ensambladas, un modelo que no consideraría las tendencias sociales como prefijadas y que tendría en cuenta la interacción de factores objetivos y subjetivos en la modernización. Lo primero que teníamos que hacer era dar a las piezas una forma manejable, así que nos dispusimos a preparar un perfil de las tendencias sociales más recientes observadas en nuestras cuatro sociedades, siguiendo todos las mismas líneas maestras y respetando los mismos criterios a la hora de utilizar los datos.

Un programa de investigación

Naturalmente, el tema del cambio social es tan amplio que requiere centrarse en algún aspecto concreto. A nosotros nos interesaban sobre todo el período 1960-1990, los países total o parcialmente industrializados y las estructuras sociales y los modelos institucionales que caracterizan el comportamiento de las sociedades de masas, en particular los relacionados con la familia, las asociaciones voluntarias, el trabajo, el ocio, la educación, la religión, el gobierno y la política. Nuestra unidad de análisis fue la *tendencia*, esto es, una serie de valores representativos de la incidencia de algún comportamiento social en una población dada y en momentos consecutivos. La mayor parte de las veces traba-

jaríamos con series, que terminarían en la fecha más reciente posible y que abarcarían temas como la renta familiar, los gastos de los hogares, el empleo y el desempleo, las condiciones laborales, la economía informal, el matrimonio y el divorcio, la composición del hogar, las redes de parentesco, la vivienda, la emigración, los logros educativos, la delincuencia, las pautas de ocio, la asistencia sanitaria, los movimientos sociales, etc. Todos los perfiles nacionales presentarían el mismo índice temático, basado en una lista de 78 tendencias e indicadores.

Algunas tendencias han acaparado tradicionalmente el interés de los expertos. Los economistas han examinado con detenimiento las del crecimiento económico, los precios y los salarios. La ciencia política se ha centrado en las tendencias del siglo XX relativas al sufragio y a la afiliación a partidos. Los demógrafos han analizado la evolución de la fecundidad y la mortalidad. Y no se trata de una mera casualidad, ya que estas facetas de la vida social son las que más se prestan a la cuantificación y las que ofrecen las series cronológicamente más largas. Pero una descripción del cambio social que sólo tomara en consideración las tendencias del desarrollo económico, el sufragio y la población sería del todo incompleta. Aunque los demás sectores institucionales solían resistirse más a la cuantificación, muchas de las dificultades se han superado en fechas recientes y la calidad de los datos referidos a dichos sectores mejora constantemente.

Nuestros perfiles nacionales tienen un carácter decididamente empírico. La mayoría de las tendencias se basan en datos numéricos que pueden comprobarse con razonables garantías, y no establecemos ninguna direccionalidad sin los cálculos correspondientes. Cuando sólo disponemos de datos cualitativos, los manejamos con extremada cautela. En la medida de lo posible, hemos localizado estudios sobre las mismas tendencias elaborados por otros autores y los hemos utilizado para poner a prueba nuestras interpretaciones. Optar por el máximo rigor supone que nuestros hallazgos pueden causarnos alguna sorpresa, como efectivamente ocurre a menudo.

Nuestra predilección por los datos relativamente rigurosos restringe la mayoría de los informes a las décadas recientes, ya que las series estadísticas más interesantes no suelen retroceder mucho en el tiempo, y cuando lo hacen, pierden fiabilidad a medida que se alejan del presente. No obstante, al avanzar en nuestro trabajo, vimos cada vez con más claridad que ceñirnos al período 1960-1990 era tan apropiado como práctico. Por razones que variaban ligeramente de una sociedad a otra, un porcentaje asombrosamente alto de tendencias mostraban un punto de inflexión cerca de 1960, momento en el que los efectos inmediatos de la

segunda guerra mundial habían perdido fuerza, y otro cerca de 1990, coincidiendo con el final de la guerra fría.

El grupo de investigación está dividido en equipos nacionales compuestos por historiadores, economistas y expertos en demografía, además de sociólogos. La participación de cada uno en su equipo y la de los equipos en el grupo internacional es totalmente voluntaria. Cada equipo se encarga de su propia financiación y de su funcionamiento interno. El equipo de Quebec ha dotado por propia iniciativa al proyecto de una secretaría eficiente a la par que carente de toda autoridad ejecutiva. El trabajo se asigna en sesiones semestrales en las que se fijan también los plazos de entrega. Esta flexibilidad ha dado tan buen resultado que estamos pensando en proponer nuestro sistema como modelo para otros proyectos internacionales de investigación social. El grupo original se amplió con la incorporación de equipos procedentes de España y Grecia en 1989, de Rusia en 1991 y de Italia en 1993. En la actualidad se están formando también otros equipos.

Inicialmente, el programa del grupo consistía en: (1) preparar una descripción global de las tendencias sociales observadas recientemente en cada una de nuestras sociedades; (2) identificar semejanzas y diferencias entre dichas sociedades con respecto a las tendencias sociales presentes en cada una de ellas; (3) desarrollar un modelo innovador del cambio social para ordenar nuestros hallazgos y (4) establecer puntos de referencia para futuras investigaciones similares.

La primera de estas tareas —la preparación de perfiles nacionales de tendencias sociales— fue completada con maestría por los equipos originales. Cuatro gruesos volúmenes han precedido a éste, que lleva por tanto el número cinco de la serie, publicada conjuntamente por Campus Verlag de Frankfurt-am-Maine y por McGill-Queen's University Press de Montreal: *Recent Social Trends in the United States, 1960-1990*, *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*; *Recent Social Trends in Germany, 1960-1990* y *Recent Social Trends in France, 1960-1990*. El sexto volumen, *Recent Social Trends in Spain, 1960-1990* entrará pronto en imprenta. El séptimo, actualmente en preparación, ofrecerá un nuevo análisis comparativo entre países.

Cartografía comparada de tendencias sociales

Los análisis comparativos que nos ocupan se basan en los cuatro perfiles nacionales ya publicados, a excepción del capítulo sobre fecundidad, que incluye información contenida en el volumen aún no publicado sobre España. Marcan el inicio de una nueva fase

del proyecto de investigación: la identificación de semejanzas y diferencias entre nuestras sociedades con respecto a las tendencias sociales observadas. El presente volumen comprende tan sólo algunos aspectos de tan vasto propósito. Incluye capítulos sobre el descenso de la fecundidad, las relaciones intergeneracionales, la religión y la secularización, los movimientos ecologistas, el empleo y la evolución del mercado laboral, el ocaso de la autoridad personal, los patrones de conflictividad social, y aborda dos cuestiones de gran envergadura, a saber, la posible existencia de unas directrices únicas en la evolución social de estas cuatro sociedades y de un único patrón de causalidad entre sus respectivas tendencias.

La temática de estos trabajos fue elegida por sus autores y refleja más las prioridades de cada uno que una decisión colectiva acerca de qué tendencias debían ser examinadas primero. Algunos de los temas importantes omitidos aquí serán tratados en el volumen VII de la serie, que está ahora en fase de preparación. La elección de los temas no fue sistemática, pero los resultados de los distintos análisis, tomados en su conjunto, resultan perfectamente coherentes. El descenso de la fecundidad, la incorporación de la mujer al mercado laboral, la disminución de la conflictividad social, el debilitamiento de la autoridad personal o la creciente vulnerabilidad del medio ambiente aparecen como rasgos destacados del estadio de modernización avanzada al que han llegado nuestras sociedades. La convergencia es indiscutible, excepto en materia de religión. Sin embargo, cuando estudiamos las conexiones entre las tendencias de cada sociedad, descubrimos inesperadas divergencias.

La prolongada experiencia histórica que llamamos modernización lleva en marcha más de trescientos años y no se vislumbra su final. En su dimensión temporal, supone la aplicación de una tecnología cada vez más eficaz, basada en un compendio de conocimientos científicos en continua expansión, a propósitos humanos muy diversos. En su dimensión espacial, implica la gradual difusión de esa tecnología, con las formas sociales que la acompañan, desde los países del norte de Europa —donde se crea— hacia el resto del mundo habitado.

El progreso de la tecnología de base científica ha sido continuo, acumulativo e irreversible desde mediados del siglo XVII. Por citar algún ejemplo, la precisión en las mediciones físicas, la eficacia de los mecanismos de combustión y la velocidad punta de los vehículos ha aumentado año tras año desde 1650, y desde entonces no se ha desperdiciado un solo avance tecnológico significativo. Las consecuencias sociales del progreso tecnológico no son fáciles de comprender. En efecto, los cambios sociales promovidos por la modernización —empezando por el notable incremento de la

población y la producción—, no se percibieron con claridad hasta bien entrado el siglo XIX, sin duda debido a la escasez de recuentos demográficos y económicos. Ni siquiera un observador tan perspicaz como Alexis de Tocqueville fue consciente del proceso de modernización que se desarrollaba ante sus ojos. Las teorías sobre la modernización no surgieron hasta mediado el siglo, cuando los ferrocarriles y las fábricas se habían extendido por el norte de Europa y América. Herbert Spencer atribuyó la misma inevitabilidad al progreso social y al tecnológico, y asimiló ambos al modelo de evolución biológica; Marx y Engels describieron la modernización como un logro burgués y le auguraron un final apocalíptico. Tönnies describió la transición del mundo primitivo al moderno como una única gran transición. Durkheim y Weber desarrollaron modelos más sofisticados de dicha transición: uno recurrió a la división del trabajo como la fuerza motriz, mientras que el otro destacó la forma racional-legal de dominio. Ninguno de los dos prestó demasiada atención al papel de la tecnología en la modernización, y quizá por eso muchas de sus profecías fallaron. Más recientemente, las teorías cíclicas de Pareto y Sorokin rehusaron atribuir ningún papel especial a la tecnología moderna, mientras que los teóricos del sistema mundial consideraron la explotación económica como el motor de la modernización. Los que han aportado mayor creatividad al estudio de la relación entre tecnología y cambio social —Jean Fourastié, W. F. Cottrell, William McNeill, Jean Jacobs— lo han hecho al margen de la corriente principal de las ciencias sociales, cuando la comprensión de dicha relación es esencial para poder interpretar el cambio social en las sociedades modernas. En nuestros perfiles nacionales, las tendencias sociales parecen distribuirse en tres grandes categorías: (A) las que actúan en función del progreso tecnológico; (B) las que reciben la influencia del progreso tecnológico aunque no vienen determinadas por el mismo, y (C) las que tienen poco o nada que ver con el progreso tecnológico.

La mayoría de las tendencias englobadas en la categoría A reflejan la proliferación y el perfeccionamiento de los bienes y los servicios, con la consiguiente mejora de las condiciones de vida y las opciones vitales. Se refieren, por ejemplo, a la prolongación de la esperanza de vida, a la alimentación, a los logros educativos, al rendimiento agrícola por hectárea, a la proporción de población que vive en los núcleos urbanos, a la productividad del trabajador, a la renta per cápita, a los teléfonos per cápita, a los electrodomésticos por vivienda, a los médicos per cápita, a la producción de libros, a la audiencia de los medios de comunicación de masas, a las actividades de ocio, a la eficiencia energética, al suministro de agua, a los pasajeros por kilómetro, al descenso de la mortalidad infantil, a las enfermedades contagiosas, al analfabetismo, al hambre, a la jornada laboral, a los accidentes de trabajo. Estos indicadores —y muchos otros— están tan estrechamente ligados

que cualquiera puede servir para medir el nivel de modernización alcanzado por la sociedad de un país. Si ordenamos las sociedades conforme a cada uno de ellos y correlacionamos los distintos órdenes veremos que los coeficientes superan 0,90. La mayor parte de los fenómenos comprendidos en la categoría A son visibles e inequívocos, y sus tendencias pueden ser extrapoladas con bastante fiabilidad a medio y corto plazo.

Las numerosas tendencias pertenecientes a la categoría B son mucho menos previsibles y mucho más difíciles de interpretar. El descenso de la fecundidad en nuestras cuatro sociedades acusó la clara influencia del invento, alrededor de 1960, de anticonceptivos orales fiables, pero es imposible calibrar el peso de dicha influencia tecnológica dentro de un cúmulo de factores no tecnológicos que mantienen ya de por sí relaciones harto complejas, factores como la irrupción de las mujeres casadas en el mercado laboral, los cambios de roles y de expectativas, una mayor aceptación de las uniones libres o consensuales, una tendencia a retrasar el matrimonio, la legitimación del aborto y la esterilización o la progresiva elevación de los costes de crianza de los hijos.

Uno de los factores no tecnológicos más importantes es la variación entre las sucesivas generaciones de adultos jóvenes en cuanto a su propensión a tener hijos, para la que los demógrafos carecen de modelo explicativo. Otra tendencia que pertenece indiscutiblemente a la categoría B es la institucionalización de los movimientos ecologistas, atribuible en parte a la creciente presión que la tecnología, en continuo avance, ejerce sobre el medio ambiente, pero también a un cúmulo de factores no tecnológicos como son la ensalzada legitimidad de los gobiernos democráticos y el consiguiente debilitamiento de los partidos extremistas tanto de izquierdas como de derechas, la progresiva elevación del nivel cultural de la población, la creciente influencia del periodismo de investigación, la rápida expansión de las actividades de ocio al aire libre, el desarrollo de técnicas más eficaces para recaudar fondos o la lograda popularización de teorías sobre el calentamiento del planeta, la destrucción de la capa de ozono, el agotamiento de los recursos, etc.

La mayoría de las tendencias expuestas en este volumen se inscriben claramente dentro de la categoría C, lo que equivale a decir que su conexión con el progreso tecnológico es remota o totalmente imperceptible. Es el caso de tendencias relacionadas con los vínculos familiares, con la estratificación social, con la conflictividad social y étnica, con la autoridad personal, con la religión y con la secularización. Este último ejemplo es importante porque la inminente desaparición de las creencias y prácticas religiosas por causa del progreso tecnológico se ha anunciado infinidad de veces, pero aún no la hemos presenciado. A excepción

de fenómenos marginales como la difusión de mensajes religiosos a través de los medios de comunicación electrónicos, es difícil encontrar una relación causal entre el progreso tecnológico y las diversas tendencias religiosas presentes en nuestras cuatro sociedades.

Las tendencias principales de la categoría A no son triviales en absoluto, pues son las que proporcionan los elementos materiales de las sociedades industriales avanzadas. Pero apenas explican por sí mismas los símbolos creados por el hombre y las imágenes que dan sentido a las acciones humanas en una sociedad industrial, como tampoco en ninguna otra. Los grandes complejos institucionales que llamamos familia, educación, trabajo, religión, ocio, política y gobierno cuentan con símbolos e imágenes que cambian constantemente pero sin llegar a desligarse completamente del pasado. En el terreno de la realidad construida por la sociedad, el futuro, incluso a corto plazo, sólo puede vislumbrarse parcialmente; pero como para construir nuevas representaciones colectivas se usan los viejos moldes, el futuro tampoco es del todo incierto. La tarea de elaborar una teoría sobre el cambio social se mueve dentro de esos límites imprecisos, pero muy reales. Comparar tendencias en sistemas sociales relacionados, en particular las pertenecientes a las categorías B y C, nos ayuda a fijar los límites de previsibilidad separando los cambios y las continuidades intrínsecos a un conjunto de sistemas sociales de los que caracterizan a un caso particular.

Desde el final de la segunda guerra mundial nuestras cuatro sociedades han vivido una misma historia, pero sus situaciones iniciales fueron muy diferentes. Los dos países europeos salieron de aquel conflicto medio destruidos; los dos países americanos, en cambio, se beneficiaron de una guerra que aceleró el desarrollo económico en Estados Unidos y liberó a Quebec del control británico.

El crecimiento económico, impulsado por el Plan Marshall, alcanzó un 4 ó 5 % al año, lo que permitió a Francia y a Alemania reducir diferencias con Estados Unidos. La industria alemana había resultado más perjudicada que la francesa, pero esta última tenía que superar además un atraso previo, y lo hizo en parte gracias a una revolución agrícola que desplazó al campesinado en favor de una organización moderna y competitiva del campo. La magnitud del *baby boom* sorprendió a todos, si bien se notó menos en Quebec, un país tradicionalmente prolífico, y resultó más espectacular en Francia, que consiguió vencer un prolongado letargo demográfico. Tales diferencias se reflejan aún en las respectivas pirámides de población.

En 1965 se interrumpió este auge demográfico y económico. El número de nacimientos descendió por vez primera desde 1945,

mientras que el estancamiento económico, acompañado de inflación, señaló un importante cambio en el sistema productivo. Aparecieron los primeros síntomas de desindustrialización; las actividades relacionadas con los servicios y la tecnología de la información comenzaron a expandirse a gran velocidad. En todos estos países, el año 1968 estuvo marcado por manifestaciones populares promovidas por los jóvenes: la generación del *baby boom* se hacía adulta. En Francia, un movimiento iniciado por estudiantes se extendió a los trabajadores de la industria e incluso a algunos sectores de campesinos y empleados. El mayo francés, una revolución netamente popular, sacudió el sistema. Nació un nuevo espíritu cuyo lema era «lo pequeño es bello».

Las tendencias demográficas y económicas del momento adquirieron formas un tanto diferentes en nuestros cuatro países, pero todas se movieron en la misma dirección: menos matrimonios, más divorcios, más nacimientos fuera del matrimonio, más empleo femenino, más desempleo y una rápida expansión del sistema educativo propiciada por la prolongación del período académico, sobre todo en los estratos superiores, con la consiguiente elevación general del nivel cultural de la población. A principios de los setenta, el progreso educativo aminoró su marcha en Europa y prácticamente se detuvo en Estados Unidos. De forma similar, la renta per cápita estadounidense dejó de aumentar alrededor de 1972, mientras que las de Francia y Alemania siguieron creciendo.

La historia explica por qué, después de ciertas vacilaciones, los equipos alemán, estadounidense y quebequés de nuestro proyecto optaron por la clasificación de tendencias previamente diseñadas por el equipo francés. Les pareció que, con algunos ajustes y correcciones, encontrarían en sus países las mismas tendencias descubiertas por Francia; las diferencias serían simplemente de detalle y la dirección no mostraría variaciones sustanciales. Tal acuerdo, adoptado por una veintena de estudiosos de las ciencias sociales, experto cada uno en su propia sociedad, fue alcanzado tras larga discusión y deliberación, y favoreció la cooperación entre los miembros del grupo. El hecho de que las tendencias principales fuesen paralelas en nuestros cuatro países permitió la comparación y facilitó la identificación de las diferencias. Si las tendencias de cada país no hubieran tenido relación con las de los demás, la comparación habría aportado mucha menos información. La comparación entre nuestras sociedades resulta útil porque pertenecen a un mismo conjunto.

Nuestro acuerdo podría tomarse como muestra de convergencia en la evolución social a ambos lados del Atlántico; pero no vayamos tan deprisa. Tendencias que se mueven en la misma dirección pueden conducir a consecuencias divergentes. La fecundidad ha descendido en toda Europa desde 1965. En la pasada década, la

tasa de reposición de la población se aproximó al 1,8 en Francia, al 1,3 en Alemania y al 1 en Liguria y en el norte de España (a largo plazo, una tasa cercana al 2,2 equivale a un crecimiento cero). Estados Unidos muestra una evolución prácticamente idéntica a la de Francia, y Quebec se asemeja a España. Las pirámides de población también varían con arreglo a la magnitud del *baby boom*; así pues, hay tendencias paralelas que conducen a consecuencias muy diferentes. En Francia y en Estados Unidos, la población sigue aumentando, mientras que en la vieja Alemania cada vez nace menos gente, como se prevé también para Quebec. En Francia sigue predominando la familia de dos hijos, mientras que en el norte de España y en Quebec impera la de uno. Una tendencia común a estos países puede crear mañana una diversidad superior a la que existió ayer y por eso queremos insistir desde el principio en la cautela metodológica, para evitar que el lector se deje engañar por las apariencias en el análisis que sigue.

Convergencia y singularidades

En su estudio introductorio, Lemel y Modell llaman la atención sobre el mismo punto: la mayoría de las tendencias se parecen mucho en los cuatro países y, cuando existe divergencia, ésta suele afectar a uno solo de ellos. Algunas tendencias dividen al cuarteto por la mitad. El paralelismo no predomina en ningún sector concreto: puede producirse tanto en la demografía como en la organización de la producción, en las instituciones nacionales o en los hábitos sociales y los estilos de vida. Las divergencias se concentran en tres sectores: la desigualdad social, los movimientos sociales y las instituciones locales. Tras analizar las divergencias, los autores concluyen que Alemania es la que más difiere del resto, sobre todo de Estados Unidos. Quebec y Francia parecen asemejarse en la velocidad y el alcance de sus transformaciones. En Estados Unidos la evolución ha sido más lenta que en los otros tres países, sin duda debido a que inicialmente los aventajaba en la mayoría de indicadores de modernización.

Los equipos coinciden en que las barreras sociales se han difuminado hasta el punto de plantear la siguiente duda: ¿es la estructura jerárquica de hoy totalmente distinta de la que prevalecía aún en 1945? Paradójicamente, en Estados Unidos, donde la evolución social comenzó con anterioridad y donde la clase media era muy numerosa en los años veinte, la estructura social actual se asemeja más a la del siglo pasado, mientras que en Francia, Quebec y Alemania ha surgido algo que podría llamarse estratificación multidimensional: grupos sociales múltiples cuya configuración cambia constantemente.

Esta transformación de la estructura social supone una modificación profunda de los conflictos sociales. Como Simmel nos descubrió hace tiempo, los conflictos son un medio de reforzar la cohesión social y los mecanismos de decisión colectiva. Los grupos se sirven del conflicto para definir sus intereses e identidades. Los mecanismos de regulación de la conflictividad aseguran la reducción de tensiones porque afirman un consenso fundamental acerca del problema principal de la regulación social. Nuestros perfiles nacionales contienen dos tendencias (7.1 y 6.2) que confirman directamente esta tesis. Con semejante punto de partida, Hondrich y Caplow han esbozado un recuento de tendencias relativas a la conflictividad que comienza con una hipótesis tan insólita como la siguiente: «las sociedades que consiguen modernizarse necesitan un inmenso cúmulo de conflictos, pero, como la violencia les resulta demasiado gravosa, se orientan automáticamente hacia formas no violentas de resolución de conflictos». Dicho de otra manera, las sociedades industriales avanzadas recurren menos a la violencia física. Sólo las subdesarrolladas pueden permitirse hoy en día el lujo de mantener una guerra civil. Los recientes cambios políticos en la Europa del Este apoyan esta observación. Ejemplo de ello es el contraste entre la «revolución de terciopelo» acaecida en Checoslovaquia, que condujo al divorcio pacífico de dos naciones, y la violenta fragmentación de Yugoslavia, hechos sucedidos a dos federaciones geográficamente próximas pero con niveles de modernización distantes.

La conflictividad en el terreno de la organización del trabajo (tendencia 7.2) ofrece más ejemplos claramente ilustrativos de la tendencia hacia la resolución pacífica de los conflictos. Estos han disminuido considerablemente en nuestros cuatro países, cualquiera que sea el indicador que tomemos y los pocos conflictos prolongados que todavía se producen apenas registran violencia. Alemania fue el primer país en desarrollar sistemas globales para la resolución de conflictos industriales mediante la negociación. Francia ha seguido sus pasos. En Estados Unidos las huelgas han desaparecido prácticamente de la escena industrial y en Quebec han disminuido ostensiblemente.

En los últimos años, casi todas las movilizaciones masivas han sido promovidas por los Verdes, que esgrimen su doctrina antiviolencia con energía agresiva. En Francia, con ocasión de las multitudinarias manifestaciones estudiantiles de los ochenta, se registraron algunas agresiones a las personas y a la propiedad, pero la mayoría de los incidentes se atribuyeron a agentes marginales. En general, la violencia tiende a limitarse a este tipo de grupos, como sucede en los disturbios raciales de Estados Unidos, en los xenófobos de Alemania, en los juveniles de los suburbios franceses o en los étnicos de Córcega. Por decirlo de alguna manera, Francia ha legitimado el disturbio como medio de hacer frente a los

abusos de poder y lo ha convertido en toda una institución, aunque, de un tiempo a esta parte, se suele prescindir de la violencia. Por lo que respecta a Alemania, parece que desde 1945 hasta la caída del Muro en 1989 no se registró ninguna manifestación a gran escala. La inquietante reaparición de incidentes de tinte nazi en los últimos años no ha de entenderse necesariamente como un retroceso.

La disminución de la violencia en los conflictos sociales equivale a una mayor utilización de la negociación y el arbitraje (tendencia 10.1), como hemos observado en los cuatro países. No obstante, existe una clara diferencia entre Estados Unidos y los dos países europeos: En Europa, el arbitraje parte normalmente de una iniciativa del gobierno, mientras que en América la forma más corriente de resolución de los conflictos es la discusión y la negociación entre asociaciones voluntarias. Como Tocqueville apuntó en cierta ocasión, en Francia todo deriva del Estado, en Inglaterra de una persona de elevado rango y en los Estados Unidos de una asociación. Pero el contraste se está difuminando: el gobierno federal de los Estados Unidos asume cada vez más el papel de árbitro, mientras que el Estado francés prefiere ahora crear asociaciones locales para distanciarse de semejante papel.

En todos nuestros países el sistema político sigue siendo generalmente el encargado de resolver los conflictos, tanto a escala local como nacional. Hondrich y Caplow sostienen que «los principales conflictos políticos de hoy ya no se definen como el antagonismo de clases sociales sino de intereses concurrentes». Identifican en nuestras sociedades una serie de conflictos emergentes entre los que incluyen:

Un conflicto entre el sistema productivo y el Estado de Bienestar. Si ya no es posible emplear a un elevado número de ciudadanos en el sector productivo, ¿cómo puede mantenerse su existencia y su dignidad? La cuestión surge en el terreno político y separa a los liberales de los socialdemócratas. Los primeros hacen hincapié en la libre empresa y en el trabajo individual; los segundos, en la igualdad y en los derechos civiles.

Un conflicto entre los valores industriales y los culturales. Todavía queda una importante cuestión por resolver, a saber, si el objetivo prioritario de la educación es formar obreros productivos o ciudadanos cultos y patriotas. La prolongación del periodo educativo (tendencia 15.1) y el retraso de la madurez (tendencia 1.1) han provocado la aparición de una cultura juvenil que podrá quizás solucionar el dilema.

Un conflicto entre los valores económicos y los ecológicos. Este conflicto ha recibido un tratamiento diferente en cada uno de nuestros cuatro países, como muestran Frechet y Wörndl en su capítulo. Estados Unidos fue el primero en tomar conciencia de la existencia de dicho conflicto, en parte por iniciativa de los grupos conservado-

res tradicionales y en parte como respuesta a la propaganda antiindustrial. En Alemania, el movimiento ecologista tomó forma política muy pronto y fue legitimado por la entrada de los verdes en parlamentos locales. En Francia, los líderes ecologistas eran veteranos del 68. No han podido organizarse a escala nacional hasta hace poco, pero han ejercido una influencia considerable dentro de los partidos políticos y la administración.

Estas nuevas fuentes de conflicto ya no enfrentan a clases sociales, sino que movilizan a transmisores de opinión y valores. Pueden conducir a confrontaciones apasionadas, pero la creciente tolerancia parece poner alerta sobre cualquier inclinación violenta.

El relativo descenso de la violencia en los conflictos sociales está indirectamente relacionado con el ocaso de la autoridad personal (tendencia 7.4) analizado por Caplow. Todas las formas de autoridad personal se debilitaron paralelamente en los cuatro países entre 1960 y 1990, empezando por la del hombre sobre la mujer y como cabeza de familia. A los hijos ya no se les inculca la sumisión absoluta a sus padres; ahora se les enseña a buscar una negociación en la que mantienen generalmente la posición más débil, pero sin carecer nunca de recursos y con la posibilidad de invertir el equilibrio de poder a su favor. La autoridad del patriarca sobre sus descendientes ha desaparecido completamente. Los abuelos están normalmente en la posición de solicitar de sus nietos una respuesta afectiva. La autoridad de los maestros y profesores sobre sus alumnos sufrió un revés decisivo en 1968. Los sacerdotes ya no pueden regular el comportamiento de unos fieles que proclaman su derecho a la autodeterminación religiosa y moral. De forma similar, la autoridad de los políticos, los líderes sindicales y los dirigentes en general ya no se sostiene más que por el consentimiento de sus seguidores. Incluso en instituciones que enaltecen el mando y la disciplina, la aquiescencia de los subordinados se considera ahora esencial. Los ejércitos de nuestros cuatro países son un ejemplo claro de esta transformación.

El debilitamiento de la autoridad personal está claramente relacionado con la erosión de la jerarquía social, causada en primera instancia por los cambios en la composición de la población activa: la decadencia del sector agrícola, la preferencia por el trabajo administrativo frente al manual, la irrupción de la mujer casada en el mercado laboral, la práctica desaparición del servicio doméstico, el aumento de las uniones libres, la expansión de la educación superior, el efecto nivelador de los medios de comunicación de masas sobre la cultura, la explosión del ocio o el aumento de los bienes de consumo, con la consiguiente posibilidad de adoptar estilos de vida diversos. La estrecha relación que existía entre la ocupación del varón que mantenía y gobernaba el hogar, los ingresos de dicho hogar, la posición social de sus miem-

bros, sus costumbres, su indumentaria y los hábitos asociados con dicha posición, se ha roto o debilitado considerablemente.

La decadencia de la autoridad personal tiene implicaciones interesantes y algo enigmáticas. Por un lado, incrementa la libertad individual; por otro, conduce a una notable expansión de la burocracia. La localización del control social se desplaza hacia arriba, por decirlo de alguna manera, desde la familia, el barrio, la parroquia y el equipo de trabajo hacia agentes públicos y privados a gran escala, que han tomado a su cargo la regulación de la interacción social. La cuestión de si la calidad de vida en estas sociedades se ha elevado o deteriorado por causa de esta tendencia moderna sigue siendo polémica.

Salvo en Estados Unidos, el movimiento de secularización que experimenta Occidente desde comienzos del presente siglo se ha acelerado durante los últimos treinta años. En los otros tres países, la práctica religiosa (tendencia 11.5) ha descendido con rapidez y las instituciones religiosas (tendencia 9.2) han perdido mucha de su influencia. Este movimiento puede interpretarse en términos durkheimianos como un avance de la división del trabajo. A medida que las actividades sociales se diversifican y especializan, las funciones que tradicionalmente correspondían a la religión se separan y adquieren autonomía. El mejor ejemplo lo podemos tener en el cuidado de los enfermos. Los hospitales se han laicizado poco a poco, a medida que las técnicas de atención clínica se han expandido y el número de religiosas enfermeras ha disminuido.

Teólogos de distintos credos y sociólogos especializados en religión coinciden en distinguir varias dimensiones de la secularización, como Chadwick, Gautier, Hourmant y Wörndl señalan en su capítulo. En primer lugar, los agentes relacionados con el gobierno, la educación, el bienestar y la familia se emancipan paulatinamente de la religión. En segundo lugar, las iglesias atienden cada vez más a problemas de la vida cotidiana. La preocupación por la salvación y el Reino de los Cielos deja paso a la lucha por la justicia social. En tercer lugar, los individuos ya no acuden a la religión para satisfacer sus necesidades emocionales o justificar sus principios morales. No obstante, al aplicar esta perspectiva a nuestras sociedades, no podemos pasar por alto acusadas diferencias en cuanto a historia y contexto.

En 1905, la República Francesa rechazó el concordato y proclamó la separación entre la Iglesia y el Estado. Jurídicamente, la situación es similar en Estados Unidos, pero un gobernante francés jamás juraría sobre la Biblia o pediría la ayuda de Dios como ha de hacer un presidente del país norteamericano. El componente religioso de la cultura cívica estadounidense va más allá de los

hábitos puramente formales. Los últimos cinco presidentes (Ford, Carter, Reagan, Bush, Clinton) se han declarado cristianos practicantes; nada más extravagante para un francés. En Alemania, nominalmente laica, un suplemento del impuesto sobre la renta se destina al mantenimiento de las iglesias, lo que les proporciona riqueza y poder y financia una vasta red de colegios religiosos, hospitales y servicios sociales. El Estado paga a los sacerdotes de todos los credos (a excepción de los musulmanes).

El número de vocaciones religiosas, la asistencia a los servicios eclesiásticos y la incidencia de la devoción privada han descendido en tres de nuestros países desde 1960, pero de forma irregular. De los dos católicos, Francia fue el primero en registrar un fuerte descenso de la práctica religiosa. La asistencia al rito dominical no alcanza hoy ni un 10 %. Quebec, donde casi todo ciudadano era católico practicante en 1960 y lo sigue siendo nominalmente en la actualidad, registró una disminución considerable de la asistencia al templo en la década de los ochenta. En Alemania, católicos y luteranos han reducido por igual su participación en la liturgia.

Por el contrario, en Estados Unidos se ha producido un auténtico resurgimiento de la práctica religiosa, que hoy mantiene cotas mucho más altas que a principios de siglo. El fundamentalismo ha arraigado en todas las iglesias. En el caso de la católica, la asistencia al templo descendió ligeramente después del Concilio Vaticano II, pero luego se estabilizó en un nivel bastante alto. Entre los protestantes de los Estados Unidos no se observó variación entre 1960 y 1990, y las aportaciones económicas de los fieles casi se triplicaron en dólares constantes. Las vocaciones disminuyeron drásticamente en Europa, en Quebec y entre los católicos de Estados Unidos, pero en este último país, entre 1950 y 1987, el número de sacerdotes protestantes aumentó sensiblemente con relación a la población de creyentes. Es posible recoger todo tipo de datos adicionales sobre creencias y demás indicadores de influencia religiosa, pero la conclusión sería siempre la misma: existe un marcado contraste entre Estados Unidos y los otros tres países, así como importantes diferencias entre católicos y protestantes.

La escuela es, sin lugar a dudas, la institución pública más afectada por la situación de la Iglesia en los cuatro países, pero de forma muy diversa. En Estados Unidos y Alemania abundan las escuelas religiosas, y su administración no plantea ningún problema de orden político, ya que en el primer caso son independientes del Estado y en el segundo se financian a través de los impuestos. En Francia, sin embargo, los colegios religiosos han estado en el ojo del huracán por espacio de todo un siglo. Podría decirse incluso que el serio conflicto que han desencadenado —expresión concre-

ta de la secular confrontación entre la Iglesia y la República laica—ha dominado la vida política francesa, con su réplica entre el maestro y el párroco de cada pueblo. Dicho conflicto ha perdido fuerza en la actualidad y puede que hasta se haya zanjado. Las multitudinarias —y triunfales— manifestaciones organizadas en 1984 para defender las escuelas religiosas «libres» frente a la ley socialista demostraron que la Iglesia conservaba una sorprendente capacidad para movilizar a la opinión pública.

En fecha tan reciente como el año 1960, la Iglesia francesa se presentó como una institución nacional que ejercía su autoridad sobre todos los ciudadanos a excepción de un millón aproximadamente de protestantes y un número aún menor de judíos; pero después de 1973, la Misa dominical jamás congregó a más de una cuarta parte de los franceses. A partir de 1960, la Iglesia ha cambiado su doctrina pastoral: ahora se define como un servicio a disposición de los creyentes y no pretende hacerse cargo de todo el pueblo francés. Por consiguiente, representa, como máximo, a un cuarto de la población. Entretanto, otros cuatro credos han adquirido una legitimidad comparable a la suya. El protestantismo ya no es una corriente marginal con respecto del catolicismo. El islam es la segunda religión en cuanto a cifras, si bien los musulmanes son tan poco estrictos en la práctica religiosa como los católicos. Los judíos han duplicado su número gracias a la inmigración —procedente sobre todo del norte de África—, y su religión goza ahora de total legitimidad, en parte por el recuerdo del Holocausto y en parte por la existencia del Estado judío. Por último, el número de los no creyentes, desdeñable en 1960, asciende hoy al 15 % de la población según las encuestas. Francia se ha convertido, pues, al igual que Estados Unidos, en una sociedad multiconfesional.

La secularización de las creencias, las prácticas y las instituciones no significa, como cabría esperar, que los creyentes no practicantes se hayan desvinculado completamente de sus obligaciones religiosas. Los católicos, los musulmanes, los protestantes y los judíos que no practican sus respectivos credos no renuncian por ello a su herencia cultural; más bien la exaltan. La tradición religiosa familiar sigue siendo un componente esencial de la identidad personal. Los que abogaban en Francia por una escuela libre en las manifestaciones de junio del 84 no eran practicantes en su mayoría, pero no querían privar a sus hijos de la posibilidad de asistir a escuelas de tradición católica. Los ateos alemanes y los judíos integrados en la sociedad estadounidense envían a sus hijos a colegios religiosos.

La transformación de la estructura familiar que ha tenido lugar durante los últimos treinta años es, sin lugar a dudas, el cambio más importante y decisivo producido en la civilización occidental

durante dicho período. Los capítulos de Caldwell, Stiehr, Modell y Del Campo, así como los de Bahr, Dechaux y Stiehr, enfocan esta importante transición desde dos ángulos diferentes: los primeros examinan las tendencias de la fecundidad y los segundos analizan las relaciones entre padres e hijos adultos. Las comparaciones entre nuestros cuatro países resultan fascinantes.

En su análisis de los factores responsables del descenso de la fecundidad (tendencia 3.2) en Francia, Alemania, Estados Unidos, Quebec y también España, Caldwell y sus colegas observan, como hicimos nosotros con anterioridad, que el paralelismo ha conducido a situaciones bastante diversas. En Francia y en Estados Unidos, con una tasa de reposición cercana a 1,8 y una pirámide de edad abultada en la franja de adultos jóvenes, la familia media tiene dos hijos y la población todavía aumenta lentamente. En Alemania y en Quebec, donde la tasa de reposición ha caído hasta un 1,4 (en el sur de Alemania es incluso inferior), la familia de hijo único se ha convertido en la norma, y ambas poblaciones estarían menguando de no ser por la inmigración. Esta tendencia se introdujo mucho más tarde en España, pero el descenso ha sido tan vertiginoso que ha superado al resto: la tasa de reposición se sitúa alrededor del 1 en el norte del país, una cota jamás alcanzada por ninguna otra población europea.

Cuatro de nuestras tendencias principales parecen estar directamente vinculadas al descenso de la fecundidad: la reducción de la tasa de nupcialidad (tendencia 3.3), el aumento del empleo femenino (tendencia 3.1), el mayor acceso al aborto o a la esterilización (tendencia 3.5) y la prolongación del período educativo (tendencia 15.1). Los indicadores que ponen de manifiesto la revolución experimentada por la institución matrimonial en los últimos años son la tasa de matrimonios, la de divorcios, el porcentaje de descendencia extramarital y la media de edad en el primer casamiento. Estas cuatro curvas se han estado moviendo en la misma dirección.

Las mujeres casadas muestran una tasa de fecundidad muy superior a la de las solteras o las viudas, a pesar del aumento increíblemente rápido de los nacimientos fuera del matrimonio (30 % en Francia y 43 % de primeros nacimientos; 40 % en Quebec, 70 % de nacimientos afroamericanos en Estados Unidos). En Francia, la tasa de fecundidad de las mujeres solteras se aproxima a una cuarta parte de la de las casadas.

El aumento de la actividad laboral femenina ha resultado ser inversamente proporcional al descenso de la fecundidad, independientemente del nivel de dicha actividad en cada caso. La relación entre las dos tendencias es obvia, pero el mecanismo preciso aún suscita serias dudas. Las francesas y las estadounidenses con em-

pleos de jornada completa continúan teniendo dos hijos como media, mientras que en Alemania, Quebec y España, las mujeres que trabajan toda la jornada (que son relativamente menos numerosas) sólo tienen uno. La diferencia principal entre las costumbres de antes y las de ahora radica en que la mujer ya no abandona su trabajo para dar a luz, con lo que su reincorporación al mercado laboral después del parto ya no es una transición tan importante como antaño.

La prolongación del período educativo a raíz del ingreso más precoz en el colegio y la consiguiente proliferación de guarderías y centros preescolares parece ser condición indispensable para que las mujeres conserven su empleo. Pero, una vez más, la comparación internacional plantea más dudas que resuelve. En Francia las mujeres trabajan toda la jornada y sus hijos asisten al colegio desde los tres años, pero en Estados Unidos, donde trabaja una proporción aún más elevada de mujeres, son muchos los niños que no empiezan el colegio hasta que cumplen cinco o seis años. Bien es verdad que la mujer estadounidense suele ocupar puestos de media jornada, pero ello no explica totalmente las diferencias.

Todos estos cambios estuvieron asociados a una modificación extraordinariamente rápida de las normas (tendencia 17.4). La revolución de las costumbres e instituciones familiares entre 1960 y 1990 vino acompañada de un radical desplazamiento de valores. En la década de los sesenta, la inmensa mayoría de miembros de estas sociedades creían que la mujer no debía trabajar fuera de su casa a no ser que se viese obligada por necesidades económicas, y eran muy pocos los que veían con buenos ojos que una mujer casada eligiese entre el cuidado del hogar y el ejercicio de una profesión. Hoy se han invertido los resultados de las encuestas. Además, casi todo el mundo coincide en que las tareas domésticas han de repartirse entre el marido y la mujer, aunque los estudios empíricos demostrarían seguramente que en la mayoría de los hogares el hombre colabora tan sólo un poco más que antes.

La política en materia de familia ha sido bastante variada en nuestros cuatro países. Desde los años treinta, Francia ha mantenido una generosa postura natalista a la que cabría atribuir parcialmente el que su tasa de natalidad se aproxime al nivel de reposición. Alemania, que evita desarrollar cualquier política familiar por si pudiera recordar demasiado a la eugenesia nazi, registra una tasa de reposición mucho más baja. En Estados Unidos, sin embargo, donde no existe política alguna en materia de familia, es casi tan alta como en Francia. El reciente programa natalista puesto en marcha por el gobierno de Quebec puede haber interrumpido un rápido descenso de la fecundidad en aquel país. Vemos cómo una

vez más la comparación entre países nos obliga a cuestionar muchas de las explicaciones que el sentido común ha propuesto para explicar el *baby boom* y el descenso de la fecundidad que le siguió. ¿Por qué deciden las parejas tener descendencia, no tenerla o limitarse al hijo único? Se trata de un misterio para todas las ciencias sociales.

El descenso de las tendencias relativas a la fecundidad reduce el tamaño de la red familiar (tendencia 2.2) pero, por otra parte, la prolongación de la vida (tendencia 1.2), al añadir una generación más a cada genealogía, mantiene a los parientes colaterales juntos por más tiempo, cuando es bien sabido que las ramas tienden a separarse cuando su antepasado común desaparece. Aunque los hijos de hoy tienen menos hermanos y hermanas que los de generaciones pasadas, se relacionan más con sus tíos, tías y primos.

El descenso de la fecundidad y el aumento del divorcio, de las uniones libres y de los nacimientos fuera del matrimonio, así como el número cada vez más elevado de hogares unipersonales y familias monoparentales, son los claros síntomas de una rotunda transformación de la unidad conyugal en nuestros cuatro países (tendencia 3.3). El fenómeno ha sido ampliamente descrito. Por el contrario, el reforzamiento de la red familiar, que compensa en cierta medida el debilitamiento de la unidad conyugal, se ha estudiado mucho menos. Bahr, Dechaux y Stiehr presentan una serie de hallazgos de gran interés.

El primero se refiere a que, a pesar de todas los cambios sociales y económicos que pueden haberse producido en los últimos treinta años, la distancia media entre la residencia de los padres y la de sus hijos adultos, casados o no, se ha mantenido prácticamente inalterada y varía muy poco de un país a otro. Paralelamente, el apoyo y servicio que las dos generaciones se proporcionan entre sí no ha cambiado demasiado en Francia ni en Estados Unidos, los dos países acerca de los que contamos con más información a este respecto. Los resultados de estudios locales efectuados en los cuatro países apuntan hacia conclusiones semejantes. En 1953, por poner un ejemplo, a la pregunta «Si tuviera usted más dinero, ¿en qué lo invertiría?», un 45 % de los alemanes respondieron «Lo gastaría con mi familia», y un 46 % en 1979; a la pregunta «¿Qué echaría usted más en falta si tuviera que mudarse lejos?», un 38 % respondieron «A mis padres, que viven aquí al lado» en 1953, y un 45 % ofrecieron esa misma respuesta en 1979.

Las mujeres desempeñan el rol principal en la relación entre padres e hijos adultos. Las relaciones madre-hija constituyen el eje fundamental del sistema, mientras que las relaciones padre-

hijo aparecen más diluidas. La madre ayuda y aconseja a su hija sobre asuntos familiares y la hija cuida de su anciana madre proporcionándole apoyo moral, servicio material y atención física y médica. No existe nada parecido entre padre e hijo o hija, o entre hijo y padres mayores. La mayor longevidad de la mujer no constituye la única explicación a este fenómeno. Al trabajar fuera de casa, la madre ha de recurrir a la abuela para que se haga cargo de sus hijos de cualquier edad. Uno de cada dos niños franceses con madre trabajadora pasa las vacaciones con sus abuelos. Cuando la madre es ama de casa, la proporción es de uno de cada cinco. La relación directa entre abuelos y nietos es esencial para la transmisión de valores, dada la importancia de la memoria familiar colectiva en la construcción de la identidad personal. No disponemos de muchos estudios sobre el tema, pero no hay ninguna razón para suponer que el sistema de parentesco se esté debilitando en ninguna de las sociedades que nos incumben aquí.

El estudio del mercado laboral (tendencia 4.1) trasluce toda la gama de cambios sociales. También muestra las mismas tendencias a ambos lados del Atlántico como resultado de idénticos factores. No obstante, Noll y Langlois distinguen dos modelos de crecimiento del mercado laboral, uno americano y otro europeo. Por otro lado, incluso países con economías tan estrechamente vinculadas como Alemania y Francia, o Quebec y Estados Unidos, presentan moldes algo diferentes. Los elementos básicos del mercado laboral de un país son la población en edad de trabajar y el número de colocaciones ofrecidas a esa población por el sistema económico. En Estados Unidos la población en edad de trabajar aumentó en un 38 % entre 1966 y 1989, en Quebec en un 35 % aproximadamente y en Francia en un 21 %. En Alemania, tan sólo creció en un 13 %. La demanda de empleo aumentó a causa de la ingente cantidad de mujeres que se incorporaron al mercado laboral, y este aumento se vio contrarrestado en todas partes por la tendencia de los hombres a empezar a trabajar más tarde y a retirarse antes. El efecto neto en los cuatro países fue un descenso de la curva de empleo masculino, mientras que la de empleo femenino se elevó. Si sus trayectorias actuales se mantienen, las curvas acabarán por encontrarse y el empleo estará repartido equitativamente entre los dos sexos. Este proceso es más acentuado en Francia, donde el porcentaje de mujeres empleadas ha aumentado más rápidamente y el de hombres ha descendido también con mayor celeridad.

Los movimientos migratorios y la forma de la pirámide de edad han tenido efectos diferentes en cada país. La inmigración ha sido especialmente intensa en los dos países americanos. En Europa existe un marcado contraste entre Francia, donde la masa de jóvenes que se incorporan al mercado laboral sigue siendo gran-

de, y Alemania, donde cada año son menos. Este último país ha compensado la deficiencia mediante una ingente afluencia de inmigrantes, incrementada enormemente desde 1989. Un nuevo contraste entre los dos lados del Atlántico radica en que los americanos trabajan ahora más horas al año y más años de su vida que los europeos.

En los dos países europeos, el aumento de empleo disponible ha sido escaso: un 4 % en Alemania y un 9 % en Francia entre 1966 y 1989. En América, la creación de puestos de trabajo ha superado el crecimiento de la población en edad de trabajar. El paro ha aumentado en todas partes, pero con fuertes oscilaciones en Estados Unidos. En Quebec ha experimentado una progresión continuada desde 1980, y en Francia una continuidad lamentable. En todos estos países el desempleo constituye en la actualidad un problema social grave de índole más estructural que coyuntural; no se trata de un mero desajuste pasajero.

Las diferencias entre países afectan sobre todo a la población juvenil. Los jóvenes estadounidenses suelen trabajar a la vez que cursan sus estudios; a los alemanes se les considera empleados durante su formación como aprendices; en Francia prolongan algo más sus estudios y no suelen trabajar al mismo tiempo. También existen diferencias asombrosas en cuanto al paro de larga duración, prácticamente desconocido en Estados Unidos (cerca de un 6 % del total de parados), reducido en Quebec (11 %) y fuerte en Europa (31 % en Alemania, 44 % en Francia). Los índices de salidas y entradas del mercado laboral son más altos en Norteamérica que en Europa. Estos contrastes se deben en parte a factores demográficos y culturales, pero sobre todo a tasas de desindustrialización diferentes. En ninguno de estos países descendió realmente el volumen de producción industrial entre 1960 y 1990, pero, si el sector secundario se mantuvo estable, el terciario de servicios y tratamiento de la información experimentó una auténtica eclosión (tendencia 4.4), con lo que la industria no emplea ahora a más de un 20 % de población activa en Francia, Estados Unidos y Quebec. La proporción parece mayor en Alemania, pero la diferencia es un artificio estadístico ya que, al registrar dicho país menos subempleo, las actividades terciarias están en manos de grandes empresas y se cuentan como industriales. En cualquier caso, el aumento del sector terciario ha sido más lento en Europa que en América: el umbral del 50 % respecto del empleo total se alcanzó en los años cincuenta en Estados Unidos, en los sesenta en Canadá, en 1975 en Francia y no antes de 1982 en Alemania. Los europeos ahora trabajan menos y son más productivos que los americanos. La multiplicación de los empleos inferiores en América y la endémica persistencia del desempleo en Europa generan problemas sociales diferentes y dan lugar a políticas de bienestar distintas.

Ya empezamos a vislumbrar un vago perfil global del cambio social en nuestros cuatro países. Para precisarlo, Forsé y Langlois decidieron efectuar una comparación sistemática de matrices de cambio social entre Francia y Quebec. Un análisis tan innovador suponía medir la densidad de las relaciones causales entre setenta y ocho tendencias registradas en Quebec y sesenta en Francia y distribuirlas en grupos de tendencias estrechamente ligadas que pudieran ser identificadas como macrotendencias. Aplicando este método obtuvieron catorce macrotendencias para Quebec y doce para Francia. A continuación estudiaron las relaciones causales entre las macrotendencias de cada matriz, lo que les permitió construir un resumen gráfico de causalidad social para cada país. Tal ejercicio desembocó en hallazgos tan inesperados como clarificadores. Por otra parte, es evidente que las tendencias suelen ser las mismas en los dos países, con sutiles diferencias de intensidad y velocidad. En efecto, dicha semejanza es lo que permite realizar un estudio comparativo como éste. De existir muchos contrastes fundamentales, la comparación sería imposible.

Por otro lado, el análisis muestra que tendencias formuladas en términos análogos se interrelacionan de modo muy diferente en Francia y Quebec. Tanto los antecedentes como las consecuencias resultan dispares. Tendencias que no comparten las mismas causas ni los mismos efectos no pueden considerarse realmente idénticas, ya que cumplen funciones distintas dentro de la estructura social. Algo así ocurre, por ejemplo, en lo que atañe a organización sindical y consenso. Tanto en Francia como en Quebec los sindicatos han experimentado una institucionalización progresiva, pero en Francia lo han hecho como resultado de una modificación de los reglamentos administrativos, mientras que en Quebec la causa apunta a una disminución del conflicto industrial. En ambos países se ha producido un apaciguamiento de los principales conflictos ideológicos que antes dividían a toda la población y ayudaban a definir la identidad nacional. En Quebec esa macrotendencia se asocia al mundo del trabajo, mientras que en Francia aglutina tendencias enmarcadas en el terreno de la política. A primera vista, las dos tendencias son iguales, pero el análisis matricial muestra que los mecanismos son diferentes y que los sectores sociales afectados tampoco son los mismos. La convergencia se transforma de alguna manera en divergencia.

Cada matriz puede representarse mediante un gráfico de macrotendencias que identifique claramente las que son primordialmente causales y las que se quedan en medio. Aunque las tendencias sean las mismas, los dos modelos son muy diferentes. Las principales conclusiones que parecen surgir de este análisis son: (1) operando dentro de estructuras diferentes, las mismas tendencias pueden realizar funciones distintas; (2) cada sociedad se desarrolla conforme a su propia dinámica.

La jerarquización de tendencias presentes en estas dos sociedades, derivada del análisis empírico de referencia, no se corresponde en ninguno de los dos casos con ninguna de las grandes teorías que se han propuesto para explicar el desarrollo del capitalismo. En Francia resulta que el orden político y los cambios en las relaciones de producción ocupan una posición intermedia, mientras que las instituciones del sector social (bienestar, asistencia sanitaria, educación y reglamentos administrativos asociados) ocupan una posición causal. En Quebec, las causas primordiales son la política gubernamental y las relaciones microsociales. En ambos modelos, el consenso social aparece como un elemento marcadamente exógeno, pero las relaciones con otras tendencias varían en cada caso. Los autores de este capítulo concluyen: «Los analistas del cambio social que aplican métodos comparativos clásicos descubren con cierto apuro una mezcla de convergencia y divergencia en los procesos que estudian. Aquí descubrimos la razón de su apuro: la divergencia esencial entre sociedades industriales es poco frecuente y más aún la convergencia absoluta; lo habitual es que las diferencias escondan semejanzas o lo que es lo mismo, una divergencia similar. A eso es a lo que llamamos singularidad. Para entender el fenómeno, tendríamos que reordenar sistemáticamente cada uno de los elementos que constituyen una infraestructura e identificar las diferencias implícitas en sus semejanzas. Uno de los propósitos del análisis estructural comparativo es precisamente permitir la descripción de este tipo de singularidad.»

¿Un destino común?

El concepto de singularidad nos ayuda a visualizar más claramente el sutil equilibrio entre convergencia y divergencia. También proporciona una posible respuesta a la gran cuestión que subyace a nuestro interés por ese equilibrio: ¿se enfrentan estas sociedades a un destino común? La respuesta es sí, en el caso de tendencias lo suficientemente fuertes como para adoptar la función de variables exógenas y no, en el de las respuestas que esas tendencias provocan en el contexto de una sociedad determinada. Consideremos, por ejemplo, dos de las tendencias más firmes estudiadas en este volumen: el descenso de la fecundidad y la creciente proporción de nacimientos fuera del matrimonio.

Como vimos con anterioridad, la fecundidad descendió de forma espectacular en nuestras cuatro sociedades entre 1960 y 1990. En todos los escenarios puede distinguirse el mismo conjunto de factores causales: anticonceptivos mejores, ingreso de la mujer casada en el mercado de trabajo, equiparación de los roles sexuales, legitimación de las uniones libres o consensuales, despla-

zamiento de la población activa hacia el terreno administrativo —lo cual facilitó el empleo de la mujer—, aparición de un movimiento feminista que promovió también el empleo femenino, desarrollo de una ideología de igualdad sexual que, apoyada por la ley, facilitó la equiparación de los roles del hombre y la mujer en el medio laboral y abatió los que habían desempeñado tradicionalmente en el seno de la familia, retraso del matrimonio propiciado por la legitimación de las uniones libres, expansión del divorcio y la maternidad extramarital ligada al incremento de la actividad laboral femenina, y una incidencia cada vez mayor del aborto y la esterilización como consecuencia de todo lo anterior. No hay manera de desentrañar estos factores y asignar a cada uno un peso específico relativo, como tampoco es posible evaluar la influencia de factores que se refuerzan mutuamente y demostrar que el desarrollo de las ideologías feministas provocó el aumento del empleo femenino y no al contrario. Sabemos que cada uno de los factores enumerados estaba presente de forma más que visible en nuestras cuatro sociedades, pero existen pruebas abundantes de que las interacciones producidas en una sociedad no fueron nunca idénticas a las de otra. La singularidad es mucho mayor en las pautas de causalidad que en la lista de factores causales.

La singularidad se hace incluso más evidente cuando examinamos las consecuencias directas del descenso de la fecundidad. En Francia y en Estados Unidos, las actuales tasas de fecundidad están tan cerca del nivel de reposición que, en conjunción con los abultamientos provocados en la pirámide de población por el *baby boom* y con la moderada inmigración, auguran para el futuro inmediato una población estable o ligeramente creciente, así como una proporción bastante estable entre la población en edad de trabajar y la población pasiva a ambos extremos de la escala de edad. Alemania y Quebec, con tasas de fecundidad más bajas y distribución de edad menos favorable, se enfrentan a un descenso inminente de sus poblaciones originales y a la perspectiva de un incómodo excedente de población pasiva. Compensar el déficit demográfico mediante la inmigración no sería una solución fácil en ninguno de los dos casos, dado el fundamento étnico de sus identidades nacionales. Los problemas de población que acechan a Alemania y a Quebec son mayores que los previstos para Francia y Estados Unidos y podemos contar con que sus respuestas acentuarán la singularidad.

Tomemos, si no, la tendencia asociada a la creciente proporción de nacimientos fuera del matrimonio. También aquí las tendencias observadas en las cuatro sociedades resultan paralelas, pero las diferencias numéricas, combinadas con diferencias de contexto, conducen a consecuencias divergentes. Entre los alemanes y los estadounidenses blancos, dicha proporción, aunque aumentó ver-

tiginosamente en la pasada década, sigue por debajo del 10 %, y muchas parejas de padres solteros acaban por casarse. El modelo tradicional de familia conyugal, con todo su bagaje cultural, permanece intacto en esencia. En Francia y en Quebec, donde más de un tercio de las mujeres que dan a luz son solteras, y entre los negros de Estados Unidos, donde la proporción es el doble, las familias monoparentales y las uniones consensuales parecen estar desplazando al modelo de familia tradicional y trasformando con ello todo el tejido de la vida cotidiana.

En resumen, la convergencia masiva de tendencias que observamos en estas cuatro sociedades no implica que se enfrenten a un futuro uniforme. Pero sus diferencias están indisolublemente ligadas a lo que tienen en común y, como demuestran las páginas que siguen, el análisis comparativo de sus recientes tendencias sociales nos ayuda a evaluar tanto la convergencia como la divergencia y a identificar las singularidades emergentes.

Bibliografía

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell y Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Forsé, Michel, Jean Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean-Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr y Barbara Wörndl: *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier y Jean-Pierre Simard: *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

**2. ¿EXISTE UN PATRON UNICO
DE VOLUCION SOCIAL?**

Yannick Lemel

John Modell

Los cuatro volúmenes nacionales preparados hasta ahora por los participantes del proyecto, incluso leídos de forma casual, sugieren que, entre 1960 y 1990, los patrones de cambio social de Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos tienen mucho en común. Era de esperar. Pero a primera vista —y en parte porque estamos ante verdaderos ensayos sobre tendencias y no ante meros compendios de datos, y porque dichos ensayos no calcan el mismo patrón de una sociedad a otra, ni utilizan datos idénticos— no traslucen mucho sobre la dimensión o la estructura de las diferencias en el cambio social de las cuatro sociedades. Nosotros nos proponemos con este trabajo evaluar con más precisión la evolución general y conjunta de las cuatro y discernir el grado de diferencia que la semejanza general camufla. Haremos, pues, un esfuerzo por comparar sociedades e identificar cualquier pauta visible dentro de las diferencias, tanto en la forma como en el fondo del cambio social. Dicho análisis conducirá inevitablemente a indagar tanto acerca de la evolución de las cuatro sociedades como de la forma en que dicha evolución ha sido interpretada: es casi imposible separar el fenómeno de la manera de describirlo.

Comparación sistemática y contextual

A diferencia del resto de los ensayos comparativos reunidos en este volumen, hemos de señalar desde ahora mismo que nos interesan más el cambio social en su totalidad, no sus facetas particulares, y las sociedades como entidades. Sólo nos fijamos en subsistemas si éstos pueden entenderse como «componentes» o «desviaciones» de la trayectoria general de la evolución social. La contrapartida a este deseo de globalizar nuestro enfoque quedará patente en nuestra forma de tratar el «contexto» nacional. La mayoría de las investigaciones comparativas recogidas en este volumen tienen como objetivos la comprensión de la peculiaridad cultural,

la idiosincrasia institucional y las divergencias históricas. Tratan de explicar mediante tales procedimientos «contextuales» las divergencias del cambio social observadas empíricamente en los informes de tendencias. Dado el objetivo de nuestro trabajo, no consideramos práctica ni teóricamente acertado proceder de tal manera; lo que nosotros buscamos es comparar la estructura del cambio social a fin de comprender el cambio sistemático en sus propios términos. El presente trabajo es tan sólo un primer paso.

También contrastaremos nuestro enfoque con el del trabajo de Forsé y Langlois, que compara Francia y Quebec. Ellos analizan las estructuras de la evolución social dentro de esas dos sociedades conforme a la metodología empírica desarrollada por Forsé. Así pues, están comparando patrones intrasociales mucho más complejos que los que manejamos nosotros. Lo primero que haremos será un simple recuento de tendencias y de las semejanzas que encontramos entre ellas. Sólo entonces, y de forma deductiva y especulativa, nos atreveremos a discutir estructuras más allá de las ofrecidas por las propias tendencias de Louis Dirn. Sería interesante comprobar si nuestras especulaciones en el plano estructural confirman los hallazgos de Forsé y Langlois, como lo sería averiguar si el sentido general que tenemos del grado de evolución social compartida se refleja también en su trabajo.

Metodología

En la fase inicial de nuestro análisis confeccionamos un gran cuadro que se componía de tantas columnas como sociedades para las que se han preparado volúmenes nacionales (aquí nos ocupamos de las cuatro primeras), y al menos dos filas horizontales por tendencia. Cada tendencia tiene como mínimo dos filas, una para cada dirección de la misma. Algunas tienen más de dos porque, tras examinarlas, descubrimos que se subdividían en más de una tendencia elemental no menos importante. Así pues, cada sociedad se «puntuá» separadamente con arreglo a dos posibilidades binarias para cada tendencia elemental dada: sí o no, para la variación de dirección positiva y, sí o no, para la variación de dirección negativa. Si todo hubiese evolucionado igual en las cuatro sociedades, nuestro cuadro habría incluido un número mínimo de tendencias. Las cosas no son tan sencillas, como es natural, a pesar de la considerable simplificación que hemos aplicado al evaluar todas las tendencias según aparezcan reflejadas o no en una sociedad dada, como si una tendencia fuese un ente claro y simple en lugar de un modelo histórico complejo.

En el Apéndice II ofrecemos condensada la tabla con la que hemos trabajado: hemos excluido esa inmensa mayoría de tenden-

cias contrarias derivadas de la lógica, que estaban de hecho ausentes en los cuatro países. Por poner un ejemplo, la tercera fila del cuadro corresponde a la siguiente tendencia (2.2): «El parentesco cobra importancia con relación a los vínculos sociales.» Dicha tendencia, quizá sorprendente, se observó en Francia y en Alemania Occidental, a juzgar por sus informes nacionales. Efectivamente, se pidió que cada equipo nacional, al preparar su informe, considerara el tamaño, la distribución espacial, la frecuencia de los contactos y rituales y el apoyo de la red familiar, así como cualquier otro aspecto que cada equipo estimase pertinente para ilustrar el tema general de las tendencias del parentesco. Los informes francés y alemán indican realmente que la significación del parentesco se ha ampliado en el transcurso del período 1960-1990. Así pues, la «tendencia elemental» que analizamos representa una generalización de orden bastante superior; retomaremos este punto más adelante. Quebec, por su lado, ofreció la imagen contraria: en lugar de un refuerzo del parentesco, un abandono del mismo como principio organizativo de la vida social. El informe de Estados Unidos no mostró crecimiento ni retroceso, sino estabilidad.

Por consiguiente, la tercera fila de nuestra tabla presenta un «+» bajo Francia y Alemania, y «0» bajo Quebec y Estados Unidos, y la cuarta muestra un «+» bajo Quebec y un «0» bajo Francia, Alemania y Estados Unidos. Estas y todas las demás tendencias elementales evaluadas constituyen el cuerpo de la tabla a la que hacemos referencia.

Como hemos dicho, no se trata de comparar cifras ni series estadísticas discretas. De hecho, varias de las cuatro subtendencias de parentesco que cada equipo nacional se propuso detectar en la fase inicial de su investigación eran compuestas. Para comparar el tamaño de las redes de parentesco (en su evolución cronológica) en las distintas sociedades, podríamos quizá servirnos de un solo indicador (lo cual es imposible, sobre todo por problemas de escasez de datos, aunque estamos seguros de que si dispusiéramos de datos suficientes discutiríamos acerca de cuál sería la definición de redes de parentesco más apropiada para la comparación entre sociedades), pero la existencia de un indicador único de «apoyo de la red» es sencillamente impensable. Así pues, lo que estamos comparando son generalizaciones de alto nivel derivadas de una lectura sistemática de trabajos, elaborados de forma también sistemática aunque no idéntica, por individuos diferentes procedentes de sociedades distintas.

Nuestra lectura sistemática de los trabajos siguió una técnica uniforme convenida previamente. Cada uno de los dos autores leyó la documentación correspondiente a la mitad de las tendencias —un lector por grupo de cuatro países— sobre las que se basa

el presente informe. Sólo después de haber leído por separado y evaluado un conjunto de tamaño menor e idéntico y no haber descubierto gran divergencia nos considerábamos preparados para efectuar la comparación. Nuestra lectura atravesó tres fases. La primera consistió en extraer de cada informe nacional las subtendencias esenciales (si la tendencia ascendía, descendía o se mantenía estable). En esta fase no existió cuadro alguno: nos limitábamos a tomar nota de lo que contenía cada trabajo por separado. La segunda fase consistió en cotejar los resultados de la primera. Llegados a este punto, teníamos que juzgar si había que descartar dos o más subtendencias dentro de un informe nacional y si se podía establecer alguna equivalencia entre tendencias manifestadas por sociedades distintas, aun cuando preveíamos que los indicadores que las sustentaban iban a variar. Al concluir esta fase, teníamos un cuadro para cada tendencia, con un modesto número (entre cuatro y diez, más o menos) de subtendencias en horizontal y las cuatro sociedades en columna. Con semejante cuadro en la mano pasamos a la tercera fase, que consistió en distinguir una o más «tendencias elementales» en las filas correspondientes a cada tendencia y juzgar si cada una de las cuatro sociedades debía puntuarse con «+» o «0» en la opuesta. No podemos asegurar que nuestro procedimiento evitara absolutamente todos los «efectos de puntuación», lo cual nos habría llevado probablemente a encontrar más semejanzas que diferencias, sobre todo en la tercera fase. Pero hemos intentado controlar nuestra subjetividad en la medida de la posible, fieles a nuestra decisión de comparar temas amplios y no cuantificados en lugar de series estadísticas. Esta última opción habría requerido una disciplina más severa, no cabe duda, pero habría supuesto también renunciar de entrada a la estructura de nuestro proyecto, la cual subyace bajo nuestro gran interés por el cambio de un sistema.

Queríamos que el nivel de la tendencia fuese muy amplio. Cabía esperar que la convergencia de amplias tendencias de cambio social fuese especialmente frecuente en dicho nivel, pero, por poco que descendiéramos hacia lo particular, emergerían muchas más diferencias. Es decir: cuanto más cerca situamos el objetivo, más se asemeja nuestra comparación a una serie de exposiciones monográficas que no hacen sino acentuar las cualidades distintivas de cada país. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo aquí. Como era de esperar, hay mucho menos acuerdo en el plano de subtendencias que en el de tendencias¹.

¹ Lo que hicimos fue seleccionar un subconjunto de tendencias para proceder a un análisis más profundo. De cada serie tratada anteriormente extrajimos una en la que coincidieran totalmente las cuatro sociedades, a fin de poder explorar el grado de diferencia dentro de la semejanza. Entonces puntuamos cada una de estas subtendencias y generalizamos a nivel de tendencia. La

Dos estilos de informe sobre tendencias: estudios sociológicos e indicadores sociales

Nuestro capítulo se ocupa de cuatro sociedades. Parte directamente del trabajo de cuatro «equipos» nacionales y, como dichos equipos utilizaron procedimientos distintos, vemos las diferencias entre sociedades a través de un cristal deformante. No queremos decir que ninguno de los participantes fuese menos competente que los demás, ni siquiera que tuvieran competencias distintas, ni tampoco que el nacionalismo o cualquier otro sentimiento distorsionara los informes que leímos, pero desde nuestra perspectiva de coautores compartimos una sensación de que hubo distintos «estilos de equipo», lo cual debería tenerse en cuenta a la hora de analizar los trabajos sobre tendencias aportados por cada equipo.

En el trabajo de los cuatro equipos nacionales pueden distinguirse dos tendencias diferenciadas y en cierto sentido opuestas². Por un lado está lo que podríamos llamar el estilo de «ensayo sociológico», que abarca varios indicadores con el propósito de distinguir patrones globales a modo de resúmenes caracterizadores de cada área en su conjunto. El caso extremo utiliza los datos tanto para ilustrar una generalización como para establecerla empíricamente. En el polo opuesto a este enfoque se sitúa el de «indicadores sociales», cuya producción consiste en exposiciones de series cuantitativas en las que se procura evitar toda generalización. El estilo de «ensayo sociológico» está concebido para describir cada tendencia, mientras que el de «indicadores sociales» usa el concepto de tendencia para estructurar un número de indicadores discretos que existen por derecho propio, sin preocuparse tanto por la relación entre ellos.

Cada estilo tiene sus ventajas. El «ensayo sociológico» es obviamente más ameno de leer y, en el contexto de comparaciones entre sociedades, su deseo por llegar a generalizaciones de alto nivel simplifica relativamente las correspondientes comparaciones (como las que realizamos en este trabajo), en parte limando contradicciones internas y lagunas documentales. Pero cuando se

selección se basa en nuestra breve caracterización de los cambios reseñados en cada estudio nacional, a la vez que sustenta toda generalización contenida en la misma..

² Si la coincidencia absoluta de tendencias resultaba casi tan frecuente como infrecuente, fueron más las subtendencias exclusivas de una sola sociedad que las comunes a dos, y así sucesivamente, de manera que la coincidencia absoluta fue minoritaria. Si olvidamos por un momento nuestras dudas, ya mencionadas anteriormente, acerca de si todas las subtendencias fueron tenidas en cuenta a la hora de recoger datos de cada sociedad, se nos plantea una interesante cuestión: el significado ontológico de tendencias comunes cuando las subtendencias no se comparten del todo

trata de afinar más en la comparación, dicho estilo deja mucho que desear. El de «indicadores sociales», en cambio, conduce al lector a comparaciones más precisas, ofreciéndole así un mayor grado de certeza, si bien le dificulta consiguientemente la generalización, pues encuentra menos hilos conductores en el propio trabajo que maneja.

Los «estilos de equipo» que hemos detectado son con toda seguridad el producto de distintas tendencias investigadoras aplicadas por los miembros de los equipos nacionales a su tarea desde el principio, así como de la peculiar manera como cada equipo nacional interpretó el protocolo común establecido en la primera reunión plenaria del proyecto. En aquellas fechas, el equipo francés ya había realizado un estudio sistemático y sintético del cambio social en Francia, y el grupo alemán se había ocupado de varias investigaciones utilizando, sobre todo, indicadores sociales. No es casualidad que los informes del equipo francés se ajustaran más al modelo de «ensayo sociológico» y que la producción alemana se aproximase más a menudo al modelo de indicadores sociales. El equipo de Quebec coincidió más con el alemán en cuanto a estilo de trabajo, pues estaba compuesto por sociólogos interesados sobre todo por la cuantificación que, sin embargo, desarrollaban un estudio de la cultura quebequesa en toda su amplitud. El equipo americano incluye sociólogos de preferencias metodológicas algo dispares y cuenta hasta con un historiador de inclinaciones cuantitativas. Sus informes varían, pero en general encajan con la vertiente quebequesa de «ensayo sociológico».

También hemos de subrayar el hecho de que los sistemas estadísticos de cada sociedad difieren mucho. De las cuatro, Francia fue con mucho la más pobre en cuanto a series cronológicas cuantitativas, sobre todo porque apenas dispuso de datos procedentes de encuestas llevadas a cabo por empresas privadas, con lo que los sociólogos dependían casi exclusivamente de fuentes administrativas. Además, las pocas series de ese tipo que existen allí tienden a ser sumamente breves. Así pues, el estilo ensayístico es tanto una necesidad como una preferencia en Francia.

En un primer esfuerzo por valorar el grado de diferencia estilística, hemos contado simplemente el número de entradas con puntuación (+) colocadas en nuestro cuadro general. El resultado encajó perfectamente con la mencionada dimensión, que era precisamente lo que intuíamos. Francia tiene 56 entradas (+), Estados Unidos 54, Quebec 50 y Alemania 48. ¿Por qué? Quizás en parte porque una de las razones del enfoque de «indicadores sociales» (en estudios comparativos) es fomentar el conservadurismo a la hora de alegar conocimientos. Confirmar una tendencia equivale a ello y el equipo francés, dado su estilo, estará más predispuesto a confirmar tendencias que, en el extremo opuesto, el alemán. Al

mismo tiempo hemos de señalar que la diferencia en cuanto a número de tendencias positivas recogidas en la muestra de informes nacionales es insignificante, pues no va más allá del 15 % entre los relativamente expansivos franceses y los puntillosos alemanes. Tenemos la impresión de que la fuerza de la imagen que nuestro análisis nos permite ofrecer supera tan sutil diferencia, pero seguiremos atentos a las diferencias de estilo entre equipos en el transcurso de nuestro análisis.

¿Hasta qué punto podemos hablar de evolución común?

De las 78 tendencias que los cuatro equipos nacionales en cuyo trabajo se basa este capítulo se propusieron estudiar, enumeradas en el Apéndice I, hemos tomado una muestra informal de unas 45. Decidimos descartar las que representaban esencialmente el contexto de las demás (serie 0) y las que reflejaban simple y directamente opiniones, actitudes y valores (serie 17). De las 16 series restantes, tuvimos cuidado de seleccionar al menos una o, más generalmente, dos de las tendencias agrupadas con una puntuación y una amplitud de representación suficientes para configurar un panorama completo. Hacían un total de 45, pero, al consultar los informes nacionales finales, algunas contenían material ambiguo en uno o más informes y otras mostraban diferencias tan sustanciales de concepto que era imposible la comparación real. Al final nos quedamos con 43 de las 78 tendencias incluidas en el proyecto. En algunos casos la comparación resultaba más viable si subdividíamos la tendencia general en dos o más subtendencias y comparábamos las cifras nacionales atribuidas a cada una. En total, pues, nuestras comparaciones tuvieron 70 dimensiones, y casi siempre abarcaron a las cuatro sociedades. Dichas comparaciones y la «puntuación» asignada a cada sociedad aparecen en el Apéndice II.

Téngase en cuenta, por favor, que normalmente nos da apuro incluir resultados estadísticos, y que preferimos usar un lenguaje que sugiera cuantificación de forma meramente aproximativa. Ello se debe a que nuestras variables —las tendencias— son nociones conceptuales, y no, de por sí, aspectos del mundo empírico. Por muy empíricas que sean³, no mantienen entre ellas una relación de igual a igual. Algunas resumen áreas de comportamiento extensas (por ejemplo, «el sector terciario crece, sobre todo los servicios»), y otras son más concretas («informatización del trabajo»). Sólo porque todas, o casi todas, sean de alguna manera

³ Sobre este punto véase Lemel y Modell, «Introduction», en Theodore Caplow et al., *Recent Social Trends in the United States 1960-1990*, pp. 1-4.

importantes en Francia gracias al proceso que las introdujo en nuestro esquema analítico, no hemos de suponer que tienen la misma importancia en otras sociedades. Es decir, que algunas son más esenciales que otras sólo desde el punto de vista comparativo, y presentar cifras exactas que evaluaran todas las tendencias por igual no haría honor a la verdad. Así pues, tendría poco sentido extraer de nuestra muestra la proporción exacta de tendencias comunes a las cuatro sociedades, y normalmente no lo hemos hecho, sino que hemos hablado de «la apabullante proporción de tendencias compartidas por las cuatro sociedades». Hacia la conclusión de nuestro ensayo, abandonamos tales reservas y emprendimos una exposición de índole más estadística que nos condujera hacia la especulación sustancial, pero delimitando dicha exposición mediante numerosas expresiones verbales de cautela⁴.

En general, no cabe duda de que nos enfrentamos a tendencias sociales muy paralelas. En la muestra de tendencias examinadas y comparadas, resultó incluso más frecuente que las cuatro sociedades mostraran patrones idénticos que una sola tendencia divergente. En los casos de aparente divergencia, lo más corriente era que tan sólo un país se apartara del patrón exhibido por los otros tres. Pero en una minoría bastante grande de casos la divergencia de tendencias se daba entre dos países. Como primera aproximación, por tanto, sostenemos que a partir de 1960 hubo un patrón realmente dominante de cambio social válido para cuatro países situados en dos continentes. Dicho cambio incluyó elementos de la noción ahora clásica (y muy criticada) de «modernización», pero también tendencias ligeramente modélicas comunes a los cuatro, que se apartaron de lo que habitualmente entendemos por modernización.

El Cuadro I reproduce el conjunto de tendencias contempladas en el proyecto que, a nuestros ojos, mostraron una semejanza esencial de las cuatro sociedades. La lista es larga y variada. La distribución por edades y los aspectos del tejido familiar reflejan lógicamente una evolución común, como es el caso también de

⁴ De forma similar, hemos decidido no llevar a cabo un análisis formal de factores, aunque en teoría ese u otro procedimiento parecido nos permitirían detectar cualquier estructura latente bajo las divergencias en la evolución de nuestros datos. Y hemos obrado así porque, de momento, nuestro análisis final se mueve en torno a cuatro únicos puntos de referencia. Aunque resulta sugestivo pensar en la elaboración de una «puntuación de factores» para las estructuras latentes que emergieran del análisis de factores empíricos (y nuestro software estadístico nos permitiría realizar tal ejercicio fácilmente), hemos optado por la táctica más modesta de investigar y caracterizar las divergencias que separan a una sociedad en solitario del patrón común y las divergencias por parejas. Dicho esto, pueden apreciarse en su justa medida las implicaciones de tales generalizaciones acerca del cambio social en el mundo post-industrial.

un extenso número de dimensiones relacionadas con la adaptación del trabajador a su actividad laboral, que ya de por sí parece seguir en muchos aspectos un patrón común a las cuatro sociedades. También existen claros desarrollos comunes en el terreno institucional, en donde se engloban el Estado y algunas de las formas más críticas en que éste se relaciona con la ciudadanía: educación, sistema legal y, en general, resolución de conflictos. También ocupan un lugar prominente en esta lista los aspectos de la personal trayectoria vital elegida, para bien o para mal, por los adultos. Y es que la vida moderna, según ha surgido y según la vivimos diariamente, ha tomado en muchos aspectos una dirección común en las cuatro sociedades.

CUADRO I

Tendencias analizadas que son idénticas en las cuatro sociedades

1.1	Juventud
1.2	Tercera Edad
3.2	Fecundidad
3.3	Modelos matrimoniales
3.5	Tecnología aplicada a la reproducción
4.4	Sectores de la actividad laboral
4.5	Informatización del trabajo
5.1	Organización del trabajo
5.3	Tamaños y tipos de empresa
6.2	Movilidad social
8.1	Sistema educativo
8.4	Estado
9.1	Sindicatos
10.1	Resolución de conflictos
11.5	Creencias religiosas
14.1	Cantidad y uso del tiempo libre
14.2	Vacaciones
14.3	Deporte
15.3	Formación continua
16.3	Trastornos emocionales y comportamientos autodestructivos
16.4	Pobreza

La mejor manera de averiguar hasta dónde es esto cierto consiste en comparar el cuadro a que hacíamos referencia con otro similar que incluya las áreas en las que no hemos encontrado coincidencia absoluta entre las sociedades ⁵.

Tres grandes conjuntos de tendencias muestran la ausencia de algún grado de disparidad en las dimensiones detalladas en el Cuadro I. (Además, como muestra el Cuadro 2, un importante número de prácticas personales nuevas pero no todas, están adoptando formas similares en todas las sociedades.)

⁵ Salvo cuando falta una descripción puntuable para una o varias sociedades. La clara ausencia de una tendencia o las tendencias parcialmente desviadas se tratan aquí como puntuables, y, si plantean divergencias entre sociedades, han de colocarse en el Cuadro 2 mejor que en el 1.

1. Obviamente, la más fácil de nombrar es la estratificación. Los patrones de desigualdad no parecen estar cambiando de la misma manera en las cuatro sociedades. (Se apreciará que en el Cuadro 1 las tendencias relacionadas con el trabajo están más estrechamente ligadas a aspectos técnicos del mismo y menos a aspectos socioestructurales que las detalladas en el Cuadro 2.)
2. Otro terreno en el que no parece existir un patrón único de evolución común a las cuatro sociedades es el que podría denominarse genéricamente como «movilización», esto es, el conjunto de instituciones y creencias que de forma progresiva vinculan la actividad diaria del ciudadano con la de todo su país. En el Cuadro 2 vemos que la forma de conducir la política, la forma en que los ciudadanos ven las instituciones sociales y la forma en que se han desarrollado la autoridad y el comportamiento normativo son facetas marcadas por la disparidad de tendencias.

CUADRO 2

Tendencias examinadas en las que existen diferencias entre las cuatro sociedades

2.2	Redes de parentesco
2.3	Tipos de comunidad y barrio
2.4	Autonomía local
4.2	Niveles de cualificación profesional
6.1	Status ocupacional
6.4	Desigualdad social
7.1	Conflictividad
7.3	Normas de conducta
7.4	Autoridad
8.2	Sistema sanitario
9.3	Ejército
9.4	Partidos políticos
10.2	Institucionalización de los sindicatos
10.4	Grupos de intereses
11.1	Diferenciación política
11.2	Confianza en las instituciones
12.1	Renta familiar y personal
13.1	Bienes de consumo y servicios
13.3	Cuidados corporales y de la salud
13.5	Movilidad cotidiana
15.1	Educación general
16.2	Delitos y penas

3. El agrupamiento de tendencias en el Cuadro 2 sugiere que, frente a la evolución relativamente uniforme de los modelos sociales de ámbito nacional, el desarrollo de los modelos locales revela un grado mayor de divergencia entre las cuatro sociedades. Nos estamos refiriendo al parentesco, a la comunidad o al barrio, a la movilidad diaria, a la autonomía local y al delito y su castigo.

Estructuras sociales básicas y formas de relación social

Proponemos un sencillo ejercicio mecánico para comprender los ámbitos de semejanza y diferencia en la evolución de las cuatro sociedades: observar cómo las tendencias elementales divergentes se concentran en determinadas grandes áreas más que en otras. Tal ejercicio requiere que seamos tan ingenuos como para tomar los resultados al pie de la letra, que consideremos toda diferencia como concluyente y desestimemos matices, y que aceptemos sencillamente el esquema del proyecto, que agrupa las tendencias en campos más amplios, convenientes a nuestros propósitos. Conviene aplicar un especial comedimiento analítico a los dos campos que aparecen entre paréntesis en vista de la muestra de tendencias subyacentes en que se basan, pero, dicho esto y tras haber decidido prescindir de toda reserva, descubrimos una identidad total de tendencias en los siguientes campos:

1. Grupos de edad.
3. Mujeres.
4. Mercado laboral.
5. (Trabajo y gestión empresarial).

Por el contrario, las divergencias fueron especialmente marcadas en las siguientes áreas:

2. Microsocial.
13. Estilo de vida.
16. (Integración y marginación).

Ligeramente menos llamativas pero dignas de mención fueron las divergencias en:

11. Ideologías y creencias.
6. Estratificación social.
7. Relaciones sociales.
8. Estado e instituciones de servicio.
10. Institucionalización de fuerzas sociales.

La comparación de los tres ámbitos en los que vimos una semejanza aplastante entre las cuatro sociedades resulta sugestiva. «Grupos de edad» y «mujeres» evocan estructuras antropológicas subyacentes: los roles de las edades y los sexos han evolucionado de forma similar en las cuatro sociedades. La presencia en esta lista de «organización del trabajo» junto a «mujeres» es más bien el resultado de la importante trabazón entre ambas. En Francia y en Estados Unidos, por ejemplo, y es de suponer que en Alemania y en Quebec, así como en otras sociedades, la evolución del rol de la mujer y la organi-

zación del trabajo son tendencias complementarias que se influyen mutuamente.

Por otro lado, la convergencia de tendencias intrasociales es más débil cuando dichas tendencias están más cercanas a manifestaciones de poder estrictamente político. «Estado e instituciones de servicio» pertenece obviamente a esta categoría. «Institucionalización de fuerzas sociales» y «vínculos microsociales» pueden interpretarse de manera algo menos directa como modos diferentes de reconocer los efectos sociales de la actividad política. La presencia en esta lista de divergencias en el ámbito de las «ideologías» apunta igualmente al significado global de la lista. Menos relevante a primera vista resulta «estilo de vida», que es en esencia una cuestión de hábitos de consumo, salud y movilidad.

Entre estos dos extremos de convergencia y divergencia, los sistemas de estratificación social —educación, jerarquías sociales, recursos familiares— se han movido en general hacia la similitud, aunque no la han alcanzado totalmente.

¿Podemos decir que las tendencias de las estructuras sociales básicas —jerarquías sociales, estructuras antropológicas y principales instituciones— han revelado más semejanzas entre sociedades que las formas de relación social? El grado de coevolución es considerable, pero existen numerosas excepciones. Ahora vamos a tratar la cuestión desde el punto de vista de las sociedades más que desde el de las tendencias, y plantearemos la siguiente pregunta: ¿existen pares de sociedades en particular que estén evolucionando de forma «más parecida» que otros?

Grado general de semejanza

En la lista de tendencias elementales que pueden compararse a cuatro bandas, alrededor de seis de cada diez resultaron comunes a las cuatro sociedades. ¿Cómo hemos de considerar este porcentaje? ¿Alto o bajo? Lo más seguro es que nos falte un criterio perfectamente idóneo que nos permita responder categóricamente a esta pregunta. Las comparaciones internacionales rara vez buscan la amplitud de nuestro estudio; además, lo habitual es que comparen una nación con un conjunto de naciones en lugar de intentar describir diferencias y semejanzas en sentido global como hacemos nosotros. Su propósito suele ser comprender cómo funciona un modelo determinado, y, desde este punto de vista, cada nación representa un estudio de casos reales. Así pues, la atención se dirige inmediatamente a las diferencias entre sociedades más que a las semejanzas. Nuestro objetivo, al ser más amplio, no se decanta por unas u otras.

Puede que si adoptáramos un enfoque probabilístico clásico nos hiciéramos una idea del grado real de semejanza que supone la concurrencia total de las cuatro sociedades en seis de diez tendencias. Si una determinada tendencia tiene la misma probabilidad de crecer o decrecer en un determinado país, y las tendencias de sociedades diferentes son independientes unas de otras, la probabilidad de coincidencia total con respecto a una determinada tendencia es del 12,5 %, considerablemente inferior al 60 %. En sentido estadístico, con tantas tendencias como hemos examinado, tal diferencia difícilmente podría ser fruto de la casualidad. Otro posible enfoque estadístico, menos clásico, consistiría en comparar el 60 % con nuestras propias probabilidades subjetivas antes de recoger y ordenar los datos. No resulta fácil recordar tales suposiciones previas, pero tenemos la impresión de que nuestro deseo de llevar a cabo una comparación internacional se basó en la creencia de que los sistemas nacionales son muy distintos y de que las tendencias se relacionan también de forma flexible dentro de cada sistema nacional y por eso dudamos que nuestras suposiciones iniciales contaran siquiera con un 50 % de convergencia total entre las cuatro sociedades. Y dado el ingente número de tendencias que comparamos, debemos de estar en presencia de algo más o menos «real». Pero al mismo tiempo, es seguro que un 60 % se aparta mucho de la noción de «modernización» unilineal, y en una dirección que autoriza a considerar dicho proceso (si es que podemos hablar de proceso unitario) como menos unilineal de lo que la imaginación podría sugerir.

Sin aspirar a una analogía perfecta, podemos establecer cierto paralelismo con un viejo estudio de Murdock —aunque su propósito era comparar a los Estados Unidos con una serie de sociedades— que se ocupa de unos treinta fenómenos culturales. Según sus datos, la coincidencia rondaba el 30 % entre sociedades no occidentales y el 60 % entre las occidentales. Este último porcentaje no debe tomarse al pie de la letra, ya que Murdock hacía recuento de características y lo que nosotros hacemos es describir tendencias. Pero dejando esto a un lado, Murdock establece un índice de coincidencia entre parejas de sociedades y (otorgándole independencia) la proporción de coincidencia absoluta a la que llegó supondría aproximadamente dos de cada diez en cuatro sociedades, muy inferior al seis de diez que observamos nosotros en cuanto a semejanza de tendencias entre nuestras cuatro sociedades.

¿Cuánto se parecen los cambios de cada sociedad?

Teniendo presentes todas las precauciones ya señaladas acerca del significado de los materiales que ofrecemos cuando aparecen tratados de un modo estrictamente cuantitativo, proponemos la

siguiente medida de «proximidad» entre sociedades, calculada en términos de tendencias compartidas y excluyendo las que resultan comunes a las cuatro sociedades que estamos estudiando:

Francia-RFA	22
Francia-Quebec	25
Francia-EE.UU.	21
Quebec-RFA	19
Quebec-EE.UU.	24
RFA-EE.UU.	13

La mera comprobación del grado de divergencia de tendencias generales entre determinadas parejas de sociedades nos aporta el primer indicio. En esencia encontramos que una de las cuatro sociedades —Alemania Occidental— difiere más de cada una de las otras tres que éstas entre sí. Si afinamos más, vemos que el grado máximo de divergencia (sin olvidar, claro está, que se halla dentro de un patrón básicamente común a todas las sociedades) corresponde, con diferencia, a la pareja Alemania Occidental-Estados Unidos: el número de divergencias entre estos dos países supera el doble de las halladas entre cualquiera de los demás pares. En el otro extremo, Francia es menos dispar respecto de Alemania que cualquiera de las otras dos sociedades, y comparte tanto con Quebec como con Estados Unidos el mismo paralelismo, especialmente estrecho, que estos dos países mantienen en lo que a cambio social se refiere.

A la vista de los resultados, quizá podría trazarse un polo europeo opuesto a otro norteamericano, dado que, en similitud de tendencias, la pauta que siguen las tendencias alemanas se aproxima relativamente a la francesa y se mantiene a cierta distancia de las de Quebec y Estados Unidos. Al mismo tiempo, Quebec y Estados Unidos comparten más tendencias que cualquiera de las dos con Alemania Occidental ⁶. La distinción entre ambos

⁶ Ya hemos señalado anteriormente que, de todos los equipos que aportaron los datos que hemos evaluado aquí, el alemán desarrolló la metodología más estrictamente fiel a los criterios de valoración cuantitativa de tendencias y por eso, en general, encontró menos tendencias; por otro lado vimos que el francés fue el que encontró un número mayor de ellas y el que mostró mayor flexibilidad con respecto a la evidencia cuantitativa. Ahora, al buscar puntos de convergencia sustancial entre sociedades, descubrimos que Alemania es la nación más divergente y Francia la más central. ¿Refleja esto quizás que simplemente los estudiosos alemanes son más reacios a confirmar una tendencia que sus colegas franceses, por ejemplo, no habrían dudado en atestiguar? Podríamos hallar alguna respuesta a esta pregunta si nos cerciorásemos de que al menos algunas de las discordancias de Alemania se corresponden con tendencias confirmadas positivamente allí. De las ocho tendencias distintivas (que no son simplemente el anverso de tendencias positivas) en las que Alemania difiere de las otras tres sociedades, sólo una se corresponde con la existencia de una tendencia visible únicamente en Alemania. Por el contrario, tres de las cuatro tendencias en las que el informe

polos radicaría pues en que la evolución de Alemania fue relativamente diferente a la de Quebec y Estados Unidos y parecida, también relativamente, a la de Francia. Desde este punto de vista, Francia se sitúa en un punto bastante intermedio entre ambos polos, ya que participa mucho de la peculiar dirección «germánica» del polo europeo y no menos de la «quebequesa» del polo norteamericano.

Queremos una vez más recordar al lector que las pequeñas diferencias que subrayamos aquí quedan anuladas (en sentido estadístico) por las semejanzas mencionadas anteriormente y desaparecen por tanto de nuestro cuadro, y que, con una muestra de cuatro sociedades, nuestra denominación tipológica de polos «europeo» y «norteamericano» es como mucho una hipótesis, que convendría contrastar con futuros datos sobre otras sociedades, y no una conclusión basada en una explicación puramente teórica del hecho de que la evolución social varíe (incluso en grado) en función de la dimensión geográfica.

La correspondencia entre Francia y Alemania Occidental sugiere que la transformación en aquellas sociedades es en cierto sentido la más perfecta. Ello significa que estos dos países se alejan más que nadie de una serie de tendencias que identificamos como características de la industrialización en su forma más clásica. Lo más asombroso es el enmudecimiento de la conflictividad social; pero en esta misma tónica están el ascenso (quizá una recuperación de moldes bastante más antiguos) del parentesco como núcleo de asociación y el renacimiento de las ciudades centrales como lugar de residencia elegido por jóvenes adinerados y modernos, cuyos patrones familiares y estilo de vida no son «burgueses» en el viejo sentido de la palabra. Hay que añadir que estas fórmulas sociales encajan con el ocaso de la fábrica (y las relaciones industriales que genera) como centro de la economía y con el correspondiente ascenso, especialmente pronunciado en Francia y Alemania, de ejecutivos y funcionarios dentro de la población activa.

del equipo francés contrasta con el de los otros tres se refieren a cambios que, al parecer, sólo afectaron a Francia. Los estudiosos americanos, cuyo estilo de equipo está a medio camino entre el francés y el alemán, observaron ocho tendencias divergentes de las cuales sólo una era positiva, y todas las demás eran pautas compartidas por el resto y ausentes en Estados Unidos. Dado el predominio general de signos positivos entre las tendencias estudiadas, no podemos rechazar de plano la posibilidad de que nuestra medida de divergencia sea ficticia, pero tampoco podemos afirmar un probable error por nuestra parte. A nuestro juicio, el mejor procedimiento será averiguar si las pautas de divergencia tomadas en su conjunto indican que el cambio social evaluado en las cuatro sociedades difiere de forma coherente o si sus diferencias aparecen esparcidas y no sugieren más que diferencias idiosincrásicas, posiblemente de medida o de interpretación.

Vamos a fijarnos concretamente en las pautas distintivas de Alemania⁷. Varias de las tendencias divergentes se localizan en lo que podría considerarse superficialmente como dimensiones discutiblemente epifenoménicas: asistencia sanitaria, empleo del ocio y movilidad diaria. Por otro lado, cierto grupúsculo de aspectos hace pensar que quizás Alemania experimentó un cambio político en las tres décadas pasadas que la distanció un poco de las otras tres sociedades; quizás la democracia se ha manifestado allí de una manera peculiar. Esto podría tener dos dimensiones entrelazadas. En primer lugar, a diferencia de otras sociedades, la identificación del ciudadano con el gobierno, sobre todo a través de los partidos políticos, parece haber cambiado menos en Alemania Occidental, habiéndose mantenido en cierto sentido más cercana al modelo institucionalizado en la década que siguió a la conclusión de la segunda guerra mundial. En Francia, Quebec y Estados Unidos aquellas tres turbulentas décadas estuvieron marcadas por un desencanto (expresado de forma un tanto diferente en cada sociedad) respecto de las normas, las instituciones políticas y el sistema electoral tradicional. Tales tendencias no están presentes en Alemania. Además, el aparentemente espinoso —si bien cambiante— problema de la pobreza que ha acompañado a toda transformación en las otras tres sociedades resulta menos visible en Alemania. Tampoco ha ampliado el Estado su papel dentro de la administración pública tanto como en los demás países. En cierto sentido, pues, podemos aventurar que Alemania, aunque ha experimentado gran parte de las transformaciones generales que han afectado a las otras sociedades, al haber disfrutado en el mismo período de un desarrollo económico relativamente tranquilo se ha librado de los brotes de irritación más feroz que han llevado a cuestionar el aparato político —tanto el Estado como el partido— en las otras sociedades.

El otro país relativamente «diferente» a los demás es Estados Unidos. Una simple ojeada a sus tendencias distintivas resulta igualmente reveladora. Como en Alemania, cierto sector de transición parece no haberse dado allí como en el resto. Se aprecia un sistema de clases (cuya expresión es probablemente más notoria que en cualquiera de las demás sociedades de nuestro cuarteto) que evolucionó más lentamente en el período 1960-1990. Las instituciones de formación académica estaban casi tan extendidas y predisuestas al cambio en 1960 como en 1990; pero en las otras tres sociedades la educación superior se ha expandido más en dicho período y se ha vuelto más igualitaria en cuanto a

⁷ Asimismo, por lo que respecta a las subtendencias los alemanes enumeran menos aspectos positivos de cambio que sus colegas de otros países. La razón es la siguiente: aunque tenían las mismas probabilidades que cualquiera de coincidir con dos o tres equipos al presentar una subtendencia, apenas mostraron subtendencias idiosincrásicas o compartidas con una sola sociedad.

distribución. La conflictividad social —amortiguada, como siempre— no ha registrado cambios en Estados Unidos; los sindicatos (aunque algo más débiles) siguen siendo grupos conflictivos que no han institucionalizado sus funciones principales mediante fórmulas de negociación. En un país en el que se desmorona la confianza en muchas de las instituciones sociales más importantes, la actividad empresarial sigue gozando de gran prestigio. Así pues, en la medida en que una dimensión principal de la transformación común de los últimos treinta años se ajusta a la conclusión del equipo francés sobre su país, a saber, que la lucha de clases ya no anima la política y la cultura como en la primera mitad del siglo XX, los Estados Unidos resultan una excepción. (Cuestión diferente es si las otras tres sociedades han alcanzado o superado realmente a Estados Unidos en ese sentido.)

Las escasas divergencias francesas tienen que ver fundamentalmente con desigualdades menos acusadas en la distribución de la riqueza y con el recrudecimiento de las tensiones étnicas, pues la inmigración ha sustituido a la clase como fuente de conflictividad social. Las diferencias de Quebec, aunque no son las mismas, también parecen reflejar más su idiosincrasia que una divergencia general en la evolución del sistema. En Quebec, como rasgo distintivo respecto de las otras tres sociedades, el parentesco (que antes tenía una importancia insólita) ha perdido significación como fundamento de la vida social conforme a la teoría clásica, aunque existe contraste con los patrones de las otras tres sociedades. Una explicación obvia es que de las cuatro, la de Quebec era la única que en 1960 conservaba un modelo familiar «tradicional» en el sentido clásico del término. Esto ha cambiado. De forma análoga, pero una vez más idiosincrásica respecto del cambio social, Quebec ha experimentado una centralización gubernamental en los últimos treinta años que la diferencia de las otras tres sociedades. Forma parte de una federación, desde luego, pero ha configurado una administración más central que las demás sociedades en el plano subestatal.

Visto todo lo anterior, las divergencias, escasas como son y de limitado alcance, sugieren variantes nacionales restringidas pero algo modélicas, aunque muy en consonancia con el esquema general de transformación esbozado hasta aquí. Las circunstancias históricas surgidas a mediados de siglo, tras la segunda guerra mundial —el «milagro alemán», la amortiguada conflictividad social característica de Estados Unidos, el régimen prácticamente colonial de Quebec dentro incluso del período que estudiamos— han producido elementos distintivos en cada sociedad. Pero las pautas que comparten, el cambio social que han experimentado juntas, es mucho más importante.

En resumen, al menos en las cuatro sociedades que estudiamos aquí, existen aspectos razonablemente coherentes en los que las

sociedades cambian por parejas opuestas, pero tales aspectos son pocos y dispersos. Cada sociedad tiene alguna correspondencia única con cada una de las otras tres. Los datos sugieren dos modelos divergentes de estratificación social: Francia y Alemania, sociedades en las que el elemento causante de mayor desequilibrio fue la clase social (en las dos norteamericanas prevaleció la confrontación étnica) coinciden sobre todo en tendencias relacionadas con el debilitamiento de dicho elemento básico de su estructura social tradicional. Pero el «modelo» franco-alemán puede no representar realmente un patrón distintivo de cambio más allá de la común supresión (o, sin ir tan lejos, el debilitamiento) de modelos distintivos anteriores, con lo que las dos sociedades estarían ahora más cerca de la convergencia con la pareja norteamericana que lo estaban antes de 1960.

Creemos que, con estas observaciones, el propósito de este trabajo se ha cumplido. Dada la amplitud de enfoque de nuestra exploración, nos parece que del esquema del proyecto y del trabajo de los equipos nacionales ha surgido un recuento válido de variaciones dentro del perfil común. Puede entrarse más en detalle, así que Forsé y Langlois cuentan con la posibilidad de descubrir pautas latentes de variación. Puede abordarse un análisis comparativo más causal, consistente en examinar más de cerca la cronología de los cambios con el objeto de distinguir pautas de influencia mutua entre naciones⁸. O si no, la comparación entre sociedades podría basarse más en el contexto y centrarse más en tendencias aisladas o grupos de tendencias. De hecho, éste es el enfoque del que parten la mayoría de los trabajos contenidos en este volumen, y esta visión global nuestra pretende servirle de contrapunto.

Bibliografía

- Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell y Bruce A. Chadwick:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.
- Forsé, Michel, Jean Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean-Hughes Déchaux:** *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr y Barbara Wörndl:** *Recent Social Trends in West Ger-*

⁸ Nuestro colega Matthias Bös ha propuesto al Grupo que se investigue en esa dirección.

many, 1960-1990, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier y Jean-Pierre Simard: *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

APENDICE I

Lista de tendencias incluidas en el proyecto. Las que han servido de base a este ensayo aparecen en negrita

0. Contexto
 - 0.1 Tendencias demográficas
 - 0.2 Tendencias macroeconómicas
 - 0.3 Tendencias macrotecnológicas
1. Grupos de edad
 - 1.1 **Jóvenes**
 - 1.2 **Tercera Edad**
2. Microsocial
 - 2.1 Autoidentificación
 - 2.2 **Redes de parentesco**
 - 2.3 **Tipos de comunidad y de barrio**
 - 2.4 **Autonomía local**
 - 2.5 Asociaciones voluntarias
 - 2.6 Redes de sociabilidad
3. Mujeres
 - 3.1 Roles femeninos
 - 3.2 **Fecundidad**
 - 3.3 **Modelos matrimoniales**
 - 3.4 Empleo femenino
 - 3.5 **Tecnología aplicada a la reproducción**
4. Mercado laboral
 - 4.1 **Desempleo**
 - 4.2 **Niveles de cualificación profesional**
 - 4.3 Tipos de empleo
 - 4.4 **Sectores de la actividad laboral**
 - 4.5 **Informatización del trabajo**
5. Trabajo y empresa
 - 5.1 **Organización del trabajo**
 - 5.2 Gestión de personal
 - 5.3 **Tamaño y tipos de empresa**
6. Estratificación social
 - 6.1 **Status ocupacional**
 - 6.2 **Movilidad social**
 - 6.3 Desigualdad económica
 - 6.4 **Desigualdad social**
7. Relaciones sociales
 - 7.1 **Conflictividad**
 - 7.2 Negociación
 - 7.3 **Normas de conducta**
 - 7.4 **Autoridad**
 - 7.5 Opinión pública
8. Estado e instituciones de servicio
 - 8.1 **Sistema educativo**
 - 8.2 **Sistema sanitario**
 - 8.3 Sistema de bienestar
 - 8.4 **Estado**
9. Instituciones movilizadoras
 - 9.1 **Sindicatos**
 - 9.2 Instituciones religiosas
 - 9.3 **Ejército**
 - 9.4 **Partidos políticos**

	9.5 Medios de comunicación de masas
10.	Institucionalización de fuerzas sociales
	10.1 Resolución de conflictos
	10.2 Institucionalización de sindicatos
	10.3 Movimientos sociales
	10.4 Grupos de intereses
11.	Ideologías y creencias
	11.1 Diferenciación política
	11.2 Confianza en las instituciones
	11.3 Orientaciones económicas
	11.4 Radicalismo
	11.5 Creencias religiosas
12.	Recursos domésticos
	12.1 Renta personal y familiar
	12.2 Economía informal
	12.3 Patrimonio personal y familiar
13.	Estilos de vida
	13.1 Bienes de consumo y servicios
	13.2 Información de masas
	13.3 Cuidados corporales y de la salud
	13.4 Uso del tiempo
	13.5 Movilidad cotidiana
	13.6 Producción doméstica
	13.7 Formas de expresión erótica
	13.8 Sustancias sicotrópicas
14.	Ocio
	14.1 Cantidad y uso del tiempo libre
	14.2 Vacaciones
	14.3 Deporte
	14.4 Actividades y prácticas culturales
15.	Nivel educativo
	15.1 Educación general
	15.2 Formación profesional
	15.3 Formación continua
16.	Integración y marginalidad
	16.1 Inmigrantes y grupos étnicos
	16.2 Delitos y penas
	16.3 Trastornos emocionales y conductas autodestructivas
	16.4 Pobreza
17.	Actitudes y valores
	17.1 Satisfacción
	17.2 Percepción de los problemas sociales
	17.3 Orientación hacia el futuro
	17.4 Valores
	17.5 Identidad nacional

APENDICE II

Tendencias comparadas en este capítulo, numeradas y evaluadas en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos

		(F, A, Q, EE.UU.)
1.1	Una nueva fase de transición entre escuela y trabajo	(++++)
1.2	La tercera edad revaloriza su papel en la sociedad	(++++)
2.2	El parentesco cobra importancia con relación a los vínculos sociales	(++00)
2.2	El parentesco pierde importancia con relación a los vínculos sociales	(00+0)
2.3	La centralización decrece en las grandes ciudades	(++++)
2.3	«Aristocratización» de las ciudades centrales	(++00)
2.4	Centralización de la autoridad política a escala nacional	(00+0)
2.4	Autoridad política nacional descentralizada	(+00+)
3.2	Descenso de la fecundidad	(++++)
3.2	Matrimonio y maternidad están disociados	(++++)

		(F, A, Q, EE.UU.)
3.3	Decadencia del modelo único de matrimonio «burgués»	(++++)
3.5	La reproducción se convierte en voluntaria	(++++)
4.2	Aumenta la formación de la mano de obra	(+00+)
4.4	El sector terciario crece, especialmente los servicios	(++++)
4.5	Informatización del trabajo	(++++)
5.1	Nuevos esquemas de gestión industrial reemplazan al taylorismo	(++++)
5.3	Empresas nuevas más pequeñas o menos centralizadas	(++++)
6.1	Menos trabajo autónomo; más oficinistas y menos obreros	(++++)
6.1	Más funcionarios y ejecutivos	(++00)
6.2	Aumenta la movilidad intergeneracional por redistribución ocupacional	(++++)
6.4	Aumenta la desigualdad entre mujeres	(+0++)
6.4	Disminuye la desigualdad de renta	(+000)
6.4	Mayor igualdad de oportunidades de acceso a la educación	(+00+)
6.4	Aumentan las desigualdades basadas en la edad a favor de los mayores	(+0+0)
6.4	La clase es una categoría menos prominente, sobre todo la «trabajadora»	(++00)
7.1	Conflictividad reducida, cada vez más institucionalizada	(+0++)
7.1	Desarrollo de sistemas legales y paralegales de resolución de conflictos	(+00+)
7.3	Más tolerancia respecto de opiniones y conductas divergentes	(++++)
7.3	Aumenta la tolerancia en materia sexual	(++++)
7.3	Aumenta la tolerancia de grupos étnicos	(0+++)
7.4	Descentralización administrativa	(0++0)
7.4	El estado de las relaciones de autoridad no está resuelto	(+00+)
8.1	Educación prolongada, a menudo compatibilizada con trabajo ocasional	(++++)
8.2	Mayor prestación de servicios sanitarios	(++++)
8.2	Más hospitales	(+000)
8.4	Mayor presencia del Estado en la administración pública	(++++)
9.1	Sindicatos menos influyentes en la clase trabajadora	(++++)
9.3	Efectivos militares estables	(+++~)
9.3	El ejército pierde valor simbólico	(+0+~)
9.4	Se debilita la tradicional bipolaridad izquierda/derecha	(++00)
10.1	Más mecanismos nuevos y especializados de resolución de disputas	(++++)
10.2	El aparato sindical se ocupa de más necesidades sociales	(+++0)
10.2	La dirección de la empresa cuenta más con los trabajadores a la hora de tomar decisiones	(00+0)
10.4	Grupos de intereses más numerosos y exigentes	(+++0)
11.1	Nuevas técnicas para movilizar al votante, debilitamiento del partido	(+0++)
11.2	Menos confianza en las instituciones políticas y en los políticos	(00++)
11.2	Menos confianza en las reglas formales	(0+00)
11.2	Menos confianza en las instituciones educativas	(0+0+)
11.2	Menos confianza en el mundo empresarial	(00+0)
11.2	Más confianza en el mundo empresarial	(000+)
11.2	Más confianza en el ejército	(00+~)
11.2	Las grandes instituciones nacionales pierden significado simbólico	(++00)
11.4	Las formas de expresión religiosa decaen	(00++)
11.5	Proliferan las formas de expresión religiosa	(++++)
12.1	Con más ingresos, el equipamiento doméstico aumenta	(+0++)
12.1	Reducción de diferencias en cuanto a ingresos en el hogar	(+000)
13.1	El aumento de los ingresos supone un cambio en los hábitos de consumo	(++++)
13.1	Nuevas formas de distinguir el estilo de vida por el consumo	(+00+)
13.3	Más consumo de servicios sanitarios	(++++)
13.3	Desarrollo de filosofías médicas alternativas	(+++0)
13.3	Más movilidad diaria gracias al automóvil	(+++0)

		(F. A. Q. EE.UU.)
13.5	Menos diferencias entre sexos respecto de la movilidad cotidiana	(+00+)
14.1	Aumenta el ocio en cantidad y prominencia	(++++)
14.2	Más vacaciones	(++++)
14.3	Auge de los deportes, muchos de ellos se democratizan	(++++)
15.1	Más igualdad general y expansión de la escolarización	(++++)
15.1	Prolifera la dedicación universitaria parcial	(00++)
15.3	Aumenta la educación de adultos	(++++)
16.2	La delincuencia, aunque no aumenta, se convierte en tema preocupante	(++++)
16.3	Malestares psicológicos específicos, sin rechazo del orden social	(++++)
16.4	Surgen nuevas formas de pobreza que ponen en entredicho los esfuerzos del Estado	(+0++)

3. TRES NIVELES DE BAJA FECUNDIDAD

Gary Caldwell

Karin Stiehr

John Modell

Salustiano del Campo

El propósito de este capítulo no es conseguir explicar el cambio experimentado por la fecundidad, sino comprender mejor el contexto social en el que dicho cambio ha tenido lugar. Más concretamente, pretendemos situar el cambio de la fecundidad dentro del conjunto de cambios que han afectado a la estructura vital de la mujer en la sociedad euroamericana de nuestros días. Nuestro objetivo es, mediante este tipo de enfoque contextual, aproximarnos a una tipología del comportamiento de la fecundidad en las actuales sociedades industrializadas, que admita una relación válida con otras dimensiones del cambio social en esas mismas sociedades. Así pues, el nivel de análisis será macroscópico y, el razonamiento, más inductivo que causal; los datos comparativos (cinco sociedades) y el período de tiempo (treinta años) aportarán la perspectiva empírica.

Aunque semejante empresa nos obliga a mirar bastante de cerca el cambio de la fecundidad y ciertos factores contextuales asociados al mismo, queremos señalar desde el principio que ya a primera vista la conducta de la fecundidad en la sociedad industrial manifiesta una tendencia de largo recorrido común a las cinco sociedades que comparamos. No obstante, aunque la dirección dominante del cambio de la fecundidad en esas cinco sociedades a lo largo del período 1960-1990 fue de descenso acelerado, seguido de una deceleración que condujo a la nivelación, hubo diferencias perceptibles en los niveles generales de fecundidad y en la variación de intervalo corto (de cinco a diez años), así como en la cronología de las fases que la tendencia general atravesó. También pretendemos averiguar si nuestras observaciones respecto del nivel, alcance y cronología de los cambios pueden aplicarse asimismo a la evolución de los factores contextuales que hemos decidido analizar.

La fecundidad, pues, dota al proyecto de un caso de evolución social paralela, quizá incluso de una línea básica con la que confrontar el grado de paralelismo evolutivo de otros aspectos

del cambio social¹. Como ninguna tendencia lleva aparejada una «necesidad histórica» —es extremadamente improbable que las mujeres de una sociedad alcancen el nivel de fecundidad de las de otra sólo por emulación— intentaremos determinar hasta qué punto una tendencia común de fecundidad está o no asociada a un paralelismo de tendencias en el terreno de los factores «contextuales» de las cinco sociedades que vamos a estudiar: Francia, Alemania Occidental, Quebec, España y Estados Unidos. Por consiguiente, la tarea que nos hemos impuesto aquí nos llevará a menudo a destacar diferencias sutiles más que semejanzas ya de por sí notables, diferencias referidas no sólo a la tendencia general de la fecundidad, sino también a los factores contextuales. Empezaremos por ofrecer una panorámica general de las pautas de cambio de la fecundidad antes de invocar lo que consideramos como los principales factores del contexto inmediato en el que se mueve la fecundidad, es decir, los factores contextuales.

Panorama general de la fecundidad en la posguerra mundial

En los primeros años del período de posguerra, las cinco sociedades de las que nos ocupamos diferían mucho en cuanto a niveles de fecundidad². En los años cincuenta, el *baby boom*, que en absoluto alcanzó grados idénticos (Lesthaeghe, 1988: 32), marcó a todas las sociedades excepto a la española. Pero en la década de los sesenta, todas ellas, de nuevo con la excepción de España —donde el descenso empezó mucho más tarde, a finales de la década— experimentaron una caída estrepitosa: si las tasas totales de fecundidad (TTF)³ rondaban el 4, apenas superaban el 2 al concluir la década (Cuadro 1 y Gráfico 1). A esta caída del 50% en menos de quince años siguió un *plateau* situado aproximadamente en el nivel 1.8 de TTF —0,3 por debajo del nivel de reposición, 2,1— en tres de las cinco sociedades (Francia, Quebec y Estados Unidos).

¹ Véanse los informes de tendencias incluidos en el proyecto. Los datos a los que hacemos referencia aquí proceden de esos informes, como también varias series adicionales y resultados de encuestas aportados por los autores y por J. H. Déchaux, del equipo francés.

² Cf. los años 1950 y 1960 en el Cuadro 1. Es evidente que dentro de cada sociedad existen importantes diferencias regionales (entre el norte y el sur de España, por ejemplo) y étnicas (blancos y negros en Estados Unidos); sin embargo, el Grupo ha decidido no hacer subdivisiones.

³ La TTF es una medida sintética que representa la media de hijos vivos que podría traer al mundo una mujer a lo largo de su vida fértil si cada año se amoldara a la tasa de fertilidad calculada para ese año y para su grupo de edad.

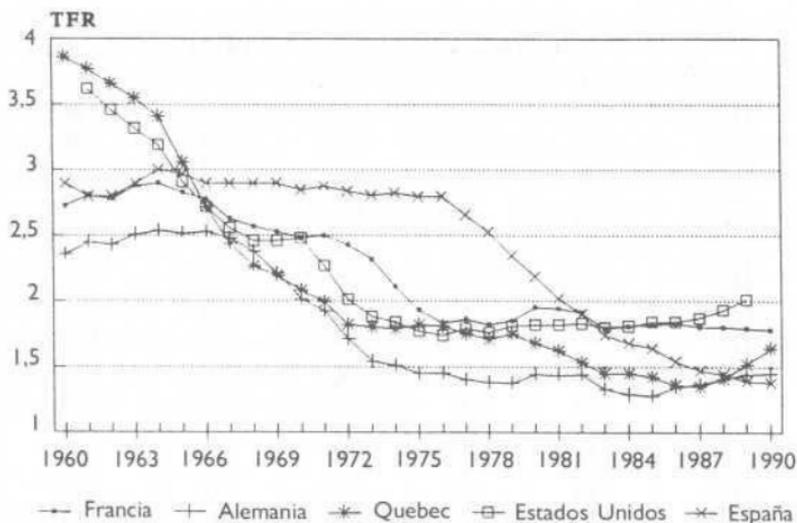
CUADRO I
Tasa total de fecundidad
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España,
1960-1990

Año	Francia	Alemania	Quebec	EEUU	España
1960	2,73	2,36	3,86		2,90
1961	2,81	2,45	3,77	3,62	2,80
1962	2,78	2,43	3,66	3,46	2,80
1963	2,88	2,51	3,55	3,32	2,90
1964	2,90	2,54	3,41	3,19	3,00
1965	2,83	2,52	3,06	2,91	2,97
1966	2,78	2,53	2,72	2,72	2,90
1967	2,63	2,48	2,44	2,56	2,90
1968	2,57	2,38	2,27	2,46	2,90
1969	2,53	2,21	2,19	2,46	2,90
1970	2,48	2,01	2,08	2,48	2,85
1971	2,50	1,92	1,99	2,27	2,88
1972	2,43	1,71	1,82	2,01	2,84
1973	2,32	1,54	1,80	1,88	2,81
1974	2,11	1,51	1,79	1,84	2,83
1975	1,93	1,45	1,82	1,77	2,80
1976	1,83	1,45	1,81	1,74	2,80
1977	1,86	1,40	1,75	1,79	2,66
1978	1,82	1,38	1,71	1,76	2,53
1979	1,85	1,38	1,75	1,81	2,35
1980	1,95	1,44	1,68	1,82	2,19
1981	1,94	1,43	1,62	1,82	2,02
1982	1,91	1,44	1,53	1,83	1,90
1983	1,79	1,33	1,45	1,80	1,74
1984	1,81	1,29	1,45	1,81	1,68
1985	1,82	1,28	1,42	1,84	1,64
1986	1,83	1,34	1,36	1,84	1,54
1987	1,80	1,37	1,35	1,87	1,47
1988	1,80	1,41	1,41	1,93	1,44
1989	1,79	1,44	1,52	2,01	1,39
1990	1,78	1,45	1,64		1,38

NOTA: Este cuadro sirve de base al Gráfico 1. Para los demás gráficos existen cuadros similares que no reproducimos aquí, pero la mayoría pueden consultarse en los correspondientes informes de tendencias.

Alemania Occidental y España experimentaron, cada una por su lado, una caída libre: allí las TTF pasaron de largo el *plateau* del 1,8. En el momento de producirse dicho *plateau*, a principios de los setenta, un nivel bajo sostenido del 1,4 era impensable. Sin embargo, la tasa de la República Federal siguió cayendo hasta ese nivel, y la de Quebec, después de unos cinco años en el *plateau* del 1,8, cayó también al 1,4, al menos hasta 1989⁴. Ahora que la TTF de España oscila dentro de la misma zona baja, tenemos, en términos de niveles de final de período, un esquema de doble *plateau* para el período de treinta años que nos interesa. Esta disparidad de patrones se ve con bastante claridad en el Gráfi-

⁴ Momento en el cual Quebec empezó a experimentar un crecimiento de su TTF. La cuestión de hasta qué punto fue dicho crecimiento una consecuencia del rumbo de los negocios o una reorientación de la tendencia a medio plazo como ocurrió en Suecia y Dinamarca es debatida por Caldwell, Fréchet y Thibault (1992).

GRAFICO I**Tasa total de fecundidad****Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90**

co I: Francia y Estados Unidos se sitúan en el *plateau* del 1,8, mientras que Alemania y Quebec, a los que se acaba de unir España, permanecen en la del 1,4. Así pues, en términos de fecundidad, unas sociedades muestran un nivel próximo a la reposición (Francia y Estados Unidos) y otras un nivel inferior a la reposición (Alemania Occidental, España y Quebec). Dentro del período 1960-1989, el trienio 1977-1980 aparece como un importante punto de inflexión: en Francia, en la República Federal y en Estados Unidos se detuvo la tendencia descendente de fecundidad, mientras que España (1977) y Quebec (1980) entraron en una nueva fase descendente.

A fin de explorar con más detalle los patrones de fecundidad que acabamos de describir, hemos recurrido a tres indicadores más concretos: la fecundidad de las mujeres de edad cercana al comienzo de su período fecundo, es decir, las de edades comprendidas entre los 20 y los 24 años (Gráfico 2); la fecundidad al final del ciclo, es decir, entre los 30 y los 34 años (Gráfico 3) y la edad en el primer nacimiento (Gráfico 4). La comparación general de la evolución de estos tres indicadores revela que: (1) tanto la fecundidad temprana como la tardía contribuyeron al drástico descenso inicial del 50%; (2) la estabilización de la fecundidad después de 1975 en Francia y Estados Unidos respondió a un aumento de la fecundidad en el grupo de edades comprendidas entre los 30 y los 34 años; (3) la fecundidad del grupo más joven (entre 20 y 24 años) siguió descendiendo en los ochenta excepto en Estados Unidos, donde se estabilizó; por último, en cuatro de

las cinco sociedades, la edad en el primer nacimiento ha ascendido desde principios de los setenta, y en el caso de España desde principios de los ochenta. Con respecto a este último indicador, la similitud de las tendencias francesas, alemanas, quebequesas y españolas es asombrosa, como lo es, inversamente, el continuado compromiso de las mujeres americanas con la maternidad a una edad muy temprana: como media, dos años antes que en las otras sociedades.

Concluiremos, pues, nuestra caracterización de las pautas que han seguido las tendencias de la fecundidad con la siguiente observación: las causas principales de la aparición después de 1975, como cierre de período, de los dos esquemas diferenciados mencionados son el descenso de la fecundidad en el extremo anterior del ciclo en Alemania Occidental, y a ambos extremos en Quebec. España está repitiendo ahora el modelo quebequés: descenso continuado y simultáneo en ambos grupos de edad, el de mujeres entre los 20 y 24 años y el de los 30 a los 34; algo que Francia, Alemania y Estados Unidos han conseguido evitar. En el caso de Alemania, lo que ha impedido una caída aún más desastrosa ha sido el ascenso de la tasa correspondiente al grupo de mayor edad, dado que la del grupo más joven es muy baja. En otras palabras, en el período posterior a 1975, Alemania Occidental se ha distinguido por la fecundidad extraordinariamente baja del grupo de mujeres entre los 20 y 24 años y Quebec por no haber registrado un aumento de la fecundidad tardía comparable al de Francia, Alemania y Estados Unidos. En el caso de España, el colapso inicial del 50 % después de 1970 es demasiado reciente como para vaticinar el comportamiento de ambos grupos de edad en términos de fecundidad «post-colapso». Por cierto que el mencionado colapso está sin duda asociado al descubrimiento y a la disponibilidad de la píldora anovulatoria, ya que en España no se popularizó dicha píldora hasta mediados de los setenta.

Contexto

Es evidente que la fecundidad se desarrolla dentro de un contexto social. Varias dimensiones del contexto que los analistas sociales consideran como directamente relacionadas con la fecundidad pueden ser observadas operativamente, esto es, en términos de indicadores fiables sobre los que se recogen datos en las sociedades industriales. Antes de emprender el esfuerzo interpretativo que ocupará la segunda parte de este capítulo —centrado en datos y consideraciones de índole más cualitativa—, hemos decidido observar y examinar la evolución comparativa de cuatro factores que a partir de ahora calificaremos de «contextuales». Estos factores son, en primer lugar, el predominio y la estabilidad del

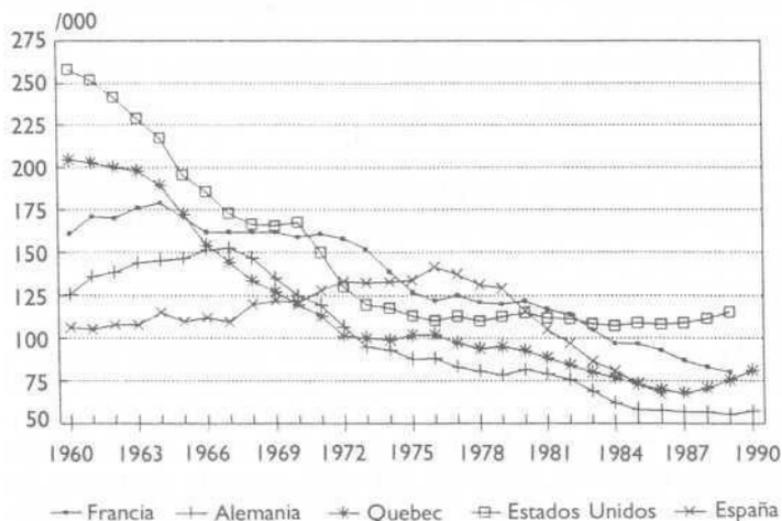
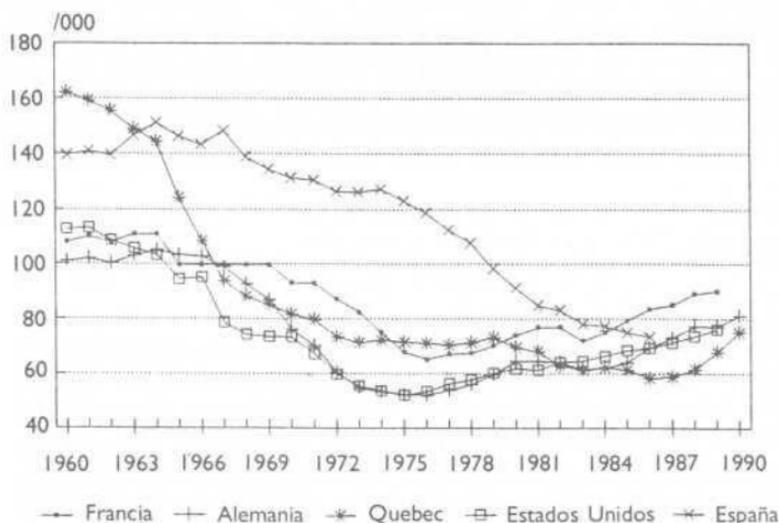
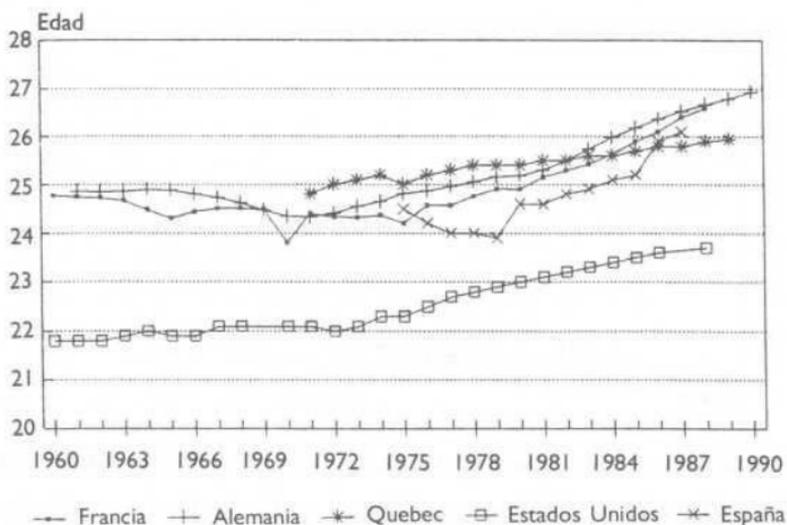
GRAFICO 2**Tasa de fecundidad por edades: 20-24****Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90****GRAFICO 3****Tasa de fecundidad por edades: 30-34****Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90**

GRAFICO 4

**Media de edad de las mujeres en el primer nacimiento
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España,
1960-90**



matrimonio; en segundo lugar, la participación de la mujer en el mercado laboral; en tercer lugar, la popularización del aborto y la esterilización que, al requerir la intervención de agentes institucionales, se han convertido en prácticas sociales; y por último, la expansión y universalización de la enseñanza obligatoria. No pretendemos afirmar que estos cuatro factores contextuales determinen, por ejemplo, un cambio de valor —de hecho puede darse lo contrario—, pero se admite que están asociados con los niveles de fecundidad y, como se pueden medir, son observables y comparables. De ahí el interés por documentarlos antes de abordar cualquier interpretación de las diferencias observadas en cuanto a niveles y fases de fecundidad entre las distintas sociedades. Antes de iniciar semejante ejercicio descriptivo, hemos de justificar brevemente la pertinencia de los cuatro factores contextuales que hemos elegido.

El primero de ellos, el predominio y la estabilidad del matrimonio, se ha incluido porque en la actual sociedad industrial la fecundidad de la mujer casada sigue siendo muy superior a la de la soltera. Hasta en la sociedad que, dentro de nuestro universo de cinco, registra —y con mucho— el porcentaje más alto de nacimientos fuera del matrimonio (hablamos de Quebec, con un 40 % en 1990), la fecundidad de la mujer casada a mediados de los ochenta era todavía el doble que la de la soltera (Roochon, 1989). En Francia, la fecundidad de las solteras es todavía cuatro veces inferior a la de las casadas de la misma edad (Calot y Leroy, 1989: 8). En cuanto al predominio y estabilidad propiamente dichos del

GRAFICO 5
Nacimientos fuera del matrimonio
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90

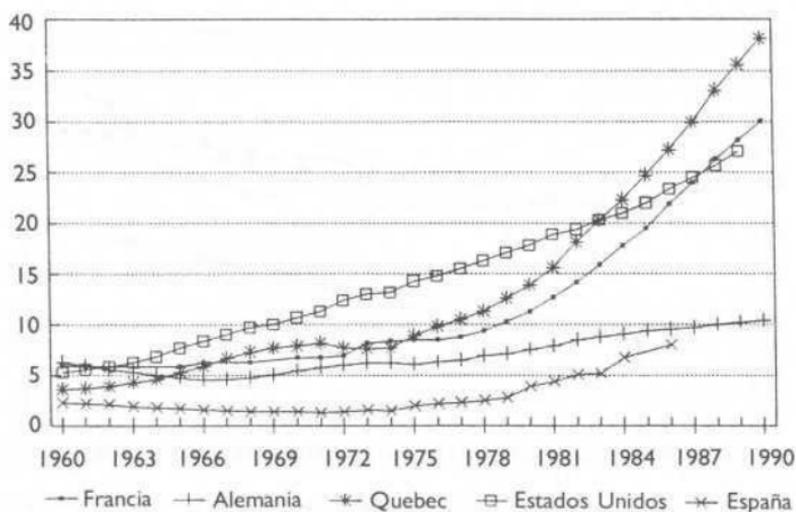


GRAFICO 6
Tasa de nupcialidad
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90

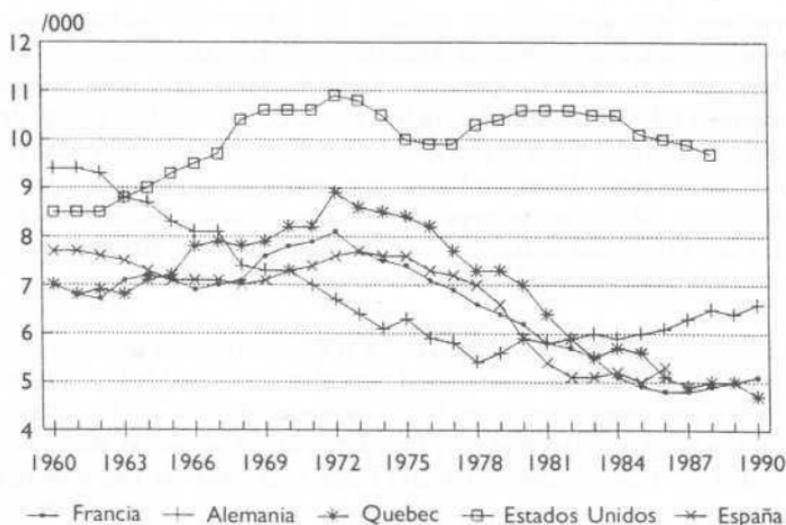
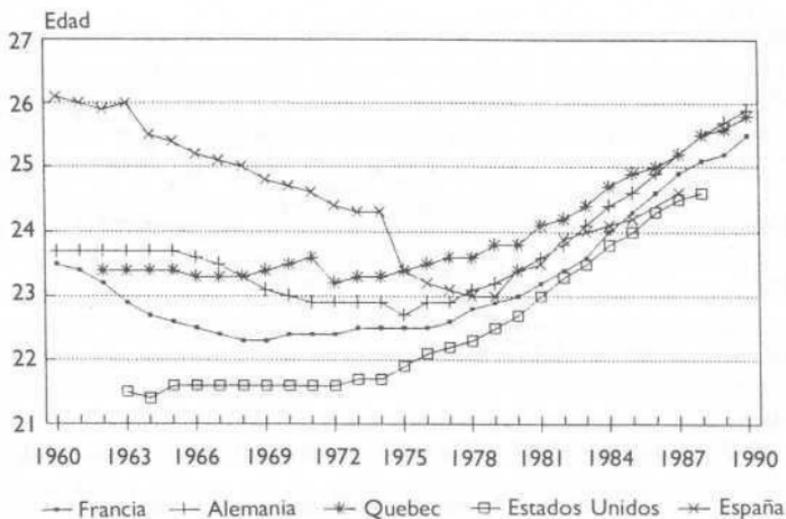


GRAFICO 7

Media de edad de las mujeres en primeras nupcias
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90

**GRAFICO 8**

Tasa de divorcios por 1.000 habitantes
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90

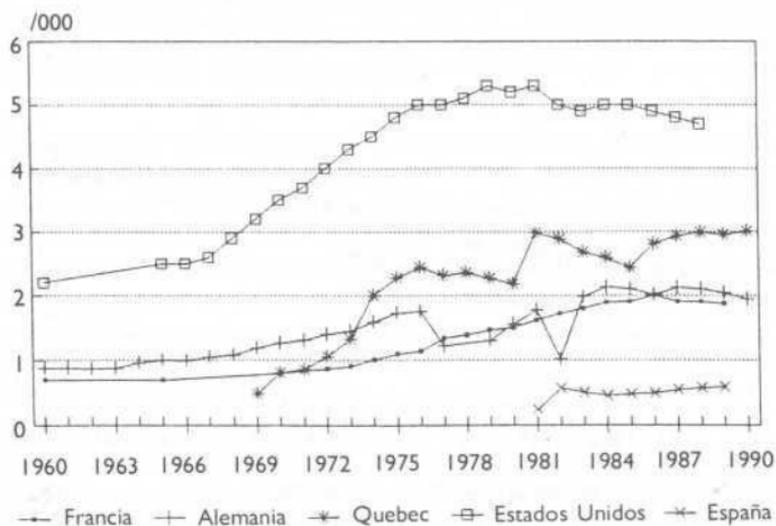
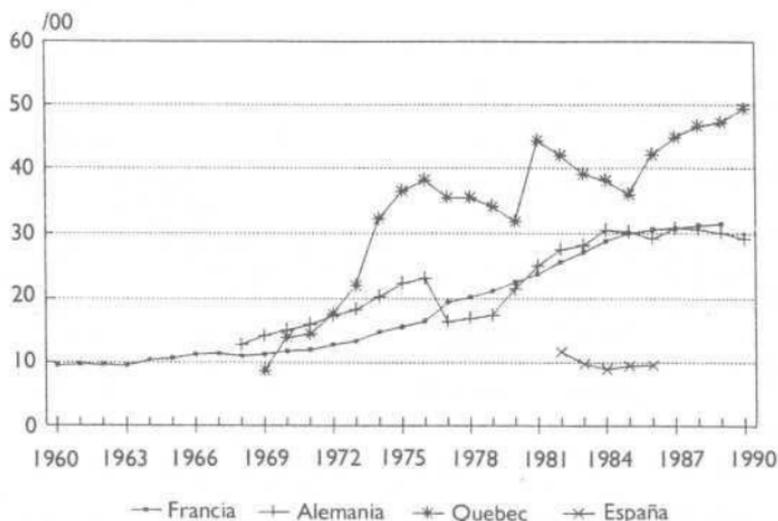
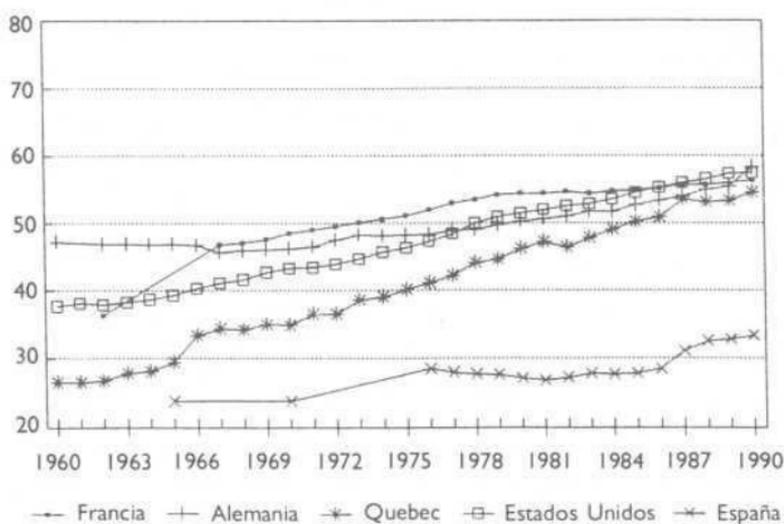


GRAFICO 9

Tasa total de divorcios por 100 casamientos
Francia, Alemania, Quebec y España,
1960-90

**GRAFICO 10**

Tasa de actividad femenina
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España,
1960-90



matrimonio, actualmente disponemos de cuatro indicadores: nacimientos extramatrimoniales (Gráfico 5), tasa de matrimonios (Gráfico 6), media de edad en el primer casamiento (Gráfico 7) y tasas de divorcio⁵ (Gráficos 8 y 9).

La pertinencia de la participación de la mujer en el mercado laboral —nuestro segundo factor contextual— nace de la observación de una correlación inversa entre la fecundidad y dicha participación que, al menos hasta hace poco, se ha revelado como una constante en la sociedad industrial de la posguerra mundial. Aunque existe un amplio consenso entre los autores acerca de la correlación entre ambos fenómenos, no existe, sin embargo, el mismo acuerdo respecto de la dinámica y dirección de la supuesta correlación. La cuestión de si por tener menos hijos puede la mujer trabajar más fuera de casa o si es precisamente su decisión de integrarse en el mercado laboral la que la disuade de tener más hijos no es esencial. Tomadas juntas, tales decisiones de la mujer (a menudo con el consejo y aquiescencia del marido o compañero) constituyen una afirmación del tipo de familia que desea tener, tanto en lo que se refiere al nivel de bienestar material asociado al tamaño de la misma como en lo referente a los roles sexuales. Nosotros pretendemos medir la participación femenina en el mercado de trabajo, y para ello hemos reunido la tasa de actividad femenina (TAF), que es el porcentaje de mujeres entre 16 y 64 años que están trabajando o buscando trabajo (Gráfico 10) y las tasas correspondientes a los grupos de edad situados a ambos extremos del período fértil en el que se tienen la mayoría de los hijos, es decir, mujeres entre los 20 y los 24 años y entre los 25 y los 34 (Gráficos 11 y 12). Además, contamos con la tasa general correspondiente a mujeres con hijos menores de tres años (Gráfico 13).

El aborto y la esterilización suponen dos sistemas especialmente eficaces de frenar la fecundidad; en el caso de la esterilización, además, el freno es permanente. Ambas prácticas se han extendido en la sociedad industrial de nuestros días y reflejan la costumbre de recurrir a técnicas que requieren la participación de agentes —médicos o paramédicos— externos a la propia mujer. Su importante rol como frenos a la fecundidad, inducidos por la sociedad, los convierte en un factor contextual de primer orden. Cada una de estas dos técnicas ha provocado y sigue provocando un debate moral público acerca del individualismo, los sexos y la verdadera misión del sistema médico. Lo cierto es que los datos de que disponemos sobre esterilización femenina y masculina son demasiado incompletos como para incluirlos aquí. Sin embargo, contamos con datos perti-

⁵ Tenemos la Tasa Bruta de Divorcios de las cinco sociedades (Gráfico 8), pero de tasas totales (TTD) (Gráfico 9) nuestros datos son aún incompletos.

nentes sobre abortos registrados en cuatro de las cinco sociedades de nuestro universo (Gráfico 14) ⁶.

Por último, hemos incluido la universalización de la enseñanza como un factor contextual que incide sobre la fecundidad. A este respecto nos basamos en las conclusiones de los demógrafos sociales John C. Caldwell —que las recapitula en *General Theory of Fertility Decline* (1982)— y Ron Lesthaeghe —que las expone en su artículo «Cultural Dynamics and Economic Theories of Fertility Change», escrito en colaboración con Johan Surkyn en 1988—. Para Caldwell, el cambio de comportamiento que hace que una sociedad pase de un régimen de fecundidad alta a otro de fecundidad baja es la aparición de un «flujo descendente de riqueza» de padres a hijos. Una vez invertido el flujo de riqueza, las diferencias sexuales y de edad asociadas con el flujo ascendente empiezan a derrumbarse. Según la teoría de Caldwell, el momento decisivo en la inversión del flujo de riqueza es la imposición de la enseñanza obligatoria, que unida al alejamiento físico del niño respecto de la unidad de producción doméstica, socava la moralidad familiar compatible con el sistema de producción económica familiar (sistema en el que una alta fecundidad tiene sentido desde el punto de vista económico) y difumina las normas y valores de la moralidad individual asociadas con la economía de mercado. Lesthaeghe y Surkin conceden a la educación una importancia capital, porque localizan en ella la socialización específica de grupo humano: «Existe evidencia tangible [...] de que el proceso de individualización se ha estado moviendo realmente paralelo a las vidas de un modelo empujado por el grupo humano y la educación» (1988: 22). Aunque la enseñanza primaria obligatoria se introdujo a finales del siglo pasado en muchas sociedades industriales, hubo que esperar al último cuarto de siglo para que su aplicación se extendiera hasta reducir la proporción de población con menos de nueve años de escuela a menos de un 25 % (Cuadro 2).

Evolución comparativa de los factores contextuales

Pasemos ahora a efectuar un análisis comparativo detallado de los indicadores de nuestro primer factor contextual, el predominio y estabilidad del matrimonio. A mediados de los sesenta, las tasas brutas de nupcialidad de las cinco sociedades se situaban entre los siete y los diez matrimonios por millar de habitantes (Gráfico 6). Desde entonces, todas menos la estadounidense han experimentado un descenso continuado hasta el 4 ó 5 por 1.000. En efecto, Estados Unidos se ha distinguido por haber mantenido

⁶ Por razones históricas, la terminación del embarazo mediante el aborto está especialmente vinculada a la política estatal, por lo que la validez y la fiabilidad de los datos varía según el momento y la sociedad.

firmemente su tasa por encima de los diez matrimonios por millar de habitantes, o lo que es lo mismo, un matrimonio al año por cada centenar de habitantes. Así pues nos encontramos frente a cuatro sociedades con nupcialidad baja y una donde prevalece el matrimonio, la estadounidense. Hay que decir también que tanto en Alemania Occidental (desde 1979) como en Francia (desde 1986) parece haberse invertido la tendencia descendente.

CUADRO 2

Escolarización, porcentaje de habitantes sin el graduado escolar

Año	Francia	Alemania ^a % de grad.	Quebec ^b (15 años)	EEUU ^c (25 años)	España ^b (15 años)
1960		21,0		39,7	
1961			55,2		
1965		18,1			
1967		16,5			
1968		15,6			
1969		15,5			
1970		17,5		27,7	
1971		17,5	47,1		
1972		17,0			
1973	25,4	16,0			
1974	18,6	13,9			
1975	11,0	11,8	34,1	21,9	
1976		12,1	32,2	21,2	16,2
1977	18,6	12,1	31,1	19,9	16,1
1978		11,4	31,3	19,3	16,2
1979		10,4	30,8	19,2	15,9
1980	15,8	10,1	29,6	17,5	15,4
1981	15,3	9,2	29,2	16,7	14,9
1982	14,9	8,3	28,4	15,8	15,1
1983	14,0	7,7	27,2	15,1	15,1
1984	13,1	7,2	26,9	14,3	15,3
1985	15,4	6,6	26,2	13,9	15,2
1986	14,9	6,3	25,6	13,3	14,7
1987	13,5	6,0	24,4	12,7	15,3
1988	13,5	6,1	24,3	12,1	16,6
1989	12,6	7,6	23,7	11,6	16,7
1990	12,0	8,0	22,6	11,2	

a) Alemania: % de alumnos que dejan la escuela sin el certificado escolar (9 años).

b) Quebec y España: proporción dentro de los mayores de 15 años.

c) Estados Unidos: proporción dentro de los mayores de 25 años.

La edad a la que los jóvenes empiezan a casarse (Gráfico 7) es tanto un factor determinante del patrón matrimonial como un indicador más específico del nuevo rol del matrimonio en la estructuración del ciclo vital de los hombres y las mujeres de hoy. El rasgo más llamativo de la evolución comparativa de la edad en el primer casamiento es la semejanza casi total entre las cinco sociedades; un descenso gradual por espacio de quince o veinticinco años a partir de 1950 y un ascenso firme y sorprendente desde 1975 (excepto en España) que aún ha de remitir. Con respecto a esta pauta, el único comportamiento social distintivo se observa en España, donde el descenso continuó hasta 1980 (y

no hasta 1975) antes de invertirse. Podemos afirmar que la preferencia por el matrimonio temprano dentro del patrón «conyugal» (J. Caldwell, 1982) de «sostén de la familia» (K. Davis, 1984) había ido cuajando en las cinco sociedades, antes incluso de que se iniciara el descenso de la edad para contraer matrimonio, momento en el que la situación material y otras circunstancias externas posibilitaron gradualmente su puesta en práctica. Por lo que respecta a la duración de semejante preferencia y a la desaparición de trabas para su realización, España puede haber estado simplemente un poco desfasada con respecto a las otras sociedades; en ese caso, habría experimentado una discontinuidad especialmente marcada entre la realización de las preferencias anteriores y la de las aspiraciones (relativas al matrimonio) que imperan desde mediados de los setenta.

Por regla general, las tendencias de la media de edad en el primer casamiento (Gráfico 7) y en el primer nacimiento (Gráfico 4) han corrido parejas, pero se observa un misterioso despegue a comienzos de los ochenta. Dicho despegue, registrado en todas las sociedades salvo en la española, consiste en que la media de edad en el primer casamiento se ha elevado más deprisa en los últimos años que la media de edad en el primer nacimiento: las mujeres tardan más en casarse (o incluso renuncian totalmente al matrimonio) que en tener su primer hijo. Visto desde otro ángulo, la localización temporal del matrimonio es menos válida para predecir la del primer nacimiento que hace tan sólo una década: la maternidad está menos vinculada al matrimonio que antaño. Esto es así hasta el punto de que en Estados Unidos la media de edad en el primer casamiento es desde 1982 más alta que la del primer nacimiento y en Francia, Alemania Occidental y Quebec la distancia entre las dos se está estrechando. El espectacular aumento del número de nacimientos extramaritales es un indicador que confirma la progresiva desconexión entre maternidad y matrimonio.

En efecto, la proporción de los nacidos de madre soltera ha experimentado un rápido incremento desde comienzos de los sesenta (Gráfico 5). Esto lo interpretamos tanto como una indicación adicional de la pérdida de vigencia de la norma de matrimonio «conyugal», como de la creciente incidencia de la decisión de la mujer de criar a sus hijos sin necesidad de casarse. Esta aparente paradoja es posible si, como creemos, muchas sociedades del mundo occidental se están apartando de lo que llamamos modelo «burgués» y adoptando el modelo «volitivo» de reproducción (Modell, 1989). Los términos «burgués» y «volitivo» se usan aquí para subrayar las dimensiones normativas de ambos modelos; desde una perspectiva estrictamente operacional, los términos «nuclear» y «posnuclear» —que son los que emplea, por ejemplo David Popenoe (1988)— serían sin duda más adecuados.

El supuesto paso de un modelo familiar «burgués» —cuyos principales elementos son la norma temporal del casamiento, la unión de por vida y el control de la sexualidad femenina para limitar la fecundidad— al modelo «volitivo» —cuyos elementos son la elección del momento y las circunstancias por parte de los contrayentes, el retraso variable de la concepción dentro del matrimonio, la construcción selectiva de la familia y la decisión de criar a los hijos prescindiendo del matrimonio— es la primera de las cinco proposiciones que expondremos en el transcurso de nuestro análisis. Sospechamos, por cierto, que el perfil de la volición no tardará en verse condicionado y determinado por nuevas normas a medida que afloren las ventajas y desventajas de una serie de alternativas. Entretanto, el aumento de nacimientos extramaritales ha sido considerable en todas las sociedades de nuestro universo excepto en Alemania Occidental, y desde mediados de los setenta se ha producido una notable aceleración en Francia, Quebec y España. Hoy en día, en todas las sociedades excepto en la alemana y en la española, al menos una quinta parte del total de nacimientos se producen fuera del matrimonio. Sobre la reducida tasa alemana —la mitad de aquélla— volveremos a hablar más adelante.

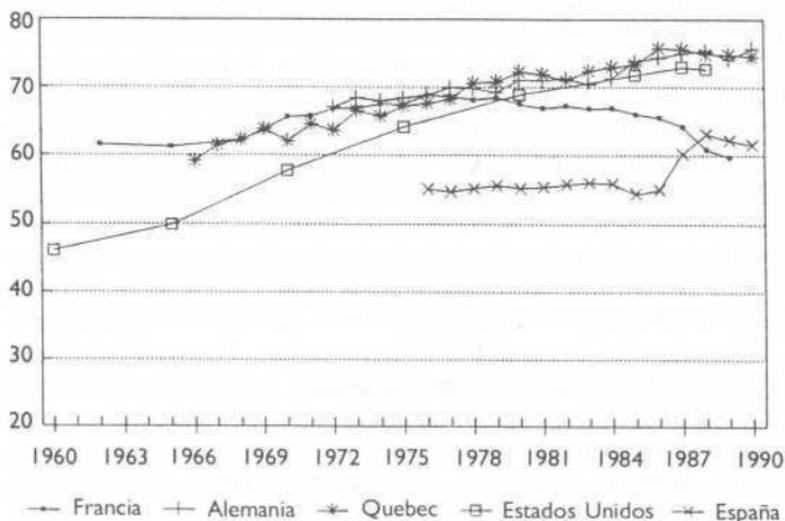
Por lo que se refiere a la estabilidad del matrimonio —como faceta opuesta a su predominio— hemos elegido el divorcio como indicador. Como no disponemos de tasas de las cinco sociedades, hemos recurrido a dos evaluaciones diferentes: la tasa bruta de divorcios TBD (Gráfico 8) y la tasa total de divorcios TTD⁷ (Gráfico 9). La primera tiene como denominador la población total y la segunda los matrimonios. En líneas generales, la frecuencia del divorcio ha aumentado claramente en las cinco sociedades (con la excepción, hasta ahora, de España) y las tasas convergen.

Para ser más precisos, las tasas de Francia, Alemania Occidental y Quebec se elevan y convergen (Gráficos 8 y 9). En el momento actual, la TTD se sitúa entre los 30 y los 45 divorcios por cada 100 matrimonios en Francia, Alemania Occidental y Quebec. En Estados Unidos, donde el nivel de divorcios es mucho más alto, la TBD se aproxima al 5 por cada 1.000 habitantes, mientras que en Francia, Alemania Occidental y Quebec oscila entre el 2 y el 3. No obstante, la tasa matrimonial en Estados Unidos —en parte debido a que la gente suele volver a casarse— es, como hemos visto, mucho más alta. Quebec, que presenta una TTD superior a la alemana y a la francesa, alcanzó a las demás muy recientemente y no faltan quien supone que España lo hará muy pronto.

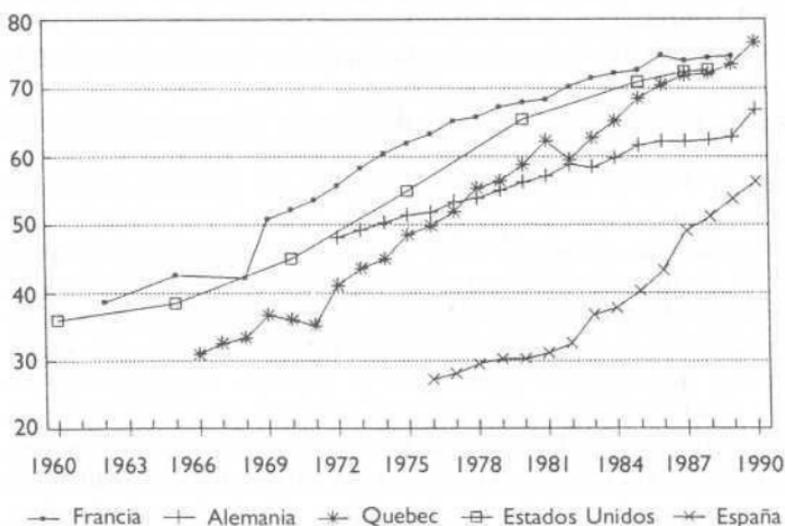
⁷ La TTD es una tasa sintética que representa la probabilidad de que un matrimonio termine en divorcio si una pareja confirmara en el transcurso de su vida conyugal las tasas de divorcio calculadas para su grupo de edad y para un año determinado; aquí la presentamos como el número de divorcios «previstos» por cada 100 matrimonios.

GRAFICO 11

Tasa de actividad femenina por edades: 20-24
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90

**GRAFICO 12**

Tasa de actividad femenina por edades: 20-24
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1960-90



Parece que en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos el matrimonio como institución está cambiando. No queremos decir, sin embargo, que el efecto demográfico del matrimonio sobre la fecundidad explique ni el rápido descenso de la fecundidad, común a las cuatro sociedades, ni las diferencias entre ellas. Pero no sería descabellado afirmar que en Estados Unidos la estabilización de la fecundidad en un nivel «relativamente» alto está en parte asociada con una mayor juventud y frecuencia del matrimonio.

Nuestro segundo factor contextual es la incorporación de la mujer al mundo laboral (Gráficos 12 y 13)⁸. Una vez más, la convergencia que se produce entre las sociedades industriales actuales es asombrosa, si bien la variedad de modelos es también instructiva. Desde 1950, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos se han movido inexorablemente —desde niveles sustancialmente diferentes— hacia una situación en la que más de la mitad de la población femenina forma parte de la población activa (Gráfico 12). La menor proporción que se observa en España —la mitad de la registrada en las otras cuatro sociedades, aunque se acerca a la convergencia a pasos agigantados— revela una industrialización tardía y quizás también un cierto atraso en la adopción del cambio de actitud ante los roles sexuales, el cual, en conjunción con la transformación de la economía, está detrás del renovado índice de participación. La República Federal destaca por su larga historia de participación femenina en el mundo laboral.

Las tasas correspondientes al grupo de mujeres de edades comprendidas entre los 20 y los 24 años (Gráfico 13) manifiestan una convergencia similar, a excepción de Francia después de 1976. Lo cierto es que el índice de participación de las mujeres entre los 20 y los 24 años está descendiendo en aquel país desde entonces. Ello se debe, con toda probabilidad, a que son más las jóvenes francesas que prefieren terminar sus estudios antes de ponerse a trabajar. En Alemania Occidental, por su parte, el grupo de mujeres entre los 30 y los 34 años arroja un índice significativamente inferior a los de Francia, Quebec y Estados Unidos. Aunque sólo podemos ofrecer una explicación válida para la menor participación de las jóvenes francesas (entre 20 y 24 años), estamos casi seguros de que las alemanas entre los 30 y los 34 participan menos en el mercado laboral porque el porcentaje de las que se quedan en casa para criar a sus hijos es más elevado que en Francia, Quebec y Estados Unidos. La comparación de los índices de participación de mujeres con hijos pequeños confirma esta

⁸ Como las series de participación son más largas y aparecen divididas por grupos de edad, decidimos usar los datos «nacionales» y no los «armonizados» de la OCDE.

explicación: en Quebec y Estados Unidos dicho índice ronda el 50 %, mientras que en Alemania tan sólo trabaja un tercio.

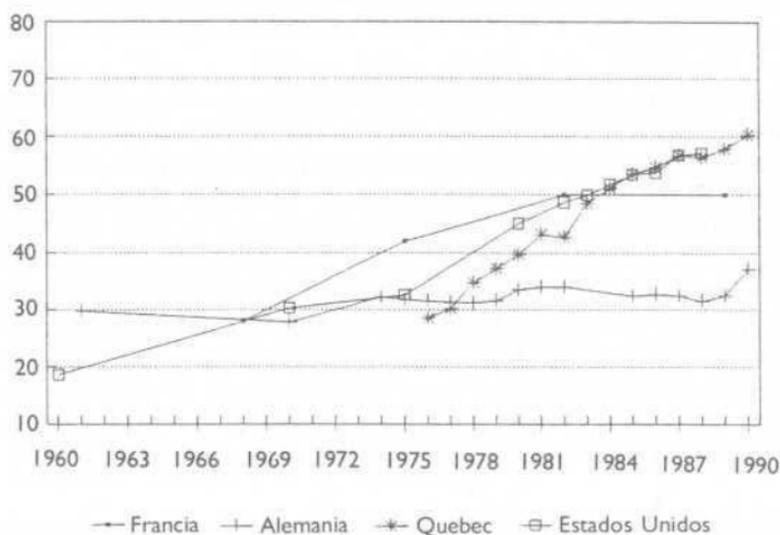
Pasemos ahora al análisis comparativo de nuestro tercer factor contextual, la popularización del aborto y la esterilización. Disponemos de datos rudimentarios con respecto al aborto (Gráfico 14), pero nuestra documentación acerca de la esterilización en las cinco sociedades que nos conciernen es totalmente insuficiente. En general, nuestro universo de cinco naciones ofrece una asombrosa variedad en cuanto a esterilización (femenina y masculina), desde un porcentaje total acumulado de población esterilizada cercano al 6 % en Alemania Occidental hasta una tasa anual similar en Quebec. Y es que en Quebec la tasa combinada anual de esterilización mediante ligadura de trompas e histerectomía en mujeres en edad fértil ha sido desde comienzos de los setenta del 20 por 1.000, es decir, 2 % del total de población fértil al año con una subida hasta el 3 % en 1976. Si esta tasa se mantuviera por espacio de otra década (treinta años en total), podría calcularse que dos tercios de las componentes de un hipotético grupo humano estarían clínicamente esterilizadas a los 45 años. De hecho, la situación de Estados Unidos no es muy diferente: en 1982, nada menos que casi el 40 % de las casadas estaban esterilizadas. Aunque no disponemos de los datos concretos para confirmarlo, podemos estar seguros de que la tasa general de esterilización es mucho más baja en Francia, como ocurre en Alemania, y más aún en España. En Francia, la esterilización por razones ajenas a la medicina es todavía inaceptable socialmente, y en Alemania empieza ahora a aceptarse como un método anticonceptivo eficaz, pues hasta hace poco se consideraba como una técnica de manipulación social coercitiva.

En cuanto al aborto, merece la pena hacer referencia a dos aspectos de la evolución reciente de las tasas por cada 100 nacimientos (Gráfico 14). En primer lugar, en el transcurso de los setenta, los abortos registrados experimentaron un incremento espectacular, al menos en Francia, Quebec y Estados Unidos. Los datos que tenemos sobre Alemania son muy recientes y los de España bastante insuficientes. En segundo lugar, después de un ascenso tan vertiginoso, las tasas empezaron a estabilizarse en dos *plateaus* distintos: en el 40 % de nacimientos en Estados Unidos y cerca del 20 % en Francia, Alemania Occidental y Quebec.

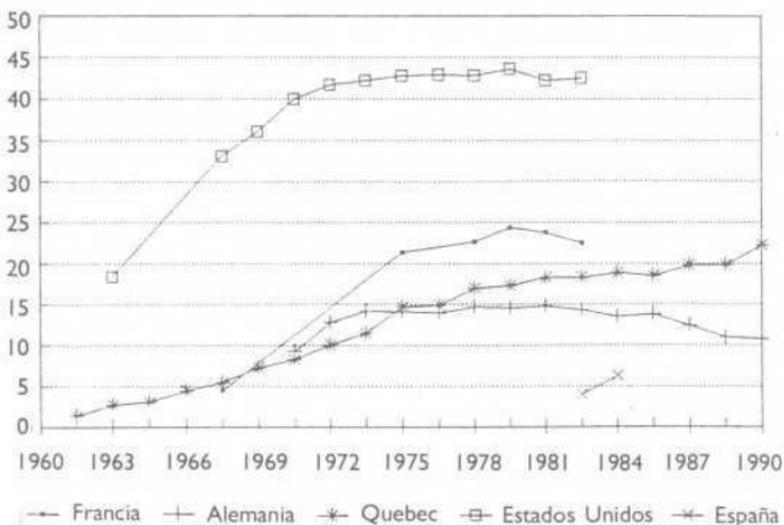
Y llegamos a nuestro último factor contextual: la universalización de la escolarización. Aunque en Alemania Occidental, Francia y Estados Unidos la enseñanza primaria no fue obligatoria hasta la segunda mitad del siglo XIX, el progreso fue irregular y la asistencia fue a menudo difícil de imponer. A partir de la segunda guerra mundial, toda sociedad industrial obliga a asistir al colegio al me-

GRAFICO 13

Tasa de actividad femenina para mujeres con hijos pequeños
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90

**GRAFICO 14**

Abortos por cada 100 nacimientos con vida
Francia, Alemania, Quebec, Estados Unidos y España, 1971-90



nos hasta los dieciséis años. Aun así, como existía un importante lastre de gente que había eludido la obligatoriedad de asistir a la escuela primaria en el período anterior a la guerra, y hoy tenemos una proporción aún no insignificante de jóvenes que se las arreglan para no completar los ocho años de escuela, existe todavía un porcentaje importante de adultos sin el título o el diploma de graduado escolar.

En el último cuarto de siglo, esta proporción ha sufrido una transformación sustancial. En 1960, el 60 % de los adultos de Quebec y casi el 50 % de los estadounidenses no habían completado nueve años de escuela (Cuadro 2). En ambos casos el cambio ha sido drástico: en Quebec ha caído hasta el 26 % en 1985 y hasta el 14 % en Estados Unidos. En el mismo período, el porcentaje de alemanes occidentales que abandonaron la escuela primaria sin conseguir el certificado de graduado escolar cayó desde el 21 hasta el 6 %. Puede afirmarse con certeza que el descenso de la fecundidad en el último cuarto de siglo ha ido ligado en el tiempo con un descenso paralelo en la proporción de población con menos de nueve años de escolaridad.

Dada la universalización de la enseñanza secundaria obligatoria, sería interesante revisar las fluctuaciones de la proporción de población con, pongamos por caso, menos de doce (en lugar de nueve) años de escuela. El importante ascenso del índice de abandono de la escuela secundaria registrado en Quebec a mediados de los ochenta—casi la mitad de los adolescentes no terminaban el bachillerato y un 12 % de los de dieciséis años no iban al colegio (RST.QUE, 504, 512)— puede asociarse perfectamente con un aparente ascenso de la fecundidad a partir de 1988⁹. De hecho en Estados Unidos, desde 1972, cada vez son menos los jóvenes que acceden a la enseñanza superior, y dejar la escuela secundaria se está convirtiendo en una opción cada vez más frecuente (RST.USA, 472). ¿Podría esto significar que la «modernidad» en el sentido que John Caldwell da al término—la sustitución de la moralidad familiar y la producción de base doméstica por el individualismo occidental y la economía de mercado— tiene unos límites inherentes, y que nos hallamos ante una reacción a la moralidad no familiar y a la penetración del mercado en la economía doméstica? ¿Es posible que la «individualización» de la existencia, en consonancia con la dialéctica de la idealización y el desencanto de Blow (Lesthaeghe y Surkin, 1988: 17) haya aglutinado como grupo humano a los nacidos a comienzos de los setenta? Tal vez, como sugiere Popenoe (1988, cap. 14), el modelo de familia posnuclear («volitivo», para nosotros), es simplemente incompatible con la tarea de preparar a los jóvenes para la sociedad industrial, y el abandono de la educación formal refleja

⁹ Con respecto a este aparente ascenso, cf. la nota 4.

simplemente una quiebra de la socialización vinculada al modelo de familia nuclear «burguesa».

Continuando con nuestro repaso descriptivo y comparativo de la fecundidad y de los cuatro factores «contextuales» íntimamente ligados a ella, vamos a proponer varias conclusiones posibles acerca del comportamiento de la fecundidad en la sociedad industrial moderna. Para empezar, la convergencia es un hecho, tanto en relación con el comportamiento de la fecundidad como con los factores contextuales que hemos elegido para nuestro análisis: Francia, Alemania Occidental, Quebec, Estados Unidos e incluso España se parecen más ahora que en 1960. La única excepción notable la constituye el matrimonio, que sitúa a Estados Unidos en una categoría diferente a la de las otras cuatro sociedades. El hecho de esta convergencia, y especialmente el alineamiento de la fecundidad de Quebec, con España a la zaga —dos sociedades que experimentaron una industrialización tardía pero acelerada—, en un nivel común (entre el 1,4 y el 1,8 TTF) autoriza a pensar que incluso a medio plazo (un cuarto de siglo) la sociedad industrial, al menos la de origen europeo, lleva implícita una tasa de fecundidad inferior a la de reposición.

Dentro de esta convergencia a medio plazo existen también puntos de inflexión de tendencias que son, concretamente, el comienzo de la década de los sesenta y el final de la de los setenta. No obstante, a pesar de las semejanzas, se observan diferencias reveladoras con respecto a la propia fecundidad. Han surgido dos patrones de fin de período: uno cercano al nivel de reposición en Estados Unidos y Francia y otro inferior en Alemania Occidental, Quebec y España.

En cuanto a nuestros factores contextuales, Estados Unidos se distingue del resto en varios sentidos, al igual que España. En Estados Unidos predomina una concepción más precoz, lo que conduce a una maternidad más juvenil y a un mayor número de abortos. Predomina el matrimonio, tanto en términos de edad en la primera unión como de frecuencia. El porcentaje de divorcios es mayor en aquel país, como también probablemente el de personas que se vuelven a casar. Allí el matrimonio —o al menos el modelo que llamamos «volitivo»— se perfila claramente como una institución más robusta que en cualquiera de las otras cuatro sociedades: uno se casa antes y más a menudo. La tasa de nupcialidad dobla aproximadamente a las del resto. El divorcio, mucho más frecuente en Estados Unidos, se adapta probablemente mejor al modelo de matrimonio volitivo (produce menos trauma) que al que aún predomina en los demás países.

Las diferencias en la proporción de nacimientos fuera del matrimonio nos permiten establecer distinciones dentro del cuarteto

de sociedades «contrarias al matrimonio». En Francia y en Quebec la proporción es más alta que en Estados Unidos, mientras que en Alemania Occidental y en España es más baja. ¿No podría esto indicar la persistencia de lo que hemos llamado el modelo de matrimonio «burgués» en Alemania Occidental y en España, y su descomposición en Francia y en Quebec, en un contexto en el que el modelo «volitivo» aún no ha arraigado (o no se ha institucionalizado) como en Estados Unidos? Si el futuro nos deparase una propagación del modelo «volitivo» o posnuclear —como refleja el mayor número de divorcios y de madres solteras— a las sociedades no americanas, contaríamos con más pruebas de la existencia de un proceso de modernización cultural con incidencia sobre la demografía. Un proceso mediante el cual, en este caso, los comportamientos relacionados con la fecundidad se difunden desde la sociedad más influyente del mundo occidental (la estadounidense) a otras sociedades occidentales ya industrializadas, y desde allí al mundo entero.

Pero Francia y Alemania Occidental, dos de las cuatro sociedades «contrarias al matrimonio», también difieren en que su fecundidad se ha situado en diferentes *plateaus* de fin de período en los últimos quince años (TTF del 1,8 y del 1,4 respectivamente). Esta distinción nos hace suponer que los franceses y los alemanes han desarrollado estrategias distintas en su lucha por reconciliar la participación de la mujer en el mundo laboral con el mantenimiento de un orden doméstico (modelo «burgués») y con la maternidad y la crianza de los hijos. En Alemania, lo que se ha resentido ha sido la fecundidad o el número de hijos deseados, mientras que en Francia se ha sacrificado el orden doméstico (en términos de tiempo invertido en su mantenimiento y en su disfrute), que ha perdido su posición central, y la fecundidad no se ha visto afectada. Como apuntaremos más adelante, estas diferencias nacionales en cuanto a énfasis se reflejan también en la vida pública.

Finalmente, el caso de Quebec y el de España son excepcionales respecto de las otras tres sociedades. Nosotros interpretamos que ambos países —primero Quebec y luego España— han experimentado una «modernización» acelerada pero tardía, y que, como resultado de la ambigüedad social inherente a una transición rápida (en una sola generación), tanto la fecundidad como la creación y el establecimiento de un orden doméstico tradicional (matrimonio) se han resentido en Quebec y lo harán en España. Nuestra segunda proposición es que una modernización tardía y acelerada coloca la fecundidad por debajo del nivel de reposición.

Vamos a concluir nuestro repaso de los factores «contextuales» con la caracterización —a modo de distinción— de los modelos familiares «burgués» y «volitivo» a los que venimos aludiendo; una

caracterización que surge al comparar la evolución de los factores contextuales que hemos seleccionado. En Estados Unidos ha arraigado el modelo familiar posburgués y el matrimonio sigue siendo una fuerza normativa predominante, precisamente por la dinámica inherente al propio modelo «volitivo». En Francia, el componente familiar del modelo «burgués» en fase de descomposición conserva aún mucha vigencia normativa (Castelain-Meunier, 1988), mientras que en Alemania Occidental es la domesticidad tradicional de ese mismo modelo burgués la que lo hace incombustible. En Quebec, una sociedad industrial inspirada por modelos importados¹⁰ en la que impera la modernidad, la desintegración del modelo «burgués» ha sido rápida y completa, y ha creado una situación ambigua en la que coexisten vestigios del modelo tradicional y del nuevo modelo «volitivo» (la burguesía ha abrazado rápidamente el modelo posburgués mientras que el «proletariado» se aferra al burgués). Cabe esperar que España, que ha experimentado el mismo proceso de modernización tardía pero acelerada (sólo que más tarde) reproduzca la experiencia quebequesa¹¹.

Todo esto abre un amplio abanico de cuestiones auxiliares que no pueden tratarse aquí adecuadamente. He aquí algunos ejemplos: ¿experimentaron Quebec y España una modernización tardía pero acelerada por las mismas razones? ¿Es el modelo familiar «volitivo» viable a largo plazo (para un siglo o más)? ¿Hasta qué punto está asociada la aparición de un modelo «volitivo» —opuesto al modelo familiar «burgués» o conyugal— con el cambio de status de la mujer después de la segunda guerra mundial? Como un primer paso hacia la resolución de estas incógnitas, en la siguiente parte de nuestro análisis comparativo, que será más interpretativa, intentaremos repasar los cambios de valores relacionados con los roles y aspiraciones de la mujer en las cinco sociedades a partir de su reflejo no sólo en actitudes expresadas públicamente, sino también en las instituciones y en la política gubernamental.

Cambio de valores y especificidad societaria

En un plano macrosocial, el cambio a largo plazo de la estructura social puede brindar explicaciones convincentes para la evolución

¹⁰ Este es el sentido del término en la obra de John Caldwell (1982). Quebec y España son ejemplos de poblaciones de «Nivel B» en su teoría.

¹¹ Otras sociedades industrializadas pero de modernización tardía como Grecia, el norte de Italia, la República de Irlanda y, con el tiempo —puesto que ya se orienta hacia la economía de mercado— Polonia, correrán seguramente la misma suerte (a no ser que se manifieste alguna reacción contraria a la modernización): padecerán una desestabilización demográfica.

de la fecundidad; un cambio social propiciado por los procesos de industrialización, por la urbanización, por la penetración de las fuerzas del mercado y por la cristalización del Estado de bienestar. Pero si nos fijamos en un determinado período, el que parte del final de la segunda guerra mundial, y pretendemos arrojar luz sobre la particularidad de los modelos sociales dentro de una convergencia más generalizada, nuestro análisis ha de ser más detallado y a medio plazo. La fecundidad es un fenómeno relativamente volátil y está vinculado a actitudes y valores tanto como a condiciones materiales.

Por consiguiente, nos ocuparemos de los cambios de actitud, valores y condiciones materiales que rodean al matrimonio y a la familia, así como de la transformación del rol femenino; cambios relacionados con la participación de la mujer en la vida pública, no sólo en el medio laboral externo, sino también en la división del trabajo dentro del propio hogar. También tendremos en cuenta la influencia de los incentivos gubernamentales, de las medidas de control demográfico y de la forma y extensión de los cuidados infantiles proporcionados fuera del hogar.

La historia de la transformación reciente de cada sociedad es compleja y controvertida; sería absurdo intentar ofrecer aquí un informe comparativo completo. Ni siquiera los informes resumidos de cada país hacen prácticamente otra cosa que especular sobre las causas generales. En Estados Unidos, por ejemplo, cierto informe consideraba que la secularización —en el más amplio sentido de la palabra— había tenido mucho que ver con el generalizado rechazo de la autoridad tradicional:

«A medida que decreció el compromiso religioso, el dominio ejercido por la autoridad religiosa absoluta sobre las esferas de la moralidad y la conducta individual disminuyó. Afloraron códigos alternativos basados en valores humanísticos, en criterios de salud mental o en un individualismo radical (hacer cada uno su voluntad), y sus adeptos los defendieron como fundamentos razonables y sensatos para organizar la vida y la acción» (Veroff *et al.*, 1981: 195).

Pero otros informes, no exentos de coherencia en su comprensión de aspectos discretos del cambio de valores, ofrecen mecanismos explicativos diferentes, como por ejemplo la adquisición de poder por parte de grupos antes subordinados (incluso por razón de sexo y edad) en el marco de una prosperidad lo suficientemente extendida como para que tales grupos «se puedan permitir» hacer caso omiso de las normas que antes los mantenían sujetos —si bien a salvo— en una posición inferior (Modell, 1989). Los alemanes explican su correspondiente transformación mediante otro mecanismo distinto, más psicológico: hablan de la relajación de un conjunto de represiones relacionadas entre sí y codificadas como lealtad, sumisión, trabajo duro, mo-

destia, autocontrol, puntualidad, conformismo, adaptación y moderación (Klages, 1985: 18).

La década de los sesenta, que marcó el final del *baby boom* de posguerra en Francia, Quebec y Estados Unidos y el inicio del descenso de la fecundidad en España, es un período preñado de significación en varios sentidos. Los cuatro países asistieron a una *Wertwandlungsschub* (una discontinuidad en la transformación de valores, ver Klages, 1985): los valores concernientes al propio desarrollo personal¹² registraron subidas importantes en todos ellos. Los primeros en adoptar una orientación nueva suelen ser los jóvenes y aquellos que cuentan con una mayor formación académica y la expresan haciendo gala de una peculiar flexibilidad en cuanto a metas personales y manera de alcanzarlas. No se trata de egoísmo puro y duro; lo que ocurre es que numerosas jerarquías de larga tradición —el caso más notorio es el de los sexos— fueron perdiendo parte de su atractivo a medida que se revalorizaban los argumentos relativos a los intereses de los afectados. Se tiende a cuestionar cada vez más las normas que regulan los hábitos de relación personal. Si el modelo tradicional de matrimonio y familia se entendía como una solución institucional con obligaciones y roles adjudicados con arreglo a la división de funciones y a la reciprocidad, el nuevo modelo se basa en el amor y la simpatía mutuos, los cuales dependen de relaciones emocionales voluntarias y hasta cierto punto imprevisibles. La obra de Lesthaeghe y Surkin (1988) contiene una síntesis acerca de este proceso de «secularización» —con la «individualización» que conlleva— así como una demostración del papel de la socialización temprana y la educación como determinantes del ritmo que adopta.

En Alemania Occidental, el cambio en cuestión tardó algo más de una década en manifestarse a modo de ejemplo en la actitud frente al matrimonio y la familia. Entre 1963 y 1978 la proporción de encuestados que veían la institución matrimonial como una necesidad cayó del 89 al 61 %, aunque esos mismos valores habían permanecido sorprendentemente estables antes y se volverían a estabilizar tras este breve período de cambio (Piel, 1987: 121). En Estados Unidos, un 53 % de los encuestados en 1957 repudiaban a todo el que se opusiera al imperativo marital; le consideraban un enfermo o un inmoral, demasiado egoísta o neurótico para casarse. En 1976, sólo un tercio de los encuestados mani-

¹² Para la corriente de crítica social idealista, por ejemplo, la emancipación, la igualdad social, la igualdad de oportunidades, la democracia, la participación ciudadana, la autonomía individual; para la hedonista, por ejemplo, el placer, la variedad en la vida, la expresión de las necesidades emocionales; para la individualista, por ejemplo, la creatividad, la espontaneidad, la realización personal, la independencia (Klages, 1985: 18).

festó una mentalidad tan restrictiva¹³. Por lo que respecta a la España actual, los españoles aún se debaten entre las ideas antiguas y las modernas. Por un lado, según un sondeo efectuado en 1990, el 77 % creen que el matrimonio no está pasado de moda, y el 66 % están dispuestos a renovar sus votos delante de sus hijos. Por otro lado, una minoría cada vez mayor de hombres y mujeres coinciden en la conveniencia de posponer el casamiento para beneficiarse de la experiencia previa adquirida con la convivencia. Prácticamente el 80 % de los españoles creen que la cohabitación aumentará en el futuro, pero un 33 % la consideran totalmente inmoral.

Cuando los roles son plenamente evidentes y fundamentalmente complementarios en el matrimonio, apenas hace falta negociar su adjudicación, algo necesario, sin embargo, cuando alguna tarea puede realizarla cualquiera de los dos cónyuges. La percepción de lo que ha de primar como fundamento del matrimonio y la pareja se ajusta al gradual establecimiento de un modelo igualitario de distribución de roles. Donde antes prevalecía una serie de normas perfectamente claras y precisas emergen hoy modelos plurales caracterizados por una delimitación permisiva y difusa.

Si, en las encuestas abiertas de mediados de los sesenta, el 52 % de los alemanes occidentales identificaban como cimientos del matrimonio el sentido del deber, la tolerancia y la consideración, en 1977 esos mismos valores habían perdido casi todo su significado y únicamente los defendían un 8 %. Tener hijos, una razón importante para la estabilidad matrimonial en opinión del 21 % de los encuestados en los años sesenta, fue aducida por tan sólo un 9 % en 1977. No se presentó ningún sustituto normativo con validez comparable. Los únicos que registraron alzas fueron el «afecto» y el «compartir», mientras que la «igualdad», que no se había mencionado en los años 1964/65, alcanzó las posiciones de cabeza con un 15 % en 1977¹⁴.

Parece observarse también una tendencia paralela de rigidez decreciente con respecto a la asignación de roles específicos de cada sexo. Si en 1974 un 36 % de los estadounidenses opinaban todavía que las mujeres debían ocuparse de gobernar su casa y dejar el gobierno del país a los hombres, el porcentaje bajó al 24 %

¹³ El apabullante poder normativo de la institución matrimonial en los cincuenta se puede apreciar en el hecho de que la mayoría de encuestados refrendaron esta opinión independientemente de su estado civil (Veroff et al., 1981: 147).

¹⁴ Los resultados de una encuesta realizada en 1981 en el Mercado Común apuntan en la misma dirección: « [...] se observa que para la gente mayor, religiosa y de derechas, e incluso para los casados, la fidelidad conyugal es la garantía más importante de felicidad en el matrimonio, pero los demás grupos la sitúan en un tercer o cuarto puesto» (ver Stoetzel, 1983: 127).

en 1986. También disminuyó la proporción de los que veían con malos ojos el que las mujeres casadas ganasen dinero en los negocios o en la industria si tenían un marido que las pudiera mantener (Glenn, 1987: 120). Esta tendencia se observa también hoy en España, un país donde los valores cambiaron más tarde, como en Quebec: el 44 % de los españoles aceptan que las casadas trabajen fuera de casa igual que los hombres (Toharia, 1989: 181). Los que apoyan un modelo de familia en el que el hombre trabaja para sostener a la familia y la mujer se queda en casa representan sólo un 27 %, aunque la proporción es casi el doble de alta entre los mayores de 35 años.

Hoy se reconocen y discuten y aparentemente se pone remedio con más frecuencia a los conflictos en las relaciones, como ocurre en la disolución del matrimonio. En principio, y a la vista del aumento de divorcios, puede resultar paradójico que la vida familiar resulte ahora más satisfactoria que otras facetas vitales y que este considerable grado de satisfacción no haya descendido, al menos perceptiblemente. Los datos recogidos dentro del Mercado Común en 1981, resumidos por Jean Stoetzel (1983: 123), lo corroboran: «Sólo uno de cada diez manifiesta no conocer la felicidad. En otras encuestas la familia aparece una y otra vez como una refugio, como el valor supremo.» La creciente inestabilidad de las relaciones de pareja no ha de interpretarse en absoluto como una crisis de la institución familiar, sino más bien como el resultado de unas demandas individuales cada vez mayores en lo referente a la calidad de la vida familiar. El matrimonio se juzga en función de su contribución a la realización personal, y se espera mucho de él (Nave-Herz, 1988: 85; Veroff *et al.*, 1981: 162). Stoetzel (1983) lo resume en una sola frase: «El individuo ya no es un elemento de la familia; la familia es parte del individuo».

Como en todos los demás sectores en los que la ideología que subyace bajo el concepto de familia se halla en fase de convergencia, cada vez son más los que abogan por cimentar el edificio familiar en un acuerdo voluntario, en un contrato entre dos partes sujeto a continua negociación que no incumbe a ningún Estado o deidad.

El agrado mutuo se ha convertido en la principal justificación del contacto social en todos los ámbitos. De vez en cuando, con la intervención de la negociación, soluciones casi improvisadas han revitalizado patrones familiares no muy distintos de los de la era anterior, estructuras que, por medio de una sutil modificación, han pasado de expresar una ideología de dependencia mutua a participar del nuevo sistema de valores construido en torno a las necesidades del individuo. Así pues, no vemos un mayor distanciamiento entre los miembros de las familias extensas, sino un tipo de proximidad emocional basada en el libre albedrío, la com-

preensión mutua y el respeto. En Alemania Occidental y en Francia se ha detectado una tendencia a abrir la familia hacia redes de sociabilidad extrafamiliar; los círculos de amigos y conocidos se han agrandado, y las relaciones de vecindad se han vuelto más cordiales. Las estadísticas correspondientes a Estados Unidos alcanzaban ya un nivel elevado en los setenta, y lo han mantenido. En Quebec se han observado indicios de una posible reducción de las redes familiares, pero desde dimensiones importantes.

De un tiempo a esta parte, para amplios sectores de población, los hijos representan dentro de este contexto —y vamos a expresarlo en toda su crudeza— un valor anacrónico. Traen consigo unas obligaciones que durarán décadas, lo que equivale a una restricción de la decisión individual, la movilidad y la flexibilidad; en definitiva, recortan las oportunidades de planear la propia existencia, un privilegio del que ahora goza también la mujer. Es más fácil alejarse de amigos o parientes, o separarse del cónyuge, que abandonar completamente a un hijo. La decisión de tener hijos se toma menos a la ligera que en el pasado.

En efecto, la preferencia por reducir la descendencia se pone de manifiesto en el número de hijos deseados que recogen las encuestas. Si en 1950 un importante porcentaje de la población adulta se decantaba por la familia de al menos cuatro hijos (el 42 % de las mujeres estadounidenses, el 35 % de los hombres; el 23 % de ambos sexos en Francia; el 11 % en Alemania Occidental), tan sólo un 5 % deseaban el mismo número de hijos treinta años más tarde, con la excepción de Estados Unidos, donde el 19 % de las mujeres y el 15 % de los hombres seguían deseando cuatro hijos. En Quebec se observa un descenso similar de las expectativas concernientes al tamaño de la familia; así lo confirma la diferencia entre el número de hijos que tenían en mente la generación de padres de 1926-1930 y la de 1946-1950: 3,7 y 2,4 respectivamente, lo que equivale a decir que en veinte años las expectativas descendieron un 35 % (Henripin *et al.*, 1981). En 1980, sin embargo, la mayoría de los americanos (51 %) deseaban, como los alemanes (59 %), una familia de dos hijos. En Francia, los porcentajes de los que deseaban dos o tres hijos eran casi idénticos (44 y 45 % respectivamente). Y en ese mismo año, el 1 % de los estadounidenses, el 3 % de los franceses y el 9 % de los alemanes occidentales preferían no tener descendencia (Hoepfinger, 1987; Simon and Landis, 1989).

El nuevo rol de la mujer

Son sobre todo las mujeres (consciente o inconscientemente) las que han de elegir qué vínculos están dispuestas a acatar. No han

desaparecido las asimetrías entre los sexos en cuanto al alcance de los compromisos familiares, dado que la maniobrabilidad de la mujer depende mucho más de este tipo de opciones que la del hombre. Dos compromisos de efectos imprevisibles sobre la autodeterminación vital, el matrimonio y la maternidad, presiden la conciencia femenina colectiva.

Para dominar estas dos difíciles situaciones la mujer tiene como mínimo tres alternativas, todas poco convencionales¹⁵. La primera consiste en permanecer soltera y sin hijos, bien renunciando a la sexualidad o practicando cohabitación extramarital; la segunda de estas dos opciones cuestiona el principio de «hasta que la muerte nos separe», y a juzgar por los datos recogidos en todas las sociedades, la probabilidad de prolongar la soltería está en alza en el caso de las jóvenes, a excepción de una reciente inversión de dicha tendencia detectada en Francia. La segunda estrategia consiste en casarse pero no tener hijos. La intensificación de la experiencia conyugal unida al aumento de las oportunidades profesionales de la mujer promete compensar la renuncia a la maternidad. Si comparamos todas las sociedades, el número de parejas casadas y sin hijos se ha elevado en los últimos años. Finalmente, la mujer puede decidir ser madre soltera. Tal decisión dispara el número de familias monoparentales y el de divorcios, dos soluciones que pueden traslucir una voluntad de desligar familia y matrimonio. La edad de las madres solteras en el momento de nacer su hijo suele ser bastante alta, lo que apunta a un deseo consciente de tener hijos prescindiendo del matrimonio. Tal opción es poco frecuente en Estados Unidos. No podemos calibrar aquí hasta qué punto estas «estrategias», que se desvían del modelo familiar «burgués» de larga tradición, facilitan la realización de los ideales modernos. Sabemos más acerca de las contradicciones vitales a que se expone la mujer que opta por el clásico cometido de esposa y madre.

Aunque existen claras diferencias entre las sociedades comparadas, la mayoría de los niños siguen naciendo en el seno del matrimonio y, como dijimos anteriormente, la familia sigue gozando de gran prestigio social en todos los países que hemos estudiado. El problema yace bajo la superficie. Incluso en Estados Unidos, donde el modelo de matrimonio joven y universal se reconoce desde hace tiempo como una peculiaridad que distingue a este

¹⁵ Cuando hablamos aquí de «estrategias» desarrolladas por las mujeres no hay que olvidar que el movimiento de liberación de la mujer ha potenciado la sensibilidad ante la problemática femenina: la «trampa del matrimonio y la maternidad» ha sido desde Simone de Beauvoir un ingrediente constante de crítica social por parte de extensos círculos feministas. Por otro lado, no puede subestimarse el efecto paradigmático de proyectos de vida alternativos y cada vez más aceptados socialmente, aunque no se basen explícitamente en el pensamiento feminista.

país de la mayoría de países europeos, la orientación relativa a los hijos está cambiando. La proporción de mujeres que dijeron que todos los matrimonios debían tener hijos cayó de un 85 a un 43 % en 1980, para nivelarse después entre esa fecha y 1985 (Thornton, 1989: 882). En 1957, el 58 % de los encuestados se mostraron bastante proclives a tener descendencia, un porcentaje que se redujo al 44 % en 1976. El de quienes criticaron negativamente las restricciones impuestas por los hijos en todas sus respuestas se elevó de un 30 a un 45 % (Veroff *et al.*, 1981: 220). En 1976, los hijos representaban elementos de «felicidad», «realización marital» o «meta vital» para menos ciudadanos que en 1957 y era más corriente asociarlos con «responsabilidad general» y «limitación general de la libertad». Eran sobre todo los hombres quienes se sentían agobiados por una vaga «responsabilidad general»¹⁶, mientras que las mujeres eran quienes ponían el acento en una faceta fundamental del tema: un 28 % de ellas asociaban la maternidad con una limitación de la libertad. Los hombres, a quienes la actual distribución de roles maritales impone objetivamente menos restricciones, dieron una respuesta similar a la pregunta en una proporción del 12,3 %.

Un estudio muy reciente de la situación en Alemania Occidental oponía dos modelos familiares: el tradicional, que delimita cometidos laborales (el hombre trabaja y la mujer atiende el hogar) —el más antiguo históricamente— y el moderno, que diferencia funciones (ambos cónyuges trabajan y se reparten las tareas domésticas), considerado como el más razonable para el futuro. Como era de esperar, los argumentos de carácter general en favor de los hijos —dotan de un propósito a la vida, sin ellos no hay familia que valga, etc.— partieron más de familias «tradicionales» y menos de las «modernas». Por otro lado, las amas de casa «tradicionales» también expusieron argumentos en contra de los hijos, basados en el hecho de que estos las ataban a la casa y cercenaban su economía. El modelo de familia «tradicional» planteaba menos obstáculos a los planes profesionales de los hombres, y ellos estaban lógicamente menos dispuestos a dejarse condicionar por el hogar (Schumacher, 1988), mientras que la limitación profesional es el argumento principal de todas las mujeres, no sólo de las trabajadoras. El nivel de formación de la mujer se ha acercado al del hombre en los últimos años, por lo que el modelo tradicional de marido mejor preparado y sostén de la familia se ha devaluado¹⁷. La mujer tarda poco en comprobar que el provecho de su

¹⁶ Del 23,3 % en 1957 al 38,6 % en 1976; para las mujeres, del 18,9 % en 1957 al 32,4 % en 1976 (Modell, 1989: 284).

¹⁷ En Estados Unidos se observa una tendencia de los blancos a la homogamia a partir de las cohortes matrimoniales del período 1941-1945, y en el caso de los negros desde el período 1951-1955. En Francia también se advierte una creciente homogamia. Alemania Occidental, sin embargo, no muestra una proliferación del matrimonio homogamo, sino claras disminuciones del nú-

cualificación está en conseguir un empleo, y no en retirarse a hacer vida privada.

Para la mujer, el empleo ha dejado de representar una mera oportunidad provisional de ganar un poco de dinero extra antes del matrimonio o la base de una independencia temporal pendiente del matrimonio para convertirse en elemento clave de una larga «carrera» profesional que requiere preparación y otorga satisfacciones, todo ello asociado a los cometidos y recompensas maritales que ha de negociar con su pareja. Este cambio de mentalidad se hace visible en el aumento de mujeres con empleo lucrativo durante la fase que llaman de construcción de la familia, entre los 25 y los 34 años (Gráfico 12).

En 1950, un 78 % de las jóvenes alemanas occidentales entre los 15 y los 20 años tenían un empleo, y sólo un 36 % de las de 33 a 40. En 1980, las mujeres se incorporaban al mundo laboral relativamente tarde debido a unos períodos de formación más largos, pero muchas seguían empleadas hasta los 60 años. En 1950, un 51,3 % de las estadounidenses de 18-19 años formaban parte de la masa laboral, frente a un 34 % de las que se hallaban entre los 25 y los 34 años, un intervalo vital en el que la mayoría de ellas estaban entregadas a su rol de esposas (las edades críticas para esta comparación difieren de las de Alemania Occidental porque la mujer estadounidense se casa más joven). Pero en 1988 las proporciones fueron de 62,9 y 72,7 %, pues el nuevo modelo de trayectoria vital femenina se había impuesto bastante: las jóvenes estadounidenses ya no dejaban de trabajar para contraer matrimonio, sino que seguían accediendo al empleo, incluso cuando se casaban. Por otro lado, tendían a prolongar su formación universitaria, lo cual deprimía un poco el índice de participación en el mercado laboral, como también a posponer el matrimonio, pero esto no incidía negativamente en el mencionado índice (USA; Bureau of Labor Statistics, 1989). Los resultados de Quebec sólo hacen referencia al período posterior a 1975, un período en el que el crecimiento más pronunciado de la participación femenina en el mundo laboral también se registraba en el grupo de edades comprendidas entre los 25 y los 44 años, que aumentó de un 45,8 a un 71,1 %. De forma similar, los porcentajes de francesas por edades representaban en los sesenta el clásico esquema trifásico en el que la mujer interrumpía su trayectoria profesional en la segunda fase (fase familiar). Actualmente, sin embargo, tres cuartas partes del total de mujeres francesas entre los 25 y los 35 años trabajan, un 10 % más que las de edades comprendidas entre los 20 y los 25. Por lo que respecta a España, la participación en todas las edades está muy por debajo

mero de maridos mejor educados y aumentos del de mujeres mejor educadas (Rockwell, 1976: 88; Ziegler, 1985: 90).

de los índices de las otras cuatro sociedades, aunque la de jóvenes crece con rapidez. En 1990, el índice total era del 33 %, pero según el último eurobarómetro (Del Campo, 1991), el 95 % de las españolas desean trabajar fuera de casa.

El modelo trifásico de trayectoria vital femenina está perdiendo también vigencia en Alemania Occidental, aunque si comparamos índices de participación laboral, las madres alemanas con hijos pequeños ocupan indiscutiblemente el último lugar. En 1988, un 68 % de las quebequesas con hijos de menos de 3 años y un 57 % de las estadounidenses estaban ocupadas, y en 1989, hasta el 74 % de las francesas¹⁸. Pero las madres alemanas con hijos de esta edad que buscaban trabajo en 1987 representaban tan sólo un 32 % (Gráfico 13).

Los cónyuges distan de repartirse las faenas domésticas equitativamente en las sociedades comparadas. Existe una tendencia cada vez mayor a creer que dichas faenas deberían efectivamente repartirse equitativamente, y otra orientada a que los maridos jóvenes «echen una mano», sobre todo cuando las esposas poseen un empleo remunerado. Pero la ayuda se limita a tareas muy concretas, normalmente las de más prestigio, como cuidar de los niños. En 1985, el 92 % de los hombres de Alemania Occidental que vivían con mujeres manifestaban no sentirse agotados por el trabajo doméstico y es que no hacían casi nada (Lebert, 1985). Ilustrativos de las diferencias entre teoría y práctica son los resultados de un reciente estudio llevado a cabo en España por el Instituto de la Mujer. Aunque la mayoría de hombres españoles piensan que el hombre y la mujer han de repartirse las tareas domésticas cuando ambos trabajan fuera de casa, en realidad se hacen cargo de una porción menor incluso que los alemanes, cuya actividad representa entre una quinta y una novena parte de la de sus esposas. En Francia, según una encuesta realizada en 1985, cerca del 60 % tanto de hombres como de mujeres opinaban que «las tareas domésticas conciernen a ambos cónyuges». Pero incluso en los grupos que mostraban tan igualitaria mentalidad, el tiempo invertido semanalmente en tareas domésticas ascendía a 16,5 horas en el caso de la mujer y a tan sólo 6,5 en el del hombre. Los hombres que defendían el reparto igualitario trabajaban sólo media hora más en la casa que los que consideraban que las tareas domésticas correspondían a la mujer. En Estados Unidos, los maridos han añadido casi una hora al día de dedicación al hogar entre 1965 y 1985 (y todas las facetas de dicha dedicación se han beneficiado a excepción del cuidado de los niños) y las amas de casa se han desprendido de dos horas en-

¹⁸ Las estadísticas de Francia se refieren a mujeres con un solo hijo. No obstante, el 63,2 % de las mujeres con dos hijos, uno de ellos menor de tres años, tienen empleo.

teras, restadas sobre todo de las faenas domésticas (Grignon, 1985: 10; Gershuny y Robinson, 1988: 542). Las mujeres «modernas» casadas con hombres «modernos» resuelven la contradicción entre las ideas normativas de sus maridos y su conducta real reduciendo su dedicación al hogar, una solución que apoyan probablemente sus maridos. Si el hogar «burgués» estaba basado en creencias y comportamientos que implicaban roles asimétricos y reflejaban un visible esfuerzo familiar por conservar el orden y la pulcritud, puede que los modelos que surgen ahora reconcilien teoría y práctica omitiendo la afirmación simbólica de unión y cooperación que un establecimiento doméstico ordenado representa; en efecto, hemos querido sugerir que esto es lo que ocurre sobre todo en Francia.

Existen diferencias nacionales, de eso no cabe la menor duda. En 1986, la mayoría de los alemanes occidentales encuestados, hombres y mujeres, todavía manifestaban que la mujer podía elegir entre criar hijos o desarrollar una profesión. La elección de cada una de esas alternativas suponía renunciar a la otra (Institut für Demoskopie Allenbach, 1986). En Francia se observan tendencias contrarias. En un sondeo efectuado en 1979, únicamente el 40 % opinaban que las madres con hijos pequeños no debían trabajar. Tres años después, los que manifestaban tal opinión representaban tan sólo un 29 %. Normalmente, las mujeres y los jóvenes demostraron una mentalidad más liberal que los hombres y los encuestados de más edad, y la tendencia general se apartaba del modelo de *femmes au foyer* (la mujer en la cocina). La proporción de estudiantes estadounidenses en último curso de bachillerato que apoyaban la idea tradicional de que «normalmente es mejor para todos» que el esposo traiga el dinero a casa y la esposa «cuide del hogar y la familia» cayó de un 58 % de chicas y un 83 % de chicos en 1976-77 a un 36 y un 68 %, respectivamente, en 1985-86. Pero ello no se tradujo apenas en un aumento de los que abogaban por una mayor simetría de roles —es decir que «si la mujer trabaja, su marido debería participar más en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos» (ya pensaban así el 70 % tanto de chicos como de chicas)— en ese mismo período (Thornton, 1989: 876). En Quebec los maridos dicen estar dedicando más tiempo al hogar porque es su deber, pero no hay pruebas de que su comportamiento haya variado realmente.

El cambio de valor que hemos estado analizando y documentando se refiere a una nueva definición del rol femenino en la sociedad occidental: presencia continua en el mundo laboral durante la crianza de sus hijos; preocupación por su profesión y por su seguridad en el empleo; redistribución de las tareas domésticas entre sus miembros; redefinición de hogar y necesidad de ayuda extrafamiliar para el cuidado de los hijos. Existen otras preocupaciones generales asociadas al hecho de que la mujer sea hoy

un individuo más autónomo y menos dependiente del hombre. El modelo «burgués» de «matrimonio de por vida» está en decadencia y han surgido fórmulas más «volitivas» y provisionales que permiten a la mujer, más «segura de sí misma», programar su fecundidad de otra manera.

CUADRO 3

Primer año de aceleración (o deceleración) sostenida de la media de edad en el primer nacimiento, en el primer casamiento, de la tasa bruta de nupcialidad (decel.) y en los nacimientos fuera del matrimonio^a

Sociedad	Med. Edad 1 ^{er} . nacim. (Graf. 4) (1)	Med. Edad 1 ^{er} . casam. (Graf. 7) (2)	Tasa Bruta nupcialidad (Graf. 6) (3)	Nacimtos. fuera matr. (Graf. 5) (4)	Med. Secuencia cols. temporal 1-4 (5)
Francia	1976	1977	1973 ^c	1977	1976 4
Alemania	1972	1976	1971	1976	1974 3
Quebec	1972 ^b	1975	1974	1972	1973 2
EE.UU.	1973	1975	1973	1968	1972 1
España	1982	1980	1976	1980	1980 5

a) Según inspección visual del gráfico pertinente.

b) Ningún dato anterior a 1971.

c) Otra fuente, *Données sociales*, 1990, p. 277.

El cambio de valor implícito en esta redefinición del rol femenino tuvo la suficiente importancia como para reorientar las tendencias del comportamiento relacionado con la fecundidad en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos entre 1971 y 1976. Lo cierto es que durante este período relativamente corto las mujeres de estos países *empezaron* a posponer la maternidad, renunciando momentáneamente o para siempre al matrimonio, y contemplando la posibilidad de tener a sus hijos sin casarse... opciones todas ellas (dentro del marco social vigente) que inciden directamente en la fecundidad. Nuestra tercera proposición es, por lo tanto, que la redefinición del rol femenino condujo a un «punto de inflexión» con respecto a los factores contextuales que condicionan las pautas de fecundidad y, por consiguiente, la propia fecundidad. En las sociedades que estamos comparando, industriales y ya modernizadas, esto ocurrió alrededor de 1975; en España alrededor de 1980. Llamaremos a esta segunda coyuntura «pos-revolución feminista». Se trata sin duda de lo que Lesthaeghe y Surkin (1988) denominarían «efecto puro de cohorte».

La evidencia que nos respalda aparece en los Gráficos 4 al 7, que documentan cuatro de nuestros indicadores de contexto. En el Cuadro 3 hemos consignado el primer año de una aceleración sostenida de la media de edad en el primer nacimiento (Gráfico 4), de la media de edad en primeras nupcias (Gráfico

7), de los nacimientos fuera del matrimonio (Gráfico 5) y, en el caso de la tasa de nupcialidad (Gráfico 6), el primer año de una deceleración sostenida. La quinta columna muestra el punto medio de inflexión de las cuatro tendencias en cada sociedad. En Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos, los cuatro indicadores cambian de orientación entre 1971 y 1976. España va muy por detrás en todos los indicadores: su punto medio se sitúa en torno a 1980. La secuencia temporal de la Tabla 3, por cierto, corrobora la tesis de que los cambios fueron producto de una difusión cultural procedente de Norteamérica (Calot y Leroy, 1989: XX).

Fecundidad y nivel de reposición

Nuestra siguiente proposición tiene que ver con las circunstancias que permiten que la fecundidad alcance o mantenga el «nivel de reposición» en una sociedad industrial de la «posrevolución feminista». De hecho, de las cuatro sociedades plenamente modernizadas de nuestra comparación, dos lo han conseguido (Francia y Estados Unidos), igual que lo hizo Suecia (Hoem, 1990), y dos no (Alemania Occidental y Quebec). La proposición que hace la número cuatro, consiste en lo siguiente: mantener un nivel de fecundidad cercano al de reposición dados los actuales roles femeninos requiere, o bien una norma decididamente favorable al matrimonio, o un amplio apoyo de los poderes públicos que alivie los inconvenientes que han de afrontar los padres de hoy. Resulta interesante comprobar que, dentro de nuestro universo de cinco sociedades, la estadounidense combina una fecundidad cercana al nivel de reposición con un fuerte predominio del matrimonio y la ausencia de una política pronatalista; mientras que en Francia, donde la fecundidad se aproxima al nivel de reposición, la tasa de nupcialidad es baja, pero se han estado invirtiendo muchos fondos públicos en medidas pronatalistas por espacio de más de un cuarto de siglo. Pasamos ahora a considerar el alcance de tales medidas en forma de apoyo a las familias, después de lo cual reflexionaremos sobre el perfil actual de la norma matrimonial.

En Francia, una política de marcado acento pronatalista hace uso de un sistema complicado y bien desarrollado de asistencia financiera directa e indirecta destinada a las familias con hijos. Esta asistencia varía en función del nivel de renta. Una característica de este sistema es su apoyo cada vez mayor a las familias más numerosas. En este sentido, el régimen fiscal también favorece al modelo de familia tradicional. Como los ingresos del marido y de la mujer siempre cotizan como una unidad, al aplicar imposición progresiva, el ingreso adicional de la mujer empleada cotiza au-

tomáticamente más. La costumbre de declarar los esposos por separado adquiere una nueva dimensión en Francia. La renta imponible se calcula dividiendo los ingresos por el número de familiares: una parte corresponde al marido y la mujer (*cociente conyugal*) y 1/2 parte a cada hijo (*cociente familiar*). Ello significa que los hijos desgravan mucho.

A estos incentivos fiscales se suma un amplio espectro de posibilidades ofrecidas por el sistema educativo francés para el cuidado externo de los niños. Las clases duran todo el día y desde hace más de medio siglo funciona una red nacional de centros preescolares. La *École maternelle*, de asistencia voluntaria y gratuita, abre sus puertas a todos aquellos niños de edades comprendidas entre los tres y los seis años, y a los de dos cuando la capacidad lo permite (Calame y Fiedler, 1982: 45). En 1987, el 35 % de los de dos y el 94 % de los de tres a seis asistían a esta escuela.

Tales condiciones, que permiten a buen seguro compatibilizar la maternidad con el nuevo rol de la mujer, con lo que producen efectos pronatalistas, son relativamente escasas en Alemania Occidental. La familia es la unidad básica de cotización, y la imposición más alta corresponde al cónyuge que se incorpora más tarde al mundo profesional y recibe menos ingresos, que suele ser la esposa. Los hijos están sujetos a exenciones que pueden no cotizar, pero no forman parte de un sistema de reparto tan marcado como el francés.

El panorama actual del cuidado externo de la infancia en Alemania Occidental tiene consecuencias negativas más serias. El mundo entero reconoce sus deficiencias. No obstante, la situación ha mejorado un poco (debido también a que cada vez hay menos niños) en los últimos años. En 1987, sólo un 33 % de los niños de tres años, un 70 % de los de cuatro y un 85 % de los de cinco asistían al *kindergarten*. Sin embargo, la mayor parte de las facilidades ofrecidas en este terreno no se ajustan al horario laboral de los padres que, en su mayoría, matriculan a sus hijos sólo para medio día. Como no existe un sistema de horario escolar continuado, el paso del *kindergarten* al colegio no mejora las condiciones para los padres trabajadores. La uniformidad en la hora de apertura de los *kindergarten* contrasta con la irregular duración de la jornada escolar, que hace prácticamente imposible trabajar siquiera a tiempo parcial sin asistencia de carácter privado. En 1986, el Estado proporcionaba cuidado infantil vespertino tan sólo a un 3,9 % de los niños de edades comprendidas entre los seis y los quince años¹⁹.

¹⁹ Datos todos ellos obtenidos del Statistisches Bundesamt.

Una vez más, Estados Unidos es un caso aparte. Con la aprobación del Impuesto de Recuperación Económica (*Economic Recovery Tax*) en 1981, desapareció la «multa matrimonial», que no era otra cosa que el total de impuestos, moderadamente elevados, que dos trabajadores habían de pagar cuando se casaban. Se respondía así a la demanda de que el principio de «asociación económica de iguales» primara sobre la concepción de matrimonio como «asociación económica en la que ambos socios comparten equitativamente el patrimonio de la pareja». Durante décadas, cada familiar dependiente —hijos, en su mayoría— podía desgravar varios cientos de dólares al año en función de una imposición progresiva, de manera que las familias con más ingresos recibían mayores subsidios por sus hijos. No obstante, poco impacto pronatalista puede imputarse a semejante política.

También en lo tocante a facilidades para el cuidado infantil se observa una rotunda disparidad con Europa. Si comparamos Estados Unidos con otros países industrializados, «llama poderosamente la atención el que no exista nada parecido a una "política nacional": el gobierno federal no hace nada por cubrir, ni siquiera por definir las necesidades de unos ocho millones de niños menores de seis años cuyas madres trabajan»²⁰. El gobierno de Estados Unidos siempre tuvo por costumbre destinar fondos a programas compensatorios de escolarización para niños de colectivos desfavorecidos. El programa que encabeza hoy este tipo de iniciativas es el llamado *Head Start* (benefició a aproximadamente 375.000 escolares en 1983). Por otro lado, la opinión pública estadounidense no ve con buenos ojos que el gobierno se involucre demasiado en programas dirigidos a la infancia, pues ello sugiere alarmantes imágenes de «control estatal de la educación». En consecuencia, el problema del cuidado infantil externo se soluciona en gran medida a través de la iniciativa privada. El sistema no gubernamental incluye centros privados e instituciones no lucrativas, cuidado familiar en hogares de día, atención infantil facilitada por las empresas, guarderías y otros programas de orientación educativa de media jornada o de jornada completa, así como una vasta red informal de asistencia ofrecida por parientes y «canguros». El porcentaje de niños de tres años que asiste a centros preescolares, por ejemplo, aumentó de un insignificante 4,9 % registrado en 1965 a un 28,6 % en 1987, lo que refleja cierto replanteamiento de las preferencias educativas, así

²⁰ Véase Joffe, 1983: 168. Esto se corresponde con la política del gobierno estadounidense, que procura no intervenir directamente en temas de fecundidad. La mayor parte de las iniciativas en este sentido no responden a un deseo de alterar la población o sus parámetros, sino a razones de otra índole, principalmente moral, pues se refieren a asistencia prenatal para madres y a «educación sexual», que incluye información acerca de los anticonceptivos y, desde el avance del SIDA, muestra una firme tendencia a recomendar la abstinencia.

como la existencia de un mercado que al menos responde en cierta medida a la demanda efectiva (U.S. National Center for Educational Statistics: 57).

Un cuidadoso análisis multivariable ha revelado que un importante factor determinante de que la madre trabajadora decida pagar por una ayuda recibida en su casa o en una guardería es su salario semanal (y no el del padre), una consecuencia característica de una política mercantilista en materia de cuidado infantil y un claro síntoma de la diferente incidencia de la clase social sobre las decisiones familiares adoptadas por la mujer (Leibowitz, Waite y Witsberger, 1988: 214). Según estadísticas de 1965, 1974 y 1984 que reflejan el panorama del cuidado externo para niños de seis a 13 años cuyas madres ocupan puestos de dedicación exclusiva, la categoría «cuidado infantil extrafamiliar» arrojaba tan sólo una media del 13 % con variaciones mínimas. Para los europeos resulta asombroso que se pueda confiar el cuidado infantil al sector privado a la vez que se mantiene un elevado índice de empleo femenino, pero ello es sin duda posible gracias a una serie de facilidades tales como las escuelas de horario continuado.

En Quebec, el Estado ha hecho algún esfuerzo por reflotar la natalidad. Los beneficios fiscales concedidos por el gobierno federal a los padres habían disminuido en términos de dólares reales en los últimos años, pero en la actualidad, gracias al efecto combinado y progresivo de la política fiscal a escala estatal y subestatal, los padres con un nivel medio de renta consiguen cubrir casi la cuarta parte de los gastos de sus hijos. Por lo que respecta al cuidado infantil extrafamiliar, la situación es tan compleja como la de sus vecinos estadounidenses. Coexisten centros privados, centros de día subvencionados y no lucrativos, centros de día lucrativos, ayuda escolar diurna, «escuelas dormitorio» y guarderías. Los centros de día han existido desde principios de los setenta, y en la actualidad acogen aproximadamente a 90.000 niños desde su nacimiento hasta el final del ciclo elemental. Sin embargo, la demanda supera también en Quebec los servicios ofrecidos: en el grupo de edades entre cero y cinco años sólo se cubren las necesidades en un 56 % y en el de seis a once sólo en un 19 % (Policy Statement on Day Care Services, Quebec: 1988). Tales facilidades —como en Francia y Estados Unidos, pero en contraste con Alemania Occidental— se dirigen fundamentalmente a servicios de día completo. Sin embargo, este déficit de facilidades no evita que un alto porcentaje de mujeres desarrollen una profesión. En 1990, en consonancia con la gradual aplicación de una política más natalista, Quebec ofreció a los padres una bonificación de 6.000 dólares canadienses por su tercer hijo.

La situación española vuelve a ser muy diferente. Hasta 1985, la familia entera se consideraba como unidad fiscal, pero los tribu-

nales han rechazado esta norma desde entonces. Hoy las esposas pueden declarar por separado. Sin embargo, sigue sin haber deducciones por guarderías, por ayuda doméstica, vivienda, etc. En 1967, las ayudas económicas familiares ascendían al 6,13 % del salario mínimo, proporción que en 1985 había caído hasta el 0,62 %. En 1967, la parte destinada a ayudas familiares representaba aproximadamente un 25 % del presupuesto general del Estado para ayuda social, mientras que en 1986 no superaba el 1 %. Si comparamos el caso español con el del resto de la Comunidad Europea en 1986, una madre española tenía que mantener nada menos que a 17 hijos para recibir la misma ayuda que una británica por 1 hijo (y para recibir lo mismo que una belga por diez hijos, una española tendría que tener a su cargo la friolera de 675). En conjunto, la política pronatalista de antaño ha dejado paso a otra de lucha contra la pobreza cuyo objetivo es reducir las desigualdades verticales en cuanto a renta, más que las horizontales ligadas a la descendencia.

De hecho, para la opinión pública española —y en esto se distingue de la del resto de las sociedades estudiadas— los hijos suponen tanto un problema financiero como una amenaza contra el estilo de vida individual: el 87 % de los entrevistados manifestaron que la crisis económica obligaba a las familias a tener menos hijos o a posponerlos, mientras que un 67 % juzgaban como única alternativa la ausencia absoluta de descendencia. De la misma muestra, el 93 % opinaban que el gobierno debía proporcionar jardines de infancia y el 66 % pensaban que la ley debía permitir que uno de los progenitores se quedara en casa con sus hijos, mientras que un 34 % atribuían todavía al Estado el deber de controlar el uso de anticonceptivos²¹.

En nuestra cuarta proposición adelantábamos que para conseguir que la fecundidad se aproximara al nivel de reposición era necesario o bien un fuerte apoyo público a los padres o un predominio del matrimonio. Una vez considerado el alcance del apoyo público pasamos a comentar el perfil matrimonial de nuestras cinco sociedades.

En España, Quebec y Alemania Occidental —sociedades cuya fecundidad no se acerca al nivel de reposición— la memoria femenina colectiva todavía asocia tanto el matrimonio como la maternidad con un alto grado de rigidez impuesta por la sociedad. La propaganda nazi adjudicaba a la mujer el inapelable cometido de parir soldados. En los años cincuenta, con la recuperación del modelo de familia nuclear, ésta pasó a ser considerada como una garantía de paz y felicidad. Ambos modelos, el de la preguerra y

²¹ *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 44, octubre-diciembre 1988.

el de la posguerra, apenas dejaban resquicio a la mujer para programar su vida al margen del matrimonio y los hijos. En España y en Quebec, además, la herencia cultural otorgaba a la sociedad el privilegio de decidir el destino de la mujer. Hasta 1968 en Quebec y hasta 1975 en España el divorcio —en consonancia con el dogma católico de indisolubilidad del matrimonio— era prácticamente inviable. Como dijimos anteriormente, las facilidades para el cuidado infantil extrafamiliar no alcanzaron cotas dignas de mención hasta hace unos años. Tanto la creación como el mantenimiento de un establecimiento doméstico de tipo tradicional —matrimonio e hijos— representa para la mujer quebequesa, española y alemana occidental una institución fundada sobre una tradición de presión y represión social incompatible con sus aspiraciones presentes.

En Estados Unidos encontramos que la actitud con respecto al matrimonio y la familia ha variado notablemente en el transcurso del presente siglo. Uno se casa antes y con más frecuencia. Como apuntábamos anteriormente, la tasa matrimonial de Estados Unidos casi dobla a la de Alemania Occidental, Francia y Quebec. Por si esto fuera poco, el divorcio en aquel país está más integrado en la institución matrimonial que en los demás países, ya que se supera antes mediante nuevas nupcias. Si bien los hijos —debido, en parte, a que el gobierno no coordina la asistencia infantil— pueden todavía coartar un poco la libertad de la mujer para planear su vida, el matrimonio se considera como un freno menor.

Francia parece representar el caso contrario. Posiblemente la menor virulencia del movimiento feminista francés —debido sin duda a que el gobierno asumió e institucionalizó sus demandas muy pronto— ha permitido que determinadas formas de concebir los roles sexuales prevalezcan en diversas esferas cotidianas con más fuerza que en el resto de sociedades estudiadas. Por añadidura, existe toda una infraestructura (descrita anteriormente) que pone remedio al problema del cuidado infantil extrafamiliar, con lo que desaparecen muchos aspectos restrictivos de la maternidad.

Distinción entre corto, medio y largo plazo

Llegamos con esto a una última proposición, la quinta, de carácter más metodológico, inspirada en nuestro análisis empírico comparativo. Consiste en lo siguiente: si queremos que avance nuestra comprensión de la fecundidad, hemos de distinguir entre tendencias a corto, medio y largo plazo. Si no separamos los simultáneos impactos de tendencias que operan a corto (una década como máximo), medio (desde una década a cuarto de siglo) y largo plazo (más de cuarto de siglo) no podremos detectar tendencias

que de lo contrario serían interpretadas como cambios inexplicables. Naturalmente, tal razonamiento parte de la suposición de que los tres tipos de tendencias existen realmente. Consideremos los datos relativos a la fecundidad de nuestras cinco sociedades con esta premisa en mente.

La mayoría de los demógrafos coincidirían en admitir que la tendencia a largo plazo o secular del mundo industrializado ha sido la transición de una fecundidad alta (cuatro a seis hijos) a una baja (no más de dos o tres) y que dicha tendencia surgió en el mundo europeizado (con algunas excepciones²²) en el último cuarto del siglo XIX, es decir, hace más de cien años (Chenais, 1986). De nuestras cinco sociedades, tres (Francia, Alemania Occidental y Estados Unidos) culminaron la transición antes de la segunda guerra mundial; Quebec, por su parte, se les unió un poco después y, más tarde aún, España. Las causas de esta tendencia, llamada transición demográfica, se han asociado con la industrialización, la urbanización y el desarrollo de la economía. El período al que se ciñe nuestro estudio, el que va de 1960 a 1990, es a la vez demasiado corto y demasiado reciente como para observar esta tendencia secular o cualquier posible cambio de dirección que señale la aparición de una nueva tendencia de largo recorrido.

En efecto, el período sometido aquí a observación, aunque pueda estar inmerso en otra tendencia más prolongada que haya de ser identificada y caracterizada con una mayor perspectiva²³, se presta más al rastreo de tendencias a medio plazo en sociedades occidentales industriales y urbanas, lo que hemos denominado, conforme a los propósitos de esta exposición, sociedades «modernizadas». Nosotros sugerimos que es posible distinguir dos tendencias de este tipo inmediatamente después del período marcado por la tendencia del *baby boom*, que abarca desde finales de los años cuarenta hasta principios de los sesenta.

La primera es el *baby bust* o «colapso de la fecundidad», cuya vigencia comenzó entre mediados y finales de la década de los sesenta. Es visible en todas las sociedades salvo en la española, donde empezó diez años más tarde. La segunda corresponde al período de la «posrevolución feminista», en el cual se operó la transformación del comportamiento de la fecundidad hacia for-

²² Francia es, claro está, la gran excepción: en ella la transición comenzó en el siglo XVIII.

²³ Quizá se trate de una transición de fecundidad baja a «fecundidad inferior a la reposición», como auguraron muchos comentaristas a comienzos de siglo, por ejemplo Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*, 1918), refiriéndose al destino de las sociedades muy urbanizadas. O quizá se enfrenten a la fase expansiva de un nuevo ciclo «Kondratieff» con efecto Easterlin: mayor fecundidad de una generación que se habrá beneficiado de su propia escasez relativa.

mas hasta entonces desconocidas. Esta segunda tendencia apareció a mediados de los setenta, a excepción de España, donde se manifestó a comienzos de los ochenta. La primera de las dos duró unos quince años y la segunda lleva con nosotros casi el mismo tiempo.

Con respecto a la existencia, generalidad y causas de estas dos tendencias de fecundidad a medio plazo, tenemos un limitado número de observaciones que hacer aquí en el contexto de nuestro análisis comparativo. Lo primero que nos llama la atención es el hecho de que estas dos tendencias, sobre todo la segunda, se hayan dejado sentir —como lo hizo el inesperado *baby boom*— en cuatro sociedades (Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos) casi a la vez. Se trata ciertamente del resultado de las dos coyunturas comunes que distinguimos en nuestra descripción preliminar de la evolución de la fecundidad en estas cinco sociedades modernizadas. La inevitable conclusión es que existen circunstancias materiales y cambios de valor que operan en estas sociedades como si constituyeran un sistema único. La quinta sociedad, la española, que en aquel momento aún no se había modernizado plenamente, está experimentando ahora —o eso parece— las mismas tendencias, a medida que su tejido social, como sucediera en Quebec, se equipara al del mundo modernizado.

Dicho esto —que las cinco sociedades pertenecen a un sistema más amplio— queda por averiguar cómo es posible que unos cambios tan significativos en algo tan fundamental como el comportamiento de la fecundidad se sucedan con tanta rapidez en cuatro sociedades diferentes. No nos vemos en condiciones de dar una respuesta, pero vamos a considerar por separado las posibles causas de las dos tendencias en cuestión, empezando por los acontecimientos más cercanos al comportamiento de la fecundidad en lo que es obviamente una cadena causal compleja²⁴. En el caso del *baby bust* de los sesenta, es indudable que la celeridad de la transición se debió en gran parte a un factor tecnológico: la posibilidad de impedir eficazmente la concepción. Nos estamos refiriendo concretamente a la píldora. Su rápida y extensa difusión en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos constituye un testimonio elocuente de la capacidad de penetración de los medios de comunicación y la distribución de los productos en las modernas economías de mercado. Obviamente, estas sociedades abrieron sus puertas a la nueva tecnología porque compartían un mismo sistema de valores²⁵.

²⁴ El análisis de Lesthaeghe y Surkyn (1988) trata de abarcar toda la cadena con la incorporación, por ejemplo, de los modelos de Becker y Wasterlin.

²⁵ Recordemos que tanto Lesthaeghe como Caldwell consideran que la difusión cultural a través de la escuela y los medios de comunicación tiene mucho que ver con el descenso de la fecundidad.

Por lo que se refiere a la segunda tendencia, la de la «posrevolución feminista», nuestros datos comparativos atestiguan una veloz sucesión de causas inmediatas, país por país: retraso de la primera concepción, retraso del matrimonio, renuncia al matrimonio y a la maternidad al margen del mismo (cf. Cuadro 3). La sucesión en cadena de los puntos de inflexión de estos cuatro indicadores operativos del comportamiento de la fecundidad permite suponer que la revolución feminista de los roles sexuales barrió el mundo modernizado casi simultáneamente. Todo una cohorte de mujeres de dicho mundo —ni siquiera una generación— protagonizaron la misma revolución casi a la vez, una cohorte que a mediados de los setenta traspasaba la veintena, es decir, mujeres nacidas a mediados de los cincuenta. Siguiendo los pasos de Lesthaeghe y Surkyn (1988) en su análisis de la dinámica cultural del cambio de la fecundidad en la posguerra, sugerimos que se trata de la siguiente discontinuidad pura de cohorte, posterior a la posmaterialista del *baby-bust* (protagonizada por los nacidos entre 1946 y 1955). El que un cambio cultural tan profundo adquiriera tal velocidad y difusión dentro y fuera de cada sociedad resulta sorprendente. Seguro que en otro contexto no habría prendido de la misma manera: el mundo modernizado permitió su rauda propagación y quedó marcado por ella.

Un elemento tranquilizador de la comprobación científica de estas tendencias a medio plazo en las sociedades modernizadas es que probablemente podemos predecir la trayectoria que seguirá el comportamiento de la fecundidad en sociedades recientemente modernizadas. Así, por ejemplo, es casi seguro que los cambios de comportamiento de la fecundidad asociados a la posrevolución feminista, que en España se dejaron sentir a principios de los ochenta, contraerán aún más la tasa de fecundidad de aquel país como sucedió en Quebec; y que Grecia, donde esos mismos cambios se produjeron a finales de los ochenta, presenciará cómo su TTF, que ya es bastante baja (1,52 en 1989), seguirá descendiendo por espacio de una década como mínimo.

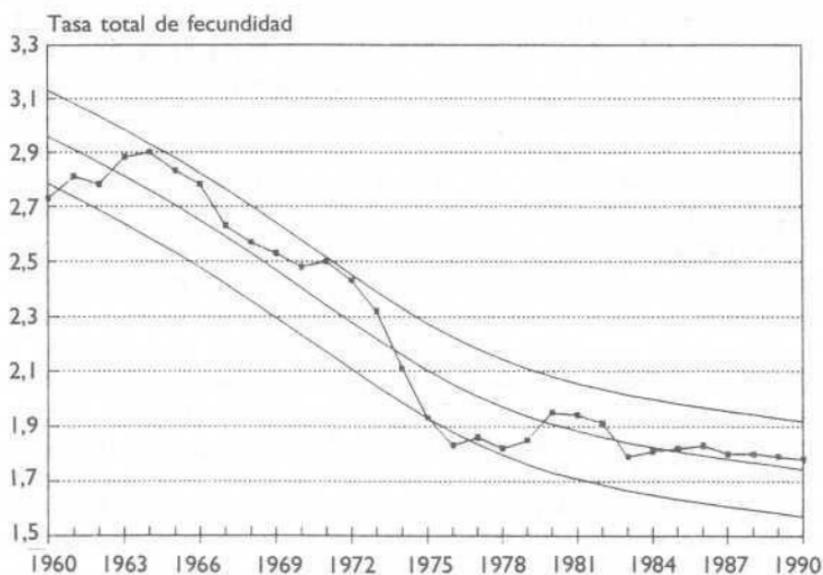
¿Y qué hay de las tendencias a corto plazo? Se harán visibles en el patrón de variaciones anuales si prevalecen tras extraer el efecto de las tendencias a medio y largo plazo. De hecho existen multitud de textos²⁶ —olvidados por los demógrafos y sociólogos pero de sobra conocidos por los economistas— que documentan la existencia en el mundo industrializado de un ciclo de fecundidad a corto plazo correlacionado con el ciclo económico durante el pasado siglo (Lodh, 1982). En el caso de Quebec, se han extraído de tendencias a medio y largo plazo para demostrar la existencia de tendencias a corto plazo relacionadas con el ciclo económico (Cald-

²⁶ Véase, por ejemplo, Dudley Kirk (1960).

well y Czarnocki, 1977; Caldwell, Fréchet y Thibeault, 1992)²⁷. Cuando se «destendencializa» la documentación francesa, lo que queda es un patrón cíclico que refleja sin duda el ciclo económico²⁸ (Gráficos 15 y 16). Si uno consulta el Gráfico 16 advertirá que los momentos de depresión a corto plazo de la fecundidad coinciden con las recesiones de 1961-62, 1973-75 y 1981-82, por no hablar de las graves «contracciones» de 1965 y 1967²⁹.

Los interesados por la correlación entre el ciclo económico y la variación de la fecundidad a corto plazo habrán de tener en cuenta que en la posguerra mundial tanto como las tres cuartas partes de la variación vinieron determinadas por el ciclo económico (Kirk, 1960). Resulta interesante, que esta relación desde que se demostró adecuadamente —en el Reino Unido a finales del siglo pasado (Yule, 1906)— ha ganado cada vez más importancia. La interpretación que se ha sugerido es que se trata de una manifestación de la progresiva penetración de la capacidad de decisión individual en un ámbito condicionado una vez más por las normas asociadas con la creación de la familia, sobre todo por las que regulan la conexión entre matrimonio y maternidad (Galbraith y Thomas, 1941).

GRAFICO 15 Ajuste óptimo de tendencia, tasa de fecundidad Francia, 1960-90

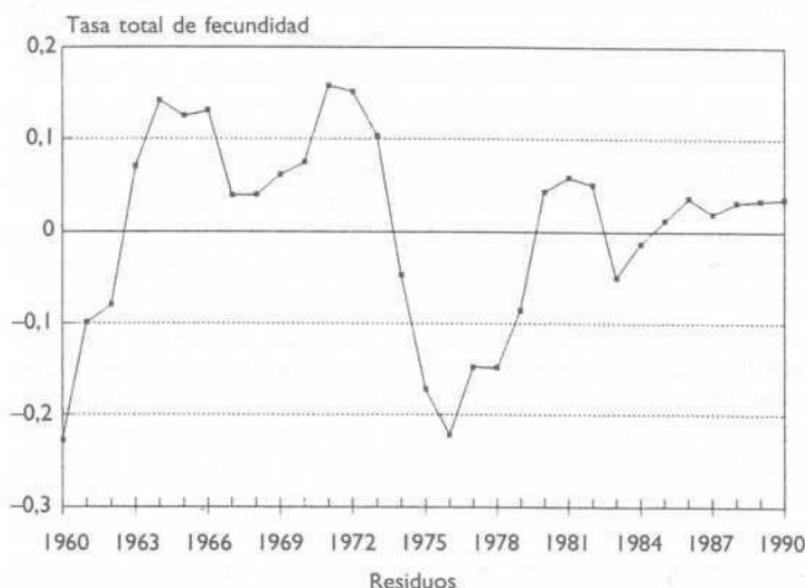


²⁷ Usando destendencialización cuadrática de datos logarítmicos.

²⁸ En el caso de los datos franceses, hemos usado el método Hodrick-Prescott como técnica correctora para simular una tendencia a largo plazo.

²⁹ Estas son al menos las fechas de las recesiones y contracciones experimentadas por Canadá después de 1960.

GRAFICO 16
Variación a corto plazo de la TTF
Francia, 1960-90



Fuente: Datos de Francia en la tabla 1 y técnica correctora de Hodrick-Prescott, $\lambda = 400$.

En resumidas cuentas, ¿qué podemos deducir del análisis comparativo precedente, aplicado a un universo de cinco sociedades modernizadas (o en vías de modernización), partiendo de las cinco proposiciones específicas que hemos expuesto en el transcurso de nuestro trabajo? Se nos ocurre que una posible hipótesis podría ser que, a pesar de la convergencia de los niveles de fecundidad en las sociedades occidentales, existen, de momento, dos *plateaus* diferenciados: uno cercano al nivel de reposición, situado en el 1,8 de TTF, y otro de no reposición en las proximidades del 1,4. Además, aunque todas las sociedades modernas están expuestas a las mismas tendencias a largo, medio e incluso corto plazo, las peculiaridades culturales y de política social marcan diferencias notables; y una crucial es que estas influencias endógenas determinan el que una sociedad se sitúe en uno u otro *plateau* de fecundidad. Por poner un ejemplo, el fuerte predominio del matrimonio en Estados Unidos y la política pronatalista francesa, de larga tradición, parecen tener que ver con el hecho de que ambas sociedades muestren niveles de fecundidad cercanos al de reposición. Suecia, donde los esfuerzos por elevar la fecundidad han dado su fruto, es hoy sin duda un caso similar (Hoem, 1990).

Independientemente de este panorama, las tendencias a medio plazo varían en función del propio proceso de modernización,

con lo que los puntos de inflexión son necesariamente simultáneos. Las fases no dependen de una mera secuencia, sino de cuándo y a qué velocidad se produce la modernización. La modernización tardía es necesariamente acelerada, y la modernización acelerada tiene efectos perturbadores sobre el comportamiento relacionado con la fecundidad. De nuestras tres sociedades cuya fecundidad no alcanza el nivel de reposición, dos, la canadiense y la española, han experimentado una modernización tardía y acelerada. Por lo que respecta a Alemania Occidental, sospechamos que el hecho de que haya caído al *plateau* de no reposición es una consecuencia de las distorsiones del proceso de modernización provocadas por la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial, hace tan sólo una generación y media.

Para finalizar, en la evolución de los cuatro indicadores contextuales de la fecundidad (media de edad en el primer nacimiento, media de edad en primeras nupcias, tasa de nupcialidad y proporción de nacimientos fuera del matrimonio), cuyo punto de inflexión señaló la coyuntura de la posrevolución feminista (1971-75), nada parece indicar una inversión de la actual tendencia de la fecundidad a situarse por debajo del nivel de reposición. En efecto, ninguno de los estudiosos de la fecundidad que suscriben la influencia de los procesos de modernización o secularización sobre la fecundidad aludidos en este análisis —John Caldwell (1982), Kingsley Davis (1984), Ron Lesthaeghe y Johan Surkyn (1988) y Larry Bumpass (1990)— ven razón alguna que pueda detener la actual tendencia descendente a largo plazo. Por lo que respecta a los autores de este análisis, nos contentaremos con señalar que estamos a la espera de una reorientación a medio plazo, y que dicha reorientación será ascendente, no descendente³⁰... pero el medio plazo no es el largo plazo³¹.

Bibliografía

Bumpass, Larry L.: «What's Happening to the Family? Interactions Between Demographic and Institutional Change», *Demography*, 27, 1990, 4: 483-498.

Calame, Andre y Maria Fiedler: *Massnahmen zugunsten einer besseren Vereinbarkeit von Familie und Beruf*, Discussion paper des Wissenschaftszentrum Berlin, 1982.

³⁰ Cuando se escribió la primera versión de este artículo, a lo largo de 1990, el aumento que registraba la fecundidad en el mundo occidental no resultaba evidente en absoluto.

³¹ Y nos afirmamos en nuestra postura de que el presente ascenso de la fecundidad no es necesariamente una tendencia a largo plazo, sino a medio.

Caldwell, Gary y Bogdan Czarnocki: «Un rattrapage raté. II. La variation à court terme», *Recherches sociographiques*, 18, 1977, 3: 367-396.

Caldwell, John C.: *Theory of Fertility Decline*, Londres: Academic Press, 1982.

Caldwell, Gary, Guy Fréchet y Norman Thibeault: «Les déterminants de l'évolution récente de la fécondité au Québec», Québec, Institut québécois de recherche sur la culture: 71, 1992.

Calot, Grand J. y D. Leroy: *La population de la France. Séminaires*, Groupe n.º 1: Politique de l'enfance et de la natalité, Paris: ENA, 1989.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell y Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Carlinger, Geoffrey, et al.: «Female Labour Supply and Fertility in Canada», *The Canadian Journal of Economics*, XIII, 1980, 1: 46-64.

Castelain-Meunier, Christine y Jeanne Fagnani: «Deux ou trois enfants: les nouveaux arbitrages des femmes», *Revue française des affaires sociales*, 42, 1988, 1: 45-66.

Chalvon-Demersay, Sabine: *Concubins, concubines*. Paris: Les éditions du Seuil, 1983.

Chesnais, Jean-Claude: *La transition démographique*. Paris: Institut national d'études démographiques, Presses universitaires de France, 1986.

Davis, Kingsley: «Wives and Work: Consequences of the sex role evolution», *Population and Development Review*, 10, 1984, 3: 397-417.

Del Campo, Salustiano: *La nueva familia española*. Madrid: Eudema, 1991.

Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean-Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in France, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Galbraith, V. L. y D. S. Thomas: «Birth Rates and the Interwar Business Cycles», *Journal of the American Statistical Association*, 36, 1941, 216: 465-477.

Gershuny, Jonathan y John P. Robinson: «Historical Changes in the Household Division of Labor», *Demography*, 1988, 25: 537-552.

Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr y Barbara Wörndl: *Recent Social Trends in West Ger-*

- many, 1960-1990. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Glenn, Norval D. y Charles N. Weaver:** «The Changing Relationship of Marital Status to Reported Happiness», *Journal of Marriage and the Family*, 1988, 50: 317-327.
- Grignon, Michel:** «Famille: l'écume des changements n'ébranle pas l'édifice», *CREDOC Consommation*, 1985-86, 3.
- Henripin, Jacques, Paul-Marie Huot, Evelyne Lapierre-Adamcyk y Nicole Marcil-Gratton:** *Les Enfants qu'on n'a plus au Québec*. Montréal: Presses de l'Université de Montréal, 1981.
- Hodrick, R. J. y Prescott:** «Post-war U.S. Business Cycles: An Empirical Investigation». Documento de trabajo n.º 451, revisado, Carnegie-Mellon, Pittsburgh: University, 1980.
- Hoem, Jan M.:** «Social Policy and Recent Fertility Change», *Population and Development Review*, 1990, 16,4.
- Höpflinger, François:** *Wandel der Familienbildung in Westeuropa*, Frankfurt, 1987.
- INNER:** *Los hombres españoles*, Madrid: Instituto de la Mujer, 1988.
- Institut für Demoskopie Allensbach, ed.,** [allensbacher berichte] Nr. 13, 1986.
- Joffe, Carole:** «Why the The United States Has No Child-Care Policy?», Irene Diamond, ed., *Families, Politics and Public Policy*: 168-182, Nueva York: Longman, 1983.
- Kirk, Dudley:** «The Influence of Business Cycles on Marriage and Birth Rate», *Demographic and Economic Change in Developed Countries*: 241-260, Princeton: Princeton University Press, 1960.
- Klages, Helmut:** *Wertorientierungen im Wandel*, Frankfurt, 1984.
- Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier y Jean-Pierre Simard:** *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*, Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Lebert, Ursula:** «Der Mann», *Brigitte*: 21-24, 1985.
- Leibowitz, Arleen, Linda J. Waite y Christina Witsberger:** «Child Care for Preschoolers: Differences by Child's Age», *Demography*, 25, 1988, 2: 205-220.
- Lesthaeghe, R. y Johan Surkyn:** «Cultural Dynamics and Economic Theories of Fertility Change», *Population and Development Review*, 1988, 14, 1.

- Lodh, Françoise:** «Explaining Fertility Decline in the West (with special reference to Canada): A Critique of Research Results from The Social Sciences», *The Vanier Institute of the Family*, Ottawa, 1987.
- Modell, John:** *Into One's Own. From Youth to Adulthood in the United States, 1920-1975*, Berkeley: University of Berkeley Press, 1989.
- Nave-Herz, Rosemarie, ed.:** *Wandel und Kontinuität der Familie in der Bundesrepublik Deutschland*, Stuttgart, 1988.
- Piel, Edgar:** *Im Geflecht der kleinen Netze. Vom deutschen Ruckzug ins Private*, Zurich, 1987.
- Policy Statement on Day-Care Services: A Better Balance**, Orientation paper, Quebec, 1988.
- Popenoe, David:** *Disturbing the Nest: Family Change and Decline in Modern Societies*, Nueva York: Aldene de Gruyter, 1988.
- Popenoe, David:** *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 44, octubre-diciembre, 1988.
- Rochon, Madeleine:** «La vie reproductive des femmes aujourd'hui. Le cas du Québec», *Cahiers québécois de démographie*, 1989, 18, 1: 15-61.
- Rockwell, Richard C.:** «Historical Trends and Variations in Educational Homogamy», *Journal of Marriage and the Family*, 1976, 38: 83-96.
- Schumacher, Jürgen:** «Leistungsniveau und Leistungsbereitschaft in der Familie», Hondrich y Schumacher, eds., *Krise der Leistungsgesellschaft*, Opladen, 1988.
- Simon, Rita y Jean M. Landis:** «Women's and Men's Attitudes About A Woman's Place and Role», *The Public Opinion Quarterly*, 53, 1989, 2: 265-276.
- Stoetzel, Jean:** *Les valeurs du temps présent: Une enquête européenne*, París: Presses Universitaires de France, 1983.
- Thornton, Arland:** «Changing Attitudes Toward Family Issues in the United States», *Journal of Marriage and the Family*, 1989, 51: 873-893.
- Toharia, José Juan:** *Cambios recientes en la sociedad española*, Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1989.
- U.S. Bureau of Labor Statistics:** *Handbook of Labor Statistics*, Boletín n.º 2340, 1989, Washington.
- U.S. National Center for Educational Statistics:** *Digest of Educational Statistics*, 1989, Washington.
- Veroff, Joseph, Elizabeth Douvan y Richard A. Kulka:** *The Inner American, a Self-Portrait from 1957 to 1976*, Nueva York, 1981.

Yule, G. U.: «On the Changes in the Marriage and Birth-Rates in England and Wales During the Past Half Century; with an Inquiry as to Their Probable Causes», *Journal of the Royal Statistical Society*, 1906, 69.

Ziegler, Rolf: «Bildungsexpansion und Partnerwahl», Stefan Hradil, ed., *Sozialstruktur im Umbruch*, 1985, Opladen.

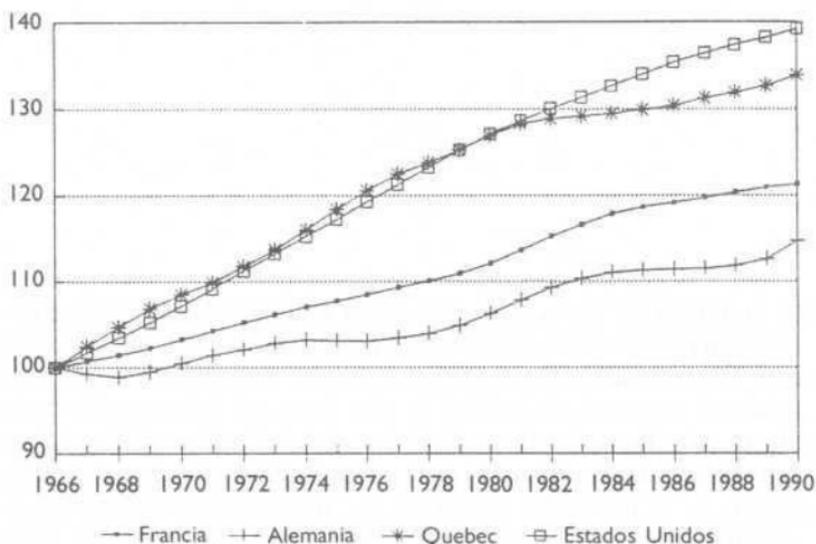
**4. EVOLUCION DEL EMPLEO
Y DEL MERCADO LABORAL:
HACIA DOS MODELOS
DE CRECIMIENTO**

Heinz-Herbert Noll
Simon Langlois

La composición de la población activa en las sociedades industriales desarrolladas ha registrado muchos cambios. Tales cambios han sido la consecuencia, por un lado, de una transformación estructural del mercado de trabajo y, por otro, de la evolución de la oferta y la demanda de empleo. La modernización e informatización de las empresas han conllevado la destrucción de puestos de trabajo y la jubilación anticipada de trabajadores veteranos. La terciarización de la economía y en particular el incremento de la oferta de empleo en el sector servicios, permitió a las mujeres y a los jóvenes acceder al trabajo remunerado fuera del hogar. Pero estos cambios en la composición de la población activa se han visto cada vez más condicionados por cambios sociales observables fuera del mercado laboral. Así, la oferta de empleo acusó la notable incidencia de cambios demográficos tales como el envejecimiento de la población o las migraciones y el efecto de cambios sociales y culturales entre los que destaca el nuevo rol de la mujer, cuya presencia en el mercado de trabajo ha aumentado en todas partes. El descenso de la fecundidad, la elevación del nivel educativo individual, la prolongación de la esperanza de vida por el avance de la medicina o la proliferación de los divorcios, por citar sólo algunos ejemplos, han repercutido decisivamente en la estructura y composición de la población activa. Como son numerosos y diversos, los factores que afectan a la composición del mundo laboral pueden combinarse de formas diferentes.

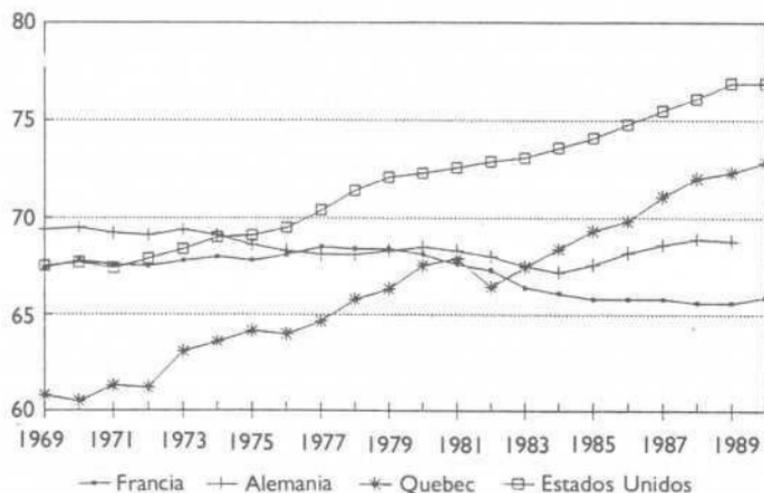
Incluso sociedades tan modernizadas como las que exploramos aquí, que gozan de un nivel similar de desarrollo social y económico, exhiben considerables diferencias estructurales. ¿Por qué la edad media de jubilación es más baja en Francia que en el resto? ¿Por qué la tasa de actividad femenina es más alta en Estados Unidos? ¿Por qué se ha elevado dicha tasa con mayor rapidez en Quebec? ¿Por qué el sector servicios es menor en Alemania? Para dar respuesta a estos interrogantes hay que analizar sistemáticamente las transformaciones sociales y económicas de las sociedades en cuestión, sobre todo sus interrelaciones, que adquieren

GRAFICO 1
Crecimiento del total de población entre los 15
y los 64 años (1966=100)
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90



FUENTES: OCDE, 1992; Statistics Canada, cat. nos. 91-512, 91-210 y 71-001.

GRAFICO 2
Tasas de actividad laboral de la población entre los 15
y los 64 años
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90



FUENTES: OCDE, 1992; Statistics Canada, cat. nos. 91-512, 91-210, 71-001 y 71-529

formas distintas en cada una de ellas. Tal es el enfoque que adoptamos aquí. Empezaremos por mostrar la evolución de la población en su conjunto, las tendencias que caracterizan la actividad laboral y la evolución del empleo total. En otras palabras, lo primero que haremos será estudiar la oferta y la demanda de empleo. A continuación identificaremos las tendencias a la participación en el mercado laboral según edades y sexos, ya que pueden observarse variaciones significativas tanto a ambos extremos de la etapa laboral como en la población femenina y la evolución tampoco ha sido idéntica en las cuatro sociedades. A ello le seguirá un análisis de la evolución estructural del mercado laboral. Examinaremos la supuesta destrucción de empleo en la industria pesada, así como también el incremento de los servicios, aunque cada vez cuesta más distinguirlos de los bienes de consumo. ¿Trabajan hombres y mujeres en los mismos sectores? ¿Es la calidad de sus respectivas colocaciones diferente? Estudiaremos los tipos de empleo y la precariedad como síntomas de que el mercado laboral ha modificado su rumbo. Por último, nos fijaremos en el alcance y en la estructura del desempleo en las cuatro sociedades, considerándolos como un grave problema laboral de las dos últimas décadas. Saltará a la vista que algunas tendencias diferencian a las cuatro sociedades en varios aspectos y que otras cambian al menos a distinto ritmo. ¿Existe pues una convergencia o una divergencia entre las cuatro sociedades industrializadas? La respuesta a esta pregunta pondrá fin al análisis.

Tendencias del empleo y de la actividad ocupacional

Dos factores afectan a la evolución de la demanda de empleo en cualquier sociedad: el crecimiento de la población en edad de trabajar¹ y el progreso de la participación en el mercado de trabajo. Vamos a analizar el desarrollo de estos dos factores antes de ocuparnos de los cambios que han afectado a la oferta de empleo.

Entre 1966 y 1990, el crecimiento de la población en edad de trabajar fue mayor en Norteamérica que en Europa: un 39 % en Estados Unidos y un 34 % en Quebec, frente al 21 % de Francia y el 15 % de Alemania Occidental (Gráfico 1). Paralelo al crecimiento de la población norteamericana fue el incremento de la demanda de empleo, sobre todo de mujeres y jóvenes. En general, la tasa de actividad laboral fue muy uniforme a finales de la década de los sesenta, momento en el que alcanzaba casi el 65 %

¹ Ateniéndonos a las categorías de la OCDE, entendemos por población en edad de trabajar la que se halla entre los 15 y los 64 años.

en las cuatro sociedades. Este porcentaje disminuyó ligeramente en Francia y Alemania y aumentó en Estados Unidos y en Quebec a finales de los ochenta. En un intervalo de veinte años se produjo un desfase de unos 10 puntos porcentuales entre los dos grupos de países (Gráfico 2). El análisis de estos datos revela una diferencia importante entre Norteamérica y Europa: en Norteamérica es mayor la proporción de individuos en edad de trabajar integrados en la masa laboral. Para simplificar, puede decirse que los norteamericanos trabajan más que los europeos.

Este desarrollo divergente se revela aún más claramente cuando examinamos la oferta de empleo. Abarcando con la mirada el período 1966-1990, el número de colocaciones aumentó muy ligeramente en Alemania Occidental, tanto como un 6 % del total en 24 años e incluso experimentó un crecimiento negativo entre 1974 y 1976 y entre 1980 y 1983 (Gráfico 3). El número de puestos de trabajo volvió a crecer gradualmente en 1984 y este crecimiento se aceleró considerablemente en la segunda mitad de la década. En 1990 Alemania batió su record en materia de empleo.

El aumento del número total de colocaciones tampoco fue reseñable en Francia: un 10 % en todo el período estudiado. Sin embargo, dicho aumento se detuvo a mediados de los setenta y lo cierto es que el número de puestos de trabajo prácticamente se ha estancado desde entonces. En los dos países europeos, por tanto, el empleo ha crecido bastante menos que la población en edad de trabajar. En Norteamérica la situación es distinta. Allí el número de colocaciones aumentó a más velocidad que la población en edad de trabajar y se creó mucho más empleo que en Europa. En 1990, la tasa de actividad, calculada sobre la base de 1966 igual 100, alcanzó un nivel mucho más alto en Estados Unidos (160) y en Quebec (151) que en Francia (110) y en Alemania (106), donde apenas superó el nivel anterior.

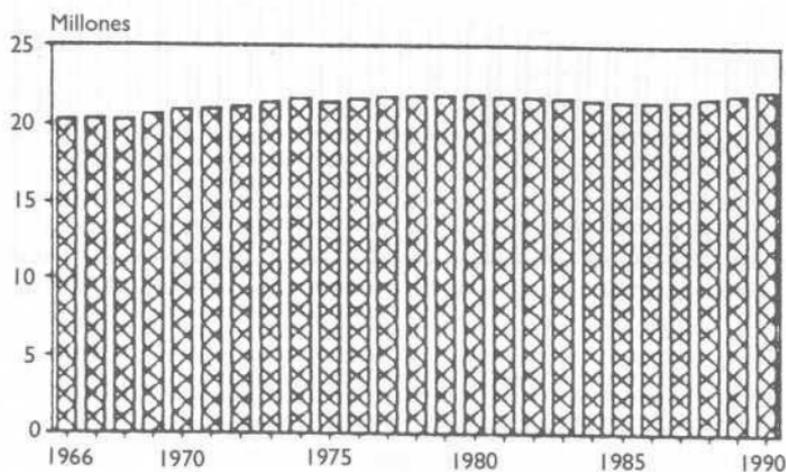
Resumiendo, Norteamérica generó mucho empleo, no así Europa, en primer lugar porque la población en edad de trabajar creció allí más rápidamente, pero también porque la tasa de actividad y la oferta de empleo fueron superiores.

Participación en el mercado laboral

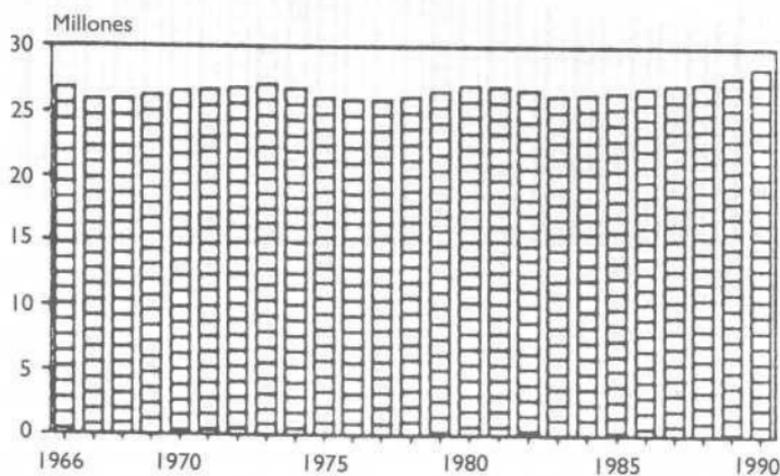
La participación de hombres y mujeres en el mercado de trabajo ha seguido pautas opuestas en las dos últimas décadas. En todas partes se aprecia un descenso de la tasa de actividad masculina y un aumento de la femenina (Gráfico 4). El desfase entre ambas se ha estrechado considerablemente, siendo menor en Quebec y aún muy pronunciado en Alemania.

GRAFICO 3
Evolución del empleo total
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90

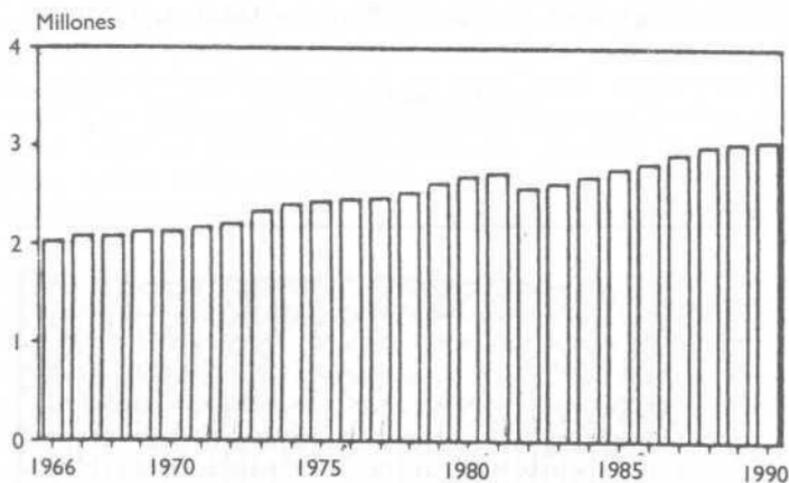
Empleo total en Francia
 1966-1990



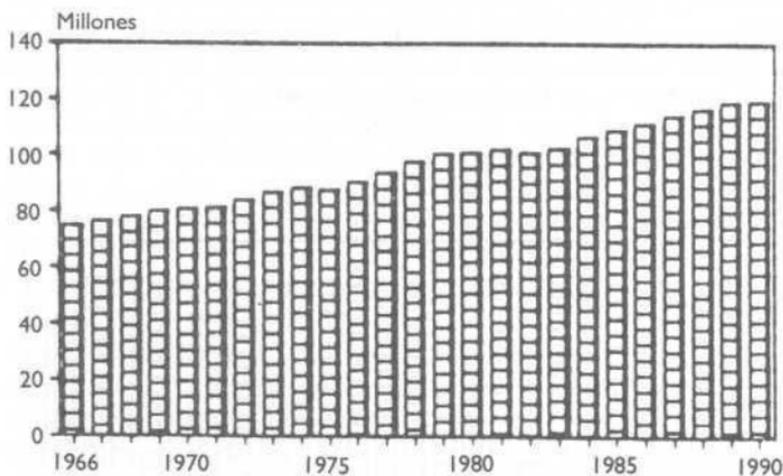
Empleo total en Alemania
 1966-1990



Empleo total en Quebec
1966-1990



Empleo total en Estados Unidos
1966-1990



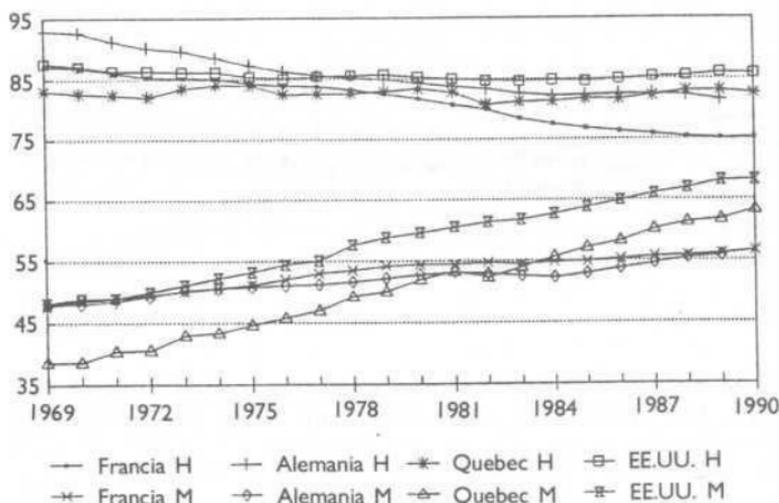
De hecho, en Europa, los reducidos aumentos de la tasa de actividad femenina compensaron parcialmente la retirada de los hombres mayores y de los jóvenes del mercado de trabajo, de manera que el índice de actividad total disminuyó muy poco. En cierto sentido, ambos fenómenos se anularon mutuamente. En América la situación es diferente. En Estados Unidos, el descenso de la tasa de actividad masculina fue menos pronunciado que en el resto; por otro lado, la tasa de actividad femenina se elevó hasta rebasar a las de las demás sociedades. Estos dos movimientos explican el fuerte incremento de la actividad laboral en Estados Unidos: no sólo se destruyó menos empleo masculino, sino que el porcentaje de mujeres empleadas es netamente superior. En Quebec la evolución de las tasas de actividad laboral fue más vertiginosa y marcada que en ningún otro sitio. La tasa masculina, en particular la de los hombres mayores de 55 años, cayó más deprisa y hasta más abajo, como se verá a continuación y el aumento de la actividad femenina fue también más veloz. Como resultado, las cotas de integración masculina y femenina en el mercado laboral redujeron más sus diferencias. También se produjeron cambios significativos en las tasas de actividad de determinados grupos de edad en las cuatro sociedades, sobre todo en los situados al comienzo y al final del ciclo laboral. Por razones prácticas limitaremos nuestro análisis a tres grupos: hombres y mujeres de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años, entre los 25 y los 54 y entre los 55 y 64 (Gráfico 5).

GRAFICO 4

Tasa de actividad por sexos

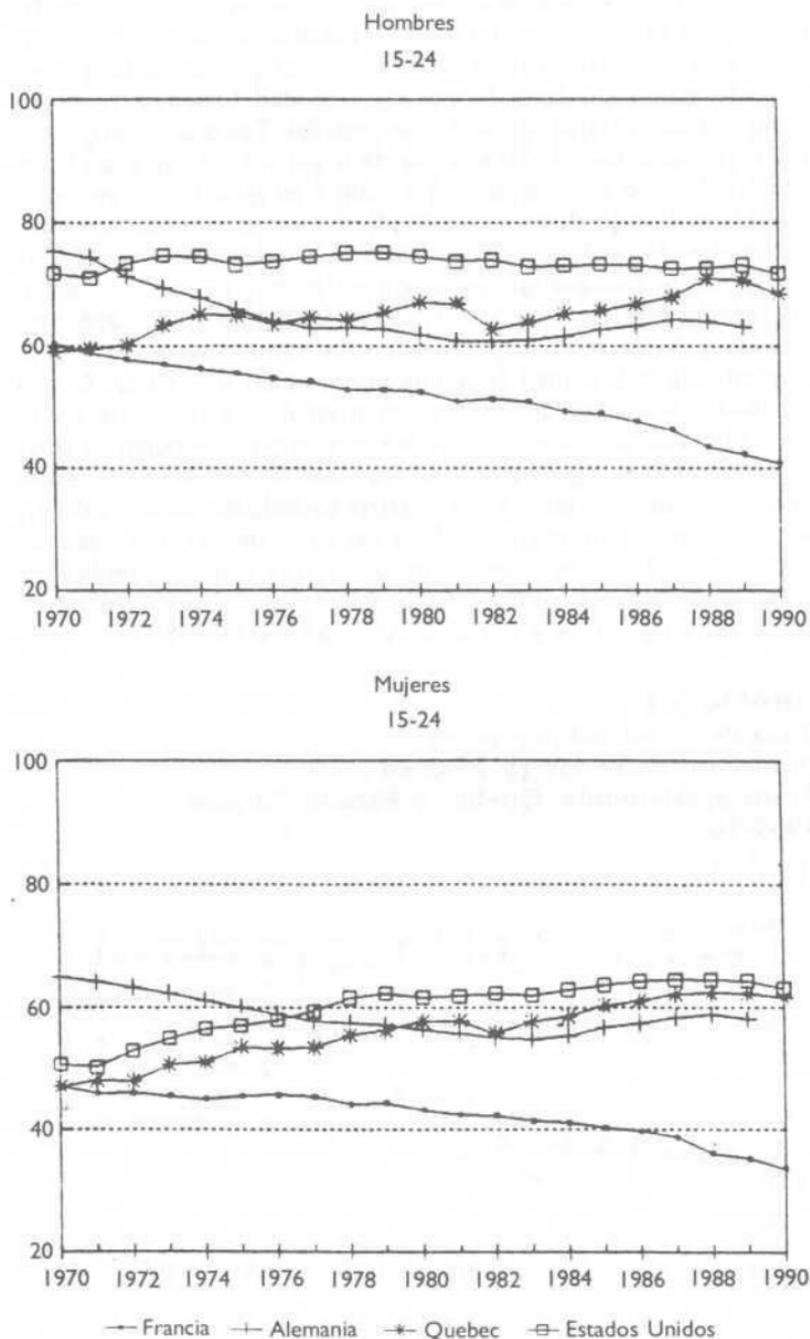
Población entre los 15 y los 64 años

Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1969-90

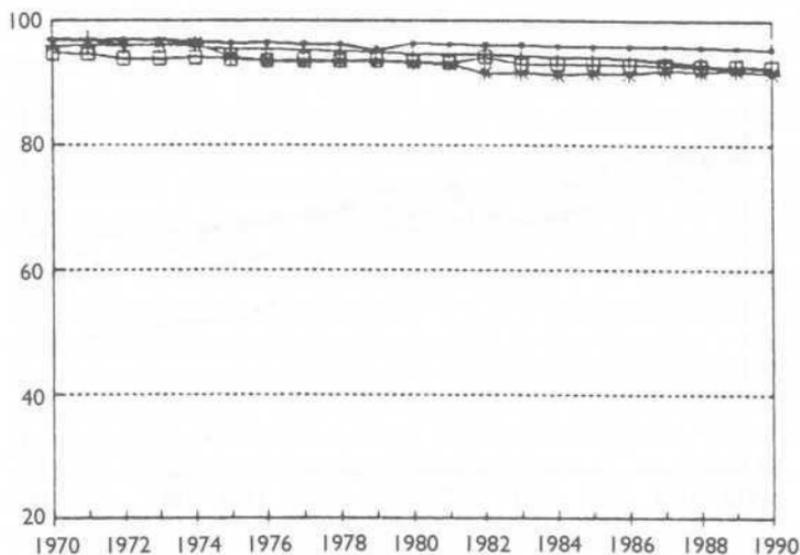


FUENTES: OCDE, 1992; Statistics Canada, cat. nos. 91-512, 91-210 y 71-001.

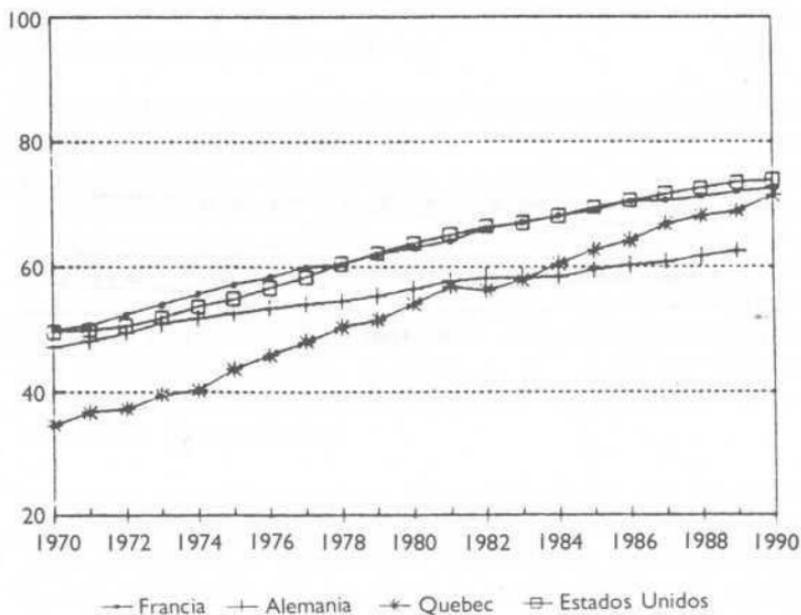
GRAFICO 5
Tasa de actividad por sexos y edades
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1970-90



Hombres
25-54

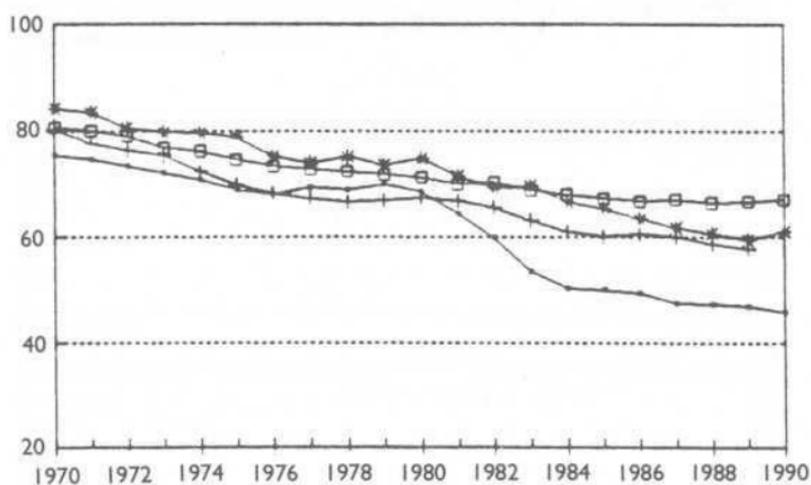


Mujeres
25-54

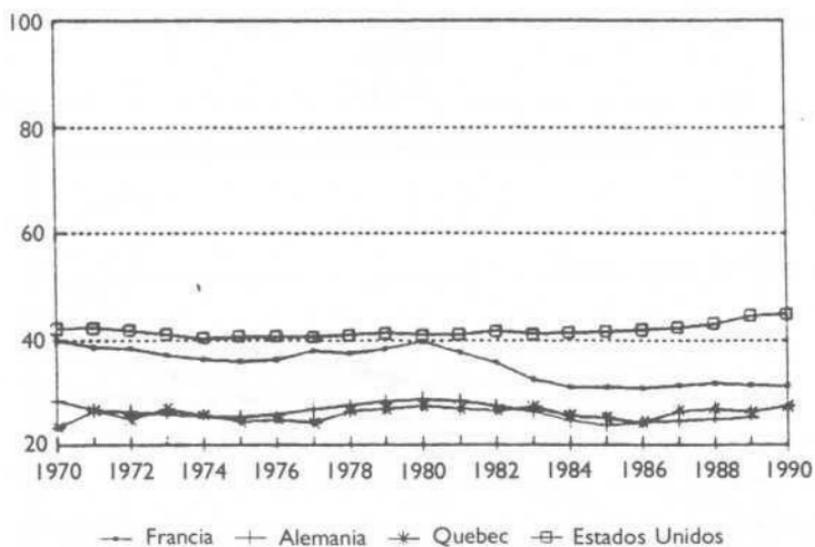


—○— Francia —□— Alemania —△— Quebec —◇— Estados Unidos

Hombres
55-64



Mujeres
55-64



Consideremos en primer lugar a los jóvenes. Su tasa de actividad laboral es más difícil de medir que la de cualquier otro grupo de edad, ya que las diferencias institucionales entre países —sobre todo en materia de educación— complican la comparación internacional. (OCDE, 1988; Freeman y Medoff, 1982). A pesar de tales limitaciones, puede decirse que la tasa general de actividad juvenil es claramente más alta en Norteamérica que en Europa. Tal diferencia puede atribuirse en gran medida a una mayor propensión de los jóvenes norteamericanos entre 15 y 19 años a trabajar a la vez que estudian, un fenómeno menos corriente en Francia y Alemania. Si en Estados Unidos y en Quebec más del 40 % de los estudiantes entre 15 y 19 años tenían colocación a finales de los ochenta, apenas un 1 % de los franceses y un 5 % de los alemanes trabajaban en esas fechas. Para el grupo de estudiantes entre los 20 y los 24 años, la tasa de actividad laboral ronda el 60 % en Estados Unidos y el 50 % en Quebec, frente a un 15 % en Francia y un 12 % en Alemania.

En Quebec, la tasa de actividad juvenil aumentó a gran velocidad en los años setenta y ochenta y en la actualidad se acerca mucho a la de Estados Unidos. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes que trabajan ocupan puestos de media jornada, ya que de otro modo no podrían asistir a clase. Según un estudio de la OCDE, «la oferta de empleo a tiempo parcial es un factor que propaga entre los jóvenes la práctica de simultanear estudios y trabajo» (OCDE, 1988: 64). Las diferencias observadas no radican simplemente en que la oferta de colocaciones de este tipo sea más reducida en Francia y Alemania, sino también en las características institucionales de cada sistema educativo, sobre todo en la mayor presión ejercida sobre los estudiantes norteamericanos para que empiecen pronto a ganarse la vida.

Francia se aparta ostensiblemente del resto de sociedades porque la tasa de actividad laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años ha ido descendiendo sustancialmente desde 1970, tanto entre los varones como entre las mujeres. No sólo son menores las tasas, sino que disminuyen a más velocidad. Este descenso sustancial de cerca de 15 puntos porcentuales puede atribuirse al menos en parte al aumento del desempleo, que cerró las puertas del mercado laboral sobre todo a los jóvenes, pero también a la expansión del sistema educativo, en particular a la aplicación de programas de formación superior destinados a contrarrestar el elevado índice de paro juvenil.

Los datos correspondientes a Alemania revelan una tendencia paralela a la francesa a comienzos del período estudiado: un descenso de la tasa de actividad hasta 1982, seguido de un incremento. Allí los jóvenes (15-24 años) participan más en el mundo laboral que sus homólogos franceses, debido quizá en parte al

sistema alemán de formación profesional, que difiere del francés y del norteamericano: la fórmula principal es el aprendizaje, que consiste en un programa de tres años que combina formación práctica en la empresa y formación teórica en la escuela. En contraposición a los modelos integrados en el sistema escolar, este tipo de formación profesional cuenta como empleo en las estadísticas de actividad laboral. Esto eleva la tasa de actividad juvenil en Alemania, sobre todo la de aquellos que no estudian a la vez que trabajan. El incremento observado a partir de 1980 puede imputarse en parte al aumento del número de aprendices como consecuencia del *baby boom*, pero también a la mejora general de la situación del mercado laboral. En cuanto al descenso de la actividad antes de 1980 puede responder en todas las sociedades a un aumento del tiempo dedicado a los estudios o a la formación profesional.

Casi todos los hombres de mediana edad (entre 25 y 55 años) están integrados en el mundo laboral en las cuatro sociedades analizadas y en esto se observan pocas diferencias entre ellas. El pronunciado incremento de la actividad femenina es ciertamente uno de los cambios más importantes producidos en nuestras sociedades contemporáneas. La reducción del período maternal y unos niveles cada vez más altos de formación han permitido que la mujer esté progresivamente más presente en el mercado laboral. Otro cambio fundamental es la actividad más continuada de la mujer casada con hijos a su cargo, al ser menos las mujeres que abandonan su puesto de trabajo tras ser madres. La retirada del mercado laboral después del casamiento o la maternidad es ahora menos frecuente, excepto en el caso de mujeres con más de tres hijos. Otro cambio significativo consiste en que la interrupción de la actividad, cuando se produce, es más corta. Por consiguiente, las pautas de participación masculina y femenina en el mercado laboral se asemejan más.

Desde 1970, la tasa de actividad laboral correspondiente a mujeres de mediana edad ha aumentado ininterrumpidamente en Francia y en Estados Unidos, subiendo desde un 50 hasta casi un 74 % a finales de los ochenta. En Quebec alcanzó prácticamente el mismo nivel, pero tras un aumento más rápido en un período de quince años. El empleo femenino es significativamente más bajo en Alemania que en las otras tres sociedades. A finales de los ochenta, la tasa de actividad de las mujeres de edades comprendidas entre los 25 y los 54 años apenas superaba el 60 %. Se había partido de un nivel similar a comienzos de los setenta y la tasa aumentó de forma tan constante como en el resto, pero a un ritmo más lento. Existen buenas razones para pensar que el incremento del empleo entre las mujeres de esta edad fue más lento debido al menor grado de terciarización de la economía alemana y al hecho de que la mujer alemana participa menos en

el mercado laboral durante su período más fértil y cuando tiene hijos a su cargo. Estas diferencias corresponden a distintas concepciones del rol femenino. Existe evidencia empírica de que la proporción de hombres y mujeres que aprueban que la mujer trabaje a la vez que cuida de sus hijos pequeños en casa es menor en Alemania que en Estados Unidos (Alvin, Braun, Scott, 1992), Francia y Quebec.

Aparte de la irrupción masiva de mujeres en el mundo del trabajo, la retirada prematura de una proporción cada vez más elevada de hombres entre los 55 y los 64 años constituye sin lugar a dudas una de las transformaciones más importantes producidas en el mercado laboral (Jacobs, Kohli, Rein, 1991a). El descenso de la actividad masculina a esa edad fue muy acusado en Francia, donde cayó desde el 75 % registrado en 1970 a un 46 % en 1990. La drástica reducción de la actividad laboral de los franceses mayores se vio acelerada por la aplicación de medidas gubernamentales destinadas a fomentar la jubilación anticipada con vistas a crear empleo juvenil (Guillemard, 1991). También fue pronunciada en Alemania hasta 1982, para luego ver frenado su ritmo (Jacobs, Kohli, Rein, 1991b). En 1975, la tasa de actividad correspondiente a los hombres de esta edad fue superior en Quebec que en Estados Unidos, pero cayó también más en picado hasta un nivel cercano al francés. Los programas destinados a promover la jubilación anticipada contribuyeron al descenso en todas las sociedades, como lo hizo el retiro acelerado por causas de salud, sin contar la difícil situación económica, que obligó a muchos trabajadores, empleados sobre todo en el sector industrial tradicional, a jubilarse antes de tiempo.

En síntesis, el mundo laboral experimentó transformaciones significativas. En la actualidad hay más mujeres y menos hombres trabajando. El alcance de estas transformaciones no fue sin embargo idéntico en América y Europa. En el primer caso, son más las mujeres pero también más los jóvenes que han conseguido colocarse, aumentando así el porcentaje total de población activa, mientras que son menos los mayores que abandonan el medio laboral, a diferencia de lo que ocurre en Europa.

Como conclusión de esta síntesis puede decirse que en la evolución de la actividad laboral de las sociedades que nos ocupan sobresalen especialmente dos tendencias comunes: una concentración del empleo en el grupo de mediana edad y una aproximación progresiva de las tasas de actividad femenina y masculina, como también de sus modalidades. A este respecto, no es tanto la dirección de las tendencias la causante de las diferencias entre las sociedades que estudiamos, sino más bien la continuidad y el ritmo de los cambios.

Estructura sectorial del mercado de trabajo

El mercado laboral experimentó profundas transformaciones en un período de treinta años, desde la relativa depresión del sector secundario y la precarización, hasta la extensión del desempleo, por no hablar de la redefinición de las fronteras entre el sector productivo y el sector de los servicios, que ya no son tan precisas como antes.

Asistimos a una reducción uniforme del sector industrial en su conjunto, que siguió una misma tendencia en todas las sociedades. El empleo en este sector mostraba un nivel más alto en Alemania y el desfase con respecto a las otras tres sociedades se mantuvo durante todo el período. En 1990, los alemanes empleados en este sector representaban un 32 %, frente al 21 % de Francia, el 19 % de Quebec y el 18 % de Estados Unidos (Gráfico 6).

El relativo descenso del empleo en el sector industrial no significa que dicho sector estuviera decreciendo también en cifras absolutas; todo lo contrario. Tanto en Estados Unidos como en Quebec el número total de puestos de trabajo en el sector secundario se mantuvo casi al mismo nivel entre 1969 y 1990, con ligeras variaciones ascendentes o descendentes asociadas a los ciclos económicos. Con el fin de neutralizar estas variaciones e identificar

GRAFICO 6
Tasa de empleo civil en industria y servicios
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1966-90

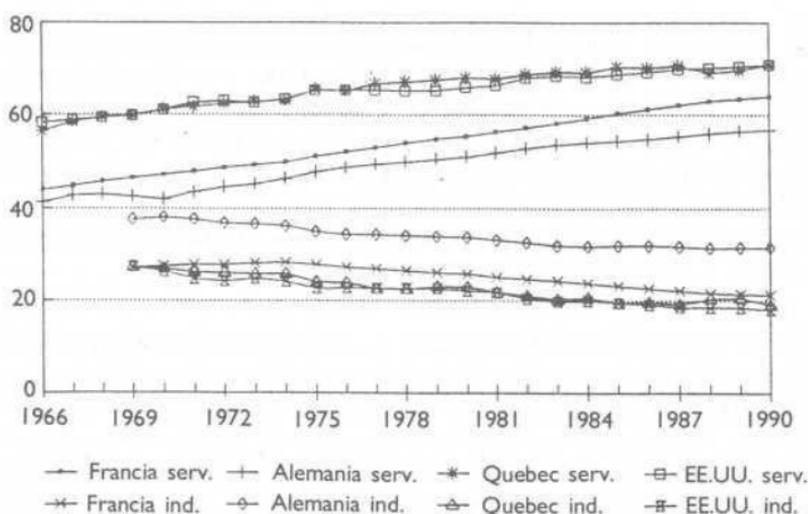
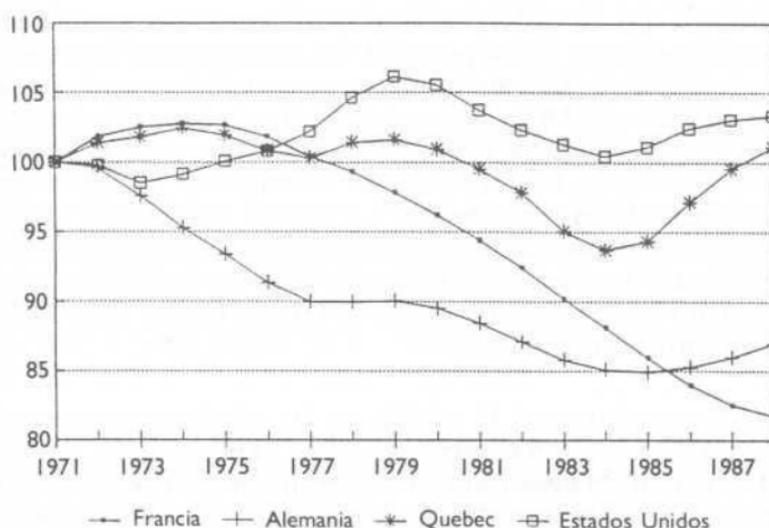


GRAFICO 7
Empleo civil en la industria (1971=100)
Media cada cinco años
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1971-88



FUENTES: OCDE, 1992; Statistics Canada, cat. nos. 71-529 y 71-001. Bureau de la statistique du Québec, *Annuaire du Québec*.

mejor la tendencia a largo plazo hemos calculado medias cada cinco años que trazan la evolución del número real de puestos de trabajo en la industria (Gráfico 7). El análisis de la tendencia indica una caída del número real de colocaciones en este sector en Alemania Occidental y en Francia, si bien la brecha entre los dos países se había estrechado en 1990.

En general, el descenso del porcentaje de población activa empleada en el sector secundario no puede interpretarse como un síntoma de desindustrialización (Caplow, 1990; Lawrence, 1984; Loveman y Tilly, 1988). En Norteamérica el nivel de empleo en dicho sector apenas se alteró en el transcurso de este período. Es el gran aumento del empleo en el sector servicios el que causó la disminución de su importancia relativa, creando un efecto estadístico ilusorio. En Francia y Alemania la situación es diferente, ya que el empleo generado por la industria está disminuyendo tanto en cifras relativas como absolutas, mientras que sigue manteniendo cotas más altas en los países europeos, sobre todo en Alemania.

El empleo en el sector servicios ha experimentado un rápido crecimiento desde 1966. Esta tendencia refleja un cambio estructural de primer orden, ya augurado por Clark y Fourastié. En 1990, el nivel de empleo en este sector superó el 70 % en Estados

Unidos y en Quebec (Gráfico 6). En estas economías, el techo del 80 % que Fourastié había asignado a este sector está a punto de alcanzarse.

En cuanto al nivel de terciarización, Alemania es uno de los países europeos más atrasados, mientras que Francia mantiene una posición intermedia. Si comparamos los momentos en los que el porcentaje de empleo absorbido por este sector empezó a superar el límite del 50 %, se hace evidente que los cambios en la estructura sectorial del mercado de trabajo no se han producido simultáneamente. En Francia y en Alemania no se alcanzó tal proporción hasta mediados de los setenta y principios de los ochenta respectivamente, mientras que en Quebec los empleados en el sector servicios superaban ya la mitad de la población activa en 1960 y lo mismo podía decirse de Estados Unidos nada menos que en los años cincuenta.

Siempre que aumentó el empleo en los ochenta, se concentró casi por completo en el sector servicios. La dinámica del proceso de terciarización sigue siendo firme, incluso en aquellas economías en las que más ha avanzado. Favoreció sobre todo a las mujeres, pero también a los jóvenes y a los empleados mejor cualificados. La experiencia americana, sin embargo, demuestra que la expansión del sector servicios no ha de asociarse automáticamente con un aumento de los puestos de más categoría, sino que afecta al número de puestos que no requieren tanta preparación.

Alemania no ha conseguido todavía superar el atraso de su proceso de terciarización al que antes hacíamos referencia. Por lo que respecta al empleo en el sector servicios, Estados Unidos estaba 18 puntos porcentuales por delante de Alemania en 1970 y 14 en 1990. Francia, por su parte, ha avanzado con paso decidido hacia una economía de servicios y ha reducido su desfase respecto de Estados Unidos a la mitad (1970: 14 puntos porcentuales; 1990: 7 puntos).

Varias razones pueden explicar el hecho de que encontremos considerables diferencias en el tamaño de la economía de servicios, incluso entre sociedades cuyo desarrollo en otros ámbitos ha alcanzado niveles similares. Ciertamente, no existe una explicación simple y universal para este fenómeno. Las diferencias que se observan en la distribución sectorial del empleo se deben en parte al hecho de que el procedimiento estadístico de asignar empleados a sectores económicos se lleva a cabo mediante principios de clasificación distintos. Negocios individuales y hasta complejos enteros que un país clasifica como industrias de servicios pueden pertenecer al sector secundario en otro y viceversa. Existen pruebas fehacientes, por ejemplo, de que Alemania infra-

valora su grado de terciarización en términos de la distribución sectorial del empleo.

Por lo que respecta a Alemania y a su desfase cronológico en materia de terciarización, el tema gira en torno a tres puntos. Podría argüirse que la expansión del empleo terciario es más limitada cuando en lugar de ser el mercado el que proporciona la mayor parte de los servicios, como ocurre en Estados Unidos, dicha misión corresponde a instituciones del Estado de bienestar financiadas por la ciudadanía y sujetas por tanto a restricciones específicas. La orientación bastante externa de la economía alemana podría aportar una segunda explicación para las diferencias observadas, dado que el sector servicios es más amplio cuanto más fuerte es la orientación interna de una economía. A esto hemos de añadir que la competitividad internacional de la industria puede haber impulsado el empleo en el sector secundario alemán frente al de economías equiparables.

Si estos factores —con matizaciones— pueden explicar también el menor desfase entre Francia y Norteamérica, existen indicios de que el proceso de «contratación externa», que significa que las funciones de servicio dentro de las empresas del sector secundario son absorbidas por empresas especializadas del sector terciario, ha avanzado menos en Alemania que en Francia, Estados Unidos o Quebec. Obviamente, dicho proceso ha contribuido sustancialmente a la expansión del sector servicios en los últimos años. Las grandes industrias alemanas, sin embargo, tienden más a interiorizar el mercado de servicios, realizando ellas mismas muchas actividades que, de lo contrario, estarían catalogadas como terciarias.

Si el porcentaje de empleo en el sector servicios varía, las tendencias evolutivas se parecen asombrosamente. Los servicios orientados hacia el mundo de los negocios son los que más se han expandido en las cuatro sociedades; también se aprecia un incremento por encima de la media en los servicios sociales, especialmente en las áreas de salud y educación. Por cierto que en estos terrenos es donde Alemania puede tener que avanzar más si quiere equipararse con los países que exhiben un mayor grado de terciarización. Algunos autores sostienen que existen grandes posibilidades de que el empleo en el sector servicios siga creciendo (Krupp, 1987).

Finalmente, cabría señalar que el crecimiento del sector terciario fue más rápido en aquellas sociedades donde las mujeres casadas participaron más en el mundo laboral. En efecto, la irrupción de la mujer casada en el mercado de trabajo supuso el desplazamiento de una serie de actividades relacionadas con la producción cotidiana, como son el cuidado infantil y el trabajo doméstico,

por ejemplo, hacia el mercado abierto; por consiguiente, dichas actividades son tenidas en cuenta en los informes nacionales más recientes y reconocidas en las estadísticas oficiales, a diferencia de lo que ocurre cuando las realizan mujeres que no forman parte del mundo laboral.

Como tendencia general en la evolución de la estructura sectorial del trabajo hay que decir que la clásica distinción entre bienes y servicios, tal y como la describió Hill (1977), pierde validez y que la línea divisoria entre ambos conceptos es cada vez más imprecisa. La fabricación de un producto requiere cada vez más servicios y ciertos artículos se personalizan al máximo. Además, la producción de ciertos servicios está cada vez más ligada a la producción de bienes (Gershuny, 1978). Pero es sobre todo el progreso de la tecnología el que ha contribuido a difuminar la frontera entre bienes y servicios, como demostró claramente un estudio del Consejo Económico de Canadá (1991). Algunos servicios producidos por las empresas pueden almacenarse, como es el caso de un programa informático o una presentación audiovisual, o puede proceder de una cadena de montaje (*fast food* o alimentos congelados). Existen retrasos en la prestación de ciertos servicios y la relación personalizada puede incluso brillar por su ausencia. Algunas características típicas de los bienes resultan comunes a una gama cada vez más extensa de servicios y los servicios comparten peculiaridades con un número cada vez mayor de bienes, como es el caso de la personalización o la entrega inmediata. Por citar un ejemplo, ahora es posible fabricar automóviles o bicicletas en serie sin renunciar a un cierto grado de personalización. Y cada vez existen más máquinas y tecnologías nuevas que intervienen en la distribución de servicios como la asistencia médica, la gestión financiera personal, la investigación científica y la educación. Por consiguiente, la progresiva desaparición de las fronteras entre los sectores industrial y de servicios hace necesarias ciertas clarificaciones en futuros análisis de la evolución sectorial del empleo.

Tipos de empleo y condiciones laborales: ¿Buen empleo o mal empleo?

No cabe duda de que la evolución del mercado laboral en la década de los ochenta ha estado marcada por la precarización y el deterioro de la calidad de algunas colocaciones. Obviamente, el fenómeno de la precariedad es más pronunciado en Norteamérica que en los dos países europeos. Las dos sociedades norteamericanas registraron un considerable aumento del número de puestos de trabajo, pero muchas de las nuevas colocaciones eran de baja calidad en comparación con las que se habían creado en

los años de fuerte crecimiento económico. El incremento del empleo precario se ha considerado como una de las causas de la supuesta decadencia de la clase media (Lawrence, 1984; Bradbury, 1986; Picot, Miles y Wannell, 1990; Harrison y Bluestone, 1988; Mattera, 1990; Phillips, 1990), decadencia imputable no sólo a la evolución del mercado laboral, sino también a cambios en la demografía y en la estructura familiar, como han demostrado varios autores.

Para explicar la creciente precarización del empleo, un factor que ha de tenerse en cuenta es el cambio en la distribución de los grupos de edad. El mercado laboral norteamericano se nutre de más trabajadores jóvenes, de ahí la depresión de la renta. Este fenómeno es de suma importancia, aunque no explique del todo el descenso de los salarios o el deterioro de la calidad del empleo. El estudio de Picot, Myles y Wannell sobre Canadá y Quebec y el de Lawrence sobre Estados Unidos revelaron que, una vez neutralizado el efecto de los cambios en la distribución de los grupos de edad, el fenómeno de la pérdida de calidad del empleo persistía. También demostraron que el descenso de la media total de calidad del empleo no podía atribuirse a un incremento más rápido de aquellos sectores que ofrecían empleo de menos calidad (servicios personales, comercio minorista y subempleo en general), una explicación sugerida por la sabiduría popular y mencionada a menudo en los medios de comunicación de masas o en los análisis más superficiales. Por el contrario, el fenómeno parece afectar en general a todos los sectores de actividad, incluidos los que hasta ahora ofrecían las mejores condiciones laborales.

El sector productivo se vio más afectado por la precarización y por la pérdida de calidad del empleo. Existen menos puestos de trabajo en la gran industria tradicional, pero más en la pequeña empresa, que ofrece unas condiciones laborales menos favorables y, en muchas ocasiones, los puestos disponibles en las grandes compañías ofrecen ahora menos ventajas que antes. Según Lawrence (1984), los hombres mayores de 50 años se vieron más perjudicados por la precarización y la pérdida de calidad del empleo. Según parece, en Norteamérica fueron más los trabajadores mayores que conservaron su empleo, pero tuvieron que aceptar un empeoramiento de sus condiciones laborales, mientras que los europeos tendieron más a abandonar el mercado laboral mediante la jubilación anticipada.

Algunos estudios han mostrado también que en Norteamérica se ha deteriorado sobre todo la calidad del empleo disponible para la juventud. Los empleados jóvenes están más expuestos a la precariedad que los de otros grupos de edad, sobre todo en comparación con sus homólogos de generaciones anteriores. Por primera vez en Norteamérica, y esto es interesante, los jóvenes

se enfrentan a la perspectiva de una movilidad social intergeneracional descendente; parece que serán realmente incapaces de sobrepasar o mantener siquiera el nivel de vida de sus padres.

La precarización del empleo es todavía un fenómeno marginal en Francia. Malinvaud (1987) calculó que la proporción de empleo precario (contratos temporales) representaba un 3 % del total y un 10 % entre la juventud. También observó que los trabajadores que habían pasado por el desempleo estaban más expuestos al círculo vicioso de la precariedad que los demás componentes de la población activa y que esta situación se había agravado a partir de los años setenta.

Como Francia, Alemania se enfrentó también a cierto incremento de los tipos de empleo precario durante la pasada década: no sólo ascendió el número de colocaciones temporales (Rudolph, 1987) y marginales a tiempo parcial, sino también el de trabajadores que obtuvieron trabajo por agencia y el de contratos temporales integrados en programas oficiales de creación de empleo (Büchtemann y Quack, 1989). Hasta cierto punto, la precarización del empleo parece una consecuencia del elevado índice de desempleo registrado a comienzos de los ochenta, que obligó a algunas personas a aceptar trabajo de inferior calidad. Por otra parte, la política de liberalización del mercado laboral, que se puso en práctica en Alemania como en muchos otros países en los ochenta, también propició un incremento de las fórmulas de empleo irregular, sobre todo de carácter temporal. Pero en general el aumento de empleo precario en Alemania es un fenómeno bastante marginal y su proporción total es todavía insignificante (Noll, 1991).

Desempleo

Aunque el desempleo es por naturaleza un fenómeno cíclico y no es probable que se ajuste a una tendencia a largo plazo, afecta a varios ámbitos de la sociedad produciendo múltiples efectos en los cambios estructurales y de comportamiento. Las llamadas crisis del petróleo de 1973 y 1979, que provocaron recesiones en la economía mundial, marcaron dos hitos en la evolución del desempleo a lo largo de las dos últimas décadas. Como en muchos otros países, podemos observar un incremento significativo del desempleo tras las dos crisis del petróleo en todas las sociedades que nos conciernen aquí. Sería demasiado simple, sin embargo, considerar la subida del precio del petróleo como la única causa o la causa principal del incremento del desempleo en dicho período. Más bien parece que las crisis, al margen de sus consecuencias recesivas, dispararon y aceleraron una transformación

estructural técnica y económica cuyo resultado fue un cambio tanto cuantitativo como cualitativo en la demanda de empleo. Pero si la demanda modificó sus estructuras, la oferta registró un aumento sin precedentes que fomentó desequilibrios en el mercado laboral debidos en parte a una mayor participación de la mujer en el mismo y a cambios demográficos, como vimos anteriormente (Franz y König, 1987).

El análisis comparado del desarrollo y la estructura del desempleo en los distintos países se ve entorpecida por el hecho de que la equiparación de los datos no está garantizada. En Estados Unidos, Francia y Quebec, la información acerca del índice de paro y los perfiles del mismo y de los parados procede de encuestas de población activa, mientras que en Alemania se basa en estadísticas elaboradas por la administración federal. En este contexto, una persona cuenta como desempleada si se da de alta en la oficina del paro. Esta diferencia metodológica en la recogida de datos y otras relativas a la clasificación estadística habrán de ser tenidas en cuenta a la hora de interpretar las divergencias nacionales que se observen.

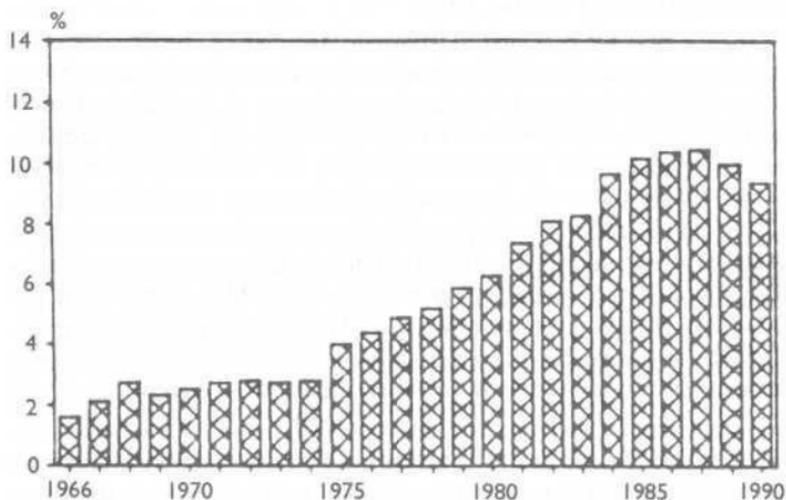
Debido a las diferencias en lo tocante a situación económica inicial, marco institucional y políticas destinadas a paliar la crisis del mercado laboral, el paro no afectó por igual a las cuatro sociedades, si bien todas ellas se enfrentaron en general a problemas estructurales muy parecidos. En los sesenta y principios de los setenta, el índice de desempleo era bajo en Alemania y en Francia (Gráfico 8). El problema no tuvo el mismo alcance que en Norteamérica hasta finales de los setenta. De las cuatro sociedades que estamos estudiando, Quebec se enfrentó a las tasas más altas de paro casi todo el tiempo (la máxima, del 14 % en 1983). Los Estados Unidos, por su parte, atravesaron con bastante fortuna la década de los ochenta y salieron mejor parados que Francia y Alemania. Un índice moderado de desempleo y, sobre todo, una asombrosa multiplicación de las colocaciones acreditaron a Estados Unidos como un «milagro del empleo», excepción hecha de que algunas de las nuevas colocaciones se consideraron malas.

En los ochenta, el desempleo alcanzó su cota máxima en las cuatro sociedades. Si el empleo ya había empezado a menguar en Estados Unidos y en Quebec al inicio de la década, Europa manifestó esa misma tendencia algo más tarde: Alemania a mediados y Francia a finales. Por ahora, sin embargo, el paro no ha descendido hasta el nivel observado a comienzos de los setenta y, además, hay indicios de cierta recuperación en las cuatro sociedades que nos ocupan aquí.

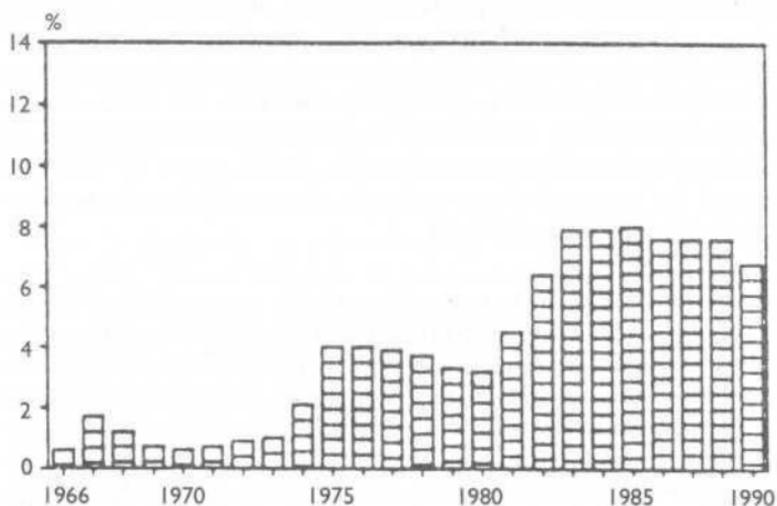
Además de las diferencias en cuanto a índice general de desempleo, se aprecian también distinciones significativas entre las cuatro sociedades con respecto a la estructura y duración del mismo.

GRAFICO 8
Evolución de las tasas de paro
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1966-90

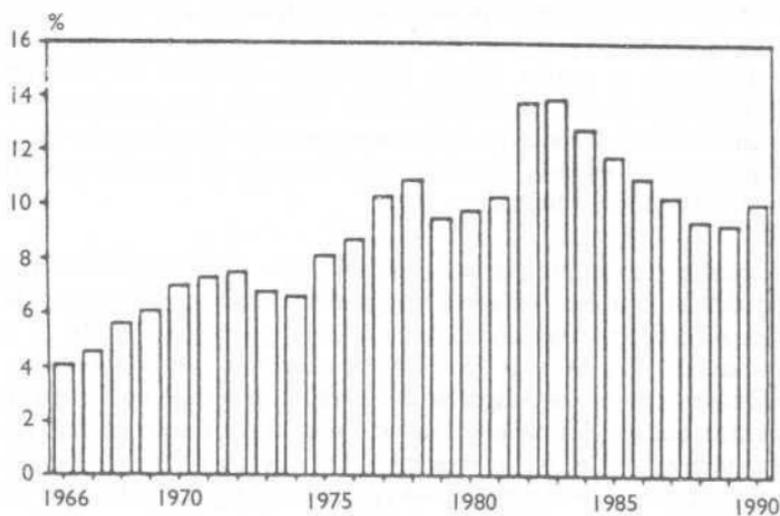
Tasa de paro en Francia
 1966-1989



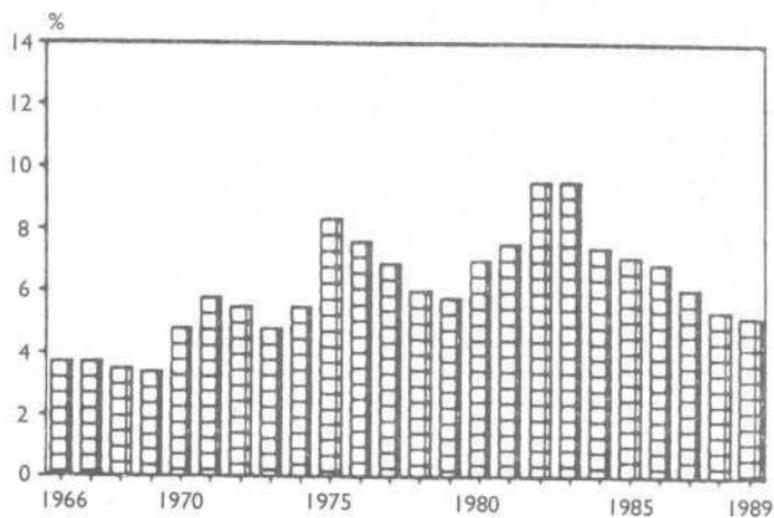
Tasa de paro en Alemania
 1966-1989



Tasa de paro en Quebec
1966-1990



Tasa de paro en EE.UU.
1966-1989



Al comparar las tasas por grupos de edad y sexos aparecen algunas diferencias relativas a la probabilidad de carecer de empleo. Las mujeres están más expuestas al paro que los hombres en las cuatro sociedades y en casi todas las edades. Pero, curiosamente, tal diferencia es mayor en las sociedades europeas de nuestro cuarteto que en las americanas. Este hallazgo, que puede interpretarse como un síntoma de la segmentación del mercado laboral por sexos, es más llamativo en Alemania y Francia que en Estados Unidos y Quebec.

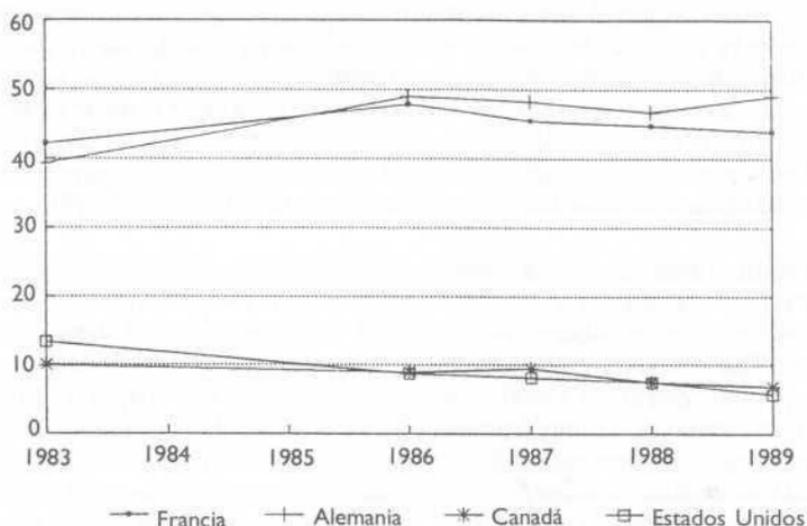
También observamos diferencias significativas entre las cuatro sociedades en lo que se refiere a riesgo de desempleo por grupos de edad. Al comparar las cifras de paro de tres grupos (los de 15 a 24 años, de 25 a 54 y de 55 a 64) descubrimos que en Quebec y en Estados Unidos el riesgo de desempleo disminuye con la edad, mientras que en Alemania y Francia —por lo menos en el caso de los hombres— es el grupo intermedio el que corre menos riesgo. Una posible explicación de las diferencias entre grupos de edad en cuanto a riesgo de desempleo puede estar en que las empresas americanas valoran más la veteranía. El principio de «el último que llegó es el primero que se va», que favorece a los empleados más antiguos, se aplica más a rajatabla en Norteamérica que en Alemania o Francia. Alemania se diferencia de las otras tres sociedades, incluida la francesa, en primer lugar por su nivel comparativamente bajo de desempleo juvenil y en segundo lugar por el hecho de que el grupo de más edad —tanto en hombres como en mujeres— es el más afectado por el desempleo. En Francia, por su parte, debido a algunas características de su sistema educativo, los jóvenes, sobre todo en el caso de las mujeres, están mucho más expuestos al paro que en los demás países (Malinvaud, 1987).

Más significativas son quizás las diferencias en la duración del paro. En las cuatro sociedades se observa un incremento de la misma, al menos a comienzos de los ochenta, aunque en este sentido Norteamérica mantuvo un nivel mucho más bajo que Europa (Gráfico 9): en 1989, los parados de larga duración, esto es, con más de 12 meses de desempleo a sus espaldas, representaban un 11 % en Quebec y un 6 % en Estados Unidos, frente al 44 % de Francia y el 49 % de Alemania (OCDE, 1991). Parece que en las dos sociedades norteamericanas el desempleo se absorbe relativamente deprisa en comparación con las dos europeas. Aunque en líneas generales existe una correlación positiva entre el índice total de paro y el porcentaje de parados de larga duración, es evidente que los diferentes niveles de paro no explican la disparidad en cuanto a la duración del mismo.

Las diferencias pueden deberse en parte al método seguido a la hora de recoger los datos, pero no faltan buenas razones para pensar que reflejan distintos funcionamientos del mercado laboral.

GRAFICO 9

**Incidencia del paro de larga duración:
Porcentaje de parados de 12 meses en adelante
Francia, Alemania, Canadá y Estados Unidos,
1983-89**



FUENTE: OCDE, 1992.

La OCDE sostiene que «en Norteamérica el índice de entradas y salidas del paro es relativamente alto y [...] buscar trabajo y contratar personal son actividades relativamente habituales para trabajadores y empresarios respectivamente» (OCDE, 1991: 41). El panorama laboral de Francia y Alemania, como ocurre en otros países europeos, por otra parte, se distingue del norteamericano por un menor movimiento y por una mayor incidencia del desempleo en determinados grupos.

A la vista de todo esto, los contrastes en cuanto a duración de los períodos de paro pueden interpretarse como evidencia de que el funcionamiento del mercado laboral en las dos sociedades europeas favorece más al que tiene ya trabajo, porque le otorga mayor protección frente a la pérdida de su puesto, mientras que el mercado norteamericano favorece más al parado porque le ofrece más oportunidades de reintegrarse en el medio laboral.

Dos modelos de crecimiento: ¿Convergencia o divergencia?

En resumen, el crecimiento económico experimentado en los últimos treinta años por las cuatro sociedades que estamos estudiando se apoyó aparentemente en dos mecanismos: la creación de más puestos de trabajo en Norteamérica y una mayor productividad del trabajo en Europa (Gráfico 10). Freeman, por ejemplo, sostiene que «Estados Unidos pagó la creación de empleo con un crecimiento lento en salarios y productividad reales [...] Los americanos trabajan más duro por la misma recompensa en calidad de vida que los europeos» (Freeman, 1988: 298-299).

Desde mediados de los setenta, el nivel de vida de los ciudadanos de Estados Unidos y Quebec aumentó casi exclusivamente porque el mundo laboral dio cabida a más personas. Aunque en Norteamérica la gente trabajaba más —tanto en porcentaje de actividad como en horas trabajadas—, también era mayor el número de colocaciones precarias o mal pagadas. El crecimiento del empleo total vino acompañado por un aumento de la precariedad. Las sociedades europeas que nos conciernen aquí crearon menos puestos de trabajo y hubieron de tolerar un índice de paro cada vez más alto, pero a la vez se vieron menos afectadas por la precarización y aventajaron a las americanas en términos de renta y reducción de la jornada laboral.

En general, pues, podemos proponer la hipótesis de que hubo dos modelos de crecimiento entre las décadas de los sesenta y los noventa, el primero basado sobre todo en un incremento de la productividad y el segundo en una extensión del empleo. Un economista francés llegó a la conclusión de que Francia y Alemania «sacrifican en parte el empleo en favor de la competitividad y para mantener el nivel de vida de los trabajadores que están ocupados» (Marchand, 1990: 19).

¿Están sujetos estos dos modelos a una divergencia continua o, por el contrario, se encuentran en proceso de convergencia? Un estudio de la OCDE indica que el inicio de los noventa marca el «primer signo de una compensación del desequilibrio que caracterizó la pasada década, durante la cual Europa entera presenció un fuerte crecimiento de la producción pero también un estancamiento del empleo, mientras que Norteamérica registró un rápido incremento del empleo y un estancamiento de la productividad» (OCDE, 1989: 19). A comienzos de los noventa aparecieron más indicios de convergencia que de divergencia: la precariedad no es un fenómeno circunscrito a los mercados laborales de Norteamérica, sino que avanza también en Francia y, en menor medida, en Alemania; en ambos países europeos volvió a aumentar considerablemente el número de colocaciones a finales de los

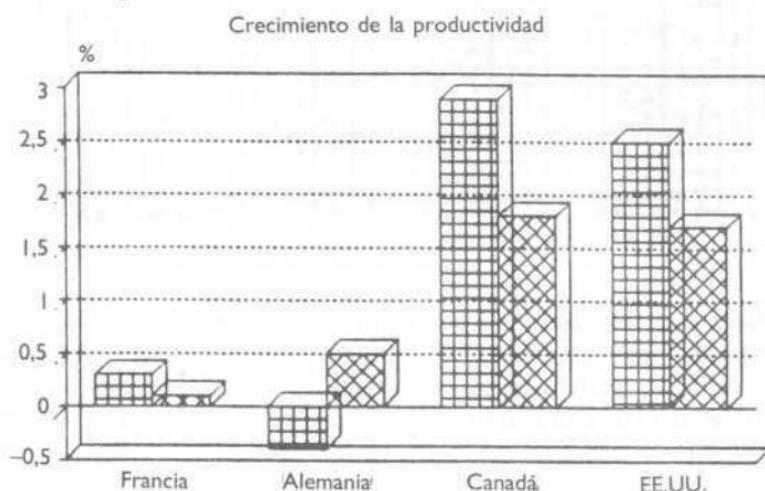
ochenta, mientras que en Estados Unidos y en Quebec lo que volvió a aumentar fue el paro y se redujo la diferencia en cuanto a incremento de la productividad. Teniendo también en cuenta que disminuyeron las diferencias en la estructura sectorial del

GRAFICO 10

Crecimiento del empleo total, la productividad y el producto interior bruto

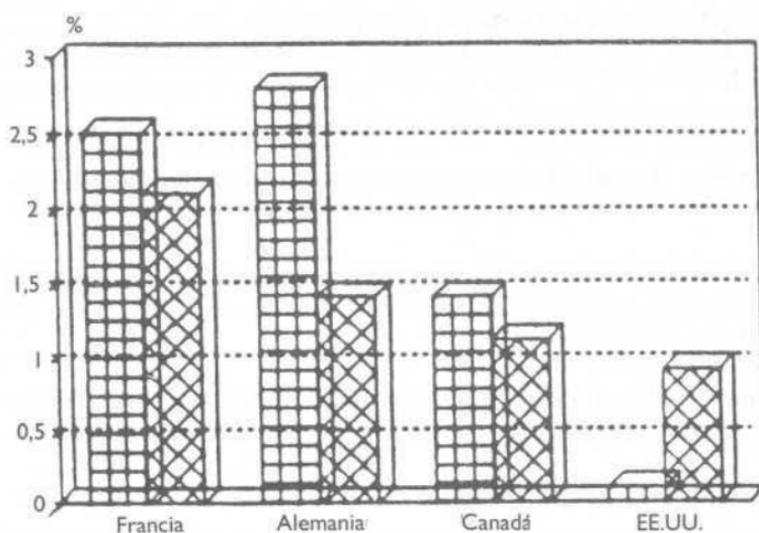
Francia, Alemania, Canadá y Estados Unidos

1973-79 y 1979-89



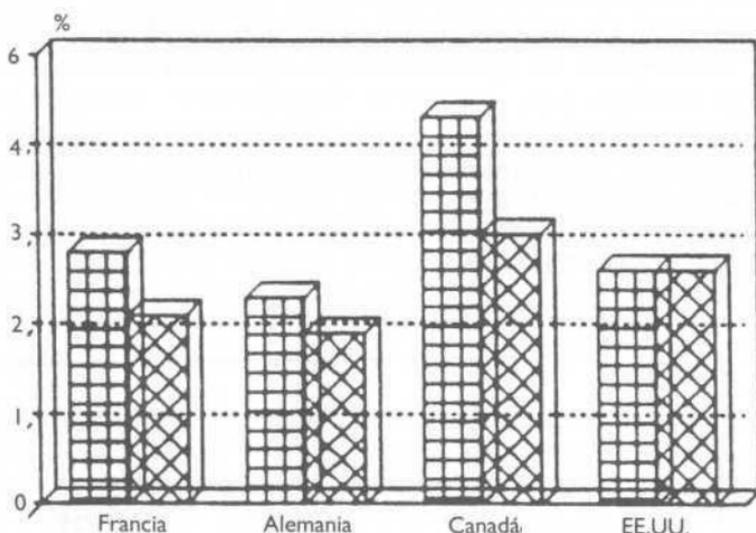
1973-79 1979-89

Crecimiento del empleo total



FUENTES: OCDE, 1992; Statistics Canada, cat. nos. 71-529 y 71-001. Bureau de la statistique du Québec, *Annuaire du Québec*.

Crecimiento del PIB real



trabajo y en las pautas de actividad laboral, es evidente que las sociedades que constituyen el objeto de nuestro análisis se parecen cada vez más, aunque conserven muchas peculiaridades en materia de estructura del empleo y funcionamiento del mercado laboral.

Bibliografía

Alvin, Duane, Michael Braun y Jacqueline Scott: «The Separation of Work and the Family: Attitudes Toward Women's Labour Force Participation in Germany, Great Britain and the United States», *European Journal of Sociology*, 1992.

Amtliche Nachrichten der Bundesanstalt für Arbeit: *Arbeitsstatistik 1990*. Nuremberg: Jahrezahlen, 39, 1991.

Barrère-Maurisson, M.-A., et al.: «Le travail à temps partiel plus développé au Royaume-Uni qu'en France», *Economie et statistique*, 220 (abril): 1989, 47-56.

Bean, Charles, Richard Layard y Stephen Nickell, eds.: *The Rise of Unemployment*. Londres y Nueva York: Basil Blackwell, 1987.

Beeley, V.: *Unequal Work*. Londres: Verso, 1987.

Bradburry, Katherine L.: «The Shrinking Middle Class», *New England Economic Review*, septiembre-octubre: 1986, 41-55.

Büchtemann, Christoph F. y Sigrid Quack: «Bridges» or «Traps»? *Non Standard Forms of Employment in the Federal Republic of Germany. The Case of Part-time Work and Temporary Work.* Ponencia de debate FSI 89-6. Berlín: Wissenschaftszentrum für Sozialforschung, 1989.

Büchtemann, Christoph F. y Jürgen Schupp: *Socio-economic Aspects of Part-Time Employment in the Federal Republic of Germany.* Ponencia de debate FSI 88-6. Berlín: Wissenschaftszentrum für Sozialforschung, 1988.

Caplow, Theodore: *American Social Trends.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1990.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell y Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in the United States, 1960-1990.* Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Clark, Colin: *The Conditions of Economic Progress.* Londres: McMillan, 1940.

Cornilleau, Gérard, Jean-Paul Fitoussi y Michel Forsé: «Emploi et chômage», Jean-Marcel Jeanneney, ed., *L'économie française depuis 1967*, 162-185. París: Editions du Seuil, 1990.

Dirn, Louis y Denis Stoclet: «Travail des femmes et structures sociales», *Observations et diagnostics économiques*, 10 (enero): 1985, 83-108.

Economic Council of Canada: *Employment in the Service Economy.* Ottawa: Economic Council of Canada, 1991.

Forsé, Michel: «Activité et chômage des femmes en France face à la crise», *Observations et diagnostics économiques*, 13 (febrero): 1983, 91-99.

Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in France, 1960-1990.* Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Fourastié, Jean: *Die Großen Hoffnung des Zwanzigsten Jahrhunderts.* Colonia: Bund-Verlag, 1954.

Franz, Wolfgang y Heinz König: «The Nature and Causes of Unemployment in the Federal Republic of Germany Since the 1970's: An Empirical Investigation», Charles Bean, Richard Layard y Stephen Nickell, eds., *The Rise of Unemployment*, Londres y Nueva York: Basil Blackwell, 1987, 219-244.

Freeman, Richard B.: «Evaluating the European View that the United States Has no Unemployment Problem», *American Economic Review*, 1988, 78: 294-299.

- Freeman, R. B. y J. Medoff:** «Why Does The Rate of Youth labour Force Activity Differ Across Surveys?», R.B. Freeman y D.A. Wise, eds., *The Labour Market Problem: Its Nature, Causes and Consequences*, Chicago: Chicago University Press, 1982, 75-114.
- Gershuny, Jonathan:** *After Industrial Society?* Londres: MacMillan, 1978.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr y Barbara Wörndl:** *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Guillemard, Anne-Marie:** «From: Massive Exit through Unemployment Compensation», Martin Kohli et al., eds., *Time for Retirement. Comparative Studies of Early Exit From the Labour Force*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, 127-180.
- Harrison, Bennett y Barry Bluestone:** *The Great U-Turn. Corporate Restructuring and the of Polarizing of America*. Nueva York: Basic Books, 1988.
- Hill, T.P.:** «On Goods and Services», *Review of Income and Wealth*, 23, 4 (diciembre): 1977, 315-338.
- Jacobs, Klaus, Martin Kohli y Martin Rein:** «The Evolution of Early Exit: a Comparative Analysis of Labour Force Participation Patterns», Martin Kohli et al., eds., *Time for Retirement. Comparative Studies of Early Exit From the Labour Force*, 36-66. Cambridge: Cambridge University Press, 1991a.
- Jacobs, Klaus, Martin Kohli y Martin Rein:** «Germany: The Diversity of Pathways». In Martin Kohli et al., eds., *Time for Retirement. Comparative Studies of Early Exit From the Labour Force*, 181-221. Cambridge: Cambridge University Press, 1991b.
- Kohli, Martin, Martin Rein, Anne-Marie Guillemard y Herman van Gunsteren:** *Time for Retirement. Comparative Studies of Early Exit From the Labour Force*. Cambridge: Cambridge University, Press, 1991.
- Krahn, Harvey:** «Les régimes de travail non standard», *L'emploi et le revenu en perspective*. Statistique Canada, 75-001F, invierno: 1991, 41-52.
- Krupp, Hans-Jürgen:** «Der Strukturwandel zu den Dienstleistungen und Perspektiven der Beschäftigungsstruktur», *Mitteilungen aus der Arbeitsmarkt- und Berufsforschung*, 19: 1986, 145-158.
- Lane, C.:** «From "Welfare Capitalism" to "Market Capitalism": A Comparative Review of Trends towards Employment Flexibility in the Labour Markets of Three Major European Societies», *Sociology*, 23, n.º4: 583-610, 1989.

Langlois, Simon: «Le travail à temps partiel. Vers une polarisation de plus en plus nette», *Relations industrielles/Industrial Relations*, 45, n.º 3: 548-564, 1990.

Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier y Jean-Pierre Simard: *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Lawrence, Robert Z.: «Sectoral Shifts and the Rise of the Middle Class», *The Brookings Review*, otoño: 3-11, 1984.

Loveman, Gary W. y Chris Tilly: «Good Jobs or Bad Jobs: What Does the Evidence Say?», *New England Economic Review*, enero-febrero: 46-65, 1988.

Malinvaud, Edward: «The Rise of Unemployment in France», Charles Bean, Richard Layard y Stephen Nickell, eds., *The Rise of Unemployment*, 197-217. Londres: Basil Blackwell, 1987.

Marchand, Olivier: «L'évolution de l'emploi dans les pays industrialisés», *Futuribles*, 146 (septiembre): 15-35, 1990.

Mendras, Henri: *La seconde révolution française*. París: Gallimard, 1989.

Mincer, Jacob: «Intercountry Comparisons of Labour Force Trends and of Related Developments: An Overview», *Journal of Labour Economics*, suplemento de enero: 51-532, 1985.

Noll, Heinz-Herbert: «Beschäftigungsstruktur im Wandel: Die Bundesrepublik im internationalen Vergleich», W. Zapf, ed., *Die Modernisierung moderner Gesellschaften. Verhandlungen des 25*, 279-292. Deutschen Soziologentages in Frankfurt. Frankfurt: Campus, 1991.

OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico): *Employment Outlook*. París: OEDC, 1987.

OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico): *Employment Outlook*. París: OEDC, 1988.

OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico): *Employment Outlook*. París: OEDC, 1989.

OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico): *Employment Outlook*. París: OEDC, 1991.

OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico): *Labour Force Statistics*. París: OEDC, 1992.

Phillips, Kevin P.: *The Politics of Rich and Poor. Wealth and the American Electorat in the Reagan Aftermath*. Nueva York: Random House, 1990.

Picot, Garnett, John Myles y Ted Wannell: *Les bons et les mauvais emplois et le déclin de la classe moyenne: 1967-1986*. Ottawa: Statistique Canada, Direction des études analytiques, n.º 28, 1990.

Rudolph, Helmut: «Befristete Beschäftigung - Ein Überblick», *Mitteilungen aus der Arbeitsmarkt- und Berufsforschung*, 20: 283-304, 1987.

Sims, Harvey: «Participation Rate Changes in Canada in the Early 1980's», *Canadian Labour Markets in the 1980's*, 65-80. Kingston: Queen's University, 1983.

**5. EVOLUCION DE LOS
VINCULOS FAMILIARES:
PADRES E HIJOS ADULTOS**

Howard M. Bahr

Jean-Hugues Déchaux

Karin Stiehr

Nuestro objetivo es describir las relaciones intergeneracionales en las cuatro sociedades nacionales, en el contexto de otras tendencias contemporáneas que pueden influir sobre la vivencia del parentesco y las formas que este adopta¹. También hemos acudido a la ingente literatura de investigación sobre los lazos generacionales en las sociedades industriales, con el fin de enmarcar nuestro estudio del cambio dentro de las generalizaciones ya establecidas por distintos autores.

En teoría, el número de parientes de cada uno depende de la fecundidad y la mortalidad de su familia, pero en la práctica tal condicionamiento biológico está supeditado a las definiciones culturales de parentesco «cercano» o «lejano» y a variables tales como los hábitos vacacionales tradicionales, la posición social de la familia y la proximidad física de parientes lejanos. El concepto de parentesco como una red de relaciones entre familiares es más sociológico que genealógico. La genealogía define redes potenciales, pero la interacción determina su realidad. El uso corriente atribuye límites ambiguos a términos como «parentesco» y «pariente». Muchos autores aplican expresiones como «red de parentesco» o «relaciones intergeneracionales» a estudios que se ocupan sobre todo de familias «inmediatas» de orientación y procreación.

Para establecer comparaciones internacionales, es preferible emplear una definición muy precisa y troncal, inequívoca prácticamente para todos los investigadores, antes que hablar de redes más extensas con límites variables. Por consiguiente, la mayor parte de este análisis se centra en una categoría de vínculos

¹ Gran parte de este capítulo se escribió cuando su autor más veterano disfrutaba de una beca de investigación en el Centro de Estudios Internacionales David M. Kennedy, en la Universidad Brigham Young. Dicho centro costeó además en parte la reunión semestral del Grupo celebrada en Provo (Utah) en noviembre de 1992, en la cual se presentaron y criticaron los borradores de éste y otros capítulos.

intergeneracionales: las relaciones entre padres e hijos. Tal limitación no es muy restrictiva, porque se trata de la relación más importante en las sociedades industrializadas del mundo occidental y la llamada literatura del «parentesco» se ocupa principalmente de las relaciones entre padres mayores y sus hijos adultos ². Los estudios sobre relaciones intergeneracionales o de parentesco en cualquiera de sus modalidades suelen destacar la prioridad de dicho vínculo, pues ningún otro le iguala en términos de afecto, contacto, comunicación, obligación mutua y ayuda ³.

También hay que hacer especial hincapié en las relaciones padres-hijos adultos porque tal binomio se ha convertido en el más característico. En las cuatro sociedades en fase avanzada de industrialización que aquí estudiamos existen más emparejamientos de padres con hijos adultos que con hijos menores. En otras palabras, «hoy día el vínculo entre un progenitor y su hijo une casi siempre a dos adultos». Ello complica la relación, que a menudo supone desempeñar simultáneamente los roles de padre y de hijo, pues la mayoría de los adultos tienen hoy a su cargo a dos generaciones como mínimo (Smyer, 1984: 325-326).

La información de buena calidad sobre tendencias del parentesco es relativamente escasa, así que varios de nuestros informes nacionales sobre «redes de parentesco» son más que nada cualitativos e impresionistas, ya que se suelen basar en estudios locales o regionales. Por consiguiente, el presente capítulo no se apoya tanto como otros de este libro en los informes de tendencias contenidos en los cuatro volúmenes nacionales. No quiere esto decir que no sea también fruto del esfuerzo coordinado de todo nuestro grupo de investigación, pero la recogida y el análisis de muchos de los datos son posteriores a la preparación de los

² Los estudios cuantitativos sobre relaciones fraternales son relativamente pocos, pero como se ha escrito tanto sobre relaciones de parentesco en la sociedad industrial, lo de «relativamente pocos» significa hoy una cantidad importante. Esta menor representación de las relaciones fraternales en la literatura de investigación fue subrayada por varios autores en un número especial de la revista *American Behavioral Scientist* (1989, n.º 1). Este trabajo señala que en la vejez los hermanos cuentan más por su apoyo afectivo que por el instrumental, que existe poco contacto entre hermanos en comparación con el que mantienen padres e hijos y que dos hermanos están más unidos si uno de ellos es mujer que si los dos son varones (Gold, 1989: 30). La mayoría de los estudios de relaciones más allá del parentesco inmediato se refieren a abuelos.

³ Dicho de otro modo, los libros que tratan del parentesco se ocupan principalmente de «relaciones familiares» (es decir, de «relaciones [que] nacen de actividades reproductivas que implican la interacción de personas que viven cerca») en el sentido limitado del término que recomienda Harris (1990: 74). Tal es el enfoque de Höhn y Lüscher (1988: 317), que entienden la familia como «formas de vida (*Lebensformen*) basadas esencialmente en la organización de relaciones entre padres e hijos, las cuales gozan de especial reconocimiento por parte de la sociedad».

informes individuales en lugar de construirse directamente sobre ellos.

Reconocemos los riesgos inherentes a toda generalización, hasta cuando se refiere a una sola nación (cf. Gommers, Hankenne y Rogowski, 1979: 117), no digamos cuando abarca varias naciones y grupos idiomáticos. En nuestro caso, nos hemos sentido muy tentados a concluir que, por razones de proximidad geográfica, el contacto o la estructura familiar son aproximadamente los mismos en todos los países vecinos y que en todas partes ocurren las mismas cosas. Sin embargo, por lo que se ha escrito sobre otras tendencias nacionales, sabemos que un paralelismo aparente es resultado a menudo de una infinidad de factores culturales e históricos diferentes.

Ante esto se corre el peligro de precipitar juicios de «convergencia»⁴ o «isomorfismo». Suponer que los cambios producidos en una nación tienen su equivalente en otra, aunque no coincidan en el tiempo pero sí en la dirección, puede conducir a una identificación prematura y errónea de «tendencias maestras». Es lo que puede suceder, por poner un ejemplo que incide directamente sobre las relaciones de parentesco, cuando se intenta interpretar la «tendencia masiva» que empuja a personas entre los 55 y los 64 años hacia la jubilación anticipada en varios países industrializados. Guillemard (1989: 169), en su búsqueda de semejanzas entre las fórmulas institucionales que provocaron dicha tendencia, tuvo buen cuidado de examinar los datos de cada nación por separado en lugar de dar por hecho el paralelismo. «Las fórmulas institucionales que nos interesan no pueden ser definidas a priori», dijo, «han de ser descubiertas y analizadas país por país». De forma similar, Van de Kaa (1987: 8-12, 33) sostiene que si bien la «segunda transición demográfica» manifiesta características muy similares en casi todos los países europeos, dentro de cada uno operan numerosos factores, con lo que resultados semejantes pueden reflejar diferentes combinaciones de antecedentes.

Empezaremos nuestro análisis de relaciones intergeneracionales en Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos reafirmando al-

⁴ Weatherford advierte que con frecuencia se da por hecho que los países industriales se parecen, cuando lo mismo podría pensarse de los pueblos dedicados a la horticultura o al pastoreo. Su análisis de los ciclos de vida laboral y doméstica en una comunidad germánica industrial no urbana demuestra que las diferencias pequeñas en el ciclo de vida laboral pueden ir acompañadas de diferencias sustanciales en los ciclos de vida doméstica y en las pautas culturales del envejecimiento. Los contrastes más notorios en materia de vida familiar y pautas de envejecimiento, dice, son consecuencia de interacciones de «determinados valores especialmente pronunciados en la sociedad germánica» unidos a una peculiar historia de políticas legales y gubernamentales que los han apoyado y a la influencia del entorno local (Weatherford, 1981: 145-146).

gunas características bien documentadas del parentesco en las sociedades industriales modernas. Estas incluyen tanto atributos descriptivos de las relaciones familiares como generalizaciones sobre los procesos de cambio e interacción entre la familia y otras instituciones sociales. A continuación repasaremos algunas de las supuestas «tendencias maestras» que provocan cambios en las relaciones de parentesco. Luego consideraremos las tendencias demográficas que influyen en las relaciones entre padres e hijos, sobre todo las relacionadas con la esperanza de vida, la proporción entre los sexos, la fecundidad, los nacimientos fuera del matrimonio y el aborto. Para terminar, nos apartaremos de los temas relacionados con el contexto cultural y demográfico para centrarnos en las características de la familia, a saber, el tamaño del núcleo familiar, su composición, la proximidad residencial entre padres e hijos, la frecuencia de las visitas y la asistencia mutua.

Algunas características de la familia y de las relaciones familiares en las sociedades industriales

En las sociedades de industrialización avanzada, la forma familiar predominante es la «familia extensa modificada», que suele presentar las siguientes características: frecuente interacción, estrechos lazos afectivos, intercambio de bienes y servicios, ayuda mutua, contacto voluntario y algún miembro al menos que viva lo suficientemente cerca como para poder visitarlo (Cogwill, 1986; Troll, Miller y Atchley, 1979; Sussman, 1976; Bengston y Cutler, 1976; Troll, 1971; Young y Willmot, 1957). La estructura de esta familia es típicamente bilateral, con especial acento en los lazos directos de sangre, con una orientación matrilateral y actividades de parentesco que giran en torno al elemento femenino (Johnson y Barer, 1987; Kivett, 1985: 228; Yanigasako, 1977). Las relaciones son normativas, pero están a menudo gobernadas por un «principio voluntarista u opcional», y los parientes tienden a dividirse en dos clases principales, el núcleo familiar y una categoría amorfa de «parientes» cuyas fronteras varían según la cultura.

La mayoría de las personas mayores viven cerca de alguno de sus hijos y mantienen con él un contacto frecuente (Cogwill, 1986, Shanas, Townsend *et al.*, 1968: 195; Townsend, 1957; Young and Willmott, 1957: 30). Las relaciones entre abuelos y nietos suelen ser bastante formales y distantes y la falta de afecto se debe en parte a la distancia física y en parte a la disparidad de sus actividades (Cogwill, 1986: 92)⁵. Entre los factores que influyen sobre

⁵ La generalización de Cogwill se refiere en teoría a las familias occidentales, pero el enfoque de su estudio es más americano y británico que continental.

las relaciones familiares cabe citar la proximidad de los parientes en el tiempo y en el espacio, la proximidad genealógica, las tasas de fecundidad y mortalidad, la convivencia, la composición del núcleo familiar y las peculiaridades culturales de la región, la etnia, la clase y el sexo.

La influencia de la *proximidad espacial/temporal* está condicionada por la fuerza (cercanía afectiva y biológica) de la relación y por la tecnología desarrollada por la sociedad y aplicada a las comunicaciones y al transporte. Cuando todo lo demás es igual, la distancia atenúa el contacto, la comunicación y la ayuda mutua. Para decirlo de otra manera, cuanto más dispersos están los parientes, más débil es su influencia recíproca y «más se fortalece la unidad nuclear a expensas de los demás lazos familiares» (Blood, 1970: 193). Incluso con los transportes y comunicaciones modernos, la distancia condiciona de manera decisiva el contacto familiar, de manera que su frecuencia es inversamente proporcional a la distancia entre domicilios (Cogwill, 1986: 85). No sólo las visitas, también la cantidad de ayuda que reciben las personas mayores de sus parientes directos está directamente relacionada con la proximidad residencial (Kivett, 1985: 231).

El vínculo entre padres e hijos es el más importante en cuestión de apoyo mutuo (véase, por ejemplo, Taylor, 1986; Shanas, 1979a; Adams, 1968), y, dentro de dicha categoría, la conexión más importante es la que mantienen madre e hijo o hija. La naturaleza inicialmente biológica, de este lazo se ve fortalecida por la socialización y la interacción educacional. Por múltiples razones las mujeres se ocupan más que los hombres de mantener a lo largo de toda su vida los contactos entre los miembros de la familia. La consecuencia es que la *conexión entre la madre y sus hijos es más duradera* e importante que las demás en términos de comunicación, interés, visitas, responsabilidad y ayuda mutua.

Los efectos de la *distancia genealógica* son más o menos congruentes con los de la distancia temporal y espacial. Las obligaciones con los parientes se desvanecen en dicha distancia «no porque subsistan entre miembros de categorías diferentes, sino porque las partes no han compartido la experiencia de *pertenecer a un mismo hogar*» (Harris, 1990: 74, 95; énfasis añadido).

Muchos de los libros que se ocupan de la primacía de los binomios formados por padres e hijos corroboran la conclusión de que la convivencia o *cohabitación* —el compartir experiencias y la reciprocidad que caracterizan la vida doméstica— crea obligacio-

En la Alemania de hoy, las abuelas y a menudo los abuelos participan activamente en la crianza de los niños porque las facilidades de cuidado infantil extrafamiliar son escasas.

nes y privilegios que determinan decisivamente las ulteriores relaciones entre los padres y sus hijos adultos. La actividad familiar genera sentimientos, rituales y otros patrones sociales duraderos. Las obligaciones asociadas a cada función se debilitan a medida que nos alejamos del binomio base y en la mayoría de las sociedades industriales los «parientes consanguíneos que no pertenecen a la familia de orientación [tienen][...] escaso peso funcional como soporte de los sistemas de adultos mayores» (Kivett, 1985: 229).

Los cambios en la longevidad y en la fecundidad alteran la estructura de la red familiar, o al menos su estructura potencial. Cuanto mayor es la *esperanza de vida*, más generaciones participan en la actividad intergeneracional y, cuanto mayor es la *fecundidad*, más son los potenciales componentes de cada generación de parientes.

La fecundidad no determina la naturaleza de las redes familiares, pero impone límites. Una fecundidad elevada significa que, potencialmente, la familia consta de muchos miembros, tanto la de orientación como la más extensa. Una fecundidad baja significa que, aunque los mayores vivan muchos años, serán pocos los que tengan nietos (Cogwill, 1986: 91). No olvidemos que, desde el punto de vista de los nietos, una larga esperanza de vida significa conocer por regla general a dos o tres generaciones de antepasados.

El factor esencial puede ser la *cultura*, ya que proporciona las definiciones sociales de todos los lazos biológicos conocidos. Todas las sociedades especifican los derechos y obligaciones asociados a cada vínculo biológico posible, sobre todo a los más directos. El término «parentesco» tiene pues una definición social y el significado y los límites de «familia» y «parentela» no son los mismos en todas las culturas.

Los conceptos y los comportamientos del parentesco varían tanto dentro de cada nación como entre naciones. Cada sociedad nacional incluye colectivos étnicos cuyos patrones familiares difieren del mayoritario. Además de las derivadas de la etnia, pueden existir diferencias regionales o locales que afecten también a las relaciones familiares. A ello hay que sumar la desigualdad socio-económica entre los subgrupos étnicos y el grueso de la población y es bien sabido que la posición social guarda relación con los patrones familiares.

La pluralidad cultural de los países europeos se ha visto acrecentada por la afluencia de inmigrantes procedentes de países menos desarrollados, que ha venido a compensar la escasez de mano de obra. A ellos se han sumado los refugiados. En Francia y Alemania estos trabajadores «extranjeros» parecen adaptar pronto su fecundidad y muchos otros aspectos de su comportamiento a las

normas de sus anfitriones, pero hasta que lo hacen se rigen por valores familiares distintivos y hasta «tradicionales»⁶.

También existen modelos históricos de carácter regional, como las diversas «tradiciones antropológicas» francesas. En el sudoeste de Francia la proporción de hogares en los que conviven padres e hijos adultos es más alta que en ningún otro sitio debido al tradicional tipo familiar de la «*maison*», cercano a la noción de «familia troncal» desarrollado por Frederic Le Play (véase Augustins, 1989; Déchaux, 1991). En Estados Unidos la familia rural manifiesta dos concepciones distintas del parentesco «cercano», la «familia extensa» del sur, que presupone una mayor concentración residencial de parientes y cuenta a los primos hermanos como parientes cercanos y la «familia del oeste», que relaciona «cercano» con el núcleo familiar (Heller y Quesada, 1977). Tampoco interaccionan igual los padres e hijos blancos que los negros e hispanos, y varía entre ellos el mutuo apoyo financiero y de otro tipo. Y los negros y los hispanos exhiben también contrastes (Jackson, 1980; Cantor, 1979; Shanahan, 1979a). Los estudios sobre redes de apoyo a los ancianos negros en Estados Unidos revelan una notable variación regional y socioeconómica (Taylor, 1985).

Las desigualdades en el *status socioeconómico* imprimen diferencias en el comportamiento familiar y en el peso de la parentela. Entre otras cosas, Blood (1970: 191) descubrió que, entre la gente de clase alta, las transacciones familiares representaban una proporción menor dentro del conjunto de transacciones sociales que entre la de clase baja. Ello no quería decir, sin embargo, que los lazos familiares significaran menos para los ricos, ya que «el mismo margen discrecional que permite a tales familias invertir más recursos con sus parientes les permite también invertir más con quienes no son sus parientes». Paradójicamente, el resultado es que «para la gente pudiente, los parientes son al mismo tiempo más importantes en términos absolutos y menos importantes en términos relativos»⁷. Rossi y Rossi (1990: 226-228) también ha-

⁶ En 1982, cerca del 10 % de los nacimientos franceses y casi el 15 % de los alemanes fueron producto de la fecundidad de inmigrantes. En Alemania este colectivo representaba algo más del 4 % de la población en 1970, un porcentaje que se elevó al 8 % en 1989. En Francia los inmigrantes constituían un 11 % de la población en 1982, y más de la mitad de ellos eran argelinos, portugueses, italianos y marroquíes. En Alemania no se considera a los «trabajadores invitados» como inmigrantes y se supone que regresarán a sus países de origen después de una estancia limitada, pero tal definición legal no refleja la realidad. De hecho, se quedan cada vez más tiempo.

⁷ Esta paradójica relación quedó confirmada en un sondeo efectuado entre 1984 y 1985 en Alemania: la gente de clase baja declaró tener una «red de contactos» de unas 13 personas, mientras que los de clase media-alta hablaron de unos 35. No obstante, la diferencia se debía casi por entero a que los ricos tenían más amigos y conocidos, y no más parientes. No habían heredado sus contactos, sino que los habían ido ampliando a lo largo de su vida, así

llaron que la posición socioeconómica establecía diferencias. Entre sus encuestados bostonianos, la obligación familiar se percibía con mayor o menor fuerza según el nivel educativo.

Otro aspecto determinado por la cultura es la *escala de valores* de la población, que adjudica significados y establece prioridades de comportamiento familiar, o lo que es lo mismo, que determina lo que procede o no en el trato con los parientes y los derechos y obligaciones de cada uno. Los valores tradicionales que acentúan el compromiso (o el altruismo o el «tradicionalismo») tienden a mantener y fortalecer los sistemas familiares. Por otro lado, parece que los que conceden prioridad al individualismo (o hedonismo o «progresismo») los limitan y atenúan. La cultura también modela las relaciones familiares a través de los roles sexuales. En las sociedades occidentales —y parece que en la mayoría de las sociedades de hoy— las mujeres son más responsables de mantener las actividades familiares que los hombres. La tradición asigna a la mujer el grueso de la actividad alimenticia, y los «servicios filiales» suelen corresponder a las hijas o a las hermanas (Harris, 1990: 90; Smyer, 1984: 330-331)⁸.

Entre las tendencias actuales que acrecientan las responsabilidades familiares de la mujer están los recientes aumentos del número de familias encabezadas por una mujer y la abundancia de mujeres en los grupos de más edad. Conviene tener en cuenta que si la mayor parte de los servicios familiares corren a cargo de mujeres adultas y esas mujeres están además cada vez más integradas en el mundo laboral, una de dos, o aumentan sus cargas o degeneran los servicios prestados⁹.

que tendían a ser más voluntarios y recíprocos que los lazos familiares que tanto ellos como los encuestados de clase baja mantenían (Marbach y Mayr-Kleffel, 1988).

⁸ En Inglaterra, por ejemplo, los padres mayores mantienen la mitad de contacto diario con sus hijos que con sus hijas, y viven más cerca de ellas (Young y Geertz, 1961: 131-133; Cogwill, 1986: 86). Esta tendencia de los vínculos femeninos se extiende también a los primos. Según cierto estudio, el más cercano era el primo por parte de madre (55%) o el emparentado con ella por matrimonio (6%) (Kivett, 1985: 230). Hasta los investigadores se amoldan a la tendencia dominante: hay menos estudios sobre abuelos que sobre abuelas y mucho de lo que se recoge bajo el epígrafe «abuelos», o bien parte de las abuelas o se refiere directamente a ellas. De forma análoga, la relación madre-hijo atrae más interés que la relación padre-hijo, y también se ha escrito más sobre hermanas que sobre hermanos.

⁹ Los esfuerzos por involucrar a «la familia» en diversas actividades de apoyo mutuo conciernen generalmente más a las mujeres que a los hombres. En lo que Baker (1986: 439) llama el enfoque de «conciencia social», las alusiones a la «moralidad» de la responsabilidad familiar «refuerzan [...] aumentando normalmente las obligaciones de los miembros femeninos de la familia hacia los ancianos, enfermos e impedidos». Blood (1970: 200) señala que si bien hoy las redes de parentesco son más igualitarias y menos jerárquicas que antes, incluso esta «relajación» de las obligaciones familiares sigue fomentando más la participación de la mujer que la del hombre.

Parentesco y cambio social

Entre los procesos históricos a los que se suele atribuir la disrupción o el cambio del comportamiento familiar podemos citar la modernización, la industrialización y la urbanización¹⁰. Estos procesos maestros han venido acompañados de cambios en las tasas demográficas, como el aumento de la emigración o el descenso de la fecundidad y la mortalidad, que han tenido un impacto significativo en la estructura de los grupos familiares. Los cambios en las instituciones políticas y educativas también han repercutido en las relaciones familiares y la familia, a su vez, ha influido sobre la política, la educación y otras instituciones sociales.

Ahora sabemos que no tiene por qué existir una relación entre la modernización y el tamaño y viabilidad de los sistemas familiares. A veces la modernización fortalece estos sistemas, aunque esto sea poco frecuente en los países industrializados del mundo occidental. Vivir en una ciudad, por ejemplo, con su diversidad de especialidades profesionales, puede reducir las necesidades de emigrar en busca de empleo y fomentar así la proximidad familiar (Sussman, 1970: 95). En determinadas circunstancias, lo que hacen las redes de parentesco es facilitar más que obstruir la modernización, y entre los posibles efectos de la emigración se cuentan la concentración y la intensificación de los lazos familiares (Blood, 1970: 191, 196; Talmon, 1970)¹¹.

¹⁰ Vamos a dar aquí una breve definición de estos procesos. Definirlos con más precisión, especificando sus relaciones y comparando orientaciones (o perspectivas o paradigmas o teorías) políticas e intelectuales asociadas con ellos sería una tarea que ocuparía varios volúmenes y que sobrepasa nuestra necesidad y capacidad aquí. La «industrialización» se refiere a la progresiva utilización de fuentes inanimadas de energía en la producción económica. La «modernización» denota una creciente racionalidad en la planificación, la gestión y la dirección de la vida social, incluyendo los cambios a experimentar por las instituciones sociales y las actitudes y valores de la gente en aras del desarrollo industrial y de la innovación tecnológica. La «urbanización» alude a los procesos mediante los cuales aumenta la proporción de habitantes de una sociedad que viven en las ciudades o en zonas donde se concentra bastante población.

¹¹ Hace dos décadas, Sussman (1970: 497-498) pidió que se estudiaran más los sistemas familiares como fuerzas que actuaban de forma independiente en la configuración de su entorno institucional, dejando de lado la habitual concepción de la familia como una variable dependiente. Insistía en que la relación era recíproca: las familias actuaban y también se actuaba sobre ellas. Sostenía que los estudios comparativos entre culturas resultaban especialmente útiles para aprender «cómo la forma particular y el estadio de industrialización y urbanización afectaban a los cambios en la estructura y las funciones familiares y cómo el propio sistema familiar puede haber configurado y moldeado el patrón de desarrollo económico e industrial». Repasaba el estudio de Murdock sobre la interacción de los cambios sociales y familiares de 250 sociedades y concluía (Sussman, 1970: 490): «Las estructuras familiares no se rompen, ni se disuelven, ni siquiera cambian radicalmente como resultado del contacto cultural con sociedades que presentan un grado igual o

En muchos contextos modernos, el grupo familiar sigue siendo una importante unidad económica que facilita la inserción en esferas superiores de la economía. Si los grupos familiares desempeñan tales funciones integradoras, cabe decir que los lazos familiares constituyen una parte vital de la estructura social contemporánea. Dichos lazos pueden establecer o sustentar relaciones económicas y éstas pueden a su vez fortalecer o debilitar los lazos familiares (Harris, 1990: 92).

En resumen, el parentesco y la interacción familiar se conjugan con otras relaciones sociales sin que pueda presuponerse oposición o congruencia entre ambas. En algunas ocasiones, la familia compite con otras «instituciones voraces» por acaparar lealtad y recursos personales (Cosser, 1974) y, en otras, los sistemas familiares facilitan el acceso a otras instituciones y la promoción dentro de ellas. Para entender la relación entre parentesco y modernización hay que enmarcarla en su contexto histórico, cultural e institucional.

«Tendencias maestras»: Modernización, industrialización, urbanización

Al resaltar aspectos de las «tendencias maestras» que aparecen en nuestros cuatro contextos nacionales, no pretendemos insistir en la desfuncionalización de la familia que se imputa a la ya denostada urbanización; sólo queremos poner de relieve la existencia de variaciones nacionales continuas e importantes en muchos indicadores clave de la modernización/industrialización. En efecto, la diversidad nacional en cuanto a magnitud e incluso, en ocasiones, dirección de tendencias resulta suficiente como para poner en duda la relación directa que a menudo se supone entre la modernización y las microrrealidades del comportamiento familiar. Esto quiere decir que si nos paramos a *comparar* indicadores específicos de modernización en lugar de dar por sentada su semejanza, descubriremos que las cuatro sociedades difieren más en cuanto a grado o fase de modernización que en cuanto a comportamiento familiar.

Otro obstáculo que nos encontramos al intentar interpretar los cambios del comportamiento intergeneracional en el contexto de la modernización (o posmodernidad) consiste en que las tendencias maestras como la modernización o la industrialización tienen una definición tan amplia que carecen prácticamente de utilidad

superior de desarrollo tecnológico, sino que tales estructuras evolucionan y se adaptan con el paso del tiempo, asumiendo actividades y funciones que, en su mayor parte, apoyan las nuevas condiciones y los sistemas sociales emergentes, a la vez que se ajustan a ellos».

como variables discretas independientes. Consideremos la siguiente definición de modernización extraída de un texto de sociología:

La modernización se refiere a un conjunto de cambios sociales que han tenido lugar en sociedades de todo el mundo en las tres últimas décadas. Engloba todos los cambios que las sociedades y los individuos experimentan como resultado de la industrialización, la urbanización y el desarrollo de los estados nacionales [...] [La modernización] resume la mayor parte de los cambios esenciales, para mejor o para peor, que las sociedades de todo el mundo están experimentando, si bien en grados diferentes y con distintas dosis de trastorno social. (Kornblum, 1988: 568-569).

Téngase en cuenta que desde 1700 *no* ha habido prácticamente cambios que no puedan catalogarse como modernización. La metáfora da cabida a todo. La modernización es la causa de todo, o lo es todo. Se presupone que impregna todos los aspectos de la vida familiar:

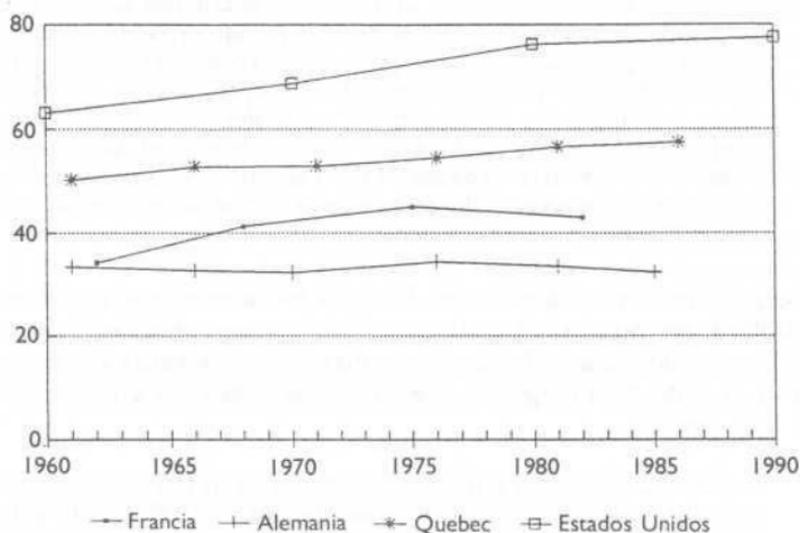
La industrialización [...] trasladó la producción a las fábricas. Al arrancarla del hogar, el capitalismo moderno provocó efectos de gran alcance sobre todas las facetas de la familia. *Nada* se libró de tales efectos (Henslin, 1990: 410,414).

Decir que la modernización o la industrialización lo cambiaron todo no explica cómo se produjeron los cambios. Además, ponerles a todos el marchamo de la modernización y proclamar que ni un solo aspecto de la sociedad permaneció intacto lo explica absolutamente todo, o sea que no explica nada. Sobre todo, en el caso de las sociedades industriales avanzadas, cada una de las cuales ha estado ya expuesta durante décadas, cuando no siglos, a cambios profundos, tal exageración tiende a desalentar más que a estimular a los investigadores.

Conforme a los objetivos de este trabajo, sólo nos interesa establecer si los cuatro decorados postindustriales elegidos representan contextos congruentes para el comportamiento familiar. Podemos empezar por el proceso de urbanización, una condición necesaria pero no suficiente para la modernización. Los cuatro países son urbanos, con niveles de urbanización que oscilan entre el 60-70 % de Francia y el de Alemania, muy por encima del 80 %. Desde 1970 aproximadamente, el porcentaje de población urbana se ha estabilizado en casi todas partes con la excepción de Alemania. Sin embargo, la definición de «urbano» es demasiado amplia como para tener verdadero sentido, ya que mete en el mismo saco a todos los que viven en núcleos de más de 2.000 habitantes (1.000 en el caso de Quebec).

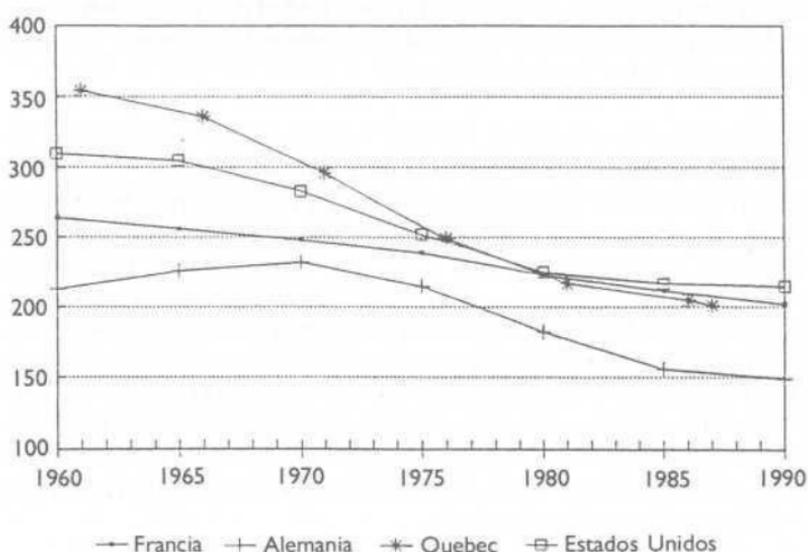
Las diferencias más llamativas entre las cuatro sociedades se refieren a «población metropolitana», definida como aquella que

GRAFICO 1
Metropolización^a
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1960-90



^a Porcentaje de población en aglomeraciones urbanas de más de 100.000 habitantes
 FUENTES: Caplow et al., 1991; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Langlois et al., 1992.

GRAFICO 2
Descenso de la presencia infantil^a
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1960-90



^a Personas menores de 15 años por cada 1.000 habitantes
 FUENTES: Caplow et al., 1991; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Keyfitz y Flieger, 1990; Langlois et al., 1992.

vive en núcleos de 100.000 habitantes como mínimo. Alemania, la más urbana de las cuatro, resulta ser la menos metropolitana, pues tan sólo un tercio de su población reside en núcleos tan grandes. Francia, en consonancia con el «polo europeo» o modelo franco-germánico propuesto por Lemel y Modell (capítulo 2 de este libro) se parece a Alemania, pues presenta un bajo índice de urbanización, apenas superior al 40 %, y una tendencia a la estabilización más que al aumento, desde 1970 más o menos. Quebec es mucho más metropolitana, con más de la mitad de su población asentada en grandes núcleos urbanos durante las tres décadas completas y una perceptible tendencia ascendente, ya que en 1990 se había alcanzado casi el 60 %. La tendencia de Estados Unidos es congruente con la de Quebec pero más pronunciada: en 1960, el 63 % de la población vivía en núcleos urbanos de 100.000 habitantes o más, y en 1990 casi el 80 %. En otras palabras, puede decirse que las cuatro naciones ocupan tres «niveles» distintos de urbanización (Gráfico 1). En 1980, más de las tres cuartas partes de los estadounidenses vivían en áreas metropolitanas, frente un tercio aproximadamente de alemanes y la distancia entre ambos países se ensanchaba ¹².

Consideremos las tendencias a quince o veinte años vista de los cinco indicadores de modernización resumidos en el Cuadro 1. La convergencia sólo se ha producido en un caso: los teléfonos per cápita. Las tasas de matriculación en centros de enseñanza superior revelan una discreta tendencia a la convergencia: en 1990, los habitantes de Quebec y Estados Unidos tenían casi el doble de probabilidades que los franceses y los alemanes de acceder al tercer ciclo educativo. Quince años antes la diferencia había sido mayor: la tasa estadounidense había sido tres veces superior a la europea, mientras Quebec ocupaba una posición intermedia.

En otros dos indicadores, el de médicos per cápita y producto interior bruto (PIB) per cápita, se perfilaron notables diferencias entre los cuatro países, pero todas las tendencias fueron ascendentes. Si escogemos el número de médicos por unidad de población como indicador de modernidad, Alemania es la más moderna, por un margen ligeramente superior en 1987 que en 1970. Si escogemos el PIB per cápita, Estados Unidos va a la cabeza por un margen continuo en dólares constantes cercano al 50 % respecto de Francia y Alemania, mientras que el PIB de Quebec se

¹² Este ejemplo demuestra que la elección de un indicador entre alternativas aparentemente comparables puede modificar radicalmente las conclusiones del trabajo. Si se escoge la urbanización, Alemania es el país más «moderno» de los cuatro y Estados Unidos se une a Francia en la cola de los menos modernos. Si se escoge la «metropolitanización», los resultados se invierten y el desfase aumenta considerablemente. Las tasas de urbanización expuestas anteriormente han sido extraídas de los informes sobre tendencias (Q./2.3, EE.UU./0.1; Keyfitz y Flieger, 1990: 201, 262, 264).

ha elevado y se acerca a la cifra de Estados Unidos. En términos de consumo energético per cápita, las cuatro naciones manifiestan un desarrollo paralelo sin ninguna tendencia en particular: las tasas de consumo a finales de los ochenta eran casi las mismas de 1970. No obstante, si definimos «moderno» en términos de *eficiencia* del consumo energético y calculamos el PIB per cápita por unidad de consumo energético, Francia es la nación más moderna, pues su coeficiente de dólares por unidad energética dobla al de la menos moderna de las cuatro, Estados Unidos.

Aunque el potencial económico (PIB) y el consumo energético son indicadores clásicos de modernización, existen serios problemas de interpretación asociados con ambos¹³, y muchos de los que hoy critican la teoría de la modernización («límites al crecimiento», «tecnología apropiada», «futuros alternativos», movimientos «verdes») los rechazarían como indicadores del tipo de sociedad «moderna» que prefieren. Aun así, ambos representan una realidad económica permanente que repercute sobre las relaciones intergeneracionales de muchas formas. Si se neutralizan otras diferencias, una sociedad más opulenta tiene más recursos que dedicar al mantenimiento de las relaciones familiares y un alto consumo energético puede facilitar tanto como frustrar la interacción y la actividad familiar. También puede argüirse que las tensiones personales asociadas con una baja productividad y una escasez de energía complican la vida familiar y la desestabilizan. La cuestión es que un nivel alto de productividad per cápita y de utilización de recursos (modernización) pueden orientar las relaciones familiares en *cualquier* dirección o en ninguna, dependiendo de otros aspectos del contexto nacional y cultural.

Si quisiéramos resumir las pautas descritas hasta ahora en términos de posición nacional relativa (alta, moderada, baja), podríamos decir que estamos ante tres tipos de sociedad industrial avanzada, con una aparente distinción entre los dos países europeos y los dos norteamericanos y muchas diferencias también entre Quebec y Estados Unidos. No hay apenas razón para esperar que el comportamiento del parentesco se vea afectado de forma uniforme o unidireccional por procesos de modernización concebidos ambiguamente por el reflejo de indicadores que confirman una diversidad nacional importante y permanente.

¹³ Uno de los problemas estriba en que para que la comparación internacional cobre verdadero sentido hay que tener en cuenta el clima, la densidad de población, la disponibilidad de recursos energéticos locales y la naturaleza de los sistemas de transporte (cf. Dunkerley, 1980). Para los que critican la teoría clásica de la modernización, la correlación entre consumo energético y modernización o desarrollo ilustra la naturaleza explotadora, derrochadora y en última instancia destructiva de los procesos conceptuados como modernización por los etnocentristas americanos y europeos de los años cincuenta y sesenta (Kothari, 1989; Kassiola, 1990).

Cuadro I
Indicadores de modernización
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1963-89

Año	F	A	Q	EE.UU.
<i>Teléfonos por 1.000 habitantes</i>				
1963	112	137	329	446
1970	172	225	434	587
1975	264	317	550	686
1980	452	464	653	788
1985	608	621	—	760
1985	—	650	—	—
<i>PIB per cáp., \$ 1988 ('000)</i>				
1970	10,0	10,3	9,8	15,0
1975	11,5	11,3	12,8	16,0
1980	12,5	12,7	14,9	17,0
1985	12,9	13,3	15,8	18,2
1987	13,3	13,8	17,6	19,0
1988	13,6	14,2	—	19,6
<i>Matriculados en enseñanza superior por 1.000 hab.</i>				
1965	1.502	—	—	2.844
1970	1.333*	—	2.988	4.144
1975	1.971	1.684	3.801	5.179
1980	1.998	1.987	4.829	5.311
1985	2.318	2.540	5.883	5.118
1987	2.395	2.675	6.027	5.270
1988	2.656	2.760	5.954	5.438
1989	2.842	2.843	5.991	5.596
<i>Médicos por 100.000 habitantes</i>				
1963	—	—	—	—
1970	128	163	—	137
1975	153	193	158	143
1980	201	226	182	172
1985	232	—	204	201
1985	250	280	214	205
<i>Consumo energ. per cáp. equiv. kg. carbón ('000)</i>				
1970	4,0	5,4	6,9	11,0
1975	3,9	5,4	7,4	10,9
1980	4,4	5,7	7,5	10,6
1985	4,0	5,7	6,4	9,5
1987	3,7	5,6	6,5	9,5
1988	3,7	5,6	6,9	10,0
<i>PIB per cáp. \$ 1988/equiv. Kg. carbón</i>				
1965	—	—	—	—
1970	2,5	1,9	1,4	1,4
1975	2,9	2,1	1,7	1,5
1980	2,8	2,2	2,0	1,6
1985	3,2	2,3	2,5	1,9
1987	3,6	2,5	2,7	2,0
1988	3,7	2,5	—	2,0
1989	—	—	—	—

* 1971

FUENTE: Caplow et al., 1991; Forse et al., [(N. del T.) No se lee el resto]

Tendencias demográficas

La evolución de las tasas de fecundidad, nupcialidad y mortalidad afecta al número de parientes potenciales. Si las mujeres son las que mantienen el contacto y el vínculo entre la madre y sus hijos es el más fuerte, el número de mujeres dentro de una población, su fecundidad y su longevidad contribuirán a definir los límites potenciales de la estructura familiar e incluso, en términos relativos, la intensidad de las relaciones familiares¹⁴. El ámbito potencial de las relaciones intergeneracionales queda limitado en sentido horizontal por la fecundidad y en el vertical por la longevidad.

Los procesos demográficos interactúan con las normas culturales de formación de la familia y del hogar para determinar redes de parentesco y grupos convivenciales definidos por la sociedad (De Vos y Palloni, 1989: 176-178). En dichos grupos, los procesos activos de convivencia estable están asociados a la formación y a la fuerza de las obligaciones familiares. Un reciente sondeo realizado en Estados Unidos, por ejemplo, indica que «cuanto más unida estuvo la familia del encuestado en su niñez, más obligado se siente ante sus padres e hijos» (Rossi y Rossi, 1980: 234). Los procesos demográficos no son determinantes, pero establecen límites y potenciales.

Las pautas de mortalidad restringen la duración de las relaciones familiares. Si la mortalidad adulta es alta, la familia contará con pocos parientes de las generaciones ascendientes. Cuanto más largo es el promedio de vida, más tiempo tienen las generaciones más antiguas para desempeñar sus cometidos familiares. Las tendencias relativas a la esperanza de vida en el nacimiento apuntan a una notable congruencia de las cuatro sociedades. Para esta variable no hay tres tipos de sociedad sino uno, en el cual, a lo largo de las tres últimas décadas, la esperanza de vida aumentó de 67 a 72 años para los hombres y de 73 a 80 años para las mujeres.

La aparente congruencia de las tendencias relativas a la esperanza de vida no se extiende a la distribución por edades de cada

¹⁴ Véase el libro de Matilda White Riley (1985) en el que expone las implicaciones de una mayor longevidad para la familia y la vida social, especialmente su impacto sobre las oportunidades y retos a los que se enfrenta la mujer. Concluye (p. 344) que, si bien la longevidad crea problemas para los ancianos y para la sociedad en general, también supone una «transformación ininterrumpida de las relaciones familiares, una ampliación permanente de los roles posibles, incrementos constantes de experiencia acumulada y una alteración continuada de las pautas sociales, psicológicas y biológicas de la madurez y el envejecimiento». Muchos de los efectos de una mayor longevidad sobre la familia y las relaciones familiares habían sido identificados ya por Sullivan (1979) y Le Bras (1973).

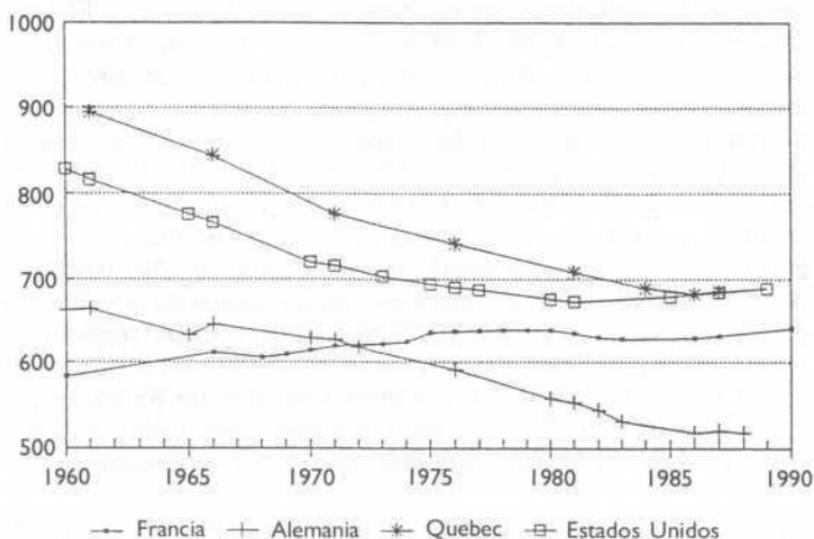
población. Aunque las cuatro naciones experimentaron un descenso en picado de la fecundidad (Caldwell *et al.*, capítulo 3 de este libro), la representación de la infancia en la población sigue marcando diferencias importantes (Gráfico 2). A principios de los sesenta parecía repetirse la misma distinción entre Europa y América que manifestaban otros indicadores: en Quebec y Estados Unidos los menores de 15 años abarcaban casi un tercio de la población, mientras que en Francia y Alemania la fracción infantil era menor, entre un cuarto y un quinto. En el transcurso de los treinta años siguientes, la fecundidad descendió en los cuatro países y en 1990 la proporción de niños en Estados Unidos, que era el país que más tenía, era tan baja como en el que tenía menos en 1960, que era Alemania. Por aquel entonces la distinción entre Europa y América había dejado paso a otra entre Alemania y el resto. Los niños representaban cerca de un quinto de la población de Francia, Quebec y Estados Unidos, pero sólo un séptimo de la alemana. En 1990 Alemania se había convertido en el único país de los cuatro que tenía más ancianos (mayores de 65 años) que niños, mientras que Quebec tenía dos niños por cada anciano y Francia y Estados Unidos ocupaban posiciones intermedias.

Otro aspecto importante del contexto demográfico es el coeficiente entre hombres y mujeres. Si las mujeres viven más que los hombres, su representación «vertical» en la familia será mayor. Si además, al parecer, se ocupan más de la familia que los hombres, la forma predominante de comportamiento intergeneracional adulto será la de mujeres que se relacionan con mujeres y, a medida que éstas se hacen mayores, mujeres que cuidan de mujeres. Por eso no nos sorprende descubrir que «en las sociedades occidentales el modelo de ayuda a los ancianos es el de hijas que ayudan a sus madres» (Broody y Lang, 1982: 18). Si el descenso de la fecundidad se suma a una mayor longevidad de la mujer, aumenta la probabilidad de que una mujer se vea algún día en la obligación de atender a su madre, ya que tiene menos hermanos con quienes repartir la responsabilidad.

Las mujeres predominan numéricamente en las cuatro naciones. El desequilibrio es mayor en Alemania (en 1988 había 927 varones por cada 1000 mujeres, más que en 1960, que eran 893) y menor en Quebec (974 por 1000 en 1987, desde una situación de paridad en 1961). Existe una convergencia clara a lo largo de las tres décadas que combina incrementos en la proporción de hombres en Alemania y, hasta 1975, también en Francia, con descensos en Estados Unidos y Quebec. Las diferencias nacionales son más acusadas entre los mayores de 65 años. En términos relativos de proporción entre los sexos, los perfiles del Gráfico 3 muestran la ya conocida divergencia entre Europa y América, con proporciones claramente más altas de mujeres en Francia y Alemania que en Quebec y Estados Unidos. La tendencia de Francia tiene

GRAFICO 3

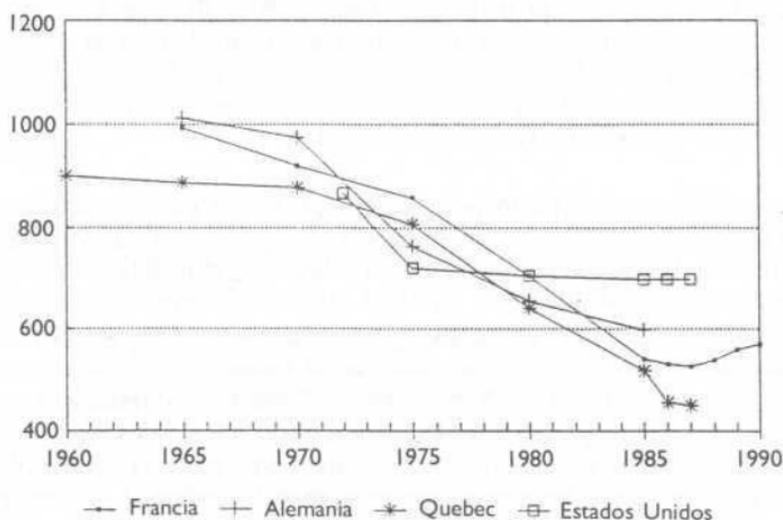
**Coeficiente entre los sexos (hombres/1.000 mujeres) entre mayores de 65
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1960-90**



FUENTES: Caplow et al., 1991; Euromonitor, 1974; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Langlois et al., 1992.

GRAFICO 4

**Tasas totales de primeras nupcias por 1.000 mujeres
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1960-90**



FUENTES: Caplow et al., 1991; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Langlois et al., 1992; Monnier, 1988.

la peculiaridad de no mostrar un aumento de la proporción de mujeres en la franja de población anciana a lo largo de las tres décadas, en contraste con Alemania, Quebec y Estados Unidos.

Matrimonio, divorcio, fecundidad extramarital y aborto

El vínculo intergeneracional primordial, el que une a la madre con su hijo, puede existir fuera del matrimonio y persiste al margen de ulteriores cambios en la situación de la madre y del niño, de la familia o del hogar. Es el lazo familiar básico, el núcleo esencial elaborado en innumerables formas culturales¹⁵. Aunque el matrimonio no es esencial para las relaciones intergeneracionales, constituye la institución tradicional en el seno de la cual se crea dicho vínculo. Lo ideal es que origine un contexto convivencial socialmente reconocido con vistas a mantener un compromiso a largo plazo en el que la dinámica cotidiana esencial para la formación de lazos y responsabilidades familiares se ajuste a fórmulas más o menos previsibles. Los comportamientos que evitan o rompen el matrimonio, o que conducen a una fecundidad extramarital, no eliminan el vínculo intergeneracional primordial, pero mudan su contexto y a menudo propician retos y tensiones que acompañan a la formación de redes de parentesco.

Del mismo modo que la tradición sociológica clásica interpretaba las diferencias nacionales y regionales en las tasas de suicidio como un reflejo de una diferente cohesión social, las diferencias en tasas de matrimonio, divorcio y aborto pueden tomarse como reflejo de la cohesión o el compromiso intergeneracional. Al menos pueden interpretarse como posibles indicadores del compromiso de la sociedad con los vínculos familiares y generacionales tradicionales, y reflejos por tanto de propensiones generales al *cambio*, cuando no al desplazamiento de normas y responsabilidades familiares. Como ocurre con el suicidio altruista, puede argüirse que algunos casos de divorcio y algunos abortos son la respuesta al vigor de los lazos intergeneracionales y no a su debilitamiento. Aun así, el rápido incremento de las tasas de divorcio y aborto (también de soltería y celibato) delatan claramente la aparición de un clima social alternativo menos favorable a los roles y responsabilidades familiares tradicionales.

¹⁵ Este y otros lazos de parentesco «cercano» son ensalzados por Talmon (1970: 511): «El vínculo nos viene *dado*; se basa en hechos objetivos que no pueden ser borrados ni eliminados de nuestra existencia aunque queramos. El compartir una misma sangre y una misma carne vincula a los parientes indisolublemente; eso es algo fundamentalmente inalterable».

Las tendencias de los primeros casamientos, resumidas en el Gráfico 4, muestran un pronunciado descenso en las cuatro naciones, aunque las tasas de Estados Unidos se han estabilizado desde 1975 ¹⁶. En conjunto puede decirse que la denominada «segunda transición demográfica se halla en una fase avanzada», y que «el significado social tremendamente nuevo del matrimonio [...] demuestra la transición hacia un mayor individualismo». El cambio se refiere a que ahora estar casado no significa tanto, pues «el matrimonio tiene menos implicaciones para la vida adulta del individuo en sus comienzos» y «permanecer soltero o volver a casarse se ha convertido en una opción razonable y el divorcio se acepta mejor que hace algunas generaciones» (Van de Kaa, 1987: 11-12, 16).

Quizás no haya ninguna otra característica social que distinga tan claramente a Estados Unidos de las otras tres naciones como el divorcio y el aborto. El nivel absoluto en todo el período que nos concierne es en ambos casos dos o tres veces superior allí. No hay rastro de convergencia entre los patrones de Estados Unidos y los de Francia o Alemania, sino más bien un paralelismo, con el perfil estadounidense muy desviado de los otros.

Las tendencias del divorcio aparecen resumidas en el Gráfico 5. Adviértase que la posición de Quebec podría representar un tercer tipo en virtud de su vertiginoso cambio. Partió en los sesenta con una tasa de divorcio inferior a la de Francia o Alemania y en menos de una década sobrepasó a las dos y desde entonces ocupa una posición intermedia entre los países europeos y Estados Unidos. A finales de los ochenta, con unos 11 divorcios anuales por cada 1.000 mujeres casadas, las tasas de divorcio de Quebec eran algo más altas que el 9 por 1.000 de Francia y Alemania, pero estaban varios escalones por debajo del 21-22 por 1.000 de Estados Unidos, una tasa no igualada por ninguna nación moderna.

Las tasas de aborto en Francia, Alemania y Estados Unidos aumentaron a principios de los setenta, se estabilizaron al concluir la década y mostraron modestos descensos después de 1982 aproximadamente (Gráfico 6). Quebec registraba las cifras más bajas a principios de los setenta, pero al final de la década sus tasas de aborto eran comparables a las europeas. Como en el caso del divorcio, las cuatro tendencias siguen una línea más o

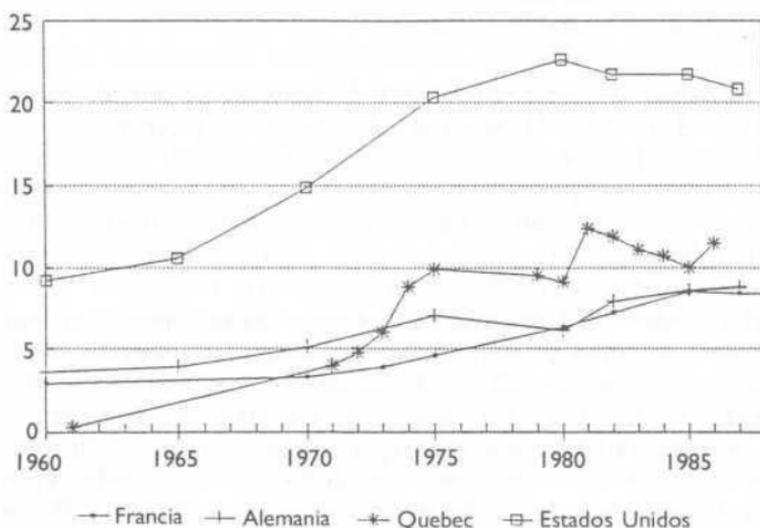
¹⁶ Las tendencias de las tasas matrimoniales, que incluyen segundas y posteriores nupcias (y mezclan por tanto datos sobre matrimonio/no matrimonio con diferencias nacionales respecto al divorcio y a la posibilidad de encontrar pareja en edades avanzadas) muestran una pauta diferente (véase Caldwell *et al.*, capítulo 3, Gráfico 6).

menos paralela, aunque las tasas de Estados Unidos se mueven muy por encima del resto. A finales de los ochenta, los abortos alemanes, en lenta disminución, se situaron en el 110 por 1.000 nacimientos con vida, y las tasas de Francia y Quebec se estabilizaron en torno al 200 por 1.000, mientras que en Estados Unidos superaban el 400 por 1.000.

En términos de tasas totales de fecundidad (Caldwell *et al.*, capítulo 3, Gráfico 1), si en la década de los sesenta se establecía una distinción entre Europa y América por la aparente superioridad de Quebec y Estados Unidos, en los ochenta asistimos a emparejamientos transatlánticos de dos países con fecundidad ligeramente inferior al nivel de reposición (Francia y Estados Unidos) y dos países con tasas más alejadas de dicho nivel (Quebec y Alemania). Los cuatro países muestran dos patrones distintos de fecundidad extramarital (Caldwell *et al.*, Gráfico 5). Uno de ellos, representado sólo por Alemania, consiste en un nivel bajo continuado de nacimientos fuera del matrimonio, tan bajo que a pesar de haber aumentado discretamente a lo largo de tres décadas, el 90 % de los nacidos eran hijos de mujeres casadas. En fecha tan reciente como 1988, los analistas alemanes del cambio familiar podían escribir que «la vieja regla, "para tener hijos hay que casarse", aún tiene vigencia» (Höhn y Lüscher, 1988: 324). El otro modelo consiste en una fecundidad extramarital en rápido aumento, tanto que entre un cuarto y un tercio de los nacidos son hijos de madres solteras. Al menos en 1988 no existía prueba alguna de que esta tendencia hacia una mayor fecundidad extramarital se estuviera nivelando en Francia, Quebec o Estados Unidos. Hemos de añadir que el que un niño nazca fuera del matrimonio no significa necesariamente que su familia esté encabezada por una sola persona: muchos de ellos vivirán en el seno de familias de *facto* (con padres que no se han casado).

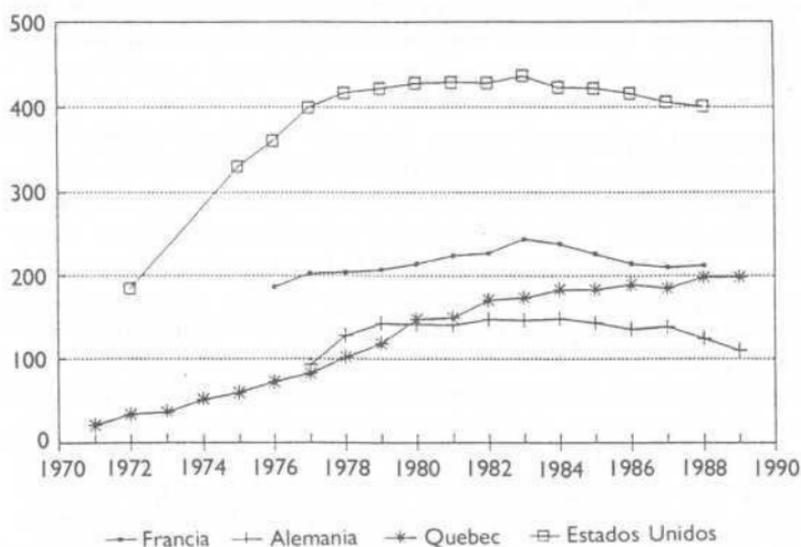
El aumento de los nacimientos fuera del matrimonio tiene profundas implicaciones para las futuras relaciones intergeneracionales. La investigación del contexto estadounidense muestra que los hijos de madres solteras tienden a pasar la mayor parte de su niñez en un ambiente donde sólo existe un progenitor: «si el padre biológico no está presente en la casa en el momento del nacimiento, no es probable que aparezca más adelante» (Wojtkiewicz, 1992: 61). Además, los niños que se han criado con un solo progenitor, sobre todo si se trata de su madre, padecen acusadas desventajas económicas y de otra índole en comparación con aquellos que han vivido con padre y madre (Whitehead, 1993). Las investigaciones más recientes sugieren que generalmente estos niños se diferencian de los demás en la fuerza de sus lazos afectivos con su progenitor o progenitores, los cuales peligran más en el caso del padre, y en su percepción de la

GRAFICO 5
Divorcios por 1.000 casadas
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1960-90



FUENTES: Caplow et al., 1991; Dumas, 1990; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Langlois et al., 1992.

GRAFICO 6
Abortos por 1.000 nacidos con vida
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos,
1970-90



FUENTES: Caplow et al., 1991; Forsé et al., 1990; Glatzer et al., 1992; Langlois et al., 1992.

responsabilidad hacia padres e hijos. Los mayores índices de responsabilidad se asocian con familias de orientación estables e intactas (Rossi y Rossi, 1990).

En algunos otros contextos culturales las consecuencias negativas de los nacimientos fuera del matrimonio pueden ser mucho menos dramáticas. Aunque no se ha estudiado lo suficiente como para proporcionar un resultado definitivo, los expertos opinan que en Francia y en Quebec los niños que viven con un solo progenitor no suelen distinguirse de los de familias tradicionales. Además se dice que existen grandes diferencias nacionales en cuanto a las probabilidades de que un hijo de madre soltera acabe de hecho criándose en un hogar monoparental.

Por lo que se refiere a las tendencias de la modernización y a otros cambios demográficos asociados como antecedentes o contexto del cambio en el comportamiento intergeneracional, nuestro breve repaso general sugiere que la relación entre modernización (o urbanización o industrialización) y comportamiento familiar es muy compleja y específica de cada cultura. Las generalizaciones fáciles acerca de «las» consecuencias de la modernización para «la» familia son sospechosas, en parte porque la propia modernización muestra características diversas a la par que algunas uniformidades aparentes. En algunos países aumentan la urbanización y la metropolización y en otros, no obstante el aumento, la proporción de población que reside en áreas metropolitanas se estanca o decrece. Existe convergencia en cuestión de acceso al teléfono y, en menor grado, en el acceso a la atención médica y a la educación superior, pero diferencias continuadas en el consumo de energía per cápita, en la productividad nacional y en la eficiencia del consumo energético. Existe convergencia en esperanza de vida —todo el mundo vive más— pero diferencias continuadas en lo tocante a fecundidad y presencia de niños en la sociedad. A pesar de la creciente y general tolerancia de formas familiares diversas, se siguen observando contrastes enormes en el ámbito del aborto, la fecundidad extramarital y el índice de divorcios, y una considerable disparidad entre naciones en la propensión a contraer matrimonio, a pesar de que a finales de los setenta se advertía cierta convergencia.

Pero incluso donde existe una convergencia aparente no faltan importantes excepciones. El coeficiente entre los sexos en la franja de más edad decrece en todas partes excepto en Francia, donde permanece estable. El matrimonio tiene cada vez menos adeptos, a excepción de Estados Unidos, donde las tasas de primeras nupcias no se han movido desde 1975. En 1980, las tasas de aborto se mantenían o menguaban en todas partes excepto en Quebec. Los nacimientos extramatrimoniales aumentan en todas partes y no se vislumbra el final de esta tendencia, pero las

tasas son muy dispares y las de Quebec son más de tres veces superiores a las de Alemania. La convergencia o el paralelismo suelen ir acompañados de diferencias sustanciales en la velocidad del cambio, lo cual añade una nueva variable a la situación. La experiencia reciente de Quebec, en particular, plantea la cuestión de si el cambio social varía en razón de la velocidad. Para ser más exactos, hay que explorar las consecuencias sociales de una modernización rápida en contraposición a otra de ritmo moderado.

Contrastes en la interacción y el apoyo de la familia

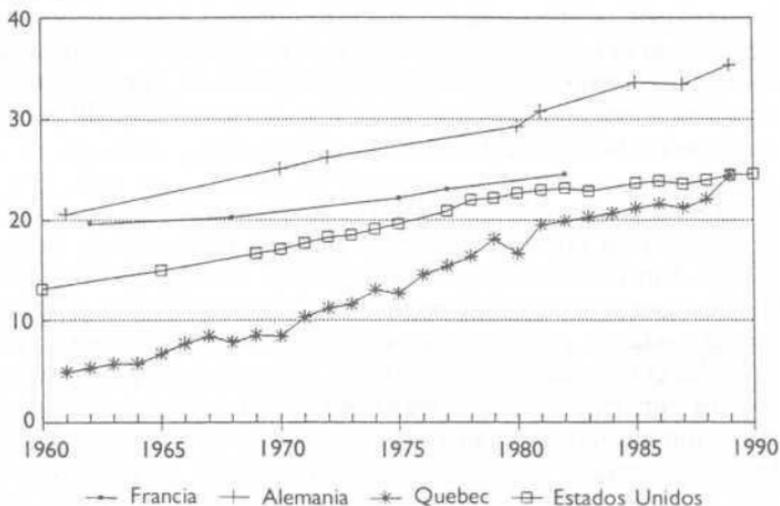
El hogar

Las características de la unidad doméstica son indicadores importantes del comportamiento familiar, porque un hogar común o próximo es el predictor más certero de una relación familiar intensa (Lee, 1980: 924-925; Harris, 1990: 74). Dicha relación depende de la disponibilidad de los parientes, que alcanza su cota máxima con la convivencia. Además, las actividades de apoyo mutuo que tienen lugar en el hogar proporcionan el contexto más habitual para la transmisión de normas familiares, para la asunción de responsabilidades familiares y para la creación de vínculos emocionales entre generaciones. La estructura del hogar puede reflejar un amplio abanico de comportamientos relacionados con el parentesco, entre los que cabe citar «la propensión a casarse, a divorciarse, a separarse, a volverse a casar o a convivir y los cambios relativos a la fecundidad y a la edad en que los hijos abandonan la casa, así como las tendencias de la mortalidad y sus diferencias» (Van de Kaa, 1987: 32). En otras palabras, las pautas de formación y estructuración del hogar afectan a ciertas variables socioeconómicas y demográficas, así como al comportamiento intergeneracional. Del mismo modo que el contacto entre padres, hijos y demás parientes establece vínculos familiares, la ausencia de una actividad compartida cuando se vive solo, lo que Van de Kaa (1987: 32) denominó «la expresión más definitiva del individualismo», puede *no* fomentar sentimientos de solidaridad y responsabilidad familiar. Por consiguiente, un indicador del compromiso de un individuo con las relaciones intergeneracionales puede ser si vive solo o con más gente ¹⁷.

¹⁷ Naturalmente, no todos los que viven solos están necesariamente «separados» de sus padres u otros parientes. El vivir en soledad no es incompatible con unas relaciones familiares sólidas y regulares. Pero la investigación demuestra claramente que la distancia dificulta la interacción y que las personas que viven solas se hallan por definición más alejadas de sus parientes que las que conviven con ellos.

GRAFICO 7

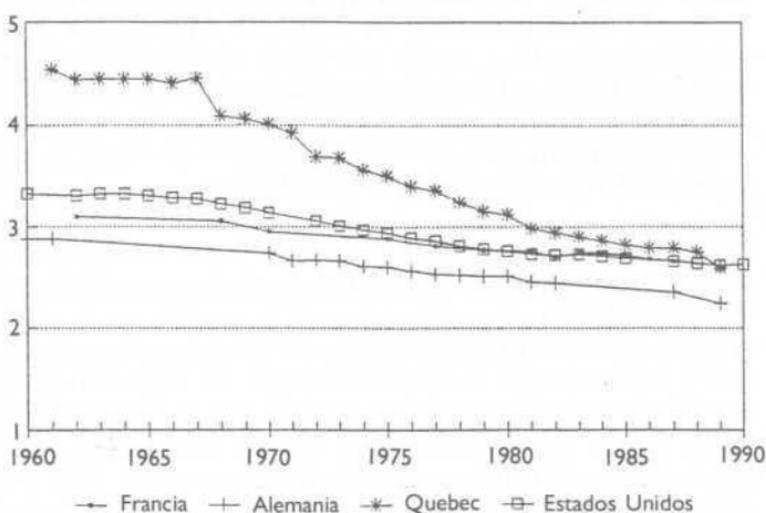
Porcentaje de hogares unipersonales dentro del total de hogares
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90



FUENTES: Caplow *et al.*, 1991; Eurostat, 1984; Forsé *et al.*, 1990; Glatzer *et al.*, 1992; Langlois *et al.*, 1992; Marchand y Baland, 1976; Noelle-Newmann, 1981; Schwarz, 1983; Villac y Morin, 1983.

GRAFICO 8

Tamaño del hogar^a
Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos, 1960-90



^a Número de personas por domicilio particular

FUENTES: Caplow *et al.*, 1991; Eurostat, 1984; Forsé *et al.*, 1990; Glatzer *et al.*, 1992; Langlois *et al.*, 1992; Marchand y Baland, 1976; Noelle-Newmann, 1981; Schwarz, 1983; Villac y Morin, 1983.

En 1960, uno de cada cinco hogares franceses y alemanes constaba de un solo habitante, mientras que en Estados Unidos la proporción se aproximaba a uno de cada ocho y sólo a uno de cada veinte en Quebec (Gráfico 7). En el transcurso de las tres décadas siguientes, los porcentajes experimentaron un aumento sostenido, especialmente rápido en Alemania y Quebec. En 1990, un tercio de hogares alemanes eran unipersonales, como lo eran un cuarto de los de los otros tres países: una convergencia asombrosa. El cambio fue más espectacular en Quebec, que registró un incremento de 20 puntos en el porcentaje de hogares unipersonales.

Aunque la proliferación de hogares unipersonales es notable, la proporción de población nacional afectada es menor de lo que parece. Ello es debido a que cada uno de estos hogares unipersonales aporta un solo habitante al total de la población, mientras que el resto de hogares aportan muchos más. En Quebec, por ejemplo, el mencionado aumento del número de hogares unipersonales impresiona mucho menos en términos de porcentaje de población afectada, y el aparente impacto numérico sobre la vida familiar parece ser relativamente menor. Como muestra el Cuadro 2, entre 1961 y 1986 la proporción de quebequeses que vivían en hogares familiares descendió tan sólo un 2 %. Lo cierto es que la de los que vivían solos se multiplicó por cinco, pero la gente aparentemente más afectada por dicho aumento vivía en casas compartidas o con parientes y otras personas en régimen no familiar. Esto quiere decir que la proporción de quebequeses que vivían solos aumentó más de 6 puntos, pero la proporción de los que vivían con otros en hogares no familiares mostraba asimismo un descenso de más de 5 puntos. A juzgar por estas cifras, apenas ha habido un retroceso de la vida familiar. Las tendencias en el porcentaje de población nacional que vive en soledad manifiestan, a niveles más bajos, el mismo aumento sostenido y la misma pauta de convergencia que muestra el Gráfico 7 para el tamaño del hogar. A finales de los ochenta, uno de cada seis alemanes vivía solo, frente a una onceava parte de las poblaciones de Francia, Quebec y Estados Unidos.

No sólo eran más los que decidían vivir solos, sino que además los que decidían vivir en compañía lo hacían con menos personas. Si vivir en familia seguía siendo casi tan popular como siempre, el grupo familiar menguaba (Gráfico 8). Tal reducción, ininterrumpida e importante en las cuatro naciones, fue mayor en Quebec, cuyos hogares mostraban antes, una vez más, la mitad del tamaño de los demás. El tamaño del hogar francés, quebequés y estadounidense convergió en una media de 2,6 personas en 1990. Por lo que se refiere a las tendencias del hogar unipersonal, el perfil alemán es paralelo pero no convergente. Los hogares alemanes, que ya eran más pequeños en 1960, habían disminuido hasta una media de tan sólo 2,2 personas en 1989.

Las sociedades de hogares reducidos pueden mantener fuertes vínculos intergeneracionales y el retroceso de los niveles de coresidencia no tiene por qué indicar siempre una reducción de la solidaridad familiar. Muchos hogares unipersonales se hallan perfectamente conectados a una red de parientes y amigos. En concordancia con la noción de «intimidad en la distancia» (Rosenmayr, 1977; Rosenmayr y Köckeis, 1965), puede que los padres u otros familiares vivan cerca, lo que facilita o incluso intensifica las relaciones a pesar de que se viva en hogares distintos. Aun así, la creciente popularidad de la vida solitaria, en combinación con la reducción del tamaño del hogar y la creciente atipicidad del hogar con niños pequeños, ha cambiado la forma y la complejidad de las relaciones familiares.

Relacionada con la tendencia hacia los hogares de menor tamaño está la disminución del número de los que incluyen tres o cuatro generaciones. En Alemania, entre 1961 y 1981, el número de hogares «tradicionales» de este tipo cayó de un 6 a un 2% (Schwarz, 1983: 566). En Quebec la tendencia fue paralela, pues allí la proporción de los que vivían en hogares encabezados por sus abuelos o eran padres de los cabezas de familia se redujo casi a la mitad entre 1961 y 1976, de un 2,0 a un 1,2%¹⁸. En Estados Unidos, una tendencia descendente similar de personas que vivían con sus abuelos se invirtió a finales de los setenta: a partir de entonces aumentó el número de nietos que, tras el divorcio de sus padres, regresaban con uno de los dos al hogar de los abuelos.

CUADRO 2

Porcentaje de personas en domicilios particulares por tipos de hogares y status familiar. Quebec, 1961-1986

Tipo de hogar status familiar	1961	1966	1971	1976	1981	1986
En régimen familiar	90,6	90,4	88,7	9,3	89,9	88,1
Maridos, mujeres, padres solos	39,1	40,2	42,1	47,4	49,8	50,9
Hijos solteros	48,6	48,2	45,0	41,0	37,4	34,8
Parientes	2,4	1,8	1,3	0,9	1,7	1,6
No parientes	0,5	0,2	0,3	0,1	0,9	0,8
En régimen no familiar	9,4	9,6	11,3	10,7	10,1	11,9
Con parientes	3,1	3,0	3,5	1,6	1,6	1,7
Con no parientes	4,7	4,4	4,6	1,8	2,2	2,2
Solos	1,6	2,3	3,2	6,8	8,0	8,0
Población total	100	100	100	100	100	100

FUENTE: Censo de Canadá.

¹⁸ En el Censo de 1981, Canadá cambió la categorización de sus estadísticas, por lo que nos es imposible rastrear esta tendencia en los ochenta.

Proximidad residencial y contacto intergeneracional

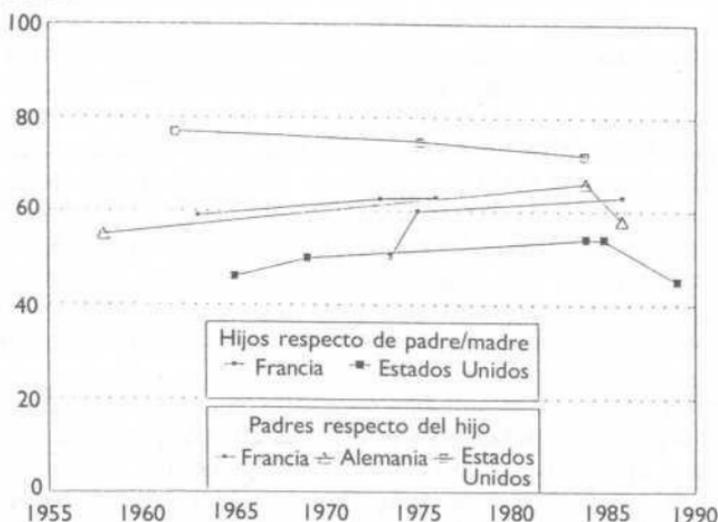
Uno de los hallazgos mejor documentados sobre el contacto entre padres e hijos adultos es el de que la distancia cambia las cosas. La máxima proximidad residencial —corresidencia— se corresponde con los mayores niveles de interacción y ayuda mutua. Al aumentar la distancia (en el tiempo o el espacio) entre los hogares de los padres y los de los hijos, el contacto se desvanece y son menos las actividades compartidas.

Como nos faltaban datos nacionales comparables sobre la proximidad residencial en los cuatro países, terminamos por reunir una serie muy rudimentaria acerca de Francia, Alemania y Estados Unidos, relacionada casi por entero con la distancia entre el domicilio de los padres ancianos y el de sus hijos adultos (Gráfico 9). Lo que llama más la atención acerca de estos datos es la *ausencia* de cambio que manifiestan. En el transcurso de dos o tres décadas de marcada transformación económica y social, incluido el considerable desplazamiento de algunas variables esenciales de la modernización, la distancia entre el hogar de los padres y el de sus hijos adultos varió muy poco. En Estados Unidos se registró un ligero descenso: el porcentaje de padres mayores que vivían a menos de treinta minutos de su hijo más cercano bajó de un 77 a un 72 %. En Francia y Alemania, la distancia efectiva entre padres mayores y sus hijos adultos no varió mucho en los ochenta respecto de las dos décadas anteriores. Hubo descensos en coresidencia: las dos generaciones se mostraban cada vez más capaces de vivir en domicilios separados, si bien no mediaba una excesiva distancia entre ambos, como mucho media hora de trayecto. Así pues, a la vez que la probabilidad de tener a los hijos adultos en casa apenas sufrió modificación, disminuyó la de tener a padres o hijos adultos a la vuelta de la esquina.

Parece que unos incrementos relativamente pequeños en la distancia provocan diferencias notables en la frecuencia del contacto. A mediados de los setenta, las visitas semanales de los padres franceses a sus hijos decreció de un 65 a un 27 % cuando sus casas se alejaban hasta un radio de 20 kilómetros (Roussel y Bourguignon, 1976). Una década más tarde, los contactos entre los padres parisinos y sus hijos adultos oscilaba entre el 85 % para los hijos que vivían en el mismo distrito y el 8 % para los que vivían fuera de la región de la Ile-de-France (París y alrededores) (Cribier, 1989: 45).

El contacto entre padres e hijos se ve influido por otras variables aparte de la proximidad, que incluyen el número de hijos, el estado civil y físico de las dos partes, la categoría profesional de cada uno, la presencia de nietos y la «intimidad afectiva» (Rossi y Rossi, 1990: 372-386; Cribier, 1989: 45-47). Teniendo en cuenta

GRAFICO 9
Proximidad residencial^a
Francia, Alemania y Estados Unidos,
1955-90



^a Porcentaje de adultos que viven cerca de sus padres y de padres que viven cerca de sus hijos adultos; en la misma casa, en el mismo barrio/localidad/ciudad, a menos de 20 Km. o media hora de viaje.

FUENTES: Baumert, 1960; Colliot et al., 1982; Crimmins et al., 1990; Davis et al., 1987; Dieck, 1989; Diewald, 1990; Fortin, 1987; Gokalp, 1978; Höllinger et al., 1990; Hugick, 1989; Klatsky, 1971; Moss et al., 1985; Rossi et al., 1990; Roussel, 1976; Shanas, 1979; Stehouwer, 1968.

la gran variedad que dichos factores reflejan dentro de cada muestra, podemos comparar las tendencias nacionales del contacto intergeneracional por un puñado de estudios lo bastante parecidos como para justificar tal comparación.

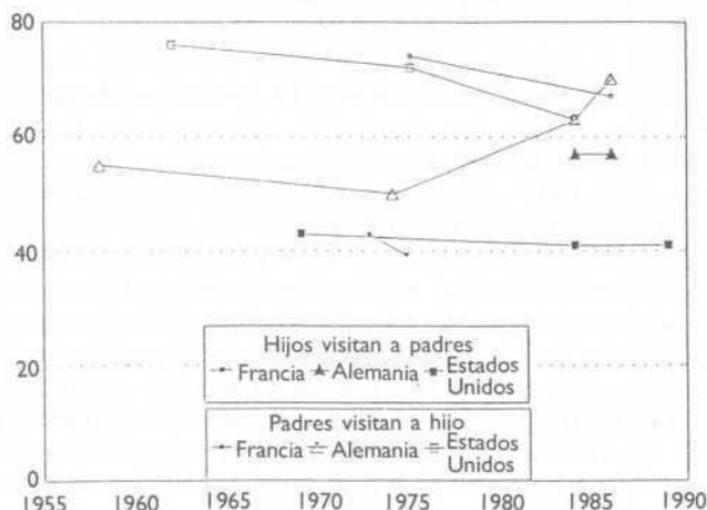
A juzgar por los perfiles del Gráfico 10, los índices de contacto entre padres e hijos han disminuido ligeramente en Francia y Estados Unidos. Alemania, sin embargo, no registra descenso y sí algunos indicios de un mayor contacto. En Estados Unidos el porcentaje de padres que mantenían contacto semanal con hijos que no vivían con ellos cayó un 13 % entre 1962 y 1984. Tal descenso es real e incluso más sustancial de lo que indican las cifras de contacto semanal, pues los descensos más acusados se produjeron en las categorías que mantenían un contacto más intenso. Si a este porcentaje base añadimos los ancianos que vivían con un hijo (que no están representados en los perfiles del Gráfico 10), tenemos que en 1962, de todos los padres mayores de 65 años con hijos vivos, el 28 % vivían con alguno de estos y el 37 % veían a alguno varias veces a la semana, frente a un total del 65 % que mantenían contacto diario o casi diario. Los porcentajes correspondientes a 1975 y 1984 son del 53 % (18 % corresidentes) y del 46 % (nuevamente, 18 % corresidentes). En otras palabras, el porcentaje de padres ancianos estadounidenses

que tenían contacto con algún hijo diariamente o casi a diario cayó en más de un tercio entre 1962 y 1984.

También hay pruebas de un ligero descenso del contacto intergeneracional entre los franceses, aunque en este caso los datos son menos sólidos porque el intervalo es más corto y la línea de tendencia representa dos estudios del mismo grupo de jubilados parisinos. Como muestra el Gráfico 10, en el grupo de edades comprendidas entre los 63 y los 69 años, un 74 % veían a algún hijo al menos una vez a la semana en 1975; una década después, el índice de contacto semanal había bajado a un 67 %. En Alemania la tendencia es distinta. La proporción de padres que mantenían contacto semanal con uno o más de sus hijos era al menos tan alta como en el resto de países y no daba señales de descender. En todo caso, se observa más contacto en los ochenta que antes.

En todas partes los promedios de contacto entre hijos adultos y sus padres se mantienen algo por debajo de los que se dan entre padres y al menos un hijo. Dicho hallazgo es una consecuencia lógica de que la dispersión geográfica es mayor cuando hablamos de varios hijos que cuando nos fijamos en el más «cercano». Los datos relativos a la frecuencia de contacto con los padres sugieren las siguientes conclusiones: 1) los adultos alemanes ven más

GRAFICO 10
Contacto intergeneracional al menos semanal^a
Francia, Alemania y Estados Unidos,
1955-90



^a Porcentaje de padres que visitan a un hijo adulto que no vive con ellos y porcentaje de hijos adultos que visitan a padres con los que no viven.
FUENTES: Baumert, 1960; Béland, 1984; Cribier, 1989; Diwald, 1990; Gokalp, 1978; Hugick, 1989; Moss et al., 1985; Pitrou, 1977; Rossi et al., 1990; Roussel, 1976; Shanas, 1979; Statistisches Bundesamt, 1985.

a menudo a sus padres que los americanos (cerca del 40 % de adultos estadounidenses ven a sus padres semanalmente; cerca del 60 % de alemanes); 2) lo mismo puede decirse de los adultos franceses, aunque es probable que tengan menos contacto con sus padres que los alemanes, y 3) los índices de contacto, calculados a partir de las respuestas de los hijos, han cambiado muy poco en las fechas recientes de las que tenemos cifras.

Ayuda mutua

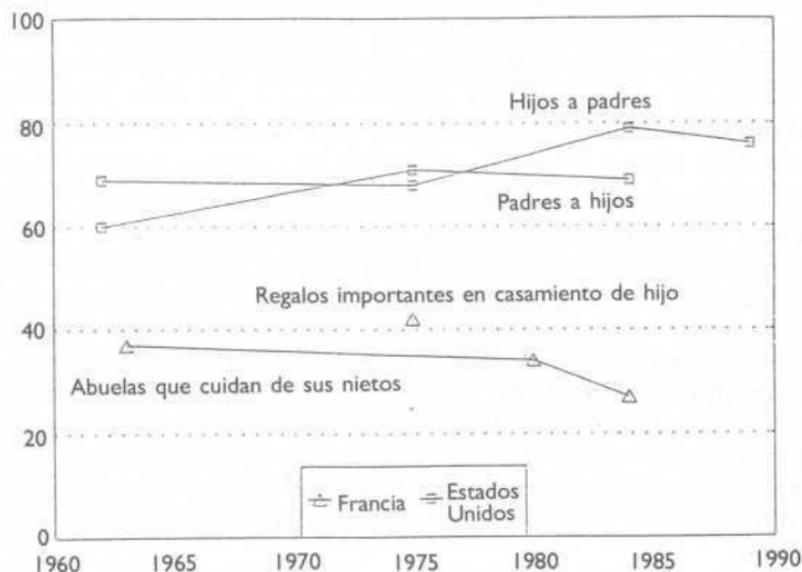
La misma continuidad se observa en el comportamiento de ayuda entre padres e hijos. Para este tema sólo disponemos de datos comparables correspondientes a una década o más de Francia y Estados Unidos. Como muestra el Gráfico 11, los perfiles de los indicadores de intercambio generacional seleccionados revelan más continuidad que cambio en ambos países. En Estados Unidos, alrededor del 70 % de los padres reciben algún tipo de ayuda de sus hijos adultos y casi la misma proporción de padres dijeron proporcionar algún tipo de ayuda a sus hijos. En Francia, las abuelas siguen haciendo de niñeras de sus nietos y la proporción de nietos que reciben sus cuidados oscila entre el cuarto y el tercio.

Menos apropiados para el objetivo del proyecto pero no por ello menos convincentes son varios estudios locales sobre flujos de recursos intergeneracionales. A tenor de la imagen conjunta que ofrecen los datos disponibles, los vínculos familiares siguen desempeñando importantes funciones económicas, educativas y sociales, a pesar del cambio burocrático e industrial operado en la sociedad. A falta de documentación adicional —tanto a escala familiar como individual— relativa al intercambio entre generaciones que permita la comparación de naciones, procederemos a considerar por separado las pautas de cada una, excluyendo explícitamente el tipo de transferencia que antes ocupaba el primer puesto: la herencia formal.

Transferencias intergeneracionales y cuidado de los mayores

En la sociedad moderna los sistemas familiares no han perdido su función histórica como eslabones intermedios entre el individuo y los sistemas económicos o políticos, si bien su significación puede haberse reducido (cf. Anderson, 1977; Shanas y Sussman, 1977). Entre los cambios acaecidos a partir de la década de los sesenta destaca una mayor visibilidad del parentesco en los contextos urbanos gracias al «descubrimiento» de vínculos intergeneracionales de vital importancia asociados a patrones de

GRAFICO 11
Intercambio entre generaciones^a
Francia y Estados Unidos,
1960-90



^a Porcentaje de padres que recibieron algún tipo de asistencia por parte de sus hijos adultos en el último año más o menos, y porcentaje de hijos que la recibieron de sus padres.

FUENTES: Bengtson *et al.*, 1985; Commaille, 1983; Déchaux, 1990; Delbes, 1983; Dieck, 1989; Gokalp *et al.*, 1982; Hugick, 1989; Michel, 1970; Neidhart, 1978; Pitrou, 1977; Rossi *et al.*, 1990; Rousset, 1976.

ayuda mutua y asistencia alimenticia prestada a los mayores. Dichos patrones de asistencia familiar están presentes en todas las sociedades industriales avanzadas (Cogwill, 1986).

Gran parte de los estudios recientes sobre redes familiares reflejan una inquietud acerca del significado presente y futuro de las transferencias intergeneracionales de recursos. Una abundante literatura que se ocupa del cuidado familiar como complemento del sistema nacional de protección social manifiesta un creciente interés por explorar estas conexiones (véase, por ejemplo, Cicirelli, 1981; Conseil de la famille, 1989), mientras que otra corriente examina las implicaciones de variables familiares tales como el empleo y la fecundidad de la madre en los sistemas de seguridad social y pensiones del futuro.

Las tendencias sociales y económicas ejercen una influencia directa sobre la familia, pero también afectan a la estructura política y a los programas de ayuda extrafamiliar. La demanda de asistencia mutua, el balance neto del flujo de recursos entre generaciones y el modo como se realizan las transferencias varían en función del contexto nacional, histórico, económico y político. En el

transcurso de las tres últimas décadas, las naciones que estamos estudiando han registrado cambios sustanciales en materia de responsabilidad familiar, que no estatal, en el cuidado de personas que antes permanecían bajo la tutela de la familia, ya fueran niños o personas mayores e impedidas.

Los cambios políticos han robustecido el papel del Estado como padre alternativo o última instancia parental, y como último recurso de protección para los ancianos. Además, las siguientes generalidades son aplicables a los cuatro países: 1) en la práctica—cuando no en las propias leyes— la familia se sigue definiendo como el principal sostén del anciano, aunque no necesariamente económico; 2) la inestabilidad económica y la creciente dependencia del anciano, sobre todo al dispararse los costes de mantenimiento y asistencia sanitaria, han obligado a los responsables políticos a recomendar que las familias sigan proporcionando mucha ayuda económica y social; 3) los cambios demográficos y la dislocación de determinados valores sociales y morales, tales como la parcial deslegitimación del matrimonio y la procreación, han transformado la forma y el contenido de algunas estructuras intergeneracionales debilitando ciertos vínculos y fortaleciendo otros, generando lazos familiares diferentes, más variados pero también fundamentales; 4) las mujeres siguen siendo las principales encargadas de la protección familiar y no hay apenas indicios de que los varones participen más en el mantenimiento de los lazos intergeneracionales o en el cuidado directo de sus ancianos padres; 5) la elevada inestabilidad del matrimonio ha convertido la relación madre-hijo en el vínculo intergeneracional más fuerte, permanente y fiable, y ha reducido la participación del padre en la crianza de su prole, afianzando así el carácter matricéntrico de las relaciones familiares.

A continuación desarrollaremos estas generalizaciones junto con alguna otra menos universal, al paso que analizamos el intercambio generacional dentro de cada contexto nacional.

La cobertura legal de la responsabilidad familiar no es la misma en las cuatro naciones¹⁹. También existen costumbres diversas que afectan a las relaciones familiares a lo largo del ciclo vital—pautas rituales, jubilación, cuidado de los ancianos, herencia y rol de los abuelos— que varían en razón del arraigo local, la clase, la religión y la nacionalidad y que afectan a las tendencias nacio-

¹⁹ La ley alemana, por ejemplo, obliga a los padres a responsabilizarse de sus hijos hasta que estos tengan una «ocupación viable» en lugar de hasta cierta edad, como marca la estadounidense. La ocupación viable se interpreta como un oficio (completar la formación profesional), una cualificación técnica (obtener una diplomatura) o un título universitario. La ley no distingue entre hombres y mujeres (Weatherford, 1981: 147).

nales del comportamiento intergeneracional. Prestaremos especial atención a: 1) la transformación de las pautas de apoyo intergeneracional y 2) las respuestas nacionales a las necesidades de una tercera edad cada vez más numerosa.

Francia

Francia fue la primera de las cuatro naciones —y la primera de Europa, tal vez a excepción de Suecia— en afrontar los problemas del envejecimiento de la población. Llegó a semejante situación porque su tasa de natalidad descendió tanto y tan pronto que en 1900 más del 8 % de sus ciudadanos eran mayores de 65 años, cuando en otros países en vías de modernización tales como Alemania o Estados Unidos no alcanzaban ni la mitad de esa cifra. Pero la experiencia de Francia, que supo tan pronto lo que era una tasa de natalidad baja y una tercera edad numerosa, no se tradujo en una política eficaz de protección a los ancianos. Dice Stearns (1976: 16) que hasta hace poco Francia «simplemente precedía a otros países en indiferencia gerontológica». Sin embargo, la preocupación por el estancamiento de la población generó pronto políticas pronatalistas que, en versión renovada, siguen encontrando apoyo popular (Van de Kaa, 1987: 49). Tales políticas parecen haber producido algún efecto, ya que la fecundidad francesa es relativamente alta en relación con los demás índices europeos, aunque no llega al nivel de reposición.

En Francia, como en cualquier otra parte, la combinación del descenso de la fecundidad y el aumento de la expectativa de vida ha cambiado la estructura de las relaciones familiares. Comparando estimaciones de coexistencia generacional en la sociedad francesa del siglo XVIII y la de los años sesenta, Le Bras (1973) demostró cómo una equivalencia numérica aproximada en el tamaño de las redes familiares puede enmascarar una gran desemejanza de contenido. El número de parientes era similar en las dos redes, pero el número de parientes colaterales era mucho más reducido en los años sesenta porque la fecundidad era mucho más baja que en el siglo XVIII. Por otro lado, la coexistencia de generaciones era más corriente en los sesenta a causa de una mayor longevidad. En el pasado, los hermanos y hermanas y los tíos y tías eran más numerosos pero desaparecían con mayor rapidez, mientras que ahora la estructura de la red familiar es más estrecha pero más duradera. La presencia simultánea de cuatro generaciones se produce hoy en una cuarta parte de las familias de franceses de edades comprendidas entre los 45 y los 64 años. Así pues, los cambios demográficos han reforzado la estructura de la parentela en sentido vertical y la han reducido en el horizontal.

La secular tendencia a concentrar en lugar de extender la relación familiar (Davis, 1977: 100) se ha hecho cada vez más patente en

las últimas décadas. Ardagh (1982: 386) sostiene que «el cambio más importante desde la guerra es que el foco de lealtad se ha ido estrechando constantemente [...] desde la [familia] extensa multigeneracional [...] hasta la célula doméstica más inmediata de padres e hijos». El ritmo de este proceso no ha sido uniforme. El debilitamiento de los lazos lejanos avanza más entre las capas pobres de las ciudades que entre las familias de terratenientes rurales. Esta aparente atenuación de las relaciones extensas va acompañada de una revitalización de los lazos intergeneracionales con padres y abuelos (Ardagh, 1982).

El arraigo familiar se expresa mediante un activo intercambio de bienes y servicios. El apoyo que los padres proporcionan a sus hijos dura prácticamente toda la vida. A medida que los hijos se hacen adultos y dan entrada a los nietos surgen toda una serie de favores y servicios recíprocos que vinculan a las generaciones. La relación del individuo con su madre es especialmente fuerte y como las mujeres gozan de un mayor protagonismo en la familia, los vínculos intergeneracionales favorecen especialmente la línea materna. El flujo de recursos de padres a hijos o nietos continúa incluso en la vejez de los padres. Hasta «la convivencia de personas de 75-80 años con sus nietos funciona a menudo como una forma de ayuda a los niños, en contra de lo que se piensa habitualmente» (Cribier, 1989b: 189).

El trabajo de campo de los etnógrafos a principios de los ochenta reveló un peso creciente de la interacción y el intercambio familiar, tanto en el ámbito rural como en el urbano. La familia francesa de hoy desempeña un importante papel político y económico; no es un simple escenario para las relaciones psicológicas y afectivas. En las zonas rurales,

La ayuda familiar inaugura un ciclo de intercambio, pues los demás parientes esperan que se les ayude igual cuando lo necesiten. Encontrar un empleo, sobre todo el primero, siempre es más fácil a través de la red familiar, dentro de la cual circula la información [...] Cuando una joven pareja se establece, recibe mucha ayuda de sus padres en materia de cuidado infantil. Las abuelas se hacen más necesarias cuando las madres han de trabajar para ayudar a pagar el crédito que hubo que pedir para comprar el terreno y la casa. Por otro lado, los padres que aún se dedican a la agricultura cuentan también mucho con la ayuda de sus hijos en las tareas más duras. El gran equipo familiar de antaño ha sido sustituido por otro bastante más pequeño (Segalen, 1985: 24-25).

También en las ciudades están las redes de parentesco atravesando una fase de revitalización. Sirven como agencias de colocación y guarderías, al margen de otras funciones adicionales de carácter político y económico. Commaille (1983: 104) confronta la noción convencional de estrechamiento de la red familiar con los resultados de investigaciones recientes, que apuntan a que los abuelos,

los padres y los hijos forman «una importante red de intercambio» que garantiza la manutención de los hijos cuando los padres se separan. Los mencionados estudios revelan que los esfuerzos de muchos abuelos les «ofrecen continuidad y apoyo en una situación que, de lo contrario, resultaría inestable».

Las transferencias intergeneracionales desempeñan una doble función. Por un lado actúan como aislantes, pues amortiguan el efecto de las dificultades personales o económicas que puedan atravesar los miembros de la familia, pero también sirven como conductores, pues facilitan el ingreso en instituciones (empleo, transacciones inmobiliarias) o en otras redes sociales (Déchaux, 1990: 94). Esta doble función es de vital importancia en la sociedad francesa. A finales de los ochenta, dos tercios de los intercambios entre viviendas se realizaban entre parientes (los más corrientes eran los intergeneracionales), incluidos un 70 % de cuidado infantil, un 58 % de ejecución de encargos y un 82 % de costura (Degenne y Lebaux, 1991).

A partir de 1960, la política del gobierno francés en materia de familia ha pasado de apoyar a la familia numerosa y la división tradicional de roles familiares a favorecer a los pobres en general, mostrándose oficialmente neutral en lo referente al perfil de la familia. Roussel y Théry (1988) describen dos tendencias relacionadas: un desplazamiento desde una «edad dorada de las políticas profamiliares» hacia una situación en la que «la Familia» es sustituida por una diversidad de formas familiares, y otra transición desde una política de ayudas destinadas a reducir los gastos de las familias numerosas (subsidios por fecundidad) hacia una protección de las familias «desfavorecidas», independientemente de su edad o tamaño (subsidios por pobreza).

Esta evolución hacia la discontinuidad y la ruptura tiene gran incidencia sobre las relaciones intergeneracionales. Si «a partir de ahora la relación familia-Estado se entablará siempre por medio de la *negociación* (Roussel y Théry, 1988: 348), los derechos y obligaciones intrafamiliares e intergeneracionales estarán también abiertos a la negociación. En una situación tan fluida, los ciudadanos de más edad tienen tantas probabilidades de perder derechos y seguridad como de ganarlos.

Ya se percibe un conflicto latente sobre derechos generacionales de acceso a recursos regulados por el Estado entre los trabajadores nacidos después de la Segunda Guerra Mundial y sus mayores, que son vistos como «una población privilegiada en [...] la "Edad de Oro de las pensiones"». Cribier dice (1989b: 198) que los franceses, por regla general, se niegan a reconocer este conflicto potencial. Aun así, a los propios jubilados recientes, que disfrutaban de una posición relativamente desahogada, les preocu-

pan las consecuencias del aparente desequilibrio entre la situación económica de los jóvenes, empleados y desempleados y la suya, más favorable; un desequilibrio que «la sociedad ya no considera admisible».

A pesar de los cambios en las costumbres familiares y del potencial conflicto generacional, el gobierno francés ha seguido responsabilizando a la familia del cuidado de sus ancianos. Desde que en 1962 el «Informe Laroque» propuso la integración social de los ancianos y su mantenimiento en domicilios privados, la política oficial ha evitado internarlos en asilos o residencias. Pronto se crearon nuevos servicios adecuados a dicha política, tales como ayuda sanitaria y asistencia doméstica. En 1983, acosado por el incremento de los costes y la crisis económica, el gobierno francés se reafirmó en el principio de integración y manutención pero restringió las ayudas públicas. Las redes familiares, que no habían dejado de apoyar más que nadie a sus mayores, afianzaron su misión de grupo «insustituible» encargado en última instancia de atender a los ancianos. Esta política continúa en vigor. Oficialmente, el gobierno defiende los vínculos familiares, como demuestra su interés urbanístico por evitar que medie mucha distancia entre los domicilios de los padres y los de sus hijos adultos. En la década de los noventa se han ofrecido una serie de incentivos económicos para que los ciudadanos vivan con sus padres. Existen algunos servicios públicos destinados a ancianos impedidos, pero resultan inadecuados, y la responsabilidad principal suele recaer en los parientes cercanos, sobre todo en las hijas adultas.

La proporción de ancianos internados en instituciones es muy baja, aunque va aumentando: en 1962, menos del 3 % de los mayores de 65 años vivían en residencias; en 1988, dicha cifra se había elevado a más del doble hasta el 6 %. En otras palabras, un 94 % de los mayores de 65 años vivían en domicilios privados. Hasta una gran parte de los mayores de 80 años vivían también en ellos (por lo tanto, gran parte de su manutención corría por cuenta propia o de sus familiares). En 1987, el 16 % vivían en instituciones, frente a un 12 % en la década anterior (Joël y Bungenner, 1990). Lo cierto es que la voluntad por parte del gobierno de que las familias afronten la mayor parte de las necesidades de los ancianos no es nada nuevo. Se trata simplemente de la expresión formal de una realidad permanente y perpetua la desproporcionada carga que soportan las mujeres francesas, pues son quienes proporcionan casi todo el apoyo personal a los mayores.

Alemania

En Alemania, como en Francia, la política familiar ha evolucionado a lo largo de las tres últimas décadas desde un sistema que apoyaba oficialmente ciertas formas sociales «tradicionales» conoci-

das como «familia» hasta uno más integrativo y diverso que reconoce una «progresiva pluralidad de formas familiares». En 1986, como manifestación pública de esta tendencia, el Ministerio de Asuntos Familiares pasó a llamarse Ministerio de la Juventud, la Familia, la Mujer y la Salud, y se ocupó de elaborar programas que facilitaban el trabajo de la mujer dentro y fuera del hogar (Höhn y Lüscher, 1988: 330-333)²⁰.

El que a partir del final de la Segunda Guerra Mundial se distinga entre formas de convivencia y formas familiares trasluce varias tendencias características, que a menudo se citan como evidencia de un creciente aislamiento personal y una erosión de las relaciones familiares en la sociedad alemana. Dichas tendencias incluyen una mayor renuencia al matrimonio, una fecundidad más baja, una reducción permanente del tamaño del núcleo familiar (especialmente notable en el caso de núcleos multigeneracionales o con muchos hijos), la pérdida de estabilidad del matrimonio y la familia y un progresivo recorte horizontal de la red de parentesco como consecuencia de la escasez de parientes dentro de cada generación.

Por otro lado, existen numerosos indicios de continuidad e incluso de un mayor compromiso con la familia. En 1953, a la pregunta de «Si tuviera más tiempo y dinero, ¿qué le gustaría hacer?», un 45 % de los adultos respondieron «Pasar más tiempo con mi familia». Veintiséis años más tarde, el resultado fue similar (46 %). En la misma encuesta figuraba la pregunta «¿Qué echaría probablemente más en falta si tuviera que mudarse?». En 1975, un 45 % contestaron «A los parientes que viven aquí», la respuesta dada por un 38 % en 1953 (Noelle-Neumann, 1981: 11,86). Otra prueba de la mayor solidaridad familiar, a pesar de la convivencia con menos parientes y de una tendencia individualista de la sociedad, es la ampliación del círculo de parientes considerados como «familia». Los de fuera del núcleo inmediato, es decir, los padres, suegros, hermanos y nietos, tenían en 1979 el doble de probabilidades de pertenecer a ella que en 1953 (por poner dos ejemplos, los padres pasaron de un 19 a un 34 % y los hermanos de un 10 a un 32 %)(WG/2,2).

Al examinar las tendencias que afectan a la familia alemana se advierte que el aumento continuado de las personas que viven solas no equivale necesariamente a un progresivo aislamiento social (Höhn y Lüscher, 1988). Otros estudios recientes²¹ demuestran que la transformación de la composición del hogar, en par-

²⁰ En 1991, esta cartera ministerial se dividió en dos: el Ministerio de la Juventud y la Mujer y el Ministerio de la Familia y la Tercera Edad.

²¹ Basados en datos obtenidos de cinco fuentes: las *Wohlfahrtssurveys* de 1978, 1980, 1984 y 1988, y el *Allbus* de 1986; véase también Diewald, 1990.

ricular la tendencia de la gente a vivir sola, no es un indicador válido de si la gente está o no integrada en redes de contacto y apoyo. Nada menos que un tercio de los adultos menores de 35 años que vivían solos dijeron compartir su vida con alguien que vivía en otro domicilio y eso mismo manifestaron un 10 % de los mayores de 35. Una integración inferior a la media en redes de contacto y apoyo tiende a caracterizar a los adultos solteros que viven solos, a las parejas sin hijos y a los viudos, lo cual parece responder en gran medida a la progresiva verticalización de las relaciones familiares.

En cuanto a la asistencia intergeneracional, a comienzos de los setenta los abuelos se hacían cargo del 46 % del cuidado de niños menores de 3 años cuyas madres trabajaban fuera de casa (Neidhardt, 1978: 235), y se decía que los vínculos intergeneracionales tenían una «creciente importancia para las familias jóvenes con madre empleada» (Pfeil y Ganzert, 1973). Quince años más tarde, las madres trabajadoras aún dependían de recursos privados para atender a sus pequeños y la ayuda de los parientes cercanos seguía siendo la solución más normal para las casadas (Brand, 1989: 191-193)²². Ciertos estudios acerca de las relaciones sociales de las madres de cuatro naciones (Suecia, Alemania, Gales y Estados Unidos) en los ochenta revelaban que las redes de apoyo de las madres alemanas (y de las galesas) estaban dominadas por los parientes, sobre todo los cercanos (Cochran y Gunnarsson, 1990: 92-96).

En la Alemania tradicional, el bienestar individual era en primera instancia responsabilidad de la familia, luego de la iglesia y por último del gobierno. El papel de este último, en el sentido de «caridad» para ciudadanos con pocos ingresos y ancianos indigentes, era siempre sustancial. Hoy en día, el gobierno comparte la responsabilidad con las denominadas «organizaciones de bienestar», entre las que se cuentan las iglesias católica y protestante. Aunque el gobierno asume actualmente mucha responsabilidad y la iglesia queda en un segundo plano, la institución que proporciona el máximo servicio personal a los ancianos alemanes sigue siendo la familia (Smyer, 1984: 243). Los hijos adultos todavía representan con diferencia la principal fuente de ayuda para sus padres, incluso después de abandonar el domicilio paterno.

²² La razón de que las abuelas sigan haciéndose cargo de sus nietos puede estar en la insuficiencia de los servicios públicos de cuidado infantil. En Alemania, las guarderías y los centros preescolares cumplen más una misión pedagógica que de servicio a los padres trabajadores. En 1989, sólo el 60 % de los niños en edad preescolar asistían a un *kindergarten*, frente al 88 % de Italia y el 95 % de Francia y Bélgica. Además, un 88 % de estos niños se quedaban allí solamente medio día (Zweiwochendienst, 1989: 13).

Los padres que viven solos, si están a menos de media hora de viaje de sus hijos, disfrutan prácticamente del mismo grado de atención y apoyo que si vivieran con ellos en la misma casa. De hecho, el balance entre los aspectos negativos y positivos de la relación puede mejorarse gracias a la separación, ya que «los hogares multigeneracionales son por regla general focos de conflicto y requieren procesos de adaptación que no afectan a todos sus miembros por igual» (Centro Alemán de Gerontología, 1982: 49).

Las distancias cortas y el contacto frecuente entre los padres y sus hijos adultos constituyen la norma. Los jóvenes solteros que viven solos mantienen un poco menos de contacto con sus parientes y viven más alejados de ellos que las parejas jóvenes y las familias, pero tales diferencias son menos perceptibles de lo que se supone habitualmente. Su desconexión de la red es mucho menos dramática que la de personas mayores sin hijos cuya situación es además irreversible por carecer de parientes. De hecho, los solteros demuestran más voluntad que nadie cuando hay que atender a parientes o amigos.

Tras revisar los datos empíricos disponibles, Diewald (1990) llega a la conclusión de que ninguna metáfora interpretativa como las de «falta de solidaridad» o «pluralización» es válida para describir las complejidades del cambio reciente y lo que éstas significan para las familias alemanas en distintas etapas de su vida. No puede hablarse en términos generales de erosión progresiva de las relaciones intergeneracionales, pero sí parece que la protección de un número cada vez mayor de ancianos sin recursos propios se está convirtiendo en un serio problema. La participación activa de los familiares en el cuidado de los ancianos queda reflejada en las recientes estadísticas, que contradicen el estereotipo político del anciano inválido e indefenso arrastrado de forma irresponsable a un asilo. A finales de los ochenta había en Alemania cerca de 2,1 millones de inválidos y enfermos crónicos (o múltiples), la mayoría ancianos. De ellos, casi 420.000 inválidos parciales²³ y 210.000 totales vivían en su casa. Otros 370.000 se encontraban en residencias u hospitales. El resto, poco más de un millón, se definían como casos relativamente benignos que sólo requerían una combinación de asistencia en las tareas domésticas, programas de cuidados elementales y sus propios recursos (Gitschmann y Veil, 1990).

En otras palabras, más del 80 % de los inválidos eran atendidos en el hogar. Hasta cierto punto, la propia envergadura del pro-

²³ Definidos por la Ley de Reforma Sanitaria como personas «que el médico juzga indefensas como consecuencia de una enfermedad o minusvalía [...] necesitadas en gran medida de ayuda permanente para la realización de las tareas cotidianas más comunes y frecuentes».

blema requiere que la familia se implique activamente. El gobierno pide la colaboración de parientes, amigos y vecinos por la sencilla razón de que no cuenta con residencias suficientes para satisfacer la demanda de los ancianos impedidos (Lowy, 1979: 219) y ha diseñado programas estatales de asistencia domiciliaria para ayudar a las familias a cuidar de sus mayores.

Uno de cada veinte domicilios particulares aproximadamente es un «*Pflegehaushalt*», que significa que allí se atiende como mínimo a un familiar que padece una invalidez permanente, una enfermedad crónica o que simplemente necesita algún cuidado. Se trata sobre todo de ancianos: más del 25 % son octogenarios. Al mismo tiempo, un 75 % de los que viven en ese tipo de hogares tienen más de 50 años. En el caso de inválidos graves, la persona encargada de atenderlos, generalmente una esposa, hija o nuera dedica de cuatro a seis horas del día a hacerlo. En el 94 % de los casos la asistencia ha de ser diaria y en el 60 % exige dedicar más de cuatro horas al día.

Estos hallazgos demuestran que en Alemania no es realmente la «familia» la que cuida de sus ancianos, sino más bien las «mujeres». De las hijas entre los 55 y los 70 años con al menos uno de sus padres vivo, el 46 % atendían a sus padres o a sus suegros en su propia casa y un 27 % adicional lo habían hecho antes de internar a esas personas en un asilo (Lehr, 1985). Algunos observadores, a la vista del conflicto entre este sacrificio y las normas modernas de realización de la mujer vaticinan un descenso importante de la calidad de la asistencia al anciano:

El cuidado de los ancianos es el principal cometido de las mujeres, que únicamente pueden cumplirlo si renuncian al desempeño de una profesión por propia voluntad o por carecer de preparación suficiente. Al aumentar la presencia de la mujer en el medio laboral, disminuye su disposición a abandonarlo para atender sus obligaciones familiares (Schumann, 1988: 68-69).

Por el momento, no se confirma ninguna tendencia hacia la participación significativa del varón en este tipo de tareas asistenciales, ya sea en el cuidado de padres inválidos o de hijos. Neidhart (1978: 233) decía hace más de una década que «En la RFA [...] no se espera que el padre asuma el rol de la madre, como tampoco ninguna institución externa», y tal observación no ha perdido vigencia. Pero más probable que el aumento de la participación masculina o una continuación de la asistencia familiar en su forma tradicional parece una extensión adicional de los servicios públicos como respuesta al creciente clamor tanto de organizaciones profesionales como de grupos de auxilio propio dentro de la tercera edad alemana (Gelfand, 1988: 65-67). Tal extensión de los servicios reflejará a buen seguro la aceptación política de

la emergente noción de derechos adquiridos individualmente en sistemas de ayuda pública.

Buena parte del actual debate acerca de la revisión de las políticas sociales y sanitarias va dirigido al logro de un nuevo equilibrio entre las responsabilidades públicas y las privadas. Dos conceptos de solidaridad, uno antiguo y otro moderno, cada uno basado en principios distintos, entran en colisión cuando se buscan soluciones a la actual y cada vez más alarmante *Pflegenotstand* (crisis de la sanidad) (Baldock y Evers, 1991: 32). De acuerdo con el viejo concepto basado en un principio subsidiario de teoría social católica, la familia es la unidad social mínima y sólo debería recibir ayuda de unidades mayores como asociaciones o gobiernos cuando haya agotado sus propios recursos. Según este principio, la financiación de la asistencia al anciano llega a través de la tradicional beneficencia y el gobierno no ha de conceder ayuda mientras no se hayan agotado los recursos propios y familiares y la autosuficiencia ya no sea posible porque el inválido se haya quedado en la ruina²⁴. La protección se interpreta como auxilio social o «beneficencia», una denominación que muchos ancianos juzgan estigmatizante. Como hace para gestionar otras formas de asistencia, el gobierno puede inspeccionar la situación financiera de la familia o exigirle el cumplimiento de cualquier otro trámite relacionado con los requisitos de la ayuda. En este orden de cosas, los servicios concedidos por el Estado entran dentro del concepto de seguro social, no de subsidio estatal. No se entienden como caridad gubernamental, sino como «derechos debidamente adquiridos» por el individuo.

Es tradición que los sistemas de seguro social beneficien al asalariado, con lo que discriminan a los que no pertenecen a dicha categoría. Así como la introducción del sistema de seguro social en Alemania en 1883 fue una consecuencia inmediata de la presión ejercida por el movimiento obrero²⁵, la aparición del concepto de derechos individuales es fruto de la presión —esta vez, del movimiento feminista— para conseguir que se valorara el trabajo que la mujer realizaba en el hogar. Desde 1986 el tiempo invertido en la crianza de los hijos cuenta a la hora de obtener la pensión. La vieja controversia²⁶ acerca de la manera de ges-

²⁴ Este principio puede producir asimismo un efecto completamente contrario al cuidado «desde arriba», como es el caso de la decidida promoción pública de un nuevo sistema subsidiario de asociaciones de auxilio propio y de compromiso civil voluntario.

²⁵ Como representaba un instrumento político «desde arriba» y no satisfacía en absoluto las ansias de autogestión de los trabajadores, el movimiento lo rechazó.

²⁶ Desde 1980 se han propuesto diversas reformas. A mediados de los ochenta se elaboraron una serie de proyectos de ley, aunque el único que se aprobó (en 1989) se refería a la posibilidad de que el asistente solicitase un

tionar la asistencia domiciliaria en el futuro parece estar dando un giro similar hacia el cambio radical, lejos de esa responsabilidad opcional del gobierno cuando se hayan agotado los recursos privados y hacia la socialización de la asistencia domiciliaria, garantizada por su integración en el sistema general de seguro médico, de manera que el derecho a ser atendido en la vejez no esté ligado a ningún deber particular (Badlock y Evers, 1991: 33).

Quebec

Ciertos estudios sobre las familias de Montreal en los años cincuenta revelaban formas de vida urbana organizadas en torno a unas redes de parentesco excepcionalmente densas (Garigue, 1956; Rioux, 1959). Las relaciones familiares de las ciudades francófonas de Canadá resultaban paradójicas por su enorme parecido con los modelos familiares rurales de otros países. Así pues, Quebec destacó pronto como una excepción a los procesos mediante los cuales la vida urbana había conducido supuestamente al aislamiento de la familia nuclear²⁷. De forma similar, un estudio de posguerra sobre la ciudad de Quebec (Lamontagne y Falardeau, 1947: 246-247) señalaba la persistencia del complejo familiar tradicional, que mostraba «símbolos de estabilidad social a la vez que se sumergía en violentos cambios sociales e industriales que a menudo pasaban inadvertidos». A pesar de la industrialización y la urbanización, las familias de la ciudad de Quebec seguían exhibiendo «características sociales y económicas que, según el criterio americano tradicional, eran más "rurales" que "urbanas"».

sustituto de las enfermeras particulares cuando se fuera de vacaciones. En 1991 se concedieron más ayudas, aunque las agencias de seguro médico interpretaron que sólo afectaban a personas con una necesidad imperiosa de ser atendidas en su casa. La cuestión de si se debería exigir mayor cooperación económica por parte de las fuentes privadas reapareció hace poco y provocó un encendido debate político. Entre otros, los sectores liberales (desde el punto de vista económico) de la coalición cristiano-demócrata exigen que aumentaran las aportaciones de los organismos no gubernamentales, es decir, de las familias y hogares particulares, a quienes se acusaba de eludir sus responsabilidades. Aunque cada vez son menos los que apoyan la idea liberal-conservadora de que una excesiva cobertura de la seguridad social socava los sentimientos del deber y la utilidad del individuo, el concepto de «Estado garante» en toda su amplitud sigue presente en el debate. Dicho concepto incluye propuestas de exención fiscal para fomentar el seguro privado, una postura moderada en la que el Estado impone el seguro de asistencia domiciliaria, y la postura del gobierno actual (1992), que consiste en socializar el seguro de asistencia domiciliaria como se hizo con el seguro médico.

²⁷ Garigue (1956: 1098-1100) fue de los primeros que rebatió la hipotética relación entre urbanización y aislamiento de la familia nuclear. No es que contemplara el caso de Quebec como un proceso urbano atípico, pero opinaba que las redes de parentesco eran mecanismos con capacidad de adaptación suficiente como para funcionar en zonas urbanas y rurales con la misma eficacia. La utilidad de dichas organizaciones familiares en la ciudad dependía más de la cultura que de la propia urbanización.

En el complejo tradicional, las mujeres gobernaban la práctica totalidad de las relaciones familiares. Les correspondía la iniciativa en la organización de los «asuntos de familia» y «servían de conexión entre las diversas células de la parentela» (Garigue, 1956: 1093). Los lazos con la familia inmediata —padres y hermanos— eran los más valorados dentro de las expectativas de la comunidad y los más firmes por el contacto y el intercambio.

Aunque carecemos de los datos estadísticos necesarios como referencia para trazar las tendencias del comportamiento asistencial intergeneracional, los informes descriptivos y los estudios de casos reales resaltan la vitalidad continuada de los lazos familiares en la vida social de Quebec. Parece que el parentesco ha perdido protagonismo en la vida política y económica del país, pero sigue contando como una fuerza importante. El descenso de la fecundidad y el incremento de la movilidad geográfica han despoblado un poco las densas redes de parentesco estudiadas en el Quebec urbano de los años cincuenta, pero una proporción importante de todos los intercambios de bienes y servicios siguen produciéndose dentro del marco familiar.

Los niveles de intercambio entre generaciones parecen tan altos en Quebec como en cualquier otro país industrializado. También puede decirse que al menos no van a la zaga del resto de Canadá. Cuando existen datos para la comparación, estos suelen situar a Quebec en cabeza. Por poner un ejemplo, en cierta comparación de índices de coresidencia con hijos adultos recogidos en varios estudios locales canadienses, los de Béland sobre Quebec (1984) arrojaban índices más altos que cualquier otra muestra (Rosenthal, 1987: 316). Un sondeo realizado en 1985 acerca del apoyo familiar y los lazos de amistad de la tercera edad canadiense descubrió que cerca del 50 % de las mujeres entre los 65 y los 69 años, y bastante más del 70 % de las mayores de esa edad, recibían ayuda de otras personas en las faenas no domésticas; casi el 59 % de los hombres mayores de 65 años recibían ayuda de otros en las actividades domésticas y cerca del 60 % en la preparación de las comidas (Stone, 1989: 60-65). Tanto en este tipo de ayuda como en otros menos corrientes «los familiares eran mucho más importantes que los amigos y vecinos», y en los informes que aíslan la participación de cada pariente, las hijas prestan más ayuda que los hijos, en parte porque a un anciano le «suelen sobrevivir más hijas que hijos» (Stone, 1989: 60-66,69). No hay razones para pensar que las cifras de Quebec sean más bajas que las de Canadá en su conjunto.

Roberge (1985: 7), al estudiar el intercambio informal de bienes de consumo y servicios entre los vecinos de una comunidad semirrural de las afueras de la capital, observó que dicho intercambio constituía el eje de las relaciones familiares. Halló que un 71 %

de las casadas mantenían un intercambio informal con sus parientes y que el valor de dicho intercambio superaba el 85 % del total de intercambio informal (Roberge, 1987: 63-64).

Delage (1987) documenta la persistencia en su día de las costumbres y valores familiares tradicionales entre las familias de un barrio de la capital. Sin embargo, con el modelo tradicional coexistían situaciones más modernas de divorcio, de familia monoparental, de pobreza y de baja fecundidad. Cuando dirige su mirada al futuro, Delage prevé que la familia tradicional, basada en unas relaciones sociales mantenidas en su mayor parte por mujeres, centrada en el cuidado y la crianza de los hijos y con unas relaciones económicas estructuradas más por cuestiones de sangre que por las fuerzas impersonales del mercado, tiene sus días contados. Si sobrevive en la actualidad, dice, lo hace gracias a la alta fecundidad de las abuelas.

En una tónica parecida, Béland (1986: 178) sostenía que la familia quebequesa ya no podía proporcionar la ayuda necesaria para la tercera edad, aunque opinaba que debía seguir representando su principal apoyo. Su investigación, llevada a cabo en 1978 entre jubilados de tres áreas urbanas diferentes, reveló que eran muchos los ancianos que vivían en hogares multigeneracionales e indujo a recomendar que los gobernantes procuraran fomentar la coresidencia de los padres ancianos con sus hijos. Al mismo tiempo, descubrió que los índices de ayuda prestada por los hijos adultos que no convivían con sus padres eran asombrosamente bajos, pues oscilaban entre un 9 y un 18 % en un período de seis meses. Concluía que la ayuda prestada por hijos que no viven bajo el mismo techo que sus padres era prácticamente nula. Cuando un hijo, pariente o amigo acoge a un anciano en su casa, los demás hijos declinan toda responsabilidad en la atención diaria de sus padres (Béland, 1984: 305, 312).

La preocupación por los valores familiares y por la necesidad de atender a los parientes de más edad se puso de manifiesto en sondeos que evaluaban la importancia de determinados «valores personales» como la prosperidad, el placer, la amistad, el éxito, el amor, la realización personal y la seguridad de la familia. En encuestas realizadas en 1977 y 1981, un 58 % de los habitantes de Quebec escogieron la seguridad de la familia como el valor personal más importante. Ningún otro valor llegó tan alto en la escala.

La política en materia de familia desarrollada por Quebec en los últimos tiempos (1987) es a la vez más moderna y más tradicional que las de Francia y Alemania. Es «moderna» en el sentido de que, para delimitar el concepto de familia, establece una definición nada tradicional, a saber, la convivencia de un adulto y un menor, cualquiera que sea su relación biológica. En contraste con esto,

estipula que el gobierno ha de preservar la familia como unidad colectiva fundamental, velar por su cohesión y su estabilidad y proclamar que los «padres tienen la responsabilidad primordial de criar a sus hijos», sin perjuicio de su propia obligación de proteger los derechos de la infancia (Oullet, 1989). Es evidente que este énfasis oficial en la obligación parental repercute más tarde en las relaciones intergeneracionales, ya que, como sucede en otros casos, los hijos contraen obligaciones con sus padres desde el momento en que estos los crían y si el Estado devaluase esta última relación erigiéndose en sustituto, la familia habría de hacerlo también en el otro extremo del ciclo.

Quebec también adopta una postura pronatalista. El «colapso» brusco de la fecundidad hasta situarse por debajo del nivel de reposición representa un verdadero problema social que inquieta al gobierno, como lo demuestra el título de un informe que publicó en 1989: *Dénatalité: des solutions*. Parte de la inquietud radica en el miedo a que, de persistir la presente tendencia, la menguante población activa sea incapaz de soportar la carga fiscal necesaria para pagar la asistencia médica y las pensiones de una tercera edad relativamente numerosa. La política de Quebec en materia de familia, que pone el acento en la responsabilidad de cada familia con sus miembros como esfuerzo primordial, se propone limitar los subsidios a la tercera edad y fomentar el cuidado ofrecido por los parientes.

Hay quien propone reducir la carga del Estado animando a los jubilados a vivir con sus hijos, o retrasar la edad de jubilación (Ridler, 1979, 1980; Patterson, 1980). También se advierte a los ciudadanos canadienses que estén preparados para afrontar más impuestos (Barker, 1980). Crece el temor de que un descenso continuado de la fecundidad suponga una reducción de la población, aunque se espera que una afluencia mayor de inmigrantes resuelva el problema (Gauthier, 1988-89).

Los analistas han detectado en Quebec un potencial conflicto intergeneracional alimentado por una estructura demográfica que impone una pesada carga fiscal sobre una población activa cada vez más reducida. Convencido de que el impacto de la «crisis demográfica» era algo más que una simple cuestión de familia, Mathews (1987) opinaba que el problema del envejecimiento no se limitaba al tema del apoyo, sino que afectaba a las orientaciones y preocupaciones generales de la sociedad como un todo, que serían diferentes si predominaban los mayores de 50 años o los jóvenes. También existe un conflicto implícito entre las políticas de tercera edad y las de responsabilidad familiar. La resolución del dilema acerca de quién ha de hacerse cargo de los ancianos promete crear importantes tensiones familiares. Significa que los ciudadanos de 40-50 años han de ocuparse de sus padres

no sólo económicamente sino también mediante cuidados personales (Mathews, 1987: 15).

Estados Unidos

La imagen de las familias nucleares aisladas en la América urbana ha sido sustituida por la de la «familia extensa modificada», en la que los parientes viven relativamente cerca unos de otros, se comunican con frecuencia e intercambian recursos y asistencia de todo tipo. La nueva imagen hace pensar que quizá la vida urbana potencie las relaciones familiares, lo que equivale a decir que los habitantes de las ciudades pueden haber elevado su capacidad de vivir cerca los unos de los otros por la diversidad de oportunidades profesionales que la ciudad ofrece (Haller, 1961) o porque los sistemas de tránsito urbano faciliten el contacto entre los parientes ²⁸.

La política gubernamental de ayuda a la tercera edad data de los programas de seguridad social de los años treinta, que fueron ampliados en los sesenta con programas de lucha contra la pobreza y de asistencia médica. En los ochenta se habían vuelto tan costosos que se hizo necesario recortarlos.

La mayoría de los estadounidenses creen que la familia tiene cierta obligación de atender a sus mayores, pero atribuyen al Estado la responsabilidad principal de ayudar a los ancianos que no pueden valerse por sí mismos. A mediados de los setenta, un 96 % de los ciudadanos manifestaron que el gobierno debía hacerse cargo de los jubilados y, en 1981, un 91 % de los hijos adultos confesaron que no contaban con tener que proporcionar ayuda económica a sus propios padres ancianos (Treas y

²⁸ La fuerza y la continuidad de las relaciones familiares en las ciudades americanas quedan reflejadas en esta descripción de una ciudad típica del interior de los Estados Unidos (Caplow et al., 1982: 222-224): «Los lazos familiares impregnan Middletown. Ningún otro vínculo une a tantos habitantes de la ciudad o sus alrededores, y ningún otro vínculo, sin contar el que une al marido con la mujer, posee el mismo poder combinado de obligación normativa y afecto personal [...] La mayoría de los adultos de Middletown se reconocen en la obligación no sólo de mantener el contacto con sus parientes cercanos, sino también de ayudarlos cuando lo necesiten. Tanto la obligación como el contacto disminuyen ostensiblemente entre familiares de primer grado, de segundo y de tercero. Las mujeres de Middletown parecen disfrutar más con la relación familiar que los hombres; ellos tienden a acentuar las obligaciones derivadas. La mayor participación de las mujeres en tales actividades se hace visible a cada paso [...] Después de examinar la actividad familiar de Middletown en 1976-77 podemos afirmar con certeza que constituye el eje principal de vida social de la ciudad. La relación social de la gente con parientes que viven en la ciudad o en sus cercanías son frecuentes y muy valorados [...] No hay prueba alguna de que se hayan debilitado los lazos familiares en los últimos cincuenta años.»

Spence, 1989: 184). Una encuesta efectuada en 1986 señalaba que:

En general, los americanos consideran los esfuerzos del Estado por garantizar la manutención como un derecho de los necesitados, tanto si son jóvenes como si son viejos [...] la asistencia pública se ha convertido a los ojos del ciudadano en algo a lo que los necesitados tienen derecho independientemente de la capacidad o la voluntad de ayuda por parte de sus parientes [...] las ideas acerca de las obligaciones intergeneracionales no influyen en la política de subsidios. El Estado no mira si la generación intermedia colabora o no cuando decide acerca de la ayuda económica que ha de proporcionar a los miembros necesitados de la generación más joven o la más vieja (p. 191).

Por otro lado, existen normas estrictas que obligan a la familia a proporcionar varios tipos de asistencia no económica a sus miembros, tales como ayuda cuando hacen la compra o consejo en materia de administración financiera (Treas y Spence, 1989: 192). A mediados de los setenta, más de la mitad de los mayores de 80 años seguían suministrando alguna asistencia material a sus hijos adultos (Harris, 1975) y el 80-90 % de los padres que vivían en núcleos urbanos habían visitado a algún hijo adulto en el transcurso de la semana anterior a la encuesta (Shanas, 1973, 1979). Entre la mitad y dos tercios de los ancianos estadounidenses dicen recibir ayuda de sus hijos (Cogwill, 1986: 89; Shanas *et al.*, 1968, 214). Mucha de esa ayuda consiste en servicios que en raras ocasiones se prestan a la fuerza. Los hijos suelen colaborar más de lo que sus padres esperan (Streib y Thompson, 1960: 493; Cogwill, 1986: 89). Si los padres ancianos necesitan ayuda económica, es más probable que la reciban de sus hijos que de sus hijas, pero apenas piden ayuda de este tipo. Todas las demás formas de apoyo, que son muchas, corresponden a las hijas (Cogwill, 1986: 90). Aunque los ancianos impedidos reciban subsidios del gobierno, cuando se calcula la suma total de asistencia y servicios que reciben resulta que sus parientes y amigos les proporcionaron la mayor parte, y «cuanto más grave es su invalidez más apoyo les prestan sus familiares y amigos, hasta el punto de alcanzar el 80 % de la ayuda recibida por los más impedidos» (Smyer, 1984: 326, citando los estudios GAO de 1977 y 1979 referentes a la asistencia recibida por 1.600 ancianos de Cleveland).

Los análisis de pautas de intercambio efectuados por varios autores estadounidenses apuntan a una considerable reciprocidad entre las generaciones. Cuando falta equilibrio, ello se debe a que «la generación mayor recibe más de lo que da y la generación de padres de mediana edad se siente agobiada por la demanda de las generaciones inferior y superior de la jerarquía» (Bengtson *et al.*, 1985: 323). También se observa que las parejas mayores pro-

porcionan más asistencia a sus hijos de la que reciben de ellos, mientras que los viudos salen ganando en el intercambio.

En medios populares, el «problema» de los adultos dependientes se suele expresar en términos de trabajadores empleados *versus* jubilados, o de generación intermedia «productiva» *versus* tercera edad. Sin embargo, no toda la dependencia puede medirse en términos del PNB y transferencias económicas. Las personas de edad avanzada que no están incluidas en nóminas—incluso los que viven en casa de sus hijos— pueden satisfacer muchas de sus propias necesidades y a menudo contribuyen enormemente al bienestar de los demás miembros del hogar. Los mayores «siguen colaborando activamente toda su vida, hasta que la invalidez o la decrepitud los convierten en receptores» (Smyer, 1984: 326).

Aunque gran parte del fundamento legal que obligaba a la familia a prestar ayuda ha desaparecido, muchas pautas de asistencia permanecen porque «los vínculos principales son más espontáneos y afectivos que legales». Además, la ayuda sigue siendo *mutua* durante casi toda la vida de los padres. El «problema» de los ancianos estadounidenses estriba, más que en la falta de relación con sus parientes, en la angustia permanente que les supone tener que contribuir a cubrir las necesidades de sus hijos adultos (Cohler, 1983).

Conclusiones

La conexión entre el cambio de las relaciones familiares y el operado en otros sectores de la sociedad no es ni sencillo ni unidireccional. Además, los aspectos de la estructura familiar que se suelen cuantificar pueden ser los menos interesantes en el sentido de carecer de la riqueza y la variedad de otras facetas de la interacción entre la vida familiar y la social. Una segunda conclusión metodológica es la de que lo que conocemos de las variables cuantificables no permite trazar con absoluta certeza las tendencias del comportamiento intergeneracional en las tres últimas décadas. Cuando pasamos de los numerosos estudios particulares a los que guardan un parecido suficiente como para generar puntos en la línea de una tendencia, resulta que gran parte de nuestro «conocimiento» es superficial e idiosincrático. El pasado reciente se muestra mucho menos clarificador de lo que esperábamos.

Es de suponer que algunas de las variables que se suelen asociar a la modernización o urbanización, sobre todo las tendencias demográficas, tengan realmente que ver con los cambios del com-

portamiento familiar. Sin embargo, a menudo la vinculación ni es evidente ni se ha demostrado con el debido rigor. Nosotros hemos manifestado aquí que las divergencias nacionales de las supuestas variables «independientes» son en ocasiones mayores que las que se observan en los comportamientos familiares «dependientes» y suelen carecer de importancia aparente. Por lo común, las generalizaciones metafóricas sobre el impacto de la modernización en las relaciones familiares esgrimidas por los expertos no hacen sino distorsionar o confundir más que explicar.

Parece que desde 1960 se ha producido una transformación de la familia, pero no necesariamente un decaimiento de las relaciones familiares. El alcance de la transformación varía en función de la localización, la cultura y la etnicidad, pero su configuración general resulta bastante consistente. Parece implicar un debilitamiento de los vínculos conyugales, una continuidad de los intergeneracionales y una transferencia parcial de la responsabilidad económica de las familias respecto de sus miembros hacia los gobiernos.

Se han producido desplazamientos fundamentales en las definiciones, los valores y las costumbres de las redes familiares, pero no en la aparente vitalidad y eficiencia de las relaciones entre los hijos adultos y sus padres, al menos a la vista de las pocas estimaciones clásicas de contactos e intercambios que hemos examinado. En Francia, la concentración de la lealtad desde las ramas horizontales y verticales de las estructuras familiares extensas hacia el núcleo que enlaza a padres e hijos ha mantenido e incluso reavivado las relaciones intergeneracionales. En Alemania, la retirada masiva hacia la «esfera privada» que marcó la década de los cincuenta como reacción ante los resultados del Nacional Socialismo ha dejado paso a una creciente apertura y confianza en personas ajenas a la familia, pero los lazos familiares no se han devaluado. En Quebec, el tamaño de la familia se ha reducido drásticamente y las normas que regulan el comportamiento familiar se han alterado e incluso invertido, pero el compromiso con un conjunto más reducido de responsabilidades circunscritas a los parientes más cercanos sigue siendo fuerte. Y en Estados Unidos, al margen de los cambios derivados del descenso de la fecundidad y de una mayor presencia de ancianos en la familia, las relaciones intergeneracionales se muestran bastante estables. La evidencia apunta tanto a un fortalecimiento de los vínculos como respuesta, por ejemplo, a las necesidades que comporta la elevada tasa de divorcios y de hogares monoparentales, como a una decadencia.

En los cuatro países, las relaciones intergeneracionales, sobre todo las que mantienen padres e hijos adultos, siguen ocupando un lugar destacado, si no el principal, dentro del conjunto de relaciones sociales externas al núcleo familiar y tienden a durar tanto como la existencia de los padres. Cuando los hijos abandonan el

domicilio paterno no se produce el aislamiento o la ruptura de relaciones entre las generaciones. Los padres y sus hijos adultos pueden no vivir juntos, quizá por propia voluntad, pero se ven con frecuencia y se prestan apoyo mutuo, un tipo éste de relación familiar que se ha denominado «intimidad en la distancia». Semejante modelo es probablemente el que caracteriza la estructura familiar de las sociedades industriales avanzadas y lo seguirá siendo. Representa una conciliación del deseo individualista por la autonomía y la necesidad de apoyo mutuo que hace posible la vida familiar.

Cada una de las sociedades en cuestión aceptó una progresiva pluralidad de formas familiares. Quebec fue la más radical, pues su definición de familia ya no se basa en la sangre, sino únicamente en la convivencia de un adulto y un menor. En todas ellas asistimos a la misma secuencia: el gobierno asume parte de las responsabilidades relacionadas con el cuidado de los ancianos, se elevan los costes, cierto sector se opone a ampliar la cobertura y por último, como fase más reciente, el Estado procura nivelar el gasto público reafirmando la responsabilidad de la familia hacia sus mayores, al menos en parte.

En Francia, el Estado ha desplazado su protección de las familias numerosas a los pobres en general, y los problemas asociados a la familia se definen ahora como problemas de «los menos favorecidos». En Estados Unidos el gobierno ha incrementado persistentemente su apoyo a la tercera edad desde los años treinta pero, con la notable excepción de los sesenta, ha reducido sus esfuerzos por atender a los menos favorecidos. Tal vez por la relativa antigüedad de los sistemas de seguridad social de su país, los alemanes necesitados de ayuda tienden a creer que el Estado tiene la obligación de protegerlos. Allí, el debate acerca de la asistencia a la tercera edad ha sustituido la definición estigmatizante del anciano como un objeto a merced de la caridad pública por otra en la que el beneficiario de la ayuda ha adquirido pleno derecho a disfrutarla.

El análisis de las tendencias relativas a los ciudadanos que viven solos, a los nacimientos fuera del matrimonio, al aborto, a la nupcialidad y al divorcio produce una inequívoca sensación de que la familia tradicional «peligra» en las cuatro sociedades, pues su estructura se ha alterado y ha disminuido su autoridad normativa. Por otro lado, el examen de las tendencias del contacto y el apoyo intergeneracional sugiere que dichos lazos familiares conservan su vigor en todas partes.

Esta aparente incongruencia queda parcialmente despejada cuando se observa que algunas de las conductas que parecen destruir la «familia tradicional», tales como el divorcio y la procreación

extramarital (y, en determinadas circunstancias, el aborto y el vivir en soledad) lo que consiguen realmente es incrementar la necesidad de contacto y apoyo intergeneracional. Los hijos adultos que se divorcian pueden regresar al domicilio paterno por una temporada, o al menos visitarlo más a menudo. Los padres pueden sentirse más obligados a atender las necesidades emocionales o físicas de sus hijos o hijas divorciados. De forma similar, en comparación con los nacimientos dentro del matrimonio, los extramaritales tienden a incrementar el contacto intergeneracional esencial y a generar más responsabilidad por parte de los abuelos, que han de apoyar tanto a su hijo o hija que afronta en solitario sus deberes parentales como al nieto, al que le suele faltar el padre. Y existen ciertos indicios, aunque por el momento la investigación no los respalda, de que en algunos de los contextos nacionales de referencia las parejas que conviven sin casarse pero de una manera estable exhiben las mismas características que las casadas.

Ya hemos señalado con anterioridad que tanto la teoría como la investigación confirman el hallazgo de que el vínculo básico del parentesco es el que se establece entre una madre y su hijo. Puede verse amenazado por algunas tendencias actuales, sobre todo por el descenso de la fecundidad y el aumento del aborto, pero el resto de tendencias que apuntan a una descomposición de «la familia» se refieren más a los lazos conyugales que a los generacionales.

Es en concreto el rol tradicional del marido-padre el que parece más amenazado. Algunos autores hablan abiertamente de la asunción por parte del Estado del papel del varón que sostiene a la familia (Elshtain, 1982: 46; Christensen, 1990: ix-x), y algunas tendencias del divorcio y de los nacimientos fuera del matrimonio apuntan a un debilitamiento del vínculo padre-hijo. Incluso entre las familias más o menos tradicionales cuyos padres son ahora ancianos, los lazos más fuertes son los que unen a madre e hija, seguidos de los que unen a madre e hijo y los que unen al padre con sus descendientes de cualquier sexo son más endebles. El intercambio mutuo, que abarca períodos cada vez más largos, entre los hijos y sus ancianas madres fortalecerá aún más estos lazos ²⁹.

²⁹ Segalen (1985: 27) interpreta los cambios experimentados recientemente por la familia occidental, más que como una decadencia, como una evolución en la dirección del modelo matricéntrico: «Todos estos índices parecen definir un modelo familiar nuevo que parece dejar a la pareja cada vez más en entredicho; además, a diferencia del período en el que la norma daba cabida a un único tipo de familia, el de las parejas casadas por el procedimiento habitual, ahora se admite la cohabitación juvenil y estructuras familiares matricéntricas más bien provisionales [...] nosotros juzgamos más acertado mirar más allá de la pareja y su suerte y abarcar toda la red de parentesco [...] la

Así pues, parece que la aparente vitalidad de las relaciones intergeneracionales refleja una continuidad de los lazos que unen a la madre con su hija o con sus hijos adultos. La literatura a la que hemos acudido apenas sugiere que los cambios que experimenta la naturaleza de «la familia» vayan a alterar sensiblemente estos lazos. Por otro lado, la continuidad del vínculo padre-hijo adulto parece mucho más amenazada. Este vínculo ya es más débil que el de la madre-hijo adulto, y es probable que las tendencias ligadas a la «segunda transición demográfica», que hacen peligrar la legitimidad y la prioridad de los vínculos conyugales, lo erosionen aún más³⁰. En cualquier caso, se necesita que la investigación intergeneracional explore más a fondo las tendencias de las relaciones de los hijos con los padres y la del compromiso del padre con sus hijos a lo largo del ciclo vital.

Para terminar, queda la cuestión de si la aparente estabilidad de las relaciones intergeneracionales es un artefacto histórico o una consecuencia de la vinculación entre madre e hijo. La generación intermedia, que ahora demuestra con sus padres y abuelos una solidaridad intergeneracional continuada en forma de ayuda, visitas y cuidados, son los hijos de los años treinta, cuarenta y cincuenta, es decir, los hijos de la Gran Depresión, la guerra y el *baby boom*. Representan en gran medida el anticipo de la segunda revolución demográfica, con el correspondiente desplazamiento del acento desde compromiso/tradicionalismo hacia individualismo/progresismo.

La «crisis de dependencia» presagiada por algunos analistas —la presión que se aproxima sobre los sistemas de pensiones y asistencia sanitaria como consecuencia del elevado porcentaje de ancianos en las naciones occidentales avanzadas— llegará, suponen, cuando la generación intermedia esté compuesta por los nacidos entre los sesenta y los ochenta, siendo representantes muchos de ellos de una generación cuyo estilo de vida y decisiones políticas han afianzado el individualismo en contra del compromiso y

familia y la parentela son estructuras universales que adoptan formas diversas [...] la familia matricéntrica no es una invención europea sino algo común a muchos de los diversos grupos humanos que suelen estudiar los antropólogos». Implícito en sus comentarios y confirmado por muchas de las tendencias que hemos repasado, está el hecho de que el avance del patrón matricéntrico viene acompañado de una reducción de la participación del hombre en casi todos los aspectos de la actividad familiar.

³⁰ Para defensa de esta postura, véase Hawkins (1992). Algunos autores adoptan la postura contraria y hablan de la aparición de un nuevo rol paterno mejor adaptado a la era posmoderna (cf. Yablonsky, 1990). No obstante, los esfuerzos sistemáticos por identificar a este tipo de padres en encuestas representativas han resultado del todo infructuosos. Los padres de hoy, aunque suelen estar presentes en el nacimiento de sus hijos, no suelen aprovecharse del permiso de paternidad al que tienen derecho y son más proclives a defender los valores tradicionales que los hombres sin hijos (Leube, 1988).

los sistemas de asistencia estatal como sustitutos de la familia tradicional en materia de responsabilidad (Van de Kaa, 1987: 11, 24-26). Queda por ver si los hijos educados en culturas que resaltan las prioridades individualistas conservan los actuales niveles de contacto intergeneracional y apoyo a sus mayores.

Bibliografía

- Adams, Bert N.:** *Kinship in an Urban Setting*. Chicago: Markham, 1968.
- Anderson, Michael:** «The Impact Upon Family Relationships of the Elderly of Changes Since Victorian Times in Governmental Income-Maintenance Provision», Ethel Shanas y Marvin Sussman, *Family Bureaucracy and the Elderly: 36-59*. Durham, NC: Duke University Press, 1977.
- Apter, David E.:** *Rethinking Development: Modernization, Dependency and Postmodern Politics*. Newbury Park, CA: Sage, 1987.
- Ardagh, John:** *France in the 1980s*. Londres: Secker & Warburg, 1982.
- Augustins, Georges:** *Comment se perpétuer? Devenir des lignées et destins des patrimoines dans les paysanneries européennes*. Nanterre: Societé d'ethnologie, 1989.
- Baker, John:** «Comparing National Priorities: Family and Population Policy in Britain and France», *Journal of Social Policy*, 15, 1: 421-442, 1986.
- Baldock, John y Adalbert Evers:** «Bürgerrechte und pflegebedürftige alte Menschen – Gefahren und Chancen sozialpolitischer Neuorientierungen im internationalen Vergleich», *Journal für Sozialforschung*, 31, 1: 25-49, 1991.
- Barker, Paul:** «Views and Comments», *Canadian Public Policy/Analyse de politiques*, 63: 544-545, 1980.
- Baumert, Gerhard:** «Changes in the Family and the Position of Older Persons in Germany», *International Journal of Comparative Sociology*, 1: 202-210, 1960.
- Béland, François:** «Living Arrangement Preferences Among the Quebec Elderly: Findings and Policy Implications», *Canadian Public Policy/Analyse de politiques*, 12: 175-188, 1986.
- Béland, François:** «The Family and Adults 65 Years of Age and Over: Co-Residency and Availability of Help», *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 21: 302-317, 1984.
- Bengtson, Vern L. y Neal E. Cutler:** «Generations and Intergenerational Relations: Perspectives on Age Groups and Social Change», Ro-

bert H. Binstock y Ethel Shanas, eds., *Handbook of Aging and the Social Sciences*, 130-159. Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1976.

Bengtson, Vern L., Neal E. Cutler, David J. Mangen y Victor W. Marshall: «Generations, Cohorts and Relations Between Age Groups», Robert H. Binstock y Ethel Shanas, eds.: 304-338 *Handbook of Aging and the Social Sciences*, 2.^a edición. Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1985.

Blood, Robert O., Jr.: «Social Change and Kinship Patterns», Reuben Hill y René König, eds.: 189-201, *Families in East and West: Socialization Process and Kinship Ties*. Paris: Mouton, 1970.

Brand, Ruth: «Single Parents and Family Preservation in the Federal Republic of Germany», *Child Welfare*, 68, 2: 189-95, 1989.

Brody, Elaine M. y Abigail Lang: «They Can't Do It All: Aging Daughters with Aged Mothers», *Generations*, 6: 18-20, 37, 1982.

Cantor, Marjorie H.: «The Informal Support System of New York's Inner City Elderly: Is Ethnicity a Factor?», Donald E. Gelfand y A.J. Kutzik, eds.: 153-174, *Ethnicity and Aging: Theory, Research and Policy*. New York: Springer, 1979.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell y Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in the United States, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, Bruce A. Chadwick, Reuben Hill y Margaret Holmes Williamson: *Middletown Families. Fifty Years of Change and Continuity*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1982.

Christensen, Bryce J.: *The Retreat from Marriage: Causes and Consequences*. Lanham, MD: University Press of America, 1990.

Cicirelli, Victor G.: *Helping Elderly Parents: The Role of Adult Children*. Boston: Auburn House, 1981.

Cochran, Moncrieff y Lars Gunnarsson, con Sylvia Grabe y Jill Lewis: «The Social Networks of Coupled Mothers in Four Cultures», Cochran, Moncrieff, Mary Larner, David Riley, Lars Gunnarsson y Charles R. Henderson, Jr.: 86-104 *Extending Families: The Social Networks of Parents and Their Children*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Cohler, Bertram J.: «Autonomy and Interdependence in the Family of Adulthood: A Psychological Perspective», *Gerontologist*, 23: 33-39, 1983.

Collot, Claudette y Hannelore Jani Le Bris: *Revue française des affaires sociales*, 35, 3: 101-114, 1981.

- Commaile, Jacques:** «Divorce and the Child's Status: The Evolution in France», *Journal of Comparative Family Studies*, 14, 1: 97-116, 1983.
- Conseil de la famille:** *Penser et agir famille: guide à l'intention des intervenants publics et privés*. Quebec City: Conseil de la famille, 1989.
- Coser, Lewis A.:** *Greedy Institutions: Patterns of Undivided Commitment*. Nueva York: Free Press, 1974.
- Cowgill, Donald O.:** *Aging Around the World*. Belmont, CA: Wadsworth, 1986.
- Cribier, Françoise:** «Les vieux parents et leurs enfants: une génération de parents parisiens, quinze ans après la retraite», *Gerontologie et société*, 48: 35-48, 1989a.
- Cribier, Françoise:** «Changes in Life Course and Retirement in Recent Years: The Example of Two Cohorts of Parisians», Paul Johnson, Christoph Conrad y David Thomson, eds., *Workers Versus Pensioners: Intergenerational Justice in an Ageing World*, 181-201. Manchester: Manchester University Press, 1989b.
- Crimmins, Eileen M. y Dominique G. Ingegneri:** «Interaction and Living Arrangements of Older Parents and Their Children», *Research on Aging*, 12, 1: 3-35, 1990.
- D'Costa, Ronald:** «Family and Generations in Sociology: A Review of Recent Research in France», *Journal of Comparative Family Studies*, 16: 319-327, 1985.
- Damkowski, Wulf y Karin Luckey:** *Neue Formen lokaler Sozial- und Gesundheitsdienste*. Colonia: Bund Verlag GmbH, 1990.
- Davis, Natalie Z.:** «Ghosts, Kin and Progeny: Some Features of Family Life in Early Modern France», *Daedalus*, 106, 2: 87-114, 1977.
- Davis, James A. y Tom W. Smith:** *General Social Surveys, 1972-1987: Cumulative Codebook*. Chicago: National Opinion Research Center, 1987.
- De Vos, Susan y Alberto Palloni:** «Formal Models and Methods for the Analysis of Kinship and Household Organization», *Population Index*, 55, 2: 174-98, 1989.
- Déchaux, Jean-Hugues:** «Le Renouveau des études sur la parenté en France», *The Tocqueville Review*, 7: 285-98, 1985-1986.
- Déchaux, Jean-Hugues:** «Les échanges économiques au sein de la parenté», *Sociologie du travail*, 32: 73-94, 1990.
- Déchaux, Jean-Hugues:** «Structures de parenté et sociétés paysannes: deux points de vue et des suggestions pour une sociologie de la pa-

renté dans les sociétés urbaines», *Archives européennes de sociologie*, 32: 153-171, 1991.

Degenne, Alain y Marie-Odile Lebeaux: «L'entraide entre les ménages: un facteur d'inégalité sociale?», *Sociétés contemporaines*, 8 (diciembre): 21-42, 1991.

Delage, Denys: «La sociabilité familiale en Basse-Ville de Québec», *Recherches sociographiques*, 28: 295-316, 1987.

Delbes, Christiane: «Les familles des salariés du secteur privé à la veille de la retraite. II. Les relations familiales», *Population*, 38, 6: 959-974, 1983.

Dieck, Margret: «Long-Term Care for the Elderly in Germany», Teresa Schwab, ed.:96-161, *Caring for an Aging World: International Models for Long-Term Care, Financing and Delivery*, 96-101. Nueva York: McGraw Hill, 1989.

Diewald, Martin: «Informelle Netzwerke zwischen 'verlorener Gemeinschaft', Pluralisierung und Polarisierung - Anforderungen an die Gesellschaftspolitik». Ponencia presentada el 4 de mayo durante las sesiones de la Sektion Sozialpolitik de la Deutsche Gesellschaft für Soziologie, 1990.

Dix-Neuvième Rapport: «Dix-neuvième rapport sur la situation démographique de la France», *Population*, 45, 4-5: 873-922, 1990.

Dix-Septième Rapport: «Dix-septième rapport sur la situation démographique de la France». *Population*, 43, 4-5: 727-798, 1988.

Dumas, Jean: *Current Demographic Analysis: Report on the Demographic Situation in Canada, 1989*. Ottawa: Statistics Canada. Anual. Los demás años, según se citan, 1991.

Dunkerley, Joy: *Trends in Energy Use in Industrial Societies: An Overview*. Washington D.C.: Resources for the Future, 1980.

Elshain, Jean Bethke: «Antigone's Daughters», *Democracy*, 2, 2: 46-59, 1982.

Euromonitor: *European Marketing Data and Statistics 1990*. Londres: Euromonitor Publications. Anual. Los demás años, según se citan, 1990.

Eurostat: *Social Indicators for the European Community 1984*. Luxemburgo: Statistical Office of the European Communities, 1984.

Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in France, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

- Fortin, Andrée:** *Histoire de familles et de réseaux: la sociabilité au Québec d'hier à demain*. Montreal: Editions Saint-Martin, 1987.
- Fulgraff, Barbara:** «Social Gerontology in West Germany: A Review of Recent and Current Research», *Gerontologist*, 18: 42-58, 1978.
- Garigue, Philip:** «French Canadian Kinship and Urban Life», *American Anthropologist*, 58: 1090-1101, 1956.
- Gauthier, Hervé:** «Des conditions démographiques nouvelles», *Revue d'études canadiennes*, 23, 4: 16-36, 1989.
- Gelfand, Donald E.:** «Directions and Trends in Aging Services: A German-American Comparison», *International Journal of Aging and Human Development*, 27: 57-68, 1988.
- German Centre of Gerontology (Centro Alemán de Gerontología):** *Report on the Situation of the Elderly in the Federal Republic of Germany*. Berlin: The Centre, 1982.
- Gitschmann, Peter y Mechthild Veil:** «Armutrisiken und Unterversorgung bei Krankheit und Pflegebedürftigkeit im Alter», *Theorie und Praxis der sozialen Arbeit* (diciembre): 442-452, 1990.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr y Barbara Wörndl:** *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press, 1992.
- Gokalp, Catherine:** «Le réseau familial», *Population*, 33, 6: 1077-1094, 1978.
- Gokalp, Catherine y M.-G. David:** «La garde des jeunes enfants», *Population et sociétés*, 161 (septiembre): 1-4, 1982.
- Gold, Deborah T.:** «Generational Solidarity: Conceptual Antecedents and Consequences», *American Behavioral Scientist*, 33: 19-32, 1989.
- Gommers, Adriene, Bernadette Hankenne y Beatrice Rogowski:** «Help Structures for the Aged Sick: Experiences in Seven Countries», Morton I. Teicher, Daniel Thursz y Joseph L.: 117-140. *Vigilante, Reaching the Aged: Social Services in Forty-Four Countries*. Beverly Hills, CA: Sage, 1979.
- Guillemard, Anne-Marie:** «The Trend Towards Early Labour Force Withdrawal and the Reorganisation of the Life Course: A Cross-National Analysis», Paul Johnson, Christoph Conrad y David Thomson, *Workers Versus Pensioners: Intergenerational Justice in an Ageing World*, 164-180. Manchester: Manchester University Press, 1989.
- Haller, Archibald O.:** «The Urban Family», *American Journal of Sociology*, 66: 621-622, 1961.

- Harris, C.C.:** *Kinship*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1990.
- Harris, Louis, y Asociados:** *The Myth and Reality of Aging in America*. Washington D.C.: National Council on the Aging, 1975.
- Hawkins, Alan J.:** «Critical Components or Peripheral Parts? Fathers In and Out of Families», *Family Perspective*, 26, 2: 219-234, 1992.
- Heller, P.L. y G.M. Quesada:** «Rural Familism: An Interregional Analysis», *Rural Sociology*, 42: 220-240, 1977.
- Henslin, James M.:** *Social Problems*. 2.^a ed. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1990.
- Herán, Francois:** «La sociabilité: une pratique culturelle», *Economie et statistiques*, 216 (December): 3-22.
- Höhn, Charlotte y Kurt Lüscher:** «The Changing Family in the Federal Republic of Germany», *Journal of Family Issues*, 9, 317-335, 1988.
- Höhn, Charlotte y H. Schubnell:** «Bevölkerungspolitische Massnahmen und ihre Wirksamkeit in ausgewählten europäischen Industrieländern», *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft*, 12, 3-51, 185-219, 1986.
- Höllinger, Franz y Max Haller:** *European Sociological Review*, 6, 2: 103-124, 1990.
- Hugick, Larry:** «Women Play the Leading Role in Keeping Modern Families Close», *Gallup Report*, 286: 27-35, 1989.
- INSEE (Institut national de la statistique et des études économiques):** *Annuaire statistique de la France 1985*. Paris: INSEE. Anual. Los demás años, según se citan, 1985.
- INSEE (Institut national de la statistique et des études économiques):** *Données sociales*. Paris: INSEE, 1984.
- Jackson, J.J.:** *Minorities and Aging*. Belmont, CA: Wadsworth, 1980.
- Joël, M.-E. y M. Bungener:** *Le financement de la prise en charge de la dépendancedes personnes âgées*. Paris: CERMES, 1990.
- Johnson, Colleen Leahy y Barbara M. Barer:** «Marital Instability and the Changing Kinship Networks of Grandparents», *Gerontologist*, 27: 330-335, 1987.
- Kassiola, Joel Jay:** *The Death of Industrial Civilization: The Limits to Economic Growth and the Repolitization of Advanced Industrial Society*. Albany: State University of New York Press, 1990.
- Keyfitz, Nathan y Wilhelm Flieger:** *World Population Growth and Aging*. Chicago: University of Chicago Press, 1990.

- Kivett, Vira R.:** «Consanguinity and Kin Level: Their Relative Importance to the Helping Network of Older Adults», *Journal of Gerontology*, 40: 228-234, 1985.
- Klatsky, Sheila:** *Patterns of Contact with Relatives*. Washington D.C.: American Sociological Association, 1971.
- Kornblum, William:** *Sociology in a Changing World*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1988.
- Kothari, Rajni:** *Rethinking Development: In Search of Humane Alternatives*. Nueva York: New Horizon Press, 1989.
- Laffèrère, A.:** «Des parents aux enfants: aides, donations, héritages», *Données sociales*, 1984.
- Lamontagne, Maurice y J.-C. Falardeau:** «The Life Cycle of French-Canadian Urban Families», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 13: 233-247, 1947.
- Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier y Jean-Pierre Simard.:** *Recent Social Trends in Quebec, 1960-1990*. Montreal y Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Le Bras, Herve:** «Parents, grands-parents bisaieux», *Population*, 28, 1: 9-38, 1973.
- Lee, Gary R.:** «Kinship in the Seventies: A Decade Review of Research and Theory» En *Journal of Marriage and the Family*, 42: 923-934, 1980.
- Lehr, Ursula:** «The Role of Women in Caring for the Elderly». Discurso pronunciado en la European Science Foundation Workshop, Jerusalén, 1985.
- Leube, Konrad:** «Neue Männer, neue Väter - neue Mythen?», *Wie geht's der Familie?*, 145-154. Munich: Kösel-Verlag, 1988.
- Lowy, Louis:** «Aging: An Overview of Programs and Trends in the Federal Republic of Germany», Morton I. Teicher, Daniel Thursz y Joseph L. Vigilante, *Reaching the Aged: Social Services in Forth-Four Countries*, 213-226. Beverly Hills, CA: Sage, 1979.
- Marbach, Jan H. y Verena Mayr-Kleffel:** «Soweit die Netze tragen ... Familien und ihr soziales Umfeld», *Wie geht's der Familie*, 281-291. Munich: Kosel-Verlag, 1988.
- Marchand, O. y G. Balland:** *Recensement général de la population de 1975: Ménages, familles*. Paris: INSEE, 1976.
- Mathews, G.:** «Le choc démographique: pas seulement une affaire de famille», *Revue internationale d'action communautaire*, 18: 9-15, 1987.

Michel, Andrée: «La famille urbaine et la parenté en France». En Reuben Hill y Rene Konig, eds., *Families in East and West: Socialization Process and Kinship Ties*, 410-440. París: Mouton, 1970.

Monnier: «La conjoncture démographique: l'Europe et les pays développés d'Outre-Mer», *Population*, 43, 4-5: 893-904, 1988.

Moss, Miriam S., Sidney Z. Moss y Elizabeth L. Moles: «The Quality of Relationships Between Elderly Parents and Their Out-of-Town Children», *Gerontologist*, 25: 134-140, 1985.

Naciones Unidas: *Demographic Yearbook 1989*. Nueva York: United Nations. Annual. Los demás años, según se citan, 1991.

Naciones Unidas: *Statistical Yearbook 1987*. Nueva York: United Nations. Annual. Los demás años, según se citan, 1990.

Naciones Unidas: *Energy Statistics Yearbook 1987*. Nueva York: United Nations. Annual. Los demás años, según se citan. Antes titulado *World Energy Statistics y World Energy Supplies*, 1989.

National Center for Health Statistics: «Advance Report of Final Marriage Statistics, 1987», *NCHS Monthly Vital Statistics Report*, 39, 2: 11, 1990.

Neidhardt, Friedhelm: «The Federal Republic of Germany», Sheila B. Kamerman y Alfred J. Kahn, eds., *Family Policy: Government and Families in Fourteen Countries*: 217-238. Nueva York: Columbia University Press, 1978.

Noelle-Neumann, Elisabeth, ed.: *The Germans: Public Opinion Polls, 1967-1980*. Westport, CN: Greenwood Press, 1981.

Ouellet, Aubert: «Les orientations majeures de la politique familiale du Québec». In Colloque international sur les politiques familiales, *Dénatalité, des solutions*, 151-160. Quebec: Les Publications du Québec, 1989.

Parsons, Talcott: «The Kinship System of the Contemporary United States», *American Anthropologist*, 45: 22-38, 1953.

Patterson, Keith: «Some Economic Implications of the Projected Aged Structure of Canada: Comments», *Canadian Public Policy/Analyse de politiques*, 6: 542-545, 1980.

Pfeil, Elisabeth y Jeanette Ganzert: «Die Bedeutung der Verwandten für die grossstädtische Familie», *Zeitschrift für Soziologie*, 2, 4: 336-383, 1973.

Pitrou, Agnès: «Le soutien familial dans la société urbaine», *Revue française sociologie*, 18: 47-84, 1977.

- Ram, Bali:** *Current Demographic Analysis: New Trends in the Family*. Ottawa: Statistics Canada, 1990.
- Ridler, Neil B.:** «Reply», *Canadian Public Policy/Analyse de politiques*, 6, 3: 546-548, 1980.
- Ram, Bali:** «Some Economic Implications of the Projected Age Structure of Canada», *Canadian Public Policy/Analyse de politiques*, 5: 535-541, 1979.
- Riley, Matilda White:** «Women, Men and the Lengthening Life Course», Alice S. Rossi, ed., *Gender and the Life Course*, 333-347. Nueva York: Aldine, 1985.
- Rioux, Marcel:** «Kinship Recognition and Urbanization in French Canada». In National Museum of Canada, *Contributions to Anthropology*, Boletín n.º 173: 1-11, 1959.
- Roberge, Andrée:** «Les rapports femmes-hommes: une expression particulière d'une économie sexée», *Anthropologie et sociétés*, 11, 1: 57-69, 1987.
- Roberge, Andrée:** «Réseaux d'échange et parenté inconsciente», *Anthropologie et sociétés*, 9, 3: 5-31, 1985.
- Rosenmayr, Leopold:** «The Family - A Source of Hope for the Elderly?». In Ethel Shanas y Marvin B. Sussman, *Family Bureaucracy, and the Elderly*: 132-157. Durham: Duke University Press, 1977.
- Rosenmayr, Leopold y E. Köckeis:** *Umwelt und Familie alter Menschen*. Neuwied y Berlin: Luchterhand, 1965.
- Rossi, Alice S. y Peter H. Rossi:** *Of Human Bonding: Parent-Child Relations Across the Life Course*. Nueva York: Aldine de Gruyter, 1990.
- Roussel, Louis y Odile Bourignon:** *La famille après le mariage des enfants: étude des relations entre générations*. INED: Travaux et Documents No. 78. Paris: Presses Universitaires de France, 1976.
- Roussel, Louis e Irène Théry:** «France: Demographic Change and Family Policy Since World War II», *Journal of Family Issues*, 9, 3: 336-353, 1988.
- Salamon, Sonya:** «Family Bounds and Friendship Bonds: Japan and West Germany», *Journal of Marriage and the Family*, 39: 807-820, 1977.
- Schumann, Jutta:** «Social Services and Social Work Practice with the Elderly in the Federal Republic of Germany», *Journal of Gerontological Social Work*, 12: 61-76, 1988.
- Schwarz, Karl:** «Les ménages en République fédérale d'Allemagne: 1961-1972-1981», *Population*, 38, 3: 565-583, 1983.

Segalen, Martine: «Family Change and Social Uses of Kinship Networks in France», *Historische Sozialforschung*, 34: 22-29, 1985.

Shanas, Ethel: «Family-Kin Networks and Aging in Cross-Cultural Perspective», *Journal of Marriage and the Family*, 35: 505-511, 1973.

Shanas, Ethel: *National Survey of the Elderly: Report to the Administration on Aging*. Washington, D.C.: U.S. Department of Health and Human Services, 1979.

Shanas, Ethel: «Social Myth as Hypothesis: The Case of the Family Relations of Old People», *Gerontologist*, 19: 3-9, 1979.

Shanas, Ethel y Marvin Sussman: *Family Bureaucracy and the Elderly*. Durham, NC: Duke University Press, 1977.

Shanas, Ethel, Peter Townsend, D. Wedderburn, H. Friis, P. Milhoh y Jan Stehower: *Old People in Three Industrialized Societies*. Nueva York: Atherton, 1968.

Smyer, Michael A.: «Working with Families of Impaired Elderly», *Journal of Community Psychology*, 12: 323-333, 1984.

Statistics Canada: *Canada Year Book 1990*. Ottawa: Statistics Canada. Anual. Los demás años, según se citan, 1989.

Statistics Canada: *Intercensal Annual Estimates of Population by Marital Status, Age and Sex for Canada, Provinces and Territories 1981-1986*. Ottawa: Statistics Canada, 1988.

Statistics Canada: *Intercensal Annual Estimates of Population by Marital Status, Age and Sex for Canada, Provinces and Territories 1976-1981*. Ottawa: Statistics Canada, 1983.

Statistics Canada: *Revised Annual Estimates of Population by Marital Status, Age and Sex for Canada, Provinces and Territories 1971-1976*. Ottawa: Statistics Canada, 1979.

Statisches Bundesamt (Hg.): *Datenreport 1989*. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung, 1989.

Statisches Bundesamt (Hg.): *Statisches Jahrbuch 1990*. Stuttgart: Metzler-Poeschel Verlag. Anual. Los demás años, según se citan, 1990.

Stearns, Peter N.: *Old Age in European Society: The Case of France*. Nueva York: Holmes & Meier, 1976.

Stehower, Jan: «The Household and Family Relations of Old People», Ethel Shanas et al., eds., *Old People in Three Industrial Societies: 177-226*. Nueva York: Atherton, 1968.

Stiefel, Marie-Luise: «Hilfsbedürftigkeit und Hilfenbedart älterer Menschen im Privathaushalt». Berlín: Deutsches Zentrum für Altersfragen, 1983.

Stone, Leroy O.: *Family and Friendship Ties Among Canada's Seniors*. Ottawa: Statistics Canada, 1989.

Sullivan, Teresa: «Longer Lives and Life-Long Relations: A Life Table Exegesis», Andrew Greeley, ed., *The Family in Crisis or in Transition*: 15-25. Nueva York: Seabury, 1979.

Sussman, Marvin B.: «The Family Life of Old People», Robert H. Binstock y Ethel Shanas, eds., *Handbook of Aging and the Social Sciences*: 218-243. Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1976.

Sussman, Marvin B.: «The Urban Kin Network in the Formulation of Family Theory», Reuben Hill y René König, eds., *Families in East and West: Socialization Process and Kinship Ties*: 481-503. París: Mouton, 1970.

Talmon, Yonina: «Social Change and Kinship Ties», Reuben Hill y René König, eds., *Families in East and West: Socialization Process and Kinship Ties*: 504-522. París: Mouton, 1970.

Taylor, Robert Joseph: «Receipt of Support from Family among Black Americans: Demographic and Familial Differences», *Journal of Marriage and the Family*, 48: 67-77, 1986.

Taylor, Robert Joseph: «The Extended Family as a Source of Support to Elderly Blacks», *Gerontologist*, 25: 488-495, 1985.

Tismer, K.G., U. Lange, N. Erlemeier y Tismer-Puschner: *Psychosoziale Aspekte der Situation älterer Menschen, Schriftenreihe des Bundesministeriums für Jugend, Familie und Gesundheit*, Bd. 28. Stuttgart: Kohlhammer, 1975.

Townsend, Peter: *The Family Life of Old People*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1957.

Treas, Judith y Michele Spence: *Aging Parents and Adult Children*, Jay A. Mancini, ed.: 181-195. Lexington, MA: Lexington Books, 1989.

Troll, Lillian E.: «The Family of Later Life: A Decade Review», *Journal of Marriage and the Family*, 33: 263-290, 1971.

Troll, Lillian E., S.J. Miller y Robert C. Atchley: *Families in Later Life*. Belmont, CA: Wadsworth, 1979.

U.S. Bureau of the Census: *Statistical Abstract of the United States 1991*. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office. Los demás años, según se citan, 1991.

Van de Kaa, Dirk J.: «Europe's Second Demographic Transition», *Population Bulletin*, 42: 1-57, 1987.

Villac, Michel y Anne-Catherine Morin: *Recensement général de la population de 1982: Ménages, familles*. Paris: INSEE, 1983.

Vingtième Rapport: «Vingtième rapport sur la situation démographique de la France», *Population*, 46, 5: 1081-1160, 1991.

Weatherford, J.M.: «Labor and Domestic Life Cycles in a German Community», Christine L. Fry, ed., *Dimensions: Aging, Culture and Health*: 145-161. Nueva York: Praeger, 1981.

Whitehead, Barbara Dafoe: «Dan Quayle Was Right», *Atlantic Monthly*, 271, 4:47-84, 1993.

Wojtkiewicz, Roger A.: «Diversity in Experiences of Parental Structure During Childhood and Adolescence», *Demography*, 29, 1: 59-68, 1992.

Yablonsky, Lewis: *Fathers and Sons*. Nueva York: Gardner Press, 1990.

Yanagisako, Sylvia Junko: «Women-Centered Kin Networks in Urban Bilateral Kinship», *American Ethnologist*, 4, 2: 207-226, 1977.

Young, Michael y Hilda Geertz: «Old Age in London and San Francisco: Some Families Compared», *British Journal of Sociology*, 12: 124-141, 1961.

Young, Michael y Peter Willmott: *Family and Kinship in East London*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1957.

Zweiwochendienst: «Frauen und Politik», 32: 13, 1989.

6. TENDENCIAS DE LA RELIGION Y LA SECULARIZACION

Bruce A. Chadwick
Madeleine Gauthier
Louis Hourmant
Barbara Wörndl

En los debates sobre la religión en la sociedad moderna se admite, por lo general, que la secularización ha sido una consecuencia inevitable del proceso de industrialización, urbanización y modernización. La dependencia religiosa, tanto social como individual, parece haber disminuido con el ascenso del pensamiento racional, el progreso científico y la introducción de la especialización laboral. La noción de sentido común de que existe un vínculo entre industrialización, urbanización y secularización es tan convincente que la mayoría de los sociólogos y del público admiten sin mayores dudas que las sociedades industriales se han secularizado. No obstante, algunos sociólogos han puesto recientemente en tela de juicio esta suposición y han subrayado la influencia actual de la religión en la sociedad norteamericana y en la europea (Bacot, 1991; Caplow, Bahr, y Chadwick, 1983; Greeley, 1972; Hervieu-Leger, 1986; Robbins y Robertson, 1987).

Los teólogos y los sociólogos han establecido una variedad de definiciones, a pesar de lo cual normalmente se piensa que la secularización implica una disminución de la importancia de las instituciones religiosas en la sociedad y un descenso de la aceptación individual de las creencias y de la participación en actividades religiosas (Roberts, 1984). Las últimas teorías multidimensionales centran su atención en la influencia que ejerce la religión tanto sobre las instituciones sociales como sobre los individuos (Wilson, 1985). Dobbelaere (1981, 1985, 1987) ha desarrollado una conceptualización de la secularización en tres dimensiones diferentes. La primera se refiere a la autonomía de instituciones sociales tales como la política, la educación y la familia, respecto de la institución religiosa. La prohibición del rezo en la escuela pública (institución educativa), el aumento de las relaciones sexuales prematrimoniales, la cohabitación, el divorcio y los abortos (institución familiar), son ejemplos de esta dimensión en EE.UU. y en Europa Occidental.

La segunda dimensión se refiere a la atención que prestan las instituciones religiosas a los temas «mundanos», frente a la dedi-

cada a preocupaciones por el «otro mundo». Esta dimensión abarca entre otras cosas el esfuerzo dedicado por los grupos religiosos y confesionales a la lucha contra la pobreza, el racismo y el sexismo y a la protección del medio ambiente en la sociedad contemporánea. Este enfoque se pudo percibir claramente en Europa después de la segunda guerra mundial, en EE.UU. durante el movimiento por los derechos civiles y la guerra contra la pobreza en la década de los setenta y en la «revolución silenciosa» de Quebec, que precipitó el descenso de la influencia religiosa sobre otras instituciones sociales.

La última dimensión se refiere a la aceptación individual de las creencias religiosas tradicionales y a la participación en actividades religiosas. La influencia de la religión disminuye cuando las necesidades emocionales y sociales de los miembros de la sociedad se ven satisfechas por otras instituciones sociales.

A pesar del fuerte vínculo existente entre las tres dimensiones, cada una de ellas puede experimentar variaciones con cierta independencia. Por ello, los estudiosos e investigadores que se fijan sólo en una dimensión han obtenido resultados contradictorios respecto a la influencia actual de la religión en las sociedades industrializadas.

En este capítulo se analizan las tres dimensiones de la secularización. De esta manera, pretendemos proyectar más luz sobre la controversia acerca de la presunta pérdida de influencia de la religión como consecuencia de la industrialización, la urbanización y la modernización. Para ello se comparan las tendencias religiosas de cuatro sociedades industriales o postindustriales en los últimos treinta años. Si la secularización es o no una parte esencial del proceso de industrialización y modernización, se verá de modo palpable en Quebec, Alemania Occidental, Francia y Estados Unidos.

Datos

En este capítulo se utilizan datos reunidos por el Grupo Internacional de Investigación sobre Cartografía Comparada del Cambio Social en las Sociedades Industriales Avanzadas (Caplow *et al.*, 1991; Forsé *et al.*, 1992; Glatzer *et al.*, 1992; Langlois *et al.*, 1990). Además, hemos examinado encuestas de opinión pública, estadísticas oficiales y estudios sociales sobre la religión en las cuatro sociedades en el período de 30 años comprendido entre 1960 y 1990.

Es difícil llevar a cabo una comparación internacional, ya que las creencias, conductas, problemas y acontecimientos tienen una im-

portancia diferente en cada sociedad. Puede ocurrir que en una se registren cuidadosamente determinadas creencias y conductas religiosas, mientras que en otra apenas se tengan en cuenta. Caplow (1982) ha señalado, por ejemplo, la escasez de datos sobre creencias y conductas religiosas individuales en Europa, mientras que en EE.UU. hay abundante información sobre este asunto. Incluso cuando en varias sociedades se registra información sobre una determinada creencia o conducta, no siempre es posible establecer una comparación real, ya que pueden haberse empleado indicadores diferentes. En nuestro estudio hemos incluido cuatro gráficos en los que se comparan algunas características religiosas significativas de al menos tres de las cuatro sociedades. Hemos intentado soslayar los problemas propios de la comparación entre diversas culturas, estudiando las creencias religiosas, su práctica y sus organizaciones en un contexto nacional, institucional e histórico. De esta manera, pretendemos descubrir regularidades socio-estructurales referentes a religión e industrialización, que superen las diferencias históricas y las culturas nacionales.

La religión en Quebec

No es posible comprender el papel que representa la religión en Quebec sin hacer referencia a sus inicios históricos generales en el siglo XVI. La Iglesia Católica, su clero y sus comunidades religiosas fueron la mayor fuerza de cohesión social y estabilidad durante el período de la colonización. De hecho, las fuertes estructuras parroquiales evitaron que los fieles se viesen demasiado afectados por el cambio de régimen tras la derrota de los franceses frente a los ingleses.

En el siglo posterior a la conquista inglesa, la jerarquía católica se esmeró sutilmente en el trato con los gobernadores, que no pertenecían a la misma fe y además tenían órdenes de desgastar poco a poco el catolicismo. Estas difíciles negociaciones obligaron a la Iglesia Católica a adoptar una identidad canadiense mediante la adopción de un clero local y con intervenciones personales del clero frente al gobierno. Las batallas ganadas en la conservación de la influencia católica fueron el prólogo de su conversión en «Iglesia nacional» (Voisine, 1971: 37). La Iglesia Católica extendió su influencia a todos los niveles de la educación, a las obras de caridad y de muchas otras maneras. El «despertar religioso» cumplía con el ideal de «restaurar» el papado católico romano en Quebec durante la segunda mitad del siglo XIX (Sylvain y Voisine, 1991; Voisine, 1971:46). Prevalció la cristiandad y, por lo tanto, se amplió el espacio del derecho canónico —las ideas ultramontanas se impusieron sobre el modernismo— y del ritual a través de diversos tipos de devoción.

Al principio del siglo XX, cuando la mayoría de los Estados del mundo occidental se estaban separando de la Iglesia y acercando a la secularización y al humanismo ateo, la Iglesia de Quebec se había establecido como Iglesia nacional y como fuerza política poderosa (Hamelin y Gagnon, 1984; Hamelin, 1984). Según Voisine (1971:59), era «de entre todas las Iglesias nacionales la más romana». Su patrimonio era mayor que el del gobierno provincial y su poder estaba por encima del de otros grupos sociales o instituciones. La separación legal entre Iglesia y Estado no impedía en absoluto que la primera ejerciera una gran influencia sobre las decisiones políticas, o que opusiera resistencia a cualquier tendencia democrática que pudiera contagiar el movimiento revolucionario europeo al Nuevo Continente.

El triunfo de la Iglesia no duró. En una sociedad cada vez más urbana, industrial y receptiva frente a pensamientos nuevos e incluso radicales, no era posible mantener la homogeneidad de la vida parroquial. Además, la Iglesia se veía amenazada por el debate de la sociedad canadiense sobre su futuro como nación. La situación financiera de la Iglesia empeoró con la gran depresión de los años treinta, hasta el punto de que le resultaba difícil mantener sus proyectos humanitarios. Los católicos de todas las clases sociales empezaron a acudir menos a misa y a distanciarse en cierta medida de la Iglesia.

Los años posteriores a la segunda guerra mundial fueron testigo del ascenso del pluralismo ideológico. Surgieron tensiones en el propio episcopado y con los seglares, y la Iglesia ya no era capaz de seguir apoyando todas sus obras temporales, por lo que se redujo su influencia (Bélanger, 1977:97; Clément, 1972). La «revolución silenciosa» de la década de los sesenta contribuyó enormemente a la pérdida del poder e influencia de la Iglesia. La separación de Iglesia y Estado entró en pleno vigor con el nacimiento de un Estado moderno y secular. El gobierno se hizo cargo de la mayoría de las antiguas responsabilidades sociales de la Iglesia en los campos del bienestar y de la educación. En esta situación, ciertos observadores llegaron a comentar que los funcionarios empleados en estos asuntos se habían convertido en «el nuevo clero».

La autonomía de las demás instituciones sociales

El proceso de secularización de las instituciones sociales de Quebec finalizó prácticamente en los años sesenta (Hamelin, 1984). Las instituciones que ofrecían asistencia pública, inclusive los hospitales, pasaron a ser competencia del Estado. Los responsables del gobierno consultan en algunas ocasiones a la jerarquía católica, que de esta forma ejerce una modesta influencia. Con mayor frecuencia, la propia Iglesia toma la iniciativa de hacer pública su

opinión sobre determinadas leyes, sobre todo cuando afectan a la justicia social y a la dignidad humana. Todavía ejerce un discreto liderazgo moral, aunque tiene poco poder real. La discreción de la jerarquía eclesiástica está acompañada por el silencio de los católicos, quienes ya no se atreven a expresar públicamente sus convicciones (Dumont, 1982).

La secularización de las instituciones sociales se desarrolló sin mayor resistencia. La única amenaza seria a la autonomía frente a la Iglesia se produjo con la creación del Ministerio de Educación. Anteriormente, los obispos habían ejercido un control considerable sobre la educación al ser casi todos miembros del Consejo de Instrucción Pública, una entidad gubernamental que actuaba con cierta independencia del campo político. Los obispos perdieron la batalla de la creación del Ministerio de Educación en 1964, pero no llegaron a perder la guerra y siguen ejerciendo una influencia significativa a través de la estructura de comités del Ministerio. Los dos comités, el católico y el protestante, son responsables de la enseñanza religiosa y de la orientación confesional de la escuela. A pesar de haber sido un asunto debatido durante muchos años, la confesionalidad de las escuelas de la ciudad de Quebec y de Montreal está garantizada por la Constitución canadiense desde la Confederación de 1867 (Sección 93 de la Ley Británica sobre Norteamérica). Este apartado sólo se puede anular mediante una enmienda a la constitución, por lo que ha sido el mayor obstáculo para los grupos que han intentado lograr una secularización total de las escuelas. La Iglesia se ha atrincherado en la educación, que sigue siendo su último baluarte en la estructura institucional de la sociedad de Quebec.

Los padres que matriculan a sus hijos en educación religiosa apoyan en cierta medida la posición de los obispos en la educación. Desde 1983 los padres pueden elegir entre matricular a sus hijos en enseñanza religiosa o en enseñanza moral no religiosa. La mayoría de los padres sigue solicitando una educación religiosa tradicional vinculada a su tradición cultural (véase el Gráfico 1; Milot, 1991).

La presencia de la Iglesia en el bienestar social ha cambiado por completo. Ahora es el Estado el proveedor de casi toda la asistencia pública. La Iglesia contribuye a proyectos de bienestar social, supliendo así algunas necesidades que la política o los programas gubernamentales no tienen en cuenta. Hay capellanes que trabajan en hospitales y en residencias de la tercera edad y a veces hay monjas entre los empleados, pero mucha gente simplemente los ignora. Frecuentemente la Iglesia le recuerda al gobierno su responsabilidad frente a los desfavorecidos. Así, por ejemplo, las comunidades religiosas llamaron recientemente la aten-

ción del gobierno sobre la persistente pobreza en Quebec (Conference religieuse canadienne, région de Québec, 1988).

La Iglesia institucional tuvo una fuerte presencia en la organización del movimiento sindical, pero se retiró de este campo de actividad en 1960, al perder los sindicatos católicos su carácter confesional (Rouillard, 1989). El 1 de mayo de cada año los obispos difunden un mensaje recordando los principios de justicia social que deben guiar a la sociedad en su gestión de la población activa y de la economía. No obstante, la influencia de la Iglesia es marginal y a veces provoca oposición, como en el caso de la *Commission épiscopale des affaires sociales* que denunció algunas directrices económicas contrarias a los intereses de los trabajadores (Commission des affaires sociales de la Conférence des évêques catholiques du Canada, 1983). Los economistas y políticos acusaron a los obispos de hablar de lo que no entienden y les instaron a volver a la sacristía.

En los últimos treinta años ha cambiado por completo la implicación de la Iglesia Católica en la familia. Antes de 1968, todos los casamientos eran oficiados por representantes religiosos. Los casamientos civiles se permiten desde aquel año. Además, ha habido un aumento de parejas en cohabitación y uniones de hecho. Fue significativo que los católicos de Quebec no acogieran con agrado la encíclica del Papa Pablo VI de 1968, *Humanae Vitae*, sobre todo en lo que se refiere a la persistente prohibición del control de la natalidad. Sin lugar a dudas, esta encíclica aceleró la pérdida de influencia eclesiástica en los temas morales referentes a la familia. El empleo habitual de métodos anticonceptivos por las parejas de Quebec confirma claramente el rechazo de las enseñanzas tradicionales de la Iglesia Católica. Además, la doctrina de la Iglesia no ha evitado la despenalización del aborto ni el funcionamiento de clínicas de aborto patrocinadas por el gobierno. Incluso dentro de la propia Iglesia se ha hecho frente a varias posiciones doctrinales oficiales. Grupos de feministas católicas han intentado demostrar que se pueden interpretar los valores de la moral cristiana de tal forma que se justifique el aborto (Roy, 1990: 102). En un estudio realizado tras la visita del Papa Juan Pablo II en 1984, se concluyó que la mayoría de los católicos de Quebec no estaban de acuerdo con el pontífice en casi ningún tema familiar, sea la contracepción, el aborto, el divorcio, el segundo matrimonio de los divorciados, o el casamiento de los sacerdotes.

En resumen, ha aumentado significativamente la autonomía de las instituciones sociales de Quebec respecto de la religión. La denominada revolución silenciosa ha supuesto el traslado a diversas entidades gubernamentales de gran parte del poder de la Iglesia Católica y de muchas de las funciones que anteriormente ejercía.

El cambio hacia un enfoque mundano

Al parecer, la Iglesia Católica ha cambiado hasta cierto punto su temática principal. Anteriormente animaba a los fieles a que se preparasen para el mundo de ultratumba, mientras que ahora les impulsa a la búsqueda de la paz y de la felicidad inmediata. Los sermones sobre el cielo y el infierno, habituales en la mayor parte de la historia del catolicismo de Quebec, ahora parecen tener un impacto insignificante. En un estudio realizado tras la visita del Papa en 1984 se llegó a la conclusión de que sólo un 15 % de los habitantes de Quebec creían aún en el cielo y el infierno como lugares a los que se va después de la muerte (*Le Devoir*, 9 de septiembre 1984). En el discurso oficial de la Iglesia Católica, a la perspectiva del «otro mundo» se ha añadido la búsqueda de la felicidad en este.

Los mensajes sociales, económicos y políticos de los obispos de Quebec (*Centre Justice et Foi*, 1984) también ilustran la implicación eclesial en los asuntos sociales contemporáneos. Los líderes de la Iglesia han adoptado una enérgica actitud de apoyo a los programas contra la pobreza y han llamado la atención sobre los problemas económicos actuales. El Cardenal Maurice Roy, que presidió la Comisión Pontificia para la Justicia y la Paz creada por Pablo VI, contribuyó notablemente a los temas del desarrollo y de la paz. En el período comprendido entre 1968 y 1990 aumentaron ligeramente las aportaciones financieras a los proyectos de Desarrollo y Paz. Además, la Iglesia apoyó oficialmente manifestaciones de masas tales como *la Grande Marche pour l'emploi* de 1983 y otras marchas que reivindicaban la Paz mediante el desarme.

Los temas medioambientales también están presentes en el discurso episcopal. La economía de Quebec depende en gran medida de los recursos forestales, situados en regiones remotas. Se suele debatir sobre estos lejanos bosques en el contexto del desarrollo regional y algunos obispos se consideran responsables de la protección del medio natural en estas aisladas áreas rurales.

A pesar de la actitud reservada de los obispos a la hora de discutir temas políticos, ante las elecciones provinciales y federales no se abstienen de mencionarlos. Algunos obispos se han visto envueltos en polémicas sobre el futuro constitucional de Quebec y la Carta de la Lengua Francesa. En general, los obispos han reiterado su apoyo a los derechos de las minorías y a la autodeterminación de los pueblos y han defendido una mayor tolerancia frente a la diversidad.

Tanto la Iglesia Católica como la Protestante de Quebec han dedicado considerable atención a los problemas de las mujeres,

al plantear ellas asuntos tales como la violencia dentro de la familia, la contracepción, y los problemas que rodean la participación femenina en la población activa, inclusive el cuidado de los niños. La jerarquía católica ha tomado partido en contra de las injusticias cometidas contra la mujer en un documento titulado *La place des femmes dans l'Église*. A instancias de la Conferencia Episcopal de Canadá, una teóloga fue la presidenta del comité que redactó dicho documento (Roy, 1990: 106-110).

En resumen, podemos decir que la Iglesia de Quebec está ahora menos implicada en asuntos sociales contemporáneos que en el pasado, al haberse desprendido del control del bienestar social. A pesar de esta separación forzosa, la Iglesia y sus feligreses se han implicado en la defensa de los desfavorecidos. Ante todo, esto ha supuesto una disminución del compromiso financiero e institucional con los problemas sociales, a la par que una mayor conciencia de dichos problemas. Por último, ya no se predica con tanta frecuencia sobre el «otro mundo» y se anima a los fieles de la Iglesia a que creen en este una sociedad más sensibilizada.

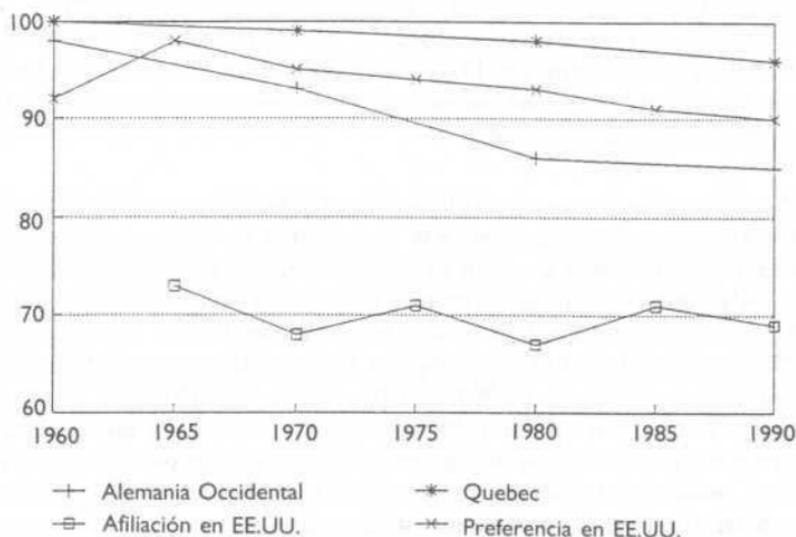
Creencias y prácticas individuales

En los últimos treinta años, la afiliación religiosa ha sido estable, incluso durante el período de secularización institucional descrito anteriormente. En 1970 un 99 % de la población pertenecía a alguna Iglesia y en 1980 el porcentaje era de un 98 % (Gráfico 1). Aproximadamente un 88 % de la población se identifica como católica; esta cifra permanece estable. El porcentaje de población protestante ha descendido de un 8,1 % en 1961 a un 5,9 % en 1991 (Censo de Canadá). Esta disminución se explica en parte por el éxodo de los angloparlantes a otras provincias canadienses. El mapa religioso se ha diversificado ligeramente con la llegada de inmigrantes del sudeste asiático, aunque una modesta proporción de los mismos es también católica. El porcentaje de individuos que declaran no pertenecer a ninguna institución religiosa fue nulo en 1961 y ascendió a 3,9 % en 1991 (Censo de Canadá).

Aunque la gran mayoría de los ciudadanos de Quebec se sigue definiendo como católica, su práctica religiosa ha disminuido. Cualquier domingo del año 1980 acudía a la iglesia un 40 % de los católicos, cosa que hacía solamente un 33 % en 1985 (Gráfico 2). En tan sólo cinco años, de 1981 a 1986, la asistencia semanal a la iglesia ha descendido del 51 % al 36 % de la población global. En 1965, un 88 % de los católicos asistía a misa al menos dos veces al mes, pero veinte años más tarde este porcentaje había descendido a un 38 %. No disponemos de datos similares sobre los protestantes de Quebec, pero una encuesta de Gallup realizada periódicamente desde 1957 para todo Canadá revela que la asistencia semanal a la iglesia descendió ligeramente entre

GRAFICO I

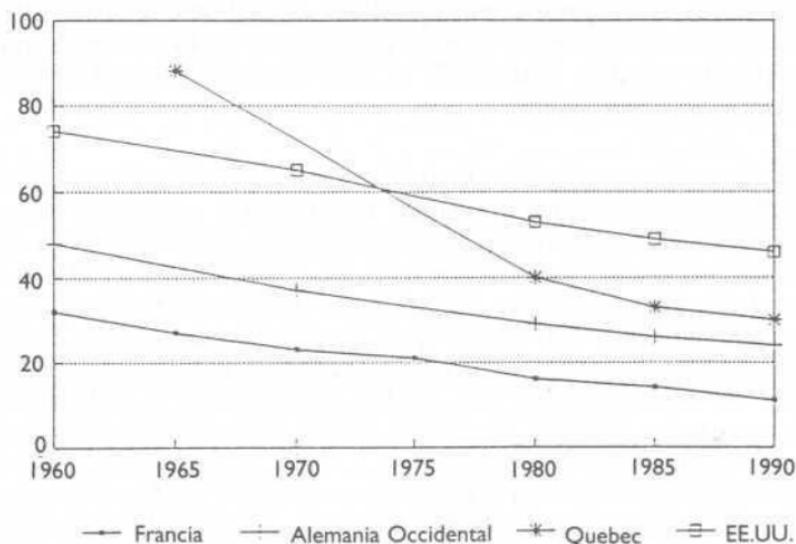
La afiliación de las organizaciones religiosas en Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos, 1960-1990



NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior.

GRAFICO 2

Asistencia semanal a misa de los católico-romanos en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos, 1960-1990



NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior. En 1965, en Quebec, el dato del 88 % corresponde a quienes asistieron a misa al menos dos veces al mes.

los protestantes, de un 32 % en 1965 a un 26 % en 1988 (*La Presse*, 30 de mayo de 1988).

La práctica religiosa de los jóvenes es aún menor. Según un estudio realizado en 1987, un 93 % de los ciudadanos de Quebec entre las edades de 15 y 25 años se consideran a sí mismos católicos, pero sólo un 17 % asiste semanalmente a misa. Sólo un 7 % de las personas jóvenes se considera miembro activo de su parroquia (Bibby, 1990).

La «iglesia electrónica» posibilita la participación de individuos en los servicios religiosos desde la comodidad de sus propios hogares. Aunque ahora se dedican menos minutos por semana que a principios de los años sesenta a programas religiosos radiofónicos, este tiempo ha aumentado en la televisión. En la región de Montreal, la programación religiosa en televisión aumentó de 115 minutos semanales en 1957, a 195 minutos en 1990. La misa se emite por televisión cada domingo por la mañana y además hay programación religiosa en canales de pago (*Office des communications sociales*, datos reunidos por Mario Doyle). El canal gubernamental de televisión también ofrece programas sobre asuntos públicos que tratan temas religiosos. Por ejemplo, hace poco se dedicó un programa a los nuevos tipos de espiritualidad. Curiosamente, los telepredicadores se dirigen menos a la audiencia francófona que a la angloparlante.

Los periódicos y revistas religiosos han tenido una difusión relativamente estable y algunos incluso han experimentado un aumento (*Association canadienne des périodiques catholiques*). Así, por ejemplo, es bastante popular la *Revue Notre-Dame*, que se distribuye a instituciones de ahorro y préstamo. Su tirada se ha multiplicado por seis desde 1971 a 1991 (*Association canadienne des périodiques catholiques*).

Desgraciadamente, no pudimos localizar ningún dato de tendencia relativo a las creencias religiosas en Quebec y por lo tanto sólo disponemos de algunos estudios estadísticos transversales. En una encuesta realizada durante la visita del Papa en 1984, un 92 % de la población de Quebec afirmó creer en Dios (*Le Devoir*, 8 de septiembre de 1984). Un 73 % de la población defendió la creencia de que Jesucristo es Dios, porcentaje que abarcaba un 79 % de los católicos y un 57 % de los protestantes. El 44 % de los encuestados aceptaba la creencia de que «la religión es ante todo una fuerza moral que nos guía en la vida», mientras que un 36 % creía que es «una fuente de apoyo o consuelo en los momentos difíciles». La pregunta sobre la suerte de una persona después de la muerte no obtuvo en absoluto una respuesta unánime. El 39 % cree que el alma sigue viva, el 18 % cree en la reencarnación y el 20 % piensa que la existencia llega a su fin con la muerte. La

creencia en el cielo y en el infierno es ya marginal y sólo un 15 % está convencido de su existencia. Un 8 % no respondió a la pregunta.

El porcentaje de católicos recién nacidos bautizados era de un 81 % en 1968. Esta cifra ascendió en 1985 a un 87 % y volvió a caer en 1988 a un 81 % (Gráfico 3). A pesar de que ha descendido la cifra de nacimientos entre la población femenina francófona, las familias siguen siendo fieles a la tradición de bautizar a sus hijos.

Hasta 1968, en Quebec sólo se admitía el matrimonio religioso. Sin embargo, desde aquel año las parejas han podido elegir entre un casamiento civil ante el juzgado o una boda religiosa en la iglesia. La cifra de bodas religiosas ha descendido considerablemente en los últimos veinte años; en 1970 abarcaba un 98 % de todos los matrimonios, mientras que en 1990 ya había descendido a un 72 % (Gráfico 4). Curiosamente, son los menores de 25 años los que optan con mayor probabilidad por una boda religiosa: un 87 % de maridos y un 85 % de esposas en 1985 (Baillargeon, 1987: 348). El aumento de matrimonios civiles se debe en gran medida a los segundos matrimonios que suceden a un divorcio, matrimonios que no admite la Iglesia Católica. Además, han aumentado las uniones de hecho, lo que conlleva una disminución adicional del porcentaje de bodas religiosas.

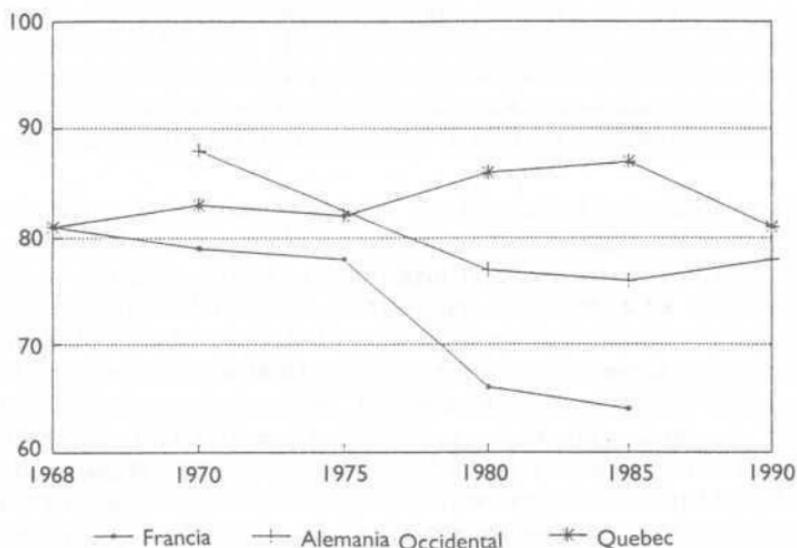
La cifra de ceremonias funerarias celebradas de forma religiosa ha sido relativamente estable durante los últimos treinta años. No obstante, la Iglesia Católica ha liberalizado su política funeraria. Antes no se aprobaba la cremación y ahora, en cambio, se considera aceptable y los sacerdotes han adaptado la ceremonia a esta nueva situación desde 1985.

Los ingresos parroquiales han disminuido ligeramente. Si se expresan los donativos en dólares de 1981, podemos observar un valor mínimo de 122 millones de dólares en 1988, aunque el total volvió a ascender alcanzando la cifra de 135 millones de dólares en 1990 (según *la Assemblée des Évêques du Québec*). La Iglesia goza de un apoyo financiero que, sin embargo, no supone una práctica regular. Los fieles siguen «pagando diezmos» a la Iglesia, a pesar de que acuden a ella menos que en otros tiempos. Su vinculación religiosa se manifiesta en los grandes acontecimientos de la vida, como el nacimiento, la boda y la muerte.

El número de ordenaciones de sacerdotes ha descendido enormemente a lo largo de los últimos treinta años. En 1961 se celebraron 117 ordenaciones, mientras que en 1987 no llegaron a veinte (*Commission épiscopale des ministères et de l'apostolat*, 1988). Este problema de renovación de sacerdotes no es ex-

GRAFICO 3

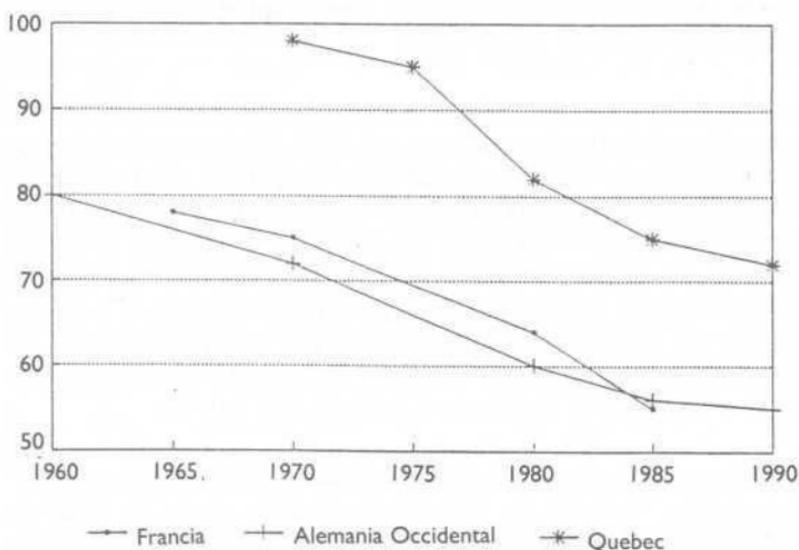
El bautismo de recién nacidos en la Iglesia Católica-Romana o Protestante en Francia, Alemania Occidental y Quebec, 1968-90



NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior. En Francia y Quebec figura el bautismo católico; en Alemania Occidental, tanto los bautismos católicos como los protestantes.

GRAFICO 4

Las bodas religiosas en Francia, Alemania Occidental y Quebec, 1960-90



Nota: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior.

clusivo de Quebec y supone un grave apuro para la Iglesia Católica en todo el mundo.

A pesar de la disminución de las ordenaciones, la cifra de estudiantes de teología permanece estable. Incluso aumentaron bastante los estudiantes de teología a tiempo parcial durante los años ochenta (*Cittá Del Vaticano*), siendo la mayoría mujeres.

La Iglesia ha seguido desarrollando sus actividades principales trasladando la responsabilidad de los sacerdotes a otros miembros de diversas comunidades religiosas y asignando deberes que antes eran propios de los miembros de órdenes religiosas o de los clérigos, a seculares (*Commission épiscopale des ministères et de l'apostolat*, 1988: 9, 22, 23). En la actualidad hay bastantes seculares estudiando en facultades de teología y preparándose no sólo para la enseñanza religiosa en escuelas, sino también para cumplir funciones pastorales y en la administración de organizaciones eclesásticas. A pesar de que no se les permite acceder al sacerdocio, son sobre todo mujeres las reclutadas para ocupar funciones anteriormente reservadas a los clérigos, como predicar la palabra de Dios, administrar parroquias y distribuir la comunión.

El seguimiento de las nuevas religiones es complicado, ya que no están claramente documentadas en el censo canadiense. No obstante, parece ser que el porcentaje de seguidores de las nuevas religiones ha aumentado desde un 1,8 % de la población en 1961, a un 3,3 % en 1981. Los estudios demuestran que los seguidores de los nuevos grupos religiosos suelen indicar en el censo la religión en la que han sido bautizados, y no consideran contradicción el hecho de identificarse como católicos (Gauthier, 1991: 50). Los cambios de afiliación religiosa registrados en el censo nos indican una proliferación de nuevos grupos religiosos y parareligiosos. Bergeron (1982: 9) identificó 300 grupos religiosos de este tipo en Quebec en 1982. El *Centre d'information sur les nouvelles religions* distinguió en 1988 más de 650 grupos.

Dentro de la propia Iglesia Católica se ha podido observar durante las tres últimas décadas, con intensidad variable, una renovación de la fe. El movimiento Carismático llegó a tener cerca de 30.000 adeptos en Quebec en 1980 (Zylberberg y Montminy, 1981: 62). Las tendencias fundamentalistas se expresan a través del Neocatecumenismo, el Opus Dei y los Cursillistas. Las iglesias, medio vacías los domingos, se llenan en las conferencias cuaresmales sobre la injusticia social (según *les Carêmes de Notre-Dame de Québec*).

En resumen, el porcentaje de afiliados a la Iglesia Católica sigue siendo bastante elevado, más de un 80 %, pero ha disminuido la aceptación de las creencias religiosas tradicionales. Además, la

actividad parroquial ha decaído considerablemente, sobre todo la asistencia a misa.

Conclusiones

Antes de la segunda guerra mundial, la religión desempeñaba un papel sumamente importante en la sociedad francocanadiense. Desde el final de la guerra, se han producido los siguientes cambios.

1. *Disminución acelerada de la influencia de la religión institucional.* Las instituciones sociales han aumentado enormemente su autonomía frente a la religión. Curiosamente, esta secularización de las instituciones fue más tardía en Quebec que en las otras tres sociedades estudiadas. No obstante, el proceso se desarrolló rápidamente una vez iniciado. La denominada Revolución Silenciosa se llevó a cabo en pocos años (Rocher, 1973). Todavía quedan vestigios de la influencia eclesial en la enseñanza religiosa de los colegios públicos y en el carácter confesional de la dirección de ciertas escuelas, pero, a nivel global, la Iglesia se ha visto despojada de su participación formal en otras importantes instituciones sociales.
2. *Continuación de la implicación en los problemas sociales actuales.* La Iglesia Católica y su clero se implican a fondo en la lucha contra la pobreza y en la promoción de la paz.
3. *Rechazo de algunas creencias católicas y menor participación, sobre todo en la asistencia a misa.* A pesar de la menor asistencia, el nivel de participación en otras prácticas religiosas tales como el bautismo de los niños, las bodas y los funerales religiosos, sigue siendo alto. La prensa cristiana sigue teniendo muchos lectores y se está extendiendo la emisión de programas religiosos por televisión. La fe en Dios y la asistencia semanal a misa han disminuido considerablemente. Son pocos los que siguen participando en las tradicionales prácticas religiosas, a pesar de lo cual los ciudadanos de Quebec no se han desligado por completo de la religión y muchos mantienen su herencia cultural. Así, por ejemplo, la mayoría de los padres sigue eligiendo que sus hijos estudien la asignatura de religión, lo que les llevará a la primera comunión y confesión.
4. *Aumento de las nuevas formas de creencia y práctica religiosa.* Se está produciendo un importante cambio que afecta a la diversidad de creencias religiosas, como por ejemplo la explicación de lo que ocurre después de la muerte. La multiplicación de movimientos religiosos nuevos y esotéricos indica un cambio de creencias, no su desaparición.

La religión en Francia

La Revolución Francesa, de profundo y marcado carácter anticlerical, creó grandes tensiones en las relaciones entre la Iglesia Católica y la República. La Iglesia estaba estrechamente vinculada a la Monarquía del *ancien régime* y, por lo tanto, era objetivo evidente de los ataques de los revolucionarios franceses que, como era de esperar, decretaron en 1795 la separación del Estado de la Iglesia Católica y confiscaron sus tierras. En el centro de este conflicto ideológico entre la Iglesia y el movimiento anticlerical, se planteaba la cuestión de quién debía regir sobre el campesinado. La Iglesia era la institución más importante del campo antirrepublicano, y reunía en su seno a quienes querían restablecer el *ancien régime*. La Iglesia y el Estado llegaron a un compromiso con el Concordato de Napoleón de 1801, en el que se reconocía al catolicismo como la religión de la «gran mayoría» del pueblo francés. La Iglesia apoyó con entusiasmo a las monarquías restauradas en el período de 1815 a 1830, a la monarquía de julio de 1830 a 1848 y al Segundo Imperio de Napoleón III, de 1852 a 1870.

En las regiones de elevada observancia religiosa, así como en las clases sociales en las que florecía la práctica religiosa (la nobleza), ser católico equivalía a participar en una contracultura. Estos católicos consideraban que todo tenía una explicación de sentido religioso y sus esquemas de conducta, opiniones y valores se regían según el punto de vista católico.

La misma Iglesia actuaba como una contrasociedad. Ofrecía a los católicos toda una gama de instituciones sociales que les permitía escapar de las de la República. Se enviaba a los niños a colegios de monjas o de frailes y se les animaba a formarse para el sacerdocio. El acceso a un seminario abría el camino del ascenso social para los católicos de origen humilde, es decir, era algo parecido a la concesión de una beca de la República. Los católicos más adinerados dedicaban considerable tiempo y dinero al patrocinio de obras de caridad y de asociaciones que beneficiasen a los pobres, tales como los círculos de costura, las asociaciones juveniles y los clubes deportivos.

La fortaleza organizativa de la Iglesia era más patente en el sector agrícola de la sociedad, donde se había creado una impresionante red de asociaciones paracatólicas que incluía cooperativas de agricultores, sociedades de amigos, gremios y bancos. Tenían tanto éxito que los republicanos intentaban imitarles para ganar el apoyo del campesinado y alejarlo de la Iglesia.

En Francia surgió paulatinamente un sistema político democrático a finales del siglo XIX, con la creación de la Tercera República.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado se agriaron rápidamente, y el enfrentamiento llegó a su fin en 1905, cuando el gobierno radical de Combes decretó la separación de la Iglesia y el Estado y el catolicismo dejó de ser la religión oficial. A pesar de algunos conflictos esporádicos desde 1905 entre la Iglesia y la República, sus relaciones generalmente han estado presididas por la armonía.

La autonomía de las demás instituciones sociales

El control del sistema educativo de la nación sigue siendo una fuente de conflicto entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia se considera en la obligación de enseñar los valores cristianos. El Estado rechaza esta reivindicación y está decidido a inculcar valores republicanos a los ciudadanos de Francia.

En el período de 1960 a 1990 se ha estabilizado la jurisdicción de la Iglesia sobre el sistema educativo. La Iglesia ha logrado defender sus escuelas frente a las pretensiones del gobierno socialista, que quiso incorporarlas al sistema educativo estatal en 1984, lo que demostró que seguía teniendo fuerza institucional. En respuesta a los planes gubernamentales de reforma, la Iglesia no dudó en intervenir en «defensa de la libertad». Los sondeos de opinión sugerían que tres cuartas partes del pueblo francés respaldaba el derecho de la Iglesia a mantener escuelas independientes, a pesar de que los católicos practicantes representan como mucho a un 15 % de la población y sólo un 10 % de familias francesas inscriben a sus hijos en escuelas privadas. La inmensa mayoría consideraba que el derecho a elegir la educación de los hijos es un principio fundamental de la democracia. Al oponerse a la reforma propuesta, la Iglesia demostró que sigue siendo una institución poderosa que representa a una amplia gama de grupos de presión. Esta combinación del poder de la Iglesia con el de unos grupos de presión en pleno desarrollo y con la mayoritaria oposición de la opinión pública, fue suficiente para obligar al gobierno de izquierdas a abandonar la reforma planeada. El conflicto invirtió los valores tradicionalmente asociados a la izquierda y a la derecha: la Iglesia defendió el «principio de libertad» mientras que los partidos de izquierdas y el sindicato laico de profesores hicieron un llamamiento por el «respeto a la autoridad». La mayoría del pueblo francés consideró que la izquierda había abandonado sus principios tradicionales de libertad e igualdad de todos los ciudadanos, para defender su posición en el poder.

Tras la primera guerra mundial, la Iglesia había creado una serie de organizaciones paracatólicas con las que pretendía aumentar su influencia institucional en sectores económicos de la sociedad. Inicialmente se crearon tres grupos para extender la voz de la Iglesia a los trabajadores, campesinos y estudiantes. Estaban reunidos bajo el control de una organización madre, la Acción Ca-

tólica. Estas organizaciones tuvieron un éxito sorprendente: los Jóvenes Agricultores Cristianos (JAC) reunieron a la población del campo bajo el manto de la Iglesia, y lo mismo hicieron a continuación los Jóvenes Obreros Cristianos (JOC) y los Jóvenes Estudiantes Cristianos (JEC). En el período de entreguerras, los JAC llegaron incluso a tener demasiado éxito, y con el paso del tiempo reivindicaron su independencia de la Iglesia. Cuanto más se distanciaron de la Iglesia, más fueron adoptando una actitud abiertamente política. Desde su primer proyecto consistente en fomentar la conversión al catolicismo, pasaron a la formación de activistas católicos para ejercer su influencia en otras organizaciones profesionales y políticas. La organización estudiantil, la JEC, también tuvo disputas con la jerarquía eclesiástica y con el paso del tiempo declaró su independencia frente a cualquier influencia eclesiástica. Su éxito se puede medir por el hecho de que muchos de sus líderes estudiantiles de los años cincuenta llegaron a obtener importantes cargos gubernamentales en los años ochenta, entre ellos Michel Rocard (primer ministro), Henri Nallet (ministro de Agricultura), y Robert Chapuis (ministro de Tecnología).

La organización obrera, la JOC, pretendía extender la influencia de la Iglesia a los trabajadores del sector industrial pero, en vez de llevar a los trabajadores al regazo de la Iglesia, incrementaron la conciencia de clase de los mismos. De esta manera, los vínculos formales entre la JOC y la Iglesia no duraron mucho tiempo. En los años cincuenta, los «curas obreros» se introdujeron en el ámbito laboral, a pesar de las reticencias de la jerarquía eclesiástica. La creciente implicación de los activistas católicos entre los trabajadores del sector industrial dio lugar en 1919 a la creación del sindicato obrero cristiano, la CFTC. La CFTC se independizó de la Iglesia en 1964, cuando la mayoría de sus afiliados se declaró a favor de secularizar el sindicato. Una minoría de afiliados creó un nuevo sindicato obrero cristiano con las antiguas siglas, CFTC. Menos de un 3 % de todos los afiliados pertenecen a este sindicato. Por lo tanto, los diversos intentos de la Iglesia para extender su influencia en las instituciones económicas se han vuelto mayoritariamente en su contra.

Los católicos no coinciden con la actitud de la jerarquía católica ante temas como las normas sexuales tradicionales y la vida familiar. Las discusiones sobre la encíclica *Humanae vitae* pusieron al descubierto la pérdida de influencia eclesiástica en la vida familiar. La oposición a la reciente legislación (1974) que liberaliza el acceso a la contracepción, el divorcio y el aborto, fue escasa. Surgió un movimiento pro vida, pero no consiguió evitar la legalización del aborto.

Las instituciones religiosas, tanto cristianas como judías, se han centrado en la ética de la ingeniería genética como medio para

introducir su moral en la discusión sobre sexualidad y procreación. Se están reuniendo con otros grupos de físicos, biólogos y «libre pensadores» para proponer una legislación restrictiva sobre este tipo de experimentación.

El cambio hacia un enfoque mundano

Desde el Concilio Vaticano II (1965), la doctrina de la Iglesia Católica ha cambiado tan rápidamente que las generaciones mayores ya apenas se reconocen en ella. Estas generaciones se educaron bajo una Iglesia que predicaba el infierno y la perdición para los pecadores. Las personas más jóvenes consideran que estas amenazas no son más que disparates supersticiosos. Con la transformación del Dios símbolo del temor al Dios símbolo del amor, ha disminuido enormemente la gravedad del pecado. En vez de considerarse el prelude de la condena eterna, el pecado es ahora un obstáculo para desarrollar una vida feliz. Ya no se castiga con la amenaza de la perdición y, por lo tanto, no provoca los mismos sentimientos de remordimiento y culpabilidad. Como consecuencia de lo anterior, cada vez se practica menos el ritual de la confesión.

La antigua teología de la Iglesia Católica posponía la felicidad de los creyentes hasta el momento en que subieran al cielo. La Iglesia Católica acepta hoy en día el derecho de las personas a la felicidad en la tierra. Este cambio en la doctrina eclesiástica es mucho más que una sencilla relajación de las creencias y prácticas religiosas más estrictas y supone una transformación fundamental de su visión del mundo. Por lo tanto, no debe sorprender que muchos católicos devotos se sientan engañados al ver cómo se diluye la doctrina tradicional. Por otra parte, muchos activistas de asociaciones paracatólicas, así como de la propia Iglesia, han respaldado lo que consideran la adaptación de la Iglesia al mundo moderno. Teniendo en cuenta todos estos elementos, en Francia se ha producido un importante cambio de enfoque en la Iglesia Católica. Este cambio ha estado acompañado por el esfuerzo de la Iglesia Católica por resolver o aminorar problemas sociales tales como la pobreza y por apoyar movimientos sociales en defensa de la paz mundial y de la protección del medio ambiente. En resumen, se puede afirmar que la Iglesia en Francia ha ampliado enormemente su atención a la existencia moral, a costa del más allá.

Las creencias y prácticas individuales

La ley no permite que se pregunte en el censo la afiliación religiosa, por lo que no se dispone de este tipo de información. Según los sondeos, un 80 % de la población se considera a sí misma católica, actitud que permanece sorprendentemente esta-

ble. No obstante, la respuesta varía cuando se plantea la pregunta de otra manera. Así, por ejemplo, ante la pregunta de si «Veamos, ¿se considera usted perteneciente a una religión?», sólo un 75 % en 1970 y un 58 % en 1990 se declaró católico. En cambio, el porcentaje de los que no pertenecen a ninguna Iglesia oscila entre un 18 % y un 38 %, según como se formule la pregunta. Menos de la mitad de todas las personas jóvenes han declarado pertenecer a una Iglesia durante algunos años, lo que da a entender que está disminuyendo la proporción de la población perteneciente a la Iglesia Católica.

Un estudio de Godin y Daniel realizado en 1943 planteó por primera vez dudas sobre el alcance de la afiliación religiosa en Francia, considerada casi universal por la Iglesia. Los autores afirmaban que a pesar de que la mayoría del pueblo francés estaba bautizado, menos de una cuarta parte asistía a misa cada domingo. En determinadas regiones, este porcentaje de católicos practicantes con regularidad estaba incluso por debajo de un 10 %. Sólo en algunas regiones profundamente pías existía una elevada observancia religiosa, respetada por casi todas las personas. En los demás lugares, entre un 10 % y un 15 % de la población asistía con regularidad a misa. De hecho, los historiadores contemporáneos están demostrando que determinadas zonas de Francia (por ejemplo, el Paris Bassin y el noroeste del Massif Central) nunca llegaron realmente a sucumbir a la influencia de la Iglesia Católica.

Como podemos observar en el Gráfico 2, la asistencia a misa bajó de un 32 % de los afiliados a la Iglesia en 1960, a tan sólo un 11 % en 1990. El descenso de la observancia religiosa puede tener en parte su origen en el carácter cambiante del propio catolicismo. No debe sorprender que haya disminuido la asistencia regular a misa los domingos, ya que esta actividad no se plantea como una estricta obligación moral. Otros factores, como el hecho de que haya menos sacerdotes, que se cierren iglesias y que se celebren menos misas, también han contribuido al descenso de la observancia religiosa.

Según varios estudios sobre la práctica religiosa de Francia desde los años cuarenta en adelante, la Iglesia antes exageraba mucho las cifras de asistencia regular a misa. En realidad, la mayoría de las personas lo hacía de forma irregular. La observancia religiosa se expresaba en la celebración de las «cuatro estaciones» del ciclo vital: el bautismo en el nacimiento, la primera comunión en la adolescencia, el matrimonio al principio de la vida adulta y el funeral tras la muerte. En ciertas regiones, esta mínima conformidad se ampliaba a la celebración de una serie de fiestas religiosas anuales, tales como la Navidad, la Pascua, la fiesta de la Asunción, el día de Todos los Santos, el día de la Ascensión y el domingo de Pentecostés.

Ha disminuido el porcentaje de bautizos de niños recién nacidos. En 1968 se bautizó a un 82 % de los recién nacidos en Francia (Gráfico 3). Tras un lento descenso, en 1987 sólo se bautizaron un 64 % de los recién nacidos y menos de un 50 % de los niños asistió a clases de catecismo. El porcentaje de bodas religiosas experimentó una disminución similar (Gráfico 4). En 1965, el clero ofició un 78 % de las bodas celebradas en Francia y sólo un 55 % en 1985. No obstante, a pesar de la disminución de bautismos y bodas religiosas, destaca el hecho de que casi dos terceras partes de los recién nacidos en Francia aún fueron bautizados y más de la mitad de las bodas se celebraron en una iglesia.

La religiosidad individual también se puede medir en Francia en la fuerza del clero. A principios del siglo XX comenzó a descender la cifra de hombres que se preparaban para el sacerdocio. En 1900 eran alrededor de 1.500 por año, mientras que en 1950 esta cifra rondaba los 1.000 por año. En 1960 descendió a unos 500, en los años setenta eran alrededor de 200, y en los años ochenta la cifra no superaba el centenar. Además, cada vez más sacerdotes han expresado su descontento con el papel del clero. Esta creciente desilusión ha motivado el abandono de la Iglesia por parte de muchos sacerdotes, acompañado por un descenso en la asistencia a misa de sus antiguos feligreses. La Iglesia Católica ya sólo cuenta con un reducido equipo de clérigos de cierta edad. En 1965 había 45.003 curas seglares en Francia, en 1975 eran 41.461 y en 1985 había 36.617 (Cuadro 1). En 1995 esta cifra habrá descendido a tan sólo 20.000, a menos que se permita la participación en el clero de hombres y mujeres casados.

Se está produciendo una sorprendente contradicción entre el descenso de bautismos, bodas religiosas y asistencia a misa, y el auge de otras actividades religiosas como la prensa religiosa y las escuelas de la Iglesia. La prensa que se enmarca en el ámbito católico tiene una gran difusión. *Le Pèlerin* tiene semanalmente más de un millón y medio de lectores y *La Vie (catholique)* casi un millón. Las editoriales católicas también están teniendo un gran éxito. Los programas religiosos de la televisión nacional sólo se emiten por los canales públicos. No obstante, en 1981 se liberalizaron las frecuencias de radio, permitiéndose que comenzaran a emitir algunas emisoras locales religiosas. En la actualidad hay diecinueve emisoras cristianas en funcionamiento.

Teniendo en cuenta los pocos datos existentes, parece ser que la aceptación de las creencias cristianas ha permanecido relativamente estable en Francia. En 1967, un 57 % de la población afirmó creer que Jesucristo es hijo de Dios, porcentaje que se elevó a un 64 % en 1986. Por otro lado, la fe en Dios bajó de un 62 % en 1962 a un 57 % en 1990. En el Cuadro 2 se demuestra que

CUADRO I**El clero en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos, 1965-1990**

Año	Francia	Alemania Occidental		Quebec	EE.UU.
	Cat.	Prot.	Cat.	Cat.	Cat. & Prot.
1966	45.003	...	26.667	8.758	...
1970	45.507	14.762	26.286	8.589	218.000
1975	41.461	15.544	24.909	8.149	262.000
1980	38.876	15.614	23.842	7.316	265.000
1985	36.617	16.696	23.842	6.603	289.000
1990	27.000	18.040	23.862	6.428	331.000
Variación 1990/1970	-41 %	+22 %	-9 %	-25 %	+52 %

NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior.

el porcentaje de ciudadanos franceses creyentes en una vida tras la muerte aumentó de un 35 % en 1965, a un 46 % en 1980. Las creencias no cristianas, tales como la reencarnación, representan en cierta medida un reto para el credo cristiano ortodoxo. Un 30 % de los hombres y mujeres franceses declararon en 1990 creer en el «cielo» y un 16 % afirmó la existencia del «infierno». Por lo tanto, parece ser que aproximadamente la mitad de la población de Francia cree en Dios, en Cristo, y en algún tipo de vida después de la muerte.

El mensaje del Papa Juan Pablo II en el que reafirmaba la doctrina tradicional de la Iglesia, y sobre todo denunciaba los excesos de la sociedad moderna, goza de una amplia aceptación. La mayoría de los ciudadanos coinciden con la idea de que las sociedades están sufriendo la agonía de una crisis moral. Los sondeos de opinión indican que la gran mayoría de las personas (83 %) están de acuerdo con el Papa al condenar en términos generales a la sociedad moderna. Sin embargo, su mensaje goza de una popularidad mucho menor cuando habla de la conducta personal de la gente y se inmiscuye en sus vidas privadas dictando, por ejemplo, códigos de moralidad sexual. En un sondeo de opinión, un 52 % de los católicos practicantes se negaba a reconocer que el Papa tuviera derecho a interferir en sus vidas personales.

De hecho, Juan Pablo II ha puesto en tela de juicio la autonomía moral del individuo, concedida por el Concilio Vaticano II. Según el Concilio, todos los individuos son libres de tomar sus propias decisiones morales, siempre que estén preparados para asumir las consecuencias. En Francia, la religión es un asunto que se desarrolla en la relación privada entre los individuos y Dios.

Al admitir que la religión pertenece al ámbito privado y no al público, la Iglesia ya no puede reclamar el derecho a participar en

CUADRO 2**Porcentajes de creencia en la vida eterna en Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos, 1960-1990**

Año	Francia	Alemania Occidental	Quebec	Estados Unidos
1960	78
1965	35	38	..	78
1970	37
1975	50	36	..	70
1980	46	40	..	66
1985	..	39	57	78
1990	..	44	..	76

NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior.

la política. Paradójicamente, al haberse negado a sí misma todo derecho a intervenir en la esfera pública (por ejemplo, en la política o en las estrategias económicas, sociales o culturales), la Iglesia Católica ha tenido que intensificar su acción en el ámbito privado para recuperar su influencia. Sin embargo, muchos fieles rechazan el derecho de la Iglesia a ejercer influencia precisamente sobre el ámbito privado. El Papa goza de una acogida mucho más favorable cuando se refiere a asuntos públicos (siempre que defienda los derechos humanos y la autonomía individual frente al Estado) que cuando toma posiciones sobre asuntos privados. Por ello, recibió un apoyo casi unánime cuando alabó el espíritu de la resistencia polaca frente al gobierno comunista burocrático y, en cambio, obtiene una respuesta tibia cuando condena el aborto y el divorcio.

El movimiento carismático, la versión católica del pentecostismo, tiene alrededor de 250.000 seguidores. Al principio, la jerarquía católica miraba este movimiento con recelo, pero ahora ha sido acogido por la Iglesia. Estas pequeñas comunidades emocionales anteponen la experiencia personal a la tradición (Hervieu-Léger, 1986). Aunque la mayoría del pueblo francés se sigue calificando a sí mismo como católico, han surgido otras religiones en Francia. Hoy en día, el islam es la segunda religión de mayor importancia en Francia. La tercera es el judaísmo, cuya importancia en parte ha crecido considerablemente por la fe judía de muchos *pied-noirs* que volvieron del norte de África en los años cincuenta y sesenta. El protestantismo queda relegado a la cuarta posición. Por último, alrededor de un 18 % de la población se declara no creyente.

Han surgido nuevas comunidades religiosas, integradas por individuos que buscan una lógica espiritual superior a la que someterse, o la satisfacción de sus necesidades personales de autodesarrollo y realización. Para ingresar en una de estas «comunidades emocionales» no es necesaria la conversión en un sentido formal,

pero sí se requiere un compromiso en el sentido de buscar la satisfacción espiritual personal. Los rituales de estas comunidades son sumamente irracionales y estimulan la «convergencia emocional» entre los miembros mediante, por ejemplo, movimientos corporales expresivos durante el rezo. Estas comunidades religiosas son contrarias a lo intelectual, por lo que desconfían de los teólogos abstractos tanto como del clero oficial. Su advenimiento es una señal de un despertar religioso que surge al margen de la Iglesias existentes.

La información sobre los nuevos movimientos religiosos es variopinta y frecuentemente se sobreestima la cifra de adeptos. Incluso los grupos más populares sólo atraen a unos pocos millares de adeptos. Se estima que entre 150.000 y 500.000 individuos están implicados en cultos religiosos en toda Francia.

Conclusiones

1. *La influencia institucional de la Iglesia Católica ha disminuido enormemente en Francia a lo largo de los últimos treinta años.* Este proceso forma parte de una tendencia a largo plazo hacia el debilitamiento de la influencia que sobre los individuos ejercían tradicionalmente algunas poderosas instituciones. A ésto se añade que la Iglesia se ha distanciado, más que en el pasado, de la asociación formal con otras instituciones sociales. La única excepción es la conservación de las escuelas católicas. La Iglesia Católica ha dejado de ser aquella institución majestuosa que, con el consentimiento general, hablaba en nombre de Dios. Sin embargo, es importante reconocer que, aunque la Iglesia ya no puede pretender reinar sin divisiones sobre la vida espiritual en Francia, sigue siendo una organización poderosa y mantiene una considerable influencia informal sobre otras instituciones sociales.
2. *Se ha producido un cambio importante hacia un enfoque mundano en la doctrina y práctica de la Iglesia Católica en Francia.* Las consecuencias eternas del pecado se han reducido y, en cambio, se consideran un obstáculo para el desarrollo de una vida feliz. Además, la Iglesia se esfuerza por resolver los problemas sociales y apoya movimientos sociales populares.
3. *La aceptación personal de las creencias religiosas tradicionales sólo ha disminuido ligeramente, mientras que la mayoría de las prácticas, tales como la asistencia al templo, el bautismo y las bodas religiosas han sufrido un importante descenso.* Por otra parte, se aprecia un crecimiento de la prensa católica en Francia y los nuevos movimientos carismáticos son signo de una renovación del fervor religioso en algunos segmentos de la población. El movimiento carismático tiene mayor fuerza

entre los protestantes, pero también ha atraído a un considerable número de católicos. Teniendo en cuenta lo anterior, se puede afirmar que, en Francia, ha habido un descenso en la actividad del ámbito religioso público y que se ha diversificado la actividad en el ámbito religioso privado.

La religión en Estados Unidos

La mayoría de los primeros inmigrantes a Norteamérica huía de la persecución religiosa en otros países y, como consecuencia de ello, la religión desempeñó un papel importante en la colonización de Norteamérica y en la fundación de Estados Unidos. También por la misma causa se garantizó la libertad religiosa en la Constitución norteamericana y en la Primera Enmienda. A pesar de que en el siglo XIX llegara un importante contingente católico desde Europa, la escena religiosa ha estado dominada por el protestantismo a lo largo de la historia del país.

La Constitución establece una separación clara entre Iglesia y Estado, aunque los padres fundadores nunca pretendieron con ello ahogar el papel de la religión. En gran medida no se ha producido este ahogo, ya que la Iglesia y el Estado han tenido históricamente lazos muy fuertes. Las Iglesias liberadas del Estado han gozado de una fuerza moral mayor que en otras sociedades, en las que forman parte del sistema. Wills (1990: 25) afirma que «la primera nación que separó la Iglesia del Estado fue milagrosa para la religiosidad, para bien o para mal». Antes de la Guerra Civil, los tribunales estatales generalmente consideraban que el cristianismo formaba parte de la ley común heredada de Inglaterra. Así, por ejemplo, el Tribunal Supremo de Pensilvania estableció en 1824 que «el cristianismo, el cristianismo en términos generales, es y ha sido siempre una parte de la ley común de Pensilvania» (Reichley, 1985: 155). Después de la Guerra Civil, los derechos de los Estados se vieron restringidos por la expansión de la influencia del gobierno federal, seguida por una separación más estricta entre la Iglesia y el Estado. Hoy en día este tipo de comentarios no son frecuentes en los tribunales. La juez del Tribunal Supremo Sandra Day O'Connor fue criticada por algunos y alabada por otros, al referirse en 1989 a Estados Unidos como «nación cristiana» (Dershowitz, 1989).

Las Iglesias, sus líderes y sus adeptos han estado profundamente implicados en actividades políticas en Estados Unidos, sobre todo en las luchas contra las injusticias sociales. Las organizaciones religiosas movilizaron todos sus recursos y a todos sus adeptos en la lucha contra la esclavitud. Muchos líderes de la lucha por la abolición pertenecían a confesiones liberales protestantes (Un-

ger, 1989). La Guerra Civil fue en muchos aspectos una guerra sagrada. Los valores religiosos contra la embriaguez y las presiones ejercidas por la Iglesia influyeron en el movimiento antialcohólico y en la aprobación de la legislación prohibicionista. Con la expansión de la revolución industrial en toda Norteamérica, algunos clérigos y miembros de las Iglesias se disgustaron al observar la patente explotación económica y se incorporaron a la lucha contra la pobreza. El «evangelio social» de principios del siglo XX pretendía corregir males sociales y económicos como la opresión en las fábricas, las viviendas insalubres y la explotación laboral de los niños. El «New Deal» y sus reformas económicas recibieron el apoyo de una coalición de protestantes liberales con católicos. Algunas de las confesiones religiosas más importantes han formalizado sus pretensiones de influir en la política social del gobierno federal, abriendo oficinas de influencia (*lobbies*) para ejercer presión en Washington, DC.

Más recientemente, las organizaciones religiosas y el clero apoyaron el movimiento por los derechos civiles, inclusive la histórica Ley de Derechos Civiles de 1964. La mayoría de los líderes negros del movimiento por los derechos civiles eran clérigos y gran parte del apoyo a éstos vino de las iglesias blancas. En las protestas contra la guerra del Vietnam participaron una serie de líderes religiosos, entre los cuales quizá el más notable fuera el padre Daniel Berrigan. La lucha contra la pobreza, el movimiento por los derechos de las mujeres, la defensa de un trato más humano a los presos y los movimientos por los derechos de los enfermos, han gozado todos del apoyo de Iglesias y líderes religiosos (Unger, 1989).

No obstante, a lo largo de las tres últimas décadas se ha podido observar un resurgimiento de las tensiones en la relación entre Iglesia y Estado. Los tribunales federales, sobre todo el Tribunal Supremo, han vuelto a subrayar la separación entre Iglesia y Estado, como demuestran la prohibición del rezo en las escuelas y de las manifestaciones religiosas en los espacios públicos, así como un intento de anular el estatuto de exención de impuestos del que actualmente gozan la mayoría de los grupos religiosos. Al mismo tiempo, los tribunales han impuesto mayores restricciones a la expresión de la libertad religiosa y han prohibido, entre otras cosas, rituales y prácticas religiosas tales como la utilización de serpientes y el consumo de drogas. También han castigado severamente la negación de cuidados médicos a niños. Los tribunales han actuado bajo el razonamiento de que el bienestar de un individuo como miembro de la sociedad está por encima de su pertenencia a una organización religiosa.

Algunos estudiosos están convencidos de que la incorporación de gran número de católicos a la sociedad norteamericana ha precipitado el resurgimiento de la doctrina de la separación y de las

limitaciones a la libre expresión (Demerath y Williams, 1987). Se considera que esta creciente separación es un precio que merece la pena pagar para asegurar que ninguna confesión religiosa, ni siquiera la Iglesia Católica, tenga preeminencia en la sociedad norteamericana.

La autonomía de las demás instituciones sociales

Es difícil definir con exactitud el grado de autonomía de las instituciones sociales —el Estado, la familia, la educación, el bienestar, el trabajo y la política— frente a la religión, pero sí se pueden distinguir tendencias generales. La interdependencia entre Iglesia y política es considerable. Las recientes incursiones de líderes religiosos en el campo político han tenido mucha repercusión. En los años ochenta, dos líderes religiosos, Jesse Jackson y Pat Robertson, intentaron alcanzar la presidencia de Estados Unidos. No tuvieron éxito, pero sí obtuvieron un considerable apoyo. Los cuatro últimos presidentes —Ford, Carter, Reagan y Bush— se declararon cristianos «renacidos».

Los años ochenta fueron testigo de la organización y aparición de la «mayoría moral». Los medios de comunicación han prestado sobre todo atención a la «Moral Majority, Inc.» (Mayoría Moral Inc.), organizada por el reverendo Jerry Falwell. También se han incorporado al campo de la política diversas organizaciones de la Nueva Derecha Cristiana. Estas organizaciones, sus miembros y seguidores, están absolutamente convencidos de que la supervivencia de Norteamérica depende de la vuelta a sus valores cristianos. Estos grupos sostienen que los padres fundadores separaron la Iglesia del Estado, pero nunca pretendieron tener un gobierno sin Dios. Según Falwell, los Estados Unidos se fundaron sobre principios cristianos y, por lo tanto, han «gozado de una relación singular con Dios por aquella fundación» (Falwell, 1980: 266). La batalla por remodelar Norteamérica sobre estos valores abarca la elección de líderes políticos «morales», la creación de instituciones diferentes —por ejemplo colegios—, campañas en los medios de comunicación, boicots económicos y acciones legales. En un estudio realizado en 1980 se llegó a la conclusión de que los cristianos renacidos constituyen un subgrupo político determinado, de valores políticos más bien conservadores (Patel, Pilant y Rose, 1982). La Mayoría Moral ha tenido, y con toda probabilidad seguirá teniendo, un impacto significativo en la vida política norteamericana (Kater, 1982).

Es difícil definir el grado de autonomía de otras instituciones, sobre todo estatales y políticas, frente a la institución religiosa, por el carácter indirecto de la influencia de la religión. Herberg (1955), autor del libro *Protestantes, Católicos y Judíos*, plantea en esta obra esclarecedora que Norteamérica está dominada por

una religión «civil», el modo de vida norteamericano («American Way of Life»), que se sustenta en la fe en Dios, el premio a la virtud y el castigo del mal. La separación entre Iglesia y Estado no ha privado a la política de la dimensión religiosa, institucionalizada a través de la sociedad. Según Bellah (1973), los norteamericanos rinden culto a la sociedad a través de su religión civil, que reúne a Iglesias, confesiones, sectas y cultos en el apoyo a lo americano. Las manifestaciones de la religión civil son numerosas: en la Promesa de Lealtad se hace referencia a «Una nación bajo Dios»; tanto en las monedas como en los billetes se proclama el mensaje de que «Confiamos en Dios»; las sesiones del Congreso y del Tribunal Supremo se inician con un rezo; y el águila y la bandera son símbolos sagrados de la unidad nacional. A los padres fundadores no les resultaría paradójico ver cómo los tribunales siguen insistiendo en la separación estricta entre Estado e Iglesia y que, sin embargo, la fe en Dios y en otros valores cristianos fundamentales está fuertemente arraigada en el tejido político y social de Norteamérica.

Los líderes políticos, las Iglesias y los líderes religiosos se remiten a valores religiosos cuando promueven medidas políticas en defensa de la vida familiar tradicional. La atención que dedican las organizaciones religiosas a los nacimientos fuera del matrimonio, al embarazo de adolescentes, al divorcio, a la violencia familiar y al aborto, son signos de la prolongada interdependencia entre religión y familia. Así, por ejemplo, los líderes religiosos están al frente del movimiento pro vida, y han organizado manifestaciones masivas para influir sobre los legisladores estatales, para que aprueben leyes más restrictivas sobre el aborto. Entre los 2000 detenidos en 1991 por bloquear el acceso a una clínica de abortos en Wichita, Kansas, casi 100 eran hombres y mujeres del clero.

La doctrina de la separación entre Iglesia y Estado se ha utilizado para limitar la presencia manifiesta de la religión en la educación, sobre todo en la escuela pública. Recientemente, varias resoluciones judiciales han prohibido el rezo al inicio de la jornada escolar y en acontecimientos patrocinados por la escuela, tales como concursos de atletismo o ceremonias de graduación. No obstante, la influencia de la religión sobre los contenidos del programa de estudios tiene un largo historial. Los líderes religiosos, igual que los legos, consideran que durante los últimos años la escuela pública, enmascarada tras un «humanismo secular», ha enseñado a sus hijos a «no tener Dios». Los fundamentalistas están ejerciendo presión sobre las escuelas para que impartan enseñanzas de creacionismo como alternativa al humanismo secular, para que limiten la educación sexual y eliminen la literatura «ofensiva» de las clases de lengua inglesa y de las bibliotecas. Los valores cristianos básicos todavía se dejan ver en los programas de estudios, sobre todo en los cursos de educación cívica, de

ciudadanía y de vida familiar. Aproximadamente un 16 % de los estudiantes inscritos en escuelas primarias y secundarias asisten a escuelas privadas. De este porcentaje, un 60 % asiste a escuelas católicas, un 26 % a escuelas patrocinadas por diversas confesiones protestantes y un 14 % a escuelas privadas no adscritas a ninguna religión. En otras palabras, aproximadamente el 15 % de los estudiantes de enseñanza elemental y secundaria están siendo educados en un entorno religioso. Por otra parte, algunos padres optan por mantener a sus hijos fuera de las escuelas públicas «sin Dios», educándoles en «home schools» (escuelas hogar). Tanto las escuelas privadas como las «home schools» ayudan a mantener un moderado vínculo entre religión y educación.

La implicación de la religión, sobre todo de la Iglesia Católica, en el movimiento obrero norteamericano ha sido importante. La Iglesia y el trabajo todavía están en cierta medida entrelazados. Diversos grupos confesionales e Iglesias contribuyen con importantes sumas de dinero y bienes a ayudar a los pobres y a los socialmente desfavorecidos (servicios sociales). Sin embargo, su contribución global al bienestar es más bien modesta en comparación con la que hacen el Estado y los gobiernos federales.

El cambio hacia un enfoque mundano

Como decíamos, la religión tiene un largo historial en la sociedad norteamericana por su preocupación por temas sociales tales como la esclavitud, la pobreza, la explotación laboral de niños, el movimiento antialcohol, los derechos civiles, la separación familiar y el aborto. Las confesiones protestantes mayoritarias —episcopal, presbiteriana, metodista y luterana— tienen por lo general puntos de vista políticos más bien liberales y se han lanzado a luchas a favor de las minorías raciales, las mujeres, los pobres, los homosexuales, los enfermos mentales y los mendigos. En la época en que estuvieron profundamente implicadas en diversos movimientos por los derechos civiles, su cifra de afiliados descendió significativamente. Puede tentarnos la idea de que los adeptos rechazaban la intervención en asuntos sociales, prefiriendo la búsqueda de la salvación, aunque cabe también pensar que los adeptos apoyaban la implicación en asuntos sociales, pero repudiaban las soluciones liberales propuestas por sus Iglesias.

Mientras que las Iglesias mayoritarias perdían adeptos, las Iglesias fundamentalistas experimentaban un rápido crecimiento, sobre todo las confesiones evangélicas. Durante este período se produjo un nuevo despertar político y social de las confesiones evangélicas, que se incorporaron a la lucha contra los males sociales contemporáneos. Según Liebman y Wuthnow (1983), habría que volver a analizar «la suposición de que las convicciones fundamentalistas están demasiado alejadas de este mundo como para poder

afrontar una implicación política». La aceptación de que los problemas políticos y sociales son asuntos de la Iglesia se demuestra en una encuesta de los miembros del «Club 700»: más de una tercera parte declaró que una razón importante para la participación es «aprender más sobre política y sobre lo que está bien y mal en Norteamérica». Estos grupos componen la «mayoría moral», que adopta la línea conservadora, contraria a la de las iglesias mayoritarias.

Los esfuerzos de la Oficina de Rentas Públicas por retirar la exención de impuestos a las escuelas y colegios universitarios cristianos que incumplían la obligatoria igualdad racial despertó una oleada de protestas populares entre los fundamentalistas. Estos grupos lo percibieron como un primer aviso y se incorporaron a la lucha contra lo que consideraban amenazas a la moral tradicional y a la vida familiar, tales como los derechos de los homosexuales, el aborto y la pornografía. Tras varias décadas de inactividad, este despertar político de los evangélicos es una muestra de la capacidad que tiene la religión para adaptarse a unas condiciones sociales cambiantes.

La religión en Norteamérica ha seguido con un ojo los objetivos divinos y con el otro los problemas sociales. El esquema habitual consiste en que diversas confesiones se vinculan a diferentes causas y los grupos frecuentemente se oponen unos a otros. En ocasiones parece ser que los objetivos mundanos de las Iglesias han ofendido a algunos adeptos, que han optado por desafilarse o suspender sus aportaciones financieras. Esto parece haber ocurrido en las principales Iglesias protestantes durante los movimientos por los derechos civiles en los años sesenta y setenta. En otras ocasiones, la implicación política y social ha incitado a los creyentes a una mayor fe. La experiencia norteamericana ha vivido sucesivos «grandes despertares», durante los cuales los grupos religiosos invierten grandes energías en actividades mundanas, para después volver a períodos de inactividad. En los grupos religiosos de Estados Unidos no se ha producido durante los últimos treinta años un paso directo y continuado desde la perspectiva centrada en el más allá a un enfoque mundano, según auguraba la hipótesis de la secularización.

Las creencias y prácticas individuales

La gran mayoría de los norteamericanos declara tener una preferencia religiosa, como se muestra en el Gráfico I. En 1960, una amplia mayoría de norteamericanos, un 92 %, declaró tener una preferencia religiosa y este porcentaje sigue por encima del 90 %. En 1965, un 73 % de la población declaró estar afiliada a una Iglesia y a lo largo de las últimas tres décadas este porcentaje ha rondado el 70 %. En el período comprendido entre 1960 y 1990,

la preferencia confesional y la afiliación religiosa sólo sufrieron un ligero descenso.

En lo que se refiere a la asistencia a los servicios religiosos, los resultados obtenidos son contradictorios. Por un lado, los datos referidos a los católicos bajan desde un máximo del 74 % en 1960, a un 46 % en 1990 (Gráfico 2). Por otro, el porcentaje de protestantes que asiste semanalmente a los servicios religiosos se ha mantenido constante en el 40 % durante el mismo período de 30 años (Cuadro 3). En términos relativos, incluso teniendo en cuenta este ligero descenso, cada semana asiste más gente a la iglesia que a todos los acontecimientos deportivos juntos (Wills, 1990: 16).

Las aportaciones económicas contradicen la idea de declive en el compromiso religioso: en efecto, la cifra de donativos per cápita a las iglesias protestantes se ha elevado de modo continuo desde 1945 a 1987. Si para corregir el efecto de la inflación se calculan los datos en dólares constantes de 1967, la cifra de donativos per cápita pasa de 36 dólares a 108 dólares año. No se dispone de datos equivalentes por lo que respecta a los católicos.

El porcentaje de la población que declara creer en Dios y en que Jesucristo es Dios o el hijo de Dios ha cambiado poco en los últimos cuarenta años. Más del 95 % de la población admitió creer en Dios tanto en 1960 como en 1990, mientras que los que creen en la divinidad de Jesucristo son aproximadamente el 80 %. El Cuadro 2 manifiesta un nivel alto y estable durante los últimos treinta años de norteamericanos que creen en la vida después de la muerte: el 75 %. El moderado apoyo a la secularización se aprecia en la percepción de la importancia que tiene la religión en la vida individual y en la sociedad en general. En 1952, un 75 % respondió que la religión tenía una influencia importante en sus vidas: en 1986, esta cifra había descendido al 58 %. La percepción de la importancia de la religión en la sociedad era del 70 % en 1957, bajó a un nivel mínimo del 13 % en 1970 y desde entonces ha vuelto a subir de modo uniforme hasta el 50 % del año 1986. Queda por ver si este reciente ascenso continuará o no. En conjunto, estos datos sugieren que la influencia de la religión en la sociedad norteamericana ha descendido en las tres últimas décadas.

En conjunto, la producción de libros religiosos sólo ha experimentado un modesto descenso. En los años cincuenta aumentó ligeramente la cifra de libros publicados, a mediados de los setenta descendió y volvió a aumentar en los años ochenta.

Las relaciones porcentuales entre clero y personas empleadas, y entre clero y población general, fueron aumentando durante los

treinta años que van de 1960 a 1990. Ha crecido considerablemente la cifra de pastores protestantes y ha permanecido estable la de clérigos católicos. Los católicos no van a poder mantener el nivel actual de clero si continúa descendiendo la cifra de seminaristas. En 1965 había 800 estudiantes de teología por cada 1.000 clérigos activos. En 1987 esta cifra había descendido espectacularmente hasta situarse por debajo de los 200. Al mismo tiempo, ha aumentado ligeramente el número de estudiantes protestantes de teología.

CUADRO 3

Asistencia semanal a los oficios de los protestantes y porcentaje de afiliados en Alemania Occidental y Estados Unidos, 1960-1990

Año	Alemania Occidental	Estados Unidos
1960	6	39
1970	5	38
1980	4	43
1990	4	42

NOTA: En los casos en que faltan datos sobre algún año determinado, se han sustituido por los de un año anterior o posterior.

En resumen, se puede afirmar que los ciudadanos de Estados Unidos muestran un elevado nivel de afiliación y actividad religiosa. Alrededor de un 90 % de los adultos demuestran actualmente una preferencia religiosa, porcentaje ligeramente inferior al registrado en los años cincuenta y sesenta. Los porcentajes de afiliación religiosa han descendido ligeramente, y el nivel de asistencia semanal a misa de los católicos está por debajo del de años anteriores. En el ámbito protestante han aumentado los donativos y la popularidad de la vocación de pastor; esta última tendencia ha descendido entre los católicos. Se están publicando más libros religiosos, pero ha descendido su proporción respecto del total de publicaciones.

El Centro de Estudios Religiosos de Princeton (1990) reúne, desde hace varios años, información sobre la religión en Norteamérica, y ha elaborado un índice religioso en el que se combinan diversas creencias y conductas. Sólo se alcanzaría una puntuación de 100 en dicho índice si todas las personas entrevistadas creyesen en Dios, hubiesen declarado una preferencia religiosa, perteneciesen a una Iglesia, asistiesen una vez a la semana a los servicios religiosos, concediesen gran importancia a la religión en sus vidas, creyesen que la religión ofrece respuestas a los problemas actuales y confiaran firmemente en las organizaciones religiosas y en el clero. El índice religioso fue de 73 puntos en 1940 y descendió lentamente hasta alcanzar la cifra de 65 en 1990. Este descenso de ocho puntos durante los últimos cincuenta años

indica una secularización muy moderada en la creencia y práctica individual. Es decir, que parece haber un «continuado "florecimiento" de la adhesión y fe norteamericanas» (Lipset, 1973: 44).

Conclusiones

La religión ha ejercido una importante influencia en Estados Unidos a lo largo de su historia. En algunos espacios religiosos se ha producido una secularización, pero otros han permanecido intactos.

1. *A pesar de que se ha impuesto rigurosamente la separación entre Iglesia y Estado, la religión institucional sigue ejerciendo influencia sobre las principales instituciones sociales.* El apoyo ciudadano a la religión está tan profundamente arraigado en otras instituciones, que los valores religiosos tienen un efecto significativo sobre las mismas.
2. *Las Iglesias han ampliado su poder mundano al implicarse más en la disminución de algunos problemas sociales.* No obstante, la mayoría de las Iglesias no han descuidado su orientación espiritual, divina o de salvación. Al parecer, muchas Iglesias han dirigido su atención a los problemas mundanos al considerarlos como parte integrante de la búsqueda de la salvación.
3. *Determinadas creencias y prácticas han experimentado altibajos durante los últimos treinta años.* Aunque las creencias han cambiado en cierta medida a lo largo del tiempo, sigue siendo bastante elevada, en la sociedad norteamericana, la proporción de población que tiene fe en Dios, en Jesucristo y en la vida más allá de la muerte. Ha disminuido un poco la actividad de las organizaciones religiosas, y parece haberse producido un giro hacia una observancia religiosa más personal.

La religión en Alemania Occidental

La religión estaba ampliamente arraigada en el tejido del Estado alemán, organizado a mediados del siglo XVI (Hegel, ed. 1935). Esta profunda fusión comenzó a disolverse en el siglo XVII, cuando el feudalismo fue dando paso gradualmente a formas de gobierno más democráticas. En los siglos XIX y XX, las disposiciones constitucionales fueron suplantando poco a poco las antiguas garantías feudales que beneficiaban a la Iglesia (Maier, 1989).

En la Constitución de la República Federal, firmada en 1949, se estableció la separación entre Iglesia y Estado. No obstante, tam-

bién se garantiza la libertad religiosa y se reconoce a las Iglesias dominantes como corporaciones públicas. Este estatuto obliga al gobierno a subvencionar a las Iglesias, pagando incluso los salarios del clero. El gobierno federal recauda impuestos de los afiliados para las Iglesias individuales, reconoce oficialmente el domingo y las festividades cristianas, así como la obligatoriedad de la asignatura de enseñanza religiosa en los colegios públicos.

La influencia institucional concedida por la República Federal a la religión tiene su origen en el papel crítico desarrollado por las Iglesias durante la restauración alemana, después de la segunda guerra mundial. Tras la caída del Tercer Reich, las únicas organizaciones sociales que seguían funcionando en Alemania eran la Iglesia Luterana y la Católica. Realizaron una variedad de tareas que normalmente correspondían al gobierno y actuaron en muchos sentidos como defensores de la nación conquistada. Desde aquel momento, las Iglesias han podido conservar su peso en los ámbitos de la educación, los servicios sociales, las relaciones laborales y los medios de comunicación (Greschat, 1983; Hollenstein, 1983).

La autonomía de las demás instituciones sociales

La religión sigue desempeñando un papel fundamental en la distribución de los servicios de bienestar social. Las organizaciones católicas y protestantes son importantes entidades de servicios sociales. Estas organizaciones ofrecen asistencia y servicios sanitarios, así como servicios ambulantes para diversos grupos desfavorecidos.

La religión continúa ejerciendo una moderada influencia en la vida familiar. En Alemania, más de la mitad de las bodas son oficiadas en una iglesia por el pastor o sacerdote y se bautiza a casi un 80 % de los niños. Las Iglesias promueven los valores tradicionales de la familia, a pesar de lo cual ha aumentado la aceptación pública de estilos diferentes de vida familiar durante los últimos treinta años.

Aparte de un alto nivel de incidencia de divorcios causados por la guerra a principios de los años cincuenta, el divorcio ha sido relativamente poco frecuente hasta bien entrados los años sesenta. En 1960, 36 de cada 10.000 matrimonios acabaron en divorcio. Esta cifra ascendió a 86 por cada 10.000 en 1985 (Statistisches Bundesamt, 1988: 78), a pesar de la oposición planteada por las enseñanzas religiosas a esta práctica.

La opinión pública acepta mayoritariamente la cohabitación fuera del matrimonio. En 1976, un 63 % de la población germano-occidental no veía «nada malo» en el hecho de que una mujer y un

hombre viviesen juntos sin casarse y este porcentaje ascendió a un 78 % en 1988. En el período de 1972 a 1982 se triplicaron las relaciones de cohabitación extramatrimonial y actualmente más de dos millones de hombres y mujeres conviven sin estar casados (Schenk, 1987).

El porcentaje de ciudadanos germano-occidentales que se muestra en desacuerdo con el aborto aumentó de un 8 % en 1978 a un 15 % en 1986 y aun así las cifras siguen siendo más bien bajas. La mayoría de los católicos (cuatro entre cinco), así como de los protestantes (nueve entre diez) están a favor de la legalización del aborto. La cifra de abortos legales ascendió de 54.000 en 1987, a 91.000 en 1982, y volvió a descender ligeramente a 88.500 en 1987 (Statistisches Bundesamt, 1987c: 163, 1988: 387).

Existe un moderado vínculo entre educación y religión. En los años sesenta desaparecieron la mayoría de las escuelas confesionales, tan celosamente protegidas por las Iglesias. La influencia de la religión sobre la educación se limita hoy en día a la obligatoriedad de la enseñanza religiosa para los estudiantes de las escuelas públicas. Si los padres no quieren que su hijo participe en la clase de religión, puede asistir a una clase de ética como asignatura sustitutoria. Esto ocurre en contadas ocasiones y más de un 90 % de los estudiantes de la escuela pública alemana asiste cada año a clase de religión (Glötzner, 1981). Por último, las dos Iglesias dominantes también tienen un importante peso en el nombramiento de los catedráticos de teología de las universidades del país.

La religión como institución social tiene sólo una influencia mínima sobre las organizaciones obreras. Una proporción muy pequeña de los hombres y mujeres en activo pertenecen a un sindicato caracterizado por su orientación cristiana (Armigeon, 1988: 461). La Federación Cristiana de Sindicatos (CGB) apenas abarca a un 1 % de la población activa, aunque su cifra de afiliados ha aumentado ligeramente durante los últimos años.

La influencia directa de las Iglesias sobre la política es más bien débil. Partidos políticos tales como los Demócratas Cristianos (CDU) y su partido hermano, el Partido Social Cristiano (CSU), están vinculados a los ideales cristianos, como indican sus nombres. No obstante, las Iglesias no tienen ningún control directo sobre el programa o los candidatos de estos partidos.

Las Iglesias difunden declaraciones públicas sobre responsabilidades políticas, en un intento de provocar algún tipo de impacto sobre la política. Así, por ejemplo, la Iglesia Protestante publica sus *Denkschriften*, en las que difunde sus directrices para la política y actividad gubernamental. En 1962 se publicó la *Denkschrift* sobre

la propiedad inmobiliaria; en 1965 se publicó la de agricultura; en 1965 la de Europa del Este; en 1968 la de la Paz; en 1979 la de los valores cristianos; en 1981 otra sobre la Paz; y en 1985 se publicó una sobre la democracia liberal. Las autoridades públicas dedican poca atención a estas «orientaciones», que no aportan a la religión mayor influencia en la arena política.

En general, la principal influencia institucional de la religión en Alemania Occidental radica en su carácter de proveedora de servicios sociales. La enseñanza religiosa en las escuelas públicas supone una modesta influencia de las Iglesias en la educación, que se adhiere oficialmente a los valores tradicionales de la familia. Además, la recaudación gubernamental del impuesto religioso vincula institucionalmente a la Iglesia con el Estado. Su influencia institucional se limita por lo general al bienestar social y a la educación, pero éstas son funciones importantes y, consiguientemente, la Iglesia ejerce una considerable influencia sobre la sociedad.

El cambio hacia un enfoque mundano

La extensa implicación de las Iglesias en la provisión de servicios sociales en Alemania Occidental es una prueba del paso hacia un enfoque mundano. Las Iglesias se encargan, en gran medida, del cuidado de los pobres, los mendigos, las personas mayores, los inmigrantes, los solicitantes de asilo y otros grupos. Además, las organizaciones religiosas están muy implicadas en la lucha contra el hambre en países del Tercer Mundo. La Iglesia Luterana inició en 1962 un extenso programa de ayuda al extranjero, financiado por el gobierno federal. El enfoque de este programa ha pasado de la «misericordia» a una «reorganización social más activa» en los países subdesarrollados. La ayuda exterior consume actualmente un 2 % del presupuesto de la Iglesia Luterana.

Otra señal del enfoque «mundano» está en la influencia que ejercen los nuevos movimientos sociales sobre las propias Iglesias. En los años sesenta surgieron «parroquias de base» en la Iglesia Protestante y en la Católica, que defendían la democratización de las estructuras eclesiásticas y una mayor voz en las prácticas religiosas. Además, en algunas ocasiones se han experimentado nuevas formas de servicios religiosos. Las Iglesias también están implicadas en movimientos sociales cuyo objetivo es mejorar la calidad de vida. Ambas Iglesias apoyaron poderosamente al movimiento pacifista alemán de los años ochenta. En la última década el movimiento medioambiental ha sustituido en gran medida al movimiento pacifista y actualmente goza de un importante apoyo de las Iglesias y grupos asociados.

A pesar de que ha aumentado la implicación en temas propios de este mundo, la mayoría de las Iglesias sigue centrando principalmente su atención sobre el cielo, el infierno y otras preocupaciones del más allá. Las Iglesias no sólo han apoyado a importantes movimientos sociales, sino que además han adquirido responsabilidad social, generalmente en el contexto de los valores cristianos.

Las creencias y prácticas religiosas

Se dispone de abundante información fiable sobre la conducta y práctica religiosa en Alemania Occidental. Los alemanes han pertenecido desde hace mucho tiempo a la Iglesia Luterana o a la Católica. Aproximadamente un 90 % de la población se ha afiliado a una de estas confesiones desde 1945 (Gráfico 1). Ha descendido ligeramente la afiliación protestante, de un 52 % de la población en 1960 a un 41 % en 1985. La afiliación católica se ha mantenido más o menos constante en torno a un 44-45 %, es decir, que en los últimos años los creyentes se han repartido de manera casi igual entre las dos Iglesias principales.

El elevado porcentaje de afiliados a la Iglesia en Alemania no deja de sorprender, si se tiene en cuenta el importante aumento en los afiliados que deciden «dejar» la Iglesia. Desde el principio de los años ochenta se ha producido un éxodo más bien considerable (Statistisches Bundesamt, 1986, 1989b; Zapf, 1977). Esta pérdida se compensó con la inmigración de trabajadores extranjeros católicos y sus familias.

Aunque la mayoría de la población está afiliada a una Iglesia, son pocos los que se implican activamente. Esto desde luego ocurre en el caso de los protestantes, como se puede observar en su asistencia a los servicios (Cuadro 3). En 1960, tan sólo un 6 % asistía a los servicios religiosos un domingo cualquiera, porcentaje que descendió a sólo un 4 % en 1990. Los católicos han mantenido un mayor nivel de asistencia que los protestantes, pero también ha descendido su grado de implicación: en 1960 casi un 50 % asistía a misa todas las semanas, porcentaje que había descendido a la mitad, un 24 %, en 1990 (Statistisches Bundesamt, 1987a, 1989a).

La disminución de bodas religiosas y de bautizos evidencia un moderado apoyo a la secularización. No podemos distinguir entre católicos y protestantes, pero en el período de 1960 a 1987 ha descendido el porcentaje de bodas oficiadas en una Iglesia por un clérigo de un 80 % a un 55 % en la República Federal. Durante este mismo período, han descendido los bautizos de recién nacidos de un 97 % a un 79 %. A pesar de este descenso en el porcentaje de bodas religiosas y bautizos, la Iglesia sigue estando

implicada en una importante mayoría de todos los matrimonios y nacimientos (Statistisches Bundesamt, 1987a, 1989a).

Normalmente, las aportaciones financieras son indicadores significativos de la religiosidad. En Alemania este indicador es algo menos evidente, porque el gobierno federal recauda el impuesto religioso de los afiliados de las iglesias. Se ha producido un aumento significativo durante los últimos años en el impuesto religioso per cápita, probablemente a causa de la inflación más que por una mayor religiosidad. Se pueden evitar los impuestos religiosos abandonando la Iglesia y el hecho de que casi un 90 % siga afiliado a ella y pagando demuestra un compromiso religioso. Los donativos voluntarios tanto de católicos como de protestantes son más bien modestos, pero han ido en aumento durante los últimos 25 años. Así, por ejemplo, los donativos per cápita para la organización «Pan Protestante para el Mundo» han ascendido de 0,6 puntos en 1963 a 3,5 puntos en 1987 (Diakonisches Werk, 1988). Se puede distinguir una tendencia parecida en las aportaciones a «Misereor», la principal obra de caridad católica. En este caso, los católicos donaron 3,3 marcos per capita a «Misereor» en 1978 y su apoyo ascendió a 4,8 marcos per cápita en 1988 (Bischöfliches Hilfswerk, 1988).

El clero ha disminuido un poco. En 1964, la Iglesia Católica tenía un sacerdote por cada 1.000 afiliados y esta relación descendió a 0,96 por cada 1.000 en 1987. Las dificultades que se le presentan a la Iglesia Católica a nivel mundial para reclutar sacerdotes se hacen evidentes en la cifra de ordenaciones en Alemania durante los últimos años, que descendió de 473 en 1985 a tan sólo 163 en 1978, aunque volvió a ascender a 240 en 1986 (*Informationszentrum Berufe und Kirche*, 1987). Históricamente, los pastores protestantes atendían a más afiliados que los sacerdotes católicos, siendo éste el caso de Alemania. En 1970 había 0,5 pastores por cada 1.000 afiliados y 0,7 en 1987. Apenas se observa un cambio en la cifra de hombres y mujeres que optan por ser pastores en Alemania Occidental. La cifra de estudiantes católicos que se formaban para el sacerdocio en 1960 era de 5.200 mientras que en 1973 eran 2.000 y desde ese año la cifra se ha estabilizado alrededor de los 3.000 (Hauschild y Wilkens, 1978; *Informationszentrum Berufe und Kirche*, 1987).

Las suscripciones a revistas religiosas son abundantes. El número de revistas aumentó de forma constante en el período de 1975 a 1987, pero su difusión global permaneció relativamente constante. Parece ser que se incrementó el número de revistas y boletines informativos especializados en temas religiosos que se crearon durante este período, pero se redujo la audiencia de cada publicación, de tal manera que permaneció constante el número total de suscripciones a publicaciones periódicas religiosas.

Una encuesta nacional analizó de modo continuo la frecuencia con la que las familias alemanas rezaban, daban gracias a Dios o bendecían la mesa (Noelle-Neumann y Piel, 1983). Planteaba la siguiente pregunta: «Hay cosas que se hacen habitualmente en algunas familias pero no en otras. Por ejemplo, si recuerda su infancia, ¿rezaba antes o después de las comidas?» En 1965, un 62 % contestó afirmativamente, pero el porcentaje descendió a un 47 % en 1982. A continuación, se preguntó si la familia reza actualmente a la hora de la comida. En 1965, un 29 % lo hacía siempre, un 17 % a veces y un 54 % nunca. Durante los siguientes diecisiete años, fue descendiendo el porcentaje de familias que rezaban a la hora de la comida: en 1982 sólo un 11 % rezaba con regularidad, un 14 % lo hacía a veces y un 75 % nunca. Esta encuesta demuestra que ha descendido enormemente la costumbre del rezo familiar a la hora de la comida, hasta el punto de que, en 1982, tan sólo una de cada cuatro familias rezaba a veces.

Una minoría de alemanes lee la Biblia, mientras que aproximadamente un 60 % de los encuestados entre 1966 y 1978 afirmaban no leerla «nunca». El porcentaje de los que «en escasas ocasiones» leen la Biblia aumentó de un 17 % a un 22 %. Los lectores «ocasionales» descendieron de un 15 % a un 11 % y sólo un 5 % afirmaba leer «con frecuencia» la Biblia.

Alrededor de un 40 % de la población cree en la vida más allá de la muerte, porcentaje que ha permanecido relativamente constante desde 1960 (Cuadro 2). Aproximadamente un 30 % rechaza la idea de una vida más allá de la muerte, y el 30 % restante está indeciso (*Institut für Demoskopie*, 1992). Las encuestas longitudinales han servido para documentar los cambios en la aceptación de las doctrinas y creencias eclesíásticas. El porcentaje de católicos que respondieron afirmativamente a estas preguntas descendió de un 49 % en 1970/71, a un 38 % en 1982. La pérdida de fe y de obras piadosas resultó significativamente mayor entre los protestantes, grupo en el que el porcentaje descendió de un 37 % a un 14 % (Noelle-Neumann, 1974; 1983; 1984).

En una encuesta realizada sucesivamente en 1978, 1984 y 1988 se demostró un ligero descenso en el nivel de satisfacción con la Iglesia expresada por los afiliados. Entre los católicos, el porcentaje de afiliados «muy satisfechos» bajó de un 9 % a un 8 %, mientras que los «muy insatisfechos» aumentaron de un 26 % a un 30 % (Statistisches Bundesamt, 1989b).

En estas encuestas parece demostrarse una tendencia general el lento abandono de la Iglesia institucional y un modesto aumento de la religiosidad personal.

Conclusiones

Las organizaciones religiosas desempeñaron un papel fundamental en la reconstrucción de la sociedad alemana tras la segunda guerra mundial. Los lazos institucionales han conservado la influencia de las Iglesias católica y luterana en la sociedad alemana.

1. *La autonomía de otras instituciones sociales en Alemania Occidental es hoy algo mayor que hace treinta años.* No obstante, la posición institucional de la Iglesia como distribuidora de servicios sociales y asistencia pública, junto al impuesto religioso recaudado por el Estado, sigue garantizando a las organizaciones religiosas una posición significativa en el gobierno alemán.
2. *Se ha producido un aumento significativo de la implicación eclesíastica en asuntos mundanos referentes a los derechos humanos, la pobreza mundial y la protección del medio ambiente.* Al mismo tiempo, persisten las preocupaciones tradicionales sobre el pecado, el cielo y el infierno. Parece ser que las Iglesias han ampliado su temática para abarcar preocupaciones de actualidad, a la par que mantienen su atención en «la vida más allá de la muerte».
3. *Muchas creencias tradicionales ya no se consideran tan inviolables como antes y ha descendido espectacularmente la actividad religiosa.* Parece ser que los alemanes conservan sus vínculos institucionales, pero han reducido mucho su implicación religiosa personal.

La religión en las sociedades postindustriales

Nuestro repaso de la religión en las cuatro sociedades durante los últimos treinta años corrobora la afirmación de Hunter de que la relación entre modernización, industrialización, urbanización y religión es mucho más compleja que una simple «desaparición institucional de esta última» (Hunter, 1983: 11). Este autor argumenta que la modernidad y la religión están implicadas en un importante regateo, o negociación, que generalmente da lugar a «una acomodación mutua, una permuta mutua o incluso un crecimiento simbiótico». En una comparación de las religiones en Holanda, Japón y Estados Unidos (Sasaki y Suzuki, 1987), se llegó a la conclusión de que «la secularización no puede considerarse como un fenómeno global de las sociedades modernas» (p. 1055).

Con el surgimiento del pluralismo estructural racional como parte de la modernización, se ha producido una mayor autonomía insti-

tucional en las cuatro sociedades. La autonomía institucional más pronunciada se da en Quebec, aunque también se puede observar en las otras tres sociedades. Se ha podido observar claramente cómo se han acomodado mutuamente la religión y las otras instituciones sociales y han aparecido diferentes pautas de cambio de las instituciones sociales, en forma interdependiente. El paso hacia la autonomía ha sido sorprendente en Quebec: de una institución religiosa del bienestar y un gobierno controlado en gran medida por la Iglesia Católica, a un Estado civil. Las instituciones sociales han alcanzado una mayor autonomía frente a la religión en Quebec y, en menor medida, en Francia, sociedades en las que una única religión jugaba un papel institucional dominante. Con la industrialización y la modernización de estas dos sociedades y con el surgimiento de una mayor diversidad cultural, la Iglesia Católica ha sido incapaz de conservar su posición. Se han reorganizado ambas sociedades de tal manera que se ha reducido en gran medida la posición de la Iglesia. Privada de su presencia institucional en Quebec y en Francia, la Iglesia Católica parece estar negociando otras formas de influir en la sociedad. En Quebec, la religión ha regateado con otras instituciones sociales para conservar su influencia, sobre todo en la educación. La presencia de líderes eclesiásticos como consejeros de Jacques Delors, presidente de la Comisión de la Comunidad Económica Europea, ejemplifica el intento de las organizaciones religiosas en Francia de forjar nuevas relaciones con otras instituciones sociales.

La experiencia ha sido bastante diferente en Estados Unidos y en Alemania. La constitución de Estados Unidos establece la separación entre Iglesia y Estado, pero gran parte del tejido social de la sociedad norteamericana se basa en los valores cristianos. Como instituciones, Iglesia y Gobierno están separados, pero el protestantismo ejerce una considerable influencia indirecta sobre otras instituciones sociales a través de una religión civil que se basa en los valores cristianos tradicionales. Además, la diversidad religiosa ha hecho posible que las Iglesias o confesiones individuales ocupen posiciones institucionales en varias ocasiones, sin provocar mayor temor a la opresión por parte de una religión dominante. Por último, la separación constitucional entre Iglesia y Estado ha permitido que las diversas confesiones proclamen públicamente sus valores y ejerzan presión a favor de una legislación en defensa de los mismos.

Alemania, con sus dos religiones principales, ha seguido un modelo más cercano al de Estados Unidos que al de Francia y Quebec. Después de la segunda guerra mundial, la Iglesia Católica y la Luterana suplieron a las instituciones políticas y sociales destruidas y, desde entonces, han mantenido unas posiciones institucionales importantes dentro del Estado. En Alemania, la religión aún conserva una fuerte presencia institucional en la sociedad a

través de su papel en la difusión del bienestar social. Recientemente, la Iglesia Protestante desempeñó un papel decisivo en la reunificación de Alemania, nutriendo la «unificación», que precipitó la caída del Muro de Berlín. La experiencia alemana es un ejemplo representativo de negociación entre la religión y otras instituciones sociales para asumir o mantener un papel significativo en la sociedad en tiempos de cambio.

En resumen, varias instituciones sociales han aumentado su autonomía frente a la religión en las cuatro sociedades, pero la religión ha negociado formas singulares para conservar una importante influencia institucional. La modernización no parece aislar a la religión como institución mucho más de lo que aísla a otras instituciones sociales entre sí.

La religión organizada actúa en el ámbito de los asuntos mundanos en las cuatro sociedades. No se trata de una actividad novedosa para los grupos religiosos de estas sociedades. Así, por ejemplo, las Iglesias en Estados Unidos están desde hace tiempo implicadas en la reducción de los problemas sociales. A la preocupación religiosa por un problema particular o por un conjunto de problemas han seguido a veces períodos de inactividad política o social. No obstante, estos períodos de silencio no han supuesto un abandono permanente del enfoque mundano. Han surgido nuevos problemas, o se han vuelto a descubrir otros más antiguos, en una sucesión de despertares religiosos. En Quebec y Francia, con una única religión dominante, no se discute explícitamente con tanta frecuencia como en Estados Unidos y Alemania el vínculo entre este enfoque mundano y la salvación. La relación entre la implicación en asuntos mundanos y la salvación está integrada en los valores católicos y, por lo tanto, no se expresa con tanta frecuencia. En Alemania y en Estados Unidos, donde las confesiones compiten por los afiliados y por su posición en la sociedad, se declara habitualmente la importancia de aliviar la miseria de los pobres y de los oprimidos como requisito para la salvación.

El modelo previsto, consistente en dar un paso firme y amplio desde las actividades sagradas a las seculares, no se ha materializado en ninguna de las cuatro sociedades. De hecho, la Iglesia Católica ha perdido muchas posiciones institucionales en la lucha contra los problemas sociales en Quebec y en Francia. Lo más importante es que ha habido un aumento de la implicación en asuntos seculares durante los últimos treinta años, aunque sin abandonar del todo las preocupaciones espirituales. Es perfectamente factible, si no probable, que el futuro nos depare un descenso de la preocupación religiosa por los problemas sociales, seguido por una serie de despertares religiosos, mientras que la

preocupación por los asuntos espirituales seguirá una marcha más uniforme.

En el análisis de las cuatro sociedades han salido a la luz diferentes modelos de ajuste o adaptación de las creencias y prácticas individuales. En Quebec y en Francia, sociedades en las que domina una única religión, se ha vivido un mayor descenso de la aceptación de la doctrina, las prácticas y las creencias religiosas. Este dato indica que en sociedades como la estadounidense y la alemana, en las que existe un pluralismo religioso, la insatisfacción de los individuos con su Iglesia les lleva a buscar otra con cuya doctrina estén de acuerdo, en vez de abandonar por completo el ámbito religioso. En Alemania se ha experimentado un descenso más modesto de las creencias religiosas y una disminución fundamental de algunas prácticas, sobre todo de la asistencia al templo. No obstante, en otras prácticas religiosas, tales como la afiliación y el apoyo financiero, se han mantenido niveles más bien altos. En Estados Unidos se ha conservado una gran aceptación de Dios y de los valores cristianos fundamentales. Al mismo tiempo, ha habido un descenso moderado de algunas actividades religiosas y un aumento de otras.

Se siguen celebrando los grandes acontecimientos de la vida con rituales religiosos. El bautismo de los recién nacidos, la confirmación, el matrimonio en la iglesia y un funeral religioso son experiencias propias de la mayoría de los ciudadanos de las cuatro sociedades analizadas. Para algunos, se trata de las únicas ocasiones en las que visitan la iglesia. No obstante, parece ser que la religión atribuye un significado singular a estos importantes pasos. El descenso de algunas prácticas religiosas tradicionales no es una señal de que la religión desaparezca. Han surgido nuevas formas de culto, que tal vez no se reflejen en el recuento realizado en las iglesias los domingos. Los programas religiosos emitidos por televisión y radio suponen para muchos ciudadanos de las cuatro sociedades una vía electrónica hacia Dios. Son sobre todo las personas mayores las que acostumbran a venerar a Dios desde la comodidad de sus hogares. Las observaciones sobre las cuatro sociedades ponen de manifiesto que el pluralismo cultural propio de la modernidad ha llevado a una mayor tolerancia ante las diferencias religiosas. Hoy en día es fácil encontrar católicos que asisten con sus amigos a los servicios protestantes y a protestantes que se sienten cómodos en misa.

También se percibe en las cuatro sociedades una clara tendencia a pasar de la Iglesia institucional a la privatización de la experiencia religiosa. Cada vez son más los que conceden mayor importancia a una relación personal con Dios y al desarrollo de una «vida moral», que a la asistencia al servicio religioso dominical.

A pesar de su valor heurístico, la hipótesis de la secularización no se ha podido confirmar en el análisis de la transformación religiosa en estas cuatro sociedades industriales. No se ha podido correlacionar la secularización con la industrialización, urbanización y modernización en ninguna de las cuatro sociedades: Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos. Por el contrario, se ha producido una amplia gama de cambios y adaptaciones, a medida que la religión, junto con otras instituciones sociales, se ha ido ajustando al cambio social inherente a la industrialización. La religión hoy en día no es la misma que hace treinta años, pero nos ha impresionado su capacidad de mantener una presencia significativa en la sociedad moderna. Aunque de forma diferente en cada una de las sociedades, la religión ejerce una influencia notable tanto sobre las instituciones como sobre las creencias y actividades individuales.

Bibliografía

Amtsblatt der Evangelischen Kirche in Deutschland: *Statistische beilage zum amtsblatt der EKD*, 1989, n.º 6, 1988.

Armington, Klaus: «Gewerkschaftliche Entwicklung und ökonomischer, beschäftigungsstruktureller und politischer Wandel. Das Beispiel der Gewerkschafter in der Bundesrepublik Deutschland», *Soziale Welt*, 39, n.º 4, 1988.

Association canadienne des périodiques catholiques: *Annuaire*, 1971-91.

Bacot, Jean-Pierre, et al.: *Sortie des religions, retour du religieux*, Lille: Astragale Éduteur, 1991.

Baillargeon, Jean-Paul: «Les mariages religieux, 1976-1985», *Recherches sociographiques*, 28, núms. 2-3: 341-348, 1987.

Bélanger, André J.: *Ruptures et constantes*, Montreal: Hurtubise HMH, 1977.

Bellah, Robert N.: «Civil religion in America», *Daedalus*, 96: 1-21, 1967.

Bellah, Robert N.: *The Broken Covenant*, New York, Seabury Press, 1973.

Bergeron, Richard: *Le cortège des fous de Dieu*, Montreal, Éditions Paulines, 1982.

Bibby, Reginald W.: «Religion and modernity: The Canadian case», *Journal for the Scientific Study of Religion*, 19: 1-17, 1979.

Bibby, Reginald W.: «La religion à la carte au Québec: une analyse des tendances», *Sociologie et sociétés*, 22, n.º 2: 133-144, 1990.

Bischöfliches Hilfswerk Misereor e.V. und Zentralstelle für Entwicklungshilfe, ed.: *Misereor, Jahresbericht*, 1988.

Caplow, Theodore, et al.: *Middletown Families. Fifty Years of Change and Continuity*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1982.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell and Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montreal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr and Bruce A. Chadwick: *All Faithful People: Change and Continuity in Middletown's Religion*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1985.

Centre Justice et Foi: *La justice sociale comme bonne nouvelle. Messages sociaux, économiques et politiques des évêques du Québec, 1971-1983*, Montreal, Les Éditions Bellarmin, 1984.

Chagnon, Roland: *Trois nouvelles religions de la lumière et du son*, Montreal, Éditions Paulines, 1986.

Chenu, Bruno, and Ladriere, Paul: *Le Retour des certitudes*, Paris, Centurion, 1987.

Cittá del Vaticano: *Annuario Pontificio*, Tipografia Poliglotta Vaticana, 1970-90.

Clément, Gabriel: *Histoire de l'Action catholique au Canada français*, Commission d'étude sur les laïcs et l'Eglise, n.º 2, Montreal, Fides, 1972.

Clevenot, Michel, ed.: *L'État des religions*, Paris, La Découverte, 1987.

Commission des affaires sociales de la Conférence des évêques catholiques du Canada: *Jalons d'éthique et réflexions sur la crise économique actuelle. Lettre pastorale aux chefs politiques et aux citoyens canadiens*, 1983.

Commission épiscopale des Ministères et de l'Apostolat: *Les ressources humaines de l'Église catholique au Canada en 1987-1988*, Conférence des évêques catholiques du Canada, Ottawa (miméo), 1988.

Conférence religieuse canadienne, région de Québec: *L'appauvrissement au Québec. Mémoire présenté au gouvernement du Québec*, 1988.

Cuddihy, John: *No Offense: Civil Religion and Protestant Taste*, New York, Seabury, 1978.

- Demerath, N.J., III, and Rhys H. Williams:** «A Mythical Past and Uncertain Future» in T. Robbins and R. Robertson, eds., *Church and State Relations. Tensions and Transitions*, 77-90, New Brunswick, Transaction Books, 1987.
- Dershowitz, Alan M.:** «Justice O'Connor's Second Indiscretion», *New York Times*, October 12, 1989.
- Diakonisches Werk der EKD, ed.:** *Brot für die Welt, Jahresbericht*, 1988.
- Dijder, Z., and Maryse Marpsat:** «La vie religieuse: chiffres et enquêtes», *Données sociales*, Paris, INSEE, 1990.
- Dobbelaere, Karel:** «Secularization: A Multi-Dimensional Concept», *Current Sociology*, 29, n.º 2: 3-213, 1981.
- Dobbelaere, Karel:** «Secularization Theories and Sociological Paradigms: A Reformulation of the Private Public Dichotomy and the Problems of Societal Integration», *Sociological Analysis*, 46, n.º 4: 377-387, 1985.
- Dobbelaere, Karel:** «Some Trends in European Sociology of Religion: The Secularization Debate», *Sociological Analysis*, 48, n.º 2: 107-137, 1987.
- Donegani, Jean-Marie, and Gilbert Lescanne:** *Catholiques de France*, Paris, Desclée-Bayard Presse, 1986.
- Dumont, Fernand, et al.:** *Situation et avenir du catholicisme québécois*, Montreal, Leméac, 1982.
- Falwell, Jerry:** *Listen, America!*, Garden City, Doubleday, 1980.
- Fenn, Richard:** *Toward a Theory of Secularization*, Storrs, CN, Society for the Scientific Study of Religion, 1978.
- Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet, and Jean-Hughes Déchaux:** *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, Montreal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Gauthier, Madeleine:** *La science cosmique. Quelle science?*, Montreal, Fides (coll. Rencontres d'aujourd'hui 12), 1991.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr, and Barbara Wördl:** *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*, Montreal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Glötzner, Johannes, ed.:** *Kritische Stichwörter, Religionsunterricht*, Munich, 1981.

- Greeley, Andrew M.:** «Religion in a secular society», *Social Research*, 44, n.º 2, 206-240, 1974.
- Greeley, Andrew M.:** *Religious Change in America*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.
- Greschat, Martin:** «Die Evangelische Kirche», in Wolfgang Benz, *Die Bundesrepublik Deutschland*, vol. n.º 2, 265-296, Gesellschaft, Frankfurt am Main: Fischer, 1983.
- Hamelin, Jean:** *Histoire du catholicisme québécois. Le XX^e siècle, Tome 2. De 1940 à nos jours*, Montreal, Boréal Express, 1984.
- Hamelin, Jean, and Nicole Gagnon:** *Histoire du catholicisme québécois. Le XX^e siècle. Tome 1. 1898-1940*, Montreal, Boréal Express, 1984.
- Handy, Robert:** *A Christian America*, New York, Oxford University Press, 1971.
- Hauschild, W. D., and E. Wilkens, eds.:** *Kirchliches Jahrbuch für die Evangelische Kirche in Deutschland*, Gütersloh, Mohn, 1978.
- Hauschild, W. D., and E. Wilkens, eds.:** *Kirchliches Jahrbuch für die Evangelische Kirche in Deutschland*, Gütersloh, Mohn, 1989.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich:** *Die Verfassung des Deutschen Reichs*, Edited by Georg Mollat, Stuttgart, 1935.
- Herberg:** *Protestant-Catholic-Jew*, Garden City, NY, Doubleday, 1955.
- Hervieu-Léger, Danièle:** *Vers un nouveau christianisme? Introduction à la sociologie du christianisme occidental*, With F. Champion, Paris, Éd. du Cerf, 1986.
- Hervieu-Léger, Danièle:** «De quelques recompositions culturelles du Catholicisme Français», *Sociologie et Sociétés*, 22, n.º 2: 195-206, 1990.
- Hervieu-Léger, Danièle:** *La Religion pour mémoire*, Paris, Éd. du Cerf, 1993.
- Hollenstein, Günther:** «Die Katholische Kirche», in Wolfgang Benz, *Die Bundesrepublik Deutschland*, vol. 2: 234-264, Gesellschaft, Frankfurt am Main, Fischer, 1983.
- Informationszentrum Berufe und Kirche, ed.:** *Priesternachwuchs*, Freiburg, Dokumentation, 1987.
- Institut für Demoskopie, ed.:** *Allensbacher Berichte*, n.º 13, 1992.
- Isambert, François-André, and Jean-Paul Terrenoire:** *Atlas de la pratique culturelle des catholiques en France*, Paris, Presses de la FNSP et Éd. du CNRS, 1980.

- Lambert, Yves:** *Dieu change en Bretagne*, Paris, Éd. du Cerf, 1985.
- Lambert, Yves, and Guy Michelat, eds.:** *Crépuscule des religions chez les jeunes? Jeunes et religions en France*, Paris, L'Harmattan, 1992.
- Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier, and Jean-Pierre Simard:** *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*, Montreal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1990.
- Lemieux, Lucien:** *Histoire du catholicisme québécois. Les XVIII^e et XIX^e siècles, Tome I, Les années difficiles (1760-1839)*, Montreal, Boréal, 1989.
- Lemieux, Raymond:** «Le catholicisme québécois: une question de culture», *Sociologie et sociétés*, 22, n.º 2: 145-164, 1990.
- Liebman, Robert C., and Robert Wuthnow:** *The New Christian Right: Mobilization and Legitimation*, New York, Aldine Publishing Company, 1983.
- Lipset, Seymour M.:** *The First New Nation: The United States in Historical and Comparative Perspective*, New York: Northon Publishers, 1973.
- Lipset, Seymour M.:** *Continental Divide, the Values and Institutions of the United States and Canada*, New York and London, Routledge, 1991.
- Maier, Hans:** «Die Katholische Kirche in der Bundesrepublik Deutschland», in Werner, Weidenfeld and Hartmut Zimmermann, eds., *Deutschland-Handbuch*, 165-174, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung, 1989.
- Marsden, George:** *Fundamentalism and American Culture*, New York, Oxford University Press, 1980.
- Mendras, Henri:** *La seconde révolution française. 1965-1984*, Paris, Gallimard, 1988.
- Michelat, Guy, et al.:** *Les français sont-ils encore catholiques?*, Paris, Éd. du Cerf, 1991.
- Milot, Micheline:** *Une religion à transmettre*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, 1991.
- Moberg, D.:** *The Great Reversal: Evangelism and Social Conversion*, Philadelphia, Lippincott, 1972.
- Noelle-Neumann, Elisabeth, ed.:** *The Germans. Public Opinion Polls, 1967-1980*. Westport, CT/London: Greenwood, 1981.
- Noelle-Neumann, Elisabeth, and Edgar Piel, eds.:** *Allensbacher Jahrbuch der Demoskopie, 1978-1983*, Munich/New York/London/Paris, Saur, 1983.

Noelle-Neumann, Elisabeth, and Edgar Piel, eds.: *Jahrbuch der öffentlichen Meinung*, Allensbach/Bonn, Verlag für Demoskopie, 1974.

Patel, Kent, Denny Pilant, and Gary Rose: «Born-Again Christians in the Bible Belt: A study in Religion, Politics, and Ideology», *American Politics Quarterly*, 10, n.º 2: 255-272, 1982.

Reicley, A. James: *Religion in American Public Life*, Washington, DC, Brookings Institution, 1985.

Roberts, Keith A.: «Religion in Sociological Perspective», in *Religious Experience, Symbol Systems, and World*, Homewood, IL, The Dorsey Press, 1984.

Robbins, Thomas, and Roland Robertson, eds.: *Church and State Relations: Tensions and Transitions*, New Brunswick, Transaction Books, 1987.

Rocher, Guy: *Le Québec en mutation*, Montreal, Hurtubise HMH, 1973.

Rouillard, Jacques: *Histoire du syndicalisme au Québec: Des origines à nos jours*, Montreal, Boréal, 1989.

Roy, Marie-Andrée: «Le changement de la situation des femmes dans le catholicisme québécois», *Sociologie et sociétés*, 22, n.º 2: 95-114, 1990.

Sasaki, Masamichi, and Tatsuzo Suzuki: «Changes in religious commitment in the United States, Holland, and Japan», *American Journal of Sociology*, 92, n.º 5: 1055-1076, 1987.

Schenk, Harald: *Freie Liebe-wilde Ehe. Über die allmahliche Auflösung der Ehe durch die liebe*, Munich, Beck, 1987.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Statistisches Jahrbuch*, 1973.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Statistisches Jahrbuch*, 1975.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Statistisches Jahrbuch*, 1982.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Statistisches Jahrbuch*, 1984.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Statistisches Jahrbuch*, 1986.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Datenreport*, Stuttgart, Bonn Aktuell, 1987a.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Frauen in Familie, Beruf und Gesellschaft*, Stuttgart/Mainz, Kohlhammer, 1987b.

Statistisches Bundesamt, ed.: *Frauen in Familie, Beruf und Gesellschaft*, Stuttgart/Mainz, Kohlhammer, 1987c.

- Statistisches Bundesamt, ed.:** *Frauen in Familie, Beruf und Gesellschaft*, Stuttgart/Mainz, Kohlhammer, 1988.
- Statistisches Bundesamt, ed.:** *Datenreport*, Stuttgart, Bonn Aktuell, 1989a.
- Stauffer, R.:** «Civil Religion, Technocracy, and the Private Sphere», *Journal for the Scientific Study of Religion*, 13: 415-425, 1974.
- Stephenson, D., Grier, Jr.:** «Religion and the Constitution: The Supreme Court Speaks Again», *USA Today Magazine*, 4-23, 1990.
- Sutter, Jacques:** *La vie religieuse des français à travers les sondages d'opinion (1944-1976)*, 2 vol. Paris, Éd. du CNRS, 1984.
- Sylvain, Philippe, and Nive Voisine:** *Histoire du catholicisme au Québec: réveil et consolidation*, Tome 2, 1840- 1898, Montreal, Boréal, 1991.
- Unger, Irwin:** *These United States: The Questions of Our Past*, 4th ed. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1989.
- Voisine, Nive:** *Histoire de l'Église catholique au Québec, 1608-1970*, Montreal: Fides (Commission d'étude sur les laïcs et l'Église, n.º 1), 1971.
- Wills, Gary:** *Under God: Religion and American Politics*, New York, Simon and Schuster, 1990.
- Wilson, Bryan:** «Secularization: The Inherited Model», in Phillip E. Hammond, ed., *The Sacred in a Secular Age*, 9-20, Berkeley, University of California Press, 1985.
- Zapf, Wolfgang:** *Lebensbedingungen in der Bundesrepublik*, Frankfurt am Main/New York, Campus, 1977.
- Zylberberg, Jacques and Jean-Paul Montminy:** «L'Esprit, le pouvoir et les femmes, polygraphie d'un mouvement culturel québécois», *Recherches sociographiques*, 22, n.º 1: 49-104, 1981.

7. LA REDUCCION DE LA AUTORIDAD PERSONAL

Theodore Caplow

En este capítulo se exponen las primeras conclusiones de un trabajo realizado por los miembros del Grupo Internacional de Investigación para la Cartografía Comparada del Cambio Social a la búsqueda de aspectos comunes en los perfiles de las tendencias sociales. Entre las tendencias aparecidas durante este período en las cuatro sociedades analizadas, podemos citar las siguientes:

- la entrada de mujeres casadas, especialmente de las que tienen niños de corta edad, en el mercado de trabajo; Alemania es el país donde este movimiento ha tenido una repercusión más débil, aunque no despreciable;
- la legitimación de las uniones libres, no matrimoniales;
- un fuerte descenso de la fecundidad;
- la relajación de las responsabilidades paternas;
- la debilitación de los antiguos tabúes contra la promiscuidad, los hijos naturales y la homosexualidad;
- un desplazamiento masivo del empleo de obreros manuales por el de trabajadores de oficina;
- una gran expansión de la educación secundaria y superior;
- un notable incremento de las actividades e instalaciones de ocio;
- una espectacular mejora de los aparatos y equipamiento domésticos;
- el descenso del extremismo político;
- la institucionalización de los movimientos sociales;

- la proliferación de públicos especializados;
- el desvanecimiento de odios colectivos que parecían inmutables: entre burgueses y proletarios, cristianos y judíos, derecha e izquierda;
- un notable aumento de las compras de bienes de consumo por habitante;
- una gran expansión de las reglamentaciones burocráticas, tanto públicas como privadas.

Las instituciones que se han visto obligadas a adaptarse a las antedichas tendencias –la familia, la iglesia, los centros de enseñanza, los centros de trabajo, las asociaciones de voluntarios, el gobierno– han mostrado una resistencia considerable y han sido capaces de conservar sus estructuras y de funcionar sin interrupciones graves, a pesar de los cambios radicales experimentados por las leyes, reglas y normas por las que se rigen. Así por ejemplo, en estas sociedades, la familia sigue siendo para la mayoría la unidad fundamental de afiliación, pese a las mayores facilidades para el divorcio, al trabajo de las mujeres con niños pequeños, a la tolerancia de la ilegitimidad y a la desaparición de las sanciones legales a las uniones no matrimoniales. Las fábricas de 1990 se parecen mucho a las de 1960, aunque la mano de obra tiene diferente composición, se la selecciona de modo distinto y se la dirige de otra manera. Lo mismo puede decirse de las universidades, de los partidos políticos, de la población de los barrios residenciales y de los movimientos sociales. Los cambios de forma han seguido con gran retraso a los cambios de función.

La aceleración que experimentó en 1960 «el paulatino progreso de la igualdad», observado por Tocqueville hace más de un siglo, se ha visto confirmada por las tendencias antes mencionadas y se la relaciona (como causa y como consecuencia) con varias innovaciones tecnológicas y sociales. Las mujeres son dueñas de ser madres o no, gracias a los anticonceptivos de vía oral, al aborto legalizado y a las facilidades para la esterilización. Han elegido tener menos hijos y, una vez eliminado el temor a los embarazos no deseados, reclaman la misma libertad sexual que los hombres. Por ende, las obligaciones paternas de los hombres se han visto reducidas. Entre tanto, los progresos de la técnica industrial han hecho que el trabajo sea menos fatigoso y más accesible a las mujeres, al tiempo que la tecnología doméstica ha revolucionado las tareas de la casa y ha contribuido a aumentar el número y la variedad de productos de consumo de gran difusión comercial.

En las cuatro sociedades analizadas, las pautas de consumo doméstico y personal han experimentado profundas transformacio-

nes, motivadas en primer lugar por la práctica desaparición del servicio doméstico de los hogares de los ricos, y en segundo lugar por la adquisición universal de equipamiento doméstico —fontanería interior, calefacción central, teléfonos, frigoríficos, lavadoras, televisión, automóviles— por los moderadamente pobres. En los servicios se han observado tendencias paralelas. Los medios educativos, antes reservados al uso exclusivo de los estratos privilegiados, se han abierto a la población entera. Además, como la educación formal ha preparado a los estudiantes para formas sofisticadas de ocio, el pobre educado ha empezado a ir a los conciertos sinfónicos y a jugar al golf. La atención sanitaria se ha democratizado de forma similar. Las visitas a domicilio y el servicio médico personalizado han dejado de estar reservados a quien pudiera pagar cualquier precio, al tiempo que la tecnología médica más adelantada ha quedado al alcance de la mayoría de la población.

En tres cortas décadas, las condiciones de trabajo, el ocio y la vida familiar han experimentado transformaciones profundas y se ha reconstruido sobre nuevos principios el aparato de control social (Mendras, 1988; Caplow, 1991). La revolución reflejada y ratificada por estos cambios ha sido una rebelión contra la sociedad, más que contra el Estado, tal como se demostró con toda claridad en la primavera de 1968. El reto no fue un desafío a la autoridad esencial del Estado; iba dirigido contra la autoridad personal de los funcionarios y, más ampliamente, contra la autoridad personal de los superiores sobre los inferiores en toda la estructura social. Autoridad, tal como se utiliza aquí el término, significa poder legítimo, esto es, coacción apadrinada por la colectividad. El superior en autoridad controla las acciones de los subordinados, en virtud de una franquicia social que pone a su disposición los premios y castigos apropiados. La autoridad personal difiere de otras formas de autoridad en que la ejerce una persona y no una colectividad y en que expresa la volición autónoma de dicha persona. Pero casi todas las formas de autoridad personal están incorporadas en una matriz institucional que, por una parte, establece los límites en cuyo interior puede ser ejercida legítimamente, y por otra produce las sanciones externas —entre ellas el último recurso a la violencia— que constituyen la legitimidad.

En estas sociedades son formas convencionales de autoridad personal la de los padres, enseñantes, patronos, directores, oficiales, clérigos y todo tipo de jefes situados por encima de las personas designadas como sus subordinados; y también la autoridad más difusa de las personas que pertenecen a una clase social superior, sobre quienes pertenecen a otra inferior.

Los gobiernos temieron al principio verse amenazados por una rebelión antisocial, pero pronto se dieron cuenta de que el de-

bilimitamiento de la autoridad personal reforzaría la suya propia, por lo que hicieron causa común con los insurrectos. Se dio fuerza de ley a las ideologías revolucionarias: feminismo, antidiscriminación, participación, autorrealización. Se procedió a debilitar cada una de las formas de autoridad personal que habían ejercido el control social en estas sociedades y a sustituirlas al menos en parte por la autoridad colectiva, que, en casi todos los casos, tomó la forma de una reglamentación burocrática. Entre las formas de autoridad personal más afectadas, se encuentran la que ejercían los directores sobre los trabajadores, los hombres sobre las mujeres, los padres sobre los hijos, los amos sobre los sirvientes, los maestros sobre los discípulos, los sacerdotes sobre los feligreses, los oficiales sobre los soldados y los líderes de los partidos sobre sus seguidores. Las consecuencias se extienden a toda la estructura social.

Entre 1960 y 1990, el rápido descenso de la relación entre el número de puestos de trabajo manual y de oficina, junto con la eliminación de gran parte de las ocupaciones sucias y peligrosas del sector industrial, han reducido notablemente las diferencias visibles entre jefes y empleados. La mecanización de la agricultura ha tenido efectos similares. Mendras ha descrito la conversión de los campesinos franceses, antes atados a la tierra, en unos empleados residentes en el campo y obsesionados por la adquisición de bienes de consumo (Mendras, 1989: 28-35). Por añadidura, ha desaparecido casi por completo el fuerte contraste (visible todavía en 1960) entre los horarios de trabajo diario —tanto como entre los calendarios anuales— de los empleados de oficina y de los obreros. La reducción de las diferencias en las condiciones de trabajo podía haber sido suficiente para rebajar la autoridad de los supervisores, capataces y directores; pero, entre 1960 y 1990, dicha tendencia se ha visto considerablemente reforzada por la intervención del Estado en las relaciones entre directivos y trabajadores, en favor de estos últimos. En 1960 y en EE.UU., no era infrecuente que un capataz industrial reforzase sus órdenes a puñetazos. Hoy, cualquier capataz que intentase hacer lo mismo sería probablemente arrestado por malos tratos y se demandaría a la empresa por daños y perjuicios. En las cuatro sociedades analizadas, la mayoría de los trabajadores tienen contratos acogidos a sistemas burocráticos de reglamentación muy detallada, que sólo permiten a los supervisores ejercer una autoridad mínima y estrechamente vigilada.

Antes, la autoridad de los hombres sobre las mujeres podía percibirse en varios escenarios: en la familia típica, en la que el marido-padre era el único sustento y el encargado último de la disciplina; en el lugar de trabajo, donde lo normal era que los hombres supervisaran a las mujeres y rara vez al contrario; en el sistema educativo, donde se esperaba que las mujeres interrumpieran

piaran sus estudios antes de llegar a las titulaciones profesionales superiores; en las iglesias, donde no se permitía a las mujeres ser obispos, sacerdotes o ministros; en los deportes, donde con frecuencia las mujeres eran entrenadas por hombres, pero éstos nunca lo eran por mujeres; en la política, donde las mujeres votaban pero raramente eran elegidas. No se permitía a las mujeres ingresar en la policía, hacerse soldados ni conducir vehículos de transporte. Las pacientes femeninas eran tratadas normalmente por médicos hombres; los hombres rara vez lo eran por mujeres médicas. En la mayoría de estas relaciones sigue existiendo una ventaja masculina, pero sus fundamentos morales han desaparecido.

Del mismo modo, la autoridad personal de los padres sobre los hijos se ha reducido perceptiblemente desde 1960. La ampliación de los estudios medios, subvencionados con fondos públicos, ha tenido una consecuencia inesperada: la independización de los adolescentes como consumidores autónomos, aunque sigan viviendo en casa. Y ahora el Estado está dispuesto a intervenir en la relación entre padres e hijos sin previo aviso. En EE.UU., esta tendencia ha ido tan lejos que la relación entre un padre y sus hijas está siempre expuesta a acusaciones de abuso sexual que se toman muy en serio, cualquiera que sea su origen.

En el otro extremo del ciclo vital, la prolongación de la esperanza de vida (menos marcada en Alemania) y la consiguiente dilación de las herencias, junto con los giros ideológicos, parece haber reducido la autoridad de los padres sobre sus hijos adultos. Esta reducción se refleja en un notable incremento de la exogamia entre las clases, las confesiones y las etnias; los padres de hijos adultos no son ya capaces de imponer su preferencia por las uniones endogámicas.

La autoridad personal de los profesores sobre los alumnos ha sufrido un fuerte recorte en virtud de las normas estatales y de las nuevas ideologías. En los niveles educativos bajos, los maestros han perdido gran parte de su poder de castigo sobre los discípulos; en los niveles altos, la autoridad que ejercían los profesores *in loco parentis* sobre el comportamiento y actitudes de los estudiantes ha desaparecido en la práctica.

En 1960, los sacerdotes y ministros eclesiásticos de las principales confesiones tenían todavía suficiente autoridad en las cuatro sociedades para ordenar a sus feligreses que observasen sus deberes religiosos, y para imponer, siquiera en parte, prohibiciones eclesiásticas contra la fornicación, el adulterio, el divorcio, la exogamia, las uniones ilegítimas, el aborto, la homosexualidad, el suicidio, la blasfemia, la violencia doméstica y la embriaguez. En 1990, la mayor parte de dicha autoridad ha sido abolida, bien sea por

la resistencia de los seglares, o por abdicación del clero. Las principales iglesias cristianas toleran hoy casi todas las conductas que antes estigmatizaban o castigaban.

Se ha producido también un declive similar de la autoridad de los líderes de los partidos sobre sus seguidores. En las cuatro sociedades, los partidos políticos se han vuelto menos autoritarios y solidarios en este período; los líderes de los sindicatos, de los movimientos sociales y de los grupos parlamentarios han perdido la mayor parte de su capacidad de imponer decisiones a sus seguidores.

También se ha deteriorado la autoridad, difusa pero real, que solían ejercer los miembros de los estratos sociales privilegiados en sus relaciones con las clases menos favorecidas. En EE.UU., la etiqueta de casta que marcaba la subordinación de los negros a los blancos en todas las ocasiones en que se relacionaban, estaba todavía intacta en 1960. Hoy día ha desaparecido por completo. La norma de urbanidad que exigía una señal de deferencia hacia las personas de condición socioeconómica más alta está desapareciendo rápidamente en las cuatro sociedades analizadas. No se trata solamente de un asunto de formas externas: la deferencia implica un grado apreciable de control social.

Las tendencias descritas hasta ahora varían en los detalles pero tienen sentidos muy coherentes. Incluso las relaciones más autoritarias que pueden encontrarse hoy en estas sociedades —médicos con sus pacientes, jueces con los litigantes, guardianes con sus prisioneros— se ven cada día más sometidas a reglas burocráticas y obligadas por leyes y reglamentos que limitan la discreción del superior y amplían los derechos del subordinado.

La reducción de la autoridad personal está conectada inextricablemente a la reducción parcial e irregular de otras formas de diferenciación de status, acaecidas en estas sociedades a partir de 1960. En aquel tiempo, cada una de ellas poseía un sistema coherente de estratificación y, pese a las numerosas diferencias de detalle, los cuatro sistemas se parecían entre sí lo suficiente para poder considerarlos en conjunto. No era fácil describirlos, porque envolvían unas complejas combinaciones de status socioeconómicos, unos adscritos y otros adquiridos o ganados, y porque algunos grupos sociales estaban fuertemente aglutinados y otros no lo estaban. Pero los esquemas principales estaban claros. El núcleo era una escala ocupacional, informal pero reconocida por todos, que asignaba un valor diferencial (el prestigio ocupacional) a cada trabajador masculino. En condiciones normales, dicho valor se traspasaba a la familia del trabajador y, dentro de unos límites amplios, determinaba la renta disponible de la familia y la categoría de clase de sus miembros. Las mujeres, trabajasen

o no, tomaban su categoría de clase de la ocupación del marido o del padre.

Hoy en día, en las cuatro sociedades analizadas, la distribución de la renta familiar está mucho menos vinculada que antes al nivel ocupacional de un hombre que gana el sustento y el concepto de status de clase se ha hecho más nebuloso. En relación con el primer punto, el ingreso de las mujeres en la población activa, el retraso del matrimonio y el aumento del número de familias cuya cabeza es una mujer, han reducido la asociación entre el prestigio ocupacional del hombre y la renta familiar. La renta de una familia de militares en la que tanto el marido como la mujer fueran soldados de tropa sería superior a la de otra en la que el marido fuera oficial y la mujer se ocupase de la casa. Al mismo tiempo, en las cuatro sociedades se ha asistido a una expansión de las oportunidades especulativas: loterías del Estado, bonos de alto riesgo, superinflación de los precios de los solares, aumento considerable de las ganancias en deportes y actividades recreativas y, sobre todo en EE.UU., un enorme flujo de rentas procedentes del tráfico de drogas y de otras actividades ilegales. Hoy, muchas de las grandes rentas familiares carecen de los signos tradicionales de un status social elevado.

Aunque en todas las sociedades es evidente la desigualdad de rentas, sobre todo en EE.UU. donde ha crecido bruscamente en el último decenio, la influencia del nivel de renta sobre el estilo de vida ha descendido notablemente desde 1960 y todavía sigue bajando. Existen hoy en las cuatro sociedades muchos más millonarios que en 1960, pero sólo una pequeña fracción puede permitirse lo que solía ser el privilegio fundamental de la opulencia: la autoridad sobre los sirvientes. Los pobres que trabajan no han desaparecido de ninguna de las sociedades analizadas, pero casi todos tienen teléfono y coche y algunos viajan al extranjero como turistas; no están sometidos a ningún control personal ejercido por los superiores sociales y no están obligados a mostrarles deferencia. El superávit de rentas de los ricos no se convierte, como sucedía en el pasado, en autoridad personal, sino que revierte en un exceso de compra de bienes y servicios.

A partir de 1960, se ha abierto mucho el abanico de los precios de artículos funcionalmente equivalentes (Caplow, 1991: 137). En EE.UU., el automóvil más caro costaba, en 1960, unas siete veces más que el más barato. Hoy la relación es de 95:1. En los trajes de confección para hombre, la relación de precios en 1960 era más o menos de 4:1. Hoy se sitúa en torno a 18:1. La relación de las tarifas aéreas, que era de 1,4:1, asciende hoy a más de 20:1, si se compara lo que cuesta un viaje de ida y vuelta en el Concorde entre Nueva York y París, con el mismo viaje en vuelo

chárter. El superávit de ingresos es absorbido sin que se proporcione demasiada utilidad a sus perceptores.

El carácter cada vez más nebuloso de la categoría de clase se demuestra claramente, en las cuatro sociedades, por la aceptación general de una nueva norma que prohíbe aplicar restricciones no monetarias a la venta de bienes y servicios. Ningún hotel puede hoy negarse a admitir huéspedes que carezcan de signos visibles de una condición social elevada, como era la costumbre hace treinta años: las tiendas vacilan en poner en la calle a clientes de mala fama por temor a las consecuencias legales; los médicos no pueden negarse legalmente a prestar asistencia prenatal a mujeres solteras.

Las diferencias entre los diversos status de clase se perpetuaban de generación en generación —y aún lo siguen haciendo— como consecuencia de las diferentes posibilidades de acceso a la educación formal; pero, gracias a la gran expansión de las oportunidades educativas ocurrida entre 1960 y 1990, la transferencia intergeneracional de las ventajas e inconvenientes sociales es ahora mucho más irregular y más difícil de predecir (salvo, tal vez, en Francia).

Por supuesto, la antigua costumbre de afirmar el status social por exclusión no ha desaparecido, pero ya no se estila en ninguna parte. Los grupos de la clase superior, que antes podían establecer como norma la endogamia —nobles franceses, junkers alemanes, «brahmanes» de Boston— están ahora bastante resignados a los matrimonios exógamos de sus hijos. Y como la pertenencia a una línea genealógica de clase alta ya no garantiza una colocación favorable en la distribución ocupacional, ni el mantenimiento de un estilo de vida distinguido, el cambio no ha encontrado demasiada resistencia.

La influencia de la etnicidad sobre la autoridad personal ha descendido significativamente, entre 1960 y 1990, en las cuatro sociedades analizadas, aunque entre ellas existe una gran diversidad de situaciones étnicas. En EE.UU., que ha tenido una historia de conflictos étnicos más turbulenta que Francia o Alemania y una situación étnica totalmente diferente a la de Quebec, el gobierno federal abolió paulatinamente entre 1957 y 1972 la legislación y el derecho consuetudinario que obligaban a los negros a quedar subordinados a los blancos en todas sus relaciones personales. Por una serie de razones, entre ellas la defectuosa organización de los sistemas estadounidenses de bienestar, de control de drogas, de justicia criminal y de sanidad, en ese mismo período hizo su aparición una clase baja urbana compuesta de negros e hispanos, muchos de los cuales son huérfanos de padre, pobres, proclives a la violencia y resistentes a la autoridad. En Francia, la

creciente población musulmana puede caracterizarse también como una clase urbana inferior; su integración en la sociedad francesa ha sido lenta y difícil. En Alemania, la situación de los trabajadores inmigrantes de origen turco, griego, italiano y yugoslavo, que integran el mayor porcentaje de la población extranjera, es algo mejor, pero las leyes alemanas no otorgan la ciudadanía a los hijos de padres extranjeros nacidos en el país y las perspectivas de su integración futura no están del todo claras. En el seno de estos grupos desfavorecidos, la autoridad personal parece ser todavía más débil que entre la población mayoritaria.

Los valores individuales que emergen cuando se relaja la autoridad personal favorecen la libertad de elección, no sólo en relación con las preferencias de consumo, sino también con el matrimonio y la paternidad, la vivienda, la carrera profesional, las actividades de ocio, las actitudes y opiniones, la moral y las costumbres y la apariencia personal. En las cuatro sociedades, florecen hoy nuevos cultos religiosos y nuevas ideologías seculares, al tiempo que la variedad de actividades opcionales desafía cualquier intento de enumeración: hay camioneros que dan recitales poéticos, monjas que protagonizan campañas políticas y abogados que se dedican al ballet. Esta diversidad es más profunda de lo que aparenta: se extiende al significado que cada uno encuentra en su propia vida y a la forma de relacionarse con los demás.

El declive de la autoridad personal lleva consigo un coste y un beneficio. En principio, el beneficio esperado es la exaltación de la libertad personal, y el coste esperado es el debilitamiento del control social; pero los efectos concretos varían mucho de una situación a otra. Las organizaciones muy autoritarias tienen mayores probabilidades de ganar en productividad e integración cuando se reduce la autoridad personal, tal como sucedió, por ejemplo, en las unidades militares de EE.UU. entre 1960 y 1990. Pero aquellas organizaciones cuyas estructuras eran desde el principio débiles, como la iglesia católica en Francia, pueden resultar menos eficaces. En las cuatro sociedades, el declive de la autoridad personal ha sido más costoso para las familias pobres que para las ricas. En aquéllas, la autoridad del marido sobre la mujer y de los padres sobre los hijos servía apenas para mantener la familia unida, por lo que la pérdida de la autoridad y de las responsabilidades que la acompañaban ha contribuido a un notable aumento del número de hogares monoparentales, de niños abandonados y de adolescentes sin control. En las familias prósperas, regidas por una autoridad que se apoya en unos recursos abundantes y a menudo excesivos, tal reducción puede contribuir a la felicidad de todos sus miembros. De forma similar, la reducción de la autoridad de los gerentes de las industrias alemanas, que tradicionalmente ejercían un control exagerado, se reflejó en una mejora de la productividad, mientras que una reducción si-

milar en la industria norteamericana, donde el poder de supervisión era mucho más débil, ha tenido consecuencias desfavorables sobre la productividad.

Una sociedad sin mucha autoridad personal debe ser dirigida con mayor continuidad y tacto que otra cuyas instituciones están dotadas de fuertes controles internos. Bajo el nuevo orden que empieza a surgir, cualquier fallo burocrático en la regulación de las relaciones sociales se traduce en dificultades extraordinarias, como las que padecen las personas sin hogar fijo; o en desajustes profundos, como el aumento de los costes sanitarios; o en flagrantes injusticias, como la transferencia masiva de riqueza de los jóvenes a los viejos, que ha sido una consecuencia inesperada del sistema estadounidense de bienestar (Caplow, 1991: 140).

Pero la tendencia que reflejan estos resultados hace casi inútil cualquier intento de parada o de inversión a corto plazo. No es probable que se restaure la autoridad personal en la familia, en la enseñanza, en el trabajo, mientras las burocracias —la privada tanto como la pública— sigan ampliando su influencia reguladora en estas áreas. La continua expansión de la tecnología de la información y la redefinición de los roles sociales que dicha nueva tecnología estimula, contribuyen a ensanchar aún más tal influencia.

En las cuatro sociedades analizadas, han llegado a su plena floración en el último decenio las dos grandes tendencias a largo plazo que con tanta clarividencia acertó a pronosticar Alexis de Tocqueville hace 160 años para la sociedad occidental: por una parte, el paulatino progreso de la igualdad; por otra, la centralización administrativa. Se ha abolido la mayor parte de la autoridad personal que antes regía los innumerables y diminutos reductos de la sociedad, dejando solo al individuo frente a las grandes colectividades. Hombres y mujeres se han emancipado de su antigua sumisión a personas cercanas y eso les ha dado un amplio abanico de opciones en muchas esferas de la vida. Pero esta aparente libertad disimula su creciente sumisión a unas oficinas burocráticas que pueden ser menos sensibles que aquellos antiguos patronos.

Bibliografía

Caplow, Theodore: *American Social Trends*, New York, Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1991.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell and Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet and Jean Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr and Barbara Wörndl: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier and Jean-Pierre Simard: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Mendras, Henri: *La seconde révolution française*, Paris, Gallimard, 1989.

8. LOS CONFLICTOS Y SU REGULACION

Karl-Otto Hondrich
Theodore Caplow

En este capítulo se parte de la hipótesis de que cuanto más crece la complejidad de las sociedades nacionales se producen más contrastes de intereses y de valores, que pueden derivar o no en conflictos abiertos. El problema consiste en comprender por qué unos lo hacen y otros no. De hecho, el análisis comparativo de la información recogida acerca de conflictos acaecidos en tres grandes sociedades industriales (Francia, la República Federal de Alemania y Estados Unidos) permite observar una tendencia hacia la sustitución de los conflictos violentos por otras formas no violentas.

Damos por supuesto que las tres sociedades han tenido diferentes tradiciones de resolución de conflictos, pero esperamos encontrar alguna convergencia entre ellas en el pasado reciente. En todas se reconoce que el conflicto social tiene sus beneficios y sus costes para una sociedad democrática. Es probable que los beneficios totales del conflicto superen a los costes, siempre que las fronteras interpuestas entre los bandos principales se entrecrucen y que las coaliciones formadas en torno a un asunto determinado se disuelvan cuando se plantea otro diferente. Pero si las fronteras de clase, políticas, étnicas, religiosas e ideológicas coinciden, dividiendo a la sociedad en facciones irreconciliables (Simmel, 1922; Coser, 1956), entonces lo más probable es que los costes superen a los beneficios. La mayoría de los observadores de las tres sociedades analizadas coinciden en que esta especie de polarización ha ido disminuyendo durante el pasado medio siglo, a medida que se desvanecían las líneas de separación entre ocupaciones de mono azul y de corbata, o entre cultura urbana y rural, y se hacían más borrosas las identidades étnicas, religiosas y de clase.

Los conflictos sociales fomentan no sólo los procesos integradores del sistema social sino también sus procesos de aprendizaje. Informan a la sociedad acerca de sus opciones. El número de opciones posibles es tan desmesuradamente grande que la socie-

dad debe establecer una jerarquía por orden de importancia, que preste más atención a unas opciones que a otras, con lo cual se agudizan los conflictos resultantes. La importancia asignada a cada tema concreto debe medirse empíricamente, por ejemplo analizando el contenido de los medios de comunicación. El orden jerárquico de importancia rara vez experimenta cambios por el hecho de que se haya resuelto un conflicto; por lo general, los viejos conflictos se sustituyen por otros nuevos que atraen la atención del público.

Aunque los datos empíricos son escasos, creemos observar que se están desvaneciendo los conflictos tradicionales de carácter religioso o industrial y los que se refieren a la legitimidad de las instituciones políticas, mientras adquieren importancia otros nuevos. Entre estos últimos podemos citar los conflictos entre el sistema laboral y el de bienestar, entre valores educativos e industriales, entre el objetivo ecológico y el económico, así como el conflicto entre los roles de ambos sexos y el conflicto entre sociedades industrializadas y en vías de desarrollo.

Tal vez sea oportuno hacer otras observaciones generales acerca del conflicto social. Sin interacción social no puede haber conflicto social. A medida que aumenta el volumen de interacción debe aumentar también el potencial de conflicto social. En el mundo actual, que ha desarrollado una división del trabajo a escala mundial, un equilibrio mundial del poder y los rudimentos de una cultura mundial, son innumerables las diferencias de intereses capaces de generar conflictos, pero pocas llegan a hacerlo.

Las razones son evidentes. El conflicto social lleva aparejados unos costes directos, en recursos materiales y en energía humana y otros indirectos en términos de procesos interrumpidos y oportunidades perdidas. A medida que la sociedad crece en tamaño y en complejidad, ambos tipos de costes aumentan desproporcionadamente, hasta el punto de que ahora resulta imposible soportar tanta disensión interna como en los tiempos en que la sociedad estaba menos desarrollada. Por otra parte, las funciones de integración y de aprendizaje, propias del conflicto, resultan tan esenciales para la modernización, que los regímenes despóticos que intentan suprimir los conflictos internos suelen fracasar en sus objetivos de modernización.

Declive relativo del conflicto violento

La modernización de la sociedad requiere un elevado volumen de conflictos, pero como el conflicto violento resulta muy costoso, se escogen forzosamente modos no violentos, como son la ac-

tuación de los grupos de influencia y la litigación. La tecnología de la violencia se ha desarrollado hasta un grado de destructividad tal, que hace estrictamente prohibitiva su aplicación. En este sentido, puede decirse que, en las circunstancias actuales, solamente los países menos desarrollados y los que están en vías de desarrollo pueden permitirse guerras civiles o movimientos guerrilleros. Estas observaciones coinciden con la proposición que hace Norbert Elias en el sentido de que el progreso de la civilización obliga a los individuos y organizaciones a prescindir de la acción violenta y refuerza el monopolio estatal de la violencia legítima.

La tendencia general hacia la disminución de la violencia en las sociedades industriales avanzadas tiene dos excepciones principales. En primer lugar, dicha tendencia no parece afectar al submundo criminal que vive en las grandes ciudades, especialmente en Estados Unidos la tasa de crímenes violentos oscila en función del tamaño de las sucesivas cohortes de adolescentes masculinos desfavorecidos, pero la incidencia de asesinatos, robos y secuestros, que se agudizó tanto en EE.UU. a partir de 1960, no muestra una tendencia definida en Francia ni en Alemania.

Cabe alegar que la mayor parte de esta violencia está confinada en unos sectores urbanos segregados, que se parecen a las sociedades menos desarrolladas en que tienen rentas bajas, unas condiciones de vida deplorables y escasas oportunidades; pero este argumento no es del todo convincente.

Otra posible interpretación es que la creación de los submundos criminales es achacable en gran parte a unas políticas públicas inadecuadas. Este es el caso de las medidas asistenciales que fomentan la aparición de familias monoparentales y de la forma de aplicar las leyes, que se ha traducido en que los delitos relacionados con el narcotráfico sean extraordinariamente rentables en Estados Unidos. Cuando el Estado establece en el interior de zonas limitadas unas condiciones que fomentan la delincuencia, actúa inadvertidamente en contra de la mayoría social, que tiende hacia la reducción de la violencia.

La segunda excepción de la tendencia a la disminución de la violencia observada en los últimos decenios, es el aumento espectacular de la escala y mortalidad de los medios de violencia monopolizados por el Estado. Los mismos gobiernos que rechazan la tortura por considerarla inhumana, proyectan sin inmutarse matanzas nucleares de poblaciones enteras. Las inhibiciones que restringen el uso interno de la violencia no se aplican al uso externo; y aunque los sistemas de disuasión mutua sirvieron para que las grandes potencias industriales se defendieran unas de otras durante casi medio siglo, no han impedido que esas mismas

potencias emprendieran o fomentaran acciones militares en docenas de países del Tercer Mundo, desde Corea hasta Iraq.

Otra evidente excepción de la tendencia decreciente hacia la violencia se manifiesta en los disturbios que aparecen de cuando en cuando en las naciones industrializadas: los disturbios casi revolucionarios de los años sesenta, las manifestaciones antinucleares de los setenta, las protestas ecologistas de los ochenta, la actividad de los neonazis alemanes en los noventa. Pero, si bien estos episodios de escenografía política se disfrazan con la retórica de la violencia, rara vez implican mayores daños.

En las sociedades industrializadas se ha hecho evidente el desplazamiento de la violencia por otros métodos de resolución de conflictos en la segunda mitad del siglo XX. Las largas y sangrientas huelgas de la era anterior han desaparecido prácticamente y existe ahora una fuerte presión normativa tendente a reducir la violencia en la vida familiar, en los centros docentes, en el lugar de trabajo y en la política. En la esfera privada la incidencia decreciente de la violencia va aparejada con un creciente reconocimiento de la misma, lo que crea la ilusión, por ejemplo, de que han aumentado los casos de malos tratos a las mujeres, cuando lo cierto es que parecen haber disminuido. En lo que concierne a la violencia pública, el ejemplo más espectacular de esta reciente tendencia se da en Alemania. Entre 1918 y 1945 la historia alemana estuvo marcada por intentos revolucionarios, luchas callejeras entre bandas de izquierda y de derecha durante la era de Weimar, terrorismo de Estado durante la época nazi y el derrumbamiento general del orden interior en los últimos días de la segunda guerra mundial. Los actuales episodios de violencia pública tienen una intensidad incomparablemente menor.

Para ser más concretos, los datos que ofrece el Programa de Datos Mundiales de Yale sobre los conflictos acaecidos en Alemania indican que las revueltas fueron frecuentes entre 1948 y 1952, cuando la regulación institucionalizada de los conflictos era todavía escasa y alcanzó nuevas cotas en 1968-72 con las manifestaciones estudiantiles contra la autoridad y con las movilizaciones antinucleares y ecologistas de 1978-1982. Durante estos tres períodos, la incidencia de acontecimientos conflictivos en Alemania fue levemente superior a la media de quince países democráticos. En otras palabras, la República Federal queda en la zona media del intervalo de variación; en general, los países pequeños muestran menor frecuencia de conflictos (Taylor, 1988). Solamente en un 4 % de las recientes manifestaciones políticas se ha producido algún incidente violento. En EE.UU. y en Francia la tendencia ha seguido una línea más o menos paralela, excepción hecha de las frecuentes y prolongadas huelgas que interrumpieron los servicios públicos franceses durante los años cincuenta y se-

senta (y que ahora son menos frecuentes y más cortas) y de la incidencia de la violencia de carácter laboral en EE.UU., que ha disminuido hasta desaparecer casi por completo. En la década de los ochenta, se produjeron en Francia algunas protestas multitudinarias contra decisiones relativas a temas educativos y regionales, pero fueron esencialmente no violentas. En EE.UU., brotaron docenas de disturbios de grandes dimensiones y muy violentos durante los veranos de los últimos años sesenta. Desde entonces, los episodios de violencia han sido ocasionales y de escasa magnitud, con excepción de los grandes disturbios raciales de Los Angeles en 1991, que hasta ahora no han tenido imitaciones.

Comparación entre las diferentes culturas de conflicto

Conflicto y resolución del conflicto son acontecimientos inseparables. Cada conflicto envuelve unas expectativas explícitas o implícitas acerca de la forma en que será resuelto; y el escenario de un conflicto viene a menudo dictado por alguno de los métodos de resolución existentes.

Vista en abstracto, la violencia es uno de los métodos básicos de resolución de conflictos. Otros dos métodos son, empleando la útil terminología de Albert Hirschman (1970), la *huida* y la *palabra* (el escape y la negociación). La huida resuelve el conflicto interrumpiendo o suspendiendo la relación entre las partes contendientes. La palabra intenta resolverlo por medio de la persuasión verbal dirigida hacia los antagonistas, hacia terceras partes, o hacia ambos.

Las diferentes culturas presentan diferentes pautas de resolución de conflictos. Por extraño que parezca, la cultura norteamericana ejemplifica los tres métodos. Existe en Norteamérica una fuerte tradición de conflictos violentos, entre ellos los choques armados entre huelguistas y esquirols, los linchamientos, los disturbios raciales y los movimientos sociales violentos. Pero está también muy arraigada la tradición de la huida: la que sigue la pauta de levantar el campo y marcharse del pueblo. No existe en Europa ninguna sociedad en la que resulte tan fácil para cualquiera de las partes deshacer las relaciones sociales.

Pero en EE.UU. se cultiva también, como método de resolver conflictos, la palabra en sus distintas variantes: la oratoria, la publicidad, el debate, la negociación. En ningún otro país se da el caso de que un pequeño grupo de amigos, reunidos para dedicarse a su afición favorita, adopten los procedimientos parlamentarios contenidos en el Reglamento de Orden de Roberts. En EE.UU., lo hacen del modo más natural. Un agudo observador

extranjero, Michel Crozier, comenta así la importancia que los líderes sindicales norteamericanos conceden a la negociación:

«En el mundo laboral norteamericano de 1947, por el contrario, hablar y negociar significan lo mismo. No existen discursos abstractos: se habla siempre a alguien, en este caso al patrono. Los norteamericanos tienen una confianza tal vez ingenua, pero maravillosamente humana, en el poder de la palabra: sigue hablando (dicen) y encontrarás una solución. Los patronos, naturalmente, no quieren oír: son unos bastardos. Pero haz que te escuchen y se arreglarán las cosas. Después de todo, no son monstruos» (Crozier, 1984: 4).

¿Acaso existe realmente en la tradición norteamericana más violencia, más huida y más palabras, en resumen, más conflictos por resolver que en Europa? Si es así, ¿por qué? Una explicación plausible es que, en Europa, los conflictos se resolvían tradicionalmente por la intervención de una autoridad superior, ya sea la de un soberano feudal o la del Estado nacional; mientras que en EE.UU. no ha habido soberanos feudales y la autoridad del gobierno nacional estaba hasta hace poco tiempo mucho más limitada que en ningún Estado europeo. En EE.UU., el conflicto y su resolución se distribuían de modo más «igualitario»: cuando se necesitaba una autoridad, se formaba una asociación que pudiera ejercerla. Como dijo Tocqueville, «Dondequiera que a la cabeza de una nueva empresa se vea al gobierno en Francia, o a un hombre de posición en Inglaterra, puede darse por seguro que en EE.UU. se encontrará una asociación» (Tocqueville, 1840: 29).

Cuadra perfectamente con este retrato el hecho de que, en nuestro tiempo, los norteamericanos recurran a la negociación para arreglar unos conflictos que en Francia o en Alemania se resolverían por la vía administrativa.

La tradición europea considera la resolución de conflictos como una función administrativa del Estado. Hasta hace muy poco, los poderes que ejercían los gobiernos europeos eran mucho más amplios que los del gobierno federal americano y, por consiguiente, provocaban mucho más recelo y resistencia. Además, los Estados europeos poseían diferentes grados de autoritarismo; no sólo trataban de arreglar los conflictos sino de erradicarlos y, consiguientemente, añadían nuevas dificultades.

Dentro de las pautas comunes europeas, existen notables diferencias. Francia, en el espíritu de su gran revolución, instituyó un concepto tan paradójico como el de la «insurrección legitimada» (Mendras, 1988: 134). La clase política francesa reconoce y comprende esta modalidad de democracia directa: el general De Gaulle aceptó las revueltas estudiantiles de 1968 como una señal de que debía dimitir; los incidentes de 1984 y 1986 supusieron un veto a los planes educativos del gobierno.

Los alemanes no poseen una colección semejante de insurrecciones de masas que hayan tenido éxito (y que por consiguiente hayan sido legitimadas por la historia) excepción hecha de la «revolución de noviembre» que tuvo lugar en Alemania Oriental en 1968. Por el contrario, los alzamientos abortados que acaecieron durante la república de Weimar se recuerdan como medios que prepararon el camino al Tercer Reich y los violentos episodios que acompañaron el ascenso de Hitler al poder no tuvieron nada de gloriosos. Por eso, los padres fundadores de la República Federal Alemana, al diseñar los mecanismos conducentes a la resolución de conflictos, se encontraron ante un dilema: el nuevo Estado debía tener la fortaleza suficiente para impedir actos violentos semejantes a los que socavaron la república de Weimar, pero también debía soslayar los elementos autoritarios y populistas del Reich nazi. «Streitbare Demokratie» fue la consigna del nuevo Estado.

En la historia de Alemania, no sólo la violencia política tiene una imagen desfavorable. La tiene el conflicto político en general. La democracia parlamentaria y sus mecanismos de resolución de conflictos no están vinculados, en la memoria colectiva de los alemanes, a la construcción de una nación ni a su industrialización. Estos logros fueron obra del régimen autoritario de Bismarck, que nacionalizó las industrias básicas, como los ferrocarriles y los servicios públicos, a la par que protegía a los empresarios capitalistas y a la clase obrera contra sus ataques mutuos. La seguridad social y el seguro de desempleo fueron invenciones originales del autoritarismo alemán.

Las clases y los grupos involucrados en la industrialización de Alemania no se sentían *oprimidos* por el Estado (como es el caso en Francia), ni tampoco independientes del Estado (como sucede en EE.UU.), sino *apoyados* por él. La idea de que el Estado debía ocuparse de todos los grupos y suprimir los conflictos entre grupos quedó reforzada por la experiencia negativa de la república de Weimar, que no fue aceptada en realidad por las elites tradicionales y resultó demasiado débil para mantener la paz entre los grupos de izquierda y de derecha, ambos igualmente importantes. El nacionalsocialismo, que intentaba restablecer el consenso nacional, acabó por librar a Alemania del sueño de una sociedad sin conflictos bajo la protección de un soberano fuerte pero benévolo.

En resumen: tras la segunda guerra mundial, nuestras tres sociedades partían de unas tradiciones de resolución de conflictos muy diferentes. En EE.UU., se daba por supuesta la ubicuidad del conflicto social y se practicaban los tres métodos de resolución de conflictos. Cuando el gobierno federal intervenía en los conflictos importantes, tal como lo hizo con frecuencia creciente a partir

de 1945, lo que se proponía era regular pero no suprimir el conflicto, y en muchas ocasiones puso todo su peso en el platillo del más débil.

En Europa, una de las principales responsabilidades del Estado nacional fue la supresión del conflicto social. La actitud francesa hacia el conflicto social ha sido profundamente ambivalente, dividiéndose entre la admiración por una autoridad eficaz y la glorificación de la revolución. Por el contrario, Alemania tenía una tradición de colaboración estrecha entre las clases sociales y el Estado y de disgusto ante los conflictos de clase.

La reciente evolución ha limado estas diferencias culturales. En EE.UU., el papel del gobierno federal en la regulación de conflictos es ahora similar al de sus homólogos europeos. El movimiento de los años ochenta por la desregulación no interrumpió la expansión continua de las funciones federales; y las consecuencias de la desregulación fueron tan desastrosas que no es probable que resucite en un futuro próximo. Entretanto, los estados europeos han evolucionado en sentido contrario, transfiriendo funciones del Estado a las asociaciones voluntarias y a las autoridades locales. La regulación de conflictos es, cada vez más, un asunto que corresponde a los grupos organizados de intereses. En este aspecto, Alemania parece haberse americanizado más que Francia. En un estudio comparativo de las leyes de ambos países sobre la humanización de las condiciones de trabajo, se atribuye el fracaso de la ley francesa a la incapacidad de los sindicatos y empresarios para llegar a acuerdos (Göttelmann, 1983). La aceptación relativamente lenta que ha tenido en Francia la regulación descentralizada de los conflictos se explica parcialmente por las grandes distancias sociales existentes entre las partes: los organismos oficiales, las asociaciones gremiales, los sindicatos, los grupos de intereses. Algunos politólogos hablan del «pluralismo fragmentado» de Francia, en contraste con el «pluralismo integrado» de EE.UU. y de la República Federal (Czada, 1983; Lehbruch, 1984; Lehner, 1988: 46). Pero la versión alemana del pluralismo integrado está mucho más integrada que la norteamericana. La cooperación entre grupos de intereses opuestos está institucionalizada con más firmeza en Alemania, aunque cabe preguntarse si dicha cooperación aguantará las tensiones producidas por la reunificación.

La convergencia de los procesos de regulación de conflictos en las tres sociedades analizadas no debe interpretarse como la desaparición de sus tradiciones especiales: centralización administrativa en Francia, colaboración de grupos de intereses en Alemania, autorregulación por asociaciones voluntarias en Estados Unidos. Estas tradiciones son todavía visibles, aunque estén modificadas por las tendencias antes descritas.

Una novedad común a las tres sociedades es la mayor aceptación de la legitimidad del conflicto dentro del grupo y el reconocimiento de sus funciones positivas. El reconocimiento de que el conflicto social es una característica normal y necesaria de las sociedades complejas presupone una tendencia hacia la moderación del conflicto y hacia la sustitución de la violencia y de la huida por la palabra. Es instructivo ver cómo ha ocurrido esta sustitución en una serie de escenarios de conflicto.

Lucha de clases y conflictos de legitimidad

Cuando hizo su aparición en Europa el sistema fabril, la oposición entre capitalistas y obreros industriales se entremezcló con la que ya existía entre la vieja clase feudal y la burguesía. En Francia, la revolución de 1789 unió a los nuevos proletarios, a los artesanos urbanos y a una parte de los campesinos con la recién nacida burguesía, en contra de los aristócratas propietarios de tierras y el resto de los campesinos. Esta configuración persistió durante todo el siglo XIX y parte del XX en todos los niveles de la organización social: republicanos contra monárquicos, racionalismo contra religión, colectivismo contra individualismo, trabajadores contra patronos. La coincidencia entre varias líneas de conflicto dividió el país en dos partes separadas casi por completo, que poseían diferentes patrones de legitimidad política: *les deux Frances* que protagonizaron el *affaire Dreyfus*. La clase obrera francesa tardó mucho en adquirir una identidad lo bastante fuerte para introducir el conflicto de clase industrial propiamente dicho, y el intento nunca tuvo demasiado éxito. El antiguo conflicto acerca del carácter político, religioso y filosófico del Estado se reanima periódicamente, como ocurrió durante la larga crisis de la independencia argelina y todavía no se ha extinguido. Pero el mero hecho de la existencia de dicha fisura en la sociedad favoreció la concentración del poder estatal. El Estado, tanto si lo gobernaba la derecha como la izquierda, tenía que ser fuerte para prevalecer sobre sus enemigos internos y para unir las dos mitades de la sociedad contra las amenazas externas.

Alemania llegó más tarde a la unidad nacional y a la industrialización, pero pudo confiar también en la fuerza integradora del nacionalismo. Su clase obrera se desarrolló más tarde que la francesa pero creció más deprisa. Desde el principio, todos los intentos de movilizar a los trabajadores alemanes para la lucha de clases se vieron debilitados por su respeto a la autoridad en general y a la del Estado en particular. Con el tiempo, la clase obrera llegó a aliarse inconscientemente con la antigua clase feudal que controlaba el aparato del Estado y podía protegerla contra una explotación capitalista carente de restricciones. Esta alian-

za no era incompatible con la variante alemana de la idea socialista: se podía despojar a la burguesía de sus derechos de propiedad y dárselos al Estado, sin que éste viera mermada su autoridad por el hecho de convertirse en democrático y socialista. La lucha de clases en Alemania no se refería a la distribución de los recursos económicos, sino a la legitimidad del orden social. En este aspecto, fue similar a la situación francesa, pero con un énfasis mucho mayor en el ámbito industrial.

En EE.UU. no había ningún orden feudal que derribar, por lo que no se produjeron conflictos de legitimidad semejantes a los europeos. Las divisiones más profundas entre los norteamericanos eran de carácter étnico y estaban estrechamente entrelazadas con las reivindicaciones de soberanía del gobierno federal y de los diferentes Estados. Estas cuestiones dividieron a la Convención Constitucional de 1787, definieron la política de la época de Jackson y condujeron directamente a la Guerra Civil, en la que el problema de la esclavitud y el de la soberanía federal fueron inseparables y tuvieron la misma importancia. Los mismos problemas continúan dominando la política norteamericana actual. El problema étnico abarca no sólo la situación respectiva de los negros y los blancos, sino también de los pioneros y de los recién llegados, de los nativos y de los inmigrantes, de los anglosajones y de los hispanos, incluso de los protestantes y de los católicos. En 1865 quedó firmemente establecida la supremacía del gobierno federal, pero el alcance de la autoridad federal es todavía una cuestión sin resolver. En general, los republicanos ganan las elecciones con su promesa de reducirlo; los demócratas, con su oferta de ampliarlo.

Cuando a finales del siglo pasado el conflicto de clase en la industria hizo su primera aparición en la escena norteamericana, tenía un carácter marcadamente étnico; prácticamente todos los capitalistas descendían de los primeros inmigrantes británicos, mientras que los trabajadores eran en su mayor parte inmigrantes recién venidos de otras partes de Europa. Cuando se produjo el primer movimiento obrero, se le tachó de radical y antiamericano. Consiguió penetrar algo en la industria pesada, pero nunca atrajo el apoyo general del público y con el tiempo desapareció cuando tanto el gobierno federal como los de los diversos Estados se aliaron con las empresas. Un éxito algo mayor fue el que tuvo por la misma época el movimiento agrario y populista, pero también fue suprimido por la misma coalición. Cuando finalmente llegaron a EE.UU. las grandes organizaciones obreras durante la época del New Deal, en los años treinta, tuvieron cabida gracias a una vasta y controvertida expansión de la autoridad federal. La mayor parte de los movimientos sociales que han transformado la sociedad estadounidense desde 1960 se enfrentan todavía al mismo par de problemas: la consideración social relativa de los

grupos étnicos y los justos límites de la autoridad federal (Callow, 1991: 2/1-213).

¿Qué ha sucedido con los conflictos francés y alemán acerca de la legitimidad del orden político y económico? En Alemania Occidental, recién terminada la segunda guerra mundial, el legado autoritario estaba totalmente desacreditado, pero todavía lo apoyaba un 15 % del electorado, que votaba a los partidos de derecha, y un 6 % de votantes comunistas. A finales de los años cincuenta, los partidos extremistas habían desaparecido del Parlamento federal. Los socialdemócratas, en el programa de Godesberger de 1959, abandonaron el objetivo de una economía socialista, sustituyéndola por una «economía social de mercado» y por la integración de la República Federal Alemana en el bloque occidental. Por su parte, los sindicatos cesaron poco a poco de proclamar la reorganización colectivista de la economía. Las encuestas de opinión muestran una aceptación creciente y duradera de la economía de mercado y de las instituciones parlamentarias: este consenso se ha visto desafiado, simbólicamente pero no estadísticamente, por la reciente reaparición de la extrema derecha.

El desarrollo de una política de consenso ha sido en Francia más desigual. La política de la Quinta República ha estado dominada por el recuerdo de una peligrosa inestabilidad que fue la característica principal de la Cuarta. Ante la imposibilidad de eliminar el sistema pluripartidista de la Cámara de los Diputados, se la ha dejado fuera del circuito instalando un presidente muy fuerte, elegido por un método que reduce la influencia de los partidos en el desempate final. Por este procedimiento, los partidos extremistas de izquierda y de derecha, que todavía tienen bastantes partidarios, quedan virtualmente excluidos de la determinación de la política nacional.

En Francia como en Alemania, la legitimidad del orden político y económico no encuentra retos serios en las relaciones políticas ni en las laborales. La lucha de clases ha pasado de moda frente al compromiso casi unánime con el mercado y con las instituciones democráticas.

Por el contrario, algunos observadores perciben una erosión del compromiso estadounidense con dichas instituciones. Sidney Verba ha escrito en *El Regreso a la Cultura Cívica* lo siguiente:

«En EE.UU. y Gran Bretaña, unas naciones donde, según vimos, estaban tan extendidas (hacia 1960) dichas actitudes (cívicas) sustentadoras de los sistemas democráticos, se observa una continua erosión de la confianza en el gobierno. Habíamos supuesto que otras naciones se moverían en la misma dirección "cívica" en que lo han hecho EE.UU. y Gran Bretaña; de hecho, estas dos naciones se han alejado de aquella posición» (Verba, 1980: 399).

Según se nos recuerda anualmente desde 1972 en los debates sobre el estado de la nación, resulta innegable la pérdida de confianza en el Congreso, en el poder ejecutivo y en los tribunales, junto con el descenso, iniciado hacia 1960, de la participación electoral. Pese a ello, no es del todo cierto que dichas tendencias reflejen un descenso real del compromiso público de los norteamericanos con las instituciones democráticas y de mercado. Pocas voces claman hoy, ni a la izquierda ni a la derecha, por un cambio profundo de las instituciones norteamericanas: menos que en ningún otro momento en los últimos 200 años. El pueblo está insatisfecho, pero no en rebeldía.

Al parecer, los conflictos de legitimidad carecen de tradición y de futuro en EE.UU., y empieza a suceder lo mismo en los países de Europa Occidental. En Alemania y en Francia (y también en Japón, España, Italia y Escandinavia) los viejos problemas de legitimidad han caducado. Veamos ahora cuál es la situación respecto a los demás tipos eternos de conflictos: religiosos, industriales, étnicos e internacionales.

Conflictos tradicionales en transición

Han desaparecido casi por completo los antiguos conflictos religiosos: clericalismo contra laicismo en Francia, protestantismo contra catolicismo en Alemania, competencia entre varias confesiones en EE.UU., además de las diferentes variantes de antisemitismo que han florecido en dichos países. Pero surgen por doquier nuevos conflictos religiosos: la polémica sobre el aborto, de carácter esencialmente religioso, en EE.UU.; el movimiento antiárabe en Francia; y, por supuesto, la creciente amenaza del fundamentalismo islámico, dirigido no tanto contra la cristiandad como contra las democracias occidentales.

También ha cambiado el conflicto industrial, pero no ha desaparecido. Durante más de cien años, el conflicto entre los trabajadores industriales y los propietarios de la industria, considerado como el exponente principal de la lucha de clases, ocupaba en Europa el centro de la política y en EE.UU. la periferia. El marco de referencia propuesto por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista obtuvo un profundo arraigo tanto en sus seguidores como en sus adversarios. Sobrevivió al ascenso del fascismo y puso en evidencia los fracasos del socialismo de Estado. Pero después de la segunda guerra mundial, se abrió un abismo cada vez más hondo entre la teoría de la lucha de clases y el desarrollo práctico de las relaciones entre obreros y patronos en Alemania, Francia y Estados Unidos. La teoría sufrió un notable deterioro, por varias causas: la espectacular elevación de los salarios y del nivel de

vida de los trabajadores industriales; la creciente diferenciación, dentro de la clase obrera, según cualificaciones y ganancias; la afluencia de mujeres, inmigrantes y minorías en el mercado laboral: la transformación de la oferta laboral, de empleos de mono azul a otros de corbata; la automatización de tareas sucias o peligrosas; la reglamentación estatal de las condiciones de trabajo; la burocratización de los sindicatos y varias formas de participación de los trabajadores en la propiedad y en la dirección de las empresas industriales. Con estos adelantos han caído casi en desuso los conceptos de *explotación* y de *solidaridad de clase* que eran fundamentales en la lucha de clases. Los partidos dedicados a ella han perdido gran parte de su afiliación, aunque siguen siendo mucho más importantes en Francia que en Alemania o en Estados Unidos.

En las tres sociedades analizadas el conflicto industrial se ha convertido en algo cotidiano y de escaso dramatismo. Ha descendido el número de huelgas y su importancia. Ahora, la modificación de los salarios y de las condiciones laborales es objeto de negociaciones periódicas entre representantes sindicales especializados y sus homólogos de la patronal, que poseen los mismos hábitos profesionales y que actúan bajo la supervisión del gobierno. La mayor parte de los problemas industriales son de ámbito local, no nacional: traslado de trabajadores por cierre de plantas, discriminación en la contratación y en la promoción, diferenciales de salarios entre las diversas categorías laborales, seguros de enfermedad y planes de pensiones.

En la República Federal Alemana, debido a la actitud de los trabajadores, tradicionalmente respetuosa con la autoridad, y al establecimiento de la cogestión en los años cincuenta, existe una clase obrera de elite que participa en la dirección de la empresa y está especialmente bien situada para la negociación. Al igual que en los demás países, ha ido aumentando el número de temas negociables: seguridad en el trabajo, planes de jubilación, automatización, formación y reciclaje, puesta en práctica de los acuerdos al nivel de planta; y la mera existencia de facilidades para la negociación ha estimulado la aparición de nuevos problemas y la creación de nuevos conflictos, que se resuelven con más negociación. Como dice Simmel, el conflicto y el consenso crecen juntos. La cogestión alemana ejemplifica del modo más claro posible la transformación de la lucha de clases en una multitud de pequeños conflictos que integran más que dividen.

En Francia y en EE.UU. se ha conseguido el mismo efecto gracias a la normalización de las negociaciones entre trabajadores y empresarios, a la profesionalización de los interlocutores y a la creciente participación del Estado, ya sea como parte interesada o como árbitro neutral. El papel de parte interesada es más desta-

cado en Francia, donde el Estado controla empresas muy importantes y asume la responsabilidad de la economía en su conjunto. El papel de árbitro tiene más importancia en EE.UU., porque allí las agencias federales supervisan la negociación colectiva y una gran parte de las disputas entre trabajadores y empresarios se convierte en litigios. La visión convencional del Estado como instrumento de la clase dominante no cuadra con ninguno de los papeles mencionados. Unos complejos sistemas de influencia, que implican dinero y votos, sensibilizan a los representantes del gobierno tanto hacia los intereses de los trabajadores como hacia los de los empresarios. Tal vez se inclinen un poco en favor de los obreros bajo la presidencia de un socialista en Francia, o hacia los empresarios bajo la tutela de un presidente republicano en EE.UU., pero una inclinación excesiva invitaría a tomar represalias en las próximas elecciones; y los agentes del gobierno comparten con los representantes de trabajadores y empresarios el convencimiento de la necesidad del compromiso y de la importancia de las previsiones a largo plazo. Este convencimiento común a veces se rompe, pero la aparición de posturas irreconciliables en cualquier parte del sistema rara vez se interpreta como un toque de guerra, sino como una señal que invita a reorganizarse para que la negociación pueda continuar.

La lucha de clases, concebida como un juego de suma cero en el que capitalistas y trabajadores luchan por el control del Estado, se ha transformado en una serie de conflictos de suma no igual a cero con recompensas más modestas, que se desarrollan bajo la supervisión de un Estado más o menos imparcial.

Por el contrario, el conflicto étnico se ha agudizado en Francia, y en menor grado en Alemania, a medida que los hijos de los inmigrantes musulmanes forman grupos minoritarios visiblemente apartados del resto de la población. En EE.UU., los conflictos étnicos, que tanta importancia tuvieron en la escena política durante los últimos cuarenta años, no dan muestras de remitir, pese a los intensos esfuerzos de la administración federal, estatal y local para reducir las desventajas de los grupos minoritarios por varios medios: por la firmeza en exigir el cumplimiento de la legislación sobre derechos civiles; por la supresión de la segregación racial en los centros de enseñanza y de trabajo, en los lugares públicos y en las asociaciones voluntarias; y por una atención preferente a personas de los grupos minoritarios en situaciones de competencia (Caplow, 1991: 185-200). Dos tendencias demográficas han frustrado en parte estas medidas: de un lado, la gran expansión de la minoría hispana como consecuencia de la inmigración legal o ilegal y de su alto índice de fecundidad; y de otro, el brusco ascenso de la tasa de ilegitimidad de la población negra, lo que significa que la mayoría de los niños negros nacen de madres solteras y crecen en la pobreza, carentes de padre o

de padrastro. A pesar de la aparición de una extensa clase media negra, próspera y bien educada, el resentimiento producido por el fracaso de las mejoras previstas ha calado muy hondo en el resto de la población negra, al tiempo que la concentración de la criminalidad y de los trastornos sociales en la subclase negra ha resucitado algunas actitudes racistas blancas que estaban aparentemente superadas.

En este siglo, el principal azote de las sociedades industriales ha sido, por supuesto, el conflicto internacional y no el antagonismo clasista. Han sido el nacionalismo y los antagonismos nacionales lo que ha transformado el mundo. A principios del siglo, los socialistas europeos soñaban con que la solidaridad obrera, basada en la lucha de clases, impediría las guerras entre naciones; pero sufrieron una gran decepción (Caplow, 1989: 65-66). La primera guerra mundial no sólo infligió grandes daños a todos los participantes en ella, sino que destruyó el sistema internacional que había mantenido cierta estabilidad en el mundo desde el Congreso de Viena. En el período siguiente se sucedieron los problemas y luego llegó la devastadora segunda guerra mundial que condujo a la división del mundo industrializado en dos campos hostiles, dotados de sistemas económicos y políticos antagónicos. A lo largo de cuarenta años, el enfrentamiento ideológico sustituyó a las luchas entre naciones. Los antagonistas principales no intercambiaban disparos, pero sus relaciones distaban mucho de ser pacíficas, hasta el punto de que ambos se sentían obligados a fabricar armas capaces de destruir naciones enteras. Aunque esto disuadía a ambas potencias de emprender ataques directos una contra otra, eran libres de embarcarse en aventuras militares en lugares como Vietnam o Afganistán, de fomentar más de cien guerras regionales o civiles y de vender armas a otros Estados poco dignos de confianza.

Tal vez exista alguna conexión subterránea entre la actitud menos tolerante a la violencia interna de estas sociedades nacionales y el excesivo desarrollo de medios violentos de uso externo, pero ese misterio queda fuera del alcance del presente ensayo. Lo importante para este debate es que haya existido tan escasa disensión acerca de unas políticas militares que parecen a primera vista irracionales. Piénsese en la enorme inversión en armas que pusieron en riesgo a toda la humanidad para repeler una hipotética invasión de Alemania por Rusia; invasión que resultaba estratégicamente inverosímil a finales de los años cincuenta, después de que la República Popular China hubiera roto con la Unión Soviética y de que EE.UU. apuntara a territorio soviético con miles de misiles nucleares. Aunque la República Federal no estuvo directamente involucrada en el desarrollo de armas nucleares, era uno de los principales participantes en la OTAN, mantenía un nutrido ejército y compartía con EE.UU. el control de un arsenal nuclear. Aunque hubo en la República Federal una oposición mi-

noritaria a los aspectos nucleares de la OTAN, para los que Alemania hubiera servido de campo de batalla, la orientación política hacia la remilitarización no tuvo prácticamente ninguna oposición. Solamente a finales de los años setenta pudo observarse una tendencia contraria a la carrera armamentística con el nacimiento del Partido Verde, unido a una parte de los socialdemócratas y a un fuerte movimiento pacifista. En Francia, tras el rechazo del proyecto EDF en 1954, el apoyo popular al desarrollo de una *force de frappe* nuclear fue casi unánime: no existió ningún movimiento antinuclear digno de mención. De forma similar, la política norteamericana de defensa encontró el apoyo de los dos partidos principales y de la inmensa mayoría del público. Hubo un movimiento antinuclear de fuerza moderada, cuyo prestigio llegó al máximo en los años setenta, pero predicaba la congelación nuclear, no el desarme, y no tuvo influencia apreciable en la política de defensa (aunque fue capaz de obstruir y finalmente detener el desarrollo de la energía nuclear industrial). En las tres sociedades analizadas, la falta de un debate serio sobre la política de defensa puede ser otro nuevo indicador del consenso casi unánime que sustenta hoy la legitimidad del Estado, o dicho de otro modo, otro indicio de la desaparición del conflicto de clase.

Después del conflicto de clase surgen nuevos conflictos

Como acabamos de ver, el conflicto de clase se ha desintegrado, tanto a escala nacional como internacional. Históricamente, no ha sido más que un entreacto. ¿Qué vendrá después?

Dos acontecimientos ocurridos en el antiguo imperio soviético dejan poco margen a la duda. Como principio de organización de la sociedad, vuelve a triunfar la idea de *nación*, con sus connotaciones de libertad y democracia, sobre la de *clase*. Así pues, los conflictos entre naciones, o entre éstas y determinadas entidades políticas supranacionales, o entre intereses comerciales o sistemas de valores, volverán a estar en el orden del día durante los dos decenios próximos. Tal vez estos conflictos nos recuerden, en cierto modo, los antiguos antagonismos nacionales, pero serán fundamentalmente diferentes, por dos razones cuando menos. En Europa central, y especialmente en Alemania, está muy arraigada la conciencia histórica del ultranacionalismo y de su fracaso, lo que, ante el desafío de unos problemas de ámbito mundial, invita a buscar soluciones supranacionales.

Estos problemas son producto del éxito, no del fracaso, de las modernas sociedades industriales en el aumento del bienestar material y cultural, en comparación con las antiguas. Si se produ-

cen nuevos conflictos, ello se debe exclusivamente a la inmadurez de las sociedades industriales. Los principales conflictos políticos actuales no surgen por antagonismos de clase, sino por la competencia entre diversas necesidades. El puente tendido sobre el abismo que antes separaba a las clases sociales ha convertido en obsoletos los conflictos tradicionales y de clase.

El conflicto entre el sistema laboral y el de bienestar

Conforme crecen los segmentos de población que comparten su afán por el éxito (algo que antes era prerrogativa exclusiva de la burguesía), el sistema laboral se hace cada vez más satisfactorio para los individuos mejor cualificados y más motivados. Pero al mismo tiempo, el sistema rechaza a un número creciente de personas, que por una u otra razón no pueden cumplir unas exigencias mínimas de rendimiento. Las modernas economías industriales sufren una permanente escasez de las primeras y un eterno exceso de las últimas. El desempleo es crónico y afecta sobre todo a los puestos más bajos en la escala de ocupaciones, incluso en las coyunturas económicas más favorables. Un amplio sector de la población adulta es económicamente improductivo; su empleo, aun con salarios de mera subsistencia, costaría más de lo que pudiera rendir su trabajo. Les sostiene un sistema asistencial (o de bienestar) financiado con las aportaciones de todos aquellos que han encontrado un puesto en el sistema laboral. Hoy en día, en las tres sociedades analizadas, los principales partidos políticos están estructurados por los intereses opuestos del sistema laboral y el sistema de bienestar. Los partidos conservadores y liberales, que apoyan los valores de la cultura del éxito, tratan de establecer unas condiciones óptimas para el sistema laboral y protegen el derecho de propiedad que se deriva de dicho sistema. Los socialistas y socialdemócratas en Francia y Alemania, los demócratas y algunos republicanos en EE.UU., predicán el sistema de bienestar en nombre de la justicia social. La alternancia entre gobiernos de centro izquierda y de centro derecha, que caracteriza a las democracias modernas, obedece a un intento de buscar por tanteos el equilibrio de intereses entre ambos sistemas.

El conflicto entre los valores educativos e industriales

Otro aspecto del creciente nivel de cualificación ocupacional de las sociedades industrializadas, que dependen cada vez más de la alta tecnología, es la expansión de la enseñanza superior y el enfrentamiento que tiende a desarrollarse entre los valores predicados por ella y los que integran el sistema laboral. En las tres sociedades analizadas, el número de universidades experimentó un notable aumento entre 1960 y 1975. Una consecuencia impre-

vista fue la aparición de una cohorte de jóvenes estudiantes universitarios que, a diferencia de los que les precedieron, constituían una muestra representativa de la población y no se identificaban con las elites establecidas. Crearon su propia cultura juvenil, orientada a los valores de libertad, igualdad, espontaneidad y autogobierno. En nombre de dichos valores, derivados directa o indirectamente de su formación universitaria, atacaron los valores políticos e industriales de autoridad, eficiencia y orden, y desafiaron la estructura autoritaria de las universidades, iglesias, parlamentos y fábricas. Aunque los jóvenes intelectuales de 1968 trataron de ganarse la solidaridad de la clase obrera, no la consiguieron. Los líderes sindicales temían la anarquía y apoyaron a la autoridad contra los jóvenes rebeldes. Poco a poco, las primeras cohortes de titulados procedentes de la afluencia masiva a la universidad fueron madurando como población activa, ocuparon puestos de alto rango en la escala ocupacional y finalmente polarizaron su atención en la política, a la par que retenían solamente unos leves rastros de sus creencias juveniles.

Los matices difieren poco en cada país. La revuelta estudiantil norteamericana, que se inició en 1965 en Berkeley con el Movimiento por la Libertad de Expresión, se fundaba en la oposición a la guerra de Vietnam pero abarcaba un rechazo general de la autoridad establecida y de la conducta convencional. En Alemania, la revuelta estudiantil apuntó directamente contra los funcionarios que pretendían ejercer sus papeles tradicionales. En Francia, en mayo de 1968 y algún tiempo después, el movimiento estudiantil se propuso como objetivo hacer una gran revolución del estilo de la de 1789 y se ganó el apoyo de otros sectores de la población en grado suficiente para que dicha meta tuviera momentáneamente cierta viabilidad.

El conflicto entre valores ecológicos y económicos

La sustitución de la lucha de clases por nuevas formas de conflicto se percibe con mayor claridad aún en la oposición entre ecología y economía, que penetró en la conciencia pública en los años setenta, y que ganó fuerza en los ochenta, como consecuencia legítima de otro contraste: el que enfrentaba al sistema educativo con el laboral. Originalmente, tuvo la misma configuración: unos jóvenes rebeldes y de alto nivel de educación que desafiaban a la sociedad atrincherada en sus posiciones. Pero en este caso, los rebeldes encontraron un apoyo tan amplio, que los valores ecológicos han sido aceptados por casi todo el mundo en Alemania, por una gran parte de la población en EE.UU. y por una minoría creciente en Francia. No obstante, cuando algún problema ecológico concreto afecta a los intereses económicos de los empresarios o de los trabajadores, por ejemplo en la industria química, ambas partes suelen dar preferencia a sus propios intereses sobre

los aspectos ecológicos —por ejemplo los daños a la fauna— que califican de exagerados.

El enfrentamiento entre valores económicos y ecológicos tuvo sus primeras manifestaciones en EE.UU., donde algunas asociaciones voluntarias como el Club Sierra y la Sociedad Audobon se venían dedicando desde principios del siglo a impedir la ocupación abusiva de las zonas desérticas. Pero la mayor parte de los problemas ecológicos actuales aparecieron en los años sesenta y setenta: problemas de ámbito nacional, como la calidad del aire, la contaminación de los ríos, los residuos tóxicos, los vertidos marinos, las especies amenazadas, la lluvia ácida, el radón, los fertilizantes tóxicos, la sobrepesca y la conservación de los humedales, pero también problemas a escala planetaria, como la destrucción de la capa de ozono, el efecto invernadero, la extinción de las especies y la deforestación de los trópicos. Las numerosas asociaciones voluntarias que se formaron en EE.UU. para luchar contra estos peligros han crecido rápidamente en tamaño e influencia, pero no han llegado a aglutinarse en un movimiento unificado (Caplow, 1991: 208-211). No se ha formado ningún bloque medioambiental de carácter político, aunque el Congreso haya aprobado desde 1970 los estatutos de treinta grandes asociaciones ecologistas. Cada problema se debate especialmente y se resuelve por separado. Las plataformas medioambientalistas de los dos grandes partidos carecen de fuerza y son difíciles de distinguir.

En la República Federal, por el contrario, los problemas ecológicos se politizaron tan pronto como pasaron a ser de dominio público. Al principio, los grupos que adoptaban posturas de izquierda en el arco político, en términos de la lucha de clases, se adueñaron de estos problemas con la esperanza de que contribuyeran a su propia revitalización. Pero pronto se advirtió con claridad que la conciencia ecológica traspasaba las antiguas fronteras y tendía a socavar la fortaleza de la izquierda tradicional. Los Verdes, organización fundada en 1979, se erigieron de la noche a la mañana en un verdadero partido político con una fuerza electoral notable. Al principio, trataron de reforzar su posición ecologista con una llamada a la legitimidad, proclamando la «democracia de base» como alternativa a la democracia parlamentaria, pero pronto abandonaron este enfoque, lo que constituye otro indicio de lo difícil que resulta reanimar los conflictos de legitimidad.

En Francia, el movimiento ecologista era débil, hasta que hace poco tiempo se ha transformado súbitamente en una fuerza con la que es preciso contar. La diferencia entre la vieja izquierda política y el nuevo movimiento ecologista es aún más evidente

que en Alemania. Los Verdes franceses son más pragmáticos e incluso tienen una mentalidad tecnocrática.

El conflicto entre los roles sexuales

En las tres sociedades analizadas, el movimiento feminista ha introducido otra serie de problemas que tienden a desbancar el conflicto de clase. Gracias a las nuevas técnicas de control de la natalidad aparecidas con posterioridad a 1960, la maternidad se ha convertido casi en una opción voluntaria. Al mismo tiempo, las mujeres casadas han pasado a formar parte de la población activa en mayores proporciones que nunca; en 1990, la mayor parte de las mujeres con niños trabajaban fuera del hogar, y el índice de fecundidad había descendido a niveles sin precedentes: en Alemania, estaba muy por debajo del crecimiento cero, era aún inferior en EE.UU. y ligeramente superior en Francia. El movimiento de las mujeres, y las diversas versiones de feminismo que propone, ha ofrecido nuevos valores sociales que responden al cambio de situación de las mujeres y a las nuevas relaciones existentes entre los sexos. Se ha abolido el estigma que afectaba a la cohabitación y a la maternidad fuera del matrimonio. El número de nacimientos ilegítimos y de familias monoparentales creció más en EE.UU. que en Alemania y en ésta más que en Francia. Entre los negros norteamericanos, más o menos dos tercios carecen de padres reconocidos. En las tres sociedades se ha atenuado la obligación de los hombres de mantener a la mujer y a los niños, sin reducir por ello la responsabilidad de la mujer en el cuidado de los hijos. En las familias biparentales se suelen repartir los roles y, por otra parte, ha aumentado mucho el número de guarderías para los niños de las mujeres que trabajan. Las mujeres tienen ahora acceso a muchas ocupaciones que antes estaban monopolizadas por los hombres, incluso a puestos de supervisión y dirección, aunque sus sueldos medios siguen siendo inferiores. Finalmente, las mujeres reclaman la misma libertad sexual que los hombres y la ejercen sin cortapisas.

Este conflicto no debe interpretarse equivocadamente como una guerra entre los sexos. Es discutible, y tal vez no se resuelva nunca, la cuestión de si los cambios aportados por el movimiento feminista favorecen a los hombres o a las mujeres. Es verdad que los hombres han perdido autoridad doméstica y su antiguo monopolio virtual de la esfera pública. Pero también se han despojado de muchas de sus obligaciones anteriores y han visto multiplicarse sus oportunidades sexuales. Las encuestas de opinión muestran por lo general casi el mismo apoyo a los valores feministas entre las mujeres que entre los hombres, sobre todo entre los hombres jóvenes. La oposición significativa no se da entre hombres y mujeres, sino entre roles sexuales viejos y nuevos. El amor y la paternidad ocupan hoy posiciones repartidas en un

espectro político cuya ala derecha predica una versión modificada de los valores tradicionales —fidelidad matrimonial, paternidad dual, dominación masculina en la esfera pública y femenina en la privada— mientras que el ala izquierda exige la igualdad absoluta entre los sexos y considera como sexistas conceptos tales como el de los «Derechos del Hombre» o el de un «Padre nuestro que está en los cielos». El centro es un amasijo de confusión. Para los activistas de ambos extremos, este conflicto tiene preferencia sobre todos los demás y reduce a la intranscendencia la tradicional lucha de clases.

En relación con este problema, existen entre las tres sociedades analizadas diferencias cuantitativas, no cualitativas. La igualdad de los sexos está algo más avanzada en Alemania que en EE.UU. y mucho más en EE.UU. que en Francia, pero la tendencia es la misma.

El conflicto entre sociedades capitalistas y socialistas

La segunda guerra mundial tuvo una consecuencia inesperada: la desaparición de la lucha de clases en las sociedades capitalistas. Este efecto se debió en parte a la hostilidad hacia un grupo externo que fomentaba la solidaridad internacional, pero fue mucho más complejo. Las sociedades capitalistas occidentales solamente podían valorar sus éxitos en la busca del bienestar económico, comparándose con las sociedades socialistas. De esta forma, el conflicto Este-Oeste proporcionó a todas las clases sociales de las sociedades estudiadas un interés común en la defensa de su elevado nivel de vida contra un posible ataque procedente del Este. La indudable legitimidad de que ahora gozan las organizaciones políticas de las democracias occidentales, totalmente incompatible con la vieja noción de conflicto de clases, se debe únicamente al contraste con el totalitarismo de las llamadas «democracias populares». Desde el punto de vista del hombre de la calle, el triunfo del proletariado en el mundo socialista había producido menos bienestar económico y menos libertad que la continuidad del sistema de clases. La lección política estaba clara.

En efecto, estaba tan clara que el mundo la ha aprendido tal vez demasiado bien. Sorprendentemente, el pobre casi ha cesado de protestar contra el rico. Los malhechores pudientes, como les llamó Teodoro Roosevelt, gozan de una inmunidad prácticamente total desde 1975, con tal de mantenerse dentro de los límites teóricos de la ley. El ejemplo más llamativo en EE.UU. ha sido el del gobierno Reagan, francamente sesgado a favor de los millonarios, que fue capaz de reducir los impuestos a las familias ricas

y a las grandes empresas sin encontrar resistencia apreciable y que coronó esta hazaña con una nueva tabla del impuesto sobre la renta que grababa las rentas altas a un tipo más bajo que el aplicable a las familias de ingresos medios. En Alemania, donde un tercio de las familias goza de ingresos netos de más de un millón de marcos y la pobreza ha desaparecido casi por entero, los ricos superan en número a los pobres de forma tan abrumadora que cualquier ataque a la opulencia adquiere un tinte antidemocrático. Los franceses son menos complacientes a este respecto, pero, con un presidente socialista, también ellos han concedido a los patrimonios heredados o adquiridos un trato más favorable que en ningún otro tiempo desde 1848.

En EE.UU., esta complacencia ha demostrado ya su elevado coste. La desenfrenada especulación de los años ochenta ha arruinado el ahorro bancario y ha costado al contribuyente muchos miles de millones de dólares. En Francia y Alemania, la fiesta continúa en todo su apogeo. La desaparición de la lucha de clases ha coincidido con la victoria en la guerra fría, por lo que se aceptan como sabias y benéficas las instituciones de las democracias occidentales aun cuando se vea claramente que no todas lo son. Europa Occidental, Norteamérica y la Costa del Pacífico son el reino de la utopía y el objetivo de muchas sociedades de Europa Oriental, Latinoamérica y Asia es seguir el mismo camino y llegar al mismo lugar.

El conflicto entre las sociedades industriales y las demás

No sólo está superada la lucha de clases: también lo está la competencia entre capitalismo y socialismo. En su lugar, ha aparecido una nueva y desmesurada diferencia de intereses entre las sociedades industrializadas y el resto del mundo. A semejanza de la oposición existente entre sistema laboral y sistema asistencial, éste es un conflicto que enfrenta a los de dentro contra los de fuera. Pero los de dentro componen la población entera de las sociedades industriales, tanto los que están en el sistema asistencial como los que trabajan, mientras que los de fuera (exceptuando a unos pocos) constituyen la totalidad de la población de unos países que han permanecido en la economía agraria o han fracasado en sus intentos de industrialización. En la escena internacional, el enfrentamiento principal no se produce ya entre ideologías opuestas sino entre niveles de vida altos y bajos.

Las naciones cuyo nivel de vida es bajo, pueden clasificarse en varias categorías, con situaciones muy variadas:

- Naciones con socialismo de Estado, cuya economía industrial ha fracasado total o parcialmente. Suponen alrededor de un tercio de la población mundial y poseen más de la mitad de sus fuerzas armadas. Algunas —como la Unión Soviética, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria— han empezado a olvidarse del socialismo de Estado para buscar un nuevo modelo. Otras —Cuba, Albania, Vietnam— han rehusado hasta ahora dicha opción. La situación de China es demasiado incierta para poder clasificarla. Alemania Oriental escapó de esta categoría al unirse con la República Federal.
- Naciones del África negra, en las que predomina una economía agraria y están gobernadas por regímenes autoritarios. En los años ochenta algunas de estas naciones retrocedieron en sus índices de modernización.
- India, Brasil, México, Egipto, Indonesia. En estas cinco naciones, extensas, superpobladas y parcialmente industrializadas, se encuentran algunas de las ciudades más grandes del mundo y han experimentado recientemente notables progresos hacia su industrialización. Sin embargo tienen altos índices de crecimiento de la población, distribuciones de renta muy desiguales y mucha pobreza. Muchas de las naciones isleñas del Caribe y del Pacífico presentan patrones similares en menor escala.
- Repartidas por todo el mundo se encuentran unas naciones desesperadamente pobres, como Bangladesh, Haití, Bolivia, Mozambique, Nepal, Nueva Guinea y otras que están desgarradas por luchas internas, como Sudáfrica, Ceilán, El Salvador, Chad, Filipinas, Afganistán y Líbano, cuyos procesos de modernización se han interrumpido definitivamente.
- Las naciones de Oriente Medio presentan sorprendentes contrastes de pobreza y opulencia entre ellas y dentro de cada una. Considerada en su conjunto, esta zona obtiene una parte desproporcionada de la riqueza del mundo a cambio de su petróleo, pero en ella viven todavía millones de personas en condiciones preindustriales.

Tal como sugiere esta breve reseña, la imagen simplificada de un conflicto mundial entre el Norte y el Sur, entre unos países ricos industrializados y otros pobres agrarios, no encaja bien con la situación real. Coexisten concentraciones importantes de alta tecnología y de riqueza industrial fuera de la órbita europea, con fallos importantes dentro de dicha órbita; y se dan toda clase de combinaciones repartidas entre las 200 naciones independientes del mundo. Pero se percibe con claridad un conflicto potencial que enfrenta las zonas de rápido crecimiento demográfico: África, Latinoamérica y una parte de Asia; contra las de crecimiento cero

o negativo: Europa y Norteamérica. En la coyuntura actual, las poblaciones menos industrializadas tienen por lo general altos índices de crecimiento demográfico, mientras que en las naciones más modernas la tasa de fecundidad ha caído por debajo del nivel de reposición. El resultado general es que el nivel de vida de los países más pobres desciende con una velocidad mayor que la de su modernización potencial, lo que atrae hacia los países ricos a tantos inmigrantes como estén dispuestos a admitir.

Inicialmente se explota a los inmigrantes, pero con el tiempo éstos llegan a prosperar, mientras que los naturales del país, especialmente los de extracción social más baja, se sienten amenazados por la inmigración. En la República Federal fue la población de rentas bajas la que manifestó su hostilidad hacia los trabajadores turcos y la que ahora se muestra recelosa de la llegada de trabajadores alemanes del Este y de inmigrantes que hablan alemán procedentes de Polonia y de la Unión Soviética. Una reacción similar se ha producido en Francia, donde el movimiento derechista de Le Pen, motivado sobre todo por la hostilidad hacia los inmigrantes musulmanes norteafricanos, encuentra casi todo su apoyo entre los trabajadores que tienen menores ingresos. En EE.UU., la oposición de las organizaciones sindicales a la inmigración ha sido una constante política durante más de un siglo y la población negra urbana muestra hacia los inmigrantes hispanos y asiáticos una actitud francamente hostil. Pero el hecho más significativo es que esta resistencia es casi siempre inútil. Los inmigrantes llegan a encontrar un sitio en la sociedad de llegada, y sus hijos están abocados a formar parte de lo que Ralf Dahrendorf llama la clase mayoritaria.

«Existen muchas diferencias entre [los miembros de las sociedades industrializadas] incluso desigualdades de patrimonio y de renta, pero existe también una igualdad fundamental de acceso. La nueva clase es la clase de los ciudadanos, o en todo caso la clase mayoritaria. Un capítulo de la historia social y política que comenzó con una profunda y potencialmente revolucionaria lucha de clases condujo, tras mucho esfuerzo, a los conflictos más sosegados del antagonismo de clase, institucionalizado o democrático, que con el tiempo dio lugar a la creación de una clase mayoritaria, integrada por quienes tienen fe en ella y por tanto esperan realizar muchas de sus aspiraciones sin cambios importantes.» (Dahrendorf, 1988: 112)

Por razones no bien entendidas, este beneficioso mecanismo no siempre funciona en el caso de las migraciones internas de negros, puertorriqueños e indígenas norteamericanos que se trasladan a las grandes ciudades de EE.UU. para seguir luego en situaciones desfavorables. Su protesta contra la mayoría se traduce en delitos callejeros, guerras entre bandas y drogodependencia, no en una resistencia organizada. El movimiento radical estudiantil de los años sesenta intentó politizar la pro-

testa de las clases inferiores para crear un frente revolucionario que hacía un denominador común del capitalismo, del racismo y del colonialismo como aspectos diferentes del mismo sistema represivo. Este esfuerzo tuvo un éxito temporal, pero se desvaneció con la guerra de Vietnam.

Si estuvieran solas en el mundo, las democracias industriales podrían mantener una esperanza razonable de paz en el futuro. Sus métodos de resolución de conflictos (la democracia parlamentaria, la negociación entre grupos de intereses, las manifestaciones y protestas, la representación de intereses opuestos por organizaciones voluntarias, la presión política y los tribunales, la libertad de prensa y de comunicación, la competencia en el mercado tanto de ideas como de bienes de consumo) han progresado tanto que la mera aparición de una discrepancia sería en cualquiera de dichas sociedades pone en marcha un proceso de solución pacífica del problema. Sería prematuro decir que las sociedades de este tipo no pueden sufrir ya escisiones notables, pero es importante observar que llevan bastante tiempo sin experimentarlas.

Como no están solas en el mundo, el pronóstico debe ser algo menos esperanzador. Hemos señalado anteriormente que la mitigación del conflicto interno en las sociedades industriales avanzadas no ha ido acompañada de esfuerzos serios para restringir el conflicto externo. En competencia cooperativa con quienes fueron sus adversarios en la guerra fría, han seguido perfeccionando su tecnología militar y exportándola en gran escala a naciones menos desarrolladas, bien sea para fines estratégicos a corto plazo, o en busca de beneficios económicos, o con ambos objetivos. Docenas de regímenes antidemocráticos e irresponsables han obtenido así los medios de amenazar a sus vecinos y oprimir a sus propios pueblos. Docenas de guerras civiles se han encendido en países pobres. No se ha hecho todavía ningún intento serio de interrumpir el desarrollo continuo de la tecnología de destrucción masiva.

El derrumbamiento del socialismo de Estado en la Europa del Este ha desencadenado conflictos raciales que habían estado latentes durante muchos años. La cadena de guerras que han devastado el sudeste asiático, el subcontinente indio y el Oriente Medio desde 1945 no da señales de desaparecer. Miles de cabezas nucleares activas apuntan todavía a ciudades de Europa y Norteamérica. La resolución pacífica de conflictos internos en las democracias occidentales es un acontecimiento histórico, pero no puede durar mientras no se realicen progresos comparables hacia la resolución pacífica de los conflictos internacionales.

Bibliografía

- Caplow, Theodore:** *American Social Trends*, New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991.
- Caplow, Theodore:** *Peace Games*, Middleton CT, Wesleyan University Press, 1989.
- Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell and Bruce A. Chadwick:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.
- Coser, Lewis:** *The Functions of Social Conflict*, Glencoe: The Free Press, 1956.
- Crozier, Michel:** *The Trouble with America: Why the System is Breaking Down*, Berkeley CA: University of California Press, 1984.
- Dirn, Louis:** *La société française en tendances*, Paris: Presses Universitaires de France, 1990.
- Elias, Norbert:** *Über den Prozess der Zivilization*, 2 vols. Frankfurt/Main: Suhrkamp, [1939], 1978.
- Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet and Jean Hughes Déchaux:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr and Barbara Wörndl:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Gottelmann, Gabrielle:** *Staatliche Regulierung sozialer innovation in der Bundesrepublik und in Frankreich*, Frankfurt/Main, Peter Lang, 1983.
- Hirschmann, Albert:** *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1970.
- Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier and Jean-Pierre Simard:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt: McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Lehmbruch, Gerhard (ed.):** *Patterns of Corporatist Rule-Making*, Beverly Hills CA, Sage Publications, 1982.

Lehmbruch, Gerhard: «Concertation and the Structure of Corporate Networks», in John Goldthorpe, ed., *Order and Conflict in Contemporary Capitalism*, 60-80. Oxford, Oxford University Press, 1984.

Mendras, Henri: *La seconde révolution française*, Paris, Gallimard, 1989.

Simmel, Georg: *Soziologie*, Munich and Leipzig, Duncker & Humblot, 1922.

Taylor, Charles Lewis and David A. Jodice: *World Handbook of Political and Social Indicators*, Vol II, New Haven, Yale University Press, 1983.

Verba, Sidney and Gabriel A. Almond (eds.): *The Civic Culture Revisited*, Boston MA, Little Brown, 1980.

**9. TENDENCIAS HACIA LA
INSTITUCIONALIZACION DE
LOS MOVIMIENTOS
ECOLOGICOS**

Barbara Wörndl
Guy Fréchet

En las sociedades industrializadas actuales se han multiplicado considerablemente las iniciativas y asociaciones que actúan en el campo medioambiental, sobre todo a finales de la década de los años sesenta y a principios de la de los setenta. Las causas de esta protesta ecológica se encuentran en el impulso de la industrialización durante la posguerra, cuando se hacen evidentes los problemas de un crecimiento sin límites. Los «síntomas de crisis» (crisis de crecimiento, crisis del petróleo, etc.) dieron a conocer los «límites del crecimiento». Las advertencias de los ecologistas se vieron confirmadas por varios casos de daños medioambientales de grandes proporciones, escándalos de vertidos químicos y accidentes nucleares. Al cabo de treinta años de protestas medioambientales, estos problemas han pasado a ser objeto de preocupación política. En general se reconoce que esta mayor concienciación social es un triunfo de los movimientos ecologistas. Los propios movimientos también han cambiado a lo largo de su actividad, debido posiblemente al tipo y nivel de su aceptación dentro del sistema.

A continuación se comparan los movimientos ecologistas de Francia, Alemania Occidental, Quebec y Estados Unidos. La atención se centra sobre el desarrollo de estos movimientos en las diversas sociedades y su integración en los sistemas político y social. En este marco de comparación de tipo empírico, no repetiremos la controversia acerca de la terminología de los movimientos sociales ¹, sino que definiremos brevemente los fundamentos de nuestra comparación.

¹ Muchos estudios se han enfrentado a este problema de definición y sólo haremos referencia a unos pocos, como los de Touraine en Francia, los de Brand y Offe en Alemania, Klandermans en Holanda, Bélanger y Vaillancourt en Quebec y Canadá, Zald, McCarthy y Tarrow en EE.UU., Melucci y Alberoni en Italia, etc.

Los nuevos movimientos sociales² del período de posguerra no enfocan de cara los problemas de la producción y distribución de la riqueza material, sino que tratan sobre todo de los problemas de la reproducción social (Brand, 1985). La progresiva destrucción industrial del medio natural y social, la creciente amenaza de guerra, la concentración del control político, etc., son todos ellos puntos de partida de los movimientos sociales. Se enfrentan a la sociedad con sus reivindicaciones de bienestar colectivo y de autorrealización individual y su deseo de tener voz en el proceso político de toma de decisiones. Estos movimientos intervienen activamente en las tendencias de transformación social y, en este sentido, son productores de cambios (Touraine, 1973). Los cambios que proponen no tienen que ser en absoluto «revolucionarios» en el sentido de derribar el sistema; con su acción pretenden modificar las estructuras sociales existentes (Roth, Rucht, 1987). Los movimientos sociales tienden, de forma más o menos explícita, a la institucionalización. Esta tendencia se desarrolla en un doble sentido: en primer lugar, ningún movimiento mantiene su carácter exclusivamente espontáneo, de base y no organizado. Siguiendo el enfoque de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1987; Tarrow, 1989), damos por supuesto que los movimientos sociales tienen necesariamente que adoptar unas estructuras formales para enfocar mejor su capacidad de acción. Para desarrollar al máximo estas posibilidades de influencia, utilizan medios ya existentes de resolución de conflictos y de representación de intereses. Del mismo modo que la institucionalización del movimiento obrero supuso en cierta medida su estancamiento, muchos teóricos han valorado la institucionalización de los movimientos como una perversión de sus objetivos, o incluso lo han considerado como el fin de los movimientos (Rammsedt, 1978). El carácter espontáneo e informal se ha presentado como aspecto esencial de los movimientos y la organización e institucionalización como su enemigo (véase la crítica que a esta contraposición ha hecho Oomen, 1990). No se puede resolver de forma definitiva la hipotética ecuación planteada en términos de cristalización de las organizaciones igual a perversión de los objetivos del movimiento. Esta cuestión está determinada por el tipo y orientación de la organización³; el posible debilitamiento de los objetivos del movimiento en virtud de su interacción con las insti-

² El término «nuevos movimientos sociales» se refiere en Europa a una diversidad de grupos de protesta como el movimiento estudiantil, el nuevo movimiento de liberación de la mujer, las iniciativas ciudadanas, la protesta medioambiental, el movimiento pacifista, etc., y sirve para distinguir a éstos de los movimientos «antiguos» como el movimiento sindical.

³ Melucci afirma que «la nueva forma organizativa de los movimientos contemporáneos no sólo tiene una función "instrumental" para alcanzar unos fines, sino que son un fin en sí» (Melucci, 1984). Señala que la creación de métodos organizativos democráticos pertenece a los fines de los nuevos movimientos sociales. Es decir, que la pregunta que se plantea es: ¿Cuál es el tipo de organización necesaria? y no si la organización es en sí necesaria.

tuciones sociales existentes dependerá de la disposición institucional a reconocer dichos objetivos como problemas sociales.

A continuación haremos una exposición general de las tendencias principales de los movimientos ecologistas en las citadas sociedades. Centraremos nuestra atención sobre las temáticas principales de los movimientos, las variaciones en su orientación y sus formas características de acción. Luego discutiremos la institucionalización de cada uno de los movimientos, atendiendo a varios aspectos: su relación interactiva con los canales existentes de resolución de conflictos y la forma en que los utilizan (o pretenden hacerlo) en su propio beneficio; la manera en que tratan de intervenir en el sistema social mediante nuevas formas organizativas y hasta qué punto han logrado llamar la atención de la opinión pública.

Para diferenciar terminológicamente los grupos individuales y las orientaciones de los movimientos, aplicamos la terminología establecida por Vaillancourt (1982b) y Rucht (1989), según la cual los movimientos ecológicos se clasifican en grupos conservacionistas, medioambientalistas y ecologistas. Vaillancourt (1981, 1982a, 1982b, 1985) también identifica ramificaciones en el interior de algunos grupos: por ejemplo, los grupos conservacionistas se pueden dividir en pseudoconservacionistas y conservacionistas; los medioambientalistas en grupos de mayor o menor implicación política, desde reformistas moderados hasta militantes proselitistas; y los ecologistas en ecologistas políticos y ecosocialistas, quienes pretenden un cambio más universal. Estos términos representan diversas ideologías que incluso pueden llegar a ser contrarias dentro del movimiento, aunque las líneas divisorias son flexibles. Según Rucht (1989), el concepto de protección medioambiental propio del *conservacionismo* tiene motivaciones estéticas, éticas y religiosas: hay que respetar y proteger la belleza de la naturaleza por su propio bien. Los medios conservacionistas para alcanzar este fin son, ante todo, la educación moral y estética, las campañas públicas de concienciación y la reivindicación de zonas de reserva natural. En cambio, el movimiento medioambientalista defiende la protección del medio ambiente por una razón más pragmática: se considera la naturaleza como un recurso que vale la pena proteger para asegurar su continuidad como medio de producción y reproducción. El ámbito de la política es el principal campo de batalla de los grupos medioambientalistas. El ecologismo abarca mucho más que la mera protección de la naturaleza: aúna el concepto de protección de la naturaleza con una crítica social global, y pretende la creación de una sociedad igualitaria, descentralizada y democrática que conviva de forma armónica con la naturaleza. Su disposición a utilizar medios de influencia poco convencionales, e incluso ilegales, como son la acción militante y la desobediencia civil, distingue los métodos ecologistas de los demás proteccionistas de la naturaleza.

El desarrollo de los movimientos ecológicos en Francia, la República Federal Alemana, Quebec y EE.UU

En todas las sociedades estudiadas, el ciclo de protestas se inició en los años sesenta y setenta y atrajo la atención del público en sucesivas fases, a veces coincidentes en el tiempo, hasta finales de la década de los setenta. Tras la ola de descolonizaciones de la década de 1960 y una vez apaciguadas las grandes movilizaciones del momento (las revueltas estudiantiles en Europa y EE.UU., los movimientos en defensa de los derechos civiles y las manifestaciones contra la guerra del Vietnam en EE.UU.), sus recursos se aplicaron a campos más específicos y precisos de actividad reivindicativa. Tarrow (1989) sugiere, por ejemplo, que los movimientos de mayor importancia en las dos últimas décadas (el movimiento feminista, el medioambiental y el pacifista) partieron del movimiento estudiantil de la década de los sesenta, en el que muchos líderes adquirieron experiencia.

Algunos esfuerzos en el campo de la protección medioambiental fueron incluso anteriores al surgimiento del movimiento medioambiental norteamericano a mediados de la década de los sesenta. La colonización del Oeste y la explotación de los recursos naturales pronto elevó la protección del medio ambiente a la categoría de tema de trascendencia gubernamental. El «New Deal» es un ejemplo típico de este problema. El pensamiento pragmático, alejado de la idealización romántica de la naturaleza, impuso la aplicación de criterios políticos y económicos a su explotación y conservación. En la década de los años sesenta se adopta la temática medioambiental como causa de protesta, y de esta forma se «ecologiza» el movimiento medioambiental. En aquel momento, las consecuencias destructivas de la rápida expansión industrial ya eran evidentes y se habían hecho visibles en catástrofes espectaculares tales como la contaminación de las playas de Santa Bárbara con vertidos de petróleo. Estas catástrofes demostraron fehacientemente que la inmensa riqueza natural de Norteamérica no era inagotable. El ecologismo de los años sesenta se diferenciaba del concepto medioambiental del «New Deal» por su crítica social y su carácter contracultural. Otras formas de protesta, tales como la manifestación o la paralización siguen siendo poco frecuentes, salvo algunos casos puntuales como, por ejemplo, la serie de manifestaciones en respuesta al accidente de la central nuclear de «Three Mile Island». Los grupos medioambientalistas prefirieron moverse en el campo de las denuncias ante la justicia y en el de la vigilancia jurídica. A principios de la década de los setenta, las actividades de protesta empezaron ya a pasar a un segundo plano. El movimiento se concentró en la vía jurídica y en la actuación de los grupos de presión (Ca-

plow, 1991b). El ecologismo de la década de los sesenta, con sus elementos de crítica a la civilización —como el concepto de capitalismo libertario y cooperativo de Baer y Lovins o el anarcosindicalismo à la *Bookchin*— no podían ganar adeptos en EE.UU (Kitschelt, 1985).

Los movimientos ecológicos norteamericanos pasaron por cuatro fases, con sus respectivos temas centrales: en el período comprendido entre 1967 y 1972, la discusión se centra en temas tales como la contaminación del aire y del agua y en la protección de las especies animales. Le sucede la compleja temática de las crisis energética y de crecimiento (fue el momento de la lucha contra la construcción del oleoducto de Alaska). A finales de la década de los setenta, se impuso como tema de mayor importancia el conflicto por el poder nuclear. Durante el gobierno de Reagan predomina la lucha contra las pretensiones gubernamentales de anular todos los avances alcanzados en el campo medioambiental. En la actualidad, el movimiento norteamericano está compuesto por un amplio espectro de grupos especializados en una determinada región o en una temática. La lista es bastante larga: la protección de especies en extinción, la contaminación del aire y de las aguas, la contaminación urbana, la lluvia ácida, el ahorro de energía, los residuos químicos y nucleares, la destrucción del bosque tropical, la reducción de la capa de ozono, las armas nucleares (Caplow, 1991b). Los grupos que se interesan por el medio ambiente apenas están relacionados entre sí o con otros movimientos.

En el movimiento ecológico norteamericano se pueden distinguir con facilidad las asociaciones «viejas» de las «jóvenes». Las más antiguas son las asociaciones ya bien establecidas tales como el Sierra Club, la Audubon Society o la National Wildlife Society. Estas organizaciones, que inicialmente no tenían carácter político, fueron adaptando sus programas acomodándolos a la ecologización de la década de los sesenta y paulatinamente empezaron a responder de forma más flexible a los nuevos retos. Desde 1977 han disfrutado de un aumento sin precedentes del número de socios (Kitschelt, 1985:276; Caplow, 1991b:208). Estas asociaciones de personas interesadas en el medio ambiente tienen una estructura organizativa convencional y jerárquica que las hace aptas para actuar a escala federal. Algunos grupos jóvenes también experimentan un gran ascenso de afiliación, y entre ellos cabe mencionar los «Friends of the Earth», «Environmental Action», las organizaciones «Nader» y los «Greens», así como muchos grupos locales dedicados a conflictos específicos (Kitschelt, 1985; Caplow, 1991a, 1992b; McCarthy y Zald, 1987). Los «American Greens» aún no han formado un partido. Su imagen está voluntariamente vinculada al principio de la democracia de base, lo que implica acciones directas y desobediencia civil.

A finales de la década de los sesenta se observa en Francia un ascenso de las protestas medioambientales. Hasta aquel momento, la protección del medio natural era objeto de atención por parte de las ligas por la naturaleza, fundadas en el tránsito del siglo XIX al XX. En tanto que asociaciones de fines específicos o únicos, se interesaban por la conservación del medio directamente implicado en sus preferencias o actividades de ocio (pesca, vela, etcétera). Estas agrupaciones intentaban evitar el daño medioambiental por medios legales y políticos. Los proteccionistas del medio ambiente de los años cincuenta y sesenta, situados bajo la influencia de esta tradición conservadora, mostraban una resistencia selectiva ante los grandes proyectos tecnológicos, la destrucción medioambiental y urbana y la degradación de regiones con una identidad cultural intacta (como Alsacia). La protesta contra la transformación del parque natural La Vanoise en un paraíso del esquí, que en 1969 dio lugar a la primera gran manifestación, es un buen ejemplo de esta tendencia. Frente al ambicioso programa de industrialización del general De Gaulle, que supuso una quiebra de la calidad medioambiental y de vida, esta protesta adquirió una mayor orientación ecológica e inició su apertura a ciertos elementos de crítica social mundial (Rucht, 1989: 69). La revuelta de mayo de 1968, breve pero violenta, fue decisiva. Durante este período de protesta surgió una red de grupos ecológicos, algunos de ellos vinculados a movimientos regionales. Una expresión de este movimiento alternativo consistió en que los jóvenes se trasladaran al campo y experimentaran la organización de una economía cooperativa (artesanía, ganadería), una «vuelta a la naturaleza». Esta actitud obedecía a un rechazo radical y práctico del «modelo de consumo y crecimiento» de la sociedad francesa. Varias grandes urbes fueron testigo de las primeras comunas y pisos compartidos, de centros de cultura y comunicación alternativa, así como de acciones de protesta contra la destrucción urbana. Desde 1974, la protesta antinuclear iba ganando adeptos. La expansión masiva de la energía nuclear civil (la política del «tout nucléaire»: todo con energía nuclear) se convirtió en el tema central de la crítica al gran desarrollo tecnológico y al daño medioambiental. Esta protesta se inició en las primeras centrales de energía nuclear de Bugy y Fessenheim, y se consolidó a mediados de la década de los setenta, dando lugar a la mayor campaña de movilizaciones y manifestaciones masivas desde la revuelta de mayo de 1968. En los pueblos con una central nuclear en funcionamiento o en construcción se crearon comités locales descentralizados con estructura de democracia directa. Sus acciones se rigen por la no violencia (Déchaux, 1990; Galtung, 1990; Leggewie, 1985; Rucht, 1989; Touraine, 1978, 1981, 1984). El Parti Socialiste Unitaire (PSU), pequeño pero innovador partido de izquierda, se afanó por aprovechar estas iniciativas. Más ade-

lante, el sindicato socialista (CFDT) y el Partido Socialista apoyaron el movimiento contra la energía nuclear, en respuesta al programa «tout nucléaire».

Un importante hito en el desarrollo del movimiento medioambiental francés fue su presentación a las elecciones de 1973/74. Se unieron varias iniciativas para presentar una candidatura electoral que se convirtió en el mayor éxito del movimiento hasta aquel momento. De esta fecha data la alianza de los ecologistas con la federación sindical CFDT. El partido verde no se fundó hasta 1984 (*Les Verts*). El impulso de las importantes movilizaciones de protesta ecologista de los años setenta se fue perdiendo en la segunda mitad de dicha década. Es evidente que los utopistas partidarios de una sociedad ecológica «blanda» fueron sustituidos por otros dirigentes que proponían unos métodos políticos sólidos, pragmáticos e intervencionistas.

A semejanza de lo que ocurrió en EE.UU., se fue estableciendo un amplio espectro de movimientos diversos, a menudo opuestos en lo que se refiere a metas y estrategias, con el denominador común de «protección medioambiental». Así, por ejemplo, en modo alguno podría confundirse el sector conservador con el ala libertaria de crítica social. Citaremos solamente dos importantes asociaciones del movimiento medioambiental: la FFSPN (Federación francesa de sociedades de protección de la naturaleza), fundada en 1968, pero cuyo origen se remonta a principios del siglo, ha conseguido reunir las organizaciones conservacionistas y medioambientalistas de Francia. A principios de la década de los ochenta, la afiliación a las asociaciones se amplió considerablemente. En la actualidad abarca a 1.100 asociaciones y grupos nacionales, regionales y locales. La temática de sus objetivos, la extracción de sus afiliados (clase media rural o urbana) y su orientación política (neutra, pues la tendencia a la izquierda no aparece hasta los años setenta) demuestran la afinidad de esta federación con sus predecesores.

Los Amigos de la Tierra (*Les Amis de la Terre*) es el grupo más representativo del sector moderado de los ecologistas políticos. Los *Amis de la Terre* (AT) han adoptado y difundido a nivel popular la posición crítica al crecimiento económico del Club de Roma y de los opositores a la energía nuclear. Los AT difunden el mensaje antinuclear desde 1974 y son un elemento de peso en el movimiento antinuclear francés. Se estructuran en una red flexible e informal de grupos locales. Desde 1977, el número de grupos que integran los AT ha crecido hasta llegar a ser de unos 100. Hasta aquel momento no se habían organizado a escala nacional (*Réseau des Amis de la Terre* o Red de Amigos de la Tierra-RAT). Una característica que distingue al RAT es su postura frente a las elecciones y a la participación en la política institucional y oficial.

El surgimiento de la protesta ecológica en la República Federal de Alemania fue más tardío que en Francia y sólo a principios de la década de los setenta, este movimiento comienza a insuflar nueva vida al anticuado y anquilosado esfuerzo de protección medioambiental que había quedado en manos de asociaciones conservacionistas tales como las ligas de defensa de la naturaleza y las asociaciones de montañeros, escaladores y excursionistas. Surgieron iniciativas ciudadanas orientadas a temas determinados como el tráfico urbano, la vivienda y los servicios sociales. Este medioambientalismo encontró sus primeros defensores en el ámbito parlamentario. En la década de los setenta se aprobaron varias leyes de protección del medio ambiente. El prestigio que concedía la defensa medioambiental a políticos y sindicatos no empezó a decaer hasta la crisis de mediados los años setenta, convirtiéndose en una «Konjunkturbremse» (un obstáculo para el crecimiento económico). Esta nueva actitud favoreció la protesta ecológica autónoma, que se formó en los ambientes contestatarios y que tuvo el siguiente desarrollo: a principios de los años setenta, organización de protestas contra las centrales nucleares. Durante la segunda mitad de la década, pueblos como Brokdorf, Grohnde, Kalkar y Gorleben (todos ellos sedes de centrales nucleares) se convirtieron en objetivo y epicentro de unas campañas de protesta pública que movilizaron más participantes que ninguna otra campaña desde la época de Adenauer. La protesta estaba integrada por un amplio espectro, desde expertos críticos hasta grupos locales de oposición, pasando por grupos izquierdistas y subculturales. La energía nuclear dio lugar a un duro y a veces violento enfrentamiento entre el Estado y la oposición antinuclear. No sólo el partido conservador, sino también los socialdemócratas y los sindicatos defendieron la energía nuclear como fuente energética indispensable para una sociedad moderna orientada al crecimiento.

La protesta antinuclear fue precursora de los movimientos ecológicos en la República Federal Alemana. En el *Bundesverband Bürgerinitiativen* (Asociación Federal de Iniciativas Ciudadanas, BBU), se reúnen a mediados de la década de los setenta numerosas iniciativas ciudadanas contra la destrucción de la naturaleza. La BBU se convierte en la voz más importante del movimiento de defensa medioambiental. Los nuevos afiliados provienen de los movimientos de izquierda de los años setenta, que están en decadencia pero que aportan un potencial de crítica social al nuevo movimiento. En 1979/80 se funda el partido ecologista «Los Verdes», que hoy en día está representado en más de la mitad de los parlamentos de Alemania Occidental, así como en los Parlamentos Federal y Europeo. Al inicio de la década de los ochenta, la protesta ecológica inicia una fase más callada. Los que antes eran temas conflictivos importantes, como la energía nuclear, pierden protagonismo (Roth, 1985; Roth y Rucht, 1987; Wörndl, 1992).

No obstante, queda una red polifacética y variada de organizaciones de defensa de la naturaleza, acompañada de una infraestructura de comercios de alimentos naturales, librerías alternativas, bares, etc.. Otra red más conservadora, la *Deutscher Naturschutzring* (DNR), abarca 94 asociaciones con un total de 3,3 millones de afiliados individuales (en 1985). Se dedica a la protección de especies animales y vegetales, a la educación medioambiental y a las excursiones campestres. A las mismas actividades se dedican las organizaciones medioambientalistas más pragmáticas reunidas en otra federación, la *Bund für Umwelt und Naturschutz Deutschland* (BUND). Esta federación se declara antinuclear y se involucra en conflictos de «detalle» (problemas de basura, etc.). En 1986, BUND tenía 145.000 afiliados. La ecología política, tal como la representa la *Bundesverband Bürgerinitiativen* (BBU), pretende combinar la idea de grupo autónomo de base con la de una organización de peso político. La BBU reúne alrededor de 300 iniciativas, lo que la sitúa algo por detrás de las asociaciones de orientación más pragmática. Los grupos tradicionales tienen mayor influencia sobre la opinión pública (Rucht, 1989).

Al igual que en otras sociedades, los movimientos ecológicos de Quebec y Canadá heredaron gran parte de su fortaleza del movimiento estudiantil y de protesta juvenil. La protesta medioambiental se inició en realidad a finales de la década de los sesenta, pero se pueden detectar acciones específicas que se remontan a muchos años atrás, como la primera reglamentación de la contaminación del aire, que data de 1872, o la fundación de sociedades conservacionistas a principios del siglo XX y otras. Los movimientos ecológicos adquirieron mayor fuerza y actividad con el despertar del movimiento estudiantil, cuando se multiplicaron y cristalizaron las organizaciones. Las acciones se hicieron especialmente notar cuando se referían a temas muy específicos, como el episodio de la protesta antinuclear de la década de los setenta, o algunos desastres ecológicos acaecidos a finales de los años ochenta (Saint-Basile, Saint Amable, por no hablar de los continuos y crecientes problemas de contaminación por residuos tóxicos o la toxicidad del río San Lorenzo).

La protesta antinuclear se aceleró a mediados de la década de los setenta, sobre todo a raíz de las pruebas realizadas en la India con una bomba fabricada con plutonio procedente de un reactor canadiense CANDU (diseñado para uso civil y cuya venta supuestamente sólo puede responder a este tipo de fines). También hubo protestas contra las instalaciones de centrales nucleares de Point Lepreau en New Brunswick, Gentilly en Quebec y unas cuantas en Ontario. En 1978, un grupo de activistas antinucleares crearon la *Alliance Tournesol*, que en aquel momento representaba el «núcleo de actividad antinuclear de los francófonos de Quebec» (Vaillancourt, 1981). En Quebec, el movimiento antinuclear

no es tan activo como en otros lugares, sobre todo por el hecho de que se consume mayormente energía hidráulica y sólo hay una central nuclear en la provincia.

En Quebec se han podido contabilizar más de 820 grupos ecológicos (Vaillancourt, 1985). En los grupos pseudoconservacionistas se integran grandes consorcios industriales, que realizan acciones simbólicas y a menudo se proclaman a sí mismos más verdes que los Verdes. Los reformistas moderados o conservacionistas comprenden, entre otras, asociaciones para la defensa del medio natural de los lagos, que hacen proselitismo entre las clases pudientes, como los propietarios de casitas de campo y promocionan la mejora de la calidad de vida. Los grupos que integran las asociaciones medioambientales difieren mucho de los anteriores. Estas asociaciones van más lejos en la denuncia del *status quo* medioambiental actual y ponen en práctica una ecología más política (algunas se parecen mucho a un partido verde formal). Por último, están los grupos más intransigentes, entre ellos los ecosocialistas militantes, cuya influencia sigue siendo insignificante. El deseo de los ecologistas de reemplazar la sociedad del «derroche» por una sociedad que conserve, no logra la deseada aceptación en los círculos conservacionistas (Fréchet, 1992). Ultimamente, los candidatos Verdes han intentado conseguir mayor apoyo electoral en Canadá y Quebec. En Quebec no han tenido apenas éxito. En las elecciones provinciales de 1989, recogieron tan sólo un 2,5 % de los votos.

Tendencias hacia la institucionalización de los movimientos ecológicos

El desarrollo de los movimientos en las cuatro sociedades demuestra que la idea de protección de la naturaleza, nacida a la vez que la industrialización, ha experimentado cierta radicalización desde la Segunda Guerra Mundial. La ecología, prolongación de los movimientos de protesta de las décadas de los sesenta y de los setenta, fue una palabra clave para la crítica a la economía del crecimiento y beneficio. La tendencia del movimiento medioambiental a plantear oposición y conflictos ha decaído durante la década de los ochenta en las cuatro sociedades estudiadas. Lo que queda del movimiento ha pasado a la tradicional política de intereses. Pero debemos tener en cuenta que el movimiento norteamericano, aun en su fase «radical», fue más moderado que los movimientos europeos. Estos tuvieron que pasar por una serie de fases intermedias antes de llegar a su punto de inflexión pragmático. En la comparación que hacemos seguidamente de estos movimientos, se subrayan sus características típicas y la forma en la que se han integrado. Para ello nos serviremos como ejemplo:

a) del uso que hacen los movimientos de los medios oficiales y establecidos para la resolución de conflictos y la representación de intereses; b) de la formación de partidos del movimiento, y c) de la aceptación de la temática medioambiental por la conciencia pública.

La utilización de los medios establecidos para la representación de intereses y la resolución de conflictos

Al tener que movilizar recursos, los movimientos sociales llegan a plantearse la utilización de los canales establecidos para la resolución de conflictos: estos canales abarcan la vía judicial y los fuertes grupos representativos de intereses, como los sindicatos y los partidos.

Un análisis general de los movimientos norteamericanos demuestra que sus políticas están en gran medida condicionadas por el aprovechamiento de los canales establecidos y la política de intereses. Las formas de funcionamiento más apreciadas son la intervención en las campañas electorales, la utilización inteligente de los medios de comunicación de masas, las batallas judiciales y la confrontación con las autoridades gubernamentales. Los grupos medioambientales se involucran en procesos de negociación a escala gubernamental, método que se aplica cada vez más, frente a proyectos locales no deseados (LULU, «Locally Unwanted Land Uses», utilización no deseada localmente de terrenos). Mediante este procedimiento, las partes en conflicto negocian una compensación a cambio de aceptar los inconvenientes y, por lo tanto, aumenta (abiertamente) la aceptación de los riesgos y daños medioambientales (Holznagel, 1989:4). En otras sociedades estos métodos se aplican con mucha reticencia, ya que se les asigna una desagradable reputación de soborno y, por lo tanto, de traición a la causa medioambiental. He aquí un ejemplo. El diario alemán de izquierdas «Tageszeitung» (TAZ) publicó, con evidente aversión, un artículo sobre los encuentros de grupos medioambientales norteamericanos de defensa del bosque húmedo con representantes de la industria responsable de la tala, para celebrar negociaciones similares a las de los convenios laborales entre trabajadores y patronos (TAZ, 24 de agosto de 1989). Evidentemente, su preferencia por la vía judicial o la de los grupos de presión ha motivado que se les tache de «cortos de miras» (Kitschel, 1985). Pero esta preferencia tiene su origen en la idiosincrasia de la estructura política norteamericana. Los procesos legislativos se caracterizan por su apertura a los grupos defensores de intereses sociales. La legislación norteamericana aboga por la receptividad oficial ante los temas medioambientales. Las autoridades norteamericanas de vigilancia están más obligadas que las europeas a tener en cuenta posibles objeciones y el público puede participar en los procesos de vigilancia medioambiental. La estra-

tegia ecologista, consistente en obligar al gobierno federal de EE.UU. a emprender acciones reguladoras o correctivas, se ha visto coronada por el éxito. Se han aprobado más de treinta leyes para mejorar la calidad del agua y del aire. Al movimiento anti-nuclear se le deben una serie de leyes estrictas, así como la reorganización del control medioambiental a través de la creación de la EPA («Environmental Protection Agency», Agencia de Protección Medioambiental) y, más tarde, de la NRC («Nuclear Regulatory Commission», Comisión de regulación nuclear) (Caplow, 1991b). Pero la escasa dimensión del éxito alcanzado revela también que la eficacia de la política medioambiental se ve obstaculizada por la pesada lentitud de la política oficial y por la posibilidad de que estos avances sean revocados de acuerdo con los futuros giros políticos. Sirvan como ejemplo los esfuerzos que realiza desde 1981 el gobierno norteamericano para deshacer todos los avances alcanzados en el campo medioambiental, rindiéndose a las presiones de otros grupos de intereses, contrarios y más poderosos.

El movimiento medioambiental francés difiere del norteamericano en que se presenta de forma más contundente como fuerza de oposición y de crítica social. La protesta ecológica se vincula a los movimientos regionales y conjuntamente con ellos pretende construir una nueva economía de carácter cooperativo, lo que se percibe también en las actividades de sus bases, tales como manifestaciones masivas, etc. La existencia de estos elementos de protesta más radical puede atribuirse a la falta de vías institucionales de influencia en el sistema político francés (Leggewie, 1985). En Francia apenas existen canales intermedios entre el pueblo y el poder ejecutivo. También se aprecian otros obstáculos, debidos a unos sistemas cerrados y elitistas de contratación de políticos y administradores, a la estructura centralizada del Estado, a la ausencia de tribunales administrativos y a los abusos represivos de las fuerzas policiales contra las acciones de protesta. Todo ello ha favorecido la protesta cultural anticonvencional. El hecho de que esta protesta se debilitara al poco tiempo y no lograra sobrevivir como reserva de emancipación autónoma e independiente, probablemente se deba a la presencia dominante de una izquierda tradicional fuerte. Mientras que en EE.UU. los trabajadores apenas tienen espacio para la movilización, Francia sigue albergando la tradición de un movimiento obrero fuerte y combativo. Armada de una pronunciada conciencia de clase, la izquierda francesa evitó que el gobierno despojara de su «mordiente» a las duras y prolongadas luchas sociales de los sectores industrial y agrícola. La izquierda se convirtió así en el refugio de cualquier expresión audible de descontento. Acogió abiertamente la temática medioambiental, oportunidad que aprovecharon los movimientos ecológicos para convertir en paladín de su causa a una organización poderosa: en la década de los setenta se produjo

una «unidad de acción» con el sindicato socialista. Había vínculos ideológicos y personales con la izquierda no comunista y muchos ecologistas apoyaron al Partido Socialista (PSF) en la campaña electoral de 1981, con la esperanza de que se produjera una inflexión ecológica. El precio de este «entrelazamiento» con la izquierda fue una polarización entre izquierda y derecha dentro del movimiento medioambiental, quedando así el paradigma ecológico oscurecido por otro de tipo económico. Los movimientos ecológicos habían intentado movilizar a la izquierda a favor de su causa, con el resultado de que después fuera la izquierda la que los instrumentalizó. Leggewie (1985:124) afirma: «Por lo tanto, los ecologistas se han ganado, como mucho, el honor de desempeñar el papel de catalizadores en el proceso de transformación de la izquierda francesa; fortalecieron a la "segunda izquierda" frente al paradigma tradicional izquierdista del partido comunista y de la CGT, pero no fueron capaces de desarrollarse y mantenerse como entidad independiente de la izquierda.» El movimiento medioambiental aumentó algo su influencia sobre la política federal a través del gobierno socialista. Mientras que los grupos medioambientales tienen ya voz en las decisiones políticas de algunos ayuntamientos y direcciones generales y también a escala nacional (en 1971 se creó el Ministerio del Medio ambiente), los proyectos alternativos han tenido que asumir sus pocas posibilidades de supervivencia autónoma y el hecho de que se haya banalizado su idea original.

En la República Federal Alemana la protesta ha sido relativamente continuada, al menos en la década de los setenta, y más radical que en otras sociedades. Este hecho puede atribuirse, como en Francia, a la falta de apertura de la estructura política. Los movimientos alemanes sufrieron repetidas decepciones al pretender participar en los procesos político-administrativos (por ejemplo, en las consultas públicas sobre la construcción de centrales nucleares). Los canales existentes son más apropiados para obstaculizar los intereses de los ciudadanos que para aceptarlos. Esto dio lugar, sobre todo en la década de los setenta, a actividades tales como manifestaciones y bloqueos durante la celebración de algunos juicios. A diferencia del francés, el movimiento alemán no disponía de una vía de escape a través de otro órgano representativo como podía ser una izquierda bien implantada. Esta lección se hizo patente e inevitable durante la fase de protestas contra las centrales nucleares, cuando los que rechazaban la energía nuclear se vieron enfrentados a la oposición de los socialdemócratas y de los sindicatos. La protesta cayó en el aislamiento social, y el movimiento se convirtió en un contramovimiento frente al «bloque corporativista» compuesto por el Estado, el capital y los sindicatos (Esser et al., 1983). En general, podemos afirmar que el movimiento ecologista de la República Federal Alemana ha conservado su carácter contracultural, incluso tras su inflexión

pragmática, mejor que el francés o el norteamericano. Este hecho se refleja en su implicación continuada en otros movimientos de crítica social (movimiento feminista, movimiento por la paz). Esta infraestructura diferente —una extensa red de librerías, bares, institutos, negocios, etc., de carácter no convencional— es la expresión visible y continuada del rechazo de la lógica económica y política vigente. No obstante, los proyectos ecológicos se adaptan cada vez más a las leyes que rigen la economía orientada hacia la obtención de beneficios. Por ejemplo, el banco ecológico «Eco-Bank» concede préstamos a proyectos no convencionales, a la vez que obtiene beneficios. En la actualidad, se está desarrollando un debate en lo que resta del sector de oposición del movimiento, sobre los inconvenientes que presentan las acciones espectaculares al estilo Greenpeace, en comparación con la eficacia de una política pragmática de negociación de conflictos (*Frankfurter Rundschau* del 10 de mayo, 1992). Quienes ven la posibilidad de participar activamente en el proceso político-administrativo, ahora que los temas medioambientales han sido aceptados por instituciones oficiales, se sienten más animados. En 1986 se creó un ministerio federal para la protección del medio ambiente. Han surgido diversos comités y foros medioambientales en el plano de la política oficial, en tanto que la administración y algunas instituciones (como por ejemplo la Iglesia), disponen de sus propios agentes u oficinas medioambientales. Pero aun así, el movimiento se ha encontrado con la desagradable sorpresa de que la preocupación medioambiental también sirve para vender lo mismo que antes, en vez de para promover cambios reales.

Los movimientos ecológicos de Quebec parecen estar mucho más implicados en la política que los de EE.UU., y representan una posición intermedia entre la experiencia norteamericana y la europea. El sistema político de Quebec muestra una flexibilidad relativa en las negociaciones a escala oficial e institucional, aunque está menos dispuesto que el norteamericano a escuchar lo que viene de «abajo». Sus estructuras se han concebido como un medio de establecer vínculos formales entre los ciudadanos y los responsables de la toma de decisiones. El movimiento medioambiental de Quebec parece haber logrado algunos objetivos en el plano oficial: los gobiernos, tanto el federal como los provinciales, han recogido algunas reivindicaciones con la creación, en la década de los setenta, de varios ministerios del medio ambiente: la lucha contra la lluvia ácida, la contaminación de las aguas, la campaña antibabaco, el reciclaje, etc., entran dentro de sus competencias. Se han creado comisiones de estudio, y los políticos están en pleno proceso de concienciación. En Quebec se creó la oficina institucional BAPE (*Bureau des audiences publiques sur l'environnement*), que tiene la facultad de paralizar proyectos indeseables desde el punto de vista medioambiental, siempre que no sufra recortes de poder en el proceso político. Como respuesta insti-

tucional se ha creado una «policía verde», lo que supone un paso adelante, aunque el cuerpo no dispone de suficientes medios.

El ejercicio de influencia mediante la fundación de partidos del movimiento

Los movimientos sociales desarrollan una estrategia mixta. Por un lado, tratan de evitar que el sistema los acapare y, por otro, luchan contra la ineficacia de las acciones políticas de base, tales como manifestaciones, paralizaciones, etc. Esta estrategia consiste principalmente en la fundación de partidos del movimiento con un esquema organizativo mínimo que les permita participar en el campo de la política oficial sin abandonar la movilización de las bases. El proceso de fundación de partidos es diferente en cada una de las cuatro sociedades analizadas.

En la República Federal Alemana, los movimientos decidieron ya hace mucho tiempo introducir la temática medioambiental en el campo parlamentario. Aparentemente, ésta fue la respuesta a la agotadora lentitud de los órganos representativos de intereses políticos a la hora de ocuparse de estos asuntos. A mediados de la década de los setenta, los partidos ecológicos y las iniciativas electorales alcanzaron ya unos porcentajes considerables en las elecciones municipales y estatales. A finales de la misma década, el partido de los Verdes, los *Bunte* (Multicolores) y las Listas Alternativas presentaron una viva oposición a los partidos tradicionales. El partido de los Verdes surgió de esta constelación en 1980. En las primeras campañas electorales para el Parlamento Europeo y para el federal no lograron superar la barrera del 5 %, pero entretanto este partido ha logrado estar presente en más de la mitad de los parlamentos autonómicos, en el Parlamento Europeo y en el Federal, lo que demuestra su fortaleza, ya que para los nuevos partidos la cláusula del 5 % es un obstáculo difícil de franquear. Entre un 6 % y un 12 % de los electores les confía su voto. Pero estos notables triunfos han tenido un precio: mientras que los primeros partidos medioambientales conservaban el carácter monotemático de los movimientos originales, los Verdes representan la transformación en un partido político, con su correspondiente programa político. Los Verdes han sacrificado la defensa medioambiental para alcanzar la «seriedad» política, relegando la ecología a un punto más del programa. Para luchar contra la contaminación y la expansión tecnológica a gran escala, forman coaliciones y se alían con los partidos tradicionales. De esta manera, surge la discordia en el partido. Los «Fundamentalistas» Verdes, defensores de los principios de base, forcejean con los más pragmáticos «Reales» en un delicado equilibrio entre oposición y adaptación. Estos conflictos absorben mucha energía en el partido y van en detrimento de su plausibilidad.

En Francia, el partido Verde aparece mucho más tarde que en Alemania. A finales de la década de los setenta se produjeron ya algunas iniciativas electorales (en las elecciones municipales y de distrito de 1976/77 obtuvieron éxitos espectaculares con el apoyo de la izquierda), pero hasta 1984 no se fundó un partido verde independiente (*Les Verts*). Cabe pensar que esta iniciativa pretendía movilizar recursos tras las derrotas electorales sufridas en los años ochenta y también que se planteó como medida preventiva frente a la tendencia, antes mencionada, a canalizarse hacia la izquierda. Pero la fundación de un partido verde no significó un nuevo impulso para el movimiento. En las elecciones celebradas en la década de los ochenta, los Verdes sólo atrajeron a una parte insignificante del electorado, a excepción de las elecciones al Parlamento Europeo de 1989, en las que obtuvieron un 11 % de los votos. Entretanto, el movimiento al que pertenece el partido Verde se ha consolidado con la aparición de *Génération Ecologie* (GE) —un partido que compite en el mismo ámbito— como puede observarse por los resultados de las elecciones locales de marzo de 1992: los partidos verdes reunieron un 14 % de los votos (7,1 % GE, 6,8 % *Les Verts*), con un total de 104 escaños en las cámaras regionales (De Brie, 1992). Los Verdes han pasado a adoptar tácticas pragmáticas y tecnocráticas. Su alejamiento de la impetuosa crítica social que antes les caracterizaba se hace visible por el trabajo que les cuesta marcar una línea divisoria nítida entre ellos y los partidos derechistas (Piermont, 1992).

El movimiento del partido verde canadiense es más débil. En Quebec se presentan candidatos verdes a casi todas las campañas y en la mayoría de los distritos electorales. En las elecciones provinciales de 1989 alcanzaron un cierto triunfo moral, con un 2,5 % del total de los votos. En un determinado distrito incluso llegaron al 15 %, pero hay que tener en cuenta que esta situación se produjo por un asunto especial. Se trataba del lugar en el que aparecieron bidones de aceite contaminado con PCB, procedentes del desastre ecológico de Saint-Basile, donde muchos de estos bidones ardieron en un almacén desprotegido. Además, el sistema electoral (uninominal de tipo británico) favorece poco a los terceros partidos (no existe el principio de representación proporcional), por lo que la elección de este tipo de candidatos es bastante improbable, por no decir imposible. Por otra parte, en el contexto histórico nunca ha habido coaliciones políticas, a diferencia de lo que sucede en Europa. El Partido Verde de Quebec afirma que no pretende acaparar el poder sino simplemente compartirlo. Prefiere seguir al margen, casi por vocación y principio, sólo para difundir su mensaje. Por tanto, no actúa por estrategia, sea tecnocrática o pragmática, puesto que el nivel institucional se ocupa ya de este tipo de acciones.

En EE.UU., el desarrollo histórico aparenta ser el polo opuesto a la situación de Europa o de Canadá. Impresionados por el éxito

electoral de los Verdes en Europa, los medioambientalistas norteamericanos debaten en la actualidad la posibilidad de fundar un partido, aunque la mayoría todavía prefiere renunciar a las elecciones a escala estatal y a los partidos políticos. Este «retraso» de los medioambientalistas norteamericanos puede en parte tener su origen en el éxito de sus actividades como grupo de presión, por lo que no les urge crear un partido formal. Pero la causa principal tal vez sea la regla norteamericana de mayorías, que no ofrece casi ninguna posibilidad a los partidos nuevos. Los antecedentes históricos de terceros partidos son desalentadores. El sistema bipartidista norteamericano es un ritual de lucha polarizada por el poder, la influencia y el dinero y hace prácticamente imposible que se establezcan nuevos partidos. Por lo tanto, y de momento, los Verdes norteamericanos siguen afectos a la democracia de base, y son más radicales que sus homónimos europeos.

Aceptación en la conciencia pública

La diferente integración de los movimientos también puede analizarse en un tercer nivel, es decir, en su presencia en la conciencia pública general. Este proceso se expresa por el hecho de que el movimiento dispone de un potencial de movilización que no es idéntico al del grupo de activistas del movimiento. Además, cuenta con el hecho de que la temática medioambiental ha entrado en la conciencia pública como un tema de debate generalmente aceptado.

En varias encuestas realizadas en Alemania Occidental se ha demostrado que los valores medioambientales ocupan lugares cada vez más altos. La mayoría de la población da prioridad a la protección del medio ambiente frente a otras necesidades materiales o económicas, según los resultados de varias encuestas realizadas en los años ochenta (RST en Alemania Occidental, 1992). Todos los grupos de edad valoran la conservación del medio natural como uno de los factores más importantes del bienestar personal. La salud y los ámbitos interpersonales como la familia, el amor y el afecto⁴ son los únicos elementos más valorados. Este hecho se refleja en el grado de satisfacción ante la protección medioambiental, muy bajo en Alemania en comparación con otras esferas de la vida. En 1978 ya era la esfera vital menos satisfactoria, y aún descendió más en 1984, para subir ligeramente en 1988, sin llegar a alcanzar el nivel de 1978⁵.

⁴ Los ámbitos vitales estudiados fueron el amor o el afecto, la salud, la familia, la protección del medioambiente, el tiempo de ocio, el trabajo, los ingresos, la influencia política, la religión (*Statistisches Bundesamt*, 1989).

⁵ Los sectores encuestados fueron: el matrimonio o la pareja, la vida familiar, la vecindad, la vida como ama de casa, la división del trabajo, el lugar de trabajo, el nivel de vida, la vivienda, el tiempo de ocio, los ingresos familiares,

También en Francia una amplia mayoría de los encuestados declaró estar de acuerdo con las afirmaciones que indicaban preocupación por los temas medioambientales. En el período comprendido entre 1977 y 1990, entre un 75 % y un 88 % de los encuestados calificó de realmente preocupante el tema de la contaminación y entre un 47 % y un 64 % manifestó su apoyo a los movimientos ecológicos (lo que no significa que votasen a un partido ecológico) (*Agoramétrie*, 1992). En el período que va de 1977 a 1984 descendió la preocupación por estos asuntos, y luego volvió a ascender significativamente, recuperando en 1990 los niveles de finales de los años setenta. El 41 % de los encuestados concedió gran prioridad a la lucha contra la contaminación, aunque la lucha contra el SIDA y el desempleo alcanzaron mayores cuotas (48 % y 49 %), por lo que es difícil determinar cuál es el problema de mayor importancia. De acuerdo con estos resultados, la problemática medioambiental parece tener mayor aceptación en Alemania que en Francia. Los datos sobre la capacidad de movilización son paralelos a estas tendencias. La encuesta del Eurobarómetro analizó la capacidad de movilización de los diversos movimientos sociales en Francia y Alemania. El término de «capacidad de movilización» se refiere a la proporción de la población global sensibilizada hacia las campañas de movilización de un movimiento social, es decir, que las aprueban hasta cierto punto. La capacidad de movilización de los diversos grupos presentes en el ámbito de la protección medioambiental, de la ecología y de la oposición a la energía nuclear creció significativamente en todos los países europeos en el período comprendido entre 1986 y 1989 (Fuchs y Rucht, 1990). Si reunimos a los encuestados que expresan un apoyo importante o moderado a los movimientos, la proporción supera la mitad de la muestra encuestada en todos los casos, con picos que en ocasiones superan el 90 %. Este potencial parece ser mayor en Francia que en la República Federal de Alemania. No obstante, otros estudios han demostrado que, de hecho, la capacidad de movilización en acciones de protesta es superior en Alemania si nos referimos a formas no convencionales de ejercer presión política, tales como la desobediencia civil. En Francia hay cierta aceptación de este tipo de acciones por parte de las organizaciones medioambientales, pero no se realizan tanto como en Alemania Occidental, o responden a protestas regionales. Esto se debe a la escasa aceptación de las formas no convencionales de actividad política, pero también indica un reducido nivel de conciencia ecológica (el programa «tout nucléaire» del gobierno francés no tropieza con una resistencia equiparable a la de Alemania Occidental). Los medios

el sistema sanitario de la seguridad social, la formación laboral y profesional, la democracia, la Iglesia, la participación política, la seguridad nacional y pública, y la protección del medioambiente (*Statistisches Bundesamt*, 1989).

de comunicación franceses le conceden menos importancia a los temas medioambientales que los de Alemania Occidental.

La opinión pública norteamericana está menos preocupada por el medio ambiente que la europea. Las encuestas anuales de Roper (EE.UU.) de los años que van desde 1974 a 1986 sitúan temas como la contaminación del aire y de las aguas casi al final de la lista y el tema de los «recursos energéticos» sigue una línea descendente desde el primer puesto que ocupaba en 1974 (crisis mundial del petróleo) hasta el último lugar en 1986 (Caplow, 1991b). Según otras encuestas, la temática de la «ecología y contaminación» que estaba en un 4 % en 1970, descendió más tarde a niveles insignificantes, para luego volver a subir al 4 % en 1989. La temática sobre «energía» cayó de un 34 % en 1974 a niveles marginales en los años siguientes, hasta alcanzar un 1 % en 1984, es decir, una miseria (RST en EE.UU., 1991: 542-543). La temática medioambiental parece gozar de una popularidad pública equiparable a la de la música clásica, a pesar de que en los años ochenta aumentara mucho el número de afiliados de los grupos medioambientalistas.

En Quebec, en una encuesta de 1977, el 4,1 % de la población valoró el problema medioambiental como el más importante, y este porcentaje ascendió al 20 % en un estudio de 1989 (RST en Quebec, 1992: 577). La lista sigue encabezada por los problemas económicos y constitucionales, pero la preocupación por los asuntos medioambientales está creciendo de modo significativo, sobre todo a raíz de una serie de desastres ecológicos acaecidos a finales de los años ochenta.

Los resultados de los estudios presentan a EE.UU. y a Alemania en dos extremos opuestos. La conciencia medioambiental está en el nivel más bajo en EE.UU., y en el más elevado en Alemania, con Francia y Quebec en las posiciones intermedias. Una conciencia medioambiental profundamente anclada, como es el caso de Alemania, no supone necesariamente el triunfo de la idea medioambiental. El lado oscuro de todo este proceso de legitimación está en que la idea ecológica puede diluirse pasando a ser una palabra clave utilizada para difundir y legitimar los intereses más dispares. Este proceso se ha podido observar en los siguientes ejemplos: en Alemania Occidental, la industria nuclear ha realizado una campaña de protección de la naturaleza, en la que se afirma que la energía nuclear es mucho más limpia que el carbón, y se subrayan a la vez los continuos problemas acaecidos al otro lado de la antigua frontera germano-oriental. La industria química también ha hecho campañas publicitarias sobre su contribución a la pureza de las aguas.

Pero no es sólo la industria la que pervierte la idea medioambiental, sino que también encontramos acciones y conflictos

contradictorios en los propios movimientos sociales. Así, una campaña de Greenpeace contra el desarrollo hidroeléctrico en Quebec difundió en los medios de comunicación una acusación de «genocidio» de los aborígenes difícilmente demostrable. En el contexto del continuo debate constitucional que se desarrolla en Canadá, esta campaña sólo logró despertar sospechas contra aquellos cuyos intereses podían ser defendidos por semejante desinformación. Greenpeace ha logrado que en Quebec se elimine por completo la caza de crías de focas en la costa oriental, a pesar de que el problema de su superpoblación es dañino para el ecosistema costero en general y en particular para la pesca, por la devastación de las reservas pesqueras. A los pocos años, la organización de Greenpeace en EE.UU. se opuso contundentemente al desarrollo hidroeléctrico del norte de Quebec (río Great Whale en la Bahía de Hudson) erigiéndose en portavoz y adalid de las tradiciones de los pueblos aborígenes, que paradójicamente defienden la caza libre de especies en extinción.

Aquí se plantea un problema de legitimidad de los medios propuestos y en este terreno específico las grandes empresas industriales pueden fácilmente competir con los grupos ecológicos, declarándose más verdes que los Verdes. Por ejemplo, estas empresas son las primeras en fomentar el negocio del reciclaje, siguiendo el enfoque económico tradicional (de coste y beneficio), ya que disponen de los medios precisos para sacar provecho del mismo (Allan Michaud, 1989). En cambio, el reciclaje tal vez no tenga mucho sentido en términos de una economía no convencional. En otros casos, se aplicará cada vez más una de las mayores reivindicaciones medioambientales, la que exige que los responsables de la contaminación paguen por la descontaminación, dejando así al Estado su papel tradicional de legislador. De esta manera, nos acercamos cada vez más al ámbito político, donde teóricamente se desarrollan las votaciones para dilucidar entre extremos conflictivos. Tan pronto como aparece un coste que es preciso compartir, el problema se convierte en político y lo más probable es que se resuelva en el ámbito político, ya sea mediante la persuasión o por la fuerza.

En la historia de los movimientos estudiantiles y juveniles han surgido movimientos de protesta dedicados a la protección del medio ambiente en las cuatro sociedades analizadas. En todas ellas, los movimientos vincularon la conservación del medio ambiente a la crítica social. En la década de los ochenta las protestas se fueron silenciando y los grupos medioambientalistas centraron sus actividades en las formas establecidas de representación de intereses. El apaciguamiento de la protesta se debe a la tendencia, observada en cada una de las sociedades, hacia la institucionalización de los movimientos.

Las vías utilizadas para canalizar la protesta apuntan diversos niveles de posibilidad de éxito de las preocupaciones populares. La temprana domesticación de los movimientos norteamericanos se debe a la relativa flexibilidad del sistema político de Estados Unidos. Estos movimientos se han dedicado principalmente a hacer uso de los canales establecidos y de la política de defensa de intereses. La relativa impermeabilidad de los sistemas políticos europeos produjo una radicalización del movimiento, que se expresó con vehemencia como fuerza de oposición y de crítica social. En Francia, la protesta medioambiental se encauzó por los canales tradicionales de la política a través de una izquierda poderosa. A pesar de estas tendencias a la canalización, el movimiento alemán fue capaz de mantener su papel de fuerza de intervención.

En Europa se ejerció una mayor presión que en EE.UU. y en Canadá para conseguir que la política parlamentaria oficial reconociera la protección medioambiental como un problema a resolver. Esta presión fue mayor en Alemania Occidental que en Francia y mayor en Canadá que en Estados Unidos. El escaso éxito electoral de los partidos verdes demuestra que los electores confían más en la capacidad de resolución de los partidos establecidos que en la de los «bisoños». Allí donde los partidos verdes tienen éxito, como en Alemania Occidental y Francia, se ven obligados a asumir el dilema que presenta la propia naturaleza de sus movimientos, frente a la posibilidad de que determinadas preocupaciones medioambientales se vean absorbidas por las necesidades de la política.

Percibimos que el nivel de concienciación pública ante la protección medioambiental es elevado en Alemania, y muy bajo en los EE.UU., situándose Francia y Quebec en niveles intermedios. Cuanto más agresivos han sido los movimientos, más profundamente han quedado grabados en la conciencia pública. Allí donde el problema de la protección del medio ambiente goza de un reconocimiento público, existe el riesgo de que la idea se convierta en una justificación ficticia de intereses diversos y contrarios. Mientras que todos los partidos han comenzado ya a vestirse de «verde», los problemas medioambientales continúan en ascenso.

Nuestro postulado inicial era que los movimientos sociales inician el cambio social. Se ha demostrado que los movimientos tienden a ser absorbidos por el sistema. ¿Cómo condiciona esto la posibilidad de que se produzca un cambio real? No podemos negar que el proceso de institucionalización diluye las ideas originales de los movimientos y que la aplicación práctica de la protección del medio ambiente va siempre muy por detrás de la propaganda. Pero esta disparidad entre lo ideal y lo real es la espina clavada

que mantiene despierta la conciencia. Esta disparidad sigue produciendo nuevos conflictos que, aunque sea con retraso, dan lugar a cambios macrosociales, estructurales y culturales.

Aunque hoy en día se habla menos de protección medioambiental, el asunto todavía no ha desaparecido de la agenda política. Parece que se hubiera mudado a un nuevo terreno, es decir, a la dimensión internacional (sirva de ejemplo la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992). La gestión de los conflictos internacionales ofrece posibilidades, porque las acciones consolidadas suponen una mayor capacidad de resolución de problemas. No obstante, no podemos asegurar que se vaya a aprovechar esta oportunidad. Las sociedades todavía están discutiendo sobre quién deberá cargar con el peso de la protección del medio ambiente.

Bibliografía

Agoramétrie (ed.): *Agoramétrie 1992*, Paris, 1992.

Alberoni, Francesco: *Movement and Institution*, New York, Columbia University Press, 401 p., 1984.

Allan Michaud, Dominique: «L'environnement et l'écologisme au coeur de la société alternative, en France et en Allemagne», in *L'avenir de la société alternative*, 57-87, Paris, Éditions l'Harmattan, 1989.

Bélanger, Paul-R.: «Les nouveaux mouvements sociaux à l'aube des années 90», *Nouvelles pratiques sociales*, I, 1: 101-114, 1988.

Brand, Karl-Werner: «Neue soziale Bewegungen in Westeuropa und den USA», *Ein internationaler Vergleich*, Frankfurt & New York, Campus, 1985.

Caplow, Theodore: «Social Movements», in Theodore Caplow, Howard M. Bahr, John Modell and Bruce A. Chadwick, *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Frankfurt & Montreal, Campus Verlag & McGill-Queen's University Press, 1991a.

Caplow, Theodore: *American Social Trends*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1991b.

Caplow, Theodore, Howard M. Bahr, John Modell and Bruce A. Chadwick: *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1991.

De Brie, Christian: «La longue marche des écologistes», in *Le Monde Diplomatique*, April: 23, 1992.

Déchaux, Jean-Hughes: «Mouvements sociaux», in Louis Dirn (ed.) (pseudonym), *La société française en tendances*, 245-249, Paris, PUF, 1990.

Descent, David et al.: «Théorie des classes et des mouvements sociaux dans les sociologies québécoise et canadienne: de la fragmentation des classes aux nouveaux mouvements sociaux», in *Classes sociales et mouvements sociaux au Québec et au Canada*, 19-64, Montréal, Éditions Saint-Martin, 1989.

Die Tageszeitung (TAZ), 24 August, 1989.

Esser, Josef et al.: *Krisenregulierung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1983.

Faivret, Jean-Phillipe, Jean-Louis Missika and Dominique Wolton: *L'illusion écologique*, Paris, Seuil, 93 p., 1980.

Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet and Jean-Hughes Déchaux: *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.

Frankfurter Rundschau (FR): 10 May 1992.

Fréchet, Guy: «Social Movements», in Simon Langlois et al., *Recent Social Trends in Quebec, 1960-1990*, CCSC, 351-361, Frankfurt & Montréal, Campus Verlag & McGill-Queen's University Press, 1992.

Fuchs, Dieter and Dieter Rucht: *Neue Soziale Bewegungen. Mobilisierungspotentiale im 5 Länder-Vergleich*, WBZ Mitteilungen, 48, 1990.

Gagnon, Gabriel: «La métamorphose des mouvements sociaux», *Journal of Canadian Studies*, 23, 4: 5-15, 1989.

Galtung, Johan: «The Green Movement: A Socio-Historical Explanation», in Martin Albrow and Elizabeth King (eds.), *Globalization, Knowledge and Society*, 235-250, London, Newbury Park and New Delhi, Sage Publications and ISA, 1990.

Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr and Barbara Würndl: *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*, Montréal & Frankfurt, Campus Verlag & McGill-Queen's University Press, 1992.

Hegedüs, Zsuzsa: «Social Movements and Social Change in Self-Creative Society: New Civil Initiatives in the International Arena», in Martin Albrow and Elizabeth King (eds.), *op. cit.*, 263-280, 1990.

Holznagel, Bernd: «Der Einsatz von Konfliktmittlern, Schiedsrichtern und Verfahrensverwaltern im amerikanischen Umweltrecht», in *Die Verwaltung*, 3, 1989.

Kiersch G. and Sabine von Oppeln: «Kernkraftwerksprogramme. Einstellungen zur Kernenergie in Frankreich und in der BR Deutschland», in *Atomwirtschaft, Atomtechnik*: 275-280, 1982.

Kitschelt, Herbert: *Kernenergiepolitik, Arena Eines Gesellschaftlichen Konflikts*, Frankfurt, New York, Campus, 1980.

Kitschelt, Herbert: «Zur Dynamik Neuer Sozialer Bewegungen in den USA, Strategien Gesellschaftlichen Wandels und "American Exceptionalism"», in Karl-Werner Brand (ed.), *op. cit.*, 248-305, 1985.

Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier and Jean-Pierre Simard: *Recent Social Trends in Québec, 1960-1990*, Montréal & Frankfurt, Campus Verlag & McGill-Queen's University Press, 606 pp., 1992.

Leggewie, Claus: «Propheten Ohne Macht, Die Neuen Sozialen Bewegungen in Frankreich Zwischen Resignation und Fremdbestimmung», in Karl-Werner Brand (ed.), *op. cit.*, 83-139, 1985.

Klipstein, Michael von and Burkhard Strümpel: *Der Überdruß am Überfluß*, München, Wien, Olzog, 1984.

Maheu, Louis: «Nouveaux mouvements sociaux, mouvement syndical et démocratie», *Nouvelles Pratiques sociales*, 4, 1: 121-132, 1991.

Maheu, Louis, and David Descent: «Les mouvements sociaux, un terrain mouvant», *Nouvelles pratiques sociales*, 3, 1: 41-51, 1990.

McCarthy, John D., and Mayer, N. Zald: «The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization», in Mayer, N. Zald, and John D. McCarthy (eds.), *Social Movements in an Organizational Society*, 337-391. New-Brunswick, N. J. and Oxford, England, Transaction Books, 1987.

Melucci, Alberto: «An End to Social Movements?», *Social Science Information*, 24: 813-835, 1984.

Melucci, Alberto: *Nomads of the Present*, «Social Movements and the Individual Needs in Contemporary Society», Philadelphia: Temple University Press, 288 pp. (first published in London, Hutchinson Radius), 1989.

Mez, Lutz: «Von den Bürgerinitiativen zu den Grünen», in Roland Roth and Dieter Rucht (eds.), *op. cit.*, 263-277, 1987.

Offe, Claus: «New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics», *Social Research*, 52, 4: 817-868, 1985.

Oommen, T. K.: «Movements and Institutions: Structural Opposition or Processual Linkage», *International Sociology*, 5, 2: 145-156, 1990.

Piermont, Dorothee: «Siamesische Zwillige», in *Konkret*, May, 1992.

Rammstedt, O.: *Social Movements*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1978.

Roth, Roland: «Neue Soziale Bewegungen in der Politischen Kultur der Bundesrepublik Eine Vorläufige Skizze», in Karl-Werner Brand (ed.), *op. cit.*, 20-82, 1985.

Roth, Roland and Dieter Rucht (eds.): *Neue Soziale Bewegungen in der Bundesrepublik Deutschland*, Frankfurt, New York, Campus, 1987.

Rucht, Dieter: «Von der Bewegung zur Institution?», in Roland Roth and Dieter Rucht (eds.), *op. cit.*, 238-263, 1987.

Rucht, Dieter: «Environmental Movement Organizations in West Germany and France: Structure and Interorganizational Relations», in Bert Klandermans (ed.), *International Social Movement Research*, 2, 61-94, Greenwich, Conn., London, England: JAI Press, 1989.

Statistisches Bundesamt (ed.): *Datenreport 1989*, Stuttgart, Bonn Aktuell, 1989.

Tarrow, Sidney: *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest*, Cornell Studies in International Affairs, Western Societies Papers, Ithaca, Cornell University Press, 120 pp., 1989.

Touraine, Alain: *Production de la société*, Paris, Les éditions du Seuil, 1973.

Touraine, Alain: *La voix et le regard*, Paris, Les éditions du Seuil, 1978.

Touraine, Alain: «Le reflux des mouvements sociaux», in *Le retour de l'acteur*, 271-298, Paris, Fayard, 1984.

Touraine, Alain: «Au-delà d'une société du travail et des mouvements sociaux?», *Sociologie et Sociétés*, 23, 2: 27-41, 1991.

Touraine, Alain (ed.): *Mouvements sociaux d'aujourd'hui, acteurs et analystes*, Paris, Économie et humanisme, Les éditions ouvrières, 1981.

Vaillancourt, Jean-Guy: «Évolution, diversité et spécificité des associations écologiques québécoises: de la contre-culture et du conservatisme à l'environnementalisme et à l'écosocialisme», *Sociologie et sociétés*, 13, 1: 81-98, 1981.

Vaillancourt, Jean-Guy: «Le mouvement écologiste québécois des années 80», in Serge Proulx, and Pierre Vallières, eds., *Changer de société. Déclin du nationalisme, crise culturelle et alternatives sociales au Québec*, 143-164, Montréal, Québec/Amérique, 1982a.

Vaillancourt, Jean-Guy: *Mouvement écologiste, énergie et environnement: essais d'écosociologie*, Montréal, Éditions coopératives Albert Saint-Martin, 1982b.

Vaillancourt, Jean-Guy: «Le mouvement vert québécois: entre l'écologie et l'écologisme», *Possibles*, 9, 3: 35-46, 1985.

Wörndl, Barbara: «Social Movements», in Wolfgang Glatzer et al., *Recent Social Trends in the Federal Republic of Germany, 1960-1990*, CCSC, 327-332, Frankfurt & Montréal, Campus Verlag & McGill-Queen's University Press, 1992.

Zald, Mayer N.: «The Future of Social Movements», in Mayer N. Zald and John D. McCarthy (eds.), *op. cit.*: 319-336, 1987.

**10. ANALISIS ESTRUCTURAL
COMPARADO
DEL CAMBIO SOCIAL
EN FRANCIA Y QUEBEC**

Michel Forsé
Simon Langlois

La realización de un análisis macrosociológico comparado es un proyecto complicado, por lo que debemos buscar la forma de reducir su complejidad, dado que cualquier explicación exige simplificación. Se ha abandonado la ambición de hallar una Teoría General, aunque se continúa persiguiendo dicho objetivo. En *La place du désordre*, R. Boudon expuso numerosas razones para ello. Los sistemas sociales no siguen unas leyes históricas aplicables a cualquier grupo de sociedades, grande o pequeño, puesto que los efectos producidos por ellas no siempre son los mismos. Partiendo de una clave apriorística de lectura, cualquier aspecto de cuya importancia como factor dominante estemos seguros (por ejemplo la modernización o el ascenso del individualismo) y que dé sentido a los cambios, tendrá el mérito de ser claro, pero no de ser sistemático. Por la naturaleza de las cosas, este enfoque excluye la integración de la diversidad, excepto por la fuerza.

En lugar de renunciar, podemos volver a las tendencias y a la tabulación de sus vínculos causales (lo que llamamos un análisis estructural, que es el aquí adoptado) para proponer un punto de vista diferente. Este enfoque rechaza cualquier jerarquía apriorística y cualquier idea directriz que sirva de guía, y proclama que es posible descubrir la lógica de los cambios, analizando a posteriori las relaciones causativas entre las tendencias. El método no se basa en una teoría sociológica específica, sino en una serie de ellas, pues si hubiera una teoría del cambio, sería un modelo formal adaptable a cualquier situación particular.

La solución basada en las tendencias se ha presentado ya detalladamente en otro lugar (Forsé, 1991), por lo que aquí revisaremos únicamente sus características principales. Para una sociedad determinada, se parte de la identificación de un grupo de tendencias a la transformación a plazo medio (20-30 años). El análisis de tendencias ha desbordado el círculo cerrado de los especialistas interesados en la predicción, para convertirse en un medio de describir el cambio cultural y social. Sin embargo, la noción de tendencia es

ambigua y con frecuencia su sentido se limita a una definición estadística, como por ejemplo, «la dirección que toma una serie estadística una vez neutralizadas las variaciones a corto plazo».

De hecho, una tendencia puede tener un significado más amplio, fuera del ámbito del análisis estadístico; puede definirse como un informe sobre la evolución de un segmento social. Es posible distinguir dichas tendencias mediante observaciones cualitativas, mediante observaciones oportunas hechas a intervalos irregulares, o por medio de varias series estadísticas. El grupo francés Louis Dirn (1985) explicó y formalizó este punto de vista en la siguiente definición: «Una tendencia es un diagnóstico teórico mediante el cual se da significado a un grupo de evoluciones empíricas, descritas por indicadores pertenecientes al ámbito de un determinado campo social» (Forsé *et alii*, 1993: 4).

En cierto modo, una tendencia es la unidad más pequeña de lectura del cambio social, en contraste con otras interpretaciones demasiado generales que tratan de dar significado o unidad a la sociedad en su conjunto. En sí misma, la tendencia tiene un alcance cerrado y limitado. Identificar tendencias, según las ha definido Louis Dirn, consiste en cierto modo en hacer operativo el cambio social, diseñando una serie de diagnósticos de alcance limitado.

Si la investigación tuviera que detenerse en este punto, nuestra comparación internacional consistiría, tal como lo hacen muchos, en estudiar las semejanzas y diferencias existentes entre varios países. Esto nos despojaría del aspecto más rico y más prometedor del enfoque: un análisis sistemático de las relaciones entre tendencias, que nos permitirá identificar las estructuras del cambio en una sociedad determinada, para luego compararlas transversalmente entre todas; suponiendo, como es lógico, que se haya realizado previamente un análisis similar de tendencias en varios países de niveles de desarrollo comparables, en períodos idénticos y siguiendo las mismas reglas metodológicas. Esta es exactamente la tarea que hemos emprendido para Francia y Quebec: una primera comparación estructural entre las evoluciones de dichas sociedades desde los años sesenta. Pero ¿en qué consiste un análisis sistemático?

Una vez confeccionada la lista de tendencias, el primer paso es estudiar sistemáticamente todas sus posibles relaciones causales. Para ello colocamos las tendencias en filas y columnas, luego exploramos la existencia y significación de las relaciones que pueden existir entre ellas, marcando con un signo más (+) las relaciones afirmativas entre una tendencia y otra y con un signo menos (-) las tendencias que limitan o influyen negativamente en la evolución de otra y con un cero (0) la ausencia de relación.

Una vez construida esta matriz binaria cuadrada, se la puede someter a una serie de análisis diversos. El tratamiento se basa en la teoría de los grafos, utiliza algoritmos de análisis de redes (la matriz describe una red de causalidades, formalmente análoga a una matriz de opciones sociométricas); y puede ser explicativo o descriptivo. En el primer caso, se clasifican a posteriori por orden jerárquico los antecedentes y las consecuencias directas e indirectas de cada tendencia. Tal comparación de las causalidades directas e indirectas, para la que se han elaborado varios métodos, tendría obviamente un gran valor heurístico, pero preferimos adoptar el segundo enfoque, que implica tener que investigar si la complejidad de la estructura causal descrita por la matriz puede reducirse sacando a la luz grupos de tendencias y estudiando los vínculos que los unen. Estas subestructuras, llamadas macrotendencias, que se revelan en un tratamiento a posteriori de la matriz, dan una idea general de las dimensiones del cambio y de sus interrelaciones. Los siguientes pasos son la interpretación del conjunto, seguida de una comparación estructural. El criterio para decidir si dos tendencias pertenecen a un grupo determinado puede consistir en el grado en que se parezcan una a la otra (esto es, si tienen causas y efectos casi idénticos); o bien la densidad de los enlaces que las unen. Por supuesto, no hay razón para que los agrupamientos realizados sobre la base de la semejanza se parezcan a los efectuados sobre la de la cohesión. Un examen de las tendencias de Francia y de Quebec revela diferencias en los dos casos. Sin embargo, pese a lo instructivo que puede resultar el estudio de dichas diferencias y para no complicar el problema desde el principio, nos limitaremos a comparar las macrotendencias y las conexiones existentes entre ellas, según el criterio de cohesión.

Limitaciones

Antes de empezar a comparar los resultados obtenidos para Francia y Quebec, debemos reconocer que el análisis estructural crea algunas dificultades globales y plantea algunos problemas y responderemos a algunos de éstos antes de iniciar el análisis de la matriz.

En primer lugar está el problema de delimitar el campo. ¿Está completa la lista de tendencias? ¿Hemos olvidado alguna importante? Estas preguntas se refieren no al problema en sí, sino al estado de nuestros conocimientos sobre la sociedad estudiada. Si podemos probar que se ha omitido alguna tendencia importante, los investigadores pueden tenerlo en cuenta modificando la matriz, lo que les obligará a rehacer los cálculos y repetir el análisis.

Vemos, pues, que la matriz no es un sistema cerrado: evoluciona con la sociedad y con nuestro conocimiento de ella.

La objeción más importante se refiere a la validez del diagnóstico de las relaciones entre tendencias. La mayoría de las tendencias aquí propuestas no han sido objeto de análisis sistemáticos anteriores en una perspectiva longitudinal. Cabe preguntarse, por tanto, si estas conexiones están fundadas en la experiencia y fuera de toda duda. Una vez más, esta laguna caracteriza el estado de los conocimientos (la calidad de la sociografía de la sociedad estudiada), no del método propiamente dicho. En la medida en que acumulemos conocimientos y resultados de investigación seremos capaces de refinar nuestros diagnósticos. El aspecto más interesante de este enfoque podría ser la posibilidad de examinar sistemáticamente determinadas relaciones antes de incorporarlas a la matriz. El punto más importante es cerciorarse de que una relación entre dos tendencias persiste cuando se tiene en cuenta una tercera tendencia (o una cuarta). Por ejemplo, se observa que el aumento del número de mujeres que trabajan se traduce en menos nacimientos. Debemos estar seguros de que esta relación no se debe en realidad a una tercera tendencia, como el aumento de los niveles de educación, que podría ser el origen de las otras dos tendencias.

A este problema de validez viene a sumarse el de la fiabilidad: el de tener la seguridad de que dos equipos de investigadores distintos llegarían al mismo diagnóstico sobre las relaciones entre las tendencias. Se trata de una dificultad real. Muchas relaciones entre tendencias están fundadas en abundante documentación y es posible discernirlas con precisión. En estos casos, el problema de la fiabilidad es menos agudo. Sin embargo, buen número de relaciones han sido objeto de escasa investigación. Podemos soslayar esta dificultad pidiendo a expertos en la materia que hagan un diagnóstico sobre la existencia de un vínculo. Es probable que la mejor forma de crear fiabilidad sea confiar en el consenso entre un panel de expertos. En caso de duda o desacuerdo profundo, nos abstendremos de establecer un vínculo entre las tendencias. Por supuesto, el recurso a los expertos es una solución frágil, pero tiene sus ventajas: cualquier diagnóstico es mejor que no tener ninguno y el panel de expertos está probablemente en la mejor posición para dar una opinión bien fundada sobre el fenómeno que se estudia.

La cuarta dificultad comprende el período estudiado y las diferencias temporales. Algunas tendencias tienen efectos inmediatos, mientras que otras se perciben sólo a largo plazo. Este es un problema importante, que afecta a los análisis econométricos que tratan de cuantificar con precisión los efectos de las tendencias (por ejemplo, la influencia de la elevación de los tipos de interés

sobre el aumento de la tasa de desempleo). Nuestro enfoque es cualitativo, por lo que este aspecto no nos concierne; lo que nos importa es la relación entre dos tendencias, tanto si el efecto de una sobre otra varía con el tiempo o no.

El último problema está estrechamente vinculado a nuestro método. Postulamos que todas las relaciones entre tendencias tienen el mismo peso. Por ejemplo, hemos comprobado que el incremento del patrimonio familiar tiene ocho consecuencias; por supuesto, no todas tienen la misma importancia. Dicha tendencia contribuye a acentuar las desigualdades, cambia el sistema de valores, aumenta la importancia de la tercera edad y así sucesivamente. Pero ¿cómo podremos juzgar que un efecto sea más importante que otro? Los datos empíricos no nos permiten responder a esta cuestión de forma precisa y definitiva. Tal vez fuera posible cuantificar aproximadamente la importancia relativa de las relaciones, ponderándolas mediante un sistema de puntuación que atribuyera, por ejemplo, un 1 a las relaciones débiles y un 4 a las muy fuertes. Este procedimiento, aparte de su arbitrariedad, crearía problemas importantes en el análisis, dado el estado de desarrollo de los instrumentos de que disponemos. Debemos tener presente que el análisis de la matriz no es un fin en sí mismo, sino una herramienta que sirve a los investigadores para formular una interpretación del conjunto, capaz de despertar la imaginación sociológica, dicho sea con palabras de C. W. Mills.

Matrices de las tendencias de Francia y Quebec

En dos libros recientes se analizan profundamente las tendencias de las sociedades de Francia y de Quebec: *Recent Social Trends in France*, de Michel Forsé, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet y Jean-Hugues Déchaux; y *Recent Social Trends in Quebec*, de Simon Langlois, Jean Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madelaine Gauthier y Jean-Pierre Simard. Rogamos al lector que los consulte para identificar las tendencias. Por razones fortuitas que se refieren a los antecedentes de esta investigación, las matrices de Francia y de Quebec no tienen el mismo tamaño; la matriz francesa contiene 60 tendencias, mientras que la de Quebec consta de 75¹. La diferencia no origina problemas en la comparación internacional, porque el grupo de Quebec tomó como punto de partida la lista de 60 tendencias

¹ La matriz de Quebec se construyó a partir de la lista de tendencias escogidas por el *International Research Group for the Comparative Charting of Social Change*, (Caplow, 1992). La traducción inglesa del trabajo sobre Francia, publicada con el título de *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, contiene también las 75 tendencias utilizadas por el grupo a efectos comparativos.

creada para Francia y especificó algunas de ellas con mayor detalle. La única diferencia importante es la adición de cinco tendencias que caracterizan las representaciones sociales y que están ausentes de la matriz francesa. Debe tenerse en cuenta esta diferencia en los análisis comparados entre las dos matrices.

Teóricamente, en una matriz que consta de 75 tendencias son posibles 5.500 relaciones, excluyendo la diagonal. En Quebec se definieron 606 relaciones empíricas, lo que da una densidad del 11 %. Con 60 tendencias verticales y horizontales, la matriz francesa contiene 3.540 casos significativos posibles, a partir de los cuales se han formulado 509 vínculos, lo que equivale a una densidad global del 14 %. En ambas matrices, cada tendencia se enlaza al menos con otras ocho, sea como antecedentes o como consecuencias. En la matriz de Quebec los antecedentes están menos dispersos que las consecuencias; en la fila uno, los primeros tienen una desviación típica de 4,3, mientras que para las consecuencias, este estadístico vale 5,9. Los resultados franceses son muy similares. En Quebec existen 70 vínculos simétricos, o sea un 11,6 % del total; en Francia, 92.

Aunque trabajaron con total independencia, los grupos de Francia y de Quebec, llegaron a unos resultados sorprendentemente análogos, lo que tiende a validar la metodología empleada. A quienes puedan reprocharnos la subjetividad del método de construcción de la matriz, podemos responder que, si existiera tal defecto, no se obtendría probablemente dicha coherencia, especialmente cuando ésta se refuerza al descomponer las tendencias con arreglo al número de antecedentes y de consecuencias directas. En ambos casos, las distribuciones son asimétricas hacia la derecha (véase el Gráfico 1); si tuviéramos un fuerte agrupamiento de tendencias básicas y unas pocas tendencias auxiliares, habríamos obtenido una distribución gaussiana. Así pues, en Francia como en Quebec, el estudio del cambio no puede reducirse al examen de unas pocas tendencias de gran peso. Debemos tener en cuenta para el diagnóstico todos los acontecimientos, y analizar sistemáticamente la matriz entera. Sin embargo, la matriz es demasiado grande para permitir su lectura directa. Debemos simplificarla y reducirla, procurando perder la menor cantidad de información posible.

Como ya se ha indicado, una forma de efectuar esta simplificación consiste en agrupar aquellas tendencias que forman una red cuya densidad interna sea superior a la de sus relaciones con el exterior. Tal grupo de tendencias constituye un bloque al que designaremos con el nombre de macrotendencia. Michel Forsé (1991) da una explicación detallada de la lógica de este enfoque; por nuestra parte, nos limitaremos a describir brevemente las líneas generales. Para más detalles, consúltese la obra de Forsé.

Realizaremos una clasificación por orden jerárquico descendente, dividiendo la matriz en submatrices de máxima densidad. Permutando las líneas y columnas, recogemos en una submatriz las tendencias que tienen el máximo número de relaciones internas y el mínimo de relaciones con tendencias que pertenecen a la otra matriz. Dicho de otro modo, cambiamos el orden de las tendencias para poner juntas las que están más estrechamente vinculadas entre sí, con lo que se obtienen dos grupos cuyos componentes tienen el máximo número de relaciones mutuas y el mínimo con los componentes del otro grupo. Luego, puede dividirse sucesivamente cada submatriz en nuevos subgrupos, cada vez más densos y homogéneos a medida que se reduce el número de componentes de cada uno. Esta operación de clasificación sirve para llevar a cabo un análisis de modelos de bloque, que consiste en efectuar una partición en bloques tras permutar las líneas y las columnas. La clasificación no modifica los datos de la matriz; se trata únicamente de agruparlos de modo distinto para revelar la estructura subyacente. Para realizar este análisis se utiliza el programa CONCOR.

En segundo lugar, será interesante investigar las relaciones causales existentes entre los bloques. Contamos el número de enlaces elementales existentes en el interior de cada bloque y entre unos bloques y otros, lo que nos permite comparar y evaluar el significado de las relaciones. Si retenemos solamente los números que sobrepasan un umbral determinado, llegaremos a una representación simplificada de las relaciones causativas entre grupos de tendencias. Sin embargo, esta simplificación suscita importantes reservas metodológicas. El modelo final, que posee un notable valor heurístico, servirá para formular nuevas hipótesis de trabajo, cuya verificación pertenece al ámbito de la sociología.

Al exponer y simplificar las relaciones, creamos un grafo que debe revelar una jerarquía parcial de causalidades. Unos grupos serán más causales, otros más causados. Los propios grupos, y más tarde sus relaciones, culminan en una representación de la estructura causativa subyacente en la matriz que va a ser objeto de la comparación. En total, pudieron discernirse 12 macrotendencias en Francia y 14 en Quebec. Antes de compararlas, las describiremos sucintamente.

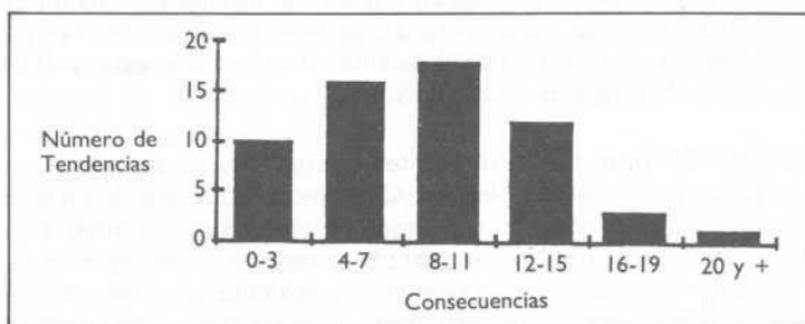
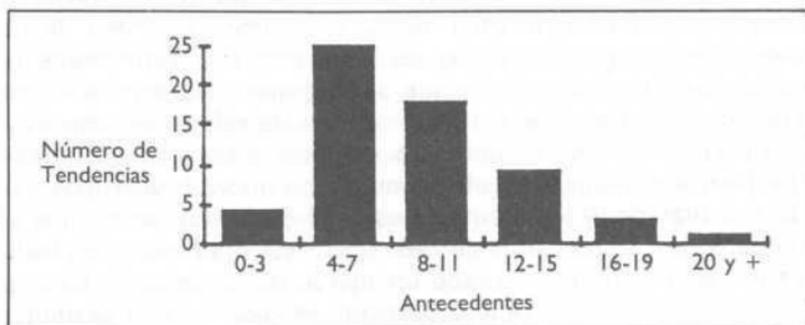
Macrotendencias y sus relaciones

Francia

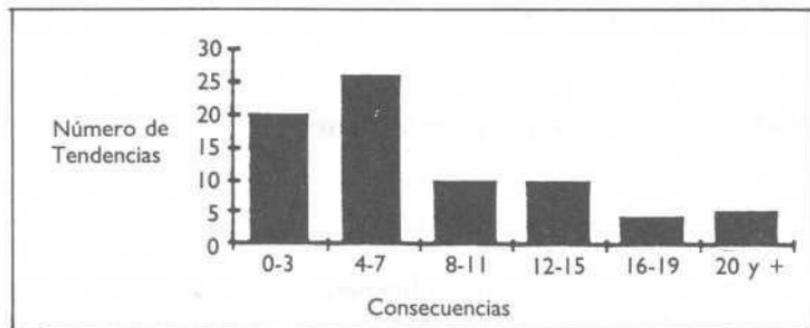
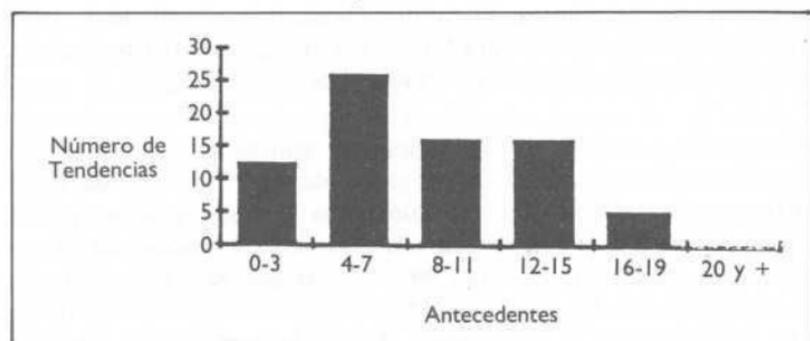
En la primera segmentación se obtienen dos bloques (1 y 2) cuyas densidades respectivas son 22 % y 20 %. El primer grupo recoge

GRAFICO I
Número de antecedentes y consecuencias
de las tendencias

FRANCIA



QUEBEC



las tendencias que describen la evolución de las estructuras e instituciones sociales, mientras que el segundo concierne más a las conductas y sus modelos y a las formas de vida.

Cada bloque puede a su vez dividirse en otros dos, obteniéndose así cuatro cuyas densidades respectivas son 31 %, 32 %, 37 % y 25 %. De un lado tenemos el bloque de estructuras, fuerzas sociales, cambios en el mercado de trabajo y políticas (11) y el de las grandes instituciones (12). Del otro están los modelos culturales (21) y las formas de vida (22). Los números entre paréntesis se refieren al Gráfico 2, que representa la segmentación descendente de la matriz. La ventaja de este modelo, que se limita a presentar cuatro grandes macrotendencias, es su alto grado de simplificación; por otra parte, en este punto cada bloque abarca todavía una serie bastante heterogénea de fenómenos. La única forma de lograr mayor precisión es aumentar el número de grupos. La manera de conseguirlo consiste en realizar la misma operación anterior con cada una de las macrotendencias aisladas. El Gráfico 2 representa este proceso de ramificación descendente.

El grupo de estructuras, fuerzas sociales, e institucionalización de las mismas (111) se diferencia así de los cambios relativos al trabajo (112). Las instituciones se dividen en las que se refieren a las cualificaciones y al trabajo (121), y las que representan intereses locales o de la sociedad (122). Los modelos se escinden en dos partes: una, los que contienen transformaciones vinculadas al cambio de la condición y rol de las mujeres (212); y otra, los que tienden a reducir la autoridad y a debilitar el poder de la Iglesia (211). Los modos de vida se dividen en diversificación y reorientación del tiempo libre y del consumo (221), frente a determinadas características familiares (222) (sociabilidad, patrimonio familiar o poder de compra).

Por el momento, estamos tratando con ocho grupos cuyas densidades relacionales crecen a medida que aumenta el grado de subdivisión. Sin embargo, los diferentes grupos no aceptan su posterior división con la misma facilidad. El bloque 111 se escinde en el 1111, que acoge las tendencias políticas y el 1112, que representa las fuerzas sociales y su institucionalización. El bloque 112 (trabajo) se subdivide en el 1121, que abarca las tendencias que reflejan las tensiones del mercado laboral, y el 1122, descriptivo de la organización y dirección del trabajo.

Desde un punto de vista formal, no retendremos aquellos bloques que contienen tan sólo una o dos tendencias. Esto es lo que ocurriría si se segmentasen los bloques 121, 122 ó 212. Por eso hemos dejado sin dividir dichos bloques. Se produciría el mismo caso subdividiendo el bloque 211, pero es lícito considerar que la distinción entre un grupo anómico y otro de inmigración pu-

diera revelar nuevos datos. No obstante, nos quedaremos en el nivel anterior, pues es obvio que desde la diversificación de los códigos de conducta, hasta los problemas éticos planteados por la biotecnología, pasando por el declive de la autoridad, de la práctica religiosa y de la influencia de la Iglesia y del matrimonio, son factores evolucionarios que se traducen en desorganización de los modelos antes dominantes. Puede interpretarse la aparición de determinados signos de anomia como una manifestación del malestar engendrado por dicha desorganización. Las dificultades que entraña la integración de los inmigrantes han llegado a ser tan grandes que la sociedad ha perdido algunos de sus más importantes puntos de referencia. Todo esto parece encajar perfectamente e, incluso sin partición, arroja nueva luz sobre el fenómeno de la anomia e integración de los inmigrantes.

El bloque 221 consta de ocho tendencias, que se reparten entre el 2211, que describe el consumo, y el 2212, relativo a las condiciones sociales o marco del consumo.

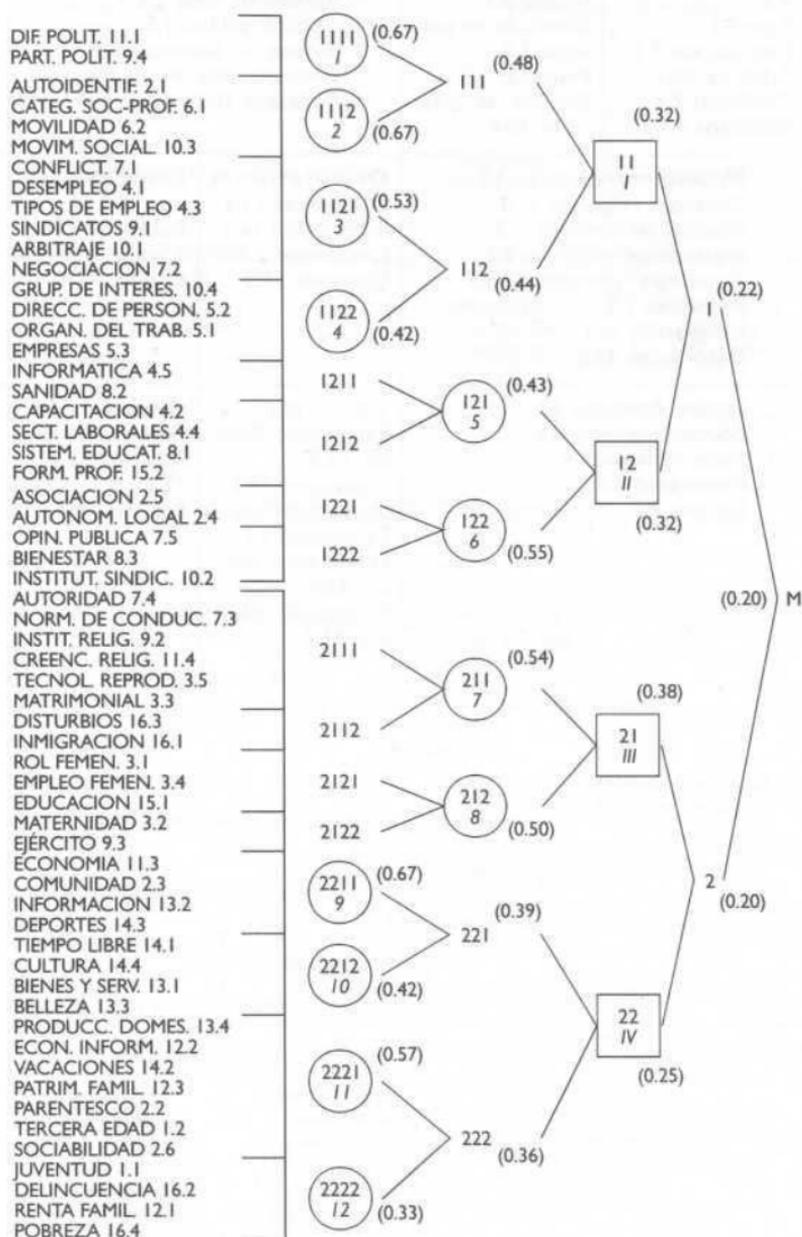
El último bloque, el 222, se subdivide en el 2221, que reúne las tendencias de sociabilidad, intercambios y opciones económicas de la familia, y el 2222, en el que se explora el vínculo existente entre las tendencias juveniles y del poder adquisitivo, junto con las tendencias de la pobreza y de la delincuencia; resulta especialmente sorprendente la posición que ocupa la «juventud»: su proximidad al poder de compra sugiere que la creciente independencia de los jóvenes durante los últimos treinta años debe interpretarse como un fenómeno sustancialmente económico. En este caso, todas las tendencias de este grupo reflejan el proceso, que arranca desde los años sesenta, de aumento de la opulencia y de las desigualdades sociales.

Por último, podemos distinguir en total doce grupos de tendencias, cada uno de los cuales tiene la suficiente coherencia para que nos sea posible definir la macrotendencia que opera en ellos:

1. Transformaciones de las conductas políticas e ideológicas (1111).
2. Crecimiento de la clase media (1112).
3. Tensiones del mercado de trabajo (1121).
4. Reorganización de las empresas (1122).
5. Estructura ocupacional y educativa (121).
6. Regulación intermedia (122).
7. Desintegración de los viejos modelos (211).
8. Nueva condición y rol de la mujer (212).
9. Marco de consumo (2211).
10. Consumo familiar (2212).
11. Sociabilidad e intercambios familiares (2221).
12. Prosperidad y aumento de las desigualdades (2222).

Esta clasificación se representa en su conjunto en el Gráfico 2. (Los números inscritos en círculos son los elegidos como puntos finales.) En las tablas que damos a continuación se resume este análisis mediante la presentación de las tendencias, de la forma en que se han agrupado, y de los títulos atribuidos a las mismas. (Cuadro 1 y Cuadro 2).

GRAFICO 2 Segmentación de las tendencias en Francia



CUADRO I

Francia: agrupación de tendencias

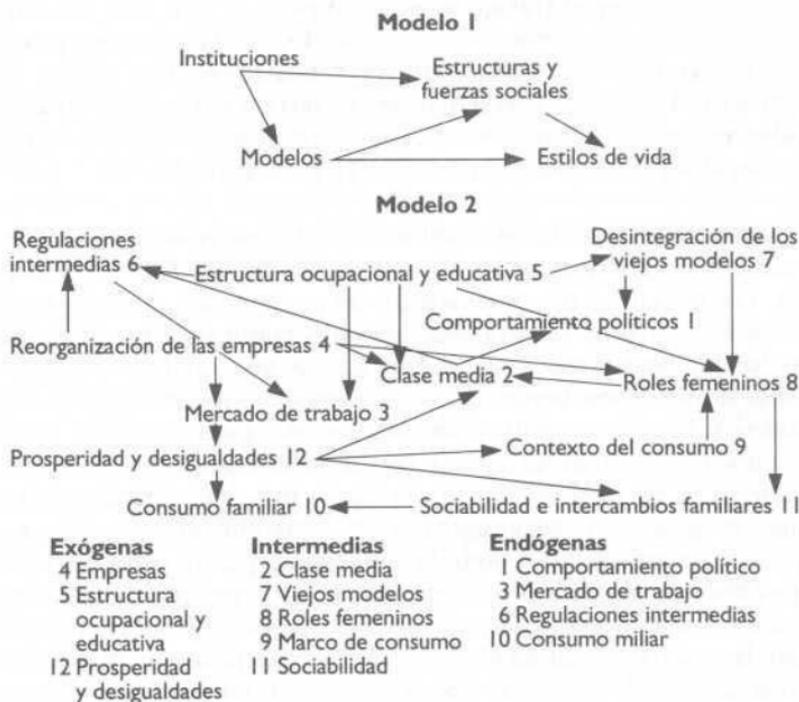
Diferenciación política 11.1 Consenso 11.2 Partidos políticos 9.4	Autoidentificación 2.1 Categoría socio-profesional 6.1 Movilidad 6.2 Movimientos Sociales 10.3	Formación profesional 15.2 Sectores Laborales 4.4 Sistema Educativo 8.1 Capacitación 4.2 Sistema sanitario 8.2 Informatización 4.5
Tipos de empleo 4.3 Paro 4.1 Negociación 7.2 Arbitraje 10.1 Conflictos 7.1 Sindicatos 9.1	Organización del trabajo 5.1 Dirección de personal 5.2 Empresas 5.3 Grupos de intereses 10.4	Asociaciones 2.5 Autonomía local 2.4 Opinión pública 7.5 Sistema de bienestar 8.3 Institucionalización de los sindicatos 10.2
Modelos matrimoniales 3.3 Creencias religiosas 11.4 Normas de conducta 7.3 Instituciones religiosas 9.2 Tecnología reproductiva 3.5 Autoridad 7.4 Inmigración 16.1 Desórdenes 16.3	Orientaciones económicas 11.3 Información 13.2 Comunidad 2.3 Deportes 14.3	Bienes de consumo 13.1 Belleza 13.3 Tiempo libre 14.1 Cultura 14.4
Empleo femenino 3.4 Educación general 15.1 Roles femeninos 3.1 Maternidad 3.2 Ejército 9.3	Tercera edad 1.2 Patrimonio familiar 12.3 Vacaciones 14.2 Sociabilidad 2.6 Parentesco 2.2 Producción familiar 13.4 Economía informal 12.2	Juventud 1.1 Delincuencia 16.2 Renta familiar 12.1 Pobreza 16.4

CUADRO 2
Macrotendencias de la sociedad francesa

diver-03

Transformaciones de las conductas política e ideológica 1	Clase media en aumento 2	Estructura ocupacional y educativa 5	
Estructuración de las fuerzas sociales I		Instituciones (del sector social) II	
Tensiones del mercado de trabajo 3	Reorganización de empresas 4	Regulación intermedia 6	
Desintegración de los viejos modelos 7		Contexto del consumo 9	Consumo familiar 10
Modelos III		Estilos de vida IV	
Nuevos roles femeninos 8		Sociabilidad e intercambios familiares 11	Aumento de la prosperidad y de las desigualdades 12

GRAFICO 3
Estructura causal entre macrotendencias



Cada bloque forma un bucle importante dentro del laberinto de enlaces causativos de que consta el modelo. Por tanto resulta interesante construir un grafo simple de causalidades entre las macrotendencias, fundándose en un análisis de las relaciones mutuas existentes entre las tendencias que las integran. El hecho de que la ordenación sea descendente nos permite partir de un grafo muy resumido que describe las relaciones entre los cuatro grupos principales, e ir complicándolo y ampliándolo para convertirlo en una representación de los enlaces más importantes que vinculan entre sí las doce tendencias retenidas (Gráfico 3). Para hablar con propiedad, la estructura causal no es el resultado de un análisis cuantitativo clásico. Por el contrario, debemos considerarla como un intento de diagnóstico global, realizado a partir de un análisis cualitativo de las relaciones entre tendencias; nos servirá para desarrollar hipótesis y vías de interpretación, no para llegar a conclusiones firmes. Debe tenerse en cuenta que se trata tan sólo de unos macroenlaces obtenidos gracias a una rigurosa simplificación del grafo inicial. En realidad, existen vínculos en todas las direcciones y entre todos los vértices, por lo que aquí se presentan únicamente los más importantes.

Este gráfico demuestra el papel causativo universal que desempeñan las transformaciones institucionales. Los modelos de conductas cambian bajo la influencia de las instituciones, pero conservan relativamente la misma posición causativa y un rango jerárquico relativamente elevado. En una posición intermedia se encuentran las fuerzas sociales y las estructuras institucionalizadas, la política y los cambios en el trabajo y en el empleo, lo que está en contradicción con numerosas teorías que les atribuyen la posición que en nuestro modelo ocupan las instituciones. Los estilos de vida en el hogar se representan en el vértice del gráfico, lo cual indica que la conducta doméstica está condicionada por las transformaciones culturales y estructurales y no al revés.

El interés de este modelo radica en su forma relativamente atípica, que no corresponde a ninguna de las teorías más importantes. No prevalece ninguna relación de producción, ni estructural ni infraestructural. Las transformaciones culturales son decisivas en lo que se refiere a las conductas, lo que implica un cierto culturalismo, pero tampoco ocupan una posición dominante. Se podría hablar de un culturalismo moderado, puesto que las grandes instituciones parecen gozar de suficiente autonomía para producir cambios culturales. Esto es tanto más interesante cuanto que este grupo no está integrado por las instituciones que ejercen o han ejercido un papel simbólico poderoso (como es el caso del ejército o de la iglesia), sino por otras que proceden del «sector social», sea nacional o territorial (el estado de bienestar, la sanidad, la enseñanza). Estas instituciones son las primeras que experimentan los efectos de la descentralización. En este grupo gene-

rador de estímulo, están también presentes todos aquellos elementos que contribuyen a estructurar el mercado de trabajo. El examen de los macroenlaces existentes entre los doce grupos muestra el rol causativo preponderante desempeñado por la macro-tendencia ocupacional y por la de estructura educativa (5). Las instituciones que ejercen algún tipo de regulación intermedia son en realidad más causadas que causantes (causativas). Viene a confirmar este diagnóstico el examen de los macroenlaces que unen los 12 grupos (Gráfico 3, modelo 2), en los que la tendencia ocupacional y de estructura educativa (5) desempeña un papel causal muy importante.

Otras dos macro-tendencias son también más decisivas: el efecto desestabilizador de la prosperidad económica (12) y la reorganización de las empresas (4). La evolución del poder adquisitivo es responsable de una transformación de los estilos de vida y tiene un efecto nivelador sobre la estructura social. Aunque está influida por las tensiones del mercado de trabajo desempleo, trabajo precario, etc., su rol global nos lleva a suponer que el modelo causativo atribuye una posición cada vez más alta a los factores económicos. Esta hipótesis encuentra confirmación en el hecho de que los otros dos grupos situados en posición análoga (4 y 5) están estrechamente vinculados a la productividad y la estructura del trabajo es una de las formas de describir la estructura de la producción económica. Sin embargo, las dos últimas macro-tendencias no se limitan únicamente a estos aspectos.

La tendencia a la informatización forma parte del grupo relativo al empleo. En ella se localiza el enlace entre factores técnicos y económicos, así como el papel motivador que la tradición le asigna. En este grupo se integra también todo lo que se refiere a formación y cualificaciones. Hoy se acepta que se trata de un problema crucial. El modelo no hace sino confirmar el papel eminente de la educación (vinculada a la estructura del empleo) en la explicación del cambio.

Algunas macro-tendencias ocupan una posición causativa intermedia: son influidas tanto como influyentes. Este es el caso del grupo 2, que describe cambios en la estructura social; del grupo 7, que consta de instituciones y modelos de conducta en pleno proceso de cambio; del grupo 8, que describe la transformación de la condición femenina; del grupo 9, que trata de la transformación y en gran medida de la reubicación, de las condiciones del consumo doméstico; y del grupo 11, que trata de los cambios principales acaecidos en la sociabilidad e intercambios dentro de los grupos domésticos. Así pues, han intervenido como agentes del cambio tanto estructuras y modelos como roles y status. Tratándose de factores sometidos todos ellos a mutación, sirven

para explicar las tendencias, pero también son explicados por ellas.

Por último, existen cuatro macrotendencias situadas en la parte inferior del gráfico, que representan una especie de forma endógena del modelo: vale la pena dedicarles alguna atención. El grupo 1 describe una situación de inactividad política e ideológica; el grupo 3 refleja las tensiones del mercado de trabajo; el grupo 6 trata de la regulación intermedia; y el grupo 10 describe las nuevas orientaciones de consumo y de estilo de vida. No es sorprendente encontrar este último grupo en una posición de tendencia globalmente causada, más que causativa. El consumo es más bien un resultado.

Las macrotendencias más endógenas (grupos 1, 3 y 6) describen, cada una a su manera, un estado de crisis o de tensión: inactividad política o ideológica debida a la creciente indiferencia hacia las ideologías pasadas; tensión del mercado de trabajo como consecuencia del desempleo y del trabajo precario; y crisis del estado de bienestar, junto con el problema, tan frecuente en Francia, de la regulación intermedia (asociaciones, sindicatos, etc.) cuyos aspectos institucionales están mal definidos y peor comprendidos; esta situación es aún más grave por culpa de la excesiva descentralización. La posición de estas tres crisis plantea un problema. Si hubiesen ocupado la misma posición intermedia de las estructuras y de los modelos de conducta, podríamos hacernos una idea de los cambios que inevitablemente habrían implicado. Pero, dada su situación endógena, se explican en virtud de otras transformaciones, aunque resulta difícil ver a dónde conducen.

Quebec

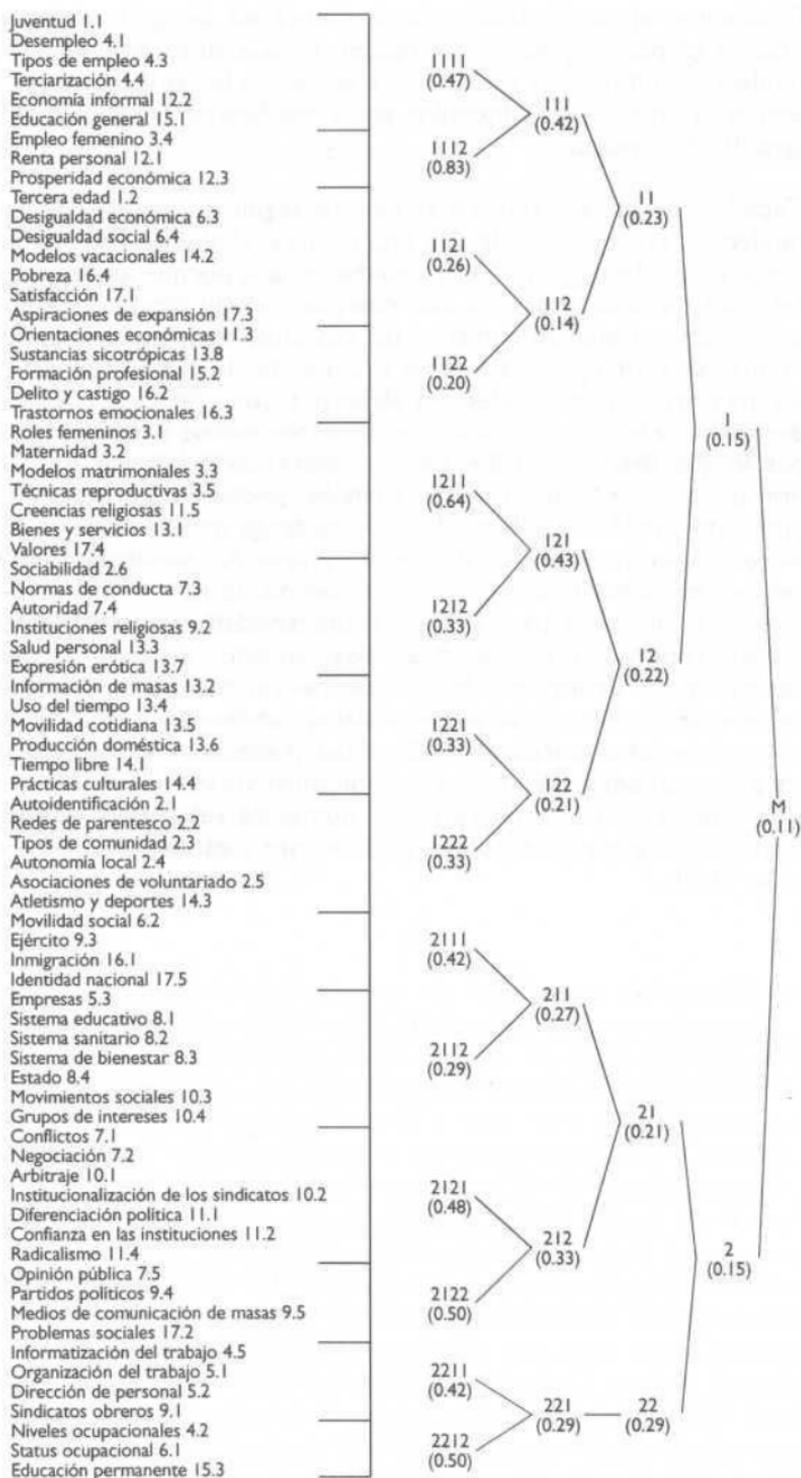
Podemos dividir inicialmente las 75 tendencias observadas en Quebec en dos grandes bloques de densidad relativamente escasa (un 16 % en ambos casos). Estos bloques comprenden, por una parte, las tendencias que se refieren en sentido amplio a conductas individuales y formas de vida y, por otra, las referentes a instituciones, rasgos colectivos y normas sociales. Estos dos subgrupos son en sí demasiado heterogéneos para nuestro propósito y, por lo tanto, los hemos dividido en cuatro grupos de mayor densidad (23 %, 25 %, 22 %, y 25 % respectivamente). Los cuatro nuevos bloques son más homogéneos y abarcan cuatro dimensiones parcialmente entrecruzadas. Por un lado están los elementos indicadores de las condiciones de vida (ingresos, desigualdad y precariedad) y los indicadores de los modos y medios de vida (roles femeninos, normas de conducta y microsociedad). Por otro lado están las instituciones, donde se incluyen las tendencias que caracterizan el surgimiento del consenso social y de la opinión

pública como elemento controlador de la sociedad, así como las tendencias que describen el trabajo y la posición social.

Finalmente, al seguir dividiendo la matriz en bloques, obtenemos 14 grupos muy densos de tendencias que sustituyen a las 75 tendencias individuales de la matriz inicial. En la Figura 4 se presentan los resultados obtenidos en la clasificación jerárquica en sentido descendente.

Cada bloque se caracteriza o se designa según la identidad de las tendencias que comprende. De esta manera, el bloque 4 se puede denominar «desorganización y anomia social», porque agrupa una serie de tendencias básicas que describen el surgimiento de los problemas sociales: el aumento de suicidios, el mayor consumo de drogas sicotrópicas, así como el aumento de la delincuencia y los trastornos emocionales. En algunos casos resulta más difícil designar una macrotendencia que reúne tendencias heterogéneas, por lo que debemos buscar alguna coherencia o intentar descubrir un significado oculto. Por ejemplo, podemos tomar como punto de partida aquella tendencia que tenga mayor número de vínculos con otras dentro del mismo grupo. A continuación, hacemos una breve descripción del contenido de las 14 macrotendencias establecidas para el análisis: precariedad creciente; prosperidad económica; ascenso de las desigualdades; desorganización social; cambio de los roles femeninos; nuevas normas de conducta; transformación de la vida cotidiana; cambio de forma de la microsociedad; aparición de la identidad *Québécois*; mayor presencia gubernamental; ampliación del consenso social; mayor importancia de la opinión pública como punto de referencia; nuevas formas de organización laboral y nacimiento y estabilización de la clase media.

GRAFICO 4 Clasificación jerárquica en sentido descendente de las tendencias. Quebec



1. *La creciente precariedad*

En este bloque se agrupan seis tendencias que caracterizan la creciente precariedad del empleo, el aumento del paro, el incremento de colocaciones en el sector terciario, el desarrollo de la economía informal, así como el ascenso del nivel educativo. Todas ellas demuestran que la integración en el mundo laboral y, en general, en la sociedad, tiende a ser cada vez más difícil, aumentando el número de personas que se ven obligadas a conformarse con una situación precaria en la sociedad y todo ello a pesar del ascenso del nivel educativo y de la mejor formación de los jóvenes titulados.

2. *La prosperidad económica*

Este bloque contiene tres tendencias: aumento de la renta real; ascenso del trabajo asalariado femenino; acumulación de patrimonio familiar. Desde 1960, la sociedad de Quebec se ha enriquecido. El ritmo de crecimiento de los ingresos reales individuales fue acelerado hasta 1975, disminuyendo considerablemente en el período de 1975 a 1990. La incorporación de la mujer al trabajo asalariado ha compensado este descenso o ha contribuido a aumentar claramente el nivel familiar.

3. *El aumento de las desigualdades*

Las desigualdades sociales, culturales y económicas tendían a disminuir al inicio del período analizado, pero se acentuaron en la segunda mitad del mismo, es decir, desde 1975. Aun siendo más rica la sociedad en 1990, parece también más desigual. En los años ochenta se produjo un punto de inflexión en la evolución de las desigualdades. Los individuos y familias pertenecientes al quintil superior de la distribución de rentas acaparan una proporción cada vez mayor de los ingresos disponibles, mientras que los incluidos en el quintil inferior han visto deteriorarse su posición relativa en este aspecto. Los numerosos cambios acaecidos en los estilos de vida han generado nuevos tipos de desigualdad y han resaltado otros, tales como las desigualdades entre mujeres y entre generaciones. Además de las tendencias que caracterizan las desigualdades económicas y sociales y la pobreza, este bloque también abarca la tendencia en ascenso del nivel de vida de la tercera edad. En Quebec hemos podido observar la aparición de un importante efecto generacional en la segunda mitad del período estudiado, caracterizado por un deterioro de la posición relativa de los jóvenes y una mejora relativa de las personas mayores. Por último, este segundo grupo incluye dos tendencias que caracterizan las representaciones sociales: el aumento de satisfacción y la confianza en el futuro. No podemos vincular apriorísticamente a las demás una séptima tendencia, la prolongación de las vacaciones anuales.

4. *Desorganización social y anomia*

Las tendencias de este bloque describen las disfunciones del sistema social y destacan ciertos problemas sociales, tales como el aumento de la delincuencia, el mayor consumo de drogas sicotrópicas, los trastornos emocionales, o el ascenso de las tasas de suicidios. En este grupo también se incluye la tendencia a una bipolarización de la formación profesional, lo que indica que en Quebec se ha producido una devaluación de este tipo de formación, de carácter más marcado en el sistema de educación secundaria. En Quebec, se han criticado frecuentemente estas deficiencias de la formación profesional. Por último, este bloque abarca la tendencia a un aumento del interés por los negocios. Esta última no está muy vinculada a las anteriores, tratándose sin duda de una tendencia secundaria situada de manera errónea.

5. *Cambio de los roles femeninos*

Han cambiado considerablemente los roles propios de la mujer, quien ha adquirido una mayor independencia económica y es más activa en esferas externas al hogar. La disminución de los nacimientos probablemente sea una de las tendencias más características de este bloque, que también abarca otras referidas al uso de anticonceptivos, la mayor diversidad de modelos matrimoniales, así como la aparición del consumo de productos al pormenor y el cambio de valores. Esta mutación se dirige hacia la individualización de la condición femenina. Los cambios observados en las creencias religiosas, sobre todo los referidos a su individualización, están estrechamente relacionados con los acaecidos en la condición femenina.

6. *Nuevas normas de conducta y transformación de modelos*

Este bloque se dedica a la aparición de nuevas formas de conducta: el cuestionamiento de las figuras tradicionales de autoridad; la liberalización de las normas de conducta; la mayor atención prestada al erotismo y la mayor sociabilidad entre iguales. Otras dos tendencias están ligadas a las anteriores: el descenso de la influencia de la iglesia y la mayor preocupación por la salud y el cuidado corporal.

7. *La transformación de la vida cotidiana, basada en la movilidad*

La vida cotidiana ha sido el escenario de una serie de transformaciones. Las mujeres ya no monopolizan el trabajo doméstico, que cada vez se tiende a compartir más, mientras aumenta la movilidad en todas las esferas de actuación. Se han ampliado el espacio personal y los horizontes individuales, como lo demuestra la mayor movilidad cotidiana y la comercialización del ocio fuera del hogar. El tiempo se utiliza de manera diferente y al parecer se dispone de menos tiempo libre. Los medios de comunicación de masas han adquirido una mayor importancia en la vida coti-

diana de las personas, siendo ahora más numerosos, más diversificados y más actuales.

8. *La microsociedad está cambiando de forma*

Se reúnen cinco tendencias, que caracterizan los entornos inmediatos del individuo, para formar una macro-tendencia: identificación de la microsociedad; dispersión y menor densidad de la familia; importante desarrollo de la vida asociativa; mayor concentración demográfica en los centros urbanos y aumento de las actividades deportivas. Podemos concluir que se está transformando por completo la microsociedad. Se están transformando las formas tradicionales de organización de la vida cotidiana, fundamentadas en la familia y desarrolladas en un círculo reducido, mientras adquieren mayor importancia las redes locales y de sociabilidad.

9. *El nacimiento de la identidad Québécois*

La identidad *Québécois* está en ascenso, en detrimento de la identidad francocanadiense, que ahora parece dividirse en identidades regionales. El aumento de la movilidad social se vincula de hecho a la mayor presencia gubernamental, tanto a nivel provincial como federal. La modernización de la sociedad y la creación de una serie de aparatos de Estado han contribuido al establecimiento de una clase media, principalmente en la población francófona. En este bloque se encuentra la tendencia de la inmigración, indicadora de la voluntad de la sociedad de Quebec de dar la bienvenida e integrar a los recién llegados. La legislación lingüística adoptada durante los últimos años apoya el deseo de integrar a los inmigrantes a la mayoría francófona, lo que a la larga supone una transformación de la identidad. Por último, Quebec tiene una larga tradición antimilitarista, que se expresó abiertamente con la crisis de reclutamiento de la Segunda Guerra Mundial. Durante mucho tiempo se ha considerado al ejército, que está bajo jurisdicción federal, como una institución no muy abierta a los francófonos.

10. *Mayor presencia del Estado*

Varias tendencias aluden a la mayor intervención del Estado, que se ha hecho cargo de numerosas funciones, tales como la educación, la asistencia sanitaria, la seguridad social y la promoción del desarrollo económico. En Quebec la propia existencia y orientación de los movimientos sociales se ha vinculado estrechamente a la intervención del Estado. Los movimientos sociales y grupos de intereses siempre se han pronunciado a favor de una extensa intervención estatal y en caso contrario han ejercido presión sobre el gobierno a favor de un cambio de orientación. En este bloque también se incluye la tendencia al desarrollo de la pequeña y mediana empresa, con el fin de mostrar los estrechos vínculos que existen entre negocios y gobierno.

11. Ampliación del consenso social

La sociedad de Quebec alcanza el umbral de los años noventa con un nivel de conflictividad mucho menor que en otros momentos. El radicalismo está en declive, siendo menos agudos los conflictos sociales, a la vez que se han institucionalizado los mecanismos de arbitraje y negociación y ha aumentado la confianza en las instituciones existentes. La institucionalización de los sindicatos participa en este proceso hacia un consenso social más amplio. Asimismo, existe una cierta convergencia en los comportamientos políticos.

12. Mayor importancia de la opinión pública como punto de referencia

Ha aumentado la importancia del papel de los medios de comunicación de masas como mecanismo de control social. Asimismo, observamos que la referencia a la opinión pública es cada vez más frecuente y marcada, como lo demuestra la multiplicación de los sondeos encargados tanto por el gobierno como por empresas y asociaciones. La consulta a la opinión pública desempeña un papel intermedio en el control social. La mayor democratización de los partidos políticos se observa en las numerosas leyes electorales y sobre todo en aquellas que regulan la financiación de los mismos, al menos a escala municipal y provincial. Y, por último, estamos viviendo un cambio hacia una mayor preocupación por los problemas sociales, sobre todo por la influencia de los medios de comunicación de masas.

13. Nuevas formas de organización del trabajo

En los años sesenta aumentó muy significativamente el número de afiliados a los sindicatos, que alcanzó su techo a mediados de los años setenta, época que se distinguió también por una importante feminización de la afiliación. Ha cambiado considerablemente el papel representado por los sindicatos en las empresas. La organización del trabajo tiende a ser menos burocrática y, en cambio, se pone mayor énfasis en promover la participación de los trabajadores y empleados. Este movimiento aún está en fase embrionaria, pero los cambios en la forma de gestionar el trabajo son tan evidentes que cabe hablar en este caso de una macro-tendencia. Incluso están cambiando las relaciones de autoridad y la vía jerárquica ya no goza del respaldo que tuvo en el pasado.

14. Crecimiento y estabilidad relativa de la clase media

La estructura social experimentó profundos cambios en los treinta años transcurridos desde 1960 a 1990. Los francófonos han elevado significativamente su situación en la jerarquía social, y la Revolución Silenciosa ha dado lugar al surgimiento de una clase media que depende de una mayor presencia del aparato gubernamental en el ámbito privado. El freno que se impuso al crecimiento a finales de los años ochenta, junto a otra serie de facto-

res, también hizo más lento el crecimiento de la clase media, que al llegar a los años noventa se encuentra en una situación incierta. La bipolarización de las cualificaciones profesionales parece acentuar esta crisis. También aparece en este bloque la tendencia al desarrollo de la formación continua.

Tras establecer las macrotendencias, construimos una estructura causal para Quebec utilizando el mismo procedimiento que aplicamos en el caso de Francia (figura 5). Para empezar, examinaremos brevemente los vínculos entre las cuatro dimensiones principales (figura 3, modelo 1). Las instituciones ocupan una posición superior, mientras que las transformaciones en la estructura socioeconómica cumplen una función intermedia y los estilos de vida, así como los asuntos que se refieren a trabajo y posición social, son exógenos. Este esquema sigue siendo, sin embargo, demasiado general, por lo que sería necesario estudiar el modelo detallado de las relaciones entre las catorce macrotendencias antes de pasar a la comparación con el modelo francés (Gráfico 4, modelo 2).

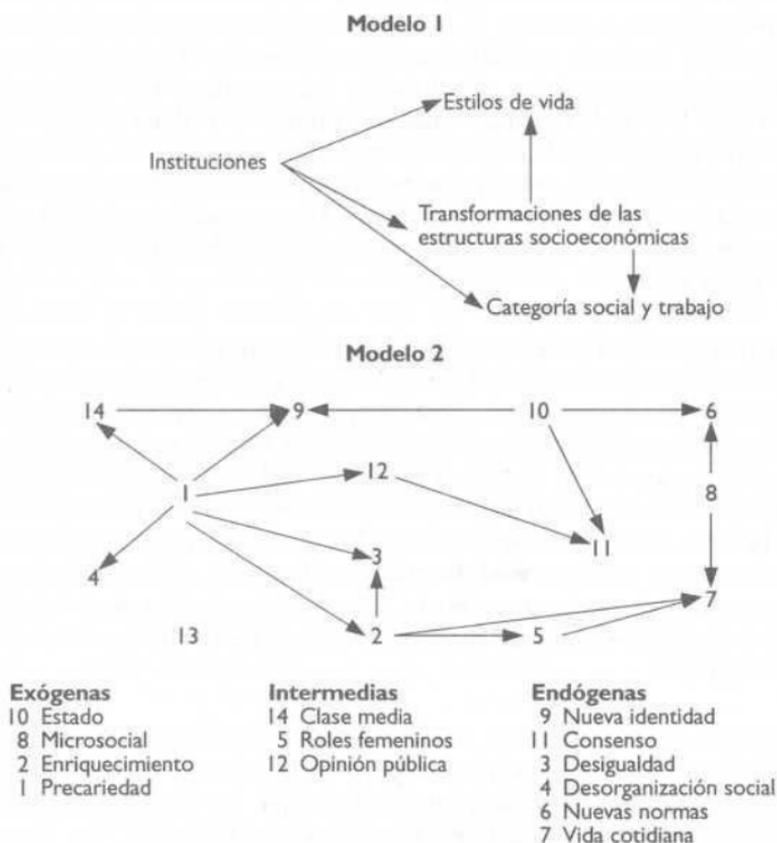
Aparecen cuatro macroestructuras exógenas al modelo, que requieren nuevos cambios. Se confirma el papel del gobierno (10) como fuerza que estimula la modernización de Quebec. Son muchos los investigadores que han llegado a esta misma conclusión, por lo que no nos puede sorprender dicho diagnóstico. El gobierno tiene un doble papel: ha creado una serie de instituciones y ha aprobado unas medidas sociales que conforman lo que habitualmente se denomina Estado de bienestar, a la vez que su actuación ha tenido peso en la promoción colectiva de la situación socioeconómica de los francófonos, que se encontraban en inferioridad.

El papel motivador de la microsociedad, que acompaña en este sentido al Estado, resultó ser bastante más sorprendente. Esta observación nos llevó a la hipótesis de que los grandes cambios sociales acaecidos en Quebec no sólo venían de arriba. Hay otros factores que también han intervenido en los cambios que han caracterizado a Quebec, desde las transformaciones en el sistema familiar hasta los cambios observados a escalas microsociales y local, pasando por el rápido desarrollo urbano y la mayor concentración demográfica en los centros urbanos. Frecuentemente se ha dicho que Quebec forma una sociedad muy entrelazada. Por esta razón, los cambios observados, sobre todo a nivel de microsociedad, de sistema familiar y de lugares tradicionales de trabajo, dan origen a otras transformaciones sociales.

Otras dos macrotendencias, por un lado la prosperidad económica y por otro lado el aumento de la precariedad, también han desarrollado un papel importante, aunque de sentido diametral-

mente opuesto, en el proceso de transformación; y sus efectos se han dejado sentir sin lugar a duda en diferentes momentos. La economía prosperó claramente en los años sesenta y setenta, mientras que la precariedad aumentó enormemente en los años ochenta.

GRAFICO 5 Estructura causal entre macrotendencias. Quebec



Nos encontramos con tres macrotendencias que aparecen como agentes del cambio de carácter intermedio: se ven afectadas por otros cambios a la par que producen transformaciones sociales. Este es sobre todo el caso de los roles femeninos. La condición femenina ha experimentado profundos cambios bajo los efectos de una numerosa y variopinta serie de influencias, a la vez que han dado origen a otras transformaciones. El desarrollo de la cualificación profesional y los cambios observados en la estructura social, sobre todo el crecimiento de la clase media, han sido también factores centrales del proceso de transformación de la sociedad de Quebec, y han actuado como intermediarios de los cambios experimentados por arriba y por abajo. Asimismo, la

constitución de la opinión pública como entidad real y el desarrollo de los medios de comunicación, han actuado como agentes del proceso de cambio social.

Cinco macrotendencias representan cambios inducidos por otras macrotendencias; son consecuencia de las macrotendencias que acabamos de analizar. En primer lugar, nos encontramos con la confirmación de una fuerte identidad *Québécois*, a la que se añade la aparición de un importante consenso social. Se están produciendo profundas transformaciones ideológicas. La identidad *Québécois* se afirma vigorosamente como identidad nacional, al tiempo que la identidad francocanadiense se divide en identidades regionales. La sociedad de Quebec, además, se ha hecho menos conflictiva y surge un mayor consenso social con el descenso del radicalismo. Tras los primeros años de la década de los sesenta, el Estado inicia una mayor intervención, lo que se traduce en una reducción de las situaciones de desigualdad. No obstante, este proceso de igualación se paraliza durante los años ochenta, y existen muchos indicios de que está volviendo a aumentar la desigualdad. Han surgido también nuevos tipos de desigualdad, sobre todo entre mujeres y entre generaciones. La transformación que ha experimentado Quebec ha estado acompañada por la aparición de una serie de formas de desorganización social: violencia más frecuente y más visible, aumento del número de suicidios, de la drogadicción y de la mendicidad. Se han creado nuevas formas sociales, que ponen en entredicho las figuras tradicionales de autoridad. Y por último, la vida cotidiana ha sufrido una profunda transformación. Ahora se apoya más en la movilidad y, al recurrir más a los medios de comunicación de masas, es más receptiva hacia el mundo exterior.

Comparación entre Francia y Quebec

Macrotendencias convergentes sobre un fondo de características singulares

Al dividir la matriz en cuatro grandes subgrupos, hemos destacado las convergencias y las singularidades. En Francia podemos asociar, aunque sólo desde un punto de vista general, el trabajo y la posición social con la «estructuración de las fuerzas sociales», que incluye sobre todo la transformación de las conductas políticas e ideológicas, así como la reorganización del mundo empresarial. Las tendencias observadas en Francia y en Quebec en los grupos de estilo de vida no son idénticas en todos los aspectos, pero ambos modelos corresponden a grupos relativamente similares. Esta semejanza también se da en el caso de las instituciones. Por otra parte, la dimensión de los «modelos» en Francia no tiene

equivalente en Quebec, y la «transformación de las estructuras socioeconómicas» de Quebec no tiene un equivalente exacto en el modelo francés. No obstante, debemos tener en cuenta que estos grupos todavía son demasiado heterogéneos para prestarse a una comparación detallada, que más bien debe efectuarse entre las doce y catorce macrotendencias respectivas de cada sociedad.

El contenido de las 12 macrotendencias aisladas para el caso de Francia y de las 14 aisladas para Quebec es bastante convergente, aunque resulta evidente que las tendencias citadas en cada bloque no son del todo idénticas. Esto es bastante normal, si tenemos en cuenta que las dos sociedades difieren en su historia, situación geográfica y tamaño, por citar sólo algunos factores. Asimismo, la matriz de Quebec abarca 15 tendencias más que la francesa. Debemos destacar que las tendencias que conforman las macrotendencias de una sociedad, no se encuentran repartidas aleatoriamente en las macrotendencias que caracterizan a la otra sociedad. Muchos bloques de tendencias, o macrotendencias, tales como el mayor consenso social o los cambios en los roles femeninos, son casi idénticos en su configuración general. Las tendencias integradas en la mayoría de las demás macrotendencias, se localizan como mucho en dos macrotendencias diferentes de la otra sociedad. Por último, debemos hacer una mención especial al sorprendente hallazgo de que cualquier macrotendencia de cada una de las sociedades no tiene una correspondencia clara en la otra sociedad.

Las macrotendencias no se han organizado al azar, ni tampoco en función de las respectivas limitaciones históricas, geográficas o de otro tipo, de cada sociedad. Podemos prever que las agrupaciones no serán idénticas, pero existen aspectos significativos que señalan la validez de este coherente enfoque de investigación, como podemos observar en la convergencias y divergencias principales ilustradas en el Gráfico 6. Podemos leer este gráfico empezando por la izquierda, para ver qué macrotendencias de Quebec corresponden a cuáles otras en Francia, o por la derecha, para ver qué macrotendencias francesas corresponden a cuáles otras en Quebec.

Los cambios de los roles femeninos aparecen claramente en ambas sociedades como macrotendencias de contenido relativamente semejante. En el caso de Francia, la macrotendencia está compuesta por tendencias que caracterizan los cambios de la condición femenina en sentido estricto («trabajo de la mujer», «maternidad», «modelos del rol femenino», «nivel educativo»), mientras que la macrotendencia de Quebec incluye, además, las tendencias representativas de la evolución del consumo y de la práctica religiosa. Teniendo en cuenta lo anterior, podemos pensar que los cambios que han caracterizado la condición femenina en Quebec no están aislados de los cambios observados en otras áreas.

GRAFICO 6

Correspondencia entre macrotendencias. Francia y Quebec



En los últimos años, se han desarrollado en Francia formas intermedias de control social. Diversas fuerzas tienden a oponerse o simplemente a ignorar la centralización, tan frecuentemente observada por los estudiosos. Por una parte, tiende a generalizarse el recurso a la opinión pública por medio de encuestas; por otra, se ha desarrollado la vida asociativa y se ha llegado a un cierto grado de descentralización. En Quebec también se perciben estos dos aspectos, aunque conforman dos macrotendencias diferentes y más poderosas, «el recurso a la opinión pública» y «la microsociedad». Nos encontramos, pues, con un ejemplo de una macrotendencia francesa que corresponde a dos macrotendencias de Quebec, configuración que se produce en varias ocasiones.

Ambas sociedades han experimentado un importante proceso de prosperidad económica global desde los años sesenta. La matriz de Quebec se divide, con mayor precisión que la francesa, en varios tipos de desigualdad. Es decir, en Francia se reúne la prosperidad económica y el ascenso de las desigualdades en una única macrotendencia, mientras que en Quebec forman dos macrotendencias diferentes.

Ambas sociedades han tenido también una evolución paralela en lo que se refiere a conflictos sociales. Las siguientes tres tendencias, que forman una especie de núcleo, caracterizan el surgimiento de un consenso social o, al menos, de una disminución de la discordia: «la creación de mecanismos de arbitraje», «el desarrollo de procedimientos de negociación», y «la disminución de los conflictos sociales». Estas tendencias centrales se vinculan a otras que no son idénticas en ambas sociedades. En Francia, lo hacen con las tendencias de «aumento del desempleo», «formas más variadas de empleo», y «reducción del porcentaje de sindicalización», mientras que en Quebec se asocian a las tendencias de «reducción del radicalismo» y «mayor confianza en las instituciones».

Estas diferencias tienen su explicación en la historia y en la organización social respectivas de cada sociedad. En Francia, la lucha social y política estuvo dirigida por el Partido Comunista, cuya capacidad de influencia ha experimentado un constante descenso. Esta pérdida de influencia no ha evitado, sin embargo, que brotara una serie de conflictos. Estos ya no son tan generalizados como en los años sesenta, y parecen estar más localizados y miniaturizados (se limitan a determinados lugares o sectores de actividad). En Quebec, los grandes sindicatos, que no están afiliados a ningún partido político, estuvieron implicados en importantes conflictos sociales durante los años sesenta y setenta y fueron el principal canal de expresión del radicalismo. Después, los sindicatos adoptaron una actitud menos radical. Ya no eran la fuerza que estimulaba los conflictos y tensiones sociales, que se apaciguaron a finales de los años ochenta al descender el radicalismo. A pesar del deterioro de la posición socio-económica de muchos colectivos, sobre todo de los hogares jóvenes y de un elevadísimo índice de desempleo, los conflictos y las tensiones resultan ser menos agudos en este contexto marcado por un crecimiento lento, que cuando la coyuntura era más favorable.

En Francia, la desintegración de los viejos modelos se caracteriza por la influencia decreciente de la Iglesia, así como por una mayor diversidad de modelos matrimoniales y por cambios en los roles de autoridad. Esta macrotendencia también contiene signos de anomia, tales como el consumo de alcohol y de drogas, los suicidios y las enfermedades mentales. De nuevo nos encontramos en Francia con una única macrotendencia que abarca los elementos que aparecen en Quebec en dos macrotendencias separadas: por un lado, las «nuevas normas» y, por otro lado, la «desintegración social y la anomia».

Asimismo, podemos encontrar de nuevo los elementos que componen la macrotendencia francesa de «estructura de empleo y formación» en dos macrotendencias de Quebec, la de «creciente

precariedad» y la de «crecimiento de la clase media». Por su parte, estas dos últimas contienen otras tendencias incluidas en las macrotendencias francesas de «tensiones del mercado de trabajo» y «crecimiento de la clase media». Las tendencias que describen la formación, el trabajo, el empleo y el mundo empresarial, dan origen a las agrupaciones más divergentes del conjunto de macrotendencias observadas en las dos sociedades. Esto probablemente se debe a la gran diferencia entre sus respectivos contextos institucionales. No obstante, debe observarse que cada macrotendencia de una sociedad corresponde a tan sólo dos de la otra sociedad.

Por último, hay dos bloques de tendencias que no tienen una correspondencia exacta en la otra sociedad: «la identidad *Québécois*» de Quebec, y «el entorno de consumo» de Francia. La matriz de Quebec incluía una tendencia basada en el surgimiento de una nueva identidad colectiva; esta tendencia no existía en la matriz francesa, lo que probablemente sea la razón de la divergencia observada. El caso de la macrotendencia francesa de «entorno de consumo» es más complejo, siendo más difícil su descripción y sobre todo su interpretación, al estar compuesta por unos elementos básicos nada heterogéneos.

Dado que las dos sociedades no son idénticas, se podía prever que se produjeran las diferencias descritas. Lo sorprendente es que las divergencias sean tan escasas. ¿Podemos concluir que existe una semejanza perfecta entre los dos modelos, a excepción de sólo dos casos? La respuesta, evidentemente, es negativa, ya que todas las semejanzas entre las macrotendencias nos llevan a diagnosticar una convergencia parcial o relativa. En otros términos, las semejanzas siempre están acompañadas por singularidades. A pesar de que, en la inmensa mayoría de los casos, Francia y Quebec han tenido procesos de cambio comparables, éstos no han sido, sin embargo, idénticos.

Los clásicos análisis comparados de cambio suelen llevar a la conclusión, de forma más o menos embarazosa, de que existe una cierta mezcla de convergencias y divergencias en los procesos estudiados. El origen de la confusión está en el hecho de que las grandes divergencias entre sociedades industrializadas son excepcionales, pero las convergencias absolutas son aún menos frecuentes. En la mayoría de los casos, las diferencias enmascaran parecidos o, lo que viene a ser lo mismo, las semejanzas enmascaran divergencias. A esto nos referimos cuando hablamos de singularidad. Sólo es posible comprender este fenómeno si volvemos a situar sistemáticamente cada elemento analizado en una subestructura, es decir, si medimos aquello que, más allá de las divergencias, difiere en lo semejante. Esta forma de destacar las

singularidades es, precisamente, una de las ventajas del análisis estructural comparado.

En la mayoría de los casos que nos ocupan, hemos podido observar que una evolución global servía de vínculo a una o dos macrotendencias (según la sociedad), cuyo contenido era semejante aunque no exactamente equivalente. Es decir, que cuando dos macrotendencias son similares, las tendencias que contienen tendrán evidentemente algo en común, pero también tendrán aspectos diferentes.

Tomemos por ejemplo la macrotendencia dedicada al «consenso» (número I en Francia y II en Quebec). En ambas sociedades se ha producido una disminución de las grandes discordias ideológicas, característica que se ha incorporado en una macrotendencia en ambos modelos. Desde este punto de vista, existe convergencia. Sin embargo, al estudiar el asunto más de cerca, vemos que las tendencias que componen las macrotendencias respectivas, no son idénticas. Las tendencias francesas conciernen únicamente a la evolución ideológica y política, mientras que en Quebec además hay tendencias que se refieren al mercado de trabajo en sentido amplio («conflictos», «negociaciones», «sindicatos», etc.). El nivel de consenso ha aumentado en ambas sociedades, aunque no tiene el mismo significado en ellas: en Francia, se limita al aspecto ideológico-político, mientras que en Quebec se refiere en primer lugar al mundo empresarial y, después, a la sociedad en su conjunto. Una lectura apresurada de este fenómeno nos llevaría a pensar que ambas sociedades han evolucionado de la misma manera; sin llegar a desmentir esta afirmación, el análisis estructural pone de relieve las diferencias que a pesar de todo siguen existiendo.

Este mismo razonamiento se aplica a nivel de tendencia. Al construir las tendencias, resultan ser bastante semejantes en uno y otro país, pero es al comparar su posición estructural en cada modelo como se percibe mejor su parecido. Cuando se inscriben tendencias idénticas en macrotendencias semejantes, resulta ser bastante similar el papel desarrollado por cada una de ellas en relación con el cambio. Encontramos, pues, convergencia. Cuando, por el contrario, se inscriben en macrotendencias diferentes, debemos concluir que la misma evolución básica no tiene el mismo significado estructural en un país que en otro. Esta situación reafirma la singularidad local, aunque no conduzca necesariamente a una divergencia global de los modelos, ya que las dos macrotendencias en cuestión suelen tener un equivalente en el modelo del otro país.

Por ejemplo, en Francia y en Quebec hemos podido observar la institucionalización de los sindicatos, según refleja la tendencia 10.2. En Francia debemos interpretar este hecho como un

asunto de transformación del control intermedio al estar esta tendencia incluida en la macrotendencia 6, que reúne los acontecimientos evolutivos referentes a este tema. En Quebec este mismo fenómeno tiene una dimensión más ideológica al encontrarse en la macrotendencia 11, que se refiere al aumento del consenso. Otro ejemplo podría ser el aumento del trabajo asalariado entre las mujeres, que en Francia se vincula a los cambios en la condición de la mujer (macrotendencia 8), mientras que en Quebec se considera en primer lugar como un fenómeno económico (macrotendencia 2, la prosperidad económica).

Por otra parte, la evolución de las formas de autoridad (tendencia 7.4) en situaciones ritualizadas tiene un significado estructural casi idéntico en Francia y en Quebec. En ambos casos, se integra en una macrotendencia (número 6 de Quebec y 7 de Francia) que describe las transformaciones de los viejos modelos de conducta. Asimismo, la reducción del radicalismo político en Quebec (tendencia 11.4) desempeña un papel comparable al de la caída del Partido Comunista en Francia (tendencia 9.4), aun cuando las formulaciones sean diferentes según el contexto político local. Ambos procesos han contribuido a la reducción de la discordia (macrotendencias 1 en Francia y 11 en Quebec).

El análisis estructural nos ayuda nuevamente a comprender las divergencias y singularidades ocultas tras las convergencias; demuestra que las mismas tendencias no desarrollan necesariamente el mismo papel estructural y que, por el contrario, puede haber tendencias diferentes que desempeñan papeles similares (siendo el papel únicamente el resultado de un cambio de posición dentro del modelo).

No es posible analizar aquí pormenorizadamente cada una de las tendencias de los dos modelos. Tal análisis nos conduciría a la misma conclusión que podemos extraer estudiando las macrotendencias: no existe una convergencia absoluta. Los casos de divergencia extrema son muy escasos, y por consiguiente el cambio ha seguido la mayoría de las veces una dirección global idéntica, que no debe nada a las singularidades de los procesos en curso en cada sociedad.

Semejanzas y diferencias en modelos causales

Si, a pesar de todo, podemos afirmar que la convergencia domina sobre la divergencia, será más complejo el diagnóstico global de la comparación de estructuras causales señaladas arriba (Gráficos 3 y 5).

Vamos a empezar por el estudio de los dos modelos de agregados en cuatro dimensiones. El modelo francés ha sacado a la luz

un esquema explicativo atípico en relación con las teorías del cambio. En el modelo de Quebec se revela el mismo esquema atípico, en el cual aquí las instituciones desempeñan un papel exógeno. Esto parece confirmar que tienen suficiente autonomía como para acarrear otros cambios en las sociedades industriales. Las relaciones de producción y la infraestructura económica quizá no hayan tenido, durante los últimos veinte o treinta años, la función de estímulo que le atribuyen muchas teorías clásicas (véase Mendras y Forsé, 1983). En un sentido muy amplio, podemos decir que el estilo de vida ocupa en ambos modelos una posición endógena, lo que registra su dependencia de otras transformaciones. Esta posición refuerza la convergencia global de los dos esquemas explicativos, que comienzan por las instituciones y culminan en los estilos de vida.

Las «transformaciones de las estructuras socioeconómicas» de Quebec desarrollan un papel que tiene algo en común con el de las «estructuras y fuerzas sociales» de Francia, aunque la comparación está limitada por el hecho de que estas dos dimensiones se solapan sólo en parte. Las otras macrotendencias difieren aún más en cuanto a su composición y, por tanto, es difícil comparar sus posiciones. Por ejemplo, el moderado «culturalismo» del modelo francés no se puede identificar claramente en Quebec, e, inversamente, el papel exógeno de las relaciones laborales y otros temas relativos a la posición social no tiene comparación posible en el caso francés, donde las tendencias se agrupan de forma diferente respecto a este punto. Para alcanzar una mayor precisión y trabajar de forma más sistemática, es por tanto preferible centrar la atención en los modelos construidos a partir de las doce y catorce macrotendencias respectivas.

En el modelo francés se atribuye un papel estimulante del cambio social a las macrotendencias de prosperidad económica, reorganización empresarial y estructura ocupacional y educativa. La prosperidad económica parece ser un importante motor de las transformaciones y cambios sociales en el modelo de Quebec, mientras que el aumento de la precariedad, en la que se incluye la formación, también se encuentra en una posición causativa. Asimismo, la macrotendencia de «mayor presencia del Estado», en la que se incluye una tendencia empresarial, se sitúa en una posición superior en el modelo de Quebec, lo que sin lugar a dudas tiene su origen en el impulso estatal al desarrollo económico y social. Vemos, pues, que en ambas sociedades se confirma el tradicional papel de estimulación atribuido a los factores económicos. No obstante, en el caso de Quebec se añade el papel central representado por la microsociedad, ya que la urbanización, la centralización y los cambios en el concepto de paternidad también parecen haber dado lugar a otras transformaciones sociales. El equivalente francés sólo representa un papel intermedio.

Las mayores divergencias entre las dos sociedades se descubren en la posición intermedia. Tres macrotendencias aparecen en situación diferente, y sólo una está en una posición idéntica. Comenzaremos por esta última. Los cambios que caracterizan a los roles femeninos son, en ambos casos, a la vez causados y causativos, situándose por tanto en una posición central. En primer lugar, estos cambios son ellos mismos la consecuencia de otros cambios, sobre todo del desarrollo económico y de la extensión de la formación. Los cambios en la condición femenina, que sin ningún género de dudas representan una de las transformaciones más radicales observadas en las sociedades contemporáneas, desarrollan por lo tanto un papel intermedio en el conjunto de la sociedad. Estos cambios, causados en sentido general por las fuerzas económicas, tienen a su vez otras consecuencias.

En ambas sociedades se ha formado una gran clase media, lo que sin embargo ha tenido diferentes consecuencias: en Francia probablemente haya contribuido al descenso de la oposición y de la polarización ideológica, acentuando considerablemente el declive del Partido Comunista, mientras que en Quebec ha sido el origen principal de la creación de una fuerte identidad nacional y de un mayor consenso social.

En posición intermedia dentro del modelo francés se encuentran otras dos macrotendencias, la que describe la sociabilidad y la que se refiere a los cambios en los modelos de conducta. Las tendencias fundamentales de estos dos bloques se encuentran en macrotendencias que ocupan posiciones diferentes en el modelo de Quebec. La desintegración de los viejos modelos de conducta, que ocupan una posición central en el modelo francés, resulta estar en una posición endógena y, por lo tanto, causada, en el modelo de Quebec. Los elementos que definen las tensiones del mercado de trabajo en la macrotendencia francesa, se encuentran en dos macrotendencias de Quebec, una referente a la creciente precariedad y la otra al mayor consenso social, ambas situadas en la parte inferior del modelo.

Al analizar en los dos modelos las macrotendencias en situación endógena, vuelven a aparecer convergencias y divergencias. El primer elemento de convergencia consiste en que, en ambas sociedades, las transformaciones observadas en el consumo, la vida cotidiana y los estilos de vida, están causadas por otros cambios sociales. El segundo radica en el hecho de que los cambios se han traducido en una ampliación del consenso social y en una disminución del radicalismo en ambas sociedades.

Sin embargo, se observa una importante divergencia entre ambas sociedades. En el caso de Francia podemos suponer que existen tres grandes crisis: del desempleo, de las ideologías, y de las

instituciones, sobre todo las del estado de bienestar. Este diagnóstico se formula a partir de la identificación de las macrotendencias endógenas del modelo, que tiende a colocarlas en la posición causada. En Quebec nos encontramos con una situación bastante diferente. El Estado desempeñó un papel de estimulador de las transformaciones sociales, sobre todo después de los años sesenta. En Quebec, la introducción del estado de bienestar fue más tardía que en Francia y tuvo menos importancia y menos fuerza al principio del período estudiado. Durante este período, Quebec evolucionó hacia una mayor centralización, mientras que en Francia se ponía en cuestión la existencia de un Estado demasiado centralizado. Por su parte, Quebec sufrió una importante crisis social, caracterizada por el brote de problemas sociales más agudos y un ascenso de las desigualdades.

Conclusión

Consistencias estructurales junto a singularidades

El análisis comparado que acabamos de esbozar (demasiado escuetamente por el estrecho marco impuesto) nos ofrece un ejemplo ilustrativo de la distinción entre lo formal y lo empírico formulada por Raymond Boudon para caracterizar el cambio social. En el análisis comparado de dos modelos causales hemos encontrado procesos sociales que muestran consistencias que requieren una explicación en términos de modelos ideales, lo que pudiera dar lugar a una conclusión general, así como procesos sociales singulares, que corresponden a una determinada sociedad y contexto. En este estudio, nos daremos por satisfechos con una descripción de las ventajas de la distinción entre lo formal y lo empírico, en el buen entendimiento de que la comparación de tan sólo dos sociedades constituye una base frágil e insuficiente.

En primer lugar, parece posible distinguir las consistencias estructurales que actúan en las sociedades desarrolladas, al menos en lo que se refiere a estos dos casos. Debemos subrayar la influencia de los factores económicos, que parecen desempeñar papeles decisivos en el cambio social. En segundo lugar, parece ser que los procesos sociales activos en las sociedades desarrolladas producen una disminución de la discordia y quizá incluso un mayor consenso social. Los conflictos y tensiones sociales globales y generalizados se están desvaneciendo, lo que no significa la desaparición de todos los conflictos, algo de lo que aún estamos muy lejos. Los conflictos están adquiriendo más bien un carácter local, limitado, circunscrito y más breve. El cambio se refiere al hecho de que los conflictos ya no implican un cuestionamiento de la

sociedad en su totalidad, contrastando así con los objetivos totalizantes de las ideologías radicales de los años sesenta y setenta.

La tercera conclusión describe otra consistencia estructural que, de momento, se planteará como hipótesis. Se trata del rol intermedio representado por la transformación de los roles femeninos en el cambio social. En contra de lo que afirman algunas teorías feministas, los cambios experimentados por los roles femeninos, y en general por la condición femenina, fueron una fuerza de estímulo del cambio social que ha tenido lugar en las sociedades desarrolladas. En primer lugar, cambió la condición de la mujer bajo el impulso de otra serie de cambios, y luego esta nueva condición femenina fue por sí misma la causa de importantes cambios sociales, culturales y económicos.

Cabe afirmar lo mismo con referencia a la transformación de la estratificación social, pudiendo considerarse ésta como una modificación de las relaciones de clase, que muchos califican como una causa básica del cambio social. Se ha producido una importante ampliación de la clase media en ambas sociedades, aunque esta evolución sólo ha representado en ambos casos un papel intermedio, siendo los cambios económicos y la transformación del empleo sus causas principales.

La última consistencia estructural se refiere a que los cambios observados en los estilos de vida son aparentemente endógenos y se producen como consecuencia de otra serie compleja de cambios. El enriquecimiento de la sociedad y los nuevos roles femeninos probablemente estén entre las fuerzas que han dado lugar a una profunda redefinición de los estilos de vida, que se caracterizan ahora por la diversidad y la movilidad formales.

No obstante, en nuestro análisis también se pone de relieve el carácter singular del cambio social. Las diferencias históricas y geográficas y, tal vez con mayor importancia, las que existen entre las instituciones de uno y otro país, crean profundas divergencias en las disposición o configuración de los procesos en curso. El caso de la alternativa centralización-descentralización ejemplifica bastante bien la existencia de dichas singularidades. En Francia existe una ligera tendencia a la descentralización. París sigue siendo indudablemente el centro y la capital, pero muchas otras grandes ciudades francesas se han convertido en centros regionales de gran importancia, que se dirigen por sí mismas al resto de Europa. Por su parte, Quebec ha evolucionado durante los últimos años hacia una mayor centralización.

En el estudio de las propias macrotendencias brotan también singularidades. Hemos visto que no existen semejanzas absolutas, y que las divergencias extremas son excepcionales. En la gran

mayoría de los casos, se podrían haber formulado macrotendencias similares, cuyo contenido en cuanto a tendencias sólo habría coincidido en parte. En términos generales, los cambios sociales adoptan direcciones comunes que no evitan la continuidad de las singularidades locales. Sólo mediante una comparación estructural similar a la que hemos emprendido es posible mostrarlas de forma sistemática, al tener que volver a situar cada elemento en la subestructura antes de pasar a la comparación. Este primer intento nos lleva a las siguientes conclusiones:

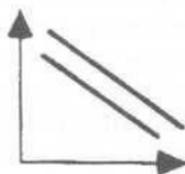
- dos sociedades en una etapa comparable de desarrollo se caracterizan necesariamente por un conjunto de singularidades locales;
- un reducido número de estas singularidades da lugar a divergencias en la evolución;
- pero en la mayoría de los casos no son un obstáculo para las convergencias, aunque éstas siguen siendo parciales porque siempre persiste un cierto grado de singularidad.

Estos son los motivos de que los cambios sociales puedan orientarse en la misma dirección, sin que se altere por ello la identidad de cada sociedad.

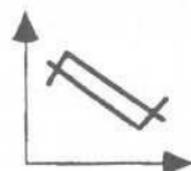
Pese a ello, hay que distinguir entre diferentes casos de singularidades. Nuestro análisis comparativo se ha efectuado a tres niveles: tendencias, macrotendencias y roles causales o posiciones en el sistema. Estos tres niveles representan el mínimo imprescindible para que se pueda realizar una comparación seria. Podría perfectamente utilizarse otro vocabulario para designarlos. Así, un funcionalista preferirá hablar de fenómeno, contexto y función; también se puede ser más generalista y hablar de elemento (del sistema a analizar), de subestructura y de relación, vínculo, conexión o correlación, si se emplea un marco cuantitativo. Lo esencial no es este vocabulario, sino la idea de que para poder ejecutar una comparación hay que situar el elemento que se analiza en su contexto local o la subestructura a la que pertenece y este contexto frente a otros contextos locales cuya suma constituye el contexto global, esto es, el sistema global que se trata de comparar con otros. Se podrían añadir otros niveles de análisis, pero siempre tendrá que contarse con estos tres. Ahora bien, para cada uno existe al menos una alternativa. Pero volvamos a nuestro vocabulario, las tendencias que se comparan, ¿son idénticas o diferentes?; las macrotendencias en las que se sitúan, ¿son idénticas o diferentes?; las posiciones de estas macrotendencias en el sistema causal, ¿son idénticas o diferentes? No es siempre fácil sujetarse en cada nivel a esta alternativa y cabe imaginar la construcción de casos intermedios. Por ejemplo, Para comparar tendencias es preciso tener en cuenta su sentido (la

pendiente de las curvas) y su ritmo (las inflexiones). Dos tendencias pueden tener:

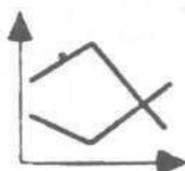
– un mismo sentido y un mismo ritmo



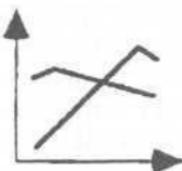
– un mismo sentido y un ritmo diferente



– sentidos diferentes y un mismo ritmo



– sentidos y ritmos diferentes.



Aunque se ve bien cómo alcanzar una conclusión en el primero y en el último caso en cuanto a la identidad o a la diferencia, el segundo y el tercero dificultan el diagnóstico global y eso que solamente se tienen en cuenta dos elementos de juicio. La misma observación es válida por lo que hace al nivel contextual de las macro-tendencias. No hay ningún problema si son absolutamente idénticas o diferentes pero, como ya hemos visto, estos casos son muy raros. A fin de no hallarnos enfrentados al final sino a una alternativa simple a cada nivel, hemos decidido no retener sino el sentido global de las tendencias y considerar que dos macro-tendencias son similares si abarcan una mayoría de tendencias que lo son.

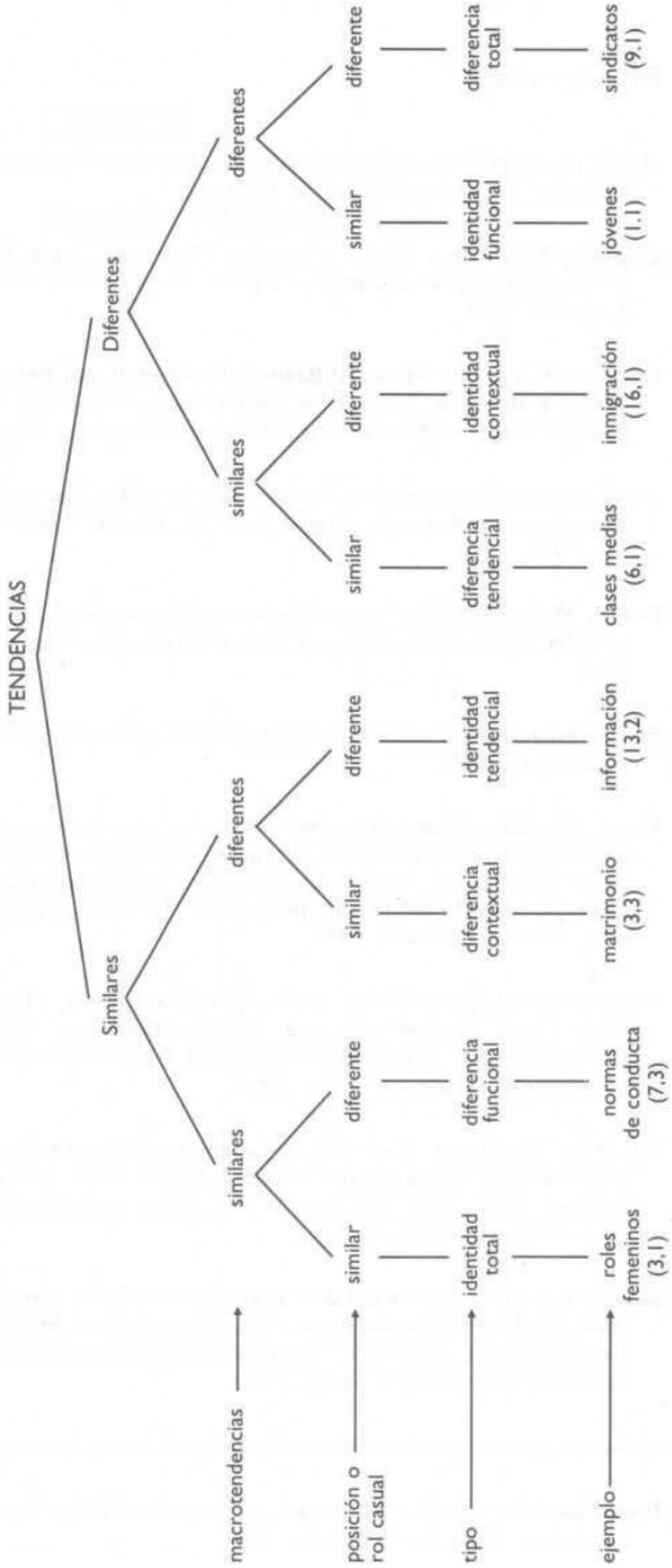
Incluso con estas simplificaciones se originan de este modo hasta ocho casos posibles a la hora de formular un diagnóstico com-

parativo final. Como lo muestran los ejemplos empleados para ilustrar el árbol que sirve para visualizar estos casos (Gráfico 7), todos se encuentran cuando menos una vez en nuestra comparación entre Francia y Québec. Apenas hay problemas con los extremos, esto es, cuando se comprueba que la similitud o la desemejanza es total (i.e., en los tres niveles), pero estas situaciones son muy infrecuentes. Por el contrario, se aprecia que lo que nosotros hemos llamado la singularidad caracteriza, como mínimo, a seis casos posibles que no pueden ser asimilados entre sí sin dañar la precisión de la comparación. En algunos casos, la similitud o la diferencia es solamente tendencial (no afecta sino a la tendencia misma), mientras que en otros es contextual (pertenece a las macrotendencias) y en unos terceros es sencillamente funcional (rol o posición de la subestructura frente al conjunto).

Resulta pues difícil dar contestación a una pregunta como «¿hay o no hay semejanza?», incluso si se trata emitir juicio sobre una tendencia simple, salvo que se hagan precisiones adicionales. Excepto en los casos de identidad o diferencia total, hay que determinar de cuál de los seis tipos de singularidad se trata. Un análisis comparado que no permita identificarlos conducirá a amalgamar casos lógicamente distintos. Como hemos dicho, se pueden contemplar diversos métodos o paradigmas para designar los niveles de análisis y responder a las preguntas que se planteen en cada uno (si bien habrá cuando menos que identificar los fenómenos, sus factores contextuales y sus relaciones), pero la ventaja del análisis estructural reside en su sistematicidad.

Si hubiésemos partido de una serie única o reducida de ideas superpuestas sobre el cambio social en las sociedades industriales y postindustriales no habría sido posible establecer las singularidades antes citadas. Solamente a través de una lectura retrospectiva de las relaciones entre tendencias podemos llevar a cabo una comparación sistemática de las estructuras causativas que caracterizan el cambio en cada sociedad y esta comparación es el único medio de descubrir de una manera sistemática las consistencias y singularidades. Por lo tanto, valdría la pena seguir utilizando este enfoque y extenderlo a otras sociedades.

GRAFICO 7
Tendencias



Bibliografía

- Boudon, Raymond:** *La place du désordre*, Paris, Presses universitaires de France, collection Sociologies, 1984.
- Caplow, Theodore:** «The Comparative Charting of Social Change in Advanced Industrial Societies», *European Studies Newsletter*, XVII, 5, April: 1-6, 1988.
- Caplow, Theodore, Howard Bahr, John Modell and Bruce Chadwick:** *Recent Social Trends in The United States, 1960-1990*, Frankfurt, Campus Verlag et Montréal, McGill-Queen's University Press, 1991.
- Dirn, Louis:** «Pour un tableau tendanciel de la société française: un parti de recherche», *Revue française de sociologie*, 3, juillet-septembre: 389-408, 1975.
- Forsé, Michel:** *L'analyse structurelle du changement social. Le modèle de Louis Dirn*, Paris, Presses universitaires de France, Coll. Le sociologue, 1991.
- Forsé, Michel:** «Les théories du changement social», *Sciences humaines*, mars, 27-31, 1992.
- Forsé, Michel et Yannick Lemel:** «Peut-on parler de macro-tendances de transformation de la société française? Quelques éléments de réponse apportés par la méthode "Louis Dirn"», in *La modélisation confluent des sciences*, 167-187. M. Brissaud, M. Forsé et A. Zighed (éds.), Paris, Éditions du CNRS, 1990.
- Forsé, Michel, Jean-Pierre Jaslin, Yannick Lemel, Henri Mendras, Denis Stoclet and Jean Hughes Déchaux:** *Recent Social Trends in France, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Glatzer, Wolfgang, Karl Otto Hondrich, Heinz-Herbert Noll, Karin Stiehr and Barbara Wörndl:** *Recent Social Trends in West Germany, 1960-1990*, Frankfurt, Campus Verlag and Montréal, McGill-Queen's University Press, 1992.
- Langlois, Simon, Jean-Paul Baillargeon, Gary Caldwell, Guy Fréchet, Madeleine Gauthier and Jean-Pierre Simard:** *Recent Social Trends in Quebec, 1960-1990*, Montréal and Frankfurt, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1992.
- Mendras, Henri:** *La seconde révolution française*, Paris, Gallimard, 1989.
- Mendras, Henri et Michel Forsé:** *Le changement social, Tendances et paradigmes*, Paris, Armand Colin, 1983.

II. LEXICO

Renata Hornung-Drauss

1. Comentarios sobre el problema del idioma común

En la introducción de esta obra se ha indicado que una de las metas que se propone el proyecto de «Cartografía comparada del cambio social» consiste en analizar comparativamente el cambio social acaecido en las sociedades estudiadas. Pero el análisis de las tendencias observadas en cada una de las sociedades se ha hecho tomando como base los datos sociológicos de cada país y su literatura sociológica, y todas las referencias bibliográficas que acompañan a cada informe de tendencia son publicaciones sociológicas. De manera que, aunque los volúmenes dedicados a los perfiles nacionales sean eventualmente publicados en inglés, no dejarán por ello de evocar la lengua y los conceptos sociológicos peculiares de cada sociedad. En el transcurso de su trabajo, el grupo de investigación llegó a la conclusión de que era preciso abordar, dentro del proyecto, el problema de la compatibilidad entre los diferentes idiomas implicados.

El problema del idioma común se presenta en dos niveles. En primer lugar, parece aconsejable facilitar a los estudiosos que lean esta publicación el acceso directo en su lengua materna a los temas tratados en el estudio. Al mismo tiempo, las personas que estudien la literatura extranjera citada en la bibliografía tal vez deseen disponer de una traducción a su propia lengua de los términos sociológicos utilizados. Nos ha parecido que la mejor manera de abordar estos problemas era confeccionar un léxico plurilingüe combinado con un índice (parte tercera de este capítulo). Empezando por los términos ingleses utilizados en esta publicación, el léxico-índice-léxico contiene las equivalencias en francés, alemán y español. Cada término hace referencia a los números atribuidos a las tendencias en las que se usa el mismo, lo que facilita el acceso directo a los diferentes volúmenes dedicados al perfil de cada sociedad. Por supuesto, cada volumen lleva un índice alfabético, de cuyas entradas se ha hecho eco el léxico-índice plurilingüe.

El segundo problema lingüístico es el que se deriva de los diferentes conceptos sociológicos (o de sus definiciones) subyacentes en algunos términos aparentemente equivalentes de diferentes idiomas. Pueden citarse como ejemplos representativos los términos «occupational categories» o «social class». La mera traducción de dichos términos del inglés a otras lenguas puede conducir a confusiones. Por tanto, nos hemos decidido a crear en el léxico un glosario anotado de aquellos términos que precisan aclaraciones en cuanto al significado exacto que poseen en los diferentes contextos de esta obra. El glosario constituye la segunda parte de este capítulo.

Por último, deseamos señalar que este conjunto de léxico y glosario no pretende ser, ni mucho menos, un diccionario o glosario sociológico completo. Su alcance se limita al objetivo, tan modesto como pragmático, de ayudar a los estudiosos que utilicen las publicaciones de nuestro grupo de investigación.

2. Comentarios sobre algunas entradas del léxico

Authority-autorité-Autorität-autoridad (7.4)

El concepto de autoridad puede estudiarse desde el punto de vista de las personas o instituciones que la ejercen (el estudio de Max Weber sobre los tipos de normas legítimas es un ejemplo representativo) o desde el de quienes se supone que están obligados a prestarle el debido respeto y obediencia. En la presente obra se ha adoptado este último punto de vista. A partir de varios indicadores empíricos, se extraen conclusiones en cuanto al modo en que han evolucionado en los últimos treinta años las actitudes hacia la autoridad y el respeto a sus diferentes expresiones (la familia, las convenciones sociales, el Estado).

Church membership - affiliation religieuse - Kirchenmitgliedschaft - afiliación religiosa

En todas las sociedades representadas en este estudio, excepto en Alemania, la afiliación religiosa se define por las declaraciones subjetivas de los individuos. En Alemania, las principales iglesias (protestante y católica) perciben un impuesto religioso que el Estado se encarga de recaudar con el impuesto sobre la renta. A partir de los datos fiscales deducidos de la recaudación del impuesto religioso, puede deducirse la afiliación a las diferentes confesiones: sólo se consideran afiliadas aquellas personas que pagan oficialmente el impuesto religioso. Los que rehúsan pagarlo se consideran no creyentes. En EE.UU., las encuestas que recogen declaraciones subjetivas de asistencia individual a los actos religiosos tienden a subvalorar el crecimiento del evangelismo televisivo observado en los últimos años. En Quebec, los datos oficiales sobre la afiliación proceden del censo, pero no constituyen, ni mucho menos, un indicador preciso. En España la afiliación, que

se define en cuanto a la Iglesia Católica por el bautismo, y la práctica difieren considerablemente.

Citizens' initiatives - initiatives citoyens - Bürgerinitiativen - iniciativas ciudadanas (10.4)

Este término es frecuente en la literatura sociológica alemana. Se refiere a una nueva forma de grupos de intereses que aparecen al final de los años setenta, y que están vinculados en su mayor parte con los movimientos sociales (especialmente con el movimiento ecológico). Tales grupos se basan en acciones espontáneas de los ciudadanos, su alcance se limita a la solución de determinados problemas locales (por ejemplo la construcción de autopistas o de plantas nucleares), y por lo general dejan de existir tan pronto como se soluciona el problema.

Co-determination - co-gestion - Mitbestimmung - cogestión (5.1; 10.2)

Este término pertenece al campo de las relaciones industriales y se refiere a la implicación de los trabajadores en el proceso de toma de decisiones de una empresa. En algunos países, el derecho de los trabajadores a la cogestión tiene raíces tradicionales o se ha negociado en los convenios colectivos. En Alemania, que es el país que tiene el sistema más complicado de cogestión, el término designa la participación, institucionalizada legalmente, de los sindicatos o de los representantes electos de los trabajadores en el proceso de toma de decisiones de la empresa. La cogestión puede funcionar en dos planos: en el de planta mediante el consejo de trabajadores, y en el de empresa con puestos en el consejo de administración, que tiene facultades de supervisor. En EE.UU., es posible que estén apareciendo ciertas formas de cogestión, como consecuencia de la construcción y puesta en marcha de grandes plantas japonesas de ensamblaje. En Quebec y España (donde el término empleado es *co-gestion*), esta práctica está poco difundida.

Collective bargaining - négociations collectives - Tarifverhandlungen - negociación colectiva (7.2)

Este término se refiere a la negociación de los sueldos y condiciones de trabajo entre sindicatos y representantes patronales. Según lo que se acostumbre en los diferentes países, la negociación colectiva puede celebrarse a escala de empresa, de sector, de región o de toda la nación.

Corporatism - corporatisme - Korporatismus - corporativismo (10.4)

Históricamente, el término *corporativismo* ha tenido varios significados. Se ha aplicado a una característica típica del fascismo, o a las corporaciones o gremios de quienes ejercen una misma ocupación. El término, empleado muchas veces en su variante de «neocorporativismo», se refiere también al papel que desempeñan

los grupos institucionalizados de intereses en el desarrollo de determinadas actuaciones políticas. Un ejemplo típico lo tenemos en la administración tripartita (Estado, sindicatos y patronal) del sistema alemán de seguridad social. En EE.UU. cabe destacar el papel desempeñado en este aspecto por los PAC (comités de acción política). Se trata, ciertamente, de grupos de intereses que intervienen en la política, aunque no se involucren en nada parecido a una administración tripartita.

Educational system - système d'éducation - Bildungssystem - sistema educativo (8.1)

En todas las sociedades estudiadas, el sistema educativo consta de al menos tres etapas principales:

- enseñanza primaria, desde los 6 hasta los 10 años (en Alemania), o hasta los 12 años en otros países;
- enseñanza secundaria, desde los 12 años (10 en Alemania) hasta los 18 años, más o menos; (16, 17, 18 ó 19 en Alemania, según el tipo de instituto que se elija);
- enseñanza postsecundaria, que incluye los estudios de grado medio o superior en universidades, escuelas técnicas, *grandes écoles*, etc.

En algunos países, la educación preescolar está muy desarrollada y abarca a un elevado número de niños, por lo que se considera que también forma parte del sistema educativo. La escolarización obligatoria comienza a partir de los 6 años en la escuela primaria y termina por lo general a la edad de 16 años. En EE.UU., el dinero invertido por las empresas en formación de sus empleados es casi igual al coste total de la enseñanza superior.

Industrial relations - relations industrielles - industrielle Beziehungen - relaciones industriales (7.2)

Este término se refiere a las relaciones entre los patronos o sus representantes y los trabajadores o los sindicatos que les representan. Por lo general, el término abarca también temas tales como la legislación laboral, los conflictos laborales, la negociación colectiva y los convenios, la gestión, etc.

Informal economy - économie informelle - informelle Ökonomie - economía informal (12.2)

La economía informal comprende varias actividades diferentes, unas legales y otras no, caracterizadas todas ellas por el hecho de no estar incluidas en las cifras económicas oficiales (producto nacional). Los principales componentes de la economía informal son:

- el empleo ilegal: trabajadores no declarados a las autoridades fiscales o sociales;
- artesanos que realizan su trabajo sin llevar libros de contabilidad;
- actividades lucrativas ilegales (p. ej., el narcotráfico);
- trueque de bienes y servicios;
- ayudas entre vecinos, amigos y familiares;
- producción doméstica, del tipo «hágalo usted mismo», etc.

Labour unions - syndicats ouvriers - Gewerkschaften - sindicatos obreros (9.1)

Los sindicatos son organizaciones de los trabajadores asalariados. Su principal objetivo es negociar con los patronos los salarios y las condiciones de trabajo de sus afiliados, pero actúan también como grupos de intereses en la escena política.

Occupational categories - catégories socio-professionnelles - Berufsgruppen - categorías ocupacionales (4.2)

Este término se refiere a la clasificación de la población activa de acuerdo con criterios profesionales y sociológicos. Dado que las clasificaciones varían notablemente de un país a otro, sólo es posible una comparación muy general. En el cuadro-resumen que se da en la página siguiente, las principales categorías ocupacionales de cada país figuran en negrita; los términos entre paréntesis son traducciones de ciertas ocupaciones que no constituyen categorías propiamente dichas en la sociedad respectiva. Las flechas que preceden a algunos términos indican la categoría a la que pertenece una ocupación, en el caso de que ésta no constituya una categoría por sí misma.

Part-time employment - travail a temps partiel - Teilzeitbeschäftigung - empleo a tiempo parcial (4.3)

Resulta muy difícil comparar los datos de diferentes naciones sobre el empleo a tiempo parcial, porque la forma en que se define, esto es, su diferenciación respecto del empleo a tiempo completo, difiere de unos países a otros. Por ejemplo, en EE.UU. los trabajadores a tiempo parcial son personas que trabajan menos del turno semanal completo que se considera normal en la empresa, mientras que en Alemania, los empleos en que la semana laboral es de 36 horas se consideran como trabajos a tiempo parcial. En Francia, se consideran empleos a tiempo parcial aquellos en que se trabaja menos de 30 horas por semana y en España los que no llegan a las 40 horas.

ESTADOS UNIDOS	FRANCIA	ALEMANIA	ESPAÑA
Owner/Boss	Patron (F)/ Propriétaire (Q)	Selbständige	Patronos
Craftsman/ tradesman	Artisan/Commer- çant		Artesanos comerciantes
Professional	Professions libérales (F)/ Professionnel (Q)	Freie Berufe →Selbständige	Profesiones liberales
Manager/ top executive	Cadre supérieur	Angestellte leitende A.	Gerentes directivos
Middle manager/ lower manager	Cadre moyen	Höhere A. mittlere A.	Mandos medias
Clerical	Employé de bureau	Büropersonal	Empleados
Technician Civil servant	Technicien Fonctionnaire	Beamte	Funcionarios
Artist clergy army, police officer	Artiste Clergé armée, police		Artistas, clérigos ejército, policía
Domestic servant	Personnel de service	Hauspersonal →Angestellte	Servicio doméstico
Unpaid family worker	Travailleur familial	Mithelfende Familien- angehörige	Ayuda familiar
Foreman	Contremaître Ouvrier		Capataces
Blue-collar worker	Ouvrier	Arbeiter	Obreros
Skilled worker	Ouvrier qualifié	Facharbeiter	Obrero cualificado
Operator	Ouvrier spécialisé	Angelernte Arbeiter	Obrero especializado
Labourer	Manoeuvre	Hilfsarbeiter	Peones
Farmer	Agriculteur Exploitant (F)/ cultivateur (Q)	Landwirte →Selbständige	Agricultores
Farm labourer	Salarié agricole	Landwirtschaftliche Arbeitskräfte →Arbeiter	Obreros agrícolas

*Worker participation - participation des salariés -
Arbeitnehmerbeteiligung - participación de los trabajadores (5.1)*

Se utiliza en ocasiones este término para referirse a los derechos de información, consulta y cogestión de los trabajadores en el proceso de toma de decisiones de la empresa. Sin embargo, de manera más específica, se refiere a la participación financiera de los empleados en los beneficios (participación en beneficios o

pagas de beneficios) o en el capital de la empresa (participación en el capital o en el accionariado). En EE.UU., los grandes planes de pensiones financiados por los patronos, en alguno de los cuales cotizan también los trabajadores, se considera participación de éstos. Esta es la forma más importante de participación financiera de los trabajadores en las empresas norteamericanas y también la más discutible.

Social class - classe sociale - soziale Schicht - clase social (2.1; 6.1; 6.2; 6.3; 6.4)

Existen dos tradiciones sociológicas principales en cuanto al concepto de clase social. Por una parte está la tradición marxista, que define las clases sociales con referencia al lugar que ocupan los agentes sociales en el sistema productivo. El término alemán *Klasse* se emplea por lo general en el contexto de la interpretación marxista de las clases sociales. La otra noción de clase social hace referencia la teoría de la estratificación social, que tiene su origen en la sociología de Max Weber, que es más reciente y que define las clases sociales en relación con varios indicadores tales como el nivel de vida, los ingresos y el poder. En Alemania, se utiliza por lo general el término *Schicht* para referirse a este concepto.

Social elections - élections professionnelles - Betriebsrats- und sozial-versicherungswahlen - elecciones de representantes sociales o sindicales (7.5)

Este término se emplea casi exclusivamente en Francia y Alemania para referirse a la elección de los representantes de los trabajadores en los comités de empresa, de los representantes de trabajadores y empleados en los consejos de dirección de las instituciones de seguridad social, y, en Francia solamente, a la elección de los representantes en los tribunales de arbitraje (*prud'hommes*).

Strike - grève - Streik - huelga (7.1)

La huelga es una de las «armas» utilizadas por los trabajadores en los conflictos laborales. Consiste en negarse a trabajar mientras no se llegue a un acuerdo sobre los temas discutidos. La contramedida de los patronos es (pese a estar prohibido en algunos países) el cierre patronal o «lock-out». Las estadísticas sobre conflictos laborales dan por lo general los días laborables perdidos por cada 1.000 empleados, por causa de huelga o de cierre patronal. En Francia, los datos se expresan en días perdidos por huelguista. Existen importantes diferencias institucionales y tradicionales entre las diversas sociedades: en Francia, la huelga es un derecho individual garantizado por la constitución, que puede ser ejercido por cualquier trabajador y en cualquier momento, con la condición de que medie un preaviso de 48 horas. En Alemania, la huelga forma parte del «ritual» de la negociación

colectiva, y se considera legalmente como un instrumento de *ultima ratio*, que solamente pueden utilizar los sindicatos cuando la negociación y los esfuerzos de mediación han fracasado; por el contrario, se consideran ilegales las huelgas realizadas en el período de validez de los convenios colectivos o durante la negociación de los mismos. En EE.UU., España y Quebec, son huelgas legales las organizadas por los sindicatos oficialmente reconocidos, y decididas por votación; las demás huelgas («huelgas salvajes») se consideran ilegales. Debe observarse que en EE.UU. existen grandes diferencias de un Estado a otro, tanto nominales como prácticas, en sus respectivas legislaciones laborales. Además, aquellos trabajadores que carecen del derecho a la huelga (que constituyen un elevado y cada vez mayor porcentaje de la afiliación) recurren a la «fiebre azul» (policía), «bajas por enfermedad» (pilotos), y «huelgas de celo» (trabajadores de aviación y otras industrias de alta tecnología).

*Transfer payments - transferts sociaux - staatliche
Tranzferzahlungen - pagos por transferencias del Estado (6.3)*

Este término hace referencia a las subvenciones familiares (subsídios a la infancia, programas de ayuda a las rentas bajas, etc.). A menudo se utilizan estos pagos por transferencias como instrumentos para dirigir la distribución de las rentas hacia una mayor igualdad. El término no abarca las subvenciones a las empresas. En EE.UU., una proporción elevada y cada vez mayor de estos pagos adopta la forma de créditos, deducciones y exenciones fiscales. Existe incluso una imposición negativa sobre la renta (el EIC) para aquellas personas con niños a su cargo y escasos ingresos. Además, algunas deducciones fiscales, como la de los intereses hipotecarios, son objeto de ajustes con arreglo a la inflación, a diferencia de lo que sucede con otros, como la exención por niños dependientes.

Unemployment - chômage - Arbeitslosigkeit - paro (4.1)

No es tarea fácil la de comparar las cifras de paro de los diferentes países, debido a las diferencias existentes en la definición de los términos. Por ejemplo, en EE.UU., se consideran desempleadas aquellas personas sin trabajo que lo buscan activamente, pero se las da de baja en el cómputo del paro al cabo de un tiempo determinado, aunque sigan sin trabajo y buscándolo activamente. De esta forma, la tasa de paro en los EE.UU. está formada en realidad por los desempleados que no han podido encontrar trabajo en las primeras X semanas siguientes a su pérdida. El valor de X cambia por decisiones políticas. La mayoría de las personas sin hogar no figuran en las listas del paro, aunque estén buscando trabajo. Otra complicación es el tratamiento que se da a los más de 2,1 millones de personas que visten el uniforme militar, consideradas unas veces como empleadas y otras no.

Lo mismo sucede con la diversidad de tratamientos y métodos utilizados en el cómputo de los empleados a tiempo parcial y de los trabajadores autónomos. En Alemania, se consideran desempleadas a las personas de edad inferior a los 65 años, que estén inscritas en los registros de la oficina federal de empleo (Bundesanstalt für Arbeit) con la indicación de que están buscando una colocación de al menos 18 horas por semana por un mínimo de 3 meses, y que estén disponibles sin demora en el mercado de trabajo. En Francia y España las cifras oficiales de paro abarcan a todas las personas inscritas en la oficina nacional de empleo (Agence Nationale pour l'Emploi e INEM, respectivamente) con la indicación de estar buscando trabajo. Hay otra fuente, la principal, que es la encuesta anual de empleo denominada INSEE, EPA en España, en la que se investiga a unas 60.000 personas sobre su situación en el mercado de trabajo y su nivel de vida. En Quebec, las personas sin trabajo deben estar buscándolo activamente para ser consideradas como desempleadas. Quienes hayan trabajado durante un período variable en función de la tasa de paro de la región considerada (de 10 a 20 semanas) y hayan pagado sus cuotas del seguro de paro, reciben la consideración de desempleados y obtienen subsidios. Existen otras definiciones, por lo que resulta obligado especificar la que subyace en las cifras utilizadas en cada caso.

Welfare system - protection sociale - Wohlfahrtssystem (Sozialhilfe und freie Wohlfahrtspflege) - sistema de bienestar (8.3)

El sistema de bienestar comprende el estado asistencial y las instituciones benéficas privadas, como las iglesias y las instituciones parareligiosas y otras de carácter similar. El concepto de Estado de bienestar, tal como se utiliza en nuestra serie de estudios, hace referencia a los intentos estatales de dirigir y controlar la distribución del bienestar entre la población mediante acciones políticas deliberadas. Son indicadores cuantitativos del desarrollo del estado de bienestar el número de funcionarios y los gastos estatales en asistencia social. En EE.UU., existen grandes diferencias entre los diversos Estados en lo que concierne a gastos asistenciales, tales como la Ayuda a las familias con niños a su cargo, el programa Medicaid, etc. Por ello, los valores medios de EE.UU. pueden ocultar unos niveles dispersos de pobreza, superiores a los que existen en otros países que utilizan normas uniformes de ayuda.

LEXICO - INDICE
INGLÉS, FRANCÉS, ALEMÁN, ESPAÑOL
(Por orden alfabético inglés)

(Los comentarios a las entradas impresas en cursiva se encuentran en la parte 2.)

abortion - avortement - Abtreibung - aborto	3.5
addiction - toxicomanie - Sucht - toxicomanía	16.3
adult education - formation des adultes - Erwachsenenbildung - educación de adultos	15.3
age at first childbirth - âge à la première naissance - Alter bei Geburt des ersten Kindes - edad al primer nacimiento	1.1
age at marriage - âge au mariage - Heiratsalter - edad al casarse	3.3
age distribution - répartition selon l'âge - Altersaufbau - distribución de edades	0.1
age specific first marriage rate - indice de primo-nuptialité - Heiratshäufigkeit - tasa por edad en el primer casamiento	3.3
age-adjusted suicide rate - taux de suicide standardisé - standardisierte Selbstmordrate - tasa estandarizada de suicidio	
anti-poverty programs - programmes anti-pauvreté - Programme zur Bekämpfung der Armuts - programas de lucha contra la pobreza	16.4
arbitration - arbitrage - Schlichtung - arbitraje	10.1
aspirations - aspirations - (Lebens-) Ziele - aspiraciones	17.2
associations - associations - Vereine - asociaciones	2.5
athletics - athlétisme - Leichtathletik - atletismo	14.3
attendance at performances - assistance à des spectacles - Besuch von kulturellen Veranstaltungen - asistencia a espectáculos	14.4
attitudes - attitudes - Einstellungen - actitudes	17.1; 17.2; 17.3; 17.4; 17.5

<i>authority</i> - <i>autorité</i> - <i>Autorität</i> - <i>autoridad</i>	7.4
birth rate - <i>taux de natalité</i> - <i>Geburtenziffer</i> - <i>tasa de natalidad</i>	3.2
births - <i>naissances</i> - <i>Geburten</i> - <i>nacimientos</i>	3.2
black economy - <i>économie souterraine</i> - <i>Schwarzarbeit</i> - <i>economía sumergida</i>	12.2
books bought - <i>livres achetés</i> - <i>Bücherkauf</i> - <i>libros comprados</i>	14.4
business failures - <i>faillites</i> - <i>Insolvenzen</i> - <i>quiebras</i>	0.2; 5.3
capital formation - <i>formation du capital</i> - <i>Kapitalbildung</i> - <i>formación de capital</i>	0.2
career development - <i>promotion de carrières</i> - <i>Karriereförderung</i> - <i>desarrollo de las carreras ocupacionales</i>	5.2
career mobility - <i>mobilité professionnelle</i> - <i>berufliche Mobilität</i> - <i>movilidad profesional</i>	6.2
celibacy - <i>célibat</i> - <i>Ehelosigkeit</i> - <i>celibato</i>	3.3
child care - <i>soins aux enfants</i> - <i>Kinderbetreuung</i> - <i>cuidado de los niños</i>	3.1
<i>church membership</i> - <i>affiliation religieuse</i> - <i>Kirchenmitgliedschaft</i> - <i>afiliación religiosa</i>	9.2
church tax - <i>dîme</i> - <i>Kirchensteuer</i> - <i>impuesto religioso</i>	9.2
<i>citizens' initiatives</i> - <i>initiatives des citoyens</i> - <i>Bürgerinitiativen</i> - <i>iniciativas ciudadanas</i>	10.4
civil servants - <i>fonctionnaires</i> - <i>Beamte</i> - <i>funcionarios</i>	4.2
class → social class	
clerical worker - <i>employé de bureau</i> - <i>Büroangestellte(r)</i> - <i>empleado administrativo</i>	4.2
<i>co-determination</i> - <i>co-détermination</i> - <i>Mitbestimmung</i> - <i>code-terminación</i>	5.1; 10.2
cohabitation, types of (other than marriage) - <i>cohabitation, types de (autres que le mariage)</i> - <i>nichteheliche Lebensgemeinschaften</i> - <i>cohabitación (no marital)</i>	3.3
collective agreement - <i>convention collective</i> - <i>Tarifvertrag</i> - <i>convenio colectivo</i>	9.1; 10.2
<i>collective bargaining</i> - <i>négociations collectives</i> - <i>Tarifverhandlungen</i> - <i>negociación colectiva</i>	7.2
college - <i>premier cycle de l'université</i> - <i>Grundstudium</i> - <i>primer ciclo universitario</i>	8.1
common law marriage - <i>union de fait</i> - <i>juristisch geschützte nichteheliche Lebensgemeinschaft</i> - <i>unión de hecho</i>	3.3

community leaders - notables - Ehrenamtsträger - líderes comunitarios	2.5
community types - types de communautés - Gemeindeformen - tipos de comunidad	2.3
commuting - faire la navette - Pendeln - viaje diario al trabajo	13.5
computer applications - applications de l'ordinateur - Anwendung von Computern - aplicaciones informáticas	4.5
computerization of work - informatisation du travail - Informatisierung der Arbeit - informatización del trabajo	4.5
confidence in institutions - confiance dans les institutions - Vertrauen in die Institutionen - confianza en las instituciones	11.2
conscription - service militaire obligatoire - Wehrpflicht - servicio militar obligatorio	9.3
consensual union → cohabitation	
constraint - contrainte - Zwang - sujeción	7.3
consumer patterns - modèles de consommation - Konsumverhaltensmuster - modelos de consumo	13.1
consumerism - consumérisme - Verbraucherschutzbewegungen - consumismo	10.3
continuing education - formation permanente - Weiterbildung - formación continua	15.3
contraception - contraception - Empfängnisverhütung - anticoncepción	3.5
corporation - société anonyme - Aktiengesellschaft - sociedad anónima	5.3
corporatism - corporatisme - Korporatismus - corporatismo	10.4
counseling - counseling - Arbeitnehmerberatung - asesoría	5.2
craftsman (and skilled worker) - ouvrier qualifié et artisan - Facharbeiter und Handwerker - artesano y obrero cualificado	4.2
crime - crime - Straftaten - delito	16.2
criminal justice administration - administration de la justice - Strafjustiz, Verwaltung der -administración de la justicia penal	16.2
curricula - curricula - Lehrpläne - curricula	8.1
daily mobility - mobilité de la vie quotidienne - Mobilität im Alltagsleben - movilidad cotidiana	13.5
data dissemination - diffusion de l'information - Datenübermittlung - difusión de la información	4.5

data storage - stockage de l'information - Datenaufbewahrung - almacenamiento de la información	4.5
death rate - taux de mortalité - Sterbeziffer - tasa de mortalidad	0.1
denesting (leaving home) - décohabitation - Auszug aus dem Elternhaus - marcha del hogar paterno	1.1
dieting - régimes - Diäten - dieta	13.3
disposable income - revenu disponible - verfügbares Einkommen - renta disponible	12.1
dispute settlement - arbitrage - Konfliktlösung - arbitraje	10.1
divorce - divorce - Scheidung - divorcio	3.3
durable goods - biens durables - langlebige Gebrauchsgüter - bienes duraderos	13.1
duration of studies - durée des études - Ausbildungsdauer - duración de los estudios	1.1
dwelling - logement - Wohnstätten - viviendas	2.3
ecological movements - mouvements écologistes - ökologiebewegung - movimientos ecológicos	10.3
economic inequality - inégalités économiques - wirtschaftliche Ungleichheit - desigualdades económicas	6.3
economic orientations - orientations économiques - Einstellungen zur Wirtschaft - orientaciones económicas	11.3
educational attainment - niveau scolaire - Bildungsniveau - nivel educativo	15.1; 15.2; 15.3
educational system - système d'éducation - Bildungssystem - sistema educativo	8.1
elders - personnes âgées (troisième âge) - alte Bevölkerung - ancianos (tercera edad)	1.2
elected local officials - élus locaux - gewählte Gemeindevertreter - cargos locales elegidos	2.4
elections - élections - Wahlen - elecciones	7.5
emotional disorders - désordres émotifs - emotionale Störungen - trastornos emocionales	16.3
Employee stock ownership program - plan d'intéressement des salariés - MitarbeiterKapitalbeteiligungsmodell - plan de participación accionarial de los asalariados	5.3
employment of women - travail des femmes - Berufstätigkeit der Frauen - empleo de las mujeres	3.4
employment, types of - emplois, formes d' - Beschäftigung, Formen der - tipos de empleo	4.3
energy consumption - consommation énergétique - Energieverbrauch - consumo energético	0.2, 0.3

enrollment (educational system) - inscription (système d'éducation) - Anmeldung (Bildungssystem) - matrícula (sistema educativo)	8.1
environment - environnement - Umwelt - medio ambiente	10.3
entrepreneurship - entrepreneuriat - Unternehmertum - empresariado	11.3
erotic expression - expression érotique - erotische Ausdrucksformen - expresión erótica	13.7
ethnic minorities - minorités ethniques - ethnische Minderheiten - minorías étnicas	16.1
expenditure of households - dépenses des ménages - Ausgaben der privaten Haushalte - gastos de los hogares	13.1
family income - revenu familial - Haushaltseinkommen - renta familiar	12.1
family wealth - patrimoine des familles - Familienvermögen - patrimonio familiar	12.3
farm laborer - travailleur agricole - landwirtschaftliche Arbeitskraft - trabajador agrícola	4.2
farmer - agriculteur exploitant - Landwirt - agricultor	4.2
female labor force participation - taux d'activité des femmes - Frauenerwerbsquote - tasa de actividad femenina	3.4
female roles - rôles féminins - weibliche Rollen - roles femeninos	3.1
fertility - fécondité - Fruchtbarkeit - fecundidad	0.1; 3.2
fixed-term contracts - contrats à durée déterminée - befristete Arbeitsverhältnisse - contratos a plazo fijo	1.1; 4.3
flexible schedules - horaires flexibles - flexible Arbeitszeit - horarios flexibles	5.1
flextime → flexible schedules	
foreign trade - commerce extérieur - Außenhandel - comercio exterior	0.2
free time - temps libre - Freizeit - tiempo libre	14.1
fringe benefits - bénéfices marginaux - Zusatzleistungen, betriebliche - beneficios marginales	5.2
full time employment - emploi à plein temps - Vollzeitbeschäftigung - empleo a tiempo completo	4.3
gainfully employed persons - personnes actives occupées - Erwerbstätige - personas activas ocupadas	4.1
gardening - jardinage - Gartenarbeit - jardinería	13.6
GDP → gross domestic product	

general education - formation générale - Allgemeinbildung - educación general	15.1
GNP → gross national product	
goods producing sector - secteur de la production des biens - Produktionssektor - sector de producción de bie- nes	4.4
graduates - diplômés - Bildungsabschluß, Bevölkerung mit - graduados	8.1
grievance procedures - procédures de griefs - Beschwer- deverfahren, innerbetriebliche - procedimientos de queja	5.2
gross domestic product - produit intérieur brut - Brut- toinlandsprodukt - producto interior bruto (PIB)	0.2
gross national product - produit national brut - Bruttosozial- produkt - producto nacional bruto (PNB)	0.2
gross reproduction rate - taux brut de reproduction - Bruttoreproduktionsrate - tasa bruta de reproducción	3.2
health and beauty practices - soins corporels et de santé - Gesundheitsund Schönheitspflege - cuidados corporales y de la salud	13.3
health system - système de santé - Gesundheitswesen - sistema sanitario	8.2
hidden poverty - pauvreté cachée - versteckte Armut - pobreza oculta	16.4
high school graduates - bacheliers - Abiturienten - bachi- lleres	8.1; 15.1
homelessness - itinérance - Obdachlosigkeit - sin techo	16.4
household production - production domestique - Haus- haltsproduktion - producción doméstica	13.6
housework - tâches domestiques - Hausarbeit - tareas domésticas	3.1
illegal employment - travail au noir - Schwarzarbeit - em- pleo ilegal	4.1
illegitimacy → out-of-wedlock births	
illicit drugs - drogues illicites - verbotene Drogen - drogas ilegales	16.3
immigrants - immigrants - Einwanderer (Ausländer) - in- migrantes	16.1
income - revenu - Einkommen - renta	6.3; 12.1
income distribution - répartition des revenus - Einkom- mensverteilung - distribución de la renta	6.3; 12.1
independent trade union - syndicat non-affilié - unabhän- gige Gewerkschaft - sindicato independiente	9.1

individual income → personal income	
<i>industrial relations</i> - <i>relations industrielles</i> - <i>Beziehungen zwischen den Sozialpartnern</i> - <i>relaciones industriales</i>	7.2
inequality, economic → economic inequality	
infant mortality - <i>mortalité infantile</i> - <i>Säuglingssterblichkeit</i> - <i>mortalidad infantil</i>	0.1
<i>informal economy</i> - <i>économie informelle</i> - <i>informelle Wirtschaft (Schattenwirtschaft)</i> - <i>economía informal</i>	12.2
institutional authority - <i>autorité institutionnelle</i> - <i>institutionelle Autorität</i> - <i>autoridad institucional</i>	7.4
institutionalization of labor unions - <i>institutionnalisation des syndicats</i> - <i>Institutionalisierung der Gewerkschaften</i> - <i>institucionalización de los sindicatos</i>	10.2
institutionalization of social forces - <i>institutionnalisation des forces sociales</i> - <i>Institutionalisierung der sozialen Kräfte</i> - <i>institucionalización de las fuerzas sociales</i>	10.1; 10.2; 10.3; 10.4
intangible commodities - <i>biens (services) immatériels</i> - <i>intangible Güter</i> - <i>bienes intangibles</i>	4.4
inter-generational mobility - <i>mobilité inter-générationnelle</i> - <i>intergenerationelle Mobilität</i> - <i>movilidad intergeneracional</i>	6.2
interest groups - <i>groupes d'intérêt</i> - <i>Interessengruppen</i> - <i>grupos de intereses</i>	10.4
inventions - <i>inventions</i> - <i>Erfindungen</i> - <i>inventos</i>	0.3
irregular employment → precarious employment	
job enlargement - <i>enrichissement des tâches</i> - <i>Erweiterung der Arbeitsinhalte</i> - <i>ampliación de las tareas</i>	5.1
job sharing - <i>partage du travail</i> - <i>job sharing</i> - <i>reparto del trabajo</i>	5.1
kinship networks - <i>parentèle</i> - <i>Verwandtschaftsstrukturen</i> - <i>redes de parentesco</i>	2.2
labor agreements - <i>conventions de travail</i> - <i>Arbeitsvereinbarungen</i> - <i>acuerdos laborales</i>	7.2
labor contracts - <i>contrats de travail</i> - <i>Arbeitsverträge</i> - <i>contratos de trabajo</i>	7.2
labor force - <i>population active</i> - <i>Erwerbspersonen</i> - <i> población activa</i>	4.1
labor force participation of women → female labour force participation	
labor force participation rate - <i>taux d'activité</i> - <i>Erwerbsquote</i> - <i>tasa de actividad</i>	4.1

labor market - marché du travail - Arbeitsmarkt - mercado de trabajo	4.1 - 4.5
labor union membership rate - taux de syndicalisation - gewerkschaftlicher Organisationsgrad - tasa de afiliación sindical	9.1
labor unions - syndicats ouvriers - Gewerkschaften - sindicatos obreros	9.1
labor unions, institutionalization of → Institutionalization of labor unions	
laborer - manoeuvre - Hilfsarbeiter - trabajador	4.2
leisure - loisir - Freizeit - ocio	14.1; 14.2; 14.3; 14.4
level of general qualification - degré de qualification générale - allgemeines Bildungsniveau - nivel de cualificación general	15.1
level of professional qualification - degré de qualification professionnelle - Niveau der beruflichen Bildung - nivel de cualificación profesional	15.2
life expectancy - espérance de vie - Lebenserwartung - esperanza de vida	0.1; 1.2; 13.3
lifestyles - modes de vie - Lebensstile - estilo de vida	13.1; 13.2; 13.4; 13.5; 13.6; 13.7; 13.8
limited partnership - société en commandite simple - Kommanditgesellschaft - sociedad en comandita	5.3
litigation - judiciarisation - Verrechtlichung - judicialización	10.1
local autonomy - autonomie locale kommunale Selbstverwaltung - autonomía local	2.4
locality, identification by - localité, identification par - lokale Identifikation - identificación por localidad	2.1
lockout - lockout - Aussperrung - lockout	7.1
macro-economic trends - tendances macro-économiques - gesamtwirtschaftliche (makroökonomische) Trends - tendencias macroeconómicas	0.2
magazines, readership - lecture de périodiques - Zeitschriftenlektüre - lectura de periódicos	13.2
majority vote system - système majoritaire - Mehrheitswahlrecht - sistema mayoritario	11.1
managers - cadres - höhere und leitende Angestellte - directivos	4.2
mandatory retirement - retraite obligatoire - Zwangspensionierung - jubilación obligatoria	4.1

market goods and services - biens et services marchands - Gütern und Dienstleistungen - bienes y servicios mercantiles	13.1
marriage - mariage - Ehe - matrimonio	3.3
mass media - mass media - Massenmedien - medios de comunicación de masas	9.5
matrimonial models - modèles matrimoniaux - Familienformen - modelos matrimoniales	3.3
mediation - médiation - Vermittlung - mediación	10.1
mental illnesses - maladies mentales - Geisteskrankheiten - enfermedades mentales	16.3
metropolitam areas - régions métropolitaines - Ballungsgebiete - áreas metropolitanas	2.3
microsocial evolution - évolution microsociale - mikrososiale Entwicklung - evolución microsocial	2.1; 2.3; 2.4; 2.5; 2.6
middle classes - classes moyennes - Mittelklasse (Mittelschicht) - clases medias	6.1; 6.2; 6.3; 6.4
migration - migration - Wanderung - migración	0.1
military forces - forces militaires - Streitkräfte - fuerzas armadas	9.3
mobility, daily → daily mobility	
mobility, inter-generational → inter-generational mobility	
mobility, social → social mobility	
mood altering substances - psychotropes - Rauschmittel - sustancias sicotrópicas	13.8
mortality - mortalité - Sterblichkeit - mortalidad	0.1
mother tongue - langue maternelle - Muttersprache - lengua materna	0.1
multi-cultural society - multiculturalisme - multikulturelle Gesellschaft - sociedad multicultural	16.1; 17.5
multiple employments - cumul d'emploi - Mehrfacharbeitsverhältnisse - pluriempleo	4.3
narcotics - narcotiques - Schmerzmittel - narcóticos	13.8
natality - natalité - Geburtenziffer - natalidad	0.1
national identity - identité nationale - nationale Identität - identidad nacional	17.5
negotiation - négociation - Verhandlung - negociación	7.2
neighbourhood - voisinage - Nachbarschaft - vecindad	2.3
net reproduction rate - taux net de reproduction - Netto-reproduktionsrate - tasa neta de reproducción	3.2

network support (kinship) - réseau d'entraide - verwandtschaftliche Unterstützungsleistungen - red de apoyo (parentesco)	2.2
network support - réseaux d'entraide - private Netzwerke - red de apoyo	2.6
newspapers, readership - lecture de journaux - Zeitungslektüre - lectura de periódicos	13.2
non-monetary benefits - avantages non-monétaires - Sachbezüge - beneficios no monetarios	12.1
norms of conduct - normes de conduite - Verhaltensnormen - normas de conducta	7.3
obedience - obéissance - Gehorsam - obediencia	7.4
occupational categories - catégories socio-professionnelles - Berufsstruktur - categorías ocupacionales	4.2
occupational status - statut socio-professionnel - sozioökonomischer Status - status ocupacional	6.1
operatives - ouvriers spécialisés - angelernte Arbeiter - obreros especializados	4.2
opinion polls - sondages d'opinion - Meinungsumfragen - encuestas de opinión	7.5
orientations to the future - perceptions de l'avenir - Zukunftsorientierungen - orientaciones hacia el futuro	17.3
origin of income → income, origin of out-of-wedlock births - naissances hors mariage - nichteheliche Geburten - nacimientos extramatrimoniales	3.2
parades - défilés - festliche Umzüge - desfiles	14.4
part-time employment - travail à temps partiel - Teilzeitbeschäftigung - empleo a tiempo parcial	4.3
participation of workers - participation des salariés - Beteiligung des Arbeitnehmer - participación de los trabajadores	5.1
participatory sports - sports collectifs - Breitensportarten - deportes de participación	14.3
participatory management - gestion participative - partizipativer Führungsstil - gestión participativa	5.2
partnership - société en nom collectif - offene Handelsgesellschaft - sociedad por acciones	5.3
patents - brevets - Patente - patentes	0.3
peace movement - pacifisme - Pazifismus - pacifismo	10.3
perception of social problems - perception des problèmes sociaux - Wahrnehmung der sozialen Probleme - percepción de los problemas sociales	17.2
permissiveness - permissivité - Permissivität - permisividad	7.3

personnel administration - gestion du travail - Personalpolitik, betriebliche - administración de personal	5.2
personnel representative - délégué du personnel - Personalbeauftragter - representante del personal	10.2
petty crime - petite délinquance - Kleinkriminalität - pequeña delincuencia	16.2
physical exercises - exercices physiques - körperliche Übungen - ejercicios físicos	13.3
political differentiation - différenciation politique - politische Differenzierung - diferenciación política	11.1
population - population - Bevölkerung - población	0.1
post-educational unemployment - chômage d'insertion - Arbeitslosigkeit beim Übergang von der Ausbildung in den Beruf - paro de inserción	4.1; 15.1
post-secondary education - enseignement supérieur - Hochschulausbildung - enseñanza superior	8.1
poverty - pauvreté - Armut - pobreza	16.4
poverty line - seuil de pauvreté - Armutsgrenze - umbral de pobreza	16.4
purchasing power - pouvoir d'achat - Kaufkraft - poder de compra	12.1
pre-primary education - école maternelle - Kindergarten-erziehung - educación preescolar	8.1
precarious employment - précarité - instabile Beschäftigungsverhältnisse - empleo precario	1.1; 4.1; 4.3
pressure groups - groupes de pression - pressure groups - grupos de presión	2.5; 10.2
prestige, occupational → occupational prestige	
primary education - éducation primaire - Grundschul-erziehung - educación primaria	8.1
primary sector - secteur primaire - Primärsektor - sector primario	4.4
private limited company (closed corporation) - société à responsabilité limitée - Gesellschaft mit beschränkter Haftung - sociedad de responsabilidad limitada	5.3
private social agencies - institutions privées de bien-être - private Institutionen der Wohlfahrtspflege - instituciones privadas de beneficencia	8.3
professionals - professionnels - Selbständige - profesiona-les	4.2
profit sharing - participation aux bénéfices - Gewinnbetei- ligung - participación en beneficios	5.2

property crime - crimes contre la propriété - Eigentumsdelikte - delitos contra la propiedad	16.2
proportional representation - système proportionnel - Verhältniswahlrecht - representación proporcional	11.1
public debt - dette publique - Staatsschuld - deuda pública	0.2
public deficit - déficit budgétaire - Staatsverschuldung - déficit público	0.2
public opinion - opinion publique - öffentliche Meinung - opinión pública	7.5
publications - publications - Veröffentlichungen - publicaciones	0.3
qualifications (labour market) - qualifications (marché du travail) - Qualifikationen am Arbeitsmarkt - cualificaciones laborales	4.2
R&D → research and development - I+D Investigación y Desarrollo	
radicalism - radicalisme - Radikalismus - radicalismo	11.4
radio, listenership - écoute de la radio - Radiokonsum - audiencia radiofónica	13.2
re-urbanization - réurbanisation - Reurbanisierung - reurbanización	2.3
real property - propriété immobilière - Grundvermögen - propiedad inmobiliaria	12.3
records produced - production de disques - Schallplattenproduktion - producción discográfica	14.4
recurrent unemployment - chômage récurrent - periodisch wiederkehrende Arbeitslosigkeit - paro recurrente	4.1; 15.1
regional movements - mouvements régionaux - regionale Bewegungen - movimientos regionales	10.3
religious beliefs - croyances religieuses - religiöse Überzeugungen - creencias religiosas	11.5
religious institutions - institutions religieuses - religiöse Institutionen - instituciones religiosas	9.2
religious sects - sectes religieuses - religiöse Sekten - sectas religiosas	11.5
reproductive technologies - technologies de la reproduction - Technologien zur künstlichen Befruchtung und Empfängnisverhütung - tecnologías de la reproducción	3.5
research and development - recherche et développement - Forschung und Entwicklung - investigación y desarrollo	0.3
retail prices - prix de détail - Einzelhandelspreise - precios al por menor	0.2

rurbanization - rurbanisation - Stadtflucht - rurbanización	2.3
satisfaction - satisfaction - Zufriedenheit - satisfacción	17.1
savings - épargne - Ersparnis - ahorro	0.2, 12.3
seasonal employment - travail saisonnier - Saisonarbeit - empleo estacional	4.3
second homes - résidences secondaires - Zweitwohnun- gen bzw. häuser - viviendas secundarias	2.3
secondary education - éducation secondaire - weiterfüh- rende Schulen - educación secundaria	8.1
secondary sector - secteur secondaire - Sekundärsektor - sector secundario	4.4
sectors of the labor force - secteurs d'emplois - Wirts- chaftssektoren - sectores laborales	4.4
sects → religious sects	
securities - titres - Wertpapiere - valores	12.3
self identification - identification au microsocial - Identifi- kation - autoidentificación	2.1
self-management - auto gestion - Selbstverwaltung - auto- gestión	5.1
service producing sector - secteur des services - Diens- leistungssektor - sector de servicios	4.4
sex ratio - ratio entre les sexes - Bevölkerung nach Ges- chlecht - cociente entre los sexos	0.1
sexual practices - pratiques sexuelles - Sexualpraktiken - prácticas sexuales	13.7
single-parent families - familles monoparentales - Ein-El- ternteil-Familien (Alleinerziehende und Geschiedene) - fa- milias monoparentales	3.3
skilled worker → craftsman	
skills of workers - compétences des travailleurs - Fähig- keiten der Beschäftigten - cualificaciones de los trabajado- res	4.2
small and medium sized enterprises (SME) - petites et moyennes entreprises (PME) - kleine und mittlere Unter- nehmen (KMU) - empresas pequeñas y medianas (PYME)	5.3
sociability - sociabilité - Soziabilität - sociabilidad	2.6
social class - classe sociale - soziale Schicht (soziale Klasse) - clase social	2.1; 6.1; 6.2; 6.3; 6.4
social elections - élections sociales - Betriebsrats - und Sozial- versicherungswahlen - elecciones sociales	7.5
social inequality - inégalités sociales - soziale Ungleichheit - desigualdad social	6.4

social mobility - mobilité sociale - soziale Mobilität - movilidad social	6.2
social movements - mouvements sociaux - soziale Bewegungen - movimientos sociales	10.3
social relations - relations sociales - soziale Beziehungen - relaciones sociales	7.1; 7.2; 7.3; 7.4; 7.5
social stratification - stratification sociale - soziale Schichtung - estratificación social	6.1; 6.2; 6.3; 6.4
specialized press - presse spécialisée - Fachpresse - prensa especializada	13.2
spectator sports - sports de spectacle - Zuschauersport - deportes espectáculo	14.3
State, presence of S. in society - présence de l'État dans la société - die Gegenwart des Staates in der Gesellschaft - presencia del Estado en la sociedad	8.4
status groups - groupes sociaux - Statusgruppen - grupos de status	6.4
status, occupational → occupational status	
steady employment - emplois stables - stabile Beschäftigungsverhältnisse - empleos estables	4.3
sterilization - stérilisation - Sterilisierung - esterilización	3.5
stratification social → social stratification	
strike - grève - Streik - huelga	7.1
structural mobility - mobilité structurelle - strukturelle Mobilität - movilidad estructural	6.2
subcontracting - soustraitance - Einsatz von Subunternehmern - subcontratación	5.3
subsidized employment experience - stages d'insertion - Arbeitsbeschaffungsmaßnahmen - etapas de inserción	4.3
suicide - suicide - Selbstmord (Suizid) - suicidio	16.3
sun bathing - bronzage - Sonnenbaden - baño de sol	13.3
teachers - enseignants - Lehrer - docente	8.1
television, viewing - écoute de la télévision - Fernsehkonsum - audiencia de la televisión	13.2
temporary work - travail intérimaire - Leiharbeit - trabajo temporal	4.3
tertiary sector - secteur tertiaire - tertiärer Sektor - sector terciario	4.4
time and motion studies - études de temps et mouvements - arbeitswissenschaftliche Studien - estudios de tiempos y movimientos	5.1

time budget - budget-temps - Zeitbudget - presupuestos de tiempo	13.4
time use - emploi du temps - Zeitverwendung - uso del tiempo	13.4
total fertility rate - indice synthétique de fécondité - zusammengefaßte Geburtenziffer - tasa total de fecundidad	3.2
tourist travel - voyages touristiques - touristische Reisen - viajes turísticos	14.2
trade balance - balance commerciale - Handelsbilanz - balanza comercial	0.2
trade unions → labour unions	
tranquilizers - tranquillisants - Beruhigungsmittel - tranquilizantes	13.8
transfer income - revenus de transfert - Transfereinkommen - transferencias de renta	12.1
<i>transfer payments of the State - paiements de transferts de l'État - staatliche Transferzahlungen - pagos por transferencias del Estado</i>	6.3
types of enterprises - types d'entreprises - Unternehmens-typen - tipos de empresas	5.3
unearned income - revenu du patrimoine - Kapitaleinkünfte - rentas de patrimonio	12.3
unemployment - chômage - Arbeitslosigkeit - paro	4.1
unemployment severity index - indice de gravité de chômage - Arbeitslosigkeitsschwereindex - índice de gravedad del paro	4.1
vacation patterns - vacances - Urlaubsformen - vacaciones	14.2
values - valeurs - Werte - valores	17.4
violence - violence - Gewalt - violencia	7.1
violent crime - crimes avec violence - Straftaten mit Gewaltanwendung - delitos violentos	16.2
vocational education - formation professionnelle - berufliche Bildung - formación profesional	15.2
volatile electorate - électorat volatile - Wechselwähler - electorado volátil	11.1
volunteer work - bénévolat - Ehrenämter - trabajo voluntario	2.5; 8.3
wages - salaires - Einkommen aus unselbständiger Arbeit (Löhne und Gehälter) - salarios	12.1
wealth - patrimoine - Vermögen - patrimonio	12.3
wealth - richesse - Vermögen - riqueza	6.3

Welfare State - État providence - Wohlfahrtsstaat - Estado de bienestar	8.3
welfare system - système de bien-être - Wohlfahrtssystem (Sozialhilfe und freie Wohlfahrtspflege) -sistema de bienestar	8.3
white-collar crime - crimes de cols blancs - weiße-Kragen-Kriminalität (white collar crime) - delitos de cuello blanco	16.2
wholesale prices - prix de gros - Großhandelspreise - precios al por mayor	0.2
word processing - traitement de textes - Textverarbeitung - tratamiento de textos	4.5
work at home - travail à la maison - Heimarbeit - trabajo en casa	3.4
work organization - organisation du travail - Arbeitsorganisation - organización del trabajo	5.1
work teams - équipes de travail - autonome Arbeitsgruppe - equipos de trabajo	5.1
youth - jeunesse - Jugendliche - juventud	1.1

RELACION DE AUTORES

Howard M. Bahr es Profesor de Sociología en la Universidad Brigham Young de Utah. Sus especialidades abarcan el cambio social, los estudios sobre los indios americanos y la Sociología Urbana. Es coautor de *Social Science Research Methods* (1984) y está a punto de aparecer su obra *Contemporary Navajo Bibliography*.

Gary Caldwell, que es un investigador social independiente, se interesa por los temas de fecundidad, migraciones y cultura política en Quebec y Canadá. Sus publicaciones más recientes son *Immigration Incorporation in Montreal in the Seventies* y «Social Change in Contemporary Quebec».

Theodore Caplow es Profesor Commonwealth de Sociología de la Universidad de Virginia, autor de *Peace Games* (1989) y *American Social Trends* (1991) y autor principal de *Recent Social Trends in the United States 1960-1990* (1991).

Bruce Chadwick es Profesor de Sociología y Director del Centro para el estudio de la familia de la Universidad Brigham Young de Utah. Ha hecho investigación sobre diferentes temas, entre los que se cuentan la educación, la familia, la delincuencia juvenil, las relaciones raciales, la religión y el cambio social. Es autor de *Statistical Handbook of the American Family*.

Jean-Hughes Déchaux es Profesor Asociado de Sociología en la Universidad René-Descartes de París. Está interesado en los estudios sobre la familia y es autor de numerosos artículos.

Salustiano del Campo es Catedrático de Sociología, Director del Departamento de Estructura Social de la Universidad Complutense de Madrid y Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor de *La nueva familia española* (1991) y ha dirigido *Tendencias sociales en España 1960-1990* (1993).

Michel Forsé es Profesor de Sociología en la Universidad de Lille. Ha publicado recientemente *L'ordre improbable* (1989) y *L'analyse structurelle du changement social* (1991). Actualmente trabaja sobre redes sociales y cambio social.

Guy Fréchet es director de proyectos de investigación social en el Ministerio de Salud y Servicios Sociales de Quebec y Profesor Asociado en el Departamento de Sociología de la Universidad Laval de Quebec. Sus temas preferidos son el cambio tecnológico y social, la Sociología del Trabajo y los métodos cuantitativos.

Madeleine Gauthier es investigadora y miembro del Comité Ejecutivo del Instituto Quebequés de Cultura. Es autora de libros y artículos sobre religión, pobreza y juventud y ha publicado recientemente *Les jeunes chômeurs*. En la actualidad trabaja en un libro sobre los jóvenes.

Wolfgang Glatzer es Profesor de Sociología de la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt/Main. En los últimos años ha publicado libros sobre la tecnificación de los hogares y la división del trabajo, sobre la modernización de las sociedades modernas, sobre las tendencias de desarrollo de las estructuras sociales, sobre las condiciones de vida en Alemania y sobre las actitudes y las condiciones de vida en Europa.

Karl-Otto Hondrich es Profesor de Sociología de la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt/Main. Es autor de *Lehrmeister Krieg* (1992) y *Solidartat in de Modern Gesellsheft* (1992), así como de varios libros sobre cambio social, diferenciación, conflictos y autoridad.

Renata Hornung-Draus es una socióloga que trabaja actualmente en Bruselas, en la Comisión de la Unión Europea.

Louis Hourmant es Ayudante de Investigación en el Observatorio francés de coyuntura económica (OFCE) de París. Actualmente trabaja sobre los valores en una perspectiva comparada.

Simon Langlois es Profesor de Sociología en la Universidad Laval de Quebec y director de investigaciones del Instituto Quebequés de investigación sobre la cultura. Es coeditor de *Traité des problèmes sociaux* (1994) y secretario del Grupo Internacional para la Cartografía Comparada del Cambio Social.

Yannick Lemel es Director del Observatorio Económico de París, INSEE, y director de un grupo de investigación sobre hogares y formas de vida en IRESCO, París. Ha publicado *Stratification et mobilité sociale* (1991).

Henri Mendras es director de investigación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas y de la OFCE (París). También enseña en el Instituto de Ciencias Políticas de París y ha publicado numerosos artículos y libros, entre los que se cuentan *La fin des paysans* (nueva edición, 1992) y *La seconde révolution française* (1988).

John Modell es Profesor de Historia de la Universidad Carnegie Mellon, de Pittsburgh. Ha trabajado sobre la historia de la juventud y es el autor de *Into One's Own* (1989). En la actualidad prepara un análisis histórico comparado de la educación.

Heinz-Herbert Noll es Director del Departamento de Indicadores Sociales del Zentrum für Umfragen, Methoden und Analysen (ZUMA), de Mannheim, Alemania. Actualmente está investigando sobre la desi-

gualdad social y los indicadores del bienestar. Es autor de numerosos artículos y editor de libros sobre indicadores sociales y calidad de vida.

Karin Stiehr estaba trabajando como investigadora social en la Universidad de Frankfurt/Main, Alemania, cuando se incorporó al grupo CCSC. Actualmente es copropietaria del Institut für Soziale Infrastruktur de Frankfurt/Main y está especializada en política social y laboral. Ha publicado libros y artículos sobre riesgos sociales modernos y sobre los efectos del cambio social en las condiciones de vida y laborales de las mujeres.

Barbara Wörndl trabaja como investigadora principal en el Departamento de Sociología de la Universidad de Frankfurt/Main, Alemania. Actualmente investiga sobre los conflictos sociales en torno a los riesgos medioambientales y la dinámica del cambio social, temas sobre los que ha publicado diversos artículos.

INDICE ONOMASTICO

- Adams, Bert N., 159.
Alberdi, Inés, 12.
Allan Michaud, Dominique, 338.
Alvin, Duane, 133.
Anderson, Michael, 185.
Ardagh, John, 189.
Armingeon, Klaus, 256.
Atchley, Robert C., 158.
Augustins, Georges, 161.
Bacot, Jean-Pierre, 223.
Bahr, Howard M., 12, 223.
Baillargeon, Jean-Paul, 233, 351.
Baldock, John, 196, 197.
Barer, Barbara M., 158.
Barker, Paul, 200.
Béland, François, 198, 199.
Bélanger, André J., 226.
Bellah, Robert N., 249.
Bengtson, Vern L., 158, 202.
Bergeron, Richard, 235.
Bibby, Reginald W., 232.
Blood, Robert O. Jr., 159, 161, 163.
Bluestone, Barry, 139.
Boudon, Raymond, 347, 380.
Bourguignon, Odile, 182.
Bradbury, Katherine L., 139.
Brand, Karl-Werner, 320.
Brand, Ruth, 193.
Braun, Michael, 133.
Brody, Elaine M., 171.
Büchtemann, Christoph F., 140.
Bumpass, Larry, 114.
Bungener, M., 191.
Calame, André, 104.
Caldwell, Gary, 111, 112, 175, 351, 171.
Caldwell, John C., 80, 82, 88, 114.
Calot, Grand J., 75, 103.
Cantor, Marjorie H., 161.
Caplow, Theodore, 12, 28, 29, 30, 135, 223, 224, 225, 277, 281, 284, 299, 302, 303, 307, 322, 323, 330, 337.
Castelain-Meunier, Christine, 91.
Chadwick, Bruce A., 31, 223.
Chesnais, Jean-Claude, 109.
Christensen, Bryce J., 206.
Cicirelli, Victor G., 186.
Clark, Colin, 135.
Clément, Gabriel, 226.
Cochran, Moncrieff, 193.
Cohler, Bertram J., 203.
Commaille, Jacques, 189.
Coser, Lewis, 289.
Coser, Lewis A., 164.
Cothrell, 23.
Cowgill, Donald O., 158, 159, 160, 186, 202.
Cribier, Françoise, 182, 189, 190.
Crozier, Michel, 294.
Cutler, Neal E., 158.
Czamocki, Bogdan, 112.
Dahrendorf, Ralf, 312.
Davis, Kingsley, 82, 114.
Davis, Nathalie Z., 188.
De Brie, Christian, 334.
De Vos, Susan, 170.
Déchaux, Jean-Hugues, 161, 190, 324, 351.
Degenne, Alain, 190.
Del Campo, Salustiano, 12, 100.
Delage, Denys, 199.
Demerath, N. J. III, 248.
Dershowitz, Alan M., 246.
Diewald, Martin, 194.
Dirn, Louis, 348.
Dobbelaere, Karel, 223.
Dumont, Fernand, 227.
Durán, M.^a de los Angeles, 12.
Elias, Norbert, 291.
Elshtain, Jean Bethke, 206.
Esser, Josef, 331.
Evers, Adalbert, 196, 197.
Falardeau, J.-C., 197.
Falwell, Jerry, 248.
Fiedler, Maria, 104.

- Forsé, Michel, 12, 224, 347, 348, 351, 352, 378.
 Fourastier, Jean, 23, 135.
 Franz, Wolfgang, 141.
 Fréchet, Guy, 112, 328, 351.
 Freeman, Richard B., 131, 146.
 Fuchs, Dieter, 336.
 Gagnon, Nicole, 226.
 Galbraith, V. L., 112.
 Galtung, Johan, 324.
 Ganzert, Jeanette, 193.
 Garigue, Philip, 197, 198.
 Gauthier, Hervé, 31, 200, 351.
 Gauthier, Madeleine, 235.
 Gelfand, Donald E., 195.
 Gershuny, Jonathan, 101, 138.
 Gitschmann, Peter, 194.
 Glatzer, Wolfgang, 12, 224.
 Glötzner, Johannes, 256.
 Gommers, Adriene, 157.
 Göttelmann, Gabrielle, 296.
 Greeley, Andrew M., 223.
 Greschat, Martin, 255.
 Grignon, Michel, 101.
 Guillemard, Anne-Marie, 133, 157.
 Gunnarsson, Lars, 193.
 Haller, Archibald O., 201.
 Hamelin, Jean, 226.
 Hankenne, Bernadette, 157.
 Harris, C. C., 162, 164, 178.
 Harris, Louis, 159, 202.
 Harrison, Bennett, 139.
 Hauschild, W. D., 259.
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 254.
 Heller, P. L., 161.
 Henripin, Jacques, 96.
 Henslin, James M., 165.
 Herberg, 248.
 Hervieu-Léger, Danièle, 223, 244.
 Hill, T. P., 138.
 Hirschman, Albert, 293.
 Hoem, Jan M., 103, 113.
 Höhn, Charlotte, 175, 192.
 Hollenstein, Günther, 255.
 Holznapel, Bernd, 329.
 Hondrich, Karl Otto, 12, 28, 29.
 Höpfinger, François, 96.
 Hourmant, 31.
 Hunter, James Davison, 261.
 Jaslin, J. P., 351.
 Jackson, J. J., 161.
 Jacobs, Taan, 23.
 Jacobs, Klaus, 133.
 Joël, M.-E., 191.
 Joffe, Carole, 105.
 Johnson, Colleen Leahy, 158.
 Kater, 248.
 Kirk, Dudley, 112.
 Kitschelt, Herbert, 323, 329.
 Kivett, Vira R., 158, 159, 160.
 Klages, Helmut, 93.
 Köckeis, E., 181.
 Kohli, Martin, 133.
 König, Heinz, 141.
 Kornblum, William, 165.
 Krupp, Hans-Jürgen, 137.
 Lamontagne, Maurice, 197.
 Landis, Jean M., 96.
 Lang, Abigail, 171.
 Langlois, Simon, 12, 224, 351.
 Laraña, Enrique, 12.
 Lawrence, Robert Z., 135, 139.
 Le Bras, Hervé, 188.
 Lebeaux, Marie-Odile, 190.
 Lebert, Ursula, 100.
 Lee, Gary R., 178.
 Leggewie, Claus, 324, 330, 331.
 Lehmbuch, Gerhard, 296.
 Lehr, Ursula, 195.
 Lemel, Yannick, 12, 27, 167, 351.
 Leibowitz, Arleen, 106.
 Leroy, D., 75, 103.
 Lesthaeghe, Ron, 70, 80, 88, 93, 102, 111, 114.
 Liebman, Robert C., 250.
 Lipset, Seymour M., 254.
 Lodh, Françoise, 111.
 Loveman, Gary W., 135.
 Lowy, Louis, 195.
 Lüscher, Kurt, 175, 192.
 Maier, Hans, 254.
 Malinvaud, Edward, 140, 144.
 Marchand, Olivier, 146.
 Mathews, G., 200, 201.
 McCarthy, John D., 320, 323.
 Mc Neill, 23.
 Medoff, J., 131.
 Mendras, Henri, 12, 277, 278, 294, 351, 378.
 Miller, S. J., 158.
 Milot, Micheline, 227.
 Modell, John, 27, 82, 92, 167.
 Montminy, Jean-Paul, 235.
 Myles, John, 139.
 Navarro L., Manuel, 12.
 Nave-Herz, Rosemarie, 95.
 Neidhardt, Friedhelm, 193, 195.
 Noelle-Neuman, Elisabeth, 260.
 Noelle-Neumann, Elisabeth, 192, 260.
 Noll, Heinz-Herbert, 12, 140.

- Oommen, T. K., 320.
 Oroz, Alfonso, 12.
 Ouellet, Aubert, 200.
 Palloni, Alberto, 170.
 Patel, Kent, 248.
 Patterson, Keith, 200.
 Pfeil, Elisabeth, 193.
 Phillips, 139.
 Picot, Garnett, 139.
 Piel, Edgar, 93, 260.
 Piermont, Dorothee, 334.
 Pilant, Denny, 248.
 Popenoe, David, 82, 88.
 Quack, Sigrid, 140.
 Quesada, G. M., 161.
 Rammstedt, O., 320.
 Reichley, A. James, 246.
 Rein, Martin, 133.
 Ridler, Neil B., 200.
 Rioux, Marcel, 197.
 Robbins, Thomas, 223.
 Roberge, Andrée, 198, 199.
 Roberts, Keith A., 223.
 Robertson, Roland, 223.
 Robinson, John P., 101.
 Rocher, Guy, 236.
 Rochon, Madeleine, 75.
 Rogowski, Beatrice, 157.
 Romero, Isabel, 12.
 Rose, Gary, 248.
 Rosenmayr, Leopold, 181.
 Rosenthal, Carolyn J., 198.
 Rossi, Alice S., 161, 170, 177, 182.
 Rossi, Peter H., 161, 170, 177, 182.
 Roth, Roland, 320, 326.
 Rouillard, Jacques, 228.
 Roussel, Louis, 182, 190.
 Roy, Marie-Andrée, 228, 230, 229.
 Rucht, Dieter, 320, 321, 324, 326, 327, 336.
 Rudolph, Helmut, 140.
 Sasaki, Masamichi, 261.
 Schenk, Harald, 256.
 Schumacher, Jürgen, 98.
 Schumann, Jutta, 195.
 Schwarz, Karl, 181.
 Scott, Jacqueline, 133.
 Segalen, Martine, 189.
 Shanas, Ethel, 158, 159, 161, 185, 220.
 Simard, J. P., 351.
 Simmel, Georg, 28, 289, 301.
 Simon, Rita J., 96.
 Smyer, Michael A., 156, 162, 193, 202, 203.
 Spence, Michele, 202.
 Stearns, Peter N., 188.
 Stochet, Denis, 351.
 Stoetzel, Jean, 95.
 Stone, Leroy O., 198.
 Streib, Gordon F., 202.
 Surkyn, Johan, 80, 88, 93, 102, 11, 114.
 Sussman, Marvin B., 158, 163, 185.
 Suzuki, Tatsuzo, 261.
 Sylvain, Philippe, 225.
 Talmon, Yonina, 263.
 Tarrow, Sidney, 320, 322.
 Taylor, Charles Lewis, 292.
 Taylor, Robert Joseph, 159, 161.
 Théry, Irène, 190.
 Thibeault, Normand, 112.
 Thomas, D. S., 112.
 Thompson, Wayne E., 202.
 Thornton, Arland, 98, 101.
 Tilly, Chris, 135.
 Tocqueville, Alexis de, 276, 294.
 Touraine, Alain, 320, 324.
 Townsend, Peter, 158.
 Treas, Judith, 201, 202.
 Troll, Lillian E., 158.
 Unger, Irwin, 246, 247.
 Vaillancourt, Jean-Guy, 321, 327, 328.
 Van de Kaa, Dirk J., 157, 174, 178, 188, 208.
 Veil, Mechthild, 194.
 Velasco, Isabel, 12.
 Verba, Sidney, 299.
 Veroff, Joseph, 92, 95, 98.
 Voisine, Nive, 225, 226.
 Waite, Linda J., 106.
 Wannell, Ted, 139.
 Weber, Max, 390, 395.
 Whitehead, Barbara Dafoe, 175.
 Wilkens, E., 259.
 Williams, Rhys H., 248.
 Willmott, Peter, 158.
 Wills, Gary, 246, 252.
 Wilson, Bryan, 223.
 Witsberger, Christina, 106.
 Wojtkiewicz, Roger A., 175.
 Wörndl, Barbara, 31, 326.
 Wuthnow, Robert, 250.
 Yanigasako, Sylvia Junko, 158.
 Young, Michael, 158.
 Yule, G. U., 112.
 Zald, Mayer N., 320, 323.
 Zapf, Wolfgang, 258.
 Zylberberg, Jacques, 235.

La Fundación Banco Bilbao Vizcaya nace como iniciativa del Grupo BBV con el objetivo de ampliar su capacidad de respuesta a las demandas sociales y culturales de la sociedad contemporánea. Su actividad se orienta a promover espacios de reflexión y debate sobre los principales retos y problemas de nuestro tiempo.

Para hacer frente a los actuales desafíos y responder positivamente al horizonte de posibilidades se requieren altas dosis de creatividad, modelos imaginativos, suficientemente contrastados y contruidos sobre la base de un amplio consenso.

En coherencia con estos planteamientos la Fundación BBV organiza Encuentros Multidisciplinares y fomenta proyectos de investigación. Cuenta con tres Centros Permanentes: Centro de Estudios de Economía Pública; Centro de Estudios Bancarios y Centro de Ciencia, Tecnología y Sociedad. La Fundación actúa también en los entornos más significativos del mundo universitario, para lo cual dispone de la Cátedra Fundación BBV.

La Fundación BBV considera una obligación social la divulgación de los resultados obtenidos en todas sus actividades, tarea que lleva a cabo a través de Documenta, que es su centro de información y publicaciones.

Esta obra es el primer volumen comparativo que ha elaborado el Grupo Internacional de Cartografía Comparada del Cambio Social (GICCCS) y recoge estudios sobre la situación actual en cuatro sociedades industriales avanzadas, relativos a la baja fecundidad, los modelos de crecimiento que las caracterizan, las relaciones entre padres e hijos adultos, el estado de la religión y la secularización, la reducción de la autoridad personal, la multiplicación y regulación de los conflictos y la institucionalización de los movimientos ecológicos.

Independientemente de estos trabajos sustantivos, el libro contiene también una exposición metodológica sobre el análisis estructural comparado, un léxico de la estructura social en cinco idiomas y sendas consideraciones sobre la convergencia o divergencia en las sociedades estudiadas y sobre la posibilidad de que exista o no en ellas un patrón único de evolución social.

Los coordinadores de la obra son el profesor de Sociología de la Universidad Laval, Simon Langlois, que es también Secretario del Grupo Internacional de Cartografía Comparada del Cambio Social y Salustiano del Campo, Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense y Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.



FUNDACION BBV

¿Convergencia o Divergencia?

FUNDACION BBV

